

Selección RNR



*Sonrisas y  
lágrimas*

*Suaves pétalos de amor 1*

ENCARNA MAGÍN



*Romance Actual*

Sonrisas y lágrimas  
Serie suaves pétalos de amor 1

Encarna Magín



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## CAPÍTULO 1

Iván notaba unos ojos clavados a su espalda, unos ojos que le quemaban. Se dio la vuelta y su mirada se encontró con la de aquella mujer. Era la misma que momentos antes firmaba un succulento contrato con su empresa que reportaría enormes beneficios a ambos. Los dos sonrieron.

Después de los negocios... el placer.

Se sostuvieron la mirada largo rato mientras bebían pequeños sorbos de un excelente cava catalán. Estaban ajenos al bullicio que se expandía a su alrededor. Gente conversando, riendo y bebiendo en una recepción en el Hotel Arts Barcelona. Era la presentación social del proyecto conjunto que acababan de emprender.

Ella parecía una mujer experta en el arte del coqueteo y no tuvo reparo alguno en lanzar el anzuelo, segura de sí misma, de lo que hacía y quería. Y por lo visto en aquel momento deseaba a Iván.

Se desabrochó un botón de su blusa color malva. Siguió otro, y otro. Dejó a la vista una porción generosa de la carne rosada de sus voluminosos pechos. Con el dedo índice los acarició con disimulo, mientras sus ojos clavados en los de Iván le prometían más... mucho más.

Él, como hombre sediento de sexo, sonrió, consciente de la clara invitación que se ofrecía. La mujer dejó su copa en la mesa más cercana y, con pasos sinuosos y balanceando las caderas al compás de una danza sexual, se dirigió al ascensor. No se detuvo en ningún momento, pues sabía que la seguiría. Y así fue. Aquel hombre no rechazaría el poder disfrutar de un cuerpo como el de ella.

De hecho, ya hacía horas que él estaba preparado. Toda la tarde para ser más exactos. Un rostro celestial y unos ojos dorados como el sol tenían la culpa. Y es que no podía quitársela de la cabeza. Pero no eran los ojos ni el rostro de la mujer que ahora seguía. Necesitaba desahogarse, aliviar el tormento que mantenía su miembro en una constante erección. Y el bombón que tenía delante parecía ser una deliciosa solución.

Entraron en el ascensor sin dejar de mirarse. Cada uno se mantuvo en un rincón del amplio habitáculo. El elevador subía y el timbre sonaba a cada piso que cruzaba. Iván

se tomó su tiempo para contemplar el cuerpo de aquella mujer. Nadie diría que tenía treinta y ocho años, diez más que él. Su cuerpo no tenía nada que envidiar al de una jovencita de veinticinco. Pelo lacio y moreno, rostro exótico y figura perfecta. Desde luego que era una mujer creada para dar placer; daba lo mismo si aquellas caderas estaban retocadas, a él le gustaban.

Iván intentó imaginar el cuerpo de la otra mujer. De la mujer que lo mantenía en vilo desde el momento en que irrumpió en su despacho como un torbellino, hecha una furia. Difícil empresa, teniendo en cuenta el vestido negro que llevaba, nada sexy y que ocultaba en su totalidad el cuerpo femenino. Sin embargo, deducía que sería hermoso, pues a una cara bella siempre la acompaña un cuerpo espectacular. Solo con pensar en ella desnuda su miembro aún creció más.

La mujer del ascensor miró el paquete abultado que sobresalía de la entrepierna de su nuevo socio y sonrió al pensar que era ella la que le causaba aquel efecto. En realidad, nunca podría imaginar que Iván tenía la mente en otro cuerpo. Se desabrochó dos botones más de la blusa dejando al descubierto un sujetador de encaje negro. Iván, que ya no podía aguantar más la dura erección, se abalanzó sobre la mujer. La besó, introduciendo la lengua con salvaje urgencia dentro de la boca femenina. Ella, muy lejos de asustarse, lo recibió sedienta. Iván estaba poseído por un ansia irrefrenable y la alzó del suelo al tiempo que ella formaba, con sus esbeltas piernas, una corona alrededor de las caderas masculinas. El hombre empujaba su erección con movimiento primitivos, carentes de ternura, pues él no entendía de ternura, le iba lo fogoso, lo desmedido, la furia sexual.

—Lo quiero todo, todo —murmuró ella, deleitándose con el lado más salvaje que él le ofrecía.

Iván la miró a los ojos. Unos bellos ojos grises, enturbiados por una pasión tan furiosa como la de él mismo, lo contemplaban. Pero no eran los iris dorados que él quería ver en aquel momento.

—Te lo daré todo, y seré tan salvaje como quieras —le prometió.

Es lo único que pudo decir, porque su mente se empeñaba en centrarse en otro rostro... El de aquella mujer de la que solo sabía el nombre. La misma que se había atrevido a fulminarlo con la mirada como si fuera un vil asesino.

El clic del ascensor sonó, anunciando la llegada al piso solicitado y la puerta se abrió. Iván la sostuvo por las nalgas al tiempo que las apretaba. Un gemido escapó de

la garganta de aquella hembra fabulosa. Ya hacía rato que ansiaba copular, y cada roce, cada caricia, cada aliento del hombre, la ponían más caliente.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Iván, con la voz trémula de deseo.

—A la derecha. —Lo mordió en el cuello—. ¡Date prisa, no puedo aguantar más!

Iván sonrió de manera lasciva. Ella le daría el alivio que necesitaba y, una vez saciado, el rostro angelical sin nombre desaparecería.

Entraron a la habitación presos de un deseo desbordante. Ella, igual de pasional que él, lo arrinconó en la pared y le desabrochó el cinturón y el botón del pantalón. Cada barrera que encontraba en su camino era una espera tormentosa. Por fin llegó a la cremallera. La bajó con prisa mientras el sonido recordaba al de un grito seco de desesperación, la misma de ambos por encontrar un alivio momentáneo. Sin preliminares, se introdujo el pene en la boca hasta abarcarlo por completo. Con una mano experta lo sostenía, ayudando a succionarlo, lamerlo y mordisquearlo, con la fuerza justa para incrementar el placer. Con la otra mano le acariciaba los testículos con sus largas uñas pintadas en color carmín. «¡Ahhh! Esta mujer sabe lo que hace», pensó Iván, a punto de estallar. Notaba su lengua caliente, las uñas arañándolo con suavidad, cosquilleándole con placer una zona demasiado dolorida. Moriría si no eyaculaba. Viendo que el final se acercaba hizo que la mujer se incorporara. Se despojaron de sus ropas en tiempo récord y se lanzaron a la cama como si de una piscina se tratara. Iván mordisqueó y besó el cuello desnudo bajando hacia las vertiginosas curvas de sus senos. Le agarró las muñecas a la altura de la cabeza, con intención de mantenerla atrapada, de tenerla a su merced. Su lengua siguió por las cumbres endurecidas de sus pechos y empezó a lamerlos sin compasión. Los mordisqueó de la misma manera que ella hizo con su pene. No tuvo piedad, ella tampoco la quería, quería lo contrario. Sus gemidos eran furiosos e Iván supo que el clímax se acercaba. Solo cinco segundos lo separaban de penetrarla y aliviarse, el tiempo que necesitó para colocarse un preservativo.

La penetró sabiendo que la encontraría tan húmeda que su miembro se introduciría sin problemas. Las piernas de la mujer lo mantuvieron agarrado como tenazas, manteniéndolo atrapado en aquel lugar mientras se desahogaba con rabia. Entrando, saliendo. Rápido, más rápido. Carne contra carne. Piel contra piel. Caderas contra caderas... y soñando con otra.

No fue hasta que ella gritó al llegar al orgasmo y él se derramó, cuando vislumbró a

la mujer morena, la mujer de ojos felinos, desmelenada, salvaje y jadeante que tenía debajo. No. Aquel no era el dulce rostro que necesitaba ver. Llevado por los recuerdos, tocó con el dedo los aún maquillados labios que acababa de mordisquear. Se acordó de aquellos otros, esponjosos como bizcochitos, de la mujer sin nombre. Sonrió al recordar cómo se curvaron cuando él no quiso escuchar sus súplicas, cómo le escupieron que era un monstruo sin corazón. Estaba seguro de que sus besos prometían ser dulces como caramelos. Qué estúpido por su parte pensar que nada más aliviarse conseguiría arrancársela de la cabeza.

Se levantó de la cama aún jadeante, enfadado consigo mismo, y se acercó a la ventana mientras su respiración recobraba la normalidad. Miró al cielo. La tarde abandonaba su lugar para dejar paso a una noche de sueños eróticos que para su desgracia no podría cumplir.

«Mañana la buscaré, la encontraré y la seduciré», pensó, cogiendo la ropa del suelo con movimientos bruscos, «para hacer con ella lo que me dé la gana. Y el tormento acabará. Sí... será como atrapar a un pajarillo desvalido, así de sencillo y rápido. No tendrá escapatoria».

Con esa promesa se vistió. Cuando estaba a punto de abrir la puerta y marcharse, la voz sensual de la mujer que acababa de poseer lo detuvo.

—¿Nos volveremos a ver?

Iván giró el rostro para mirarla. Todavía estaba tendida en la cama, desnuda, con expresión satisfecha y con ganas de más.

—Tal vez.

\*\*\*

Iván llegó a su oficina, situada entre el Passeig de Colom y el Maremagnum de Barcelona. Era un imponente rascacielos de cristal oscuro, propiedad de Construcciones Mayer. Un edificio ancho, de ciento treinta metros de altura y de un diseño espectacular que quitaba el aliento. Erguido y majestuoso, desafiaba las leyes de la gravedad. El interior era igual de asombroso: jardines exóticos llenaban el centro del edificio y a su alrededor se ubicaban las oficinas. Todas ellas daban a un ascensor de cristal transparente. En la última planta estaban situados los despachos de

Iván y su padre.

Este fue a visitarlo cuando se enteró de que su hijo ya había regresado. Tenía que hablar con él del importante negocio que tenían entre manos. Lo encontró mirando por la ventana; contemplaba el mar y el puerto, aunque su mirada ausente le indicaba la poca atención que prestaba al paisaje. Además, la oscuridad ya cubría la ciudad, por tanto poco había que ver. Era evidente que su mente permanecía en otro lugar.

—Cien euros por tus pensamientos —manifestó su padre, Alberto, cerrando la puerta tras de sí.

—Mejor no, si te lo digo ya no será un secreto.

—¿Es un secreto en lo que estabas pensando?

Iván no contestó. ¿Cómo iba a explicarle que una desconocida lo había cautivado? Se subiría por las paredes, refunfuñaría como un loco por permitir que una mujer lo perturbara, cuando su padre tenía en mente otros planes con una mujer muy diferente. Suspiró. Mejor guardarse el secreto, pues a pesar de tener una relación padre e hijo magnífica, confesarle que se sentía fascinado por una muchacha que a simple vista parecía poca cosa, le resultaba algo violento. De modo que se encerró en su silencio y se dirigió hacia el mueble bar y se sirvió un generoso chorro de *whisky* Macallan Fine Oak, una reserva de treinta años. Él siempre consumía lo mejor. No importaba el precio.

—¿Quieres uno, papá?

—No, gracias. No lo necesito —respondió, sentándose en un sofá que había al lado de la gran ventana—. Veo que tú sí.

Alberto era un hombre alto y de constitución robusta. Los años habían hecho mella en él, pero sin maltratarlo demasiado. Tenía el cabello blanco, adornado con unas prominentes entradas. Llevaba perilla, también blanca, realzando la dureza de sus crueles facciones. Era un hombre que inspiraba, a primera vista, miedo y desconfianza. Sin embargo, Iván lo veía como el mejor padre del mundo. Gozaban de una relación que muchos desearían. Desde luego que no escapaban de peleas y desacuerdos, pero todo se superaba cuando así lo deseaban ambos.

—Iván, necesitamos Valleverde ya. Nos están presionando para empezar la carretera. —Lo miró, en sus ojos se reflejaba la codicia.

—No te preocupes, ese pueblucho será nuestro.

—¿Cómo va el asunto de las expropiaciones?

—Lento pero bien. De momento centro mis esfuerzos en que la gente acepte nuestras condiciones y marche por su propio pie. Si no lo consigo me veré obligado a utilizar la fuerza.

—El tiempo corre en nuestra contra.

—Ya lo sé.

Iván pensó que tal vez podría valerse de ese asunto para arrastrar a la desconocida de ojos dorados a su cama. Ella era una habitante de Valleverde y por lo que pudo comprobar estaba muy enfadada por tener que abandonar su hogar. Si todos los habitantes del pueblo estaban igual de ofuscados, sería muy difícil que abandonaran por la buenas. Aunque él lo tenía claro: si no era por las buenas, sería por las malas.

Iván se sentó al lado de Alberto y vació el contenido del vaso de un trago.

—¡Ahhh! Este *whisky* es estupendo. Bueno ¿qué te trae por aquí? —Suspiró, ahora se sentía relajado. Un buen sorbo de ese magnífico licor siempre lo calmaba—. Supongo que no era para hablar de Valleverde.

—He estado con el padre de Gina. Está en Barcelona. —Sus labios esbozaron una leve sonrisa—. Le encanta la idea de que entres a formar parte de su empresa. Dentro de unos días celebra una fiesta. Por cierto, estamos invitados.

—Me has alegrado el día.

—Si no quieres tener problemas en esta asociación será mejor que de una vez por todas cierres el compromiso con Gina —sentenció. La verdad es que ya habían hablado del tema en otras ocasiones, pero Iván siempre lo rehuía—. Yo de ti me lo plantearía. Única hija y heredera. Demasiado bueno para dejarlo escapar.

—Ya lo sé... pero es que... —Bufó con hastío—. Aún no quiero casarme.

—¡Venga, no exageres! —Se levantó. Tenía que convencerlo de una vez por todas—. Te la has llevado a la cama un montón de veces. Es espectacular y tiene un padre millonario, propietario de una importante empresa internacional que te abrirá las puertas del mundo. ¿Qué más quieres? Muchos, en tu lugar estarían dando botes de alegría.

Iván también se levantó y fue hacia el mueble bar a servirse otro *whisky*.

—Tal vez tengas razón —declaró, considerando lo que su padre le había dicho. La idea ya le había pasado por la cabeza en el momento en que la conoció.

—¿Acaso Gina no te gusta?

—Sí que me gusta. Además, sabe cómo mantener a un hombre despierto toda la

noche.

Alberto rio, moviendo la cabeza de un lado a otro y recordó su juventud, que fue igual de satisfactoria que la de su hijo. Aquellos tiempos llenos de mujeres hermosas y bien dispuestas...

—Entonces, ¿qué problema hay? —argumentó con gravedad—. Tienes que ver el matrimonio como un objetivo para llegar a una meta. Que te cases no significa que no puedas disfrutar con otras mujeres.

—Lo sé.

—Anda, sírveme una copa. Ahora me hace falta —pidió lanzando un suspiro, y apretó el hombro de su hijo—. A veces me exasperas.

Iván le alargó el vaso. El líquido tostado desprendía un aroma embriagador. Su padre se lo llevó a la nariz y se extasió con la fragancia.

—¡Mmmm! Tengo que reconocer que tienes un gusto excelente para escoger un buen *whisky*.

—Es todo un lujo para el paladar.

—¿Brindamos?

—¿Por?

—Por tu próxima boda con Gina.

Iván, exasperado, murmuraba por lo bajo; a veces, su padre lo sacaba de quicio, pues siempre quería controlarlo todo, y ya era mayorcito para decidir solo. Suerte que él tenía un carácter fuerte y sabía imponerse cuando era necesario.

—No hace falta que te cabrees —aclaró rápido Alberto al detectar la irritación en las facciones de su hijo; eso provocó que también él se enfureciera por dentro.

—Para que te quedes tranquilo —comenzó a decir con voz severa indicando a su padre que haría lo que le diera la gana—, me lo voy a pensar, pero no te prometo nada. Aunque ya te advierto que si no me quiero casar con ella no me casaré. La decisión final es mía.

—Algo es algo. —Apuró el *whisky* de un golpe y una inmensa alegría quedó reflejada en sus oscuros ojos—. Pero no tardes demasiado en decidirte, a Gina le rondan muchos pretendientes con ganas de progresar. Recuerda que los negocios hay que cazarlos cuando pasan, no cuando uno quiere.

Iván meditó mientras observaba los reflejos del líquido en su vaso.

Uno de sus objetivos en la vida era expandir su empresa por todo el mundo y con

esta asociación lo conseguiría. A pesar de que Gina era una mujer muy sensual y sexual, él no quería casarse. No negaba que la deseaba, siempre se lo pasaban muy bien juntos, sobre todo en la cama. Su cuerpo poseía unas curvas de los más sugerentes y todo en ella era hermoso, lujurioso, pero casarse con Gina eran palabras mayores. Aunque reconocía que si tenía que casarse por interés, lo haría, de hecho existía el divorcio si se cansaba.

El teléfono lo sacó de su ensoñación, fue hacia el escritorio y atendió la llamada.

—¿Sí? —Alzó los pies, colocándolos en la esquina de la mesa—. Sí, está aquí, ahora se lo digo. Nos vemos. —Colgó el teléfono y miró a Alberto, se había sentado en el sillón de enfrente del escritorio—. Es Javi. Necesita que pases por su despacho a firmar unos documentos.

—Ahora mismo voy —dijo, alzándose del sillón que acababa de ocupar.

—Papá.

—¿Sí? —preguntó, volviéndose a sentar. Miró el rostro preocupado de su hijo.

—¿Sabes si Javi tiene algún problema?

Iván se recostó en su asiento, entrelazó los dedos detrás de la nuca y prestó atención a su progenitor. Su amigo lo tenía preocupado y no le quería explicar nada, por lo que tendría que averiguarlo por otra vía antes de que fuera demasiado tarde. Ciertamente tenía una ligera sospecha de qué le pasaba, pero no podía abordar a Javi y ayudarlo sin estar seguro.

—Que yo sepa no —contestó Alberto.

—Es que lo veo despistado últimamente. Le he tenido que llamar la atención un par de veces por asuntos de trabajo.

—Ahora que lo comentas... es verdad. Yo también lo veo algo disperso —concordó al tiempo que también se acomodaba al sillón. Suspiró pensando cuál sería el problema de ese hombre, aunque tampoco le preocupaba demasiado—. A lo mejor su dolor de cabeza es una mujer, quién sabe... —reflexionó, encogiendo los hombros.

—No sale con nadie —le informó Iván—. O eso creo yo. Siempre ha sido tímido y retraído. Solo le importa su carrera de abogado y tener a su padre contento. —Justamente nunca había entendido esa obsesión de su compañero por tener a su progenitor contento, hasta el punto de haberse convertido en una obsesión enfermiza.

—Sí, eso es verdad. Nunca supe por qué erais tan buenos amigos. Sois como el día y la noche.

—Es buena persona, y honesta.

—Todo lo contrario de ti.

—Soy un hombre de negocios, papá. En este mundo uno no puede ser bueno, no dudaría ni un suspiro. —Pensó en la lucha diaria que tenía con todo tipo de gente. En las mentiras y en las falsas promesas con intención de estafarlo. Suerte que él olía un mal negocio enseguida.

—Veo que te he educado bien. Estoy orgulloso de ti —dijo con una expresión feliz, nunca escondía la satisfacción por que su hijo fuera como él—. En este mundo hay que ser cruel, es como estar en un mar lleno de tiburones —sentenció, alargando las palabras—. Bueno, me voy.

Se levantó y echó a andar; cuando estuvo cerca de la puerta, se detuvo y giró el rostro lo justo para analizar la cara de preocupación de su hijo. Él y Javi se habían criado juntos y entendía su inquietud. Sin embargo, cada uno era dueño de sus acciones, y si el abogado tenía problemas, sospechaba que con toda seguridad se los había buscado. Javi siempre había sido débil y en el mundo no había lugar para los débiles. Antes de irse añadió:

—Recuerda lo que hemos hablado.

—No pararás de atormentarme hasta verme casado con Gina.

Alberto rio y alzó la mano a modo de despedida. Ya lo había presionado bastante, pues a Iván no le gustaba que le impusieran nada, por lo que decidió que había más días para intentar hacerlo entrar en razón.

Iván consultó el reloj, tenía asuntos que atender urgentemente, pero su cabeza estaba en otro lugar. Había decidido ir a Valleverde y seducir a Lucía; sin embargo, su trabajo se interponía y aquello le producía una frustración enorme. No dejaba de pensar en ella y debía acabar con aquel sinvivir de una vez por todas si no quería volverse loco. Aun así no podía largarse sin más de las oficinas cuando su secretaria ya le había organizado su agenda de las próximas jornadas. De modo que no tardó en ordenar a su secretaria que aplazara a otras fechas los compromisos del día siguiente. A pesar de la resistencia de ella aconsejándole que no era un buen día para tomárselo de fiesta, por la urgencia de algunas reuniones importantes, no había dado su brazo a torcer. Pese a que todo ya estaba arreglado, tenía unas ganas enormes de que los minutos pasaran deprisa, pues deseaba meterse en la cama y que el mañana llegara con celeridad. Estaba seguro de que a esa misma hora estaría entre las piernas de su

ángel.

Gracias a que se sumergió en el trabajo, las horas fueron cayendo una tras otra. Llegó la noche y con ella la ilusión de los sueños. El mañana se acercaba y eso estaba poniendo de buen humor a Iván.

Al día siguiente, se despertó con las primeras luces del alba. No había dormido gran cosa, estaba impaciente como un niño que espera la llegada del día de Navidad. No obstante, no suspiraba por regalos, sino por volverla a ver. Tan pronto la noche anterior había cerrado los ojos, sueños eróticos lo habían asaltado y esperaba, uno a uno, hacerlos realidad. Sus labios esbozaron una sonrisa, sabiendo a ciencia cierta que la encontraría y la seduciría valiéndose, si era necesario, de su poder.

Apartó las sábanas y se levantó con una alegría poco usual en él. Desayunó rápido, y emprendió el camino a Valleverde en un espectacular Hummer de color negro como el azabache. Puso la radio a todo volumen, buscando alguna emisora de noticias donde le pudieran informar del tiempo metereológico de la zona. No quería encontrarse con un temporal de nieve y quedarse aislado por el camino.

Ya casi había llegado. Por suerte no nevaba. El cielo era de un azul relajante. El sol esparcía sus doradas garras, entibiando un día de febrero. El camino lo realizó tranquilo, no a mucha velocidad, pero sin detenerse en ningún momento. Hasta tuvo tiempo de maravillarse de los hermosos paisajes verdes que rodeaban la Vall d'Aran y que quitaban el aliento. No era de extrañar, su clima atlántico, abierto a masas de aires húmedos del océano, provocaba una abundante y extensa vegetación. Bosques de robles, hayas y diversas variedades de pinos susurraban al ser mecidos por un viento suave. Era una belleza que atrapaba a los sentidos.

Iván bajó la ventanilla de su Hummer, pues quería extasiarse del perfume que flotaba en el aire. Inspiró profunda e intensamente, hasta que sintió el frío de la mañana. Cerró la ventana y cuál fue su sorpresa cuando observó a dos rebecos<sup>[1]</sup> escalar en una montaña muy empinada; parecía imposible tanta agilidad para un animal de aquel tamaño. Qué maravilla de lugar.

Sin darse cuenta llegó a su destino. Valleverde estaba en el municipio de Bausen y al límite con la frontera francesa. Se encontraba entre bosques compactos y umbríos de abedules, fresnos, arces, pinos y robles. En el fondo de un valle tan verde que hasta deslumbraba, se alzaba el pueblo haciendo honor con su nombre al lugar,

difícilmente podía nombrarse de otra manera. Aunque ahora estaba cubierto por la nieve, dentro de poco se fundiría para dejar paso a un valle lleno de flores silvestres, formando espectaculares jardines naturales de colores. No obstante, con los planes que Iván tenía para el pueblo seguro que esas alfombras coloridas no se volverían a ver jamás.

Llegó a la localidad por una carretera que nada tenía que ver con una normal: llena de baches, estrecha y repleta de curvas que le dieron problemas para pasar. Pero él, tozudo por naturaleza, siguió y siguió hasta que llegó al mismo centro del pueblo. Bajó del coche, pensando que había retrocedido en el tiempo, un par de siglos para ser exactos. No entendía cómo se podía vivir de aquella manera, teniendo los fabulosos adelantos tecnológicos de los que se podía disfrutar. Se percató de que no había mucha gente a su alrededor, aunque los pocos que se hallaban lo miraban como si fuera un bicho extraño cuando en realidad ellos eran los raros. Parecían muñecos vestidos en serie y salidos de una película antigua. Las mujeres vestían con faldas largas en color negro y con abrigos también en negro. Los hombres con pantalones y abrigos, todo en oscuro, como las féminas. Los niños y niñas, que revoloteaban cerca de las madres, eran la versión diminuta de sus progenitores. Las capelinas<sup>[2]</sup> blancas de las mujeres y los sombreros de paja de los hombres daban un poco de vida a los raros atuendos. Miró en las cercanías buscando indicios de algún entierro. Pensó que esa debía ser la explicación más razonable para tanto negro. Su sorpresa fue mayúscula cuando entendió, por fin, que esas vestimentas tan lóbregas formaban parte de sus ropas normales.

Iván contuvo, a duras penas, las ganas de reír. Tuvo el sentido común de recomponerse y mostrarse cordial y educado. Sabía que todos sus habitantes pertenecían a Los hijos de la luz, una especie de comunidad religiosa anclada en el siglo XVIII. Sin embargo, nada lo detendría. Aunque todo en su conjunto impresionaba, él había tomado una decisión y no se amilanó. Quería encontrarla, costara lo que costara...

Y la encontró, pues los habitantes de Valleverde, muy amables, le indicaron dónde vivía la mujer que él les describió. Quedó sorprendido por la gentileza que esas personas desprendían y tan diferente a la gente hosca de la ciudad. Las palabras cálidas y sinceras le mostraron a Iván una cordialidad a la que no estaba acostumbrado. Lo trataron como si lo conocieran de toda la vida, confiando en él, en

sus preguntas, sin pensar que tal vez podía mentir. En su mundo todo eran desconfianzas, traiciones, un sobrevivir cada día hasta quedar agotado. Por supuesto que se inventó una excusa, sabiendo que no le dirían nada si decía la verdad. También omitió su nombre y quién era, supuso que, si se enteraban, lo echarían a pedradas. De pronto, se sintió mal, pero solo fue un instante, ya que cuando se acordó de ella, todo remordimiento quedó en el olvido.

No tardó en encontrar la casa y se encaminó hacia la entrada. Sus zapatos resonaron en el suelo de madera y emitían un sonido muy parecido al de los cascos de caballos. En el momento que iba a golpear la puerta con los nudillos, oyó la voz de Lucía, suave como pétalos de rosas y con un tono cariñoso que a él le gustó, pero al mismo tiempo le causó rabia. No porque no le agradara, al contrario, sino porque el día anterior con él su tono fue frío y despectivo, nada que ver con la suavidad que escuchaba. Iván quería que le hablara de esa manera, dulce y agradable. Su cuerpo reaccionó con excitación con solo imaginar el tierno sonido de su voz susurrándole todo tipo de perversiones.

—Abel, ¿eres tú? —preguntó ella—. Pasa un momento, ¡y no se te ocurra esconderte, te mereces una buena reprimenda!

Iván entró en la casa, pero no dijo nada. Las bisagras de la puerta chirriaron al abrirla. Entró y se encontró en una cocina comedor muy acogedora, limpia y ordenada. Tanto los muebles, los utensilios y los adornos de la estancia eran de factura sencilla. Delante de los muebles de cocina se extendía una gran mesa, con sillas a su alrededor. En un rincón había una chimenea donde ardía un gran fuego. Enfrente, tres tumbonas con sus respectivos cojines confeccionados con la técnica *patchwork*. La casa desprendía calor humano por cada rincón, cosa que no se podía decir de la suya por muy grande y por mucho más bonita que fuera.

Lucía estaba de espaldas, enfrascada dando los últimos retoques a una enorme tarta de chocolate sobre la mesa de la cocina. A Iván no le salían las palabras. Estaba ensimismado viendo la larga melena de la mujer. Tenía el cabello recién lavado. Ayer no lo había podido admirar pues llevaba una capelina que cubría toda la cabeza. Nunca una melena le había atraído tanto la atención como aquella. Era de un color avellana, con vetas de color dorado, y pendía, esplendorosa, sobre la espalda. Resplandecía como el rocío de la mañana a las primeras luces del alba.

No entendía lo que le sucedía. Delante de sus narices se hallaba una mujer vestida

de negro hasta debajo las rodillas y con un delantal blanco. Sin embargo, le causaba un deseo doloroso, ni él mismo sabía el porqué de esa atracción tan absurda.

La realidad era que la deseaba, y cómo la deseaba, con una desesperación que lo sorprendía.

—Abel, no sé qué tienes en la cabeza —repuso ella con tono duro. No sabía que el hombre que estaba detrás de ella era Iván, y no su hermano—. ¿Cómo se te ocurre encerrar el gato de la pobre señora Vidal en el gallinero? —Suspiró al tiempo que vertía el glaseado de chocolate por la tarta—. Cuando se entere papá te va a dar un buen tirón de orejas. No esperes que te defienda como hago siempre, Abel, ¡hoy cumples dieciocho años! ¿No crees que ya eres mayor para tales travesuras?

Iván observaba cómo la tarta quedaba igual de brillante que un cristal. Ella pasó el dedo por el borde del recipiente, donde estaba el glaseado que sobraba, y lo lamió. Al hombre imaginación no le faltaba y fantaseó con que ese dedo era su miembro. Pensó en su jugosa lengua, caliente y húmeda, recorriendo centímetro a centímetro. Lamiendo de arriba abajo, una y otra vez, para después detenerse en el glande y saborearlo, besarlo... sin tregua, sin pausa. De que sus labios juguetones se cerraran en torno a la punta dolorida. De que sus delicados dedos lo envolvieran. De que su boca lo abarcara todo, y retorciéndose de placer, le suplicara más mucho más, y ella obediente se lo diera... sí, podía sentirlo. Un error. Si no se calmaba era capaz de tenderla en la mesa, levantarle esa horrible falda y penetrarla. Al hombre se le tensaron todos los músculos en un intento de calmar el deseo mientras la contemplaba extasiado.

—¡Mmmm! —saboreó Lucía—. Estará deliciosa. No sé por qué me he molestado en prepararte esta tarta de cumpleaños. —Una sonrisa maliciosa salió de sus labios—. Tendría que castigarte sin ningún trozo.

Volvió a untar el dedo de glaseado, preocupada de que su hermano no dijera nada. Se giró al tiempo que se introducía el dedo en la boca, con la intención de saborear el gustoso chocolate y mofarse de que se quedaría sin su ración de pastel.

Iván, demasiado excitado e incapaz de calmarse, no se perdía movimiento alguno. Se alegraba de que sus pantalones fueran lo suficientes holgados para disimular la evidencia de su deseo.

A Lucía le faltó bien poco para caerse desmayada al suelo, asombrada al encontrarse allí mismo al hombre producto de sus dolores de cabeza en la cocina de su hogar.

Escuchó el tic tac del reloj antiguo, que descansaba en la repisa de la chimenea, como si fuera su corazón. Tragó saliva. Ayer en su despacho ya había admirado lo atractivo que era. Sus ojos eran de un azul turbulento, igual que el color del mar en un día de tormenta. El cabello lo llevaba alborotado y negro como el pecado. Pero lo que más la sorprendía eran sus facciones, duras, profundas y de una masculinidad perturbadora para su paz mental. La barba corta y espesa que llevaba no ayudaba a darle un aire afable al rostro, al igual que la descomunal estatura que exhibía. Pero daba lo mismo, hasta esa dureza en sus facciones era atractiva. Iba vestido con unos pantalones anchos color tórtola y una camisa color marfil. Pudo distinguir las iniciales de su nombre y apellido bordado en la parte superior del bolsillo de su camisa. En los hombros colgaba un jersey beige, con rombos del mismo tono que los pantalones.

—Hola —saludó Iván, sin saber qué decir o hacer y con una desvergonzada sonrisa de oreja a oreja.

Lucía salió de sus pensamientos. Se acordó de cómo se había reído de ella, ni tan siquiera la había querido escuchar, y sobre todo se acordó de que estaba sola en la casa. Ella dio un paso atrás, con la cara más enrojecida que una fresa madurada al sol. Su mirada se concentró en el hombre que tenía frente a ella, pues no era nada adecuado estar sola con un varón sin estar casada con él. Si la comunidad se enteraba la regañarían.

—Te debes preguntar qué hago aquí —empezó a decir Iván, al ver que ella era incapaz de pronunciar palabra.

—Sí —murmuró. Fue lo único que salió de sus labios.

—Primero me gustaría saber tu nombre completo, ayer no me lo dijiste. Saliste del despacho tan rápido.

—Lucía Olmos.

—Lucía.

—Sí, Lucía. —Lo miró recelosa, pensando si se burlaba de su nombre.

Se miraron a los ojos. No hubo palabras. Solo un silencio igual de ensordecedor que un agudo grito.

—¡Mi capelina! —se sobresaltó la muchacha de pronto.

Iván arqueó una ceja. No entendía su nerviosismo por no llevar la fea capelina.

—A mí no me importa que no la lleves —pronunció Iván—, al contrario... me gustas más así.

El fuego chisporroteó y Lucía se sobresaltó. Se pasó la mano por el pelo, avergonzada. Nadie, salvo su padre y su hermano, le habían visto el cabello. De pronto tomó conciencia de que ese hombre no sabía nada de sus costumbres. «¿Qué iba a saber un hombre como él?», meditó ella.

Iván caminó hasta situarse a poca distancia de ella. De cerca aún era más bonita. Sus asombrosos ojos brillaban igual que la arena del desierto en el cenit del día. Unos pómulos redondeados y unas espesas pestañas daban al rostro un aire angelical. «No, angelical no... es el rostro de una virgen», concluyó para sí. Unos labios en forma de corazón, sonrojados como su rostro, lo atraían como un imán. A Lucía esa mirada la alteró y sus piernas temblaron. Tenerlo así, tan cerca, no era correcto, nada correcto.

—Debe marcharse ahora mismo —balbuceó ella, rígida como un palo de escoba—. No puedo estar a solas con usted, señor. Es pecado —articuló al fin.

Iván se quedó con la boca abierta. Ese comentario que para él no tenía lógica y la manera tan formal, tan estricta, con que le hablaba lo dejó perplejo. Se abstuvo de hacer ningún comentario al tiempo que recordaba que ella pertenecía a la comunidad de Los Hijos de la Luz.

—No voy a marcharme —hizo una pausa— todavía. De hecho vengo a pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Estuve brusco —se disculpó Iván.

—De la única manera que puede usted disculparse es dejarnos tranquilos en nuestras casas y olvidarse de la carretera. —La voz de ella era de una calma perturbadora—. No puede despojarnos de Valleverde. No puede destruir un pueblo para...

No pudo continuar. ¡El muy miserable se estaba riendo a carcajadas! Lucía deseaba darle un puñetazo. Contó hasta tres para serenarse.

—Escucha bien, nadie me va a decir lo que tengo que hacer o no tengo que hacer, ¿vale? —aclamó Iván con un tono duro.

Lucía lo contemplaba mientras pensaba en una réplica. Sin embargo, sus palabras se disolvieron como un terrón de azúcar en el café. No quería discutir, pero era tan difícil mantener la calma cuando él se burlaba por todo, que no sabía si lo conseguiría.

Iván no dejaba de observarla, reconocía que no iba por buen camino. Al ver que la mujer lo miraba como si fuera un repulsivo monstruo, volvió a hablar.

—He ofrecido una cantidad de dinero más que considerable por las tierras. Podéis

construir otro pueblo en cualquier lugar. —Se irguió cuan largo era y la miró a los ojos—. ¡No hay para tanto! Tendréis casa nuevas y aún os sobraré dinero para cualquier caprichito.

El tono indiferente y las palabras de ese hombre, sacaron de sus casillas a Lucía. «¡Si encima nos hace un favor!», pensó.

—¡No puedo creer lo que oigo! —Hervía de rabia—. ¿Acaso no tiene corazón? —Lo fulminó con la mirada, incapaz de creerse que ese empresario no tuviera compasión en sus entrañas—. ¿Cree que puede decidir la vida de los demás? Pero escúchame bien, señor todo poderoso, ¡somos un hueso muy difícil de roer!

—No estés tan segura —dijo con amabilidad—, la carretera beneficiará a más gente de la que vive en vuestro pueblo.

—Va a destruir muchas vidas, ¿es que no lo ve?

—No dramáticas. No estoy matando a nadie.

—Pero sí que los matará. Este lugar ha pertenecido durante generaciones a nuestra gente —barboteó con pesar—. Nos está arrebatando un pasado, un presente y un futuro.

—No hay vuelta atrás —le comunicó sin pestañear—, hazte a la idea tú y tu gente.

—No abandonaremos nuestras casas sin luchar.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —le reprendió—. Lo único que conseguiréis es que me enfade y os arrebaté el pueblo sin nada a cambio. Coged lo que os doy de buen grado y empezad en otro sitio. Nada en este mundo me está vetado.

—No le importa la gente, ¿verdad? Usted es como una plaga de langostas—declaró con el tono más frío que pudo, pues lo quería herir—. No deja nada a su paso. Destrucción total. Pero al igual que para las plagas existen insecticidas, también habrá alguna manera de pararle los pies.

—No os conviene tenerme como enemigo —dijo entre dientes—. Ya te he dicho que nada me está vetado. ¡Nada, me oyes!

—Pero yo....

—¡Basta!

Los dos se observaron. Con furia, con rabia. Durante un largo rato ninguno dijo nada, eran incapaces. El aire se tornó denso, explosivo. Sin embargo, Lucía pensó en su padre enfermo y en las gentes de su comunidad que tanto amaba. No entendía cómo a ese hombre le costaba tanto de comprender. Estaba demasiado furiosa y

desesperada para callarse; y sin pensar que no era bueno azuzar a un animal furioso, dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—No hay peor hombre que el que no está ciego pero no ve, y el que no está sordo pero no oye.

Como era de esperar, Iván se sintió insultado, ya que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Atajó la distancia que los separaba hasta quedar a escasos dos palmos de distancia. En esos momentos no quería discutir. La decisión de construir la carretera ya estaba tomada hacía meses. No perdería más tiempo en absurdas discusiones. Había ido a Valleverde por ella, porque la deseaba y no podía esperar más para poseerla.

—Tal vez si te portas bien conmigo... —sugirió Iván con voz melosa—, mejore las condiciones de expropiación, podemos llegar a un acuerdo.

Lucía abrió los ojos como naranjas. Sabía muy bien lo que significaba ese «si te portas bien conmigo». No se lo pensó dos veces, estaba demasiado ofendida para recapacitar.

—¡Cerdo asqueroso! —gritó, al tiempo que su mano se estampaba con fuerza en la mejilla masculina.

El chasquido de la bofetada resonó tan fuerte que escondió el ruido de la leña al arder y el tic-tac del reloj. Iván giró el rostro con brusquedad debido a la inercia del golpe, por un momento se quedó petrificado donde estaba. Sintió escozor en la mejilla y llevó las puntas de los dedos a la cara, al lugar que le picaba. Notó la humedad y la calidez de la sangre y miró las puntas de sus dedos manchados de sangre; dedujo que lo había arañado. Volvió los dedos manchados para mostrárselos a Lucía, no obstante, ella ya había visto el feo arañazo de la mejilla.

—Veo que debajo de esa cara angelical habita una tigresa —repuso él con aspereza, tras un largo rato de silencio.

Ella sintió el latigazo de la ira en su mirada y su voz. No tendría que haberlo abofeteado, la verdad era que jamás había pegado a nadie. Sintió pánico por lo que le haría, su pequeño cuerpo se estremeció y dirigió una mirada anhelante a la puerta. Sin pensárselo, y movida por el instinto de supervivencia, corrió exasperada hacia la salida.

Pero Iván era rápido y en dos segundos la atrapó.

Ella se revolvió, gritando que la soltara, de nada sirvieron sus exigencias, pues

quedó atrapada entre el cuerpo de Iván y la pared. No podía moverse y no podía respirar. Empezó a temblar. Entonces, Lucía, comenzó a gemir de frustración.

—¡Por favor, por favor, suélteme!

Ella no paraba de agitarse e intentó morderlo y patearlo. Pero él tenía reflejos de rapaz y esquivaba cada movimiento.

—¡Maldita sea, para de una vez, estate quieta! —gritó él, jadeante—. No quiero hacerte daño.

Esas palabras se filtraron en su mente y consiguieron que ella se rindiese poco a poco. Estaba cansada de pelear e Iván notó cómo ella se relajaba y dejaba de luchar. Se mantenía laxa en sus brazos y el hombre percibió cómo las curvas femeninas se adaptaban a su cuerpo. Sus pechos pegados. Sus caderas que rozaban su parte viril. Era demasiado... Empezó a respirar con agitación por el deseo que lo envolvía. Ella dio un respingo, Iván sabía el porqué: estando tan pegados, era imposible que no notara la erección. En parte disfrutaba de su sorpresa, pues la respiración de ella se intensificó y sus ojos eran dos grandes esferas brillantes. De pronto advirtió que temblaba.

Lucía apretó los labios al tiempo que una marea de rubor inundaba sus mejillas. No sabía si moverse hacia delante o atrás. Solo era consciente de la dureza clavada en su vientre y que pertenecía a la parte anatómica de un hombre que ni siquiera se atrevía a nombrar. Las rodillas se le doblaron e Iván la aguantó más fuerte. Un error que la dejó más perturbada aún, ya que aparte de tener esa dureza pegada en su estómago ahora podía apreciar la forma.

Iván, desesperado por tenerla tan pegada, la agarró con suavidad de la barbilla y la atrajo hacia su boca. A Lucía le pilló desprevenida, y de su garganta escapó una exclamación de sorpresa. Ella no sabía lo que vendría después. Él fue pasando su lengua por los labios de la mujer. Acunó su rostro entre sus manos y le depositó ligeros besos alrededor de ellos.

Lucía estaba petrificada como una roca. Perdió la noción de la realidad. No sabía si aquello le estaba pasando de verdad, o lo estaba imaginando. «¿Acaso estaba soñando?», pensó, deseando que fuera verdad.

Al fin pegó sus labios a los de Lucía, e intentó profundizar el beso. No obstante, ella, poco a poco, tomó conciencia de lo que ocurría y se revolvió como una pantera enjaulada, luchando por escapar. Lo empujó, pero él no dejaba que se apartara.

De pronto oyeron el chirriar de la puerta. Él giró el rostro para ver quién había entrado. No tuvo tiempo de reaccionar porque sintió una silla que se rompía en su espalda.

—¡Suelta a mi hermana!

Lucía, boquiabierta, miró por encima del hombro de Iván. Vio a su hermano Abel con su joven rostro encendido de rabia.

—¡Desgraciado! —voceó Iván, al tiempo que se daba la vuelta y estampaba un puñetazo en la mandíbula de Abel.

El muchacho se levantó del suelo, dispuesto a devolverle el golpe. Sin embargo, no fue veloz, e Iván le propinó un segundo puñetazo y cayó encima de la mesa, la inercia provocó que el mueble se volcara. En consecuencia, la tarta de chocolate se estrelló en el suelo y quedó irreconocible y no apta para comérsela.

Lucía reaccionó interponiéndose entre ellos. Miraba a Iván con ojos de rencor, por lo que las palabras brotaron de su boca, empujadas por un resentimiento cruel.

—¡Basta, basta, fuera de mi casa! —gritó a todo pulmón. Su pecho subía y bajaba, indignada con ese hombre—. Peléese con uno de su calaña. No es más que un cobarde, señor Iván Mayer. —A él se le ensombreció el rostro, pero a ella ya no le importaba y no se guardó nada—. Lárguese y no vuelvas nunca, ¿me oye? No quiero volver a tener que hablar con usted. No tiene derecho a venir aquí y hacer lo que le venga en gana. ¡Márchese, contamina el aire por el que pasa! ¡Oh, no es más que un, un...!

La mujer, descompuesta, dejó de hablar y miró a su hermano, que estaba arrodillado en el suelo. Su cara era de dolor y la muchacha, preocupada y abrumada por un sentimiento de protección, se agachó y se sacó un pañuelo del bolsillo; con delicadeza le limpió la sangre de los labios, tal como lo haría una amorosa madre.

Iván apretó la mandíbula. Su mirada era peligrosa mientras los observaba y tenía ganas de gritar. «¿Cómo me puede acusar sin más de una pelea que de ningún modo he empezado?», pensó. El enfado del hombre crecía a cada segundo, las cosas no se quedarían de esta manera.

—No creas que esto acaba aquí —le aseguró el empresario; no obstante, ella lo ignoró, cosa que a él lo ofuscó sobremanera—. ¡Tendrás noticias mías!

Y se marchó dando un sonoro portazo.

Lucía suspiró aliviada y fue a buscar una palangana con agua y paños limpios.

—Lo has llamado señor Iván Mayer —dijo Abel tocándose los labios inflados—. ¿No es el mismo que quiere echarnos de nuestras tierras?

—Sí, es el mismo.

Se arrodilló en el suelo y con los paños empapados de agua fría cubrió los golpes a fin de que no se inflamaran mucho.

—Cuando papá se entere....

—Abel —le atajó ella—, prométeme que no le dirás nada. Si se entera de que él estuvo aquí y de que tú te mostraste violento... —Suspiró—. Todavía no se ha recuperado de su último ataque.

—¿Qué querías que hiciera, dejar que te atacara? Te tenía arrinconada.

—Ya sabes que nuestro Señor no quiere que seamos violentos. Eres un cabeza hueca, tienes la mala costumbre de hacer y luego pensar. Mala combinación —afirmó—. Además, yo ya tenía la situación controlada.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le rebatió enfadado—. ¡Ay... ay... me haces daño!

—Es lo que mereces. ¡A ver si creces de una vez!

Abel era un muchacho con unas facciones muy parecidas a las de ella, dulces y serenas; con la diferencia de que las del chico eran un poco infantiles debido a su edad. Sus ojos de color ambarino mostraban una mirada limpia y profunda. Los cabellos eran dorados y sedosos, iguales a los de la madre de ambos. Hacía tres años que había muerto y el padre nunca lo superó. Su salud, desde entonces, mermaba cada día más.

—Tienes razón. Será mejor que papá no sepa nada —admitió, sintiéndose culpable, el rostro de preocupación de su hermana lo había conmovido—. Pero a cambio tendrás que prepararme otra tarta de cumpleaños. Será mi paga por cubrirte con papá hoy y ayer, cuando fuiste a escondidas a Barcelona —puntualizó con una sonrisa traviesa en los labios.

Los dos miraron al unísono la tarta de cumpleaños aplastada en el suelo. Empezaron a reír con fuerza y desinhibición, al tiempo que se abrazaban. Se querían y se protegían, conscientes de que la familia lo era todo. No oyeron el chirrido de la puerta cuando el padre entró.

—¡¿Pero qué es todo este desorden?! —preguntó, mientras se quitaba el sombrero de paja y pasaba la mano por la barba.

Lucía y Abel se miraron en complicidad, el muchacho tenía una mente vivaz y

enseguida tuvo una respuesta.

—Estábamos jugando, yo quería ensuciar la cara de chocolate a Lucía y tropecé y me caí.

—Tienes toda la cara magullada —dijo el padre, arqueó una ceja en un gesto incrédulo, conocía a su travieso hijo—. No entiendo cómo puedes haberte golpeado la cara de esa manera.

—Ya te lo he dicho. Tropecé y caí. —Se encogió de hombros y lo miró con inocencia—. Yo tampoco me explico cómo una caída tan tonta me ha dejado la cara así.

El padre se acercó y examinó el rostro de Abel. Por el rabillo vio una irreconocible tarta y no se atrevió a preguntar. Sabía de cierto que ese par de hijos suyos escondían algún asunto. Desde pequeños que se encubrían mutuamente y siempre se protegían entre ellos. No quiso insistir más sobre el desafortunado incidente ya que, seguro, le explicarían una mentira detrás de otra.

—Ya veo... —El padre hizo una mueca, sin embargo, de pronto, se acordó de para qué había ido a casa—. Pero no creas que esto te va a liberar de tu castigo. Vengo de la granja de los Vidal y, ahora mismo, vamos a ir a que les arregles el gallinero y a pedirles disculpas. —Miró a Lucía—. Apresúrate a curarlo. Te espero fuera, jovencito, voy a prepararte el caballo, ya te lamerás las heridas por el camino.

Salió por la puerta mascullando en voz alta la mala suerte que tenía por tener un hijo tan poco responsable y rogando al cielo que madurara.

Lucía y Abel suspiraron aliviados y complacidos por su buena suerte. ¡No sospechaba nada! Se levantaron del suelo y ella abrió un armario de la cocina y sacó una botella de desinfectante casero. Su hermano estaba acurrucado en una silla, esperando la tortura que suponía que le pusieran ese brebaje en las heridas.

—Esta vez te has pasado —le regañó Lucía, pasándole desinfectante por las heridas—. La señora Vidal está muy enfadada.

—¡Ay! —se quejó removiéndose como una lagartija.

—No seas cobarde, solo pica un poco. Es agua de tomillo.

—No soy cobarde y esto pica mucho.

—Por cierto, ¿qué has ganado con tu última travesura? —pregunto ella, sabiendo de su carácter infantil e inmaduro. Esperaba que ahora, con los dieciocho años cumplidos, recapacitara antes de enfrascarse en más travesuras.

—Aún tengo que cobrarlo.

Lucía lo miró con pose interrogativa y él suspiró. Su hermana no pararía hasta que le contara la verdad.

—Tengo que cobrarme un beso —reveló en un susurro demasiado tímido para decirlo en voz alta. Intentó agachar el rostro, pero su hermana se lo impidió agarrándole la barbilla y aplicándole ese horrible desinfectante.

—¿Un beso? —barbotó en voz alta, pues estaba escandalizada, su hermano no dejaba de sorprenderla.

—¡No chilles, papá te puede oír!

—Vale... perdona. —Lucía se moría de curiosidad. A su hermano le gustaba una chica, tal vez ese enamoramiento juvenil hiciera que madurara. Sin embargo, recapacitó en que la travesura con la única intención de robar un beso, definitivamente no era el acto de una persona responsable—. ¿Quién es la desafortunada?

—¡No te burles! Y... la afortunada —dijo, sonrojado hasta la médula— es Elisa. Pero ella no quiere pagar. —Se encogió de hombros y su expresión revelaba la desilusión que sentía.

—No me extraña. Yo tampoco podría besar a un sapo.

—Eso no tiene gracia —se indignó—. Esa chica es una tramposa.

—No ha hecho trampa. Ha jugado un poco contigo y debe estar riéndose de ti. —Le puso las manos en los hombros, haciendo una mueca con los labios antes de hablar—. Ya te está bien empleado. A partir de ahora será mejor que cobres por adelantado.

Lucía rio con ganas. A Abel no le hizo ninguna gracia y no intentó disimular su indignación.

—¡Que día tan horroroso! Me han dejado sin beso, mi hermana se burla de mí y aún me queda aguantar el sermón de papá de camino a la granja de los Vidal. —Se alzó de la silla con movimientos rápidos, demasiado ofendido, aunque todo lo olvidó en segundos y miró a su hermana con ojos cariñosos y traviosos—. Me voy y espero que tú no hagas como Eli y cumplas tu palabra de prepararme otro pastel.

Lucía le dio un beso en la mejilla. Tuvo que ponerse de puntillas, pues Abel cada día estaba más alto.

—Tendrás tu pastel, aunque muera en el intento.

El chaval se marchó riendo mientras pensaba que su hermana siempre lo ponía de

buen humor. Ella era como la sal en las comidas y el azúcar en los dulces.

Lucía miró a su alrededor con pesar, dado que todo era desorden y caos. De pronto, le atrajo la atención una pieza de ropa. Era el jersey de rombos de Iván, se agachó y lo cogió del suelo. No supo lo que la empujó, pero no pudo evitar inhalar la fragancia de la prenda. Olía a perfume masculino, potente y seductor, el mismo aroma que había sentido cuando estaba tan pegado a ella y notaba su masculinidad. Salió al exterior, pues necesitaba que el aire frío la refrescara. Solo de pensar en su cuerpo adherido al suyo le entraba calor.

Miró al cielo en un intento de encontrar la explicación a su turbación. Sin embargo, como era de esperar, en el cielo no encontró respuesta alguna. Solo vio matices de grises y negros que cubrían el firmamento de punta a punta. El sol ya no resplandecía como a primera hora, con toda seguridad volvería a nevar. Se rio, incapaz de hacer otra cosa, ya que pensaba que su mente estaba de la misma manera: negra y ofuscada. No pudo evitar advertir el aire frío que se filtraba por debajo de su falda y traspasaba las medias. En cierto modo agradeció esa bocanada de frescor, pues la necesitaba con desesperación para, de este modo, mitigar el calor que sentía en su interior.

Mientras tanto, Iván corría a una velocidad peligrosa por las carreteras del Vall d'Aran. Todas las llamas del infierno ardían dentro de su ser y sentía la sangre que le hervía. Masculló en voz baja una hilera de insultos y ¡no se dejó ni uno!

Una vez se serenó, pensó en su próximo movimiento. Detuvo el coche en el arcén frenando con rabia. Golpeó con la mano el volante del coche, una vez y dos, estaba irritable y con ganas de guerra. No dejaría que ese angelito lo detuviera, desde luego que no.

Se hubiera conformado con probar la fruta prohibida, sin embargo, ahora quería devorar esa fruta hasta el final. La atracción que la mujer despertaba en él iba en contra de todo en lo que Iván creía, pero no podía evitar sentirse cautivado como nunca antes. Necesitaba poseer un trocito de cielo, perderse en sus ojos de mirada serena, y encontrar la tranquilidad que el cuerpo le pedía.

Cogió el móvil y marcó el número de su amigo y abogado.

—Javi, ¿esta tarde estarás en tu despacho? —preguntó con voz colérica saliendo del coche y cerrando la puerta de un portazo.

—¡Hola, Iván! ¿Ya no saludas? —Chasqueó la lengua—. Ni un... ¡hola, Javi, qué tal estás!

Un viento helado empezó a soplar con suavidad, pero ni esa brisa fría apagó el fuego rabioso que ardía dentro de Iván.

—Déjate de gilipollices, no estoy de humor —soltó sin contemplaciones mientras daba una patada a un guijarro del suelo.

—¡Vale, vale! —suspiró, pesaroso por lo que le vendría encima. Su amigo estaba en verdad cabreado y cuando se cabreaba era peligroso—. ¿A quién tengo el honor de destruir esta vez?

—Estás muy gracioso, ¡lástima que no tenga ganas de reír! —Se atusó el cabello mientras caminaba de un lado a otro intentando calmar la ira que bullía en su sangre.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —preguntó Javi, sorprendido por notar a su amigo tan perturbado. No era normal en él perder el control de esa manera y en aquellos momentos parecía fuera de sí.

—Voy al grano: quiero que empieces a agilizar el papeleo para hacernos con Valleverde y lo quiero en mis manos ¡ya! ¿Entiendes?

—Iván, eso necesita tiempo. —Javi intentaba ordenar sus pensamientos. No entendía qué tenía que ver ese pueblo con el monumental enfado de su amigo.

—¡Ya basta, Javi! Si no eres capaz de hacerlo en tiempo récord contrataré a otro. Hubo unos segundos de silencio.

—De acuerdo —se rindió el abogado. Necesitaba el dinero, pero no quería que Iván se enterara, además no encontraba ninguna lógica en sus exigencias. Ya le explicaría en unas horas el porqué de tanta prisa—. Ven esta tarde a mi despacho. Empezaré con el papeleo ahora mismo. Será como tú dices y antes de un mes Valleverde estará en tus manos.

—Perfecto.

¿No alardeaba de que nada le estaba vetado? Ahora lo demostraría.

Entró en el coche aún irritado. Apretó el botón de colgar del móvil y lo tiró de mala manera en el asiento de al lado. Sonrió al tiempo que se calmaba, Javi era muy bueno en su trabajo, el mejor, por tanto Valleverde pronto sería suyo. Puso el coche en marcha y buscó en la radio el canal de noticias. El cielo se había encapotado de nubes en todos los matices de grises. Solo le faltaba quedarse tirado en la carretera por la nieve que, casi con toda seguridad, caería.

Un fuertísimo viento, que no supo de donde venía, azotó su coche hasta zarandearlo. Las copas de los árboles aullaron con fuerza. A Iván le recordó a un llanto lastimero,

un conejo iba de un lado a otro, aterrado y gritando con estruendo. Se calló cuando se escondió en un agujero que parecía ser su madriguera.

Era como si la madre naturaleza se hubiera rebelado contra sus planes de la única manera que sabía. Suerte que él no era un hombre supersticioso, creyente de fuerzas ocultas e inexplicables.

## CAPÍTULO 2

Javi, incapaz de articular palabra, no dejaba de mirar a Iván desde el sillón de detrás de su escritorio. Su expresión fue de asombro cuando se percató del feo rasguño que su compañero lucía en la cara. Especuló sobre quién lo habría arañado, y no podía ser otra que la voluble Gina, pues esa mujer era un peligro incluso para ella misma.

Javi era un hombre de semblante serio, alto y de constitución delgada. Vestía con ropas demasiado formales para el gusto de Iván. Este siempre lo regañaba, aconsejándolo que vistiera acorde con su edad.

El color de su cabello era de un rubio oscuro y lo llevaba pulcramente peinado hacia atrás. Sus ojos de color gris claro desprendían últimamente una mirada triste y aplacada. De hecho, Iván ya no recordaba verlo sonreír muy a menudo, pues sus labios parecían estar siempre en línea recta, era como si sus comisuras hubieran olvidado alzarse para formar curvas de felicidad. Y mucho temía que esa severidad era fruto de la relación tan tensa que tenía con su padre.

Si bien Javi no siempre fue así, desde luego. Ellos dos solían divertirse en fiestas y discotecas en la época de adolescentes. Una mueca de agrado se esbozó en los labios de Iván mientras pensaba en tiempos que, en aquel momento, veía a años luz. No obstante, al padre de Javi nunca le había gustado que su vástago anduviera en fiestas y pronto se hubieron acabado. Aun así guardaba bellos recuerdos de las locuras de ambos en el pasado.

—Veo que Gina es una mujer de carácter —argumentó Javi, sin rodeos, al fin había salido de su sorpresa.

—No fue Gina —rebató Iván con el rostro ensombrecido y voz áspera.

Javi extendió las manos en un gesto de interrogación. Ambos gozaban de una muy buena amistad, eran hijos únicos y se querían como hermanos. Aunque sus caracteres eran diferentes, eso nunca fue obstáculo para forjar una gran amistad que se profesaban desde niños. Iván no dudó y explicó a su amigo, con todo lujo de detalles, lo acontecido con Lucía, desde el día anterior hasta esa misma tarde.

Iván se sentó. No estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran y el desprecio de Lucía lo sacaba de quicio. De todos modos nunca lo reconocería, pues

le dolía mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. En cierto modo, Iván se desahogó con su amigo y eso lo relajó, si bien la rabia aún lo carcomía.

—Ahora entiendo tus prisas por hacerte con Valleverde —musitó Javi en voz baja, empezaba a entender su juego, y no le gustaba.

—Quiero los beneficios que aportará la construcción de la carretera y quiero a esa mujer en mi cama.

—Claro, y ella se arrojará a tus brazos y dejará que te la folles para agradecerte lo muy contenta que está por la construcción de la carretera —adujo con tono sarcástico.

Iván entornó los ojos, advirtiendo a su amigo con ese gesto que se dejara de comentarios sarcásticos.

—No puedo sacármela de la cabeza. Es como un ángel caído del cielo —admitió Iván en un susurro—. Su mirada dulce me tiene cautivado. Parece estar rodeada por un aura de serenidad y pureza. Mi cuerpo me reclama que la toque, que la acaricie, que la bese... que... que... ¡oh, Dios, estoy diciendo tonterías!

Javi encendió un cigarro. Dio una bocanada profunda y sacó el humo formando círculos, que se desvanecían con lentitud en el ambiente hasta desaparecer por completo.

—Si destrozas su vida, te odiará, y no la tendrás en tu cama jamás —afirmó Javi rotundo.

—Al principio, pero cuando vea lo generoso que puedo llegar a ser con ella y su familia, me verá con otros ojos.

—Iván, piénsatelo. Esa mujer no es para ti —le advirtió Javi encogiéndose de hombros—. Tienes a Gina y a muchas otras, más que dispuestas a satisfacerte.

—No —constató tajante y con un brillo peligroso en la mirada—. La deseo y no pararé hasta conseguirla. De una manera u otra ella será mía.

Javi observó a Iván, él era un hombre peligroso cuando no se salía con la suya. Compadeció a Lucía, pues sabía que su amigo, tarde o temprano, la tendría en su poder, de eso estaba completamente seguro.

—¿Y que pasa con Gina? —preguntó Javi.

—Gina y yo no tenemos una relación seria... todavía —puntualizó con una sonrisa burlona en los labios—. Es cierto que estoy pensando casarme con ella, pero solo si su padre me ayuda con la expansión de mi empresa por el mundo. —Miró a su amigo y alzó las cejas—. Antes de comprometerme con Gina disfrutaré unas semanas con

Lucía.

—Estás jugando con fuego y te quemarás.

—Estoy intentando apagar el fuego que arde dentro de mí antes de quemarme vivo.

—Aunque su voz era suave no consiguió disimular su turbación—. Esa mujer no sé qué tiene que me calienta la sangre. Tal vez sea esa mirada tan suave con que me mira, o esas facciones delicadas y angelicales.

—Nunca una mujer te había conmocionado tanto, mi querido amigo. Te desconozco.

—Sí, lo reconozco. Pero cuando me sacie de ella desaparecerá, y este fuego que me quema las entrañas, también.

Iván dirigió su mirada a las manos de su amigo, que reposaban en los brazos del sillón y le temblaban. Una fina capa de sudor le cubría la frente, aun cuando el despacho del abogado estaba a una temperatura agradable.

—Javi, ¿te encuentras bien?

—Sí, me encuentro bien —refunfuñó, con más pena que gloria.

—Te están temblando las manos y estás sudando como un puerco.

—¡Vaya!, gracias por la comparación —bufó—. Tengo el estómago revuelto —carraspeó—. Ayer salí a cenar y no me sentó muy bien.

Iván miró a su amigo, sabía que le estaba mintiendo.

—Si tienes algún problema ya sabes que aquí estoy para lo que quieras....

—No hace falta que te preocupes —le interrumpió con sequedad—. Bueno, no has venido para hablar de mí, ¿verdad? —dijo cambiando rápidamente de tema—. Ya está todo listo para presentar los papeles de expropiación. Mañana se los entrego al juez. Te será favorable, que sepas que he tenido que sobornar y amenazar.

—Perfecto, mándame la factura.

Javi dio otra bocanada a su cigarro, otra vez expulsó el humo formando círculos.

—Que fácil lo ves, ¿eh, Iván? Todo se limita a tener dinero y poder.

Iván entrelazó los dedos a la altura de la nuca. Dio un estirón para relajar la musculatura y se mantuvo callado. Nunca había visto a su amigo así: tembloroso, sudoroso y muy susceptible. Sabía que tenía problemas, «¿pero cuáles?», se preguntó. Ya lo averiguaría, Javi acabaría cediendo y luego le confiaría sus dificultades, por supuesto que lo ayudaría. Por encima de todo era su amigo, una parte de él muy importante.

Iván se despidió de su compañero. El abogado contempló cómo se marchaba;

después de escuchar los pasos que se alejaban, cogió el teléfono y marcó un número. Se maldijo, dado que la mano no paraba de temblarle.

—Soy Javi. En media hora salgo del despacho. Prepárame lo de costumbre.

Colgó sin decir nada más. No era necesario ser amable con gente como esa. Apretó el cigarro en el puño. Ni siquiera sintió el calor abrasador que le quemaba la palma de la mano. Apretó la mandíbula, agradeciendo el hecho de que su cuerpo ya era inmune al dolor. Nada podía ser peor que el infierno por el que estaba pasando.

\*\*\*

Los habitantes de Valleverde, incluidos niños y mujeres, se estaban congregando en la escuela de la localidad. No tenían local social y, aunque eran muy religiosos, tampoco disponían de iglesia. Los rezos los solían hacer al aire libre, pues les gustaba rodearse de lo que consideraban un regalo del Cielo y absorber la energía de la Madre Naturaleza. Cuando debían solucionar los problemas de la comunidad o de alguna familia en particular, se reunían en los hogares de sus habitantes, lugar donde también potenciaban la humildad y el respeto. Desde pequeños, aprendían a compartir y a ayudar al prójimo; los educaban en los valores del alma y en rechazar todo tipo de egos, a los que debían hacer frente internamente para eliminarlos.

Pero su mundo y su manera de vivir estaban siendo atacados por la avaricia de un solo hombre, pues el día anterior cada familia había recibido una carta de Construcciones Mayer S.L. Se les informaba de que debían abandonar las granjas y las tierras en una semana. Si desobedecían serían expulsados a la fuerza. Había sido entonces cuando el líder de la comunidad, Los Hijos de la Luz, consciente de la gravedad del asunto, había decidido celebrar una reunión urgente con todos los habitantes de Valleverde. Apenas habían acabado con sus obligaciones en las granjas, habían acudido a la llamada del líder. Cuando este se cercioró de que todos los fieles habían llegado, pidió que cerraran las puertas.

La escuela era una estancia grande y daba la sensación de ser pequeña por la cantidad de personas reunidas. Los pupitres los habían alineados a ambos lados de la pared a fin de que no molestasen. Se habían dispuesto bancos en batería, que las gentes habían ocupado a medida que habían llegado. Había una pequeña tarima en

donde la profesora impartía las clases, y en aquel momento serviría para que el líder religioso de Valleverde se dirigiera a su gente. Detrás de él, y clavada en la pared, estaba la pizarra. Era de color negro, aunque ya no era el negro reluciente de los primeros días. Se la veía desgastada por algunas partes, evidenciando el continuo trajín al que era sometida.

A un par de metros de la tarima había una estufa de leña de forma cilíndrica, construida en hierro fundido. Una mujer regordeta, de mejillas rosadas y ojos risueños, estaba cargando la estufa de troncos y astillas. Un niño le aguantaba la abertura con un gancho. La mujer se lo agradeció con un comentario dulce y una sonrisa afectuosa. Era necesario mantener un buen fuego y brasas, pues el viento del norte, llegado del mismo corazón del Polo Norte, no tenía clemencia y soplaba implacable sobre la localidad. Tal vez riéndose o llorando por un futuro que se avecinaba difícil. Por mucho que los presentes agradecían la fuente de calor, la verdad era que el ambiente estaba mucho más caldeado de lo normal debido a las circunstancias, y amenazaba con encenderse en cualquier momento.

Lucía, Abel y su padre estaban sentados en la última fila. Francisco Viña empezó a hablar, era el líder con más edad dentro de la comunidad. Su estatura baja, su apariencia amable y la mirada más sincera que Lucía había visto jamás, hacían del anciano una persona querida y respetada por Los Hijos de la Luz. Los años y el trabajo duro no habían perdonado a Francisco y su rostro lleno de arrugas era el recordatorio de un pasado duro.

Iba vestido como todos los hombres de Valleverde. Pantalón y chaqueta negra, menos la camisa que era blanca. En las ropas no se distinguía ningún botón, que eran substituidos por corchetes o lazos. El uso de botones recordaba a los trajes militares y ellos estaban en contra de la guerra.

No obstante, el gorro de paja, tan característico de la comunidad, no lo llevaba colocado, pues solo se lo ponían cuando salían al exterior.

El cabello y la larga barba del líder eran de un color blanco, mezclado con tonalidades grises. Solo llevaba barba en la parte inferior, la zona del bigote estaba afeitada. Todos los hombres de la comunidad casados tenían la costumbre de llevar la barba de la misma manera. Aun así, a los adultos que no estaban casados, pero habían cumplido con el rito de la ceremonia del bautismo, se les permitía dejarse barba sin la parte superior. La razón era la alusión del bigote a los cuerpos militares. No

obstante, pocos jóvenes, incluido Abel, habían optado por dejarse barba.

En la comunidad, cuando un chico llegaba a la edad de dieciséis años, se le proporcionaba los medios económicos suficientes para que pasaran un año en la ciudad, fuera del pueblo. Al finalizar el año decidía con total libertad quedarse o volver. Si decidía la segunda opción, se lo bautizaba en un rito sagrado y pasaba a formar parte de Los Hijos de la Luz de por vida. Abel solo necesitó dos meses en la gran metrópoli para darse cuenta de que él pertenecía a Valleverde. Muy pocos habían sido los adolescentes que no habían regresado.

En cambio, a las muchachas no se les permitía marcharse a la ciudad a decidir su futuro. A ellas se las educaba de pequeñas para atender la casa; al llegar a una edad adecuada —entre dieciséis y dieciocho años— los padres escogían el marido. Lucía había superado la edad adecuada para casarse, pues la salud de su padre estaba por encima de cualquier cosa y la muchacha, cuando murió su madre, lo convenció de seguir con él hasta que mejorara. Pero la ansiada mejora nunca llegaba.

Los murmullos llenaron el ambiente. Lucía cerró los ojos a fin de esconder las lágrimas que amenazaban con brotar de sus dorados ojos. Abel miró a su hermana, le dolía en el alma verla así. Cogió su mano y los dos entrelazaron los dedos.

—¡Por favor, hay que calmarse! —gritó Francisco, el líder de la comunidad, con las manos en alto, en un intento de serenar el ambiente.

—¿Cómo quieres que nos calmemos? —replicó un hombre con evidentes signos de desesperación en su voz.

El líder lo observó, suspiró sabiendo de cierto que sería una reunión difícil.

—Joel, sé que todos vosotros estáis indignados —alegó el pobre anciano—. Pero con lamentaciones no ganaremos nada.

—¡No puedo creer que esto esté sucediendo! —exclamó otro individuo.

—Ni yo tampoco —lloriqueaba una mujer, al tiempo que se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Nos dan una semana, ¡solo una semana! —vociferó un joven desde la otra punta de la estancia.

—Sí... en una semana tenemos que abandonar las casas —corroboró Francisco—. La carta dice bien claro que si no abandonamos por las buenas... —se calló durante un instante— usarán la fuerza.

Silencio.

Nadie dijo nada. Se oía el murmullo del viento, que sacudía con rabia el cristal de las ventanas, amenazando con su silbido con romperlas y entrar.

Lucía se percató de la respiración dificultosa de su padre. Ella posó su mano en el brazo de él, este la miró y la joven contempló el rostro de su progenitor, parecía haber envejecido de golpe. Estaba delgado, resultado de la delicada salud, los cabellos y barba tenían el color del plomo. Sus ojos ambarinos, en otros tiempos brillantes de felicidad y buena salud, en aquel instante eran el reflejo del dolor y de la tristeza. Aunque él intentaba disimularlo, Lucía pudo distinguir cómo la miraba con pesar, pero para su sorpresa, de pronto, un brillo de fortaleza emergió desde lo más hondo de su viejo corazón y destelló en sus iris abiertos de par en par. Fue en ese momento que ella supo que su padre lucharía, no por él, sino por los hijos que amaba con una devoción fuera de lo común.

Pedro besó con calidez la mano de su adorada hija y se levantó de golpe.

—Yo no me marcharé de mi casa ni ahora ni nunca —aseguró—. Solo hay una manera de sacarme de mi casa, y es muerto.

Todos guardaron silencio y giraron el rostro. Observaron el semblante valiente y resuelto del anciano, que mostraba su verdad allí de pie como un guerrero antes de la lucha. A Lucía se le escapó un gemido de asombro, jamás había visto a su padre de aquella manera.

—Pedro, piensa en lo que estás diciendo —sugirió Francisco, sabía que su salud no era buena y aquel desafío, con toda seguridad, la empeoraría—. Podemos formar otra ciudad. Sabes muy bien que Dios no quiere que recurramos a la violencia, nuestras leyes nos lo prohíben.

—Entiéndeme, no puedo abandonar la casa donde he sido tan feliz con mi esposa. —A Pedro se le quebraba la voz—. Ahí nacieron mis antepasados, yo y mis hijos, y donde veré nacer mis nietos, si Dios quiere. —Respiró con profundidad—. No quiero luchar, simplemente me quedaré en mi casa. ¡No pueden echarme sin más!

Todos los presentes no pudieron hacer otra cosa que mirar complacidos a Pedro.

—Yo tampoco me iré —dijo uno de los asistentes.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

Y así, uno a uno, fueron levantándose y proclamando en voz alta que ninguno de

ellos abandonarían su hogar.

Francisco hundió los hombros, abatido y desolado. Aunque no les recriminaría nada, porque en el fondo de su corazón sabía que eso era lo que el hubiera decidido de no ser el líder; aun así, como líder, pensaba que sería mejor empezar de nuevo en otro lugar. Mucho temía que los acabarían expulsando a la fuerza, y el hecho de arrancarlos de sus hogares de una manera tan vil, podía hacer que la herida fuera más difícil de cicatrizar. Sufría por su gente y no podía protegerlos, no obstante, estaría al lado de todos llegado el momento.

—¡Que así sea! —proclamó al fin Francisco.

Todos aplaudieron, estaban seguros de que era la decisión correcta, pues plantarían cara unidos, tal como siempre habían hecho. Ellos pertenecían a una comunidad sólida y sin ninguna fisura. Disfrutaban de lo bueno y de lo malo de la vida juntos, ayudándose mutuamente y compartiendo. En Valleverde no existía ninguna familia sin hogar, sin trabajo, sin recursos para subsistir. Ellos cuidaban de los suyos. Y ahora que venían tiempos difíciles todavía se ayudarían más.

Lucía examinó a su padre y su corazón palpitó de dolor. Ella conocía la arrogancia de Iván y sabía que se saldría con la suya. Ese hombre carecía de sentimientos y no le importaría destruir a quien se atreviera a desafiarlo. Su padre no tenía la fortaleza suficiente para aguantar una situación semejante. «¡Oh... cómo odiaba a ese hombre!», pensó. Abel estaba a su lado, le apretó el hombro reclamando su atención; ella giró el rostro y lo vio descompuesto. Su hermano también era consciente de que se avecinaba una tragedia.

—Lo sé, Abel. —A ella le costaba hablar, además, su voz sonaba lastimosa, reflejo de su estado de ánimo.

Su hermano no dijo nada, a decir verdad tampoco le salían las palabras. Los dos se miraron leyendo en los ojos de cada uno las palabras que se negaban a salir. El adolescente no pudo soportar las pupilas lagrimosas de su hermana y giró el rostro hacia otro lado. Observó a Eli, que estaba unos bancos más abajo, con su hermano de nueve meses en el regazo, durmiendo, ajeno a todo. Ella era la mayor de cinco hermanos; el muchacho se dio cuenta de que lloraba en silencio y que las manos le temblaban. Pensó en la silla que estrelló en la espalda del maldito constructor, y se apenó de no haberla arrojado a la cabeza del hombre. Abel cerró los ojos e intentó sacarse tales pensamientos, pues no era correcto que un integrante de Los Hijos de la

Luz pensara de aquella manera.

Fue entonces cuando los habitantes de Valleverde se levantaron y juntaron las manos entre ellos para rezar. Orarían a fin de que Dios los ayudara como siempre había hecho hasta ese momento.

\*\*\*

Era bien entrada la noche cuando Iván entró en el hotel Princesa Sofía de Barcelona un lugar lujoso situado en la avenida Diagonal. Su padre lo acompañaba. Se organizaba una fiesta selectiva donde ellos habían sido invitados por el padre de Gina.

El cielo estaba encapotado y eso permitía que la temperatura no descendiera como noches pasadas. Por mucho que la primavera empezara a llenar la atmósfera con su cálido aliento y su dulce fragancia, aún el invierno tenía fuerzas para enseñar las garras cuando menos te lo esperabas.

Los hombres iban de riguroso *smoking* y las mujeres ataviadas con sus mejores vestidos y joyas. En el gran salón se respiraba un aire tranquilo. En una tarima, un grupo de músicos tocaba algunos clásicos de Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin y Brahms amenizando con sus notas la fiesta. Las suaves melodías se expandían por todos los rincones ayudando a que la velada resultara sosegada. Hablar de negocios no resultaba fácil y la persona más tranquila del mundo podía convertirse en un volcán en erupción defendiendo sus ideales.

En un rincón de la sala, grandes mesas rebosaban de canapés de todos los gustos y colores. Las mesas de las bebidas estaban divididas por toda la sala, sin duda pensando en la comodidad de los presentes.

A Iván no le gustaban demasiado esas clases de fiestas, pero bien sabía que le eran imprescindibles para su negocio. Su padre iba de un lado a otro, presentándole a los invitados congregados en el evento. Todos mostraron una euforia contenida por la noticia de que el millonario constructor tuviera intención de expandirse por el mundo. Iván no pasaba inadvertido a las miradas de las señoras que hablaban de promesas sensuales que él se dispuso a ignorar. Muchas hicieron broma con la marca del arañazo que le quedó en la mejilla, con todo, salió airoso diciendo que tenía en su

casa un gato de lo más arisco. El murmullo del recinto, las risitas subidas de las mujeres y las conversaciones sin sentido lo aburrían. No estaba muy concentrado y Alberto tuvo que llamarle la atención un par de veces.

Su mente navegaba de un lado a otro, evocando una y otra vez la imagen de Lucía. Su cara angelical, su mirada tranquila lo perseguía hasta en sueños. No podía sacársela de la cabeza. Pronto, muy pronto, la tendría en sus manos, para saborearla centímetro a centímetro, y ella se entregaría sin reservas y sin miedo. Cuando viera lo que él le podía ofrecer no se le resistiría. Bebió un sorbo de cava, imaginando el placer que estaba por venir... hasta que apareció Gina.

—Mira quién anda por aquí —refunfuñó Gina con las manos en las caderas—. ¿Te has olvidado de mí, cariño?

Iván escudriñó a la mujer que tenía delante. Llevaba un vestido largo y ceñido al cuerpo de color rosa satinado con escote palabra de honor. La piel dorada de la mujer en los hombros y el busto resaltaba con la tonalidad del vestido. Los pechos asomaban por el borde, con la promesa de escapar en cualquier momento de su prisión. Iván pensó que si Gina estornudaba, sus hermosas tetas acabarían por salir. El cuello de Gina lo rodeaba un laborioso collar de diamantes, que él reconoció, pues era un regalo suyo. Llevaba el cabello rubio dorado recogido en un suntuoso tocado, que realzaba la majestuosidad de la joya. Los ojos eran de color azul con matices de grises. Al hombre esa tonalidad de azul siempre le agradó mucho. Iván observó los labios de la mujer, le daba la impresión que se los había agrandado. La última vez que se vieron no los tenía tan gruesos. Reprimió el impulso de preguntarlo, ya que no hubiera sido muy cortés de su parte.

Cierto, era una joven muy hermosa y con unas curvas espectaculares, suficientes como para despertar a un vivo, o a un muerto. Iván hacía días que no estaba con una mujer y se dio cuenta de que su cuerpo no reaccionaba como las anteriores veces. Siempre que la veía se lanzaba sobre ella, ansiosos los dos por aparearse con frenesí, y no paraban hasta que quedaban exhaustos. Pero en aquel momento no sentía el deseo sexual de otras veces, y eso lo asustó. Gina solo tenía que darle un beso o rozarlo con su cuerpo de mujer y él se excitaba en un abrir y cerrar de ojos.

La joven acarició el rostro del hombre con las puntas de los dedos mientras se acercaba a su cuerpo. Se refregó como una remolona gatita sedienta de caricias, sin importarle que hubiera gente alrededor. Gina se había fijado en cómo las demás

féminas miraban al que ella consideraba su hombre, propiedad solo de ella. Con ese gesto quería demostrar a aquellas mujeres oportunistas que Iván tenía dueña.

—Cariño, te necesito, ahora... —susurró ella con voz melosa y provocativa—, anda, sácame de aquí y vayamos a un lugar... más íntimo.

Lo miró directo a los ojos y bajó las pestañas con mucha sensualidad. Las volvió a alzar e Iván percibió la promesa de una noche de locura. En vista de que su cuerpo no cobraba vida, de que su miembro seguía tan flácido como un globo desinflado, le entró pánico.

La cogió por el brazo y la arrastró fuera de la vista de todo el mundo. Encontró un pequeño salón a poca distancia y abrió la puerta empujando a Gina al interior. El ambiente estaba a oscuras, solo iluminado por la luz pálida de las farolas encendidas del exterior.

—Veo que me has echado de menos —murmuró la mujer llena de placer.

Iván no dijo nada. Se limitó a tenderla, sin muchos miramientos, en la primera mesa que encontró. Se situó entre sus muslos y le subió la falda del vestido. Empezó a besarla con desesperación, esperando que su cuerpo reaccionara. Poco a poco su miembro fue endureciéndose, sin embargo, aquella era una erección mecánica y no pasional. Mientras ella notara su pene duro dentro de su cuerpo sería suficiente. Le bajó de un tirón el escote del vestido liberando los pechos. Gina gimió de placer por lo que sabía que vendría. El hombre los acarició, entreteniéndose en los pezones, que pronto quedaron inhiestos bajo los dedos hábiles del Iván. Ella suspiraba de placer, la estaba volviendo loca y le rodeó las caderas con las piernas, buscando alivio.

—¡Oh, Iván! me encanta, cariño... cuánto te he echado de menos.

Pero él seguía sin sentir la pasión de otras veces y eso lo llenó de pavor. Respiró una bocanada de aire, ya que jamás en su vida le había ocurrido una cosa igual.

Subió el escote de Gina con torpeza. Miró a la mujer a los ojos e intentó que ella no se diera cuenta de su falta de pasión. Aunque su miembro estaba duro como el acero, no tenía deseos de hacer el amor con ella y pensó en una excusa.

—Este no es el lugar —censuró con torpeza. Sonaba patético, pero no se le ocurrió otra cosa.

—¡Iván, no te burles de mí! —gritó ella, sin entender lo que sucedía.

—Ya te he dicho que este no es lugar. Alguien podría entrar por la puerta.

—Cariño, hemos hecho el amor en sitios no muy normales —empezó a relatar ella

con la mirada brillante de rabia—, hasta llegamos a hacerlo en un probador de una boutique. ¿No te acuerdas?

No contestó, la verdad era que se acordaba demasiado y no quería reconocerlo, hacerlo significaría tener que dar explicaciones.

—Todas las veces me dijiste que no podías esperar a llegar a mi apartamento —dijo enfadada la joven.

Iván siguió sin decir nada. Estaba demasiado perplejo por cómo su cuerpo no reaccionaba con pasión por ella.

—Vayámonos a mi casa o a la tuya —sentenció Gina, al tiempo que se levantaba de la mesa y se arreglaba el escote.

—No.

—Cariño, no seas malo —masculló como una niña pequeña a que se le niega un caramelo—. ¡Y qué si nos hubieran descubierto! Todo el mundo sabe que estamos comprometidos... a nadie le extrañaría. ¿Por qué ahora te muestras tan puritano?

—Gina —manifestó acariciándole la mejilla con el dedo—, jamás he dicho que estuviéramos comprometidos. Siempre hemos estado de acuerdo con tener una relación sin ataduras.

—Ya lo sé... pero me he dado cuenta de que te amo.

Al hombre se le desencajó la mandíbula. Él no la amaba, y jamás la amaría.— ¡Nunca dije que te amara! —Aunque intentó que su voz fuera razonable, no lo consiguió. Su tono había sonado áspero, y por un momento temió que ella prorrumpiera en sollozos, como hacía siempre que quería salirse con la suya.

Gina se sobresaltó. No esperaba tal desaire, pues estaba acostumbrada a que los hombres suspiraran por ella, sin embargo, Iván no lo hacía. Era evidente que no la amaba, aun así, no se daría por vencida. Se tiró sobre él, rodeando su cuello con los brazos e intentó besarlo. No obstante, el hombre mantenía los labios apretados y no dejó que ella poseyera su boca. Se limitó a agarrarla de las muñecas para, acto seguido, quitársela de encima con brusquedad.

Ella le brindó una sonrisa sarcástica, que se apresuró a borrar del rostro cuando Iván le lanzó una mirada pétrea, capaz de helar la sangre a cualquiera.

—Mi vida —mencionó la mujer con atrevimiento, de ningún modo se amedrentaría ante él—, no te librarás de mí con tanta facilidad —amenazó.

—Gina, será mejor que dejemos de vernos durante algún tiempo —sugirió entre

dientes, mientras el azul de sus ojos se oscurecía de rabia—. No voy a dejarme gobernar por nadie, y tú no eres una excepción.

—Mi padre es un hombre que tiene unos valores familiares muy tradicionales —dijo ella, recuperándose del orgullo herido al no ser amada por Iván—. Si te casaras conmigo, con su única hija a la que adora, él te ayudará en todo. ¿No ves que sin mí no llegarás a triunfar?

Iván retrocedió. Sus ojos relampaguearon de una ira apenas contenida. Él era un hombre con un fuerte carácter y le estaba costando mantener cierta serenidad.

—Ve con cuidado —susurró con un tono suave y amenazador.

—Cariño, no te enfades. —Ella tragó saliva, arrepentida de haberlo provocado. No creyó que se enfadara tanto—. Piénsatelo, ¿acaso te parezco tan repulsiva? —preguntó pasándose las manos por el cuerpo—. Además, tu padre me dijo que estabas interesado en casarte conmigo.

—Mi padre quiere que me case contigo, pero lo que yo quiera es otra cosa.

—Ahhh, entiendo... tú no lo quieres, ¿verdad?

—No intentes arrancarme una respuesta, yo no estoy diciendo que no quiera casarme contigo.

Ella expulsó un suspiro de resignación, aunque, en el fondo, se sintió aliviada, pues tampoco confirmaba que no quisiera unirse a ella en matrimonio; tal vez había esperanza. Permaneció un rato mirándolo, sin embargo, el hombre la observaba con tanta frialdad que sintió frío. Se rodeó el cuerpo con sus brazos en un intento de entrar en calor.

—Está bien —barboteó ella—, esperaré lo que haga falta. Yo te amo y tú me necesitas. Pero no tardes... tengo varios pretendientes deseosos de sustituirte.

Iván no quiso añadir nada más. Se dio media vuelta y se marchó. Gina contempló la puerta cerrada y en un arrebato de cólera cogió la primera silla que encontró y la tiró hacia la puerta.

—¡Maldito, maldito y mil veces maldito! —gritó, con el rostro desencajado y los puños cerrados con fuerza—. Serás mío, Iván Mayer, ¡acabarás siendo mío, lo juro!

Mientras tanto, Iván buscaba a su padre; en cuanto lo encontró se despidió de él alegando que tenía asuntos de trabajo pendientes. Aun así, Alberto insistió en que se quedara, ya que era una oportunidad de oro para entablar amistades, y que a la larga estas serían fructíferas al negocio. Pero Iván no se dejó convencer y se fue a su

refugio de Llafranc. Él poseía una imponente casa en la zona alta de Pedralbes, su hogar permanente, sin embargo, en esos momentos necesitaba tranquilidad, huir de sus pensamientos, calmar el deseo feroz y no correspondido que lo consumía.

Llafranc, una villa marinera situada en el municipio de Palafrugell en la mismísima Costa Brava, gozaba de toda la intimidad y serenidad que él buscaba en aquellos momentos. La casa estaba ubicada en la montaña de Sant Sebastián, cerca del faro del mismo nombre. Iván pensó en las vistas de la bahía que contemplaría desde el jardín y en la paz que sentiría y tanto anhelaba al admirarlas. No tardó más de hora y media en llegar al lugar. La residencia era impresionante. La mejor de la zona y solo un hombre con su inmensa fortuna podía permitirse un lugar como ese. La vivienda tenía unos techos altos, que le daban al ambiente sensación de amplitud y desasosiego. Los detalles interiores eran antiguos, en los cuales se mezclaban aspectos más innovadores a fin de dar a la atmósfera un aire más moderno, acorde con la edad del propietario. Tanto los azulejos, accesorios, encimeras, mármoles y los muebles, que llenaban la vivienda, formaban parte de diseños exclusivos, además de ser ediciones limitadas. Sin duda la mejor casa de la zona, que por otra parte disfrutaba de unas vistas increíbles al mar y a la villa. Todo un privilegio.

Al entrar en su hogar no encendió las luces. Iván permanecía inmóvil enfrente de unos de los grandes ventanales, observando con mirada perdida la iluminación de la localidad. La figura masculina permanecía envuelta en la oscuridad, solo quebrada por la tenue luz que desprendía la luna y el ir y venir del foco del faro.

El hombre, en aquellos momentos, estaba muy cabreado, pues no entendía cómo su cuerpo lo había traicionado. No había podido hacerle el amor a Gina por falta de pasión y por no apetecerle en absoluto. No lograba comprender su reacción indiferente para con ella, una mujer que desprendía sexualidad por cada poro de piel.

Lucía...

Solo con recordar sus ojos dorados, sus labios entre los suyos, y su cuerpo reaccionaba con pasión. «¿Cómo sería hundir la lengua en su boca? ¿Cómo sería sumergirse profundamente en ella?, tocar sus pechos, pasear la lengua por el clítoris, oírle gemir una y otra vez mientras la llevaba a desenfundados orgasmos. Sí... sería como estar en el paraíso», pensó él en la sombras de su lujuriosa mente.

El sonido del móvil lo sacó de sus eróticos pensamientos con brusquedad. Lo abrió y la luz blanca iluminó el sombrío rostro del hombre debido al deseo insatisfecho. La

melodía sonaba cada vez más y más alta. En la pantalla parpadeaba con letras grandes y negras el nombre de Javi.

—¿Sí, Javi?

—Hola, Iván, ya sé que es tarde pero esto no puede esperar.

Iván a duras penas captaba lo que le decía, ya que oía el murmullo de voces y música, mezclándose con la voz de Javi, por lo que tuvo que concentrarse para escuchar a su amigo.

—Javi, ¿dónde cojones estás? —gritó—. Apenas te escucho.

—Un momento, que salgo fuera.

Iván percibió la respiración agitada del abogado mientras se dirigía al exterior, al tiempo que la música y los gritos iban desaparecieron, hasta que, por fin y para su alegría, se disolvieron. No lograba comprender qué hacía su amigo en lo que parecía ser una discoteca, cuando desde adolescente su padre se las prohibió y él ya nunca más las frecuentó.

—¿Ahora me oyes bien? —preguntó Javi.

—Sí... sí, ahora sí.

—Lo que tengo que decirte lo tienes que escuchar bien.

—Si mi intuición no me falla se trata de Valleverde —concretó Iván apoyando la palma de la mano en el cristal del ventanal.

—Sí: los habitantes se han negado a irse —le confirmó en un susurro entrecortado.

—Entiendo.

—Acabo de hablar con el comisario de los Mossos d'Esquadra que estará al mando del desalojo, un tal Isaac. —Suspiró—. Está programada la expulsión para mañana por la mañana. Como representante tuyo y de la empresa estaré para cerciorarme de que no se sobrepase en sus funciones, y que el desalojo desemboque en un caos.

—Yo también estaré allí. Ven a mi oficina a las siete, iremos en helicóptero.

—Iván, no creo que sea buena idea.

—Yo voy a estar, te guste o no —dijo tajante. Oyó cómo su amigo suspiraba. Nadie le privaría, pues había mucho dinero en juego.

—Está bien. Tú eres el jefe, pero como amigo tuyo te digo que es mejor que te mantengas al margen.

—A las siete en mi despacho, Javi —dijo con autoridad ignorando a su amigo.

—De acuerdo, eres tozudo como una mula. De nada servirá que siga insistiendo. —

Bostezó ruidosamente—. Buenas noches.

—Buenas noches, y vete a dormir que mañana será un día largo.

Iván apretó el botón rojo de su móvil para finalizar la llamada. Entró en el baño dispuesto a darse una relajante ducha de agua caliente. Le supo a gloria. Se metió entre las sábanas de satén, solo con unos *slips* negros de Calvin Klein. Apagó la luz y entrelazó los dedos detrás de la cabeza. No podía dormir. Empezó a dar vueltas por la cama vacía pensando en el duro día de mañana. La ventana estaba con las cortinas corridas salvo por una pequeña abertura. La luz mortecina de la luna, en su fase de total plenitud, entraba con timidez proyectando sombras, que iban y venían por el techo. Iván se quedó dormido mirando la oscuridad. Sin embargo, sus sueños no fueron nada apacibles.

Soñó con Lucía, una virgen de pelo castaño y ojos radiantes, envuelta en gasas de un color blanco y que desprendían por sí solas destellos de luminosidad. Los deliciosos atributos de la mujer se difuminaban con la semitransparencia de la gasa. Por más que se esforzaba, no conseguía verlos con claridad. Él corría detrás de ella tal como Dios lo trajo al mundo... desnudo. Pero por mucho que corriera era como si tuviera los pies pegados al suelo. No avanzaba y, si conseguía dar un paso, era con movimientos lentos y torpes.

Cuando logró atraparla, le arrancó las sedas del cuerpo. Ella lo miraba con ojos lascivos y brillantes de deseo, y no se resistió al asalto. Él quería acariciarle los pechos, pero una fuerza ajena, y que no sabía de dónde venía, le sujetaban las manos. Luchaba por tocarla, por besarla, sin embargo, cualquier esfuerzo resultaba inútil. Ella lo miraba rogando que la penetrara de una vez. Por fin sus manos pudieron acercarse al cuerpo femenino, pero necesitaba hundirse en ella y no había tiempo de caricias, y mucho menos de besos. Su cuerpo clamaba alivio, pues estaba a punto, muy a punto. Ya no aguantaba más...

Y en el momento que Iván le separaba los muslos y entraba en ella de una sola embestida, todo se esfumó, se desvaneció como el agua que se escurre entre los dedos. No pudo retenerla y desapareció delante de sus ojos.

El empresario se despertó sobresaltado, empapado en sudor, con una dolorosa erección y al borde de la eyaculación.

—¡Joder! —maldijo imponente y con respiración agitada—. Parezco un crío de catorce años.

Se levantó de la cama y se le ocurrió aliviar con sus manos el tormento, pero su orgullo masculino se lo impidió. Concluyó que la mejor manera de calmar su sufrimiento era una ducha fría. Y así lo hizo. No escatimó gritos ni maldiciones mientras el agua helada corría por su piel caliente, que parecía evaporarse al contacto de cuerpo como si fuera un hierro al rojo vivo. No obstante, consiguió su objetivo. Mientras se secaba con una toalla, meditaba sobre su atracción por una mujer como Lucía y negó con la cabeza, incapaz de creerse que se hubiera obsesionado tanto.

—Eres un rematado estúpido —se dijo en voz alta. Sus palabras nadie las escuchó y se disolvieron en la habitación.

Sin embargo, por mucho que le cabreara esa atracción, la deseaba más que a cualquier otra cosa y no podía evitarlo. Aunque se consoló cuando pensó que ella sería suya por las buenas... o por las malas, eso lo tenía claro.

\*\*\*

Iván y Javi se dirigieron en el helicóptero privado del primero a Bausen. Aterrizaron en uno de los tantos descampados de la zona, donde el comisario de los Mossos d'Esquadra los esperaba. Había convocado un número exagerado de funcionarios especializados para la expulsión de los habitantes de Valleverde. Iban vestidos de azul índigo, chalecos antibalas y unos cascos con visera color negro y que cubrían toda la cabeza. Los rostros de los policías estaban tapados por pasamontañas oscuros. Iván y Javi solo veían los ojos de mirada fría, implacables. Tuvieron la triste impresión de que se estaban preparando para una guerra. Por mucho que él quisiera poseer Valleverde, no pretendía hacer daño a nadie. Y se preocupó de que el comisario Isaac lo entendiera.

—Señor comisario —especificó Iván con tono áspero y autoritario— no quiero que bajo ningún concepto se haga daño a nadie. ¿Ha entendido?

El comisario Isaac tensó la espalda, respiró profundo y lo miró severo pero con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Hay que estar preparados para todo, señor Mayer. No vamos a una excursión —indicó demasiado burlón.

—No se ponga chulesco conmigo —declaró Iván con expresión más que encrespada

—. Usted cumpla bien con su trabajo si no quiere perder su puesto. ¿He sido claro?

—Yo no trabajo para usted, señor —contestó enfurecido el aludido por las amenazas más que evidentes.

—Sí, ya lo sé —corroboró estirándose cuan largo era, mostrando una autoridad férrea—. Pero soy yo el que ha solicitado sus servicios y el que donará una suma considerable de dinero a su academia privada para formar policías. Si no se hace como yo he dicho no habrá recompensa. Además, ¿cómo cree que reaccionarán sus superiores cuando sepan que usa su puesto para aprovecharse personalmente? Lo sé todo de usted, de modo que no me provoque, tiene más que perder que de ganar.

Iván notó cómo al hombre le costaba mantenerse callado. Perfecto: había entendido la amenaza. Él estaba acostumbrado a tratar con gente de toda clase, y a un personaje como ese comisario, corrupto hasta la médula, era mejor advertirlo desde el principio. Ahora seguro que todo iría como él quería.

No obstante, Iván decidió hacer un último intento y visitar masía por masía acompañado por Javi y el comisario. Quería convencer a los habitantes de Valleverde de abandonar el pueblo, de modo que emprendieron la marcha en un todoterreno policial de la marca Nissan Patrol. Estaba pintado en blanco, a excepción de las puertas laterales y traseras en azul oscuro, en donde se distinguía la palabras Mossos d'Esquadra. En la parte inferior, unas rojas líneas verticales las cruzaban de lado a lado. La puerta del maletero también era en azul oscuro.

Primero fue a ver el líder de la comunidad. Lo recibió con mucha educación y con una calma que Iván no lograba comprender. ¿Es que no se daban cuenta de que se los iba a sacar a la fuerza de sus casas? Por mucho que Los Hijos de la Luz detestaran la violencia, las guerras, los gritos y proclamaran ser gente humilde y austera, a Iván lo desconcertaban. Bien que eran seres humanos, bien que les circulaba sangre por las venas y bien que esa sangre se debía calentar en momentos de desesperación. Les garantizó que con el dinero que les daba podrían comenzar en otro lugar, conversó con cada uno de ellos, pero fue un auténtico fracaso. No sirvió de nada.

La última masía por visitar fue la de Lucía y su familia. Eran sobre las doce del mediodía. La mujer estaba tendiendo la colada. Soplaban un viento ligero, con alguna que otra ráfaga más intensa. Era primavera y en los picos de las montañas, aún nevados, se apreciaba el crecimiento de nubes tormentosas. Iván salió del coche para acto seguido toparse con el cuerpo de Abel. Los dos se miraron con recelo. El hombre

notó cómo el muchacho apretaba los puños a ambos lados del cuerpo.

—¿No tuviste bastante? —gruñó Iván con cinismo, leyéndole el pensamiento.

Abel apretó la mandíbula. Le dirigió una mirada de odio que Iván respondió de la misma manera y acompañada con una sonrisa sarcástica. El muchacho lo odió, por mucho que su Dios considerara el odio como un terrible pecado, él lo odió. Ese hombre disfrutaba de su poder. Un golpe de viento sacudió el cabello un poco largo del muchacho, tapando su colérica mirada. Se retiró las hebras rebeldes y no disimuló su rencor. Y así estuvieron un buen rato, retándose con la mirada hasta que una voz los interrumpió.

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Pedro con mucha educación mientras se aproximaba.

—¿Pedro Olmos? —indagó Iván, acercándose y dejando atrás a un Abel enfurecido.

—Sí, el mismo.

El comisario se quedó dentro del vehículo por expreso deseo de Iván. Todo lo contrario que Javi, que salió del coche y observó a Lucía con curiosidad. Tenía ganas de conocer a la única mujer con el carisma suficiente para dejar a su amigo embelesado. Al principio no entendió el deseo abrumador que Iván sentía por ella. Estaba de espaldas, y con el vestido tan feo y tan tétrico que llevaba, y además con esa especie de gorro, parecía más bien un cuervo. Pero cuando Lucía giró la cabeza en su dirección cambió de opinión. Era un rostro delicado, demasiado perturbador, demasiado inocente, y su mirada era la de un ángel. Esa chica con un vestido a la moda sería espectacular. Sin más se acercó a su amigo con el objetivo de vigilarlo a fin de que no cometiera ninguna locura.

—Soy Iván Mayer. —Este le tendió la mano. Pedro no tuvo ningún reparo en corresponderle con un mismo gesto. Después del saludo, el empresario continuó—: Estoy aquí con la esperanza de que reflexione sobre su decisión de no abandonar la masía.

Abel y su padre intercambiaron miradas. Pedro levantó la vista para observar su hogar, Iván observaba al anciano y vio orgullo en esa mirada. Muy en el fondo sintió pena, aun así no la suficiente para renunciar a sus planes.

—No hay nada que usted me diga que pueda hacerme cambiar de opinión, señor Mayer —declaró sin alzar la voz en ningún momento—. Es mi casa. No nos marcharemos.

—Acepten el dinero —insistió sin darse por vencido—. Empiecen de nuevo en otro lugar.

—No, no siga. No logrará convencernos.

Lucía seguía la conversación un poco alejada. No dejó de mirar a Iván en ningún momento, consciente de la perturbación que sentía con solo contemplarlo. Algo de ese hombre, y que no sabía que era, la atraía.

—¿No ve que esta masía en la noche no estará en pie? —intervino Javi, desesperado. Veía el sufrimiento de ese anciano en los ojos y no había podido evitar inmiscuirse—. Una vez entren las máquinas no dejarán piedra sin derrumbar.

—Señor Olmos, la carretera está aprobada por el gobierno y no hay vuelta atrás —argumentó Iván, apoyando las palabras de su amigo y abogado—. Yo mismo me encargaré de buscar un lugar adecuado para usted y sus dos hijos.

Giró el rostro para ver a Lucía. Ella distinguió la línea blanca que cruzaba la mejilla derecha. Aún era consciente del desafortunado día en que él intentó besarla. Iván notó que miraba el lugar del arañazo. Los ojos del hombre se oscurecieron al mismo tiempo que el sol quedaba atrapado en una nube oscura. Se acordó de ella en su sueño, envuelta en gasas, y sus ojos adquirieron el anhelo del deseo. La devoró con la mirada y a Lucía se le cortó la respiración. Fue entonces cuando el viento empezó a soplar con fuerza, anticipando una tormenta primaveral. Sacudía la ropa tendida, emitiendo el mismo sonido que el restallido de un látigo.

—No, papá —se aventuró a decir Lucía una vez recuperó la respiración. Se acercó a su progenitor—. Dile a este hombre que no necesitamos nada de él. Dile que se marche y nos deje tranquilos.

—¡Lucía! —exclamó el padre, estupefacto, nada acostumbrado a que la hija fuera descortés.

—Papá, yo opino lo mismo que ella —repuso Abel con la mirada endurecida.

—¡Que se marchen, no los necesitamos para nada! —dijo ella con brusquedad, sorprendida de su audacia.

A Pedro se le desencajó la mandíbula, pues no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban. ¿Dónde estaba la hija que él conocía? Lucía nunca hablaba con tanto descaro. Ella era como su madre: dulce, amable y cariñosa, capaz de provocar sonrisas, capaz de sacar fuerzas cuando ya no quedaban. La miró perplejo.

—Disculpen a mi hija —manifestó Pedro con voz humilde.

—No, papá, no hace falta que te disculpes —replicó ella, firme en su decisión de echarlo de su hogar, miró con atrevimiento el empresario—. De hecho, el señor Mayer sabe que no nos marcharemos y que no queremos nada de él. Le desearía que tuviera un buen día, señor, pero le mentiría. —Ella le sonrió—. Así que, con un simple adiós, bastará.

Abel empezó a reírse. No pudo contener el torrente de risas que brotaban sin cesar.

—¡Esa es mi hermana! —voceó el muchacho con procacidad, entre carcajada y carcajada.

Javi era consciente de la expresión salvaje y furiosa de su amigo. Aún tenía los ojos posados en la mujer.

—Iván, marchémonos —dijo Javi en tono bajo, sabía que su amigo estaba a punto de explotar violentamente.

Y era cierto, porque el poderoso empresario estuvo muy cerca de borrar de un puñetazo las carcajadas de Abel y a Lucía de lanzarle una ácida réplica. Pero se abstuvo por respeto al anciano que miraba a sus hijos como si no los reconociera y les hubieran salido dos cabezas. Decidió marcharse, Javi lo siguió después de despedirse. Una vez Iván estuvo en el todoterreno policial ordenó al comisario que iniciara el desalojo de Valleverde. Ya no había vuelta atrás.

—No quiero violencia —puntualizó Iván, marcando palabra por palabra—. ¿Ha entendido, comisario? O me encargaré de que lo pague muy caro.

El comisario se limitó a asentir con la cabeza y dio la vuelta al vehículo policial. Iván y Javi observaron cómo Pedro aún permanecía perplejo con el comportamiento de sus hijos.

\*\*\*

Era como si un huracán hubiera pasado por Valleverde. Destruyendo y aterrorizando a todo el mundo. Los Mossos d'Esquadra sacaron a las gentes de sus masías, para luego destruirlas con máquinas de toda clase. El resultado fue un amasijo de piedras, maderas y hierros, mientras sus dueños, envueltos en nubes de polvo, recogían las pocas pertenencias que les quedaba y reunían los animales de las granjas.

Pero el desalojo de la granja de Pedro y sus hijos se iba a complicar de la manera

que Lucía y Abel más temían...

Una tormenta primaveral azotaba el lugar con vigorosos relámpagos y ensordecedores truenos. El cielo adquirió la apariencia terrorífica del fin del mundo. El lugar se oscureció y el viento abofeteaba, una y otra vez, el cuerpo delgado de Lucía. Una cortina de lluvia caía sin cesar, al igual que las lágrimas de la mujer. Los sacaron a empujones de su hogar, de nada sirvieron sus ruegos hacia hombres que cumplían con las órdenes de su superior. Abel apenas pudo reprimir las ganas de luchar, contenido por el padre que le recordaba, cuando era necesario, su condición de hombre perteneciente a Los Hijos de la Luz. Una vez fuera, las máquinas empezaron el trabajo de destruir, sin contemplaciones, devorando todo a su paso. Pedro se desmoronó, pues nunca creyó que el empresario constructor haría tal cosa.

«Nadie en este mundo puede tener un corazón tan negro, esto no es real, esto no puede estar pasando», pensaba el pobre anciano. El rostro de Pedro era una máscara indescifrable de sentimientos, ya que estaba en estado de *shock*. Veía cómo las máquinas engullían todo lo que se cruzaba a su paso. Él seguía en pie y la lluvia le caía en el rostro, resbalando, gota a gota, por su cara lívida. Lucía ahogó un sollozo mientras intentaba sacar fuerzas de su ser, fuerzas que se negaban a salir.

—Papá —suplicó ella—, tenemos que marcharnos.

Un relámpago.

Un trueno.

Abel se acercó con la carreta, cargada a más no poder, y los caballos. Iban a marcharse a casa de una tía paterna que estaba a unos quince kilómetros de distancia. No eran pertenecientes a la comunidad, aunque se sentían muy cerca de sus creencias religiosas.

—Papá... —volvió a insistir ella.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —repetía Pedro sin parar.

—Papá, no digas eso —murmuró Lucía con voz suave—. No es tu culpa, tú no tienes culpa de nada.

De pronto, un estruendo llenó el aire. La masía, en la cual habían vivido y habían sido felices durante varias generaciones, se desmoronó igual que un castillo de naipes. Lucía contuvo el aliento viendo cómo desaparecía delante de sus ojos su

pasado. Abel saltó de la carreta preguntándose si todo debía ser una maldita pesadilla. Pero no era una pesadilla. Era la cruda realidad. La realidad de que por mucho que ellos vivieran en un mundo lleno de principios, al otro lado existía la telaraña de la codicia y la ambición, una telaraña que los había envuelto inexorablemente, dejándolos atrapados para no dejarlos ir nunca más.

—Lo siento, lo siento —lloraba Pedro, parecía incapaz de pronunciar otras palabras que no fueran aquellas—. Lo siento... lo... si...

El anciano se quedó sin voz, sin palabras, sin lágrimas y cayó desplomado a un suelo lleno de barro y agua. Lucía gritó presa del miedo mientras Abel corría hacia ellos. En la desesperación de llegar a lado de su padre, el sombrero del muchacho salió volando.

—¡Papá, papá! —gritaba la joven mientras lo zarandeaba. Pero el padre no se movía. Estaba con los ojos abiertos y la mirada vacía. Abel se agachó al lado de su hermana.

—¿Verdad que no está muerto? —rogaba ella, desesperada, acariciando el rostro de su padre—. ¿Verdad?

—Lucía...

—¡Dime que no!

—Lucía... yo... no puedo... —La voz de él sonó quebrada.

—¡Por favor, Abel, dime que no!

La mujer agarró las solapas de la chaqueta de su padre y empezó a zarandearlo todavía con más vigor.

—¡Papá, levántate, levántate! —gritó—. Tenemos que irnos.

La lluvia no cesaba de caer. El suelo era una extensión inacabable de lodo y agua. Abel cerró los ojos de su padre. Apresó las muñecas de su hermana para que dejara de sacudir el cuerpo inerte. La rodeó con sus brazos, murmurándole palabras tranquilizadoras. El destello de un relámpago iluminó a los hermanos abrazados al lado del cuerpo de Pedro. Estaban con los corazones rotos y siguieron durante varios minutos abrazados, ajenos a la tormenta que se cernía sobre ellos sin piedad. Lucía temblaba y gruesas lágrimas circulaban por sus mejillas. Era incapaz de detenerlas. Brotaban una a una, empujadas por un dolor que le desgarraba el alma. Abel, en cambio, no derramaba ninguna. Su rostro, empapado y goteando, adquirió la expresión del mismísimo Diablo. Sus ojos color avellana estaban velados por un resentimiento

sin límites.

—Iván Mayer... —susurró con desprecio—. Voy a por ti.

Abrazó a su hermana lo más fuerte que pudo en un intento por calmarla. Sus sollozos lo carcomían por dentro hasta lo más hondo de su alma. ¡Venganza, venganza!, clamaba todo su ser. Era un sentimiento que él desconocía y ahora germinaba en su interior como una mala hierba que crece en un jardín de rosas con el deseo de engullir la belleza y el perfume que las envolvía.

## CAPÍTULO 3

Abel y Lucía se instalaron en casa de los tíos. Los habitantes de Valleverde también se fueron instalando en casas de familiares o en masías alquiladas. No podían hacer otra cosa. La vida continuaba y había que mirar hacia delante. Pero ¿cómo podrían olvidar? Era imposible olvidar, y más cuando un ser querido por todos ya no estaba entre ellos.

Se celebró el funeral y enterraron a Pedro junto a su esposa, con la que había sido feliz y con la que había tenido dos hijos. Al menos a Lucía y Abel les quedó el triste consuelo de que el padre descansaría para toda la eternidad al lado de la mujer que nunca dejó de amar. Sin embargo, eso no era suficiente consuelo para la pena que levitaba en la alma de Lucía. Su hermano no estaba mucho mejor y había tenido que madurar de golpe. Demasiado rápido. La trataba como si ella fuera la menor y no al revés. Ni siquiera lo vio llorar y ella temía que el dolor le quedara dentro y no encontrara una vía de escape. Llorar sanaba, muy despacio, pues ayudaba a expulsar las penas.

Iván se enteró de lo acaecido. Claro que la noticia le apenó, no obstante, ya no podía hacer nada. A veces las cosas no salían del todo bien y, muy a su pesar, algunos sucesos se escapaban de su control.

Por su parte, los ingenieros de Construcciones Mayer S.L. se apoderaron de Valleverde a una velocidad vertiginosa y en pocos días no quedaba nada de la bonita localidad. Era como si jamás hubiera existido. El lugar desapareció bajo las implacables máquinas que, sin tregua y sin pausa, demolieron, una a una, todas las masías. Hasta los pájaros dejaron de inundar el ambiente con sus sonantes melodías, sumándose a la tristeza que se extendía por la zona. Por contra, Iván y sus ingenieros parecían estar ajenos a la tristeza del lugar, todo eran felicitaciones y promesas de un futuro donde solo importaban el dinero y el poder.

Iván estaba satisfecho.

El lugar bullía de actividad. Los topógrafos e ingenieros especializados empezaron con el estudio del terreno. Se perforó el subsuelo para estudiar el material del que estaba compuesto. Una vez se hubo realizado el estudio geológico, la maquinaria

pesada entró en toda su totalidad para iniciar la construcción de la carretera.

El paisaje de Valleverde era desolador. En vez de flores y naturaleza, el suelo estaba ocupado por gran cantidad de tubos y cables, y las zanjas abiertas se extendían de punta a punta. Los motores de gasoil llenaban el aire de gases y olor a combustible. Era un constante ir y venir de ingenieros, obreros, camiones, ruidos de perforaciones, gritos... de una actividad vertiginosa que Iván controlaba paso a paso y de la cual se sentía hinchado de satisfacción. Ganaría una cantidad de dinero inimaginable, como empresario de la construcción se sentía como pez en el agua.

Sin embargo, no podía evitar que fuera Lucía la que ocupara su mente, ella robaba sus pensamientos y se metía en sus sueños. Sueños cargados de erotismo que llenaban las solitarias noches, provocando en el hombre un anhelo doloroso, y un mal humor agobiante perceptible por todo aquel que se atrevía a estar a su lado. No podía pensar con claridad y necesitaba, con desesperación, un plan para atraer a Lucía directo a sus brazos... y a su cama. La verdad era que no tuvo que esperar mucho tiempo, pues la oportunidad surgió sin buscarla.

Era abril, amanecía y los rayos del sol despuntaban sobre un horizonte teñido de anaranjado. La luz, poco a poco, expulsó la oscuridad y la bruma de otro sueño lujurioso dejó a Iván un vacío frustrante. Una llamada lo acabó por despertar, se le comunicaba que todos los camiones y maquinarias, propiedad de su empresa, que estaban en Valleverde para la construcción de la carretera, habían sido incendiados por la noche. Iván se levantó de un salto, enfurecido, y más que se cabreó pensando en los euros que perdería. No tan solo por todo lo quemado, sino también por el dinero que dejaría de ganar al no avanzar en la construcción de la carretera.

Iván fue a la comisaría de los Mossos d'Esquadra en Vielha. El comisario Isaac lo recibió con fingida amabilidad.

—Señor Mayer, ocurrió todo muy rápido —relataba—. Lo incendiaron todo y los vehículos fueron explotando uno por uno.

Iván y el comisario estaban en una sala privada de la comisaría, expresa para visionar los vídeos. Era una estancia amplia con sillas alineadas delante de una gran pantalla de televisión.

—¿Tiene enemigos, señor Mayer? —preguntó el comisario con cierto regocijo.

—Tengo enemigos por todas partes —contestó con tono seco—. Es inevitable en el mundo en el cual me muevo.

A Iván no le pasaba nada por alto y sabía que el comisario sentía antipatía por él. Aunque el funcionario no disfrutaba de mucha popularidad entre sus compañeros de trabajo ni entre las gentes de la localidad, había logrado mantenerse en su puesto durante años. No obstante, Iván estaba harto de tratar con todo tipo de gente y el comisario era el típico individuo que con un buen fajo de billetes lo tenía comiendo de su mano. Además, tenía pruebas suficientes para denunciarlo, pero necesitaba de carroñeros en su entorno para que le hicieran el trabajo sucio.

—Señor Mayer, le he pedido que venga para que vea el vídeo que grabaron las cámaras de seguridad que instaló usted en la zona. Tal vez conozca al individuo. A mí me suena su cara, pero no consigo recordarlo. —Hizo una pausa al tiempo que cogía el mando del televisor—. Se ve con claridad a un hombre que rocía los vehículos con combustible, para después prenderles fuego.

El comisario apretó el *play* del mando. Los dos hombres estaban sentados en las sillas de la primera fila y no había nadie más en la sala. Las imágenes fueron sucediendo una tras otra, hasta que la cara del supuesto incendiario ocupó la pantalla. Isaac apretó el botón de pausa y la imagen quedó congelada. Iván lanzó un insulto en el momento que reconoció el rostro de la pantalla. ¡No podía ser! Sí... sí podía ser, ese muchacho lo odiaba.

—Abel Olmos —sentenció Iván sin ni siquiera titubear. Lo tenía claro. Se levantó de la silla para acercarse a la pantalla—. Abel es uno de los integrantes de la comunidad Los Hijos de la Luz.

—¡Ahhh, claro! —prorrumpió el comisario de pronto—. Ahora caigo, lo vi de lejos el día que lo acompañé a la masía. Ahí no va vestido como uno de ellos y eso me despistó. Me sonaba su cara, pero no conseguía recordar. —Asintió con la cabeza—. Sí que es él, sin duda.

Iván se pasó los dedos por el cabello. No prestaba atención a lo que decía el comisario. Su mente iba a cien por hora. Ese muchacho insolente le había servido a su hermana en bandeja de plata. El mal humor que lo había estado molestando durante días, y en especial sus largas noches, desapareció. Dejaron paso a un hombre expectante por el futuro. Notó cómo se le aceleraba el pulso. El corazón le latía desbocado, bombeando a sus venas una sangre hirviente de deseo y que le corrompía

las entrañas. El relámpago de la pasión se reflejó en sus ojos azules, que por sí solos empezaron a brillar con luz propia. ¡La oportunidad había aparecido!

—Quiero que vaya a detener a ese muchacho —exigió Iván, con un destello feroz en la mirada—. ¡Ahora mismo!

El comisario se levantó. Era un hombre corpulento y alto, pero sin llegar a la altura descomunal de Iván. Su cabello rojizo se mezclaba con mechones blancos. Dos prominentes entradas adornaban su frente, muestra inequívoca de su avanzada edad.

—Señor Mayer... —Sus ojos negros se endurecieron. Sus facciones se arrugaron evidenciando lo poco que le gustaba recibir una orden del hombre que se alzaba enfrente de él—. Sé cuáles son mis obligaciones.

Iván no se dejó impresionar. Lo miró durante un largo minuto con un desafío peligroso en la mirada. El comisario se encogió y sus ojos reflejaron miedo. No quería ser otra víctima de Iván Mayer. Todo el mundo sabía que ese hombre de negocios era implacable y usaba la crueldad en el caso de que lo necesitara. Se había creado una reputación más que merecida y que nadie en su sano juicio obviaría. Sí, era digno de temer.

—No lo dudo —dijo Iván sin apartar la amenazante mirada. Hizo una pausa poniendo aún más nervioso a Isaac—, pero yo no tengo tiempo que perder en el papeleo que conlleva una detención. De eso se encargará mi abogado —remarcó las palabras, una a una, con una claridad estremecedora—. ¡Quiero que detenga a Abel ahora mismo!

—Yo... —No pudo continuar, estaba viendo la versión amenazante del empresario y las palabras quedaron atascadas en su garganta.

—Le advierto —le puntualizó suavizando el tono— que soy muy generoso con las personas que me obedecen y ayudan, pero eso ya lo sabe, ¿verdad? ¿Cómo va su academia de policías?

El funcionario entendió y se le ensancharon los labios hasta llegar a dibujar una gran sonrisa. No ocultó su agrado por ser recompensado de nuevo. Iván sabía que todo el mundo tenía un precio.

—Creo que nos volveremos a entender —señaló el comisario, más que complacido, su entonación se tornó meliflua—. Sus órdenes serán cumplidas de inmediato.

—Ya tiene el número de mi móvil. Manténgame informado —pronunció Iván con mucha calma, una calma que estaba lejos de sentir, pues se sentía impaciente—. Me

quedaré a almorzar en la ciudad, y recuerde —detalló— que tendrá una recompensa más que generosa si atiende a mis deseos.

—Sus deseos son órdenes para mí, señor Mayer.

«Siempre que pague», pensó Iván en silencio. Al hombre no le caía bien el comisario, pero mientras sirviera a sus propósitos le daba lo mismo. En el mundo de los negocios lo importante era el resultado. Y cómo llegar o qué artimañas usar para llegar a ese resultado importaban poco, aun cuando tuviera que aliarse con el mismísimo Satanás.

\*\*\*

Lucía observaba a su hermano mientras este se lavaba las manos, preparándose para el desayuno. El invierno poco a poco huía del lugar y ya se respiraba a primavera. La fragancia embriagadora de la hierba y de las flores llenaba el aire, arrastrada por una tibia brisa. Era un espectáculo pasear por los alrededores con los campos cubiertos con los colores del arco iris. Se oía el trinar continuo de los pájaros, alegres y activos en busca de pareja.

Pero ni el hermoso despertar de la estación más hermosa conseguía alegrar la vida de los dos hermanos. Abel, de la noche al día, se había convertido en una sombra de lo que era y había dejado atrás al muchacho adolescente y alocado. A Lucía le preocupaba que su hermano ya no bromeara con ella y no rieran juntos como antaño solían hacerlo. Aunque tampoco ella estaba mejor, pues no tenía nada con qué alegrar su triste corazón. Solo había pena y dolor.

Lucía sentía una terrible añoranza por el pasado y le asustaba el futuro. Además, Abel la cargaba de preocupación. Por mucho que ansiaba verlo convertido en un hombre, también deseaba al hermano adolescente rebosante de vida y de risas, amante de bromas y de juegos. Ella tenía la certeza de que Abel se acusaba en silencio por lo que había sucedido y se mortificaba por la muerte del padre. Se sentía culpable, aún no entendía que nada podía impedir las decisiones de Dios. Además, temía que sentimientos como el odio arraigaran en su interior como una enfermedad, infectando la bondad e inocencia de su corazón.

Por suerte, contaban con el amor y el apoyo de sus tíos. Fueron arropados con el

cariño y la bondad de una familia maravillosa. Pero a Lucía y Abel, ver cada día la dicha de esa familia, los hacía más infelices. Recordaban a la suya y no se sentían con fuerzas para olvidar. Era como si tuvieran una pesada piedra colgada en el cuello y los obligara a caminar con mucha lentitud. La joven rezaba cada día para que el futuro les otorgara paz y felicidad, y tanto ella como Abel formaran una familia como la de sus tíos o como la que tuvieron una vez. No obstante, solo fueron eso: plegarias, porque la triste realidad los azotó como un látigo que desgarró la piel desnuda.

La familia estaba sentada alrededor de la mesa, rezaban para agradecer al Señor la dicha de tener sus platos llenos de alimentos. De pronto, unas sirenas sonaron a lo lejos. Cada vez sonaban más cerca... y más cerca, hasta que tuvieron la certeza de que se habían detenido delante de la masía. Todos se mantuvieron quietos en la silla, sin entender nada. Lucía detuvo sus ojos en su hermano, pues este tenía la vista fija en el plato. Un golpe y unos gritos atrajeron la mirada de la familia hacia la entrada.

—¡Abran la puerta! —voceaban unos hombres sin parar—. ¡Somos los Mossos d'Esquadra, abran la puerta!

El tío Enrique se levantó, la abrió y se encontró con un funcionario vestido de azul oscuro, cuatro más aguardaban unos pasos atrás.

—¿Se encuentra Abel Olmos en esta casa? —preguntó el policía, acuciando con la mirada a que contestara con premura.

—¡Soy yo! —gritó Abel sin darle tiempo a que Enrique contestara. Se levantó de la mesa, situándose al lado de su tío. Lucía lo siguió y se ubicó detrás de ellos dos.

Todo ocurrió muy rápido. El funcionario entró sin ninguna consideración, seguido de los que aguardaban fuera. Agarraron a Abel sin contemplaciones y lo estamparon de cara contra la pared. El muchacho no pudo reprimir un grito de angustia. Le agarraron por las muñecas, se las unieron en la espalda y lo esposaron a gran velocidad. Él intentó resistirse, pero lo único que consiguió fue que le retorciesen las manos, cosa que le provocó un dolor agudo. Esta vez consiguió reprimir el grito de amargura que pugnaba por salir, más por orgullo que por otra cosa.

—Abel Olmos —dijo el *Mosso d'Esquadra*—, queda usted detenido. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra —iba relatando casi sin respirar—. Si no puede permitirse un abogado se le proporcionará uno de oficio. ¿Ha entendido sus derechos?

Lucía empezó a comprender lo que estaba ocurriendo y reaccionó de manera visceral: intentó apartar a los funcionarios a empujones con intención de acercarse a su hermano.

—¡Déjenlo, déjenlo! —gritaba desesperada—. ¿De qué lo acusan?, ¡él no ha hecho nada!

Un Mosso la apartó de un empujón, ella tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio y no caer al suelo. Su hermano, desconcertado y aturdido, tiraba de las esposas, desesperado por ayudar a la hermana, presa de un desconcierto profundo, que la llevaba al borde de perder la templanza tan característica en ella. Sin embargo, el esfuerzo resultó inútil y solo consiguió magullarse las muñecas.

Por suerte, el tío Enrique agarró a su sobrina de la cintura y la alejó. Los cuatro niños del matrimonio empezaron a llorar, al igual que tía Carolina, su mujer. Lucía vio impotente cómo se llevaban a su hermano a rastras y a empujones. Lo metieron en el coche y se alejaron, y dejaron a su paso una estela de polvo y ruido de sirenas, que poco a poco fue desapareciendo en la lejanía del horizonte. Pero ella tenía incrustado en su cabeza el sonido de las sirenas resonando una y otra vez... una y otra vez, como el eco incesante de una montaña. Sus sienes le martilleaban en un agudo dolor y se las frotó con los dedos intentando aliviarlo.

«¿Qué está pasando?», se preguntó, pues no entendía nada, solo sabía que su hermano no estaba. Empezó a tomar conciencia de la situación, escuchó a su corazón galopar desenfrenado, cierto... Abel no estaba con ella.

Mientras, el tío Enrique agarró el abrigo con un enfado impresionante, dispuesto a aclarar la situación.

—Voy a la comisaría —espetó de pronto, mirando a su esposa, aún conmocionado por todo lo acontecido.

—Te acompaño —aclamó Lucía una vez salió de la conmoción.

—No, Lucía, no es buena idea. —La miró compungido—. Seguro que es un malentendido, debe ser eso.

Ella no pudo aguantar más y se puso a llorar. Su tío la acogió en un reparador abrazo, le acarició la cabeza en un intento de calmar su llanto. Él tampoco entendía nada, pero no se quedaría de brazos cruzados.

—Voy a ir solo. Estoy seguro de que todo es un error.

Ella asintió. No sería de gran ayuda de la manera en que se encontraba.

—Traeré a tu hermano de vuelta.

Enrique se marchó y los niños, poco a poco, dejaron de llorar. Su tía Carolina se acercó a ella y le acarició la espalda. Pidió a su sobrina que la ayudara con los niños, que seguían asustados; también pretendía tenerla ocupada hasta la llegada de su marido.

Era la hora de almorzar. El sol estaba en el cenit del día. Una agradable brisa circulaba en el ambiente. Lucía intentaba demorar la vista por el paisaje y por la belleza de una primavera que acababa de eclosionar, pero su mente divagaba con pena en lo acontecido en la mañana. Caminaba de un lado a otro con la sensación de un mal presentimiento y con los nervios a flor de piel. Era una tortura cruel esperar y no saber. De pronto oyó ruido en el exterior. Salió corriendo y se dio cuenta de que su tío venía solo... sin Abel.

Se llevó la mano a la boca, quería gritar hasta quedarse ronca. Sintió frío, mucho frío, y empezó a temblar. El viento sacudió su falda y un rebelde mechón se escapó. En un gesto automático, y con dedos temblorosos, Lucía atrapó el mechón y lo colocó dentro de la capelina. Observó cómo su tío bajaba del coche mientras pensaba que ya no le quedaban más fuerzas para aguantar otra mala noticia. Todo se desmoronaba a su alrededor y ella no podía evitarlo. Dedujo que la ira de Dios la castigaba por algún pecado cometido. «¿Qué pecado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho?». De su mente emergió un torbellino de preguntas sin respuestas, de buscar explicaciones vacías. Ella tomó consciencia de que Dios no tenía nada que ver con su desgracia. Desde pequeña, le habían enseñado que el Señor era bondadoso y misericordioso; y jamás se ensañaría con su hermano. Aquel pensamiento la tranquilizó, aun así, presentía que todo iría de mal en peor a partir de aquel momento; y era una sensación angustiosa que no podía expulsar de su cuerpo.

El ruido de un coche de policía sacó a la mujer de sus pensamientos, confundiéndola aún más. Su tío Enrique se acercó a ella.

—Lucía —empezó a decir—, quieren hablar contigo en comisaría. Me he negado, pero no me han querido escuchar.

—¿Y Abel?

—No han querido explicarme nada —aseguró el hombre, con un deje de dolor en la voz y que no pudo reprimir—. No he podido hacerles entrar en razón, es todo muy raro, la verdad es que no entiendo nada.

Enrique era un hombre entrado en carnes. Sus rasgos suaves y bondadosos hacían que todo el mundo se sintiera a gusto en su presencia. Inspiraba confianza y ternura, una cualidad que ella percibía cada día en la manera que trataba a su mujer, a sus hijos, a ella y a su hermano. Sin embargo, en aquellos momentos, sus rasgos emanaban dolor y cansancio. Además, una expresión desanimada y cansada velaba sus ojos, quiso disimularlo no mirándola directamente a los suyos. Pero ya era tarde, porque ella se había dado cuenta.

—No he podido hacer nada —murmuró el hombre. Se pasó la mano por la cara en un intento de calmar la fatiga impresa en ellos—. Lo siento...

La muchacha no se lo pensó y le depositó un beso en la mejilla. Se esforzó por bosquejar como pudo una tenue sonrisa, a fin de tranquilizar a su tío, pero no lo consiguió. Era evidente que él sufría y ella se sentía impotente. Lucía suspiró, pues quería decirle que todo iría bien. Que seguro que dentro de unos días todo sería un mal recuerdo. Que con el tiempo quedaría olvidado, y con el paso de los años hasta reirían todos juntos reunidos en la mesa. Con todo, no pronunció palabra alguna, pues no podía, porque ni ella misma se lo creía. Sin embargo, su corazón deseaba decirle la verdad.

—Tío, soy yo quien lo siente. Perdónanos a mi hermano y a mí —murmuró con un hilo de voz, sufría y no podía evitar que su tono fuera un reflejo de su estado de ánimo—. Hemos perturbado tu casa con problemas. Yo tengo mucho que agradecer.

—Lucía, no sigas. Sabes que formáis parte de esta familia y de la comunidad. Ni yo ni ningún miembro de Los Hijos de la Luz os dejará en la estacada. —Respiró con profundidad. El gris de sus ojos brilló con determinación—. Estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros. Esto pasará, es un bache que hay en el camino y lo saltaremos, porque entre todos encontraremos la manera de hacerlo. Venga, alegre la cara, yo te acompaño a la comisaría, ese coche nos espera.

—No, tío, tienes que quedarte con tía Carolina —pidió ella—. No puedes dejarla sola con los niños y los animales por atender. Yo ya me las arreglaré sola.

Enrique suspiró, resignado; llevaba razón. Además, tenía que buscar al líder de la comunidad, Francisco, para informarle de los últimos acontecimientos. Los Hijos de la Luz no dejaban a ninguno de los suyos desamparados.

—Sí, está bien, te haré caso —señaló el hombre de mala gana y hundiendo los hombros—. De todos modos, voy a casa de Francisco a explicarle lo que pasa. Entre

todos solucionaremos el problema.

El tío dejó marchar a Lucía, no sin antes advertir a los Mossos d'Esquadra que la trajeran de vuelta a casa sana y salva, tal como le había prometido el comisario Isaac. Uno de los funcionarios asintió y aseguró al preocupado hombre que nada malo le ocurriría.

\*\*\*

Nada más llegaron a la comisaría de Vielha, condujeron a Lucía a la entrada de una sala. Le informaron que la persona que quería hablar con ella esperaba dentro. La mujer abrió la puerta para entrar y el corazón le dio un vuelco. Iván la esperaba dentro, era a la última persona con la que ella quería hablar en aquellos momentos. Lucía, con una expresión de indignación en el rostro más que evidente, hizo ademán de irse, pero la voz profunda del hombre se lo impidió.

—Si te vas, tu hermano jamás saldrá de prisión.

Lucía se detuvo al instante. ¿Qué tenía que ver él con la detención de su hermano? El mal presentimiento angustioso que la había asaltado hacía unas horas, cuando su hermano fue detenido, tuvo su respuesta: Iván.

Giró y entró con un miedo atroz en el cuerpo. ¿Qué otra cosa podía hacer? No cerró la puerta, pues no quería quedarse a solas con ese hombre.

—Cierra la puerta —ordenó él.

Su voz exigente colmó el aire. A la mujer se le pasó por la mente salir corriendo. Le temblaban las manos, pero lo ignoró, solo podía pensar en su hermano y en lo que debía estar sufriendo. Obedeció la orden con la sensación de que entraba en la guarida de un león para que se la devorara de un bocado.

—Siéntate —exigió—. Hay algo que quiero que veas. Se trata de tu hermano.

Ella asintió, sumisa y cautelosa, aunque no pudo evitar lanzarle una mirada rabiosa que el hombre acogió con una sonrisa de lo más irónica. «¡Ohhh... cómo lo detesto!», pensó la joven.

Iván apretó el botón de *play* y se sentó al lado de la mujer. Ella lo ignoró, aunque fue imposible. Ese hombre emanaba una fuerza arrolladora capaz de fulminar a cualquiera. Se concentró en la pantalla que tenía delante. Entonces, empezaron a

sucedan las imágenes.

—Están incendiando esos vehículos —exclamó ella, indignada—. Veo que son de su propiedad. ¡No sé qué tiene que ver esto con mi hermano!

—Espera, ahora viene lo bueno.

Ella emitió un suspiro largo, muy largo, de esos que mostraban hastío, ya que a ella le importaba un comino si quemaban todos sus camiones. Las imágenes fueron pasando una tras otra mientras Lucía se revolvía inquieta en la silla, temerosa por lo que ese hombre poderoso quería que viera. De pronto, apareció en la pantalla el rostro indiscutible de su hermano. Iván apretó el botón de pausa.

—Muy interesante, ¿no crees? —apuntó con regodeo.

La mujer se incorporó de golpe. En su precipitación por levantarse, la silla cayó al suelo. Se miraron, ella estaba blanca como el papel y él exhibía una maravillosa sonrisa de triunfo.

—Ahora ya sabes por qué tu hermano va de camino a la prisión.

¿Prisión? Ella no dijo nada, pues no podía, estaba asimilando los acontecimientos. Le sorprendía que Abel hubiera cometido un delito y, simplemente, no podía ubicar tal cosa en su cabeza. Respiró profundo, buscó excusar a su hermano, pero no conseguía dar con nada en sus alborotados pensamientos, se sentía mareada y desesperada. Iván reparó en que se tambaleaba y temió que cayera al suelo. La cogió por los codos para sostenerla. Ella sacudió los brazos con brusquedad para soltarse, con tan mala fortuna que perdió el equilibrio. De pronto, se vio envuelta en sus brazos, pegada al fornido cuerpo del hombre. Lucía notaba cada músculo, cada fibra; la tibieza de la piel de Iván traspasó las ropas y ella se notó arder. El aroma varonil y el tacto de sus manos sobre su cuerpo la sedujeron de tal manera que se mantuvo quieta, adherida. Miles de sensaciones desconocidas por ella la cubrieron de arriba abajo, tentando y provocando su tierno cuerpo. Lo peor de todo era que le gustaba, y que le complaciera no estaba bien, lo sabía y la hacía sentirse mal.

Lucía alzó la vista y descubrió que él la miraba con mucho interés, como si supiera lo que pensaba. Y es que el hombre percibió, durante una fracción de segundo, lo que reconoció como una muestra de agrado por su persona. Desde que la había conocido, solo había recibido miradas de odio; descubrir cierta complacencia en esos ojos dorados, lo hizo sonreír de satisfacción. La mujer se sonrosó y sus mejillas adquirieron una tonalidad tentadora. Iván se excitó, su miembro se puso duro en

segundos. De hecho, no hacían falta muchos incentivos para encenderse en presencia de esa mujer. Hasta un simple parpadeo lo volvía loco de deseo. Ella se despegó de él a la velocidad de un rayo. De pronto, demasiado pronto, tomó conciencia de la situación: lo odiaba y lo detestaba más que nunca. Los Hijos de la Luz no odiaban, no detestaban, pero ella no tenía fuerzas para evitarlo.

Iván advirtió el cambio y aquello le enfureció. Quiso tenerla adherida a su cuerpo, tenerla deseosa, tenerla jadeante por recibir sus caricias, y dispuesta a todo... a todo. Su cuerpo pedía un desahogo que solo ese ángel podía darle, y que de una manera u otra conseguiría, pues estaba resuelto a salirse con la suya.

Lucía rompió el silencio.

—Mi hermano está mal, desde... desde que murió nuestro padre —barboteaba con voz temblorosa—, él ha cambiado, y me temo que ha cambiado para mal. Piense que es joven y alocado. Yo hablaré con él, le prometo que no volverá a ocurrir, le pagaré todo lo que se ha quemado.

—No hace falta que me hables con tanta formalidad, no me gusta. —A Iván le hizo gracia la expresión resignada de su cara, esa mujer era capaz de hacer cualquier cosa por salvar a su hermano y se aprovecharía de ello—. Y respecto a lo que me dices te aseguro que no volverá a ocurrir, de hecho tendrá mucho tiempo para reflexionar sobre su acción.

Lucía lo miró, confundida.

—No entiendo.

—Estará en prisión hasta que yo quiera. Tiene dieciocho años y a los ojos de la ley es un adulto y será juzgado como un adulto —le informó de golpe. Se dio cuenta de que estaba siendo demasiado rudo y se obligó a ser más delicado. Si la quería bien dispuesta más valía no hacerla enfadar. Una mujer enfadada solo daba dolores de cabeza y un agudo mal humor.

—No, no entiendo.

—Lo he denunciado. Claro que puedo retirar la denuncia cuando me dé la gana. —Ella lo atravesó con la mirada, se había dado cuenta de que él tenía el poder—. De momento, he decidido que pase una temporada en prisión. Ese hermano tuyo merece una buena reprimenda. Aunque puedo ser flexible, si tú te muestras muy cariñosa conmigo.

Iván tuvo la audacia de acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Ella no se lo

pensó, y se la apartó de mala manera. Un silencio explosivo y peligroso empezó a flotar en el aire. El hombre, demasiado dolido para meditar, se enderezó con su orgullo masculino un tanto maltrecho por la evidencia del rechazo. No disimuló su cólera. Su mirada adquirió la tonalidad azul del mar en una amenazadora tormenta, presagiando el estallido inminente del mal carácter del hombre. Se mantenía erguido y desafiante como un gran guerrero a punto de entrar en el fragor de la batalla. Sus intenciones de ser delicado se esfumaron de inmediato. Con una gran resolución en la mirada la apresó de la muñeca, tirando hacia él. Por mucho que ella intentó resistirse, Iván era más fuerte. La arrimó a su cuerpo y sus rostros quedaron separados por un suspiro. Los alientos de ambos se mezclaban. Lucía vio el enfado en sus redondas pupilas y en sus marcadas facciones, no obstante, ella no se arrepentía de su acción e Iván lo leyó en su mirada.

—¿Sabes cómo es la vida de un muchacho en prisión, Lucía?

Ella se mantuvo callada, una actitud que a él lo enfureció más.

—¡Contesta cuando te pregunto! —Le apretó un poco más la muñeca. Ella continuó sin pronunciar palabra alguna y con sus brillantes ojos fijos en él—. Hay que sobrevivir día a día. —Su voz era dura—. Si tienes la mala fortuna de caerle mal a alguna de las bandas mafiosas te golpean sin miramientos. Nunca sabes si te irás a dormir con un diente roto, o con un brazo roto, o con un navajazo en el estómago o, en el peor de los casos, si amanecerás vivo o muerto...

—¡Calla, calla, calla! —exclamó muy alterada. Intentó apartarse de él apretado su torso con la mano libre, pero Iván se lo impidió agarrando la muñeca libre. No quería escucharlo más, deseaba marcharse a allí y buscar a su hermano.

—¡No! —gritó él, colérico—. Me vas a escuchar porque aún no te he explicado todo lo que hacen con un jovencito tierno como tu hermano.

—¡Cállate! —Ella, desesperada, intentaba zafarse de su agarre. Cuantos más segundos pasaban, más grande era su deseo de salir corriendo y no detenerse hasta poner una distancia enorme entre ella y ese desalmado. Sin embargo, no podía.

—¿Sabes cómo se desahogan los hombres cuando no pueden recurrir al cuerpo de una mujer? —continuó intimidándola, sin prestar atención a la turbación de ella.

Lucía abrió los ojos como platos. Tenía poco conocimiento de la vida a causa de la restrictiva educación que había recibido de pequeña. La educaron en el seno de una religión que seguía literalmente las enseñanzas de la Biblia, así como de una serie de

normas no escritas. A pesar de que vivían al margen del progreso de la civilización, había cosas de las que se hablaba entre los chicos jóvenes de la comunidad, y que ellos habían aprendido en la etapa que vivían en la gran ciudad antes de ser bautizados. Imaginó a su hermano indefenso entre los barrotes de la cárcel. Se le hizo un nudo en la garganta y sintió que la respiración le fallaba. Miró al hombre que tantos dolores de cabeza le daba.

—¡Suéltame! —exigió ella, con claros signos de querer estrangularlo—. ¡Ojalá te pudras en el infierno, eres un ser mezquino que no merece compasión!

Iván primero le soltó una muñeca y luego la otra, mientras evaluaba su reacción. La verdad era que temía que lo abofeteara. Ya lo hizo en una ocasión y esta vez no lo pillaría desprevenido. Sin embargo, la mujer no dio muestras de querer propinarle un bofetón. Esta se acariciaba las muñecas entretanto se las examinaba, pues se las había apretado tan fuerte que había privado la libre circulación en las manos y, en aquel momento, le hormigueaban. Poco a poco, la sangre fluyó por los dedos y los devolvió a la vida.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupado, pues no había sido esa su intención, su mal carácter lo había sacado con ella, debía haberlo evitado. Intentó echarles un vistazo, pero la muchacha se apartó, negándose en rotundo a que la tocara.

Durante un momento ninguno de los dos dijo nada. Lucía cavilaba en silencio y se arrepintió de su reacción. No era normal en ella perder los estribos, sin embargo, ese hombre sacaba lo peor de ella, aunque se dejaría devorar viva antes de reconocerlo delante del hombre. Recapacitó. Decidió pedirle disculpas, dado que su hermano dependía de ella y, si tenía que arrodillarse y pedir clemencia por él, lo haría gustosa.

—Lo siento —se disculpó con respeto—. Estoy angustiada por mi hermano. —Le miró a los ojos—. Espero que lo perdones, yo pagaré los daños, conseguiré el dinero, por favor...

Iván alzó una ceja y su expresión pareció burlona a ojos de Lucía. Ella se mordió la lengua para así evitar otra escena y otro comentario. Lo único que propiciaría era el empeoramiento de la situación de Abel y ella se negaba a perder el control de nuevo. Se concentró en el asunto de hacer recapacitar a un hombre poderoso que ella dudaba que tuviera corazón.

—Apelo a tu bondad. —En la voz de Lucía se reflejaba una extraña mezcla de ruego y exigencia—. Te pido, te suplico, que retires la denuncia.

—¿Retírala? —Hizo una pausa. La miró de pies a cabeza y percibió la incomodidad de ella al ser observada tan descaradamente—. Quiero algo a cambio, y lo quiero ya.

Lucía lo observó, perpleja. ¡No tenía nada para ofrecerle inmediatamente, ni dinero ni tierras! Y él lo sabía. ¿Cuál era el juego de ese hombre?

—Sabes que no tengo nada, pero me ofrezco a conseguir el dinero con el tiempo, eso ya te lo he dicho.

—Sí hay algo que tienes —se apresuró a afirmar Iván—, y que yo quiero.

Ahora sí consiguió asustarla. Lo miraba con la boca abierta, incapaz de hacer cualquier otra cosa. No entendía nada de nada.

—Tu cuerpo, Lucía, quiero tu cuerpo.

Ella era una mujer con coraje, no obstante, en aquel instante, que necesitaba fuerza con desesperación, se esfumó igual que el humo corre impasible cielo arriba y desaparece en la lejanía del firmamento. Sintió el impulso de hacer oídos sordos y marcharse, dejarlo con la palabra en la boca. Pero solo fue eso, un impulso, un impulso que no haría desaparecer las intenciones de Iván.

—Creo que no te entiendo... —articuló con voz baja, apenas perceptible. ¡Claro que lo había entendido!, sin embargo, aún no lo había asimilado.

—Me pones salvajemente caliente. No consigo comprender qué es lo que tienes que me excita de esta manera. —Se acercó a ella y le susurró cerca de los labios—. Me voy a pasar los próximos días follándote como un animal, ¿entiendes ahora mis intenciones?

Esas palabras dejaron claras sus intenciones y Lucía enrojeció de pies a cabeza. Deseó que la tierra se abriera y se la tragara. Daba lo mismo si caía en el infierno abrasador, cualquier lugar le servía.

—Solo será por un tiempo —puntualizó Iván al ver la consternación en el semblante de la mujer—. Serás mi amante a cambio de que saque a Abel de la prisión.

—¿Amante? —logró susurrar con debilidad.

—Sí, mi amante. ¿Sabes el significado de esa palabra? —preguntó, un tanto brusco y exasperado. La verdad era que estaba dolido por el rechazo que ella no escondía hacia él. Nunca jamás había tenido que rogar a una mujer y eso era nuevo para él.

—Es sinónimo de... de prostituta —farfulló en tono bajo, con claros signos de estar trastornada.

—¡Llámalo como quieras! —replicó furioso—. A fin de cuentas el resultado es el mismo, con la diferencia de que no hay intercambio de dinero por tus servicios. — Encogió los hombros—. El precio es tu hermano.

—Me estás pidiendo que te entregue mi virtud sin estar casada. —Los labios femeninos temblaron al pronunciar esas palabras—. Me estás pidiendo que cometa un gran pecado del cual no hay perdón.

—¿Tu virtud, un pecado? —inquirió perplejo Iván sin saber si le tomaba el pelo—. No vivimos en la época medieval como para... —cerró la boca de golpe, pues había entendido de inmediato el problema.

Ella había recibido la educación de una comunidad con costumbres religiosas del pasado. Para Lucía era lo más normal del mundo conservarse virgen hasta el matrimonio. No solo su mirada evidenciaba su inocencia, todo en esa mujer demostraba su pureza. Desde sus pensamientos carentes de malicia hasta su cuerpo aún por explorar. Sintió el orgullo de ser el primero y de querer ser el único. Saberlo aún afianzó más sus ganas de poseerla. Ahora nada lo detendría. Y así se lo hizo saber.

—Estoy loco por recorrer tu cuerpo, por tenerte en mi cama. Cuando consiga saciarme de ti, dejaré a tu hermano en libertad. Ten en cuenta que soy un hombre a quien le gusta variar, no será por mucho tiempo.

La mujer, atónita, dio varios pasos atrás. Observaba a Iván desde la distancia pensando que delante de ella se hallaba el peor de los hombres. Cuanto más lo pensaba más lo odiaba, más lo detestaba. ¿Cómo podía un ser humano ser tan miserable? Solo había una explicación: era hijo del demonio. Bajo esa apariencia atractiva y ese porte orgulloso de hombre indestructible habitaba la más oscura de las almas. Su descaro en decirle sin tapujos que la deseaba con una ferocidad enervante la asustaba. Lucía sintió como si la estancia se encogiera cada vez más y más. No tenía alternativa. Y ella lo sabía. Su hermano la necesitaba. Irguió la espalda y reprimió las lágrimas con una sacudida de cabeza.

—No tengo alternativa, ¿verdad? —farfulló, más para ella que para él, intentando convencerse a sí misma de que no tenía opción posible.

—No.

—Nada de lo que te diga te disuadirá.

—Estoy decidido a tener lo que quiero.

—Si supieras lo mucho que te detesto y te odio no me pedirías que fuera tu... tu...  
—una risa nerviosa brotó se sus labios— ramera.

Lucía no pudo impedir que las palabras brotaran de su boca, empujadas por la impotencia y el resentimiento. Además, la actitud del hombre, que se erguía victorioso delante de ella, tampoco ayudaba a sosegarla. Sin embargo, esas pocas palabras consiguieron irritarlo. La mirada de él hablaba por sí sola y por más que Iván intentó disimular que sus palabras le eran indiferentes, no lo consiguió.

—Siento que pienses así —pronunció con un cinismo sombrío, ocultando, en realidad, el dolor que le había causado sus palabras—. Solo necesito tu cuerpo. Me importa bien poco si me odias o detestas fuera de la cama. Dentro de ella ya me encargaré de que sientas otras cosas.

—¡Jamás!

Él rio.

—Eso ya lo veremos.

Lucía respiró profundo. De nada serviría discutir, por lo que se resignó.

—Muy bien, entonces será como tú quieras, pero no será como una integrante de la comunidad Los Hijos de la Luz. —Apretó los puños. Su voz se quebró con lo que dijo a continuación, y más sabiendo que cuando cruzara esa invisible línea estaría perdida, pues caería en desgracia y nunca más sería aceptada por los suyos—. No pienso avergonzar a mi gente, a mis creencias, a mi alma, y sobretodo a mi familia con este acto. A partir de ahora renuncio a pertenecer a la comunidad. Espero que con el tiempo me perdonen y así poder perdonarme a mí misma.

Lucía se quitó la capelina y la dejó encima de una silla. Fue quitándose las horquillas, una a una, con movimientos lentos. El moño que sujetaba su cabello se deshizo detrás de la nuca hasta que quedó suelto del todo. La melena cayó por la espalda. Ella se pasó los dedos hasta que quedó suelto. Iván la contemplaba y sintió cómo el deseo lo inundaba. Pronto, muy pronto... esta noche. La expectativa de cómo sería lo estaba matando. Necesitaba probarla y se acercó a ella como hipnotizado. Le acarició el rostro con las yemas de los dedos, se detuvo en sus labios y sintió el aliento tibio de la mujer. Fue perfilando aquellos rebordes carnosos, con lentitud, con mimo. Ansiaba besarla, acariciarla... desnudarla y contemplarla hasta saciar sus ávidos ojos. Esa mujer lo había embrujado sin remedio. Sin embargo, ella se mantenía quieta, sin decir nada, mirándolo con odio, que él captó e ignoró.

—Voy a besarte —proclamó de pronto.

—¡Haz lo que te dé la gana! —Sus palabras sonaron duras, carentes de emoción.

Iván no prestó atención a la pulla, pues solo una cosa centraba su mente. Con mucha lentitud, fue acercándose a los labios de ella y percibió el aliento agitado de la mujer en su propia boca. La aferró por la cintura y la atrajo a su cuerpo. Ella estaba demasiado tensa, por lo que le acarició la espalda de arriba abajo, y Lucía, poco a poco, relajó el cuerpo. Iván cubrió sus labios con los suyos y pasó la punta de la lengua por el contorno. Ella seguía manteniendo la boca sellada, inaccesible, entonces él tuvo una traviesa idea. Sus manos resbalaron hacia las caderas, cogió las redondeadas curvas de sus nalgas y las apretó. Se permitió acariciarlas con audacia y Lucía, sorprendida, abrió la boca. Él aprovechó la oportunidad e introdujo su lengua. Recorrió su interior, saboreando, palpando hasta que se topó con la lengua de la mujer. Ella quiso retirarla pero no la dejó. La asió de la nuca y enroscó la lengua con la suya. La mujer gimió, asombrada por el leve temblor que surgió en su interior. No le gustaba. Sí... sí, le gustaba.

Iván notó el momento exacto en que ella respondió. Eso lo envalentonó y le mordió el labio inferior con suavidad, para enseguida regresar y sumergirse de nuevo en su boca. Abarcó con sus grandes manos la cara delicada de ella y volvió a hundir su lengua, exigiendo que lo aceptara. ¡Y de qué manera lo aceptó!, porque el beso se profundizó. Sus lenguas se entrelazaban, se exploraban y se degustaban sin parar, sin tregua. Entonces, un torbellino de nuevas sensaciones abarcaron los dos cuerpos.

Iván no quería que acabara. ¡Oh... qué sensación tan excitante! Nunca un contacto como aquel lo había llenado de aquella manera. Estaba seguro de que el sabor del paraíso no sería igual de bueno que el de esa boca femenina.

La reacción tan pasional de la mujer dejó a Iván sumido en una nube. Quería que el tiempo se detuviera, ya que estaba perdiendo el control. Su cuerpo exigía alivio, deseaba enterrarse en ella hasta el fondo. Si ya un simple beso lo provocaba de una manera tan avasalladora, ¿cómo sería empujar entre sus piernas? Solo de imaginarlo...

Iván se separó con brusquedad, interrumpiendo el beso sin previo aviso, pues estaba enfadado por su falta de control. No le gustaba que su cuerpo reaccionara de una forma tan fiera. Le hubiera hecho el amor allí mismo, sin pensar que estaban en una comisaría. Por su parte, Lucía se sintió desconcertada y vacía. ¿Vacía? Empezó a

estremecerse. Se llevó los dedos a los labios. Todo su ser era un cúmulo de impresiones y sensaciones que ella desconocía. Miró a Iván y él respiraba con dificultad. Estaba sorprendido y ella no tenía idea de cuál era el motivo, por lo que se mantuvo callada.

—Me hechizas con solo mirarte —dijo el hombre, aún impresionado—. Quiero olvidarte y no puedo. En sueños me arrastras a un mundo de placer. A partir de ahora cada noche esperarás mis caricias y tú gozaras de ellas. Te penetraré muy dentro, y absorberé tus gritos de placer. De eso puedes estar segura.

Iván dejó de hablar al ver cómo el rostro de Lucía quedaba lívido por la impresión y el miedo. El pánico cubría como una máscara el rostro femenino. Notaba cómo la vergüenza la embargaba. La mujer clavó la mirada en sus zapatos, incapaz de mirarlo a sus ojos azules. Temblaba y a él no le pasó desapercibido. Un mechón de cabello castaño se escurrió de detrás de la oreja, e Iván se lo apartó con mucha delicadeza del rostro, al tiempo que le alzaba la barbilla con el dedo para poder verle la cara. Tenía unas enormes ganas de estrecharla entre sus brazos y alejarla del mundo, llevarla a un lugar lejano y vivir los dos juntos lejos de todo y de todos. Por suerte, recuperó el sentido común. Reconocía que estaba extasiado y sorprendido por un simple beso, que lo único que había hecho era turbarle el pensamiento.

—No soy un bárbaro —aseguró el hombre—. No saltaré encima de ti y saciaré mi apetito sexual de cualquier manera. No te haré daño y te aseguro que disfrutarás tanto como yo. —Le dio un ligero beso en los labios.

Lucía no esperaba que ese hombre la tratara con delicadeza, pero pudo vislumbrar en sus ojos que no mentía. Eso la tranquilizó.

—Muy bien, ya es hora de marcharnos —instó él.

—Tengo que ir a casa de mis tíos.

—Yo me ocuparé de telefonarlos.

—¿Y qué les explicarás?

Iván meditó la respuesta.

—Qué estás conmigo y que no se preocupen.

—Quiero ser yo quien hable con ellos —insistió ella, manteniéndose quieta en el sitio.

—No. —Iván no dio su brazo a torcer. Tenía prisa por llegar a casa y hacerle el amor durante toda la noche. Cada agonizante minuto de espera era un tormento—.

Venga, vámonos. —La cogió del brazo, apremiándola a que lo siguiera. Ella se desasíó y al hombre no le gustó nada—. Lucía, no me provoques, te advierto que no soy conocido por mi buen carácter y te aseguro que estoy al límite.

—Mi hermano, déjame ver a mi hermano —pidió ella, cogiéndole el brazo. Pero cuando sintió el calor que le abrasaba la mano la soltó de golpe.

Iván malinterpretó el gesto y pensó que esa acción era de repulsión.

—No está aquí —explicó, agarrándola y arrastrándola por el pasillo de la comisaría sin delicadeza. No pudo evitar que miradas ajenas los observaran.

—Llévame donde esté. Solo cinco minutos —le rogó, intentando seguir sus apresurados pasos—. ¡Cinco minutos!

El hombre se detuvo, arrugó el ceño y la observó durante un largo rato; de verdad que deseaba complacerla, pero su hermano ya no estaba en la comisaría. Por su parte, ella rehusó mirarlo y bajó la vista debido al silencio de él. Iván la agarró de la cintura con sutileza y salieron al exterior. Cuando el empresario tuvo la certeza de que nadie los escuchaba, habló.

—Ahora mismo debe de estar en el centro penitenciario de Els Roures.

—¿Cuándo podré verlo?—perseveró ella, con la firme determinación de que no dejaría de insistir.

—Ya hablaremos en otro momento.

Iván la llevaba otra vez a rastras, como si fuera un perrito desobediente y necesitara disciplina, era indiscutible que había perdido la paciencia. Se ablandó cuando apreció una solitaria lágrima circulando por la mejilla de la mujer. Se dio cuenta de que no estaba siendo justo e intentó calmarla.

—No es tan malo ser mi amante. Te enseñaré un mundo lleno de comodidades, lujo y diversión, olvidarás tu vida pasada.

Lucía se estremeció. ¿Olvidar? ¿Cómo podría olvidar todo lo que ella amaba?, y sobretodo, ¿cómo podría olvidar y aceptar al hombre causante de su desgracia? Nunca.

«Nunca olvidaré».

\*\*\*

Viajaron a Barcelona en el espléndido Hummer de Iván. El trayecto transcurrió con abrumadora lentitud, no porque fuera largo, sino por la tensión que crispaba el ambiente dentro del impresionante automóvil. Iván intentó, en vano, conversar con ella con objeto de caldear la atmósfera. No obstante, en respuesta recibía miradas airadas o llenas de veneno. Se dio por vencido y el silencio imperó dentro del vehículo. No obstante, el hombre no se cansaba de observarla de reojo, ella estaba sentada con las manos cruzadas en el regazo y agazapada en un rincón. Miraba por la ventana sin prestar atención al paisaje. ¡Se la veía tan desvalida! Iván dedujo que esa actitud era fruto del miedo por lo desconocido. Estaba convencido de que cuando viera todo lo que le podía ofrecer, la tendría rendida a sus pies. Y luego daría rienda suelta a tanta pasión acumulada e insatisfecha.

Eran pasadas las cuatro de la tarde cuando llegaron a la enorme casa situada en la zona oeste de Barcelona. Más que una casa parecía una mansión. Estaba ubicada en la parte alta de Pedralbes. La vivienda ofrecía un clásico lujo combinado con el estilo contemporáneo, dándole un toque muy especial. Poseía unas vistas impresionantes al magnífico mar Mediterráneo y a la ciudad. Iván se sentía muy orgulloso de su hogar, aunque a causa del trabajo le quedaba poco tiempo para disfrutar de la casa. Pero ahora con Lucía viviendo en ella, eso iba a cambiar.

La joven seguía sin articular palabra. Ni cuando Iván la ayudó a bajar del coche, ni al entrar a la casa, ella dijo nada. Mantenía la cabeza agachada sin atreverse a levantar la vista, el hombre la miró un buen rato esperando alguna reacción. Él esperaba una explosión de felicidad en cuanto viera la riqueza y el buen gusto rodearla, en cambio ella no mostró ningún signo de impresión, y tampoco de satisfacción al ver el lugar en donde viviría durante un largo periodo de tiempo. Estaba apática a todo y ante todo.

—Aún puedes cambiar de idea —susurró Iván al oído de ella—. Tú decides.

Lucía se atrevió a alzar el rostro para enfrentarlo directamente. Negó con la cabeza.

—¿Sacarás a mi hermano de la prisión?

—No.

—No me dejas elección —suspiró resignada—. Esta vez Goliat ha ganado.

—¿Goliat?

—Supongo que conoces la leyenda de David y Goliat —le explicó—. Es muy conocida.

—Sí, sí la conozco. David derrumbó a un enorme monstruo llamado Goliat con tan solo una piedra y una honda... —Fue entonces cuando Iván entendió el mensaje. Curvó la boca en una mueca de diversión—. Me encanta tu sentido del humor —dijo a modo de mofa—. Entremos.

Lucía hizo acopio de todas sus fuerzas para no soltarle un comentario ofensivo. No reparó en la elegancia que la envolvía, ni en el lujo que emanaba cada rincón. Solo podía pensar que el infierno, sin duda, sería más acogedor. Iván la cogió de la mano y subieron por una amplia y elegante escalera de mármol con balaústres veteados de color salmón, y que parecía no tener fin. La condujo hacia un amplio pasillo y se detuvo en una de las puertas que abrió y animó a la mujer a que entrara.

—Por favor, entra —pidió al ver que ella no reaccionaba. Sonrió y añadió—: esta será nuestra habitación.

A Lucía se le aceleró el pulso al percatarse de la enorme cama de cuatro postes que estaba pegada a una de las paredes. La estancia era enorme. Pensó que su casa hubiera cabido en ese dormitorio. Estaba decorado con mucha elegancia, en tonos ocres y carmesí. Miró el sofá de tres plazas y los sillones de respaldo alto que reposaban frente al hogar. Dejó la inspección para otro momento, pues estaba mareada. Sin decir nada, fue a sentarse, ya que tenía el corazón desbocado. Deseaba con toda el alma tranquilizarse, pero no podía mirar aquella enorme cama sin ponerse nerviosa. Había dicho nuestra habitación. La de ella... y la de él. Dormirían juntos.

En realidad, no se encontraba en esa casa para disfrutar de unas relajantes vacaciones. Claro que no. Él la quería para que lo complaciera en esa enorme cama que no podía parar de mirar, lo había dejado claro, ¿no? Entonces ¿por qué no podía dejar de sentir miedo? Después de todo, y pensándolo con frialdad, era solo sexo, nada más que sexo. Su cuerpo a cambio de su hermano. Lo vería como una transacción comercial. Siempre creyó que el amor y las relaciones entre hombres y mujeres coexistían en clara armonía, pero ahora se daba cuenta de que era una idea romántica y estúpida. Una cosa no estaba ligada con la otra. Ella ni por asomo lo amaba, y él a ella tampoco. Sin embargo, mantendrían relaciones íntimas. Seguro que Dios la perdonaría por no estar casada. Tendría en cuenta que lo hacía para sacar a su hermano de la prisión. Ya buscaría una manera de acrisolar su falta y satisfacer las exigencias de la comunidad por su pecado.

—¿Lucía, te encuentras bien? —preguntó Iván, arrodillándose delante de la mujer.

Ella dio un respingo, sacándola de golpe de sus cavilaciones.

—No mucho. —Se llevo la mano a la frente—. Estoy un poco mareada.

El hombre le acarició los brazos. Ella deseó desprenderse de sus manos y de su contacto, un contacto que la ponía nerviosa. Aún recordaba el beso y las palabras de él prometiendo más placeres. Ciertamente, estaba asustada, como nunca en su vida. De pronto su estómago rugió.

—¿Desde cuándo no comes? —indagó el hombre, arrugando las cejas—. Claro que estás mareada, eso es por falta de alimento, pues tienes el estómago vacío.

—Desde ayer por la noche —irguió la barbilla, como el soldado que se prepara para la guerra—. Esta mañana irrumpieron unos encantadores Mossos d'Esquadra en casa de mis tíos, ¡justo a la hora del desayuno! —proclamó en tono acusatorio—. Y luego volvieron otros encantadores Mossos d'Esquadra a la hora del almuerzo para que los acompañara a comisaría.

—Me encanta cuando te pones así —le acarició la barbilla con el dedo—. Esa expresión que pones de gatita refunfuñada me encanta. ¿Sabes?, domar a gatitas refunfuñadas es mi deporte favorito.

Ella, prudente, se mantuvo callada. Sin embargo, le vinieron ganas de sacar las garras, igual que una gata, y borrarle esa sarcástica sonrisa de los labios con unos buenos arañazos. Por su parte, Iván no quiso provocarla más, no le gustaba que ella aprovechara cualquier cosa para culparlo de sus penas. Bueno, si tenía que ser sincero, tenía razón. No obstante, le haría cambiar de opinión, pues con el tiempo lo desearía hasta la locura. Él se encargaría de ello. Lucía era una mujer sin experiencia, pero cuando le enseñara y descubriera el placer de dos cuerpos abandonados a la lujuria, sucumbiría.

—¡Oh... Iván, qué sorpresa! —gritó una mujer desde la puerta—. Nunca estás en casa a estas horas.

Ambos se levantaron. Ella, que aún se sentía indispuesta, se tambaleó. El hombre la agarró de la cintura y la ayudó a sentarse de nuevo.

—Siéntate, cariño —pronunció con voz afable.

Ella se limitó a obedecer. Si bien no le había gustado que se dirigiera a ella como su «cariño», no estaba en condiciones de replicarle.

—Hola, Marta —saludó el hombre con voz cariñosa al tiempo que la besaba en la mejilla—, traigo compañía. Esta es Lucía, una..., una amiga muy querida y especial.

—Ella apretó los puños hasta que los nudillos quedaron blancos—. Se quedará en esta casa durante un tiempo. La he instalado en mi dormitorio, ya que lo compartiremos.

Las mejillas de Lucía enrojecieron de tal manera que parecían a punto de arder. El hombre se dio cuenta demasiado tarde de su torpeza, se había olvidado de que ella venía de una comunidad con unas creencias religiosas muy profundas. La contempló con los ojos muy abiertos, e intentó pedir perdón con la mirada, pero ella rehusó aceptar aquellas disculpas silenciosas, pues era incapaz de sentir otra cosa que una vergüenza atroz.

Lucía se concentró en la anciana que Iván había saludado de manera tan tierna. Era una mujer de estatura más bien baja y de constitución delgada, semblante cariñoso y actitud humilde. Si bien su rostro arrugado delataba su avanzada edad, no podía decirse lo mismo de sus risueños ojos negros. Además, mostraba una agilidad de movimientos nada típica para una anciana. Su pelo era corto, negro y ligeramente erizado. Lucía dedujo que ese color tan oscuro y brillante no era natural. Debía estar teñido con alguno de esos productos que ella tantas veces había visto en las estanterías de los comercios a los cuales iba a comprar con su padre.

—Esta mujer es como una madre —enfaticó él mirando hacia Lucía—. Cuando murió la mía, mi tía se ocupó de mí, pero tuvo que marcharse y ella se encargó de cuidarme. —La anciana lo miraba con unos ojos que revelaban, sin lugar a dudas, el amor que sentía por él—. Marta, Lucía no se encuentra muy bien, ¿podrías traerle algo de comer? Está sin probar bocado desde ayer por la noche.

—¡Por Dios, muchacha! —exclamó la anciana—. ¿Y cómo se te ocurre hacer tal tontería? No me digas que eres una de esas jovencitas obsesionadas por estar delgada.

Esperó una respuesta, pero Lucía estaba sentada, con los puños apretados y desafiantes, y con una mirada triste en los ojos. No prestaba atención a nada y la anciana giró la cara para observar a su protegido buscando alguna explicación. Lo conocía bien y temía que esa joven fuera una de sus víctimas provocada por algún de esos negocios que manejaba con el odioso de su padre. Ya descubriría lo que sucedía, pues esa muchachita no estaba por gusto en el dormitorio de Iván. Solo hacía falta mirarla para comprobar lo asustada e indefensa que se sentía, parecía un animalillo desvalido.

—Marta, tengo que irme —suspiró con resignación—, en el despacho he dejado

asuntos sin resolver que necesitan mi atención. Encárgate de ella, ¡ah..., por cierto!, no trae equipaje y he encargado varias cosas a mi secretaria para que las fuera a buscar. Supongo que no tardarán en llegar. ¿La ayudarás?

—Pues claro, faltaría más.

El hombre se arrodilló al lado de Lucía. Le cogió las manos y se las acarició con el pulgar.

—Volveré tarde, ¿me esperarás para que podamos cenar juntos? —«Y para hacerte el amor», pensó.

Lucía afirmó con un gesto de cabeza e Iván intentó besarla en los labios, pero ella giró el rostro para evitar el contacto, de modo que la besó en la mejilla. Ni tan siquiera lo miró. Él se levantó compungido y disgustado por el rechazo; sin embargo, se marchó sin añadir nada más, no deseaba discutir.

Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta. ¿Cómo se atrevía a besarla delante de Marta? Solo le faltaba colgarse un letrero alrededor del cuello que dijera: soy la nueva amante del gran Iván Mayer. Si el suicidio no fuera pecado, se arrojaría por la ventana. Sería una buena manera de fastidiar los planes de él y, por fin, recuperar la tranquilidad que su corazón demandaba, aunque esa paz le llegara envuelta por el tul de la muerte.

La anciana los miraba sin perder detalle. Vio el rechazo de ella y la frustración de él. Algo se estaba cocinando. «Juro que lo cogeré por las orejas y le propinaré una tunda en el trasero si se ha atrevido a abusar de esta muchacha», se dijo.

Iván bajó los escalones de tres en tres. El sol refulgía orgulloso en un cielo teñido de azul cristalino. El murmullo de una máquina segando el césped del jardín hizo que Iván detuviera sus pasos y aspirara con profundidad. Embadurnó sus fosas nasales con el aroma de la hierba recién segada. Un doberman musculoso y elegante, de color negro y tostado en las patas y vientre, acudió al hombre buscando la manera de que le dedicara una caricia, pero terminó por tirarse encima de Iván.

—¡Dic, que me vas a tirar al suelo!

El perro le lamía la cara sin parar, el hombre a duras penas consiguió sacárselo de encima y lo acarició. El animal se tranquilizó, aunque en ningún momento dejó de mover la pequeña cola, señal inequívoca de su decisión a jugar.

—Dic, otro día jugaremos. Ahora tengo que marcharme, tengo trabajo y no puedo entretenerme.

Le dio una palmada en el lomo y se fue hacia el Hummer. Empezó el camino al despacho. Si Lucía se enteraba de que el papeleo que le aguardaba estaba relacionado con Valleverde le arrancaría los ojos. Pero claro, él no le diría nada. Ansiaba que llegara la noche y no quería que nada perturbara sus planes. La espera sería larga, sin embargo, valdría la pena.

Mientras conducía, pensaba, cómo no, en la noche que le esperaba. Quería que todo saliera bien y anhelaba ver a Lucía sonreír. Antes de sumergirse en el trabajo que le esperaba en el despacho, decidió pasar por la famosa joyería Cartier situada en el centro de Barcelona.

El joyero lo recibió con mucha alegría, consciente de que era un valioso cliente. Iván siempre estaba atento a los refinados y caros gustos de sus conquistas. Siempre colgaba de su brazo una mujer hermosa deseosa de escoger un regalo de la joyería, pero esta vez venía solo, cosa que desconcertó al vendedor.

Iván era consciente de la pregunta que bailoteaba por los ojos del experimentado joyero. Se limitó a decirle que se trataba de una sorpresa para una chica muy extraordinaria y quería una joya igual de especial. Por supuesto hizo hincapié en que el dinero no era inconveniente, por lo que le pidió que le enseñara lo más delicado y excepcional de la joyería.

Le mostró varias piezas cargadas con piedras preciosas de todas las clases y formas. De acuerdo que quitaban el aliento, pero ninguna le satisfizo. Todas eran demasiado recargadas, demasiado impresionantes para una mujer que era un ángel. Él reiteró su deseo al joyero, quería una joya especial y sencilla. El pobre hombre empezó a sentirse desesperado, cuando de pronto se acordó de la adquisición de una pieza realmente fascinante. Era el tipo de joya que sabía que, con toda seguridad, le gustaría a él y le apasionaría a ella. Y no se equivocó, pues a Iván le encantó.

Era un colgante de platino, trenzado con mucho esmero, y del que colgaba una gema Taaffeite color rosa pálido con forma de lágrima. Lo fascinante fue al alzarla; cuando el reflejo de la luz se posó en ella, centellearon rayos de sol en el interior. El joyero le explicó que era una gema muy rara por los destellos dorados que emanaba, pues casi parecía que tuviera el astro rey viviendo dentro de ella y hubiera vida; le garantizó que no había otro colgante igual en todo el mundo.

Iván la volvió a observar y cuando la levantó lo justo para poder mirarla de cerca, se hizo un pequeño milagro, ya que aparte del rosa y el dorado creyó ver un atardecer

anaranjado. Incluso parpadeó un par de veces pensando que la vista lo engañaba. Pero no fue así, tal como le había explicado el vendedor parecía que en su interior había vida. Le encantó el misterio que parecía flotar en la gema, y no le faltó tiempo para imaginar a Lucía desnuda y vestida solo con el collar. La respiración se le aceleró.

Iván felicitó al joyero, este suspiró aliviado. Aún estaba mirando abstraído la belleza del colgante, cuando una voz que él reconoció de inmediato, lo perturbó.

—Hola, cariño, ¿qué haces tú por aquí? —preguntó Gina, mientras besaba la mejilla de Iván.

Iván dio un respingo, dudó que ella estuviera en la joyería por casualidad. ¿Acaso, de vez en cuando, se atrevía a seguirlo para, precisamente, provocar encuentros fortuitos como aquel? Enseguida tuvo la respuesta: sí, Gina era capaz de todo.

—Envuélvame para regalo —indicó él, depositando la joya en su estuche.

—Sí, señor, ahora mismo —afirmó el joyero, deseoso de salir del punto de mira de Gina. Todo el mundo conocía a esa mujer por su mal temperamento, y en aquellos momentos, por la expresión de su cara, estaba a un paso de la explosión.

—¿Un regalo? —Su voz sonó amanerada—. ¿Y para quién?

—No te hagas ilusiones, querida.

—Ya conoces mis gustos, y esa joya está lejos de ser de mi agrado —aclamó, resentida y llena de rabia por no ser ella la escogida para recibir el regalo.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado bonita para que cuelgue de tu cuello.

Iván disfrutó de la tensión que apareció de golpe en el cuerpo de la mujer.

—Iván, no me gusta el rumbo que están tomando las cosas. —Sus ojos echaban chispas—. Quiero una explicación.

—No tengo por qué darte explicaciones. Que yo sepa no somos novios, eso quedó claro la última vez que hablamos, puedo hacer lo que me dé la gana.

Ella se acercó en actitud provocativa, intentó acariciarle el rostro, no obstante, él le atrapó la mano. A la mujer no le gustó nada el desprecio que le tenía y no ocultaba.

—No me rechaces, cariño. Te echo de menos. Seguro que tu nueva conquista no es mejor que yo. —Le sonrió y tuvo el atrevimiento de abrazarlo y restregarse por la entrepierna del hombre sin sentir ninguna vergüenza por estar en un sitio público—. Sé que estás enfadado, anda, perdóname, ven esta noche a mi apartamento.

—No, Gina. —Hizo una pausa calculada—. En mi casa me espera un bocado más apetitoso.

—¡Es solo por la novedad que la encuentras apetitosa! —gritó furiosa—. ¡Cuando se te pase no me vengas a rogar, tú me necesitas, sin mí mi padre no hará negocios contigo!

Iván echó un vistazo a su entorno, eran el centro de atención.

—No levantes la voz, estamos dando un espectáculo.

—¡Me importa un rábano! Quiero que todo el mundo sepa que eres un cerdo. — Cada vez gritaba más—. Que el mundo entero sepa que me pones los cuernos, ¡y vete a saber con quién! Quiero que me digas su nombre para arrancarle los dientes uno a uno.

—¡Gina, ya basta! —Sus ojos llameaban coléricos—. Lárgate y déjame en paz. Te pedí tiempo. Te aconsejo que no me presiones... —apretó la mandíbula—, no me gusta.

—¿Te atreves a rechazarme?

—No me atrevo, ¡te estoy rechazando! —sentenció, remarcando palabra por palabra—. Y como sigas presionándome te rechazaré para siempre.

—¡Ohhh! —Dio un paso atrás—. Esto no quedará así. Llegará el día en que te veré arrastrándote a mis pies. No esperes que te vuelva a aceptar.

Iván prorrumpió en risas echando la cabeza hacia atrás. La gente de alrededor se quedó mirando al hombre sin disimulo.

—Ya puedes esperar sentada, dudo que llegue ese día —dijo entre carcajadas. Cuando le hubo pasado el ataque de risa, añadió—: Ninguna hembra hará que me arrastre, de eso puedes estar segura.

Gina se marchó indignada, gritando a todo aquel que se cruzaba en su camino y jurando que aquello no quedaría así.

## CAPÍTULO 4

Llegó la noche. Las estrellas brillaban fulgentes en el cielo. Abel las miró sumido en la más oscuras de las pesadillas. Estaba atrapado. Estaba enjaulado.

Dos horas llevaba en la prisión de Els Roures y ya le parecía toda una vida. Si pudiera pedir un deseo sería el de convertirse en un pájaro y volar hacia las estrellas, donde nadie lo pudiera alcanzar y disfrutar de la libertad perdida. No le dejaron ni despedirse de su hermana. ¿Sabría ella lo del incendio? Claro que lo sabría, conociéndola como la conocía pediría explicaciones. Seguro que lo ayudaría, ella y la comunidad, y no tardaría en salir de la prisión. No, seguro que no tardaría.

Un violento empujón lo volvió a la cruda realidad.

—¡Muévete! —oyó a sus espaldas mientras hacía esfuerzos por no perder el equilibrio.

Era la hora de la cena y el muchacho, como todos los presos, estaba en la cola con una bandeja en las manos esperando su turno para que le sirvieran la comida. Abel se giró para enfrentar al hombre. Fue un error. Más le hubiera valido ignorarlo, pues se topó con un gigante, un recluso de tez oscura, sin cabello y con una amenazante barba negra y rizada. Lo que en realidad le impresionó fueron los enormes músculos de sus brazos y abdomen. La mirada mortífera y esos ojos inyectados en sangre acabaron por descolocar al indefenso muchacho. No fue nada precavido y, en vez de girarse y no dirigirle la palabra, se detuvo a mirar embobado una cicatriz que cruzaba el rostro del gigante. No dudó en pensar que esa marca debía ser producto de su «buena educación».

—¡Hijo de puta, como no dejes de mirarme sabrás lo que es bueno! —voceó de mala manera el recluso.

Abel estaba tan enfadado por su mala suerte, que no pensó en lo que decía.

—Yo no tengo la culpa de que usted sea tan feo —soltó de pronto.

Se oyeron risitas, apenas contenidas, de los demás presos.

—Ese cachorro acaba de sentenciarse a muerte —dijo uno de los secuaces que acompañaba al grandullón.

Un puñetazo derribó a Abel al suelo en menos de un segundo. La bandeja se

desprendió de sus manos, salió disparada y rebotó en los pies de otros reclusos que esperaban en la cola. El muchacho quedó tendido en el suelo de espaldas e intentó levantarse, pero sin éxito, pues el grandullón se tiró encima de él y empezó a golpearlo con los puños cerrados. Un golpe. Otro golpe. Y otro... El agresor se levantó y agarró al muchacho de la camisa azul claro que llevaba puesta. Un coro de gritos alentaba al hombre para que le partiera el cuello, pero optó por lanzarlo encima de una mesa con una facilidad sorprendente, demostrando la fuerza descomunal que poseía. Abel pensó que lo mataría allí mismo, ya que era incapaz de levantarse y defenderse. Su cuerpo estaba demasiado magullado, le dolían todos los huesos y empezó a escupir sangre, además, la vista enturbiada le privaba tener una visión clara de su oponente. El gigante hombre volvió a la carga, y en el momento que cogía una silla para estrellarla encima de Abel, otro preso salió en su defensa.

—¡Métete con uno de tu edad, grandullón! —El gigantón se giró con una oscura sonrisa en los labios—. Te has convertido en un cobarde, y todos lo hemos visto —añadió escupiendo al suelo sin sentirse asustado.

El gigante se lo quedó mirando un breve segundo antes de coger impulso y arremeter contra el que había osado insultarlo, este lo esquivó con relativa facilidad. El grandullón lo intentó otra vez, pero su contrincante lo sorteó sin ningún esfuerzo, sin ni siquiera pestañear. Cuando este se cansó de jugar con él, entró en acción, dio un salto y extendió la pierna izquierda. Un golpe seco en la mandíbula del hombre se escuchó por todo el comedor y todos enmudecieron. El grandullón cayó al suelo igual que un enorme tronco recién serrado y quedó tendido en la superficie cuan largo era.

No obstante, los secuaces de este salieron en su defensa, pero no dio tiempo a nada más, porque se oyeron los silbatos de los funcionarios de prisiones. Arrinconaron a los presidiarios que observaban la pelea a un lado; sin ninguna contemplación lanzaron un cubo de agua a la cara del que estaba extendido en el suelo. Se despertó de golpe, mucho más enfurecido que antes y quiso golpear a los culpables. Hicieron falta cuatro policías para calmarlo de su acceso de rabia y no tardaron en esposarlo, al igual que a Abel y al otro preso que lo había ayudado.

Los sentenciaron a permanecer veinticuatro horas encerrados sin comida ni agua, después los llevaron a las celdas de castigo. Abel suspiró resignado. No era un castigo muy severo, estar sin comida y agua durante un día completo no suponía mucho sacrificio. Aun así le cayó el alma a los pies cuando vio cómo era la celda de

castigo.

Era un cuartucho de no más de tres metros cuadrados. Pero lo que en realidad le hizo encogerse de pánico fue cuando descubrió que no había ni una ventana. Lo empujaron al interior y cerraron la puerta. El clic del cerrojo retumbó en sus oídos. Un olor a orines humanos estuvo a punto de hacerle vomitar. Palpó con las manos las paredes hasta que, dolorido y agotado, se acurrucó en un rincón. La nariz comenzó a sangrarle debido a los golpes y se limpió con la manga de la camisa. Empezó a temblar de frío, buscó a tientas en el suelo, para su desgracia no había ni una manta. Tomó conciencia de la situación: estaba enterrado en una especie de tumba. Las veinticuatro horas se harían eternas. Hizo lo único que podía hacer: rezar para que su hermana lo sacara del infierno en el que se había metido por su mala cabeza.

\*\*\*

Iván terminó pronto de revisar los documentos y firmar otros a petición de su secretaria. Quería adelantar trabajo, pues tenía planeado pasar el día siguiente con Lucía, de modo que cogió un par de dossiers para repasarlos en su hogar. Pidió a su secretaria que anulara todos los compromisos de los dos próximos días. Ella le remarcó que tenía una cita importante, pero a él poco le importó, cosa que sorprendió a la mujer, pues para su jefe el trabajo era lo primero. Sin embargo, no hizo preguntas e hizo lo que le pedía y se fue.

Era tarde y el velo de la noche ya hacía rato que se había extendido por toda la ciudad. Todo el mundo se había marchado e Iván cerró el ordenador. Estaba expectante, igual que un niño con su primera bici. Cogió la americana de piel color terroso claro, que descansaba en el respaldo, y se la puso. El móvil sonó y apretó el botón de descolgar no sin antes ver quién lo llamaba.

—¿Sí, Marta? —Iván arqueó una ceja preocupado. Nunca lo llamaba, siempre que no fuera imprescindible, claro. Tuvo un mal presentimiento y, antes de descolgar, supo que se trataba de Lucía.

—¡Oh... Iván, tienes que darte prisa!

La anciana respiraba con dificultad y se le escapó un sollozo.

—Marta, por favor, tranquilízate, ¿qué ocurre? —preguntó con apremio.

—Tu padre hace un rato llegó hecho una furia.

—¿Qué?

—Sí, como oyes. Hacía tiempo que no lo había visto así... tan agresivo. —La anciana guardó silencio, consciente de que se le quebraba la voz.

—¿Y Lucía, Marta? —preguntó preocupado.

—Es por ella que tu padre está de tan mal humor.

—Mi padre no sabe nada de ella, ¿cómo demonios se ha enterado?

—Pues alguien le ha contado algo, y no sabes cómo se ha puesto, exigió de malas maneras verla. Yo me negué e intenté razonar con él, pero no quiso escucharme. No pude detenerlo y subió a tu habitación.

La anciana se detuvo para sonarse la nariz. Iván se sentó con pesadez en el sillón mientras exhalaba un gran suspiro y se restregaba los ojos con la mano. Conocía demasiado bien el mal carácter de su padre.

—Marta, por favor, continúa.

—Entró en la habitación y yo le seguí tan deprisa como pude... —Un quejido escapó de sus labios—. Empezó a insultarla. Le dijo de todo. Yo... yo lo cogí del brazo para sacarlo de la habitación, pero no pude. Después la agarró de los hombros y la sacudió con rabia exigiéndole que se marchara.

—Mi padre se ha vuelto loco.

—¡Ay, Iván! Ella intentó explicarse, pero tu padre no paraba de insultarla a ella y a todos los habitantes de Valleverde... y, entonces, entonces la abofeteó.

—¿Qué?! —Se levantó de golpe del sillón, sin poder creerse lo que oía.

—La abofeteó. Yo me interpose y empecé a gritarle que era un desalmado y un animal. Se atrevió a levantarme la mano para golpearme a mí también, pero creo que en ese momento recuperó la cordura. Me miró con odio y se fue.

—¿Y Lucía está bien?

—¿Y cómo quieres qué esté? Mal, muy mal. No paraba de llorar. Le he tenido que dar un tranquilizante. Ahora está durmiendo, pero lo peor es que tu padre sigue aquí, Iván.

—No por mucho tiempo.

Se dirigió al ascensor con deseos imperiosos de estrangular a su progenitor, al tiempo que seguía hablando por el móvil.

—Tu padre te está esperando, no se irá si antes no habla contigo.

—Marta, cuida de Lucía. ¡Qué mi padre no se atreva a tocarla! —Entró en el ascensor—. Habla con los de seguridad de la casa y que alguien de ellos vigile que mi padre no vuelva a entrar en el dormitorio. Salgo para allá ahora mismo.

—No corras, por favor, solo faltaría que ahora tú tuvieras un accidente.

—Tranquila, cuida de ella, Marta. Debe estar muy asustada.

Colgó y en esos momentos deseó ser un majestuoso halcón y dirigirse a su hogar volando, sin perder un minuto de tiempo.

Iván condujo poseído por la impotencia. La velocidad del Hummer traspasaba, y de mucho, los límites permitidos. Su conducción temeraria era peligrosa incluso para los coches que iban conduciendo con tranquilidad sobre el asfalto.

Su objetivo: llegar cuanto antes a casa. Solo la implicación divina evitó cualquier tragedia. Llegó sano y salvo a la mansión.

Marta corrió todo lo que su avanzada edad le dejó para recibirlo en el enorme vestíbulo. Un eco suave repetía la conversación.

—¿Cómo está Lucía? —preguntó nada más entrar, sacándose la americana de piel y arrojándola encima de una mesa redonda ubicada en el centro.

—Sigue durmiendo. Tu padre me ordenó que te dijera que lo fueras a ver enseguida llegaras.

—¡Ordenó, ordenó! Se tendrá que esperar. —Con paso ágil se fue hacia las escaleras—. Primero quiero verla a ella.

La anciana lo examinó con cara de sorpresa. Ella era consciente de la estrecha relación entre padre e hijo, y que una mujer como Lucía pasara por delante del padre en cuanto a prioridades se refiere, le daba mucho que pensar. Empezaba a entender. ¡Su muchachito estaba enamorado! Ni aunque le hubieran pagado un millón de euros se lo hubiera creído. ¡Iván, enamorado! El altivo y orgulloso hombre de negocios... enamorado. Ojalá fuera cierto y esa sencilla mujer le enseñara que había otras cosas aparte del dinero y el poder.

Sacudió la cabeza, de un lado a otro, apenas recordó la mirada llena de resentimiento y dolor con la que Lucía miraba a Iván. De pronto lo vio una misión imposible. Por otro lado estaba el desagradable de Alberto, que seguro haría lo imposible por separarlos; incluso deshacerse de ella, si era necesario. La anciana sabía muy bien que era capaz de eso y de mucho más. Llamaría a Federica y le explicaría la situación. Ya iba siendo hora de que el futuro ayudara a desenterrar el

pasado, para que Iván no se convirtiera en otro Alberto.

—El tiempo decidirá. —Y sus palabras se perdieron con el tenue eco que resonaba en el lujoso vestíbulo.

El hombre subió los escalones en tiempo récord. Entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí. La estancia estaba casi a oscuras, solo rota por la luz de una lámpara colocada en la mesita de noche de caoba. Alumbraba la zona de la gran cama, adquiriendo el aspecto de una isla en medio de voraces sombras.

Iván fue acercándose. La mujer dormía recostada de lado, con las manos bajo la mejilla izquierda. La lustrosa melena caía desordenada por la espalda y él no reprimió el impulso de acariciarla. Se sentó cerca de ella sin dejar de acariciarla. El colchón se removió y provocó que Lucía cambiara de postura y se pusiera boca arriba. Estaba tapada hasta la cintura. El camisón de tirantes color salmón se pegaba a las curvas de sus pechos. Un nudo de expectación le atravesó la ingle. Dio gracias al cielo de que la prenda no fuera transparente y se obligó a reprimir el deseo desenfrenado que purgaba por salir. Se forzó a recordar todo lo acontecido, de lo asustada que debía estar y sintió un afán sobrehumano de cogerla entre sus brazos y reconfortarla con palabras cariñosas. Sin embargo, se limitó a besarle la frente. La presencia tan cercana hizo que la mujer, otra vez, se moviera y quedó de cara a él, pero no despertó. Iván apreció un ligero oscurecimiento color grisáceo y morado en la mejilla. Su padre la había abofeteado con fuerza, le acarició la piel dañada con los nudillos y deseó que con aquel gesto desapareciera. ¡Nunca, nunca más!

Se levantó del lecho dispuesto a todo... ¡a todo! Entró en el despacho donde Alberto lo esperaba. La oscuridad predominaba en la estancia, una luz anaranjada, proveniente de la punta incandescente de un puro, advirtió en qué lugar se encontraba. El olor a tabaco, y que tanto le desagradaba, le llegó a las fosas nasales. Su padre estaba detrás del escritorio. Iván entró, encendió el interruptor de la luz y cerró la puerta con un golpe seco. Él fumaba muy tranquilo, con los pies apoyados en la mesa y como si nada hubiera ocurrido.

—Hace rato que has llegado. ¿Tanta prisa tenías en follar con esa ramera que tu padre ha tenido que esperarse? —lo acusó Alberto. Aspiró una bocanada del puro.

Los dos hombres poseían caracteres muy fuertes e Iván hizo gala de él, pues motivos no le faltaban, de modo que se acercó al escritorio y apoyó las manos en el borde y en actitud intimidante miró a su padre.

—¡No te atrevas a tocarla otra vez, porque te juro que me olvido de que eres mi padre y te devolveré cada golpe multiplicado por cien! —empezó a gritarle como un poseso, voces que se oyeron por gran parte de la casa.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? —Apagó el puro en el cenicero de mala manera y se levantó de golpe.

—¡Claro que me atrevo, Lucía no te ha hecho nada!

—¿Que no ha hecho nada? —Volteó el escritorio y se situó cara a cara con Iván—. Vas a arruinar nuestro proyecto de expandirnos al exterior, y todo por no mantener tu polla dentro de los pantalones.

—¡Cállate!

—¡No me da la gana! —Su rostro enrojeció de ira y unas venas azules se marcaron en su sien—. Y todo por encapricharte de una puta que no vale nada, y por si fuera poco es perteneciente a esa secta de fanáticos. Nada más entrar en tu habitación la reconocí, es la misma con la que me tropecé en la puerta de tu despacho cuando te exigí que detuvieras la construcción de la carretera. ¿Cómo has podido caer tan bajo?

—¡No vuelvas a insultarla! —Apretó la mandíbula, ya que le dolía que la insultara.

Alberto empezó a dar vueltas arriba y abajo, era evidente que estaba perdiendo la paciencia con su hijo.

—Gina me llamó llorando, explicándome vuestra conversación y tu rechazo. Está destrozada. —Se detuvo y lo miró a la cara—. Por todos los santos, ¿te has vuelto loco? Llámala ahora mismo y arregla las cosas con ella.

—Ahora entiendo cómo te has enterado tan deprisa. Solo ella podía haberte informado, qué estupidez la mía no haberme callado.

Iván ya no tenía duda de que ella lo espiaba o que tenía a alguien que lo hacía por ella.

—¡Te ordeno que la llames ahora mismo! —le exigí con sus ojos negros, desorbitados de cólera—. ¿Pero es que no te das cuenta? Gina te quiere, tienes que casarte con ella. Sabes de sobra que su padre es un hombre con valores familiares muy tradicionales.

—¡No me presiones, te lo dije una vez! —Se sentó en el borde del escritorio y cruzó los brazos en actitud de desafío—. Además, no la necesito, he empezado con la expansión de nuestra empresa más allá de la frontera y tengo un buen presentimiento.

—Si te casaras con ella todo sería más rápido, su padre tiene recursos y estructuras que lo harían posible en un abrir y cerrar de ojos. ¡Deshazte de esa ramera, Iván, échala ahora mismo de esta casa!

—¡Esta es mi casa y ella se queda! El que se va eres tú —gritó, levantándose y acercándose a su padre.

—¡Vaya, hijo, te desconozco! Nunca me habías desafiado de esta manera. —Una sonrisa espeluznante, que no ocultó, se le dibujó en su rostro malvado—. La verdad es que esa mujerzuela debe follar bien, cuando termines con ella me lo haces saber, no soy joven como tú, pero aún me apaño. Debe ser más que buena para hacer que te olvides de todo y te enfrentes a mí.

Iván perdió la poca paciencia que le quedaba. Escuchar la manera tan despectiva con la que hablaba su padre de Lucía, lo sacudió en su interior, y no lo permitiría. Agarró a Alberto de la camisa con ganas de pegarle, pero tan pronto reflexionó en lo que iba a hacer lo soltó con gesto repulsivo.

—¡Lárgate ahora mismo! —escupió sin contemplaciones—. No te atrevas a referirte a ella como una fulana porque no lo es, ya no eres bienvenido en mi casa.

Alberto se acercó a su hijo lo más cerca que pudo. Los dos eran muy altos aunque Iván le sacaba un par de palmos. Por un momento se desafiaron con la mirada, como gallos de pelea. Observándose. Midiéndose. El padre tenía los puños apretados, su pecho subía y bajaba acompasado con la acelerada respiración. En cambio, Iván estaba quieto, más sosegado, se limitó a evaluar a su progenitor, pues esperaba que, en cualquier momento, se abalanzara sobre él para darle un puñetazo.

—Te devolveré el golpe, aunque seas mi padre, te devolveré el golpe.

Alberto supo que su hijo decía la verdad.

—Reconozco que estoy tentado de hacerte entrar en razón con un par de buenos puñetazos. —Intentó que su voz sonara calmada, sin embargo, sonó nerviosa—. Veo que te has encaprichado con esa mujer. —Suspiró con resignación y añadió—: Espero que no te dure mucho y todo vuelva a la normalidad.

Iván notó que su padre se tranquilizaba.

—Mis ambiciones no han cambiado y tengo planes para el futuro —afirmó, intentando de que su padre entendiera que su prioridad seguía siendo su empresa.

—¿Y Gina entra en esos planes?

—Si veo que la necesito, sí, ella entra. Tengo tantas ganas como tú de expandirnos

en el extranjero y eso no ha cambiado, pero primero quiero intentarlo sin la ayuda del padre de Gina.

Alberto se serenó y relajó su cuerpo. Su rostro adquirió los rasgos típicos de complacencia, aunque no las tenía todas consigo. Su hijo nunca lo había tratado de aquella manera, y tal cosa le daba qué pensar. En él existía algo más que atracción física por esa vulgar mujer, lo presentía. Ya encontraría la manera de sacarla de en medio, aunque tuviera que recurrir al asesinato. Ya una vez mató a una mujer... una o dos ¡qué más daba! Lo importante era que desapareciera de la vida de Iván.

—¿Y qué va a pasar con la mujer que tienes en el dormitorio si decides casarte con Gina?

—Eso es asunto mío y nadie, absolutamente nadie, me dirá lo tengo que hacer con ella, ¿he sido claro?

—Muy claro.

—Y ahora márchate y no vuelvas mientras ella esté aquí. No permitiré que le pongas una mano encima y que la insultes. Ya la has asustado bastante.

—Me ha quedado todo muy claro —enfaticó, muy sarcástico, con intención de que su hijo notara su desagrado—. Te estás equivocando, Iván, y mucho, vas a pagar caro este error.

No se dijeron nada más y Alberto se marchó. Sus zapatos resonaron en el suelo de mármol, las alfombras amortiguaban su repiqueteo cuando pasaba por encima de ellas. Iván suspiró aliviado en el instante que oyó el eco de un portazo. La pelea le había dejado un gusto amargo en la boca, que apresuró a ocultar con un buen vaso de *wisky*. Jamás se había enfadado con su padre de esa manera, ¡habían estado a punto de llegar a los puños! Aún no daba crédito, tampoco su progenitor nunca le había dado motivos y, en cambio, ahora sí.

Subió al dormitorio después de beberse tres vasos de licor. Lucía seguía durmiendo, todo el día pensando como un loco en que llegara la noche y disfrutar de su cuerpo, y todo había quedado en nada, como si sus pensamientos hubieran sido fruto de un espejismo. Había calculado una escena de seducción al milímetro: la cena, ver la sonrisa al regalarle el colgante, una noche de placer... «¿Y si la despertaba?», se preguntó. No, ella merecía una noche de sueño reconfortante, por lo que resignó. Decidió que dormiría en el sofá. Mañana no habría excusas de ninguna clase.

Mañana...

Un ruido molesto y continuo despertó a Lucía y abrió los párpados. Provenía de la alarma de un reloj que estaba encima de la mesa auxiliar delante del sofá. Entornó los ojos debido a la intensa claridad, pues la luz de una espléndida mañana entraba a raudales por la ventana, que las cortinas no podían amortiguar, pues estaban descorridas. Vio a Iván alzarse y desperezarse del sofá. ¿Había dormido en él? De pronto, el pánico le llegó al estómago. Recordó lo acaecido el día anterior. La comisaría. Iván. Su padre. La bofetada. Lo recordó todo. Se acordaba de haberse metido en la cama y desear despertarse al día siguiente y darse cuenta de que todo había sido una pesadilla. No obstante todo era muy real. Cerró los ojos y simuló estar dormida, ya que no quería hablar con él. Ni tampoco que la viera con el ligero camisón que Marta había sacado de una de las bolsas traídas por un mensajero.

Oyó pasos, estos se dirigían hacia ella. Notó unos dedos que le apartaban el cabello de la frente. Notó el contacto de unos labios cálidos pegados a su mejilla. Notó un beso que ella sintió tierno y ligero. Y le agradó. No supo de dónde sacó el valor, pero continuó con su farsa de estar dormida. Cuando distinguió los pasos de Iván alejarse y desaparecer en el baño, dejó que el aire que retenía sin darse cuenta saliera en un suspiro por su boca. El ruido de una puerta al cerrarse y el sonido del agua de la ducha le confirmó que el peligro, de momento, había desaparecido.

No sabía qué hacer, pero de ningún modo podía quedarse todo el día en la cama, y menos fingirse dormida. Se levantó de un salto, cosa que provocó que la cabeza le diera vueltas y la mejilla golpeada le palpitara. Se sentó en el borde de la cama y esperó a que se le pasara. Se alzó con mucha lentitud, dispuesta a enfrentarse a un nuevo día. Fue hacia la ventana, ya que quería ver el exterior; se alegró de ver unos pájaros posados en unos de los árboles del jardín, saltaban de aquí para allá, cantando y anunciando con sus melodías que el día sería espléndido y primaveral. Desde el lugar donde estaba ella también observó el mar. En el horizonte se fundían el azul del agua con el celeste luminoso del cielo, no existía ni principio ni fin, y tenía la sensación de estar contemplando el infinito. El sol ya había salido de su letargo nocturno y reflejaba sus rayos en las plácidas aguas emitiendo destellos plateados intermitentes.

¿Qué vistas tendría su hermano? Seguro que no serían tan hermosas como las de ella y se odió a sí misma. No era justo que disfrutara de un paisaje tan maravilloso, pues Abel tendría que conformarse con los recuerdos aglutinados en su memoria para

poder disfrutar de una porción de liberación irreal. ¿Estará desayunando?, ¿tendrá ya algún amigo que le hiciera el encierro más soportable? Miles de preguntas buceaban en su mente. Lo primero que le pediría a Iván sería que la llevara a visitar a su hermano y así encontrar las respuestas a sus preguntas.

La puerta del baño se abrió y Lucía contuvo el aliento. El aroma a jabón, que escapaba por la puerta del baño, junto con el vapor del agua de la ducha, le llegó a la nariz. Era una delicada mezcla a naranja, pomelo y mandarina, un aroma delicioso y tonificante que despertaba todos los sentidos de su cuerpo. Pero alejó tales sensaciones, porque debía enfrentar el nuevo día junto a Iván, de modo que se dio la vuelta y... estaba desnudo.

Iván cruzó la habitación hasta la mesa de delante del sofá, se agachó para coger el reloj y colocárselo. No reparó en que Lucía se había levantado hasta que sintió una mirada penetrante en la espalda. Se dio la vuelta para toparse con la mirada escrutadora de la mujer. Esta miraba embobada el cabello negro mojado y alborotado del hombre que le daba un aire salvaje. Aún goteaba y el exceso de agua provocaba reflejos azulones. Fue bajando la vista hasta su torso desnudo, un torso ancho, muy musculoso y salpicado por un poco de vello negro rizado en el centro. El vello seguía una línea recta por el abdomen y se volvía a ensanchar cuando llegaba a la altura del pubis. Debajo de esa mata rizada y negra descansaba su... su....

Lucía tragó saliva. No quería mirar, pero sus ojos no obedecían. Siguieron fijos examinando con la boca abierta cómo el miembro del hombre, atenazado por la mirada examinadora de ella, crecía, cada vez más, hasta que quedó inhiesto. Se alzaba salvaje... y deseoso. Todo su cuerpo refulgía un aspecto poderoso y tremendamente viril.

Iván sonrió, nada avergonzado por cómo su cuerpo reaccionaba.

—¿Ves cómo me pones con solo mirarme? —confirmó él, con voz trémula de excitación.

Ella no contestó, estaba aturdida. Además, la mirada hambrienta del hombre no ayudaba a sosegarla. Y por si no hubiera bastante, una brillante gota cayó de su cabello al pecho desnudo, bajaba y bajaba hasta que desapareció de entre el vello de la ingle.

Esto era demasiado.

Iván se acercó a ella, Lucía quería gritarle ¡no, no, no!, pero la negación quedó

atascada en la garganta. Él cogió su muñeca y jaló de ella hasta que puso la mano encima del pene. Un gemido ronco salió de entre los labios del hombre.

—Tócame, te lo ruego, tócame... —suplicaba Iván.

Ella, incapaz de reaccionar a la demanda, quedó con la mano quieta, sin saber qué hacer, con la mente en blanco. Él la apremió a que cerrara los dedos hasta que el miembro quedó apresado en su pequeña mano. La mujer notaba una carne dura, de textura suave, y la tibieza que desprendía la sorprendió. Pensó cuán diferente es el cuerpo de un hombre y el de una mujer, tan diferentes, pero compatibles, incapaz de coexistir el uno sin el otro.

—Cariño, no te asustes —susurró al oído de ella—. No muerde. —Iván tenía su mano puesta encima de la de Lucía y la apremió a que iniciara un movimiento lento de arriba abajo—. ¿Ves?, es fácil.

La mujer sonrió por el comentario. Era la primera vez que él la veía sonreír y contuvo la respiración, sorprendido por el hermoso rostro.

—Es solo una parte de mi cuerpo, cariño. Una parte que no te provocará dolor, pero sí mucho, muchísimo placer. —Ella quiso retirar la mano, pero él no la dejó—. No, no la retires, siente el poder que tienes sobre mí.

La ayudó a mover la mano, tomando ritmo. De arriba abajo, de abajo arriba. Primero lento, lento, muy lento. Luego un poco rápido, más rápido. Lucía estaba anonadada, sentía las palpitations de su corazón desbocadas y le pareció oír las de él. Descubrió que el rostro de Iván se tensaba, como si algún dolor lo aquejara. Quiso retirar la mano, pero el hombre insistía con la suya para que no la apartara.

—¡Te hago daño!

—¡Oh, Lucía! No es dolor, es placer lo que ves. Es un placer magnífico. ¡No, no pares!

La mujer no podía creer lo que estaba sucediendo. Iván gemía y respiraba bocanadas entrecortadas. De pronto ella se sintió valiente por provocar tal deseo a un hombre como él, y los instintos dormidos de su cuerpo empezaron a brotar. Le dolían los pechos, sentía un ligero hormigueo en el vientre, ya que deseaba algo que ella no entendía. Se volvió audaz y su mano aumentó el ritmo. Iván ya había retirado la suya y ella ni siquiera se había dado cuenta. Mantenía un ritmo, continuo, deliciosamente excitante. Un malestar placentero recorría el cuerpo de la mujer, que cada vez le exigía más. ¿Era esta la sensación dolorosa que atrae a hombres y a mujeres? ¿Era

este el placer del que se habla cuando una pareja se casa y yacen juntos?

Por su parte, a Iván le hervía la sangre, pues quería saborearla y tocarla como un loco. Con mucha lentitud, para no asustarla, posó las manos sobre pechos. Los acarició por encima de la seda, notó cómo los pezones se endurecían y una viril satisfacción se esbozó en su cara. Lucía tenía los ojos cerrados, anestesiada por el contacto de esas manos. El hombre, azuzado por los jadeos de ella, siguió acariciándolos y pasó las yemas de los dedos por los pezones. Entonces, los jadeos se incrementaron al igual que la respiración de la mujer.

El deseo de la mujer florecía en su interior y lo dejó fluir, porque no podía hacer otra cosa, estaba como perdida en un mundo que recién descubría y que le gustaba. Él recorría su cuerpo como plumas que acariciaban hasta las mismísimas entrañas. Cada poro, cada fibra de su ser, navegaba en un mar lleno de sensaciones y gritaban para que el gozo llegara. Lucía, empujada por la necesidad de satisfacer ese deseo, aumentó el ritmo de la mano. Deprisa, más deprisa, e Iván estaba a un paso de la explosión. Una fina capa de sudor le perlaba la frente y percibió cómo una gota de líquido seminal cubría la punta de su miembro, preludio de lo que estaba a punto de suceder.

—Esto va acabar antes de empezar —se oyó decir.

Lucía no se enteró de lo que dijo. Estaba sumida en la vorágine del deseo. Iván cogió su muñeca para que cesara el movimiento.

—Cariño, no puedo más, no aguanto más. Me estas matando.

Agarró los tirantes del camisón y se lo deslizó cuerpo abajo, de modo que se quedó desnuda y solo con unas braguitas puestas ante él. Ivan anhelaba probar sus pechos y la unión de sus muslos si no quería volverse loco, pues hacía demasiado tiempo que soñaba con aquel momento y no podía parar. Las manos del hombre fueron hacia la única prenda que cubría la intimidad de la mujer y con un rápido tirón la arrancó; la tela resonó al rasgarse.

No perdió ni un segundo y las manos hambrientas del hombre acariciaron sus nalgas desnudas. Inmediatamente después, alcanzaron el vientre y no se detuvo hasta que llegó al lugar que ansiaba tocar. Descubrió la zona húmeda y dispuesta, y la acarició con suavidad y con manos expertas. Ella gimoteó agarrando los brazos del hombre con fuerza y clavándole las uñas, mientras sus dedos resbalaban por la zona, acentuando la caricia en ese punto diminuto y carnoso productor de placer. Con cada

movimiento el lugar se humedecía más y arrancaba jadeos profundos a Lucía, unos gemidos que Iván recibía con euforia masculina de deleite y de posesión por ser el primero.

El hombre introdujo un dedo, entonces Lucía abrió los ojos de golpe, espantada por la intimidad. Vio cómo se llevaba el dedo embadurnado de humedad a la cara, lo olió y lo lamió con la lengua.

—Este seductor aroma y este delicioso sabor me perseguirá hasta el fin de mis días —anunció el hombre, con voz suave y llena de lujuria.

Lucía, un poco más y se funde igual que un helado al sol por la vergüenza que la embargó. Iván, sin añadir nada más, la cogió en brazos y la depositó en el lecho. Él se quedó de pie, la contempló y la devoró con la mirada como si nunca hubiera visto una mujer desnuda. Quería grabar cada centímetro en su mente, lo que él había imaginado y había deseado estaba delante en carne y hueso, esta vez no se trataba de un sueño. Y era mucho mejor. Sabía que a partir de ahora hasta despierto soñaría con ella, pues su cuerpo era demasiado... era la reencarnación de Afrodita. Pechos perfectos y coronados por unos succulentos pezones que pedían a gritos ser lamidos. Cintura estrecha, redondeadas caderas, piernas largas y esbeltas...

La mirada del hombre se volvió salvaje al contemplar el triángulo de entre sus muslos. Lucía, consciente de dónde miraba, cerró las piernas todo lo que pudo y su cuerpo enrojeció. Intentó taparse con torpeza la zona con las palmas de las manos; sin embargo, Iván se lo impidió, pues este se puso encima de ella, la agarró de las muñecas y evitó que se cubriera. Le mantuvo las manos apresadas sobre la cabeza de ella, e intentó separarle los muslos con una rodilla, pero Lucía las tenía pegadas con fuerza. Presionó un poco más hasta que al fin se separaron. Se metió entre las piernas de la mujer y a ella se le desencajó el rostro de pánico. La sensación tan agradable de momentos antes iba desapareciendo como un trozo de chocolate en los labios.

Ella estaba tomando conciencia de lo que estaba pasando, pues la borrachera de placer iba desapareciendo de su sangre. Él la había tocado. Ella lo había tocado. Estaba desnuda. Los cuerpos calientes de ambos pegados. Tenía las piernas abiertas. Todas las normas de su comunidad rotas en cuestión de segundos. Sin duda alguna su alma ardería en las brasas del infierno para toda la eternidad. No habría perdón por lo que iba a suceder sin estar casada.

Pero a fin de cuentas, ¿no estaba con ese hombre por lo que estaba a punto de pasar?

¿No es lo que él quería a cambio de su hermano? Se suponía que odiaba a ese hombre, lo detestaba hasta la saciedad. Con amargura, recordó a su hermano y lo imaginó desvalido en la prisión. Bien valía la pena sacrificar su virtud por la libertad del hermano que tanto amaba y por el que daría la vida. Prorrumpió en sollozos acongojados, cuanto antes terminara Iván mucho mejor. Giró el rostro para no verle la cara y se resignó. Era inevitable, y esperó el embate de él.

Pero no llegó.

—¡Acaba de una vez! —gritó una vez pudo calmar un momento el llanto—. ¡No lo soporto!

Iván sacudió la cabeza y procesó las palabras, era como si le hubieran tirado un cubo de agua fría.

—¿Qué demonios pasa? —gritó él, no entendía la actitud de Lucía—. ¡Mírame! —exigió él, pero ella no le hizo caso y aquello lo enervó, de modo que hundió sus dedos en la mejilla femenina y la obligó a mirarlo—. ¿Se puede saber a qué juegas?

Iván se calmó un poco al ver los labios temblorosos y las lágrimas circular por sus mejillas encendidas de vergüenza. Salió de encima de ella maldiciendo en voz baja.

—Tan solo unos minutos antes te deshacías en mis dedos y jadeabas por el placer que yo te daba. Tengo la suficiente experiencia para saber que no fingías. —Se levantó de la cama y Lucía comprobó que seguía erecto. El deseo insatisfecho se reflejaba en cada línea de su rostro—. Espero que tu actitud no sea un acto de venganza, cariño, porque si descubro que tu intención es provocarme para dejarme así de duro —se llevó la mano a su pene—, te follaré sin contemplaciones.

Y se metió en el baño, su deseo por ella era tan grande que le dolía. El cuerpo le temblaba y el corazón le palpitaba muy apresurado. Miró su miembro. Le dolía. Todo su ser pedía alivio. No podía dejarlo en el abismo del placer insatisfecho y acabó con sus manos rápidamente, eyaculando con furia. Entonces su cuerpo volvió a la normalidad, aunque sabía que sería por poco tiempo, hasta que la viera y las redes del deseo lo volvieran atrapar. Salió del baño con una toalla blanca que le rodeaba la cintura. Después de la experiencia no tenía deseos de que su cuerpo lo traicionara de nuevo y ella lo viera. No la miró y se apresuró a entrar al vestidor.

Los golpes de los cajones al ser cerrados con violencia, los insultos contra los objetos con los que Iván se tropezaba en el camino, advirtieron a Lucía del mal humor que lo atenazaba. Ella se envolvió en las sábanas color perla, puso unos cojines a su

espalda y se recostó en el cabecero. Su cerebro estaba buscando una explicación razonable a lo sucedido, pero no encontró ninguna. Todo eran dudas y reproches por su comportamiento. Además, no podía quitarse de la cabeza lo que le había agradado que él la tocara con tanta intimidad. Por mucho que ordenara a su mente que sintiera repugnancia, no lo conseguía, al contrario, le gustaba y eso hacía que odiara más a Iván. Había accedido a entregarle su cuerpo y jamás le entregaría nada más.

Ella seguía en la cama cuando Iván salió del vestidor. Llevaba puestos unos tejanos claros y un *sweater* sencillo de color marrón oscuro. Se limitó a observarlo, pues no se atrevía a abrir la boca. Él se acercó a ella y la miró con rabia; Lucía tuvo la sensación de que la atravesaba con millones de dagas, por lo que se asustó. Envuelta en la sábana, intentó salir de la cama igual que haría cualquier persona preocupada por su seguridad. Sin embargo, el hombre reaccionó igual de rápido que un tigre salvaje, la atrapó y la agarró dolorosamente de los hombros.

—Te quiero vestida en cinco minutos —ordenó con una brusquedad un tanto excesiva—. Te espero en el comedor para desayunar juntos. Y que sean cinco minutos si no quieres que venga y te lleve desnuda abajo.

Pasaron cinco minutos. Diez. Quince...

Iván escupía fuego. Salió del comedor con intención de traerla a rastras estuviera como estuviera. En el momento que subía los escalones, Lucía empezaba a bajarlos. El hombre se detuvo y la contempló, llevaba un vestido color gris claro con un estampado floral sencillo en negro. Era de manga larga y tejido de punto y se pegaba a unos redondeados pechos un poco descubiertos a causa del escote en pico. La prenda se ampliaba por debajo del busto, cayendo suelto hasta la mitad de los muslos. Unos zapatos de piel negros de tacón mediano complementaba el atuendo. Llevaba el pelo recogido de manera desenfadada en lo alto de la cabeza. A Iván le gustó, y mucho, no entendía cómo una mujer ataviada de manera sencilla resultaba tan espectacular. El deseo vibró en el cuerpo del hombre, como un recordatorio perpetuo de lo que le sucedía siempre en presencia de ella. Intentó ignorarlo, pero sin suerte. Aunque verla vestida así de bonita disolvió parte de su enfado.

Se fijó en que ningún colgante pendía del cuello, ni pendientes adornaban los lóbulos, ni anillos en los pequeños dedos, y tampoco pulseras engalanaban las muñecas. Sin mencionar que su cara estaba sin maquillaje, y no por ello dejaba de ser una mujer hermosa de rostro inocente y de una frescura revitalizadora. Al hombre le

constaba que su secretaria compró todo lo necesario para ella. Supuso que dada sus creencias religiosas había preferido prescindir de ello, o tal vez fuera que no era de su agrado. Para salir de dudas, le preguntaría.

—Lo siento —se disculpó la mujer, todavía asustada y vulnerable. Se sentía demasiado expuesta con la ropa que llevaba. Le daba la impresión de estar desnuda y de ahí su tardanza—. Yo no sé dónde están las cosas y, y, yo... todo es nuevo...

—Ha valido la pena la espera —le aseguró devorándola con los ojos—. ¿No te gustan los pendientes y colgantes que te trajeron ayer? —le preguntó el hombre, un escalón más abajo que ella—. Podemos ir de compras a por otros complementos más de tu estilo.

—No, no hace falta —pronunció ella, apartando los ojos, consciente del deseo que se reflejaba en las pupilas masculinas. No se atrevía a mirarlo de frente de lo avergonzada que se sentía.

—Entonces, ¿por qué no te los pones? —insistió.

—Nuestra comunidad prohíbe cualquier tipo de adorno con la intención de resaltar la belleza humana. —Se atrevió a mirarlo a la cara. Tuvo que concentrarse en hablar, ya que las caricias seguían muy adheridas a su cuerpo y no le era fácil olvidarlas—. Los Hijos de la Luz promueven la austeridad en todos los sentidos.

Iván comprendió que el corazón de Lucía seguía siendo propiedad de la comunidad Los Hijos de la Luz y se prometió cambiarlo. También se dio cuenta del nerviosismo de ella, incluso parecía tenerle miedo. Si tenía que ser sincero consigo mismo no había sido justo. Había estado tan cerca de poseerla que había perdido la noción de la realidad junto con el sentido común. Tan solo un movimiento hacia delante y hubiera entrado en su cuerpo, así de fácil. Había perdido la cabeza cuando la mujer había tensado toda la musculatura y le había bramado que acabara pronto mientras lloraba. Ciertamente, no soportaba su rechazo y le dolía más de lo que estaba dispuesto admitir. La quería caliente, deseosa, y no como una muñeca hinchable dispuesta a aguantar que él la penetrara sin más. Tendría que hablar con ella y explicarle qué ansiaba. Pretendía que se entregara a él sin reservas y sin miedos, y se lo haría saber. Empezaba a entender que con Lucía debía proceder de otra manera, con ella de nada servía su experiencia sexual con otras féminas.

Entraron en un comedor habilitado para desayunar que conectaba con la cocina por una enorme puerta corredera. Era una estancia amplia con una mesa redonda en el

centro rodeada de sus respectivas sillas. Una gran ventana en unas de las paredes provocaba que entrara la luz sin restricciones. En la pared perpendicular en la que se encontraba la ventana, había un aparador donde disponían bandejas con croissants, magdalenas, torradas, fruta fresca, zumo de naranja y embutido de toda clase. A Lucía le llegó el olor característico del café, que humeaba en una cafetera cerca de los manjares.

—¿Qué te apetece, cariño? —preguntó el hombre, sin ningún resto de irritación.

—Un café con un poco de leche. No me apetece nada más.

Sin embargo, Iván no tardó más que un puñado de segundos y le llenó un plato con un poco de todo y un café con leche. Lucía pensó por qué narices le preguntaba si no le hacía caso. Se abstuvo de hacer ningún comentario punzante, e ignoró a su mente, que la apremiaba para que le dijera una de las tantas frases despectivas que le sobrevinieron en un segundo. Él se sirvió otro café con leche y un par de magdalenas y se sentó a su lado.

Lucía se quedó mirando el plato de comida. Alzó la vista para posarla en la de Iván, que la observaba con sus azules y penetrantes ojos mientras bebía de su taza. La mujer suspiró resignada. Si él no bendecía los alimentos que iban a consumir entonces lo haría ella. Juntó las palmas de las manos por encima la mesa y se dispuso a rezar, agradeció a Dios los alimentos que llenaban la mesa. Iván, nada acostumbrado a estas actitudes religiosas, se atragantó con el café con leche y tuvo que expulsarlo, empezó a toser mientras cogía la servilleta y limpiaba el desastre.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —preguntó Iván, aún tosiendo.

—Mostrar educación y agradecer a Dios que haya puesto comida en la mesa —contestó ella, tajante y ofendida.

—Pues deja de mostrar ese tipo de educación —pronunció, dejando de mala manera la servilleta en la mesa—. Te aseguro que no es Dios quien pone comida en la mesa. Ya no vives en Valleverde, Lucía, deja de pensar y vivir como un integrante de Los Hijos de la Luz.

A la mujer le dolió la manera indiferente con la que se refería a su pueblo, a sus costumbres y a su gente. Bien sabía que no formaba parte de la comunidad, pero su corazón seguía con ellos. Se dispuso a levantarse de la mesa, pues se negaba a seguir a su lado. La tentación de arrancarle los ojos era demasiado fuerte como para obviarla. Sin embargo, Iván la cogió del brazo impidiendo que se levantara.

—Lo siento, Lucía —se disculpó el hombre cuando se dio cuenta de que su enfado no estaba nada justificado—. No estoy acostumbrado a estas cosas. Nunca he sido religioso y sus costumbres me tienen sin cuidado. Ten un poco de paciencia conmigo en este aspecto, y yo te prometo que intentaré entender.

La chica asintió con la cabeza; de nada serviría enfadarse cuando había tantas cosas que los separaban y ninguna en común. Miró la comida y, de pronto, el hambre se esfumó, echaba de menos a su gente y a todo lo que había sido hasta el momento; y el hombre que tenía al lado se lo había arrebatado todo. Apartó el plato, incapaz de pegar un bocado.

—No te levantarás de esta mesa hasta que te lo comas todo —ordenó Iván, acercando otra vez el plato—. Ayer no comiste en todo el día y después del disgusto que mi padre te dio, te dormiste sin cenar. Me lo contó Marta.

Ella se sobresaltó al recordarlo. Instintivamente se llevó la mano a la cara. Iván le miró la mejilla.

—La marca de la bofetada aún te durará un par de días. —Se inclinó un poco más, hasta que los labios masculinos tocaron su mejilla y la besó con mucha ternura—. Lo siento, mi padre no tenía derecho. No volverá a ocurrir, de hecho me he encargado del asunto y tiene prohibido entrar en esta casa mientras tú vivas en ella.

Lucía levantó la barbilla y lo miró a los ojos, entonces vio una pequeña luz de esperanza.

—No quiero ser motivo de peleas entre padre e hijo. —Dio un sorbo a su café con leche antes de añadir—: Hay que respetar y honrar a los mayores, al menos eso es lo que me enseñaron de niña. Si me dejas marchar y sacas a mi hermano de la cárcel todo sería más fácil. La relación entre tú y tu padre volvería a la normalidad, es así como debe ser.

—No. —El hombre mordió su magdalena. Una vez hubo masticado y tragado añadió—: Nunca.

La pequeña luz de esperanza que había creído percibir la mujer, se apagó engullida por la oscuridad más absoluta.

Se hizo un tenso silencio, Iván suspiró y dijo:

—Hasta que no esté satisfecho no te dejaré ir y lo que ha pasado esta mañana entre nosotros está lejos, muy lejos de satisfacerme.

Lucía empezó a temblar y le resbaló la cuchara, el ruido del metal al chocar con el

plato de fina porcelana blanca bordeado con un fino hilo de oro, le hizo dar un respingo. Estaba atrapada. Sin salida. Tenía que asumirlo. ¡Ojalá Iván pronto se cansara de ella!

El empresario pareció leerle el pensamiento.

—Necesitaré mucho tiempo antes de dejarte marchar y...

Por suerte, Marta entró como un huracán en el comedor, dejando en suspenso las palabras no dichas por el hombre.

—¡Buenos días a los dos!

Se acercó a Iván para besarle en la mejilla e hizo lo mismo con Lucía. Esa muestra de afecto sorprendió y agradó a la muchacha. Su difunta madre siempre actuaba de igual manera y recordó el carácter afectuoso de Marta del día anterior. Al menos no todas las personas actuaban como Ivan y su padre. En la ciudad también vivían buenas personas.

—¡Ay, mi niña! —exclamó mientras inspeccionaba la mejilla—. ¿Te duele?

—No, no me duele. La bolsa de hielo me vino muy bien, no lo tengo inflado y además apenas se me nota gracias a ti.

—Marta, mi padre no pondrá un pie en esta casa mientras ella viva aquí —le informó Iván—. Tienes mi permiso para avisar a los de seguridad en el caso que se presentara y yo no esté.

—Conozco a tu padre. Debe echar fuego por la boca, me parece que el remedio será peor que la enfermedad.

—No permitiré que vuelva a suceder.

—Bueno, tú sabrás lo qué haces. —La anciana entornó los ojos, arqueando las cejas en señal de desaprobación. La cosa no pintaba bien—. Por cierto, es tarde ¿no tendrías que estar en la oficina?

—Me he tomado el día libre. —Miró a Lucía—. Quiero enseñarle todos los rincones de Barcelona, además también quiero que vea el jardín de la casa. Los cerezos se encuentran en floración. Ya verás que te gustarán, Lucía, son espectaculares, los dos limoneros están cargados de limones y desprenden un fabuloso aroma.

—Entonces me voy —dijo Marta—, tengo trabajo y tres son multitud.

Lucía se horrorizó solo de pensar en pasar el día con el todopoderoso empresario, se la atascó el trozo de croissant y estuvo a un paso de escupirlo de igual manera que

Iván con el café con leche. Sin embargo, logró tragárselo con mucho esfuerzo. No quería estar cerca de ese hombre, por muchos motivos, y uno de ellos lo había experimentado al levantarse. Aún estaba muy vívidos los recuerdos de la mañana y le apetecía estar sola, poderse acostumbrar y mentalizarse, sobretodo mentalizarse. No dudó en invitar a Marta.

—Me gustaría que nos acompañaras, Marta —se apresuró a decir, antes de que saliera del comedor.

Iván la miraba con una ceja alzada, ella era transparente como el cristal y casi le leía los pensamientos.

—¿Te doy miedo, cariño? —preguntó él con tono sarcástico y sabiendo que estaba dando en el clavo.

«Pánico me das», quiso contestarle.

Marta notó la palidez de ella.

—Muchacha, yo conozco la ciudad como la palma de mi mano —declaró la anciana—. Además tengo que inspeccionar varias cosas en la cocina. Ya verás que te gustará la ciudad. Tú tranquila, que Iván tiene mal carácter, pero luego es como un dócil gatito, te darás cuenta con el tiempo.

Lucía se la quedó mirando al borde de un ataque de risa. «¡Un dócil gatito!», pensó un tanto estupefacta. Pero lo entendía, pues Marta lo amaba y no veía que él era un león y no un gatito.

La joven asintió con la cabeza y sonrió, poco pero sonrió. La anciana, sin embargo, no dudó en lanzarle una mirada a Iván, de esas a las que él estaba acostumbrado, diciéndole que si se portaba mal se las vería con ella.

—¡Me portaré bien! —señaló el hombre, con las palmas de las manos alzadas en gesto de rendición—. ¡Lo juro!

Las risas de Marta fueron desapareciendo a medida que la mujer se alejaba. Iván y Lucía terminaron de desayunar. Como había prometido, el hombre le enseñó cada rincón del jardín. Era evidente que se sentía orgulloso de su gran casa, la opulencia en la cual nadaba lo hacía sentirse como pez en el agua. No obstante, a ella no le impresionaba, tantas comodidades, tantos lujos y para qué. No había una explicación, solo la explicación de la lucha de Iván por ser el mejor en todo y conseguir lo que quería a cualquier precio. Por mucho que intentó disimular su desagrado no lo consiguió, ya que a la mirada de lince de Iván no le pasaba nada inadvertida. Se

preguntó si ese hombre tenía el poder de leer la mente, pero desechó la idea por absurda.

Estaban en la piscina exterior, apoyados en la barandilla, observando las espectaculares vistas.

—No te gusta nada de lo que te he enseñado, ¿verdad? —preguntó el hombre, visiblemente afectado.

—No. —Lo miró a los ojos. Con la mano, se apartó un mechón del cabello que el viento depositaba en sus ojos y le tapaban la visión—. Añoro la sencillez de mi hogar. Este lugar no es el mío.

—¡Vaya! —exclamó con pesar—. ¿Me tengo qué sentir insultado?

—Piensa lo que quieras. —Se encogió de hombros—. Me da lo mismo.

—Creo que nada de lo que te enseñe te gustará, me da la impresión de que buscas pelea, ¿me equivoco?

—¡No busco pelea! —Se agarró tan fuerte a la barandilla que los nudillos le quedaron blancos—. Intento acostumbrarme a una situación que me desagrada. Jamás olvidaré en lo que me estás convirtiendo y en las personas que me he visto obligada a dejar atrás por tu culpa.

Se soltó de la barandilla para marcharse, qué día tan horrorosamente largo tendría. Pero Iván la agarró por la cintura y la atrajo a su cuerpo. Lucía se debatía, impotente; como siempre, él salió victorioso de una batalla desigual. No era comparable la fuerza masculina de la femenina. Le alzó la barbilla con el dedo para que ella pudiera verle el rostro.

El muy... el muy... se estaba riendo.

—Tienes el rostro de una virgen —ella se ruborizó— y la mirada de un ángel. Pero admito que cuando sacas a esa fierecilla que habita dentro de ti me muero por domarla. —La apretó un poco más a su cuerpo. Estaban tan pegados que ni un simple cabello pasaría entre ellos. Ella sintió en su vientre la dura erección y abrió los ojos de par en par—. Sí, cariño, estoy así de duro desde que te vi por primera vez. Si fueras hombre sabrías el dolor que produce estar todo el día con una erección de mil demonios y solo poderla aliviar con duchas frías... o con la mano.

—Estoy aquí, ¿no?, donde tú querías. Tienes mi cuerpo para hacer lo que quieras.

—Sí, estas aquí. —Le acarició con el dedo el puente de la nariz—. Pero no te quiero tendida en la cama esperando a que acabe rápido. Te quiero caliente, cariño,

quiero excitarme con tu pasión, absorber con mi boca tus gemidos y beber la humedad de entre tus piernas. Como te he dicho, lo quiero todo y no aceptaré menos.

—Vas a tener que esperar mucho.

—No creo. Cuando vayas descubriendo todo el placer que escondes, tú misma me suplicarás.

—Solo soy un capricho, un desafío, deseas una cosa que se te niega, cuando la consigas perderás el interés.

—Puede ser. Eso ya se verá.

Iván contemplaba fascinado los ojos color miel de la mujer. Brillaban como diamantes y sintió unos remordimientos recorrerle las entrañas. Ella merecía ser tratada con delicadeza y con pericia, o si no corría el riesgo de alejarla de su lado. Tomó una decisión que con el tiempo seguro recogería los frutos.

—Voy a darte tiempo, cariño, a que te acostumbres a tu nueva vida y aceptes mi presencia. —Aún la tenía abrazada y no dejaba de mirarla en ningún momento—. No te presionaré a compartir cama conmigo. Vivir en una comunidad religiosa ha reprimido esa parte atrevida que tienes, de la que no eres consciente todavía. Me trasladaré a dormir a otra habitación y pienso seducirte lentamente hasta que descubras tu cuerpo, y como te he dicho acabarás por suplicarme.

Ella bajó el rostro, pensó en lo sucedido por la mañana, en cómo le habían gustado las caricias y, sobre todo, el despertar de su cuerpo a unas agradables sensaciones. Su mente no quería anhelar ningún contacto con él, pero una parte de ella se rebelaba exigiéndole libertad para sentir, para experimentar. En aquellos momentos la fragancia varonil y esas manos que la sujetaban ya despertaban un hormigueo agradable en todo su ser. Aspiró el perturbador aroma masculino al tiempo que recordaba los dedos en su zona más íntima, y deseó que volviera a suceder. Si había más placer por experimentar, ella quería descubrirlo. Fue entonces cuando Iván dejó de abrazarla y se sintió vacía. Por suerte fue solo un momento, después la realidad volvió arraigar en sus ya confusos pensamientos. Lo odiaba. Él había destruido su hogar y lo poco que quedaba de su familia. Eso no debía olvidarlo nunca.

—La excursión a la ciudad tendremos que dejarla para otro día. Creo que habrá tormenta —manifestó el hombre, abarcando el cielo con la mirada.

Aunque el día había amanecido cálido y húmedo, unas gruesas nubes con formas de algodones gigantes surcaban el cielo de punta a punta. Los nubarrones, poco a poco,

habían pasado de blanco a gris claro, era evidente que una fuerte tempestad se estaba generando. Los árboles se sacudían cada vez con un poco más de fuerza. En el horizonte se percibía la espuma de las aguas marítimas revueltas por el viento, pues presagiaban el cambio de tiempo y se removían sin parar. Las aguas adquirieron tonos azulones mezclados con los esmeraldas del fondo del mar. Daba la impresión de que las profundidades quisieran emerger y salir a la superficie para revelar los secretos guardados durante generaciones.

—Es precioso ver tantos colores luchando por permanecer en la superficie — susurró ella, llena de asombro por la belleza que se desplegaba delante de sus ojos.

Iván la miraba embobado con una satisfacción arrogante en el corazón, porque, precisamente, esa era la mirada que deseaba ver cuando le regalara la gema Taaffeite. Ansiaba encontrar el momento idóneo para entregársela. Solo de imaginar que esa misma expresión se reflejaría en su bonita cara por un obsequio de él, suspiraba de emoción.

Iván se sintió eufórico para el resto del día.

## CAPÍTULO 5

Abel estaba agazapado en el suelo de la celda de castigo. No sabía cuánto tiempo había pasado, pues a él le parecía que ya habían transcurrido siglos enteros. ¿Se habrían olvidado de él? De pronto oyó el sonido de un cerrojo y el corazón le dio un vuelco. Se levantó de golpe mientras la puerta se abría con un estruendo que le sacudió los oídos adormecidos. Una ráfaga de aire lo reanimó y le dio la bienvenida, tuvo que taparse los ojos con el brazo, ya que la luz del otro lado de la puerta lo cegaba. Notó cómo lo cogían de un brazo y lo arrojaban al exterior. Cayó al suelo al instante, pues llevaba tantas horas en la misma postura y sin poder ejercitar los músculos que no había podido mantener el equilibrio. Oyó risitas y comentarios despectivos por parte de los dos guardias, pero él los ignoró.

Una vez sus ojos se acostumbraron a la luz, intentó levantarse. Se zarandeaba de un lado a otro, como si estuviera bajo la influencia del alcohol. Los guardias seguían con sus comentarios maliciosos y cesaron una vez el muchacho logró mantenerse en pie. Aun así, lo esposaron sin ningún miramiento a pesar de sus músculos entumecidos.

—¡Apesta a cloaca, muchacho! —dijo uno de los guardias.

—Necesita un baño, Nick —argumentó el otro, con una sonrisa peligrosa en los labios.

—¿Qué te parece si lo ayudamos?

Los dos estallaron en carcajadas y Abel dedujo que nada bueno le estaban preparando. No se equivocó. Acababa de salir del infierno para caer en las brasas.

Lo llevaron a empujones por los pasillos hasta que llegaron a la zona de las duchas. Era la hora de la cena y todos los presos estaban en el comedor, excepto Abel y esos corrompidos guardias. El lugar estaba desierto y una hilera de duchas se extendía en fila a lo largo de la pared. Le quitaron las esposas y le ordenaron desvestirse, y mientras uno lo apuntaba con la pistola mientras se desnudaba, el otro se fue. No tardó en aparecer con una manguera en las manos.

El adolescente estaba indefenso. No podía defenderse sin arriesgarse a que le metieran una bala en la cabeza; ese par parecía no necesitar muchas excusas para hacerlo, por lo que tuvo que desnudarse. Inmediatamente después, los funcionarios

abrieron la llave de la manguera. La dirigieron en su dirección, y nada más recibió la fuerte embestida del chorro saliendo a presión, cayó al suelo. Era imposible mantener el equilibrio, se levantaba para volver a caer. Los guardias no paraban de atormentarlo y se reían como si fuera lo más gracioso del mundo.

Abel pensaba que moriría. El agua le entraba en la boca y no podía respirar. Estaba a punto de desmayarse por falta de aire cuando, de golpe, el agua dejó de torturarlo. Uno de los guardias lo agarró, lo alzó y le estampó de cara a la pared mientras volvían a esposarle.

—Ahora hueles a mariquita, muchachito.

—¿Qué te parece si lo estrenamos antes que lo hagan los demás presos?

Abel entendió de inmediato lo que se proponían. Prefería un balazo en la cabeza antes de lo que esos desgraciados querían hacerle. Se revolvió como un animal desesperado una y otra vez. Pero no sirvió de nada. Uno de ellos sacó la porra y lo pegó en las costillas y en el rostro. Dolorido, humillado y sin fuerzas para nada más, se resignó.

—Bien, muchachito, así me gusta, dócil como un corderito. ¿Quién va a ser el primero?

—Esta vez me toca a mí, a ti ya te tocó con el otro de la semana pasada.

Abel oyó cómo se desabrochaba la cremallera de los pantalones. Las risas continuaban y la cabeza le dolía una barbaridad. Sentía el gusto metálico de la sangre en la boca y rezó para que se produjera un milagro.

—¡Dejad al muchacho ahora mismo!

Los guardias se giraron al unísono. Cuando vieron al hombre, sus rostros se ofuscaron de miedo.

—¡Quitadle las esposas!

Obedecieron de inmediato, sin réplicas ni amenazas. Abel se giró para ver quién era su salvador y era el mismo que lo ayudó en la pelea el día anterior.

—¡Como me entere de que volvéis a molestarlo mandaré a mis colegas a que os corten los huevos!, ¿ha quedado claro?

Asintieron con la cabeza, con la certeza de que cumpliría esas amenazas si molestaban al muchacho. Todos le temían, delincuentes o no delincuentes. Se fueron como si los persiguiera el mismísimo demonio.

—Gracias. —Es todo lo que pudo decir Abel. Se restregó las muñecas doloridas y

se sentó en el suelo para recuperar un poco de serenidad. Un gemido de dolor escapó de su garganta y se llevó la mano a la zona de las costillas.

—Voy a buscarte una toalla y ropa seca. Tranquilo, que esos dos no volverán a molestarte. Iremos a ver el médico, no tienes muy buena pinta, chico, no me extrañaría que tuvieras algo roto.

Se fue y volvió enseguida. Abel agradeció de nuevo, con un simple pero emotivo gracias, el poder secarse con una toalla y ponerse ropa limpia.

—Me llamó Abel, ¿y tú?

—Me llaman Cobra.

El chico no se extrañó, pues tenía el aspecto temible de una serpiente. Los ojos rasgados del hombre, y de una tonalidad verde claro, eran muy parecidos a los de una cobra. No obstante, lo que en verdad impresionaba era la mirada que lucía, helada como un témpano, carente de cualquier calidez y dispuesta a matar sin resentimiento alguno. Igual que las serpientes, a simple vista parecía un ser sigiloso y paciente, que espera entre las sombras a su presa para atraparla, y no la deja hasta matarla.

Abel se preguntó cuál sería el crimen que habría cometido para estar encerrado. No lo preguntó, ya que temía la respuesta que pudiera darle. Si tenía que ser sincero, le importaba muy poco, ese hombre le había salvado dos veces, de modo que tenía mucho que agradecerle.

—No acabas de salir de un lío que ya te metes en otro —reseñó Cobra, que se apoyaba por un codo en la pared. Contemplaba cómo el muchacho se vestía con problemas a causa del dolor de los golpes, apretó los labios, como apiadándose de él, y el hoyuelo de la barbilla se tensó.

—¿Por qué me ayudas?—preguntó, mientras intentaba ponerse las botas sentado en el suelo—. Yo no te conozco de nada.

—Digamos que tengo pendiente un favor con una persona interesada en no verte metido en problemas. Me estoy limitando a saldar mi deuda. —Le alargó la mano para ayudarlo a levantarse del suelo—. Además, me caes bien, me recuerdas a mi hermano pequeño.

—¿Quién es esa persona misteriosa que no quiere que me meta en problemas? Tendré que agradecerse.

—No te lo puedo decir, quiere que tenga la boca cerrada y yo prometí hacerlo. —Le dio una palmada en la espalda y Abel contestó con un grito de dolor.

—Chavalote, tendrías que aprender a luchar, en este lugar lo necesitarás.

—¡No, no puedo! —exclamó horrorizado.

Cobra entrecerró los ojos.

—¿Se puede saber por qué cojones no puedes? —preguntó, muy sorprendido.

—Pertenezco a la comunidad Los Hijos de la Luz. Tenemos prohibido usar la violencia.

—Y dime, ¿te ha salvado tu comunidad de recibir una paliza y de ser violado por dos guardias depravados y corruptos?

Abel se mantuvo callado. Tenía razón, y con su silencio contestaba a la pregunta. Pero él pertenecía a una comunidad y eso no lo olvidaría nunca, pues su mundo no tenía nada que ver con el que se desplegaba a su alrededor; además, él se sentía orgulloso de sus raíces y no quería traicionarlas. Pensó que su encierro, a partir de ahora, lo tendría que ver como una prueba a superar.

Cobra, un hombre con una intuición adquirida a base de muerte, sangre y dolor, percibió la lucha interior del muchacho y no quiso insistir.

—Piénsatelo, chavalote. Yo te podría enseñar, pareces listo, seguro que llegarías a ser tan bueno como yo. —Suspiró, como si de pronto viera más que un chico desvalido en el rostro de Abel—. Dejémonos de charlas y vayamos a ver a ese matasanos para que te dé un vistazo. Luego iremos a cenar, hoy hay carne empanada, no está muy buena, pero comparado con otros días, la carne empanada es un bocado de lujo.

\*\*\*

Iván estaba dando instrucciones a su secretaria para el día siguiente. Tenía ganas de marcharse a su casa para cenar con Lucía y conversar un poco con ella. Un golpe al cerrarse la puerta le hizo levantar la cabeza. Era su padre; desde que habían tenido la pelea en su casa no se habían dirigido la palabra. Ni si quiera en la oficina hablaban, y cualquier pregunta o comentario los enviaban a través de su respectivas secretarias o por WhatsApp.

—Buenas noches, hijo —saludó Alberto con una falsa sonrisa en los labios.

—Beth, ya puedes marcharte —le ordenó Iván a la secretaria.

—Sí, señor, entonces hasta mañana —se despidió la eficiente mujer—. Buenas noches —le dijo a Alberto cuando pasó por su lado.

—Buenas noches, Beth, hasta mañana —contestó.

Alberto cerró la puerta una vez ella salió. Iván permanecía sentado, puso los codos en los brazos del sillón y cruzó los dedos por debajo de la barbilla.

—¿Que quieres, papá? —preguntó con sequedad—. Veo que vas muy elegante —afirmó mirando el *smoking* que llevaba puesto.

—De eso he venido a hablar —comentó, sentándose en el sillón de enfrente el escritorio—. Voy a arreglar lo que tú estás estropeando.

—¿Qué quieres decir?

—La gente habla. He hecho lo imposible por mantener tu relación con esa fulana en secreto...

—Si vienes a insultarla —le interrumpió— más vale que te marches.

Alberto suspiró, el matiz negro de sus ojos se volvió peligroso.

—Está bien, me guardaré lo que pienso de ella para mí. —Se hundió en el sillón, acomodándose en el—. Todo el mundo sabe que Gina es tu novia y claro al...

—¡Nunca dije que fuera mi novia! —le volvió a interrumpir.

—¡Maldita sea, ya lo sé! —Dio un golpe con el puño a la mesa—. ¡Sin embargo, todo el mundo lo daba por hecho! Ahora la gente te ve como un adúltero sin escrúpulos y que sumirás a las empresas con las que quieres asociarte en escándalos sexuales, incluido el padre de Gina.

—Ya lo arreglaré.

—Solo hay una manera de arreglarlo. Échala de la casa y vuelve con Gina.

—No.

—¡Te has vuelto loco! —Se alzó del sillón y empezó a pasearse por delante de la mesa.

—Puede ser. Pero soy yo quien decide —afirmó, sin dejar de nerviosismo.

—Iván, piensa...

—Papá, no te metas.

—Tengo que hacerlo. —Apoyó las palmas de las manos en la superficie del escritorio. Acercó el rostro al de su hijo con los ojos desorbitados a causa del enfado—. Me voy a pasar toda la noche convenciendo a media Barcelona de que esa... esa... —Iván lo miró, a este le tenía sin cuidado el acceso de cólera de su padre, no

le impresionaba, de modo que arqueó una ceja a modo de advertencia, una advertencia que Alberto pilló al vuelo— ¡mujer! no es tu amante. Gina ha empezado una campaña en tu contra y está hablando más de la cuenta. No sabes de lo que es capaz de hacer una mujer celosa y desquiciada, Gina te va a arruinar.

—Nunca supo mantener la boca cerrada. —Bufó con desagrado al recordarla—. Fue Gina quien dijo a todo el mundo que éramos novios, no yo.

—Da lo mismo quién haya sido. —Se volvió a sentar—. Lo importante ahora es que rectifiques, aún estamos a tiempo.

—¡Dios... aún no entiendo qué vi en esa mujer! —exclamó, sin prestar atención a su padre—. ¡Qué tonto que fui!

Alberto estaba a punto de explotar. Le costó horrores mantenerse sentado y con la boca cerrada. El muy idiota se estaba enamorando. Las circunstancias pedían a gritos una rápida solución: eliminar a Lucía, ya no tenía dudas. Gozaba de poseer contactos fiables y que trabajaban de una manera muy efectiva. No dejarían cabos sueltos ni pruebas que lo implicaran. La situación se había alargado demasiado, lo tendría que haber decidido desde el primer momento. Se levantó del sillón e intentó que su rostro no revelara ningún dato, pues a su hijo no se le escapaba nada. Miró el reloj y fingió tener mucha prisa, pero la verdad era que la tenía, por organizarlo todo, y aún le quedaban un par de horas antes de marchar a la fiesta.

—Yo me tengo que ir. —Se colocó bien la americana y se acarició la perilla—. Pronto empezará la fiesta y necesito hacer un par de cosas antes para dárselas a unos clientes durante la fiesta.

—Buenas noches y que te lo pases bien.

—Buenas noches, hijo.

Iván se levantó también para marcharse. Durante un momento pensó que su padre estaba demasiado ansioso por irse. Rememoró la conversación por si se le había escapado algo, pero no encontró nada fuera de lugar. Dejó de darle vueltas a la cabeza, ya que quería ver a Lucía cuanto antes, y cada minuto que pasaba era un retraso en su objetivo.

\*\*\*

Había transcurrido una semana desde que Lucía se instalara en la casa de Iván. Este había cumplido su promesa de dejarla dormir sola. Sus contactos no iban más allá de besarla de vez en cuando. Eran besos tiernos y suaves, cuando se volvían profundos el hombre se separaba con brusquedad de ella, como si quemara. La verdad era que él no soportaba tocarla sin más intenciones que esas, pues quería llevarla al dormitorio y hacer realidad todos los sueños eróticos que lo abordaban en sus solitarias noches. A veces, la necesidad era tan grande que dudaba de su buena decisión de tener la paciencia necesaria para derrumbar los muros que la asaltaban, que cada día parecían más altos y más gruesos.

No obstante, llegó el momento de reconocer que nada estaba saliendo como él había planeado y admitió, con pesar, que esos muros no se derrumbarían jamás, pues ella se mantenía alejada de él en cuerpo y mente más que nunca; ya ni lo disimulaba. Solo hacía falta que se sentara en una silla para ella hacerlo lo más lejos posible. Cuando intentaba besarla ella hacía ademán de irse, pero las pocas veces que él conseguía salirse con la suya y se apoderaba de sus labios, Lucía respondía con ardor, cosa que lo desconcertaba. Cuando quería iniciar una conversación contestaba como un robot, con un sí o con un no. No tenía dudas... lo odiaba, ¡y cómo dolía!

La amarga realidad era que Lucía tenía miedo de estar cerca de ese hombre sin poder evitar que un anhelo poderoso se encendiera en su cuerpo. Estaba asustada. La mañana en que intercambiaron caricias tan íntimas había marcado un antes y un después. Quería volver a sentir ese placer exquisito pero, al mismo tiempo, no quería traicionarse sucumbiendo a un hombre que, en teoría, ella debía odiar y que además mantenía a su hermano en prisión. Su mente estaba tan revuelta por pensamientos tan contradictorios, que decidió salir de esa casa cuanto antes.

Era finales de primavera. Nadie lo hubiera dicho ya que el frío parecía haberse adueñado de la estación. Estaban más cerca de entrar en el invierno que del verano. Acababan de cenar y, antes de retirarse a sus respectivas habitaciones, Lucía pidió hablar con él. Fueron al salón, donde un gran fuego chisporroteaba ajeno a la tormenta que se produciría en su presencia. Iván se sentó en un gran sofá de cuero marrón oscuro, la mujer estaba delante del hogar calentándose las manos. La estancia se encontraba caldeada por la calefacción y por el calor que emanaba de los troncos ardiendo, pero ella se sentía helada.

—Iván, no me gusta estar en esta casa. —Seguía delante de la chimenea y de

espaldas a él. No se atrevía a darse la vuelta y afrontar su mirada—. Te pido, por favor, que me dejes volver a mi hogar.

—Dime dónde te gustaría vivir y mañana me encargo de comprarlo.

Lucía se agarró a la repisa de la chimenea.

—No me estás escuchando. No quiero vivir en ningún lugar. —Hizo una pausa—. Y menos contigo.

—¿Tanto me odias?

Un tenso silencio, que podía casi seguro cortarse con un cuchillo, fue toda respuesta. Ella oyó el crujir del cuero a sus espaldas en el momento que Iván se levantaba. Los zapatos resonaron en el suelo y le indicaron que se acercaba. Inspiró muy profundo, se dio la vuelta para enfrentarlo. Estaban cara a cara.

—Y qué esperabas ¿que me tirarías a tus brazos llena de alegría? —puntualizó ella—. Mi hermano es lo único que me importa.

—No te dejaré marchar.

Iván se esforzó para que su rostro mostrara indiferencia. Lo consiguió. Sin embargo, las circunstancias eran otras, estaba hundido en el dolor. ¡Él, que tenía mujeres por doquier! Solo le hacía falta chasquear los dedos para que cualquier hembra se lanzara a sus brazos. Qué ironía, la única que deseaba corría en dirección contraria.

—Te importa bien poco lo que yo quiera —protestó Lucía, exasperada por la tozudez y la indiferencia de él.

«No, no es verdad. Me importa y me duele que me odies», quiso contestarle Iván. Sin embargo, esa afirmación quedó encerrada en su mente.

—No escarmentaré nunca —pronunció ella al ver que no contestaba—. Es evidente que no me dejarás regresar a mi hogar y tampoco liberarás a mi hermano. Pero no volveré a insistir, esperaré con paciencia. ¡No sabes cómo ansío el día que por fin pueda perderte de vista!

—Aún queda, yo diría que aún queda bastante —manifestó con acento duro—. No te hagas muchas ilusiones.

Lucía se giró hacia el fuego quedando, otra vez, de espaldas a él. No quería que viera su frustración.

—Entonces tengo para tiempo. —Había un matiz de desilusión en la voz femenina—. ¿Al menos me dejarás visitar a mi hermano de vez en cuando?

—No.

—Necesito verlo, Iván. Déjame ir a visitarlo. —Suspiró—. Me conformo con cinco minutos.

—No puedo dejarte ir. —Intentó buscar una excusa válida—. No es un sitio para que una mujer como tú visite.

Él sabía que no estaba bien, con todo no podía dejarla. Si veía a su hermano corría el riesgo de alejarla aún más de él, y no lo soportaría. Era consciente de la necesidad de ella por saber de su hermano. Se le ocurrió una idea que, de momento, calmaría las ansias normales por saber del hermano. Incluso a lo mejor dejaría de odiarlo un poquito menos.

—Escríbele una carta. —Le acarició los hombros—. Yo me encargaré de hacérsela llegar y también me encargaré de que te llegue la respuesta.

Lucía se giró. Sus ojos brillaban como dos soles y al hombre se le iluminó el rostro de complacencia. Era un ínfimo paso pero, a fin de cuentas, era un pequeño avance que recibía con euforia. Cuando la mujer vio que miraba sus labios dedujo que la iba a besar. Se volvió muy rápido con la intención de evitar el beso.

El hombre estaba demasiado extasiado con la reacción de alegría de ella, avanzó un paso y la abrazó por la cintura. El pecho de Iván quedó pegado a la espalda de ella. Ella llevaba el pelo suelto, él lo apartó a un lado y la nuca quedó descubierta. El cuello despejado y el aroma femenino a almendra lo excitaron. Le esparció ligeros besos, pero como siempre Lucía intentó deshacerse del abrazo, y también como siempre, Iván la mantenía pegada con manos de hierro.

No obstante, la muchacha acabó por rendirse. La barba sin afeitarse y los calientes labios le provocaron un ligero cosquilleo que le recorrió la nuca de arriba abajo. Se le puso la piel de gallina y una agitación electrizante se desplazó hacia los pechos. Las cumbres quedaron inhiestas traspasando la capa de ropa del sujetador y del jersey estampado con motivos florales en color blanco y rosa. Iván, de reojo, vio esas cimas marcadas en el tejido y ni corto ni perezoso dirigió las manos a ellas. Las acarició con las yemas de los dedos, pero no tenía bastante e introdujo las palmas por debajo la prenda. Con lentitud, las fue subiendo mientras seguía con los besos en la nuca.

Lucía sentía el aliento tibio del hombre y cómo sus bocanadas cada vez eran más jadeantes. Y más lo fueron cuando notó las manos apartarle el sujetador hacia arriba y acariciarle los pezones con los dedos, pellizcándoselos de una manera demasiado placentera. Tuvo el impulso de agarrarle las manos y sacárselas... ¡ay, pero no pudo!

Quería más, deseaba más y cada terminación nerviosa de su cuerpo rogaba más. Le gustaba y no tuvo vergüenza de reconocerlo, después ya habría tiempo de avergonzarse.

—Me gusta, me gusta —gimoteaba ella cada vez que él incrementaba la fricción en los picos excitados.

Iván la miraba. Las luces anaranjadas y ocres de las llamas se reflejaban en su sonrojado rostro. La expresión de deleite en las facciones de la mujer azuzaba al hombre a seguir; y no quiso perder la oportunidad.

Empezó a mordisquearle el lóbulo de oreja. Una mano se quedó en los pechos, atormentando a los pezones ya doloridos, enrojecidos y deseando explotar de placer. La otra mano la fue bajando. Encontró el botón de los pantalones color blanco que llevaba. Los desabrochó al igual que la cremallera, introdujo la mano por el interior de las braguitas y no paró su descenso hasta que llegó al objetivo. Encontró la zona rebosante de humedad y se sintió poderoso por ser él el causante.

—Cariño, qué caliente estás. —Le dio un mordisquito en el cuello, enfatizando de esta manera sus palabras—. Abre un poco las piernas, mi vida, y te llevaré al paraíso.

—Sí... —jadeaba al tiempo que hacía lo que él le pedía— llévame al paraíso.

Lucía no quería pensar si lo odiaba, si no lo odiaba o si estaba bien lo que sentía. Solo sabía que su cuerpo pedía llegar a algo desconocido para ella. Iván la llevaría.

Con dedos hábiles empezó la tortura. Movía las yemas con mucha lentitud por toda la zona evitando expresamente el punto más sensible. Lucía exhalaba un débil gemido cuando frotaba ese punto sensible que pedía a gritos toda la atención. Iván lo sabía, pero le encantaba verla tan anhelante y quería sensibilizarla al máximo. Cuando notó que ya era suficiente se concentró en ese órgano pequeño y que estaba inflamado de tanta excitación. El hombre lo cogió entre los dedos y empezó a acariciarlo. Primero con lentitud. Poco a poco fue incrementando las caricias. Más y más deprisa... hasta que la mujer pensó que moriría de placer. No podía más. Su respiración se agitó. El corazón estaba desbocado y los jadeos de ella se extendieron por todo el salón. Estaba desinhibida por completo y no le importaba sentir tal deleite. Si le hubieran preguntado su nombre ni se hubiera acordado.

Lo peor de todo era que no quería que acabara nunca. Los mordisquitos en el lóbulo de la oreja, en el cuello. Esa mano en sus pechos que no paraban de acariciar las cimas exquisitamente doloridas. Y lo mejor de todo eran esos dedos en su parte más

íntima que no paraban su implacable tortura, que llevaron a Lucía a la explosión que ella dio vida en un grito placentero que se desbordó de sus labios.

Sin embargo, lo bueno siempre acaba pronto y cuando ella tomó conciencia de lo acaecido quiso que un relámpago la fulminara de inmediato. Primero dejó que su cuerpo recuperara la normalidad y su respiración se calmara. Abrió los ojos. Vio una de las manos de Iván dentro del jersey y la otra dentro de su ropa interior. Apartó las manos de manera brusca y se sacudió el cuerpo como si tuviera una lagartija recorriéndole por la piel. Se mantuvo de espaldas a él. No tenía el valor de girarse y mirarlo a los ojos después de su comportamiento.

«¡Estúpida de mí, en qué estaba pensando!».

Ella no sabía qué hacer, si girarse e insultarlo por provocarla de esa manera o echarse a correr. Optó por lo segundo. Era incapaz de aguantar las lágrimas por más tiempo, y menos de enfrentarse a él. Salió de la estancia entre sollozos y corrió al dormitorio con intención de encerrarse y no salir en lo que le quedaba de vida.

Iván se quedó mirando la puerta abierta sin entender nada. Era la primera vez que una mujer se ponía a llorar después de provocarle placer. No salía de su asombro. Una vez se hubo recompuesto se dirigió al cuarto de ella y la encontró cerrada con llave.

—Lucía, por favor, abre —pidió golpeando con suavidad la puerta.

Silencio. Estuvo esperando un poco más. Y nada, más silencio.

—¡Abre la puerta si no quieres que la tire abajo! —voceó demasiado irritable para darse cuenta de que estaba alzando demasiado la voz.

—¡Déjame sola!

Oyó decir Iván desde el otro lado de la puerta.

—No me voy a marchar hasta que me abras la puerta y me digas qué te pasa.

Pasaron unos minutos y, por fin, escuchó el sonido de la llave al abrir. Iván empujó la puerta muy despacio, el dormitorio estaba a oscuras. El reflejo de la luna se filtraba por las cortinas semitransparentes. El hombre pudo ver por la luz blanca que ella estaba en la cama. Se dirigió hasta la lámpara de encima de la mesita y encendió la luz. Lucía estaba en un rincón del lecho con un cojín en el regazo, al cual abrazaba como si le sirviera de escudo protector. Lo miraba con cara de deprecio, su pelo estaba revuelto y varios mechones estaban adheridos al rostro. Los lagrimones le bajaban por las mejillas y ella no podía impedirlo. Bien sabía que eran tristezas, que

nacían en sus ojos igual que las nubes cuando dejan caer una lluvia persistente en un día frío y gris de invierno. El hombre quiso sentarse a su lado, pero ella le detuvo extendiendo la mano con la palma abierta en su dirección, diciéndole sin palabras que no se acercara.

—Cariño, ¿te he hecho daño? —preguntó el hombre, sin saber qué decir o hacer. La veía tan desmadejada que el corazón se le encogía.

Ella negó con un gesto de cabeza.

—¿No te ha gustado lo que te he hecho sentir?

Otra lágrima circuló por el pómulos. Se la secó con el pañuelo y respiró con profundidad antes de contestar.

—Ese es el problema.

Ahora Iván sí que estaba desconcertado. El problema era que le gustaba; definitivamente no, no entendía nada.

—Se supone que te odio y detesto —aclaró ella, jugueteando nerviosamente con el pañuelo—. Destruiste mi hogar, mi ciudad. Ayudaste a provocar la muerte de mi padre y mantienes a mi hermano en prisión. Y yo a cambio, ¿qué hago? —se preguntó más para sí misma—, comportarme como una desvergonzada cuando me tocas, eso hago. Reconozco que me gusta lo que me haces sentir. Yo no tenía ni idea de que estas cosas eran así. Y lo peor de todo... me gustaría volver a sentirlo.

—Cariño, eso no es malo.

—¡Claro que es malo!—exclamó horrorizada—. Yo no debo desearlo, ¡no debo! Estoy traicionando a las personas que más quiero, a lo que me enseñaron de pequeña y eso no está bien. ¡No, no debo, no debo!

—No te tortures, tú no has traicionado a nadie y no es malo sentir deseo. Es lo más normal del mundo entre hombres y mujeres.

No obstante, a ella sus palabras no le servían de consuelo. No podía liberarse con facilidad de sus sentimientos y se veía como la más pecadora de las mujeres.

—A veces —empezó a decir ella—, la conciencia es como las olas del mar, las oyes aunque no las veas. Están ahí, una detrás de otra, murmurando sin parar y recordando continuamente su presencia. Mi conciencia me asalta diciéndome lo mal de mi comportamiento y de lo mucho que estoy pecando.

Otra vez estalló en sollozos. Esta vez Iván no se mantuvo al margen, subió a la cama, al lugar donde ella estaba, y la abrazó. Esta vez, y para sorpresa del hombre, no

intentó apartarlo, al contrario, Lucía se agarró a su cintura como si se estuviera ahogando en las profundidades del mar y se aferrase a él para salvarse. El hombre le acarició la espalda y la besó en la cabeza una y otra vez.

—Llora, necesitas desahogarte —se limitó a decirle, viendo que aquello la aliviaría.

—No te vayas —pidió ella con la voz trémula por el llanto.

—No, tranquila, estoy aquí y me quedaré contigo.

Lucía no supo qué la empujó a hacerle tal petición. Estaba tan sola y él en esos momentos la trataba con tanto cariño, que no pudo reprimirse. Se sintió reconfortada con el abrazo y dejó que la necesidad prevaleciera sobre la lógica.

Iván recapacitaba mientras le acariciaba la espalda. No le extrañaba que hubiera reaccionado de aquella manera, pues estaba luchando una batalla entre el cuerpo y la mente. Ahora entendía el comportamiento distante y la reacción de querer salir corriendo cada vez que la tocaba o la contemplaba con ojos devoradores. Bajó la mirada, su llanto había cesado y percibió que dormía. De tanto en tanto, se le escapaba un hipido. Para Iván todo aquello era nuevo, pues nunca había consolado a ninguna de sus novias o amigas y no tenía ni idea de cómo ayudar a Lucía.

De pronto tuvo la respuesta, ya que había una manera: liberar a Abel.

Sin embargo, si lo hacía ella se marcharía, la perdería para siempre y no quería que sucediera. El corazón empezó a latirle con fuerza, por lo que intentó serenarse. Solo de pensar en que no la volvería a ver nunca más... prefería la muerte. La deseaba pero por encima de cualquier cosa, la necesitaba. Al final, y después de darle vueltas del derecho y del revés, comprendió la razón de su terrible desesperación, pues debajo de ese deseo tan obstinado que sentía por Lucía había otro sentimiento mucho más profundo: la amaba... y no podía ni quería evitarlo. La necesitaba para ver, para sentir, para vivir, Lucía había sembrado amor en su corazón y anhelaba compartir el futuro con ella. Llorarían unidos por las penas y se reirían unidos por las alegrías, como compañeros, como amantes, como enamorados. Un todo juntos, un nada separados.

¿Y cómo lo conseguiría? Con paciencia y perseverando. Convirtiendo las derrotas en victorias. Ella había reconocido que le gustaban sus caricias, pero sin embargo, la alejaban de él. Por mucho que ella se resistiera, su cuerpo lo aceptaba sin reservas. Y se valdría de ello para enamorarla. De la pasión nacería el amor.

Iván la envolvió más fuerte entre sus brazos. La mujer, suspirando y guiada por el instinto, se acurrucó más al cuerpo masculino. «Te amo», le dijo el hombre en silencio. Dos palabras y un gran significado. Dos palabras que le darían fe. Dos maravillosas palabras que nunca pronunció a ninguna mujer, y que ahora las gritaría a los cuatro vientos para ella, una y otra vez, hasta quedarse ronco.

Iván por fin se durmió. Quedó sumido en un perturbador descanso, no dejó de abrazarla en ningún momento, temeroso de perderla hasta en sueños.

Llegó la mañana. Iván y Lucía se despertaron al oír un golpe muy a lo lejos. Cada vez era más fuerte y martilleaba con insistencia en sus cabezas. De pronto abrieron los ojos y estaban tan pegados que hasta los alientos se mezclaban. Se miraron pensando si aún seguían dormidos y si aquella sensación tan buena también era una fantasía. La voz emitida en susurros de Marta los trajo de vuelta a la realidad.

—Iván, Iván, ¿estás ahí?

El hombre se levantó a regañadientes. Abrió la puerta con demasiada brusquedad y la anciana dio un paso hacia atrás, impulsada por la sorpresa. Lo miró de arriba abajo, el pelo negro alborotado, las ojeras en los ojos, la barba demasiado espesa y la ropa arrugada, llevaron a la mujer a la conclusión de que había pasado muy mala noche. No le sorprendió encontrar a Lucía en el mismo estado.

—No preguntes, Marta —sugirió él, sabiendo lo curiosa que era.

—¡Dios me libre de preguntar! —Sin embargo, la verdad era otra, se moría por saber qué había sucedido—. Son las diez de la mañana y yo me preguntaba si os habíais puesto enfermos. Además, tienes visita.

—¿De quién se trata?

—Tu tía Federica acaba de llegar, viene a quedarse unos días.

—¡Vaya sorpresa más agradable! —se alegró él apoyando el hombro en el marco de la puerta.

—¿Qué quieres que le diga?

Iván se inspeccionó.

—No podemos saludarla con estas pintas. —Giró el rostro y se percató de lo desaliñada que también estaba ella—. Instálala en el dormitorio que más le guste. Nosotros bajamos en un rato, y si no ha desayunado que nos acompañe, estoy muerto de hambre.

—De acuerdo, ¿no tienes nada más que decirme?

El hombre suspiró. La conocía, y la curiosidad por saber que había pasado podía con ella.

—No te voy a decir nada.

Marta miró a Lucía con ojos suplicantes.

—Yo tampoco voy a decirte nada de nada —corroboró, al borde de la carcajada.

—Bueno, yo lo he intentado —dijo la anciana con los hombros hundidos y cerrando la puerta al marcharse.

Marta oyó risas a sus espaldas, pero no le importó. Era de dominio público la curiosidad que tenía por saberlo todo y sabía que, de una manera u otra, ella se enteraría de cómo esos dos tenían aquellas pintas tan horrorosas. Se paró en lo alto de la escalera y reflexionó, si lo que en realidad había ocurrido era muy íntimo, mejor no saberlo. Una sonrisa de lo más picarona se esbozó en sus labios delgados. El tener que tratar con Lucía todos los días le había permitido conocerla mucho mejor. La verdad era que la anciana estaba encantada con ella, además empezaba a quererla como a la hija que nunca tuvo. No le extrañaba en absoluto que su muchacho estuviera prendado de ella. Ojalá el futuro los acabara por unir.

Iván y Lucía dejaron de reír. Sus ojos se cruzaron y se miraron el uno al otro, otra vez estallaron en carcajadas.

—Tenemos un aspecto horroroso —pronunció él.

—Sí, es verdad.

El hombre caminó hacia la mujer y ella quedó hipnotizada por el modo en que la miraba. Si no fuera porque ya lo conocía hubiera afirmado que la miraba con amor.

Iván ahuecó las palmas de las manos en su rostro y la besó en los labios.

—Pero tú, incluso así, estás igual de bonita —dijo con voz suave.

A la mujer se le encendieron las mejillas. No negaba que le gustaba que la viera bonita, pero ella no estaba acostumbrada a que la piropearan. Lucía se puso de puntillas y lo besó en la mejilla mientras que con su pequeña mano acariciaba la barba crecida del rostro. Duró poco rato. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo y entonces retrocedió, aún más sonrojada.

La muestra de afecto lo dejó sumido en una euforia que se apresuró a esconder, lo había cogido desprevenido y no sabía qué hacer; de lo único que era consciente era querer saltar de alegría como un tonto. Desde que se habían conocido nunca le había brindado ternura, más bien le manifestaba, a la menor ocasión, sus deseos imperiosos

de estrangularlo; cosa lógica por la manera en que la había arrastrado a su lado. Si bien ese despliegue de ternura le daba esperanzas, esperanzas para que algún día ella olvidara, perdonara y, sobre todo, lo amara. Carraspeó antes de hablar para aclararse la garganta.

—Me alegra que mi tía esté aquí. Te gustará y te lo pasarás bien con ella. —Intentó que su voz no sonara como la de un rematado idiota, pues todavía se sentía eufórico por la muestra de cariño, lo consiguió y le sonrió—. Pero vigila, porque cuando Marta y mi tía se juntan pueden armarla.

—Voy a estar de lo más entretenida, ¿dónde vive?

—Vive en Italia, Roma, y te advierto que cuando mi tía está cabreada, yo salgo corriendo, ¡uf! es temible su mal humor.

—Lo tendré presente. Gracias por el consejo, de todos modos intentaré no enfadarla.

—Tú nunca la harías enfadar. Eres un ángel...

Un largo silencio invadió la habitación. Lo miraba de reojo, sin saber qué decirle. Se sentía avergonzada por su comportamiento lujurioso de la noche anterior y por haberle besado apenas unos segundos antes en un acto instintivo. Se negada a analizarlo, porque tenía miedo de las conclusiones, y se estaba convenciendo de que era una especie de agradecimiento por haberla consolado en la noche. Ella estaba acostumbrada al hombre cruel, exigente, que no medía las consecuencias de sus actos. Descubrir a la persona encantadora y tierna, capaz de arroparla entre sus brazos, consolar su llanto, y sin ninguna pretensión, le había agradado muchísimo, demasiado para su paz mental.

—Bueno, necesitamos adecentarnos —dijo Iván, rompiendo el silencio—. Yo voy a mi cuarto a cambiarme. Te espero abajo.

Iván titubeaba, pues quería acercarse a ella y besarla a modo de despedida. Era incapaz de estar cerca de Lucía y no aprovechar cualquier ocasión para mostrar sus sentimientos. Necesitaba cualquier contacto por ligero que fuera y acabó por sucumbir a aquella necesidad; fue un simple beso en la mejilla cargado de una abrumadora ternura.

Después de que él se fuera, Lucía se quedó un rato quieta donde estaba y se acarició la mejilla que él había besado, sumida en un estado de complacencia.

Ambos se ducharon y se cambiaron. Iván se vistió con unos pantalones color negro y una camisa azul cobalto que hacía resaltar su cabello negro y sus ojos azul profundo. Por su parte, Lucía optó por una falda larga hasta la rodilla de color negro y una camisa de manga larga de corte oriental en varios tonos violetas. Se pegaba al cuerpo hasta la cadera, la prenda seguía los dictados de la moda del momento con un ancho cinturón en la cintura. Unos zapatos planos en color negro completaban el atuendo. No se acostumbraba a andar con tacones, además no le gustaban. Como siempre, ninguna joya adornaba su bonito cuerpo. Lucía bajó los escalones, el sonido de palabras y risas llegaron a ella. Respiró hondo preparada para lo peor; después de la experiencia con el padre de Iván no tenía confianza en los familiares de este. Aunque él ya le había comentado que le gustaría, su instinto receloso la hizo dudar. Pronto descubrió que él no la había engañado.

La joven entró y las miradas de Iván, Marta y tía Federica quedaron clavadas en ella. La tía se acercó.

—Vaya, sobrinito, qué buen gusto tienes para elegir novia. —No le pasó desapercibida la mirada complacida de él y la de espanto de ella al nombrar la palabra novia. Marta ya le había informado de todo y no tardó más de dos segundos en pensar que su amiga estaba en lo cierto referente a la pareja—. Soy la tía de este desalmado que tengo por sobrino.

—Yo soy Lucía.

Se besaron en la mejilla. Federica era una mujer que rondaba los sesenta años de edad. Si bien aparentaba mucho menos, producto de algún que otro retoque a base de golpe de bisturí. El cabello estaba teñido de color chocolate y lo llevaba suelto hasta los hombros. Su cuerpo era delgado, aunque su estatura se podría considerar la normal en una mujer. Pero el rasgo que daba calidez a su persona se hallaba en esa mirada tierna y esa sonrisa franca que parecía estar perpetua en los labios maquillados de la mujer.

Lucía la observaba incrédula, sin poder creerse que fuera una mujer tan agradable. No tenía nada que ver con Alberto y dejó escapar el aire que llevaba reteniendo en los pulmones. Federica se percató.

—¿He superado la prueba? —preguntó la tía, con un toque de humor en la voz.

Lucía no reprimió las ganas de sonreír por el comentario.

—Creo que sí.

Federica le dio un ligero golpe en el hombro.

—¡Presiento que nos llevaremos bien! —exclamó al tiempo que la abrazaba.

Lucía la abrazó con igual ímpetu y no dudó ni un segundo que, en verdad, se llevarían bien.

Se sentaron a desayunar. Como era costumbre desde que Lucía estaba en la casa, Iván se encargaba de servirla. A aquellas alturas sabía ya los gustos culinarios de ella, de este modo se aseguraba de que comiera. Desde que vivían juntos, Lucía había perdido peso y el hombre sabía que era el culpable. Marta hacía un buen rato que había desayunado. Se despidió de todos y se encaminó hacia las cocinas para dar instrucciones. Los tres desayunaron juntos en un ambiente agradable, en medio de risas y bromas por los comentarios que la tía hacía respecto al sobrino en sus múltiples travesuras cuando era un revoltoso niño.

—¿Iván, no tendrías que estar en el trabajo? —preguntó Federica cuando se percató de la hora que marcaba su reloj de pulsera.

—Sí, ser el jefe tiene sus ventajas y hoy me voy a tomar un día de relax —informó—. Quiero llevar a Lucía de compras al Maremagnum, pasear por el Moll de la Fusta y, si el día acompaña, en la tarde navegaremos un rato por la costa.

—De verdad que no hace falta, Iván —se apresuró a decir Lucía—. Yo no necesito nada, tengo suficientes cosas, además, quiero escribir la carta para mi hermano y prefiero quedarme, si no te importa.

—Claro que me importa —pronunció el hombre con pesar—. Deseaba pasar el día contigo, además, tienes que acompañarme a la verbena de Sant Joan en calidad de acompañante. Necesitas ropa adecuada, ya que será una fiesta de etiqueta. Últimamente he tenido mucho trabajo con la construcción de la carretera en Valleverde... —Guardó silencio de inmediato y se maldijo por la metedura de pata. Vio cómo Lucía erguía la espalda, el dolor se reflejaba en su dulce cara, incluso percibía la quemazón que la invadía por dentro.

—Ya no debe quedar nada del Valleverde que yo conocía, ¿verdad? —murmuró ella con dolor.

Iván se apoyó firme en el respaldo de la silla. Suspiró.

—No —declaró, no quería tener esta conversación. Intentó calmarla—, pero tu gente tiene dinero suficiente para empezar en otro lugar. Me encargué personalmente de que recibieran una cantidad más que generosa por la expropiación.

La mujer se mordió la lengua. Si empezaba a decir lo que pensaba estallarían una discusión y no quería tenerla delante de Federica.

—¿Te encuentras bien, Lucía? —preguntó la tía, interrumpiendo a propósito el tenso momento—. Estás blanca como un campo de nieve. —Miró a su sobrino, consciente de que él era el único culpable. Se guardó la reprimenda para cuando estuvieran solos.

—No... sí que me encuentro bien. Creo que me voy un rato a mi dormitorio. —Dejó la taza en el plato—. Tengo que escribir una carta a Abel, cuanto antes la escriba antes la recibirá. —Miró a Iván—. Me prometiste que se la harías llegar.

—Te dije que sí —confirmó dolido. Ella dudaba de que cumpliera la promesa—, yo me encargaré de que la reciba, pero la escribirás cuando lleguemos de la ciudad. —Se levantó de la silla—. Si estás de desayunar nos vamos. —El hombre hizo gala de su mal carácter, tiró la servilleta de mala manera sobre la mesa y se levantó con cierta brusquedad.

Lucía se mantenía quieta en la silla, buscando cualquier excusa que la liberara de ir a la ciudad. Iván la observaba con la mandíbula apretada, enfadado consigo mismo por sacar el tema de Valleverde sin querer y haber echado el día a perder. Era evidente que a ella le había afectado.

Federica los observaba, desde luego que Marta no se equivocaba. Era evidente que su sobrino la amaba, pero su carácter déspota y parecido al del padre le estaba acarreando problemas. Si no cambiaba, dudaba mucho que una mujer como Lucía se enamorara de él. Además, esa muchacha corría peligro, porque si era cierto lo que Marta le había comentado, Alberto la detestaba, incluso se había atrevido a golpearla. Ella sabía de las ambiciones de su retorcido cuñado para Iván y la empresa. Lucía era un estorbo, y como cualquier estorbo miraría de sacárselo de encima, ya lo hizo con su pobre hermana. Iván no estaba enterado de lo que pasó con su madre, pero si Alberto se atrevía a hacerle un rasguño le contaría la verdad. Podía demostrarlo, «¿por qué no encontré la carta antes?», se preguntó.

—Lucía, te hará bien salir un rato —sugirió Federica. Se levantó y le apoyó la mano en un hombro—. Estás muy pálida, hoy brilla el sol y parece que el día no será tan frío como los anteriores. Según me ha comentado Marta, la primavera se está mostrando demasiado fría.

Lucía emitió un suspiro antes de contestar.

—Está bien —manifestó, con más pena que alegría. Se levantó de la silla.

Ambos se encaminaron hacia la puerta.

—De todas maneras llevaos un abrigo o chaqueta, por si acaso —sugirió Federica antes de perderlos de vista—. La primavera es caprichosa.

Lucía, cubierta por el manto de la tristeza, no conversó con él durante todo el trayecto. El hombre renegaba en silencio por su estupidez, que había provocado que la crepitante llama del dolor ardiera, muy a su pesar, entre ellos. El corazón de la mujer que amaba era frágil como el cristal y amenazaba con romperse en cualquier momento. De hecho, debía estar lleno de fisuras por su culpa, y él tenía la intención de repararlas con paciencia y con mucho amor.

Llegaron al centro comercial. Iván la llevaba de una boutique a otra, sin embargo, a ella le daba lo mismo una falda que un pantalón, un jersey que una blusa. Hasta los colores le provocaban la más absoluta indiferencia. Iván estaba desesperado. Ni siquiera pidiéndoselo con un «por favor» consiguió que se probara alguna pieza de ropa. De acuerdo que podía imponer su autoridad, pero no lo haría, pues había decidido ser paciente. Para un hombre como él, acostumbrado a salirse con la suya, era un gran reto. Al final se dio por vencido y se dedicó a escoger por ella prestando atención a las prendas y colores que le favorecían.

Llegó la hora de irse a almorzar. Iván andaba con las manos llenas de bolsas. Vio que Lucía se detenía en un aparador de juguetes.

—¿Qué miras, cariño?

—Estas muñecas, son preciosas.

Lucía se mantenía quieta delante del cristal, miraba embobada unas muñecas de trapo confeccionadas artesanalmente. Giró el rostro y los ojos de ella reflejaron el dorado de un tranquilo amanecer. Al hombre le dio un vuelco el corazón.

—Cuando era pequeña mis muñecas no tenían cara —empezó a explicar—. Nuestras creencias prohíben que tengan cara, es la única manera de evitar que se adore lo material y que no se preste atención a lo bueno que tenemos en nuestro interior.

—Tú ya no perteneces a la comunidad.

—Pero volveré a serlo, cuando esta pesadilla acabe, regresaré con mi gente.

—¿Te aceptarán? —preguntó mordaz. Él no la dejaría marchar, sin embargo, ahora no era el momento de decírselo.

—No lo sé...

La cabeza de Lucía se convirtió en un torbellino de pensamientos. Las cenizas de las esperanzas quemadas ya no existían, no habría ave Fénix que renaciera de ellas. Aun así ella intentaría que la aceptaran, y purgaría sus pecados el resto de su vida, eso lo tenía claro.

Iván dejó las bolsas al lado de ella y entró en la juguetería. Salió con la muñeca de trapo más hermosa que Lucía había visto jamás. El hombre se la entregó.

—No puedo aceptarla, no... no está bien —titubeó ella.

—Lucía, ya no eres una de ellos, déjate llevar por lo que desees. —Le cogió las manos y le depositó la muñeca—. Sé que te gusta por cómo la miras.

La chica la contempló durante unos segundos, temía cometer una falta grave si la aceptaba. Pero era tan bonita porque unas manos artesanas le había dado forma con amor y paciencia, y eso no era pecado. Lo que se hacía con amor y por amor nunca era censurable, Los Hijos de la Luz promovían ese pensamiento. Tal vez iba siendo hora de cambiar algunas cosas, no todo era perfecto en su comunidad.

—Me encanta —afirmó Lucía, la luz del sol iluminó su rostro. Sonrió de esa manera tan dulce e Iván tuvo la tentación de querer entrar en la juguetería y comprarle todas las muñecas de trapo—. Gracias.

Ella la observó con gran deleite. Con el dedo resiguió los ojos, las cejas, la nariz y los labios de la muñeca.

—Hasta tiene pecas. —Los ojos femeninos chispeaban traviosos—. Siempre quise tener una muñeca con rostro. A veces pintaba yo misma la cara de las mías con lápices de colores y me encerraba en mi habitación a jugar. Cuando me cansaba, las lavaba. Me hubiera llevado una buena regañina si mis padres se hubieran enterado.

El hombre la atrajo a su cuerpo. Ella levantó el rostro y sus miradas se cruzaron, quedaron, sin remedio, enlazadas por la ternura.

«¿Es amor lo que veo en sus ojos... o es deseo?», se preguntó la mujer.

«Daría mi imperio por verla sonreír siempre así», profería el hombre en su mente.

Ella notaba que Iván estaba cambiando, le costaba aceptarlo, pues era más fácil odiarlo cuando se comportaba con crueldad, pero ya no era el mismo que había conocido. Las miradas tan llenas de amor, los besos tiernos y las palabras dulces, la desconcertaban. Ya no veía al hombre que le exigía besos, que la acariciaba solo con deseo. Bajó la mirada a los labios masculinos y el recuerdo de la noche anterior

resucitó en su mente. Deseaba volver sentir su boca en el cuello. Y quería revivir las sensaciones que le despertó con sus dedos y explotar en ellos. Una cosa era cierta y es que la hacía sentir viva y había transformado su mundo; a veces iluminado con la luz más resplandeciente y a veces oscurecido por las tinieblas más sombrías.

Lucía, llevada por la inquietud de sentirlo, acercó los labios a los de él. Iván no ofreció resistencia, ya que ella, en el silencio del contacto, le pedía que la dejara hacer. La alegría del hombre era enorme y cada poro de su piel se excitó. Se dejó llevar, no podía perder aquella oportunidad, pues nunca ella le había besado por iniciativa propia. En aquel momento tomó la decisión de comprarle todas las muñecas de trapo que existieran en el mundo, si con ello conseguía que lo besara más a menudo.

Sin embargo, la alegría duró poco. Una voz chillona y llena de rabia los separó. Era Gina. Iván tuvo el impulso de retorcerle el cuello, lo sacaba de quicio. ¡Maldita mujer! Tenía el don de la inoportunidad, se la encontraba hasta en la sopa, algo normal, teniendo en cuenta que debía haber contratado a gente para que lo vigilara.

—Hola, cariño —exclamó Gina, apartó de un empujón a Lucía para tirarse encima de Iván.

El hombre intentó desasirse del abrazo, pero ella, implacable, le rodeó los brazos al cuello igual que una anaconda estrecha a su presa hasta asfixiarla. Sin embargo, este perdió la paciencia en el momento que intentó besarla, agarró las muñecas de la mujer y, a la fuerza, se la sacó de encima.

—¡Ya basta, Gina, suéltame!

—Recuerdo que antes te gustaba mucho —afirmó con voz sensual mientras miraba de reojo a Lucía.

—Adiós, Gina —dijo de manera sarcástica él, cogiendo por la cintura a Lucía—. ¿Nos vamos?, el aire en este lugar empieza a oler mal.

Pero Gina no quiso darse por aludida.

—Veo que tu padre tiene razón, esta fulana no me llega a la suela de los zapatos —indicó, agarrando la manga de la camisa de él—. Iván, piensa en lo que estás perdiendo, vuelve conmigo. Yo te perdono la infidelidad.

El hombre notó la tensión en el cuerpo de Lucía, esta se soltó y lo fulminó con la mirada, para seguidamente dirigir esa misma mirada a la rubia despampanante que se erguía orgullosa delante de ella.

—Veo que en las grandes ciudades también viven alimañas —proclamó Lucía, sacando un genio impropio de ella.

A esta le había dolido que esa mujer se hubiera lanzado al cuello de Iván con la intención clara de querer besarlo. Sin embargo, no podía ignorar las palabras de la tal Gina y su mente empezó a forjar conclusiones. Jamás se le ocurrió preguntarle a Iván si tenía novia. Era evidente que mantenían, o habían mantenido, un idilio, entonces ¿qué pintaba ella en medio de ambos?, pues si Iván estaba comprometido con la susodicha... eso significaba... ¡Oh no!

—¡Ohhh... cómo te atreves! —Los ojos azules de Gina fulguraron de rabia. Levantó la mano para abofetearla.

—Ni se te ocurra —aseveró Iván, con los dientes apretados y atrapando la mano al vuelo.

—¡Me ha llamado alimaña!

—No creo que mienta —soltó el hombre con una sonrisa en los labios. Por más que lo pensaba no encontraba explicación a la atracción que tuvo en el pasado por esa bruja—. Las verdades siempre ofenden —concluyó.

Gina no daba crédito a lo que escuchaba. Se ponía de parte de esa vulgar mujer, los celos se la comían viva.

—Dime, Iván, ¿qué tiene ella que no tenga yo? —le preguntó, apoyando las manos en las caderas.

—Corazón, Gina, tiene corazón. —Miró a la mujer que amaba a los ojos—. Me siento afortunado por tenerla a mi lado.

Lucía se ruborizó, porque no entendía nada. Gina era explosiva y parecía provenir del mismo mundo al que pertenecía Iván; eran tal para cual. Se sintió una estúpida, la más grande de las estúpidas. Apenas hacía unos momentos admitía que él había cambiado, y le gustaba ese cambio. Le agradaba el hombre tierno, cariñoso y las miradas llenas de amor. Ahora lo entendía, Iván era el típico hombre que disfrutaba con varias mujeres a la vez. De hecho, sabía cómo engatusarlas, buena prueba era ella misma, que se había derretido con sus caricias de una manera vergonzosa; y lo peor era que le había gustado. De pronto sintió pena, no solo por ella, sino por Gina también, pues la chica parecía enamorada.

—Iván, quiero irme a casa, por favor —rogó Lucía con tono tenso.

—Sí, Iván, llévatela a casa, pero déjame decirte una cosa: si no te deshaces de ella

y vuelves conmigo, lo vas a lamentar, es mi última advertencia.

—Jamás volveré contigo, que te quede bien claro.

—Sí que volverás. Pronto te cansarás de ella.

—Eso espero —aclaró Lucía, mirando a Gina—, yo no lo quiero, puedes quedártelo. Te aseguro que mi deseo más grande es perderlo de vista.

Gina la contempló con la boca abierta mientras Lucía intentaba marcharse. Sin embargo, Iván vio las intenciones de ella de salir corriendo y la agarró por el brazo.

—¿Problemas en el paraíso? —alegó Gina con malicia, admirando complacida el forcejeo de los dos.

—¡Lárgate! —exclamó el hombre.

Gina no se amedrentó, consciente de que las puertas de la esperanza se abrían de par en par. No había futuro para ellos dos, tal como Alberto predijo y se lo había hecho saber; la relación estaba condenada al fracaso.

—Adiós, cariño —se despidió la rubia mujer, le lanzó un beso y le guiñó el ojo con deseo—. Ya nos veremos.

Iván esperó a tenerla bien lejos antes de encararse con Lucía. Hasta que no la perdió de vista no empezó a hablar.

—Te soltaré si me prometes que no te irás corriendo —aclaró el hombre, aún sujetándole el brazo, sin prestar atención a los intentos de ella por soltarse.

Lucía suspiró.

—De acuerdo —aseguró a regañadientes.

Cumplió su palabra y la soltó. Ella cumplió la suya y no se marchó.

—Ahora vamos a dejar las bolsas en el coche y después buscaremos un lugar privado para almorzar y poder hablar.

—Prefiero irme. No tengo apetito.

—Pues yo tengo hambre y tú me acompañarás.

Iván esperó a que Lucía pusiera la muñeca en una de las bolsas antes de cogerlas del suelo. Una vez dejaron las compras en el coche se fueron a un lugar tranquilo del Moll de la Fusta para comer. Lo encontraron y los ubicaron en un rincón, aislados de todas las miradas y con la adecuada privacidad para no ser oídos. Les sirvieron un espléndido pollo de corral con langosta y una sabrosa tarta de músico. El hombre estaba preparado para otra pelea, sin embargo, esperó a que ella terminara, pues no quería que perdiera el apetito y más peso.

—Cariño, explícame por qué demonios te has enfadado tanto —quiso saber el hombre.

—Iván, esto no tiene sentido.

Él inspiró profundo.

—¿Por qué?

—¿Y aún lo preguntas? Es evidente que tienes novia. Yo no puedo tolerar este tipo de relaciones, tengo escrúpulos.

Iván estalló en carcajadas.

—Gina no es mi novia —proclamó cuando pudo contener la risa—. Reconozco que tuve una relación con ella, pero solo fue sexual, nada más.

—Entonces igual que la nuestra.

A él, de golpe, se le ensombreció el rostro. Ese fue su pensamiento cuando la vio por primera vez, en cambio ahora quería que lo amara.

—Todavía no me he acostado contigo —afirmó él cortante.

Lucía bajó la mirada a su plato vacío.

—Gina te quiere.

—Pero yo no —cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Yo no quiero estar contigo, Iván. —Levantó la vista del plato para enfrentarse a él cara a cara—. Cuando acepté esta situación estaba desesperada y solo accedí a cambio de la libertad de mi hermano. Tengo ganas de marcharme y estar con Abel. Veo que no me dejarás ir hasta que me acueste contigo. —Puso las manos encima la mesa—. Me dijiste que no lo harías hasta que me acostumbrara a ti y a tu clase de vida. Supongo que has notado, yo misma te lo expliqué, que me gustan tus caricias. No hace falta que finjas sentir algo por mí para encontrarme dispuesta. Coge lo que quieras y déjame marchar.

La fría proposición lo golpeó en el alma.

—No es así como quiero que sea.

—¡Entonces dime cómo quieres que sea! —exclamó ella—, para dártelo y acabar de una vez.

«Quiero que me digas que me amas cuando te toque, cuando te penetre y nos fundamos los dos juntos en las llamas de la pasión», eso era lo que quería decirle, pero ella no lo amaba.

El duro sabor de la decepción asaltó al hombre. No podía confesarle su amor si ella

solo sentía odio por él. Si le confesaba sus sentimientos, ¿qué haría ella, decirle que lo amaba para tenerlo satisfecho y deshacerse de él? No quería falsas palabras ni falsa pasión. Perseguía un amor transparente como el agua de los manantiales, donde sobren las palabras, y las caricias y los besos hablen por ellos dos. No, no se lo diría todavía. Conseguiría que se enamorara de él. No se conformaría con menos.

Iván no quiso continuar con la conversación y se marcharon hacia la casa. Estaba atardeciendo, las luces rosadas y anaranjadas resaltaban en el cielo azul. Un rayo de sol rebelde se escapaba de entre los árboles de una placeta negándose a marchar. Al hombre le pareció que hasta el sol se burlaba de su dolor. Sufría un amor en silencio, con la única esperanza de algún día ver reflejado ese mismo sentimiento en los ojos dorados de la mujer.

Llegaron y Lucía, agotada, se retiró a descansar antes de la cena. Iván se fue a su despacho, pues necesitaba un *whisky*. Aún no había terminado de beberse, cuando su tía entró por la puerta sin dignarse a llamar.

—¡Iván, eres un cerdo!

—¿Qué?

Federica se acercó todo lo que pudo a su sobrino.

—¡Maldito seas!, ya me has oído, no me hagas repetírtelo.

—¿Y a qué viene ese gran despliegue de afecto? —preguntó dando un paso hacia atrás. Su tía estaba muy cabreada y más valía guardar una distancia de seguridad.

—No te burles, sobrino.

—Si no me explicas por qué estás tan enfadada no me podré defender.

Federica lo miró con los párpados entornados.

—Sabes muy bien lo que le has hecho a Lucía.

Iván entendió y bufó antes de contestar.

—Has hablado con Marta, te ha explicado todo.

—Ya sabes que ella y yo solemos telefonarnos, pero claro, yo no sabía muchas cosas que ahora me ha contado en persona. —Alzó el dedo en actitud severa—. ¡Lo que no sabía esta mañana cuando llegué es que hubieras encerrado al hermano de Lucía para amenazarla y meterla en tu cama!

—Haces que parezca cruel y ¿cómo demonios se ha enterado Marta? —Se acercó a la ventana y su mirada se perdió en la oscuridad de la noche—. Yo no le he dicho nada y, conociendo como conozco a Lucía, ella tampoco le ha contado nada.

—Marta no es tonta, sabe que dos más dos son cuatro. Además, hasta un ciego se daría cuenta de que ella no está gustosa a tu lado. —El hombre giró el rostro y la miró dolido—. La manera en que se le quiebra la voz cuando Lucía habla de su hermano encerrado en prisión y de los ojos suplicantes con que te mira. —Suspiró con pena—. ¡Hasta un ciego se daría cuenta! Iván, reflexiona y enmienda tu error antes de que sea tarde.

—No, tía, no lo haré.

—¡Estás loco! —explotó con rabia sin poder creérselo—. Eres igual que el odioso de tu padre. Escupís maldad a cada rincón.

—Abel está en prisión por haber incendiado mis camiones, se merece el castigo —explicó. Sin saber qué decir para defenderse, recurrió a lo más fácil.

—¡Por el amor de Dios! Ese muchacho estaba dolido y su mente se oscureció. Destruiste su hogar, ¿qué esperabas, sus felicitaciones?

—Está en prisión por un acto que está castigado por la ley.

—Mira, Iván —empezó a decir la tía, se acercó a él. Estaba de cara a la ventana y ella puso la mano en su espalda—, yo no sé mucho de leyes pero sé lo suficiente para darme cuenta de que ese muchacho no ha sido juzgado y está en prisión como si hubiera sido juzgado y condenado. Tú recurríste a tus contactos para que eso pasara, ¿verdad?

Él no dijo nada, el silencio fue la respuesta.

—No lo niegas —resopló abatida, no quería pensar en qué clase de persona se había convertido. Era doloroso, demasiado doloroso—. Entonces tengo razón, lo amañaste todo. Eres malvado, Iván.

—Si lo saco de prisión ella se marchará —intentó disculparse el hombre—. No puedo dejar que se vaya.

—La amas con locura, lo sé, eso también se percibe a simple vista. —Su tono era pesaroso. Estaba impactada por la crueldad de Iván y le sobrepasaba tal situación—. Marta tiene razón: estás desesperado. Sin embargo, tus actos la alejan de ti, piensa en ello.

—Aunque suene patético la amo más que a mi vida —confesó dándose la vuelta y mirando a su tía a la cara—. ¡Y cómo duele cada desprecio, cada mirada de odio!

Federica vio tal angustia en su mirada, que no quiso seguir atosigándolo. Intentó que reflexionara.

—El amor es dar sin esperar recibir, el amor es sacrificio, dolor, ilusión... —Puso la mano en la mejilla del sobrino—. Tú solo quieres recibir y que sea ella la que se sacrifique siempre. No es justo, no es nada justo.

—No, tía, no dejaré a Abel en libertad hasta conseguir que se enamore de mí.

Federica hundió los hombros.

—Será muy doloroso para mí ver tu sufrimiento cuando ella te rechace una vez detrás de otra.

—Siempre consigo lo que quiero y ahora no será una excepción.

La anciana ladeó la cabeza de un lado a otro. Esa actitud haría que Lucía lo odiara más.

—Qué equivocado estás, el amor no se compra, no se consigue a base de amenazas y chantajes.

—¡Ya basta! —gritó con intención de no seguir con el tema—. No quiero seguir con esta conversación, y si no te gusta cómo soy o te desagradan mis decisiones ya sabes dónde está la puerta.

La mujer irguió la barbilla.

—¿Me estás echando, Iván?

El hombre reflexionó, estaba descargando su frustración con la persona menos indicada. Su tía no merecía que la tratara mal, ella lo quería como si fuera su hijo.

—Perdóname. —La abrazó y le besó la mejilla—. Ya sabes que en esta casa siempre tendrás tu hogar.

Federica abrazó a su sobrino.

—Ay, Iván, ¿por qué es tan complicada la vida?

—Nosotros la hacemos complicada.

## CAPÍTULO 6

Al día siguiente, Federica se levantó temprano. Había solicitado una entrevista con Alberto, él no perdió la oportunidad de mostrar su odio hacia ella y la había convocado a las ocho de la mañana. Pero el muy desconsiderado aún la tuvo esperando dos horas en la salita. ¡Ni siquiera le ofrecieron un café!

Federica estaba aguantando, como la gran señora que era, las groserías del anciano, sin olvidar en ningún momento el motivo de su visita.

«Quien ríe último ríe mejor, cuñadito», dijo ella para sí misma.

La mujer, para entretenerse, le estaba echando un vistazo a una revista económica, cabe decir que no entendía nada, era como si estuviera escrita en chino. Al menos le evitaba morderse las uñas acabadas de pintar, o en el peor de los casos, salir y comprar un hacha para cortarle la cabeza a Alberto. Se rio, imaginándose blandiendo tal arma delante de las narices de su cuñado y su cara de pánico. Estaba tan ensimismada en sus ideas asesinas que no se dio cuenta de que la secretaria de Alberto la llamaba.

—Señora... —carraspeó—, el señor Mayer la espera.

Federica se percató de la presencia de la trabajadora, en ese momento cesaron sus risas. Se levantó y miró con descaro a la mujer y no se extrañó en absoluto que fuera una muchacha joven y espectacular. El vestido rojo que llevaba puesto era tan diminuto que no había suficiente cantidad de ropa para que sirviera de pañuelo. Suponía que, aparte de secretaria, le tenía asignados otros tipos de trabajitos. «Muy típico de Alberto, nunca cambiará», caviló la anciana.

—Creo que esta mañana te has olvidado vestirte —aclamó Federica—. ¿O has lavado el vestido con agua caliente y se ha encogido?

—¡Señora! —gritó la secretaria, ofendida.

—Mira las instrucciones de las etiquetas antes de meter la ropa en la lavadora. — Suspiró y ladeó la cabeza de un lado a otro—. Bueno, a veces la belleza no va acompañada de inteligencia, ambas sabemos cómo has conseguido el trabajo.

La espectacular mujer la miró con desprecio y reprimió sus ganas de replicarle. Aun así, Federica esperó el estadillo, ya tenía preparada una respuesta mordaz en mente.

Sin embargo, la secretaria se limitó a señalarle el despacho de su jefe y la apremió con un gesto poco cortés de cabeza a que avanzara por el pasillo, de este modo la perdería de vista lo antes posible. La mujer madura se sintió satisfecha, esa mujerzuela no había cesado de mirarla con severidad desde que había entrado a primera hora por la puerta. Se lo tenía merecido, a ver si se creía que por acostarse con su jefe, para conseguir privilegios, estaba por encima de los demás. La muy estúpida no sabía que Alberto la sustituiría tan rápido como se cambiaba de pantalones; y la tiraría a la calle como un perro pulgoso.

Antes de entrar en el despacho de Alberto, respiró muy profundo, había que prepararse para la batalla.

—¡Hola, Federica! —saludó Alberto con fingida alegría desde detrás del escritorio—. Siento haberte hecho esperar, pero tenía unas peticiones urgentes que atender.

—No te preocupes. —Se sentó en el sillón de enfrente suyo, porque como dudaba de su hospitalidad no se esperó a que él se lo ofreciera—. Sé que robar a pobres, destruir a ricos y matar a mujeres tiene que darte mucho trabajo.

Al hombre se le borró la sonrisa y se alzó del escritorio.

—Federica —advirtió indignado—, me lo estás poniendo difícil, te sugiero que te marches, no estoy para aguantar tus tonterías.

—No son tonterías, querido. —Se pasó la mano por el cabello castaño oscuro con una tranquilidad que enervó a Alberto. Se acomodó en el sillón y lo desafió con la mirada—. ¿No te interesa saber por qué he aguantado tanta descortesía de tu parte? Te interesa por la cuenta que te trae.

Alberto lo meditó por espacio de unos segundos. Se sentó y otra vez en sus labios apareció la falsa sonrisa.

—Dime, cuñadita, estás muy lejos de tu querida Roma. ¿A qué has venido?

—Mi sobrino —puntualizó sin dudarle. Entrelazó los dedos y empezó a mover los pulgares dibujando circunferencias, era una costumbre de su difunta hermana María y sabía que a Alberto lo ponía nervioso el frenético movimiento de los dedos—. ¿Te pongo nervioso, cuñadito?

El anciano se inclinó hacia atrás hasta que la espalda quedó bien acomodada en el respaldo del sillón.

—Hará falta algo más que una manía de hermanas para ponerme nervioso.

—Perfecto, no he venido a hablar largo y tendido contigo, así que dejémonos de

sutilezas. —Descruzó los dedos y los apoyó en el brazo del sillón—. Iván está enamorado de Lucía y, teniendo en cuenta cómo la trataste, es evidente que no te gusta.

Las aletas de la nariz de Alberto se ensancharon al inspirar con rabia.

—Iván es un idiota. Está destrozando su futuro por una mujer que no vale nada.

—Iván es mayorcito para saber lo que hace y lo que quiere.

Alberto le dirigió una mirada tan glacial como un iceberg, pero continuó con la conversación.

—No puedo mantenerme con los brazos cruzados mientras veo que echa por tierra todas sus futuras aspiraciones.

El brillo peligroso que se reflejaba en los ojos negros del anciano la alertaron.

—Tienes algo preparado, ¿verdad? —preguntó con descaro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con ingenuidad, suavizando al mismo tiempo su mirada.

—Te conozco. Siempre lo tienes todo controlado. No dejas nada al azar.

—Federica, soy un hombre de negocios. —Su entonación era burlona—. No se puede dejar nada a la suerte.

—Igual que calculaste con mi hermana. Ella tenía un carácter frágil y tú te valiste de esa fragilidad para enamorarla. —Una sonrisa de desprecio asomó en sus labios antes de continuar—. Sabías que si te casabas con ella mi padre te daría el dinero necesario para salvar a tu empresa de la quiebra. Te trajiste a María a vivir a Barcelona y convertiste su vida en un infierno. Suerte que mis padres murieron antes de saber la verdad. Jamás se hubieran perdonado el haber entregado a su hija a un desalmado.

Alberto empezó a reír, la mujer madura lo fulminó con la mirada. Solo deseaba que con el tiempo pagara por lo que había hecho.

—Nos engañaste a todos —continuó Federica, con un deje de dolor en la voz—, incluso a mí, pero cuando no empecé a recibir cartas de María, llamaba, y tú no me dejabas hablar con ella con excusas superfluas, sospeché que ella no estaba bien.

—María estaba loca y me vi obligado a tomar decisiones no muy agradables. Ella me pidió que no os dijera nada.

—¡Mientes, mientes, desgraciado! —Se levantó del sillón con los ojos rebosantes de odio.

—Veo que la locura es cosa de familia. —Los ojos masculinos bailaban divertidos

—. En caso de que mintiera, como tú dices, no tienes pruebas.

La furia en los rasgos de Federica se fue transformando, poco a poco, en una expresión de triunfo.

—Te equivocas, las tengo.

El anciano se levantó y la miró incrédulo, pues no la creía, solo era un farol. Sin embargo, ella le sostenía la mirada sin ni siquiera pestañear, muy segura de lo que decía y Alberto no las tuvo todas consigo.

—¡Mataste a mi hermana! —exclamó sin flaquear—. Mataste a mi hermana, malnacido —repitió.

—Estás loca.

No obstante, ella ya había explotado, ahora no se iba a detener.

—La descubriste cuando se escapaba con Iván en los brazos. La golpeaste hasta, hasta matarla

Federica no pudo continuar. Un nudo se le hizo en el estómago al pensar en cada golpe, en cada hueso roto. Veía en sus pensamientos a María agonizante, con su pequeño cuerpo impreso de magulladuras y la sangre saliendo de su ser, era demasiado incluso para una mujer fuerte de espíritu como ella. Tuvo que aguantarse con una mano en el respaldo del sillón, alzó la vista y halló a un Alberto lívido de la impresión. Entonces, un tenso silencio llenó el despacho.

—Te has quedado blanco, cuñadito —señaló la mujer una vez se recuperó. No era el momento de desfallecer. Ahora no. Tenía que asestarle el golpe final—. ¿Te preguntas cómo es que lo sé? Solo tú y otra persona, aparte de mi hermana claro está, estabais en la casa.

El anciano no dijo nada, ya que era mejor no abrir la boca hasta que ella le explicara de dónde había sacado la información. Pero Federica dedujo lo que estaba pensando.

—Lo sé todo —se apresuró a asegurarle—. Mi fuente es buena.

Él la miró con recelo.

—¿Te suena el nombre de Sofía López?

A Alberto se le heló la sangre. Las líneas de su rostro se encogieron de sorpresa.

—Era tu amante y la enfermera de María. —Cómo disfrutaba Federica viendo su rostro de sufrimiento—. Sofía era tu cómplice, ella se encargaba de mantener sedada a María. Pero mi hermana no era tonta y un día por casualidad se despertó, supongo

que Sofía no le dio la dosis correcta, entonces mi hermana fue a buscarte y te encontró en la cama con tu fulana. No dijo nada y a partir de entonces no se tragaba las pastillas que la enfermera le daba diciéndole que eran para su depresión. Poco a poco descubrió que te casaste con ella por dinero y que tenías la intención de ingresarla en un sanatorio mental cuando no le sirvieras para arrancarles más dinero a mis padres. —Se dirigió al mueble bar y se sirvió un vaso de agua, notaba la garganta seca debido a los nervios—. ¿Voy bien, Alberto?

Su mirada cargada de oscuridad le confirmó a la mujer que estaba muy cerca de la verdad. Federica dejó el vaso en el escritorio y se acercó a él. Se mantenía tan impasible, tan frío, que tuvo la impresión de que la estrangularía allí mismo. Se llevó la mano al cuello, ¿sería capaz?, claro que lo haría, pero no se amilanaría ante aquel déspota y siguió de pie, delante de él, disimulando el pánico que le daba quedarse a solas con el asesino de su hermana.

—Sí, vas muy bien, cuñadita —le contestó con desprecio, preguntándose cómo lo sabía. Seguro que Sofía se había ido de la lengua. También tendría que haberla matado cuando tuvo oportunidad. Sin embargo, ella lo debía haber deducido porque desapareció sin dejar pista alguna y nunca la encontró.

—¿No lo niegas? —preguntó la mujer, desconcertada. Él le estaba confesando que había asesinado a su hermana y el desgraciado no mostraba arrepentimiento, todo lo contrario, porque lucía una expresión de satisfacción más propia del asesino en serie—. Entonces la mataste, lo dices como si fuera la cosa más normal del mundo.

Alberto encogió los hombros con indiferencia antes de contestar.

—No tuve alternativa. La sorprendí llevándose a mi hijo, me dijo que volvía a Roma, que todo se había acabado entre nosotros y que quería el divorcio. —Los ojos le irradiaban maldad—. No podía dejar que se llevara a Iván y explicara a tu padre que me casé por dinero, pues necesitaba más. No tuve otra alternativa que matarla, y debo decir que todo salió mejor de lo que esperaba...

—¡Sí, ya lo creo que te salió bien! —le interrumpió—, todos creímos que se había caído por las escaleras en una de sus crisis. Nos contaste una sarta de mentiras. La jugarreta te salió bien. —Rio con amargura, al borde del llanto—. Mi padre se creyó la historia de que tus negocios no marchaban bien porque los desatendiste para ayudarla en su depresión, y él aún te dio más dinero. Suerte que se fue a la tumba sin saberlo, los remordimientos lo hubieran matado mucho antes.

—Gracias a ese dinero conseguí montar esta gran empresa.

—Eres un asesino, un desgraciado, pero no voy a dejar que...

—¡Cállate, vieja amargada! —La cogió por el brazo y le clavó los dedos en la carne. Acercó su rostro al de ella y rio histriónicamente—. ¡Tú no puedes hacerme nada! —La soltó con brusquedad y Federica tuvo que aguantarse en el borde del escritorio para no caer.

—¡Ya sé que no puedo denunciarte! —Se acarició la parte del brazo donde él la había cogido de manera tan dolorosa—. El delito ha prescrito —sentenció en un murmullo penoso.

—Te has informado muy bien.

—¡Claro que me he informado! Pero no dejaré que vuelva a ocurrir.

Alberto la miró receloso, con el rostro tenso de irritación.

—¿Qué quieres decir?

—No dejaré que hagas daño a Lucía —pronunció, igual de irritada y tensa.

—¿Y qué te hace suponer eso?

—La odias y se ha cruzado en tu camino. Una persona que ha matado una vez, mata dos y tres, y las veces que hagan falta.

—Nadie creerá tal tontería, no puedes hacer nada —proclamó con tono crispado.

—En eso te equivocas, puedo hacer más de lo que tú crees.

Alberto la apresó otra vez del brazo. Todas las facciones del anciano se desencajaron, pues no le gustaban las amenazas, y menos si venían de una mujer que era su cuñada y a la que odiaba hasta la médula.

—¡Suéltame! —exigió ella.

—¡No me gustan las amenazas!

—¡Es más que una amenaza!

La soltó.

—¡Explícate! —le gritó a la cara, apretó los labios.

—María escribió una carta antes de que la mataras explicándomelo todo. —A pesar del dolor no dejó de hablar—. Su sufrimiento, su desengaño, su frustración.

Se volvió a sentar en el sillón y con un gesto de mano le pidió a Alberto que se sentara.

—Lo que te tengo que decir mejor que sea sentados.

—Ve al grano.

Federica se inclinó hacia delante para dar más énfasis a sus palabras.

—Como a Lucía le suceda cualquier cosa, aunque sea un leve rasguño, te juro que enseñaré la carta a la policía, y a Iván. —Le dedicó una sonrisa sarcástica—. Además, también poseo una carta firmada con la declaración de Sofía, contraté a un detective muy bueno y la encontró en Roma, agradecí al cielo mi suerte, pues se había escondido muy bien para que tú no la encontraras. Puede ser que no pueda denunciarte por la muerte de mi hermana, pero si a Lucía le sucede cualquier cosa, presentaré ambas cartas a la policía y también se las enseñaré a tu hijo. Las consecuencias podrían ser nefastas para ti. ¿Qué crees que pensarán los representantes de la ley e Iván de ti una vez lean las cartas, si Lucía apareciera muerta?

Alberto se levantó de golpe. Se dirigió a su cuñada con actitud violenta.

—¡No te atrevas a ponerme una mano encima! —Se levantó del sillón—. Si algo me sucede, una persona de mi confianza cogerá las cartas y las llevará a la comisaría. No puedes matar a nadie, Alberto. Esta vez los astros no están a tu favor.

El hombre apretó los puños.

—Eres...

—¡Ahórrate tus insultos! —No le dejó terminar—. Me importa bien poco lo que pienses de mí. No hace falta que me acompañes a la salida, ya sé el camino —dijo dirigiéndose a la puerta. Se volvió antes de abrirla—. Recuerda, te tengo bien amarrado. Vigila lo que haces.

Alberto la miró mientras marchaba. La risa de la mujer mientras se alejaba lo enfureció. Cogió el vaso de agua de encima el escritorio y lo tiró a la puerta.

Federica oyó un golpe y el sonido de cristales rotos. La risa aumentó, saber que había enfurecido a ese desgraciado la llenaba de gran complacencia.

—Te aconsejo que llames al veterinario —insinuó al pasar por delante la secretaria—. Tu jefe está con un ataque de rabia, tendrán que vacunarlo no sea que te contagie cuando te muerda.

No se detuvo a mirar la cara que ponía. Se marchó igual como había llegado, erguida, expresando con sus andares que no tenía miedo. Cuando hubo salido del campo de visión de la secretaria y de la gente que circulaban por los alrededores, se desmoronó. Se apoyó en la pared, las manos le temblaban y el llanto de impotencia por no poder encerrar en prisión al asesino de María salió a flote.

Una vez se recompuso suspiró con resignación. Se mantendría atenta a todo, pues no

dejaría que Alberto destrozara el futuro de su sobrino, y tampoco permitiría que le hiciera nada a Lucía. Alberto era una mala influencia para Iván, ya que solo hacía falta ver el hombre despiadado en el que se había convertido. En realidad su cuñado había creado una copia de sí mismo en su hijo. Pero, por suerte, Lucía se había cruzado en su camino y la esperanza de que cambiara se mantenía intacta, porque era posible.

Mientras, Alberto estaba de mal humor. Echó casi a patadas, y sin ninguna consideración, a la secretaria. Tenía que pensar, dado que sus planes se habían venido abajo por culpa de la desgraciada de su cuñada. ¡Maldita mujer! Su plan de asesinar a Lucía tendría que anularlo. Aun cuando pudieran matarla de una manera que simulara un terrible accidente, no podía correr el riesgo, porque Federica no lo creería. Había mucho en juego, sin embargo, él era un hombre de recursos y su mente empezó a anudar diferentes alternativas.

«¿Cómo es que no se me había ocurrido antes?». Las carcajadas siniestras tronaron por todo el despacho. Un plan perfecto. Sí... perfecto.

\*\*\*

Era por la mañana de un día del mes de junio. La primavera fría había cambiado y los días se habían convertido en soleados y calurosos. El calor entraba por la ventana de la celda de Abel. En aquel instante estaba feliz. En sus manos tenía una carta de su hermana, saber que ella estaba bien lo llenaba de tranquilidad. Una voz profunda lo sacó de la nube en la que estaba sumido.

—Tienes una visita —le dijo Lorenzo, un policía desde detrás los barrotes.

—Hola, Lorenzo —le saludó—. Hace días que no te veo. ¿Todo bien?

—El corazón me dio un susto el otro día, pero ahora ya estoy bien.

—Me alegre, amigo.

Lorenzo era un policía mayor. Estaba casi calvo y su aspecto mostraba un cansancio agotador por la vida que le había tocado vivir. Arrastraba problemas de salud desde que su hija cayó en las drogas y murió de una sobredosis. Cobra y Lorenzo eran los únicos amigos con los que contaba en Els Roures.

—Te está esperando una jovencita muy bonita. —Le sonrió con picardía—. Yo de ti

no la haría esperar.

Al muchacho se le iluminó el rostro de felicidad.

—Debe ser mi hermana.

—Me contaste que tu hermana pertenece a la comunidad Los Hijos de la Luz, y te digo que la mujer de abajo tiene pinta de ser otra cosa.

Abel frunció el ceño. ¿Quién podría ser? Nadie lo había visitado hasta ahora. Se volvió para que lo esposaran y notó el frío del metal que le envolvía las muñecas.

—Lo siento, muchacho —se disculpó Lorenzo—, sabes que si pudiera decidir no lo haría.

—No tienes por qué disculparte —le interrumpió Abel. Sabía que él sufría y quería evitarlo a toda costa. Ellos eran buenos amigos, la diferencia de edad no había sido obstáculo para fraguar una relación sincera. Abel sabía que gozaría de la buena amistad de Lorenzo de por vida—. Es tu trabajo, yo no pediría que fuera de otra manera.

Abel se apresuró a seguir a Lorenzo hasta la zona de visitas y se volvió para que le quitara las esposas. Las cabinas de visitas eran individuales, con paneles transparentes en el frente y en los laterales. Una mesa pequeña y una silla llenaban el lugar de por sí ya pequeño. Para poder comunicarse se disponía de un agujero redondo con una rejilla en el panel de delante.

—Siéntate, Abel, voy a mandar que la hagan pasar.

—Gracias, Lorenzo.

—De nada, muchacho. —Sacudió la cabeza al tiempo que suspiraba—. No eres mal chico, tú no tendrías que estar aquí.

El hombre cerró con cerrojo la puerta al salir. Eras las normas y no podía incumplirlas. Abel miró las otras cabinas, a su lado estaba Cobra, que parecía estar enzarzado en una pelea con un tipo que parecía salir de una guerra. Iba vestido de uniforme, pero su cara magullada y el brazo roto indicaban que había perdido algún tipo de batalla.

La puerta se abrió y por ella apareció Elisa.

—¿Eli? —preguntó Abel, sin creer lo que veía.

La chica que tenía delante iba... ¿vestida?, más bien diría que estaba desvestida. Llevaba una falda tejana cortísima que dejaba poco a la imaginación, a la que se sentara enseñaría todo lo que no debía verse. Las piernas largas y esbeltas quedaban a

la vista, solo tapadas en parte por unas botas blancas que le llegaban hasta las rodillas. Al menos llevaba una chaqueta blanca y los pechos quedaban algo tapados.

—Sí, soy yo —afirmó ella, con una sonrisa seductora en los labios.

—Pero qué... —La pregunta murió en sus labios.

Eli se fue desabrochando botón por botón y se sacó la chaqueta. Un top diminuto blanco cubría parte de los pechos y del abdomen. Su abundante busto parecía querer salir, pero el tejido elástico lo mantenía sujeto en su lugar. Abel tragó saliva y se levantó de golpe. No llevaba sujetador y la prenda blanca semitransparente no tapaba con eficacia lo pezones. Pudo discernir su tamaño, su color, su relieve... La muchacha era consciente dónde la miraba y las cimas se endurecieron en segundos. Abel se había imaginado el cuerpo de ella tantas veces... y ahora lo tenía casi expuesto en su totalidad. Se sentó de golpe, temiendo que ella pudiera ver la tremenda erección que palpitaba entre sus piernas.

—¿Dónde está tu vestimenta? Quiero decir la de la comunidad —preguntó con la voz temblorosa de deseo.

Ella no le contestó, tomó asiento y se limitó a mirarlo con sus hermosos ojos grises. La melena rubia que resplandecía como el sol caía rizada por la espalda. El muchacho se dio cuenta del maquillaje que cubría su rostro. Los labios, ya por sí gruesos, pintados de color rojo, aún daban la sensación de ser más carnosos.

Abel quería besarlos.

—Y tu pelo ¿dónde lo has dejado? —preguntó Eli, arqueando una fina ceja.

—Me obligaron a cortármelo —contestó, pasándose la mano por el cabello—. Nos obligan a todos los presos a llevarlo corto.

Eli giró el rostro y el muchacho siguió su mirada. La visita de Cobra ya no estaba y su amigo miraba a la chica con ojos de deseo. Ella no se asustó, no le impresionaba el aspecto amenazador del hombre, al igual que tampoco le aterrorizaban aquellos ojos fríos y rasgados parecidos a los de Satanás. El muchacho se sintió muy desconcertado cuando Eli se levantó, exponiendo sus encantos con descaro. Cobra, como hombre que era, la contempló con atrevimiento y no se dejó ningún trocito por inspeccionar. Se detuvo en las cimas erectas de sus pechos un buen rato y terminó por mirarla a los ojos. Eli le sostuvo la mirada y le sonrió de la manera en la que una mujer se ofrece a un hombre por dinero.

—Cuando gustes, pequeña —le contestó Cobra. La frase traspasó el panel, la

escucharon Eli y Abel.

La muchacha le volvió a sonreír. Abel, consumido por los celos, no aguantó más. Se levantó de un salto.

—¡Eli, haz el favor de explicarme qué cojones está pasando, y ponte esa maldita chaqueta! —Giró el rostro para descargarse con Cobra—. ¡Y tú, haz el favor de largarte, es una conversación privada!

El hombre le contestó con una sonrisita y se marchó acompañado de un policía que lo conduciría directo a su celda.

—¡Siéntate! —le volvió a ordenar Abel. La miraba con tanta fiereza que la chica se sentó enseguida—. No entiendo nada, no sé qué haces vestida como... como...

—¿Una ramera?

—Eli, esto no me hace gracia. ¿Sabe tu padre que vas vestida así y provocando a todo hombre que se cruza por tu camino?

—Hace tiempo que no veo a mi familia. Me escapé de casa. —Se apalancó en la silla y cruzó los brazos—. Ya no aguantaba más. Yo no sirvo para vivir de esa manera, yo quiero vivir peligrosamente, sentirme viva.

—Eli, no digas tonterías —alegó el muchacho sin creer lo que estaba oyendo—. Vuelve a casa, tus padres deben estar preocupados. Estás equivocada si piensas que te encontrarás un mundo idílico, lleno de aventuras con finales felices como en los cuentos de hadas que leías a escondidas.

—¡Deja de tratarme como una niña! —gritó—. Porque no lo soy, solo tengo un año menos que tú. Me tratas igual que mi familia, además, hace mucho tiempo que dejé de leer ese tipo de cuentos, ahora soy una mujer.

—Con el cerebro de una criatura, por lo que veo.

La muchacha se ofendió y lo miró con recriminación.

—Vine a verte porque pensaba que te sentirías solo, y tú no paras de machacarme y tratarme como un bebé.

—¿Por qué te escapaste? —preguntó, sin prestar atención al enfado de ella. Necesitaba entender el porqué de una situación que no tenía ni pies ni cabeza.

Eli bajó la vista a sus uñas pintadas de color rubí. Se las tocó y en sus ojos aparecieron lágrimas. A Abel se le partió el corazón.

—Eli —susurró—, seguro que no es tan malo.

—Papá me encontró pintándome las uñas y se enfadó muchísimo —explicaba con

tono intranquilo—. Me cogió los dedos y me obligó a tenerlos en remojo con agua caliente hasta que la pintura saltó. Yo lloraba y le pedía que me perdonara. Me contestó con gritos que era igual que una ramera, que era la vergüenza de la familia y que se sentía desgraciado por tener una hija como yo.

Empezó a llorar y Abel se sintió impotente, pues una mampara los separaba y no podía abrazarla.

—Tu padre te quiere. Estoy seguro de que te buscó para pedirte perdón.

—¡No es verdad! Siempre se pasaba el día regañándome. En cambio a mis hermanos todo lo contrario, para ellos eran las buenas palabras y los elogios. — Sopló resignada—. Para él soy un cero a la izquierda.

—Vuelve a casa.

—No.

El muchacho no sabía qué hacer y la impotencia lo sacudió. Si estuviera libre la cogería por una oreja y la llevaría a su casa, quisiera o no quisiera. ¿Acaso no era consciente del peligro que corría, viviendo sola en un mundo diferente, al que ella no estaba acostumbrada?

—¿Y dónde vives? —le preguntó con intención de saber más.

No le contestó.

—Eli, no me asustes.

—No he venido a hablar de mí. —Se secó las lágrimas—. Anda, cuéntame como te va.

—¿Eli? —pidió, resistió las ganas de gritarle.

—¡Está bien! —exclamó resignada—. De hecho, ahí detrás no me puedes hacer nada, además, tampoco evitarás que siga con mi vida. He alquilado una habitación y trabajo para pagármela.

—¿De qué trabajas?

—Pues... —No pudo continuar, y se sonrojó.

—Pues qué... —insistió él temiendo la respuesta.

—No me obligues a decírtelo, ya te lo puedes imaginar por cómo voy vestida.

Abel se levantó de golpe de la silla. Empezó a pasearse por la pequeña estancia como un animal a punto de saltar a la yugular de una víctima.

—No te enfades, por favor —le rogó Eli, con los ojos anegados de lágrimas—. Eres el único amigo que tengo.

Abel la miró y no lo podía entender. De acuerdo que ella siempre había tenido un carácter rebelde, pues la curiosidad por el mundo que la rodeaba la había metido en algún lío, solo eran travesuras de una niña difícil a las que se sumó él también. Además, ella era demasiado sincera al expresar sus opiniones y eso le había dado cierta mala fama dentro de la comunidad. Él la conocía, habían crecido juntos, habían cometido locuras juntos, pero ella era buena chica. Eli parecía no darse cuenta, sin embargo nunca creyó que sus ganas de experimentar y su rebeldía, la hubieran convertido en una... no se atrevía ni a pronunciarlo. Además, ese carácter indomable era lo que le atraía de ella, hasta el punto de haberse enamorado. Su primer amor. Nunca lo consumaron, ni siquiera un simple beso. Pero él, en silencio, la amaba y tenía la esperanza de algún día casarse con ella. Lo peor de todo era que no podía ayudarla.

De pronto una idea le cruzó la mente... ella aún era menor de edad, ¡sí, ya tenía la solución! Seguro que lo odiaría, pero prefería su odio a verla convertida en una vagabunda y tener que vender su cuerpo por unos miserables billetes, expuesta vete tú a saber a cuántas enfermedades.

—No te preocupes, siempre seremos amigos, guardaré tu secreto —proclamó Abel, disimulando su euforia—. Cambiemos de tema, necesito saber cómo está mi hermana, la echo de menos. ¿La viste antes de escaparte?

—No, tu hermana se marchó el mismo día en el que te encerraron en prisión.

—Debes estar equivocada —declaró muy seguro—. Precisamente acabo de recibir una carta y me explica que sigue en casa de tío Enrique y tía Carolina.

—No, no estoy equivocada, te lo juro —le aseguró—. Se estuvo hablando durante días del asunto, no sabes el escándalo que provocó Lucía.

—¿Qué escándalo? —preguntó incrédulo. Lucía era incapaz de provocar escándalos, era un ángel. Su mente intentaba buscar explicaciones coherentes.

—Nadie sabe el motivo. Francisco intentó sacarte de aquí, pero se negaron, además le aseguraron que Lucía estaba viviendo con Iván. No le dejaron hablar con ella y le cerraron todas las puertas a las que acudió pidiendo ayuda.

Abel se levantó. Otra vez empezó a pasearse. ¿Lucía en casa de ese desgraciado? Eli lo miraba con tristeza, pues él no sabía nada y la verdad lo estaba destrozando. Él adoraba a su hermana, de pronto se sintió culpable por ese dolor; se tendría que haber callado. Deseó poder romper la pantalla transparente que los separaba y consolarlo

con un abrazo, se levantó y apoyó la palma de la mano en la superficie de metacrilato.

—Abel —rogó—, yo creía que lo sabías. Perdóname.

El muchacho la miró. Dio un paso hasta acercarse a ella y juntó su palma con la de Eli. Aunque los separaba la pantalla, los dos podían sentir el calor de los cuerpos. Abel la miró con ojos suplicantes, pidiéndole que le explicara que sabía.

—Lo único que sé es que tu hermana vive en la misma casa que Iván. —Acercó la otra palma al panel y Abel enseguida apoyó la suya—. Y por lo que leí en una de esas revistas de corazón ella es la nueva amiguita del rico constructor.

El muchacho intentó asimilar la información. Notó cómo su cuerpo revivía las emociones del odio que había creído enterradas. Miró el rostro de Eli y vio la misma tristeza que él sentía.

—Lo siento —se disculpó Eli, con voz apagada—. Tu hermana es demasiado buena. —Hizo una mueca torcida—. No es como yo, seguro que se vio obligada. Cuando salgas y hables con ella todo se aclarará.

—Tú no tienes la culpa. Eli, no quiero que digas semejante tontería, tú tienes muchas virtudes, solo hace falta que creas en ellas. —Le hizo gracia que ella mirara sus pechos. Una sonrisa escapó de sus labios—. No estoy hablando de esas virtudes.

—Ya lo sé... —La Eli que brindaba su apoyo y lo hacía reír hasta en los momentos más tensos, apareció—. No quería marcharme sin verte sonreír.

Abel esbozó una sincera sonrisa, sus ojos miraron con afecto a la chica. Recordó tiempos felices, tiempos en los que ellos dos coleccionaban travesuras y castigos. Si bien la expresión se tornó cruel al volver a la realidad.

—Estoy seguro de que mi hermana se vio obligada a tomar esa decisión. —Sus ojos se velaron por el odio, escupían fuego—. Desde que ese hombre entró en nuestras vidas todo ha ido de mal en peor.

Lo único en lo que Abel podía pensar era en hacer pagar a Iván tantas injusticias. De una manera u otra pagaría, él se encargaría. Ya nadie lo detendría porque la decisión estaba tomada.

—Tengo que irme, Abel —dijo la muchacha—, pero vendré a verte otra vez. —Estampó un beso en la superficie transparente y dejó la marca de unos labios rojos—. Este beso durará hasta la próxima vez.

«No vendrás después de lo que voy hacer», pensó Abel, mientras golpeaba la puerta para que Lorenzo la abriera. Contempló el rostro travieso de Eli, ella no dejaba de

sonreírle y lo miraba de una manera que al muchacho se le encogió el corazón.

—Eli, perdóname. Espero que con el tiempo te des cuenta de que lo hice por tu bien.

Eli dejó de sonreír. Demasiado pronto tomó conciencia de lo que se proponía su amigo. El pánico cubrió su rostro como si un dolor intenso se adueñara de todo su ser. Corrió hacia el panel y empezó a golpearlo con los puños.

—¡No, no lo hagas, desgraciado, no lo hagas, te odiaré toda la vida!

Las palabras se fundieron en el momento en el que Abel cerró la puerta.

—Lorenzo, tienes que hacerme un favor y tiene que ser rápido, antes de que ella se largue a toda velocidad —pidió el muchacho mientras se daba la vuelta para que le pusieran los grilletes.

—Soy todo oídos.

—Avisa para que no la dejen marchar. Tienen que retenerla.

Lorenzo cogió su móvil y habló con un compañero de confianza.

—Ella es menor de edad y se ha escapado de su hogar. Sus padres deben estar desesperados buscándola. —El dolor que sentía por el hecho de que a partir de ahora solo tendría el odio de ella, lo desbordó, pero tenía que seguir adelante con el plan, porque lo hacía por su bien—. Por favor, que alguien de tu confianza la lleve a su casa, te haré un plano para enseñarte dónde vive, y sobre todo que se cambie de ropa. Si llega a su casa con ese aspecto, a su madre le dará un ataque y las habladurías se extenderán por toda la zona. Nadie debe saber a qué se dedica.

—Si mi hija hubiera contado con un amigo como tú, ahora estaría viva, en casa, con mi mujer y conmigo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Murió por culpa de una sobredosis.

—Lo siento... —dijo, intentando consolarlo—. Cuando salga de aquí te haré una visita, y me presentas a tu mujer, me has hablado tanto de ella que tengo ganas de conocerla.

—Pues a mi mujer siempre le estoy hablando de ti. —Se rio—. Es como si ya te conociera.

El muchacho contempló al hombre con sincero agradecimiento.

—Te debo mucho, Lorenzo. Te devolveré favor por favor y aunque salga de aquí no lo olvidaré.

El móvil de Lorenzo sonó. Abel contuvo la respiración.

—Ya está hecho. La tienen retenida en un despacho. —Lo cogió del brazo para que

lo siguiera—. Venga, vamos, es la hora de que los presos salgáis al patio. Sal un rato afuera y relájate. Yo mismo me encargaré de devolverla a sus padres. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

El muchacho estuvo reflexionando un momento. Negó con la cabeza.

—Mejor no, ahora debe estar maldiciéndome. Hablaré con ella cuando salga.

Fueron hacia el patio. Una vez Lorenzo le quitó las esposas buscó a Cobra, ya que tenía que hablar con él. Lo encontró haciendo flexiones y con el torso desnudo. Su amigo se levantó y Abel lo miró con ojos desafiantes, pues no le había gustado cómo había mirado a Eli.

—Ni te atrevas a tocarla, ¿me oyes? —le amenazó Abel sin acobardarse por el hombre que se erguía desafiante. Aunque los dos eran igual de altos, Cobra gozaba de una corpulencia y una fuerza que Abel jamás podría detener.

—¿Te pelearías conmigo por una puta?

—¡Cállate, ella no es una puta!

Cobra lo miró con ojos burlones y empezó a reír sin inhibición alguna, el hoyuelo de su barbilla se profundizó.

—¡Te has enamorado de una puta! No me lo puedo creer.

—No es lo que parece —especificó, dolido, intentado que su amigo lo entendiera—. Ella ha cometido un error del que se dará cuenta con el tiempo.

Cobra entendió y dejó de burlarse, asintió con la cabeza sabiendo que había más en esa historia. Por experiencia sabía que en el mundo donde él venía, cuando una mujer llegaba al extremo de vender su cuerpo, nunca dejaba de ser en lo que, por desgracia, se había convertido. Se compadeció de su amigo y recordó a la chica, sintió curiosidad, pues ella no se había asustado al contemplarlo y no se había encogido de miedo, como hacía todo el mundo cuando lo veían o sabían quién era.

—En la cena te explicaré la historia —dijo el muchacho suspirando largamente.

Abel miró a su amigo con descaro. Se fijó en el torso sudoroso por el ejercicio y en cómo sus bíceps musculosos brillaban al sol. Fue bajando la mirada hasta que entendió el porqué lo llamaban Cobra. Tenía la cabeza de una cobra tatuada en el lado derecho de la ingle. La cola desaparecía entre los pantalones y, más o menos, dedujo hacia dónde se dirigía.

—Si sigues mirándome así pensaré que eres un maricón, te aseguro que a mí me gustan las hembras con las tetas bien grandes.

—Ahora entiendo por qué te llaman Cobra —dijo el muchacho, sin prestar atención a las acusaciones de su amigo.

Una sonrisa sardónica se dibujó en los labios de este. Con las yemas de los dedos tocó la cabeza de la serpiente.

—Dicen que soy letal y que tengo los mismos ojos malignos que una cobra. ¿Tú que opinas, amigo mío?

Abel se rio.

—¿Yo qué opino? —ironizó—. Que tengo suerte de tenerte como amigo y no como enemigo, eso opino.

—¡En eso tienes razón!

Los dos estallaron en carcajadas.

—Quiero ser como tú —aclamó de pronto Abel, acalló al instante las carcajadas de su amigo—. ¿Me enseñarás a luchar y a ser letal?

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —le preguntó, su tono era agudo.

—Sé de sobras lo que te estoy pidiendo. Tengo una cuenta pendiente con una persona y te aseguro que me la voy a cobrar.

—Te convertirás en un delincuente, o en un asesino, igual que yo.

—Quiero recuperar a mi hermana, no me importa en lo que me convierta.

—No podrás volver nunca más a tu comunidad.

—Lo sé, pero no tengo alternativa. —Con el pie aplastó con toda su rabia a una cucaracha que correteaba por el suelo, e imaginó que era Iván—. Estoy cansado de ver injusticias y no poder hacer nada. Ese desgraciado está destruyendo todo lo que amo y no puedo hacer nada. Pero se acabó, ya no más. —Apretó los dientes—. No dejaré que destruya lo que me queda y lucharé como sea. —Con los puños golpeó la pared que tenía al lado—. ¡Cuando salga de aquí estaré en condiciones de defender a mi hermana, no me dejaré pisar por nadie más!

—Te ayudaré. —Le apretó el hombro—. Te enseñaré a luchar, a defenderte, pero la fuerza no se consigue de un día para otro. Tendrás que trabajar duro.

—Trabajaré día y noche, si es necesario, ¿empezamos?

—Muy bien. No pienso dejarte pasar ni una, ¿entendido? A ver cuánto aguantas.

\*\*\*

Lucía se puso unos pantalones tejanos y una camiseta de manga corta con rayas delgadas en tonos pistacho, negras y amarillas. Salió de la casa sin que nadie la viera, tenía una idea en mente: quería ver a su hermano y, esta vez, nadie se lo impediría. Hacía días que había enviado la carta y no había recibido respuesta, por lo que estaba impaciente. Pobre Abel, si supiera de las mentiras que se vio obligada a escribirle, seguro que se enfadaría. No había tenido alternativa, pues si le hubiera dicho la verdad, sabiendo cómo era, hubiera podido cometer alguna locura.

Se dirigió hacia el garaje. Ella no sabía conducir, pero Iván tenía un chófer contratado para Marta. En aquellos momentos, esta y Federica se encontraban en la ciudad, le habían pedido que fuera con ellas, pero había argumentado no encontrarse bien. No podía dejar pasar la oportunidad, y supuso que encontraría al chófer lustrando alguno de los coches. Y así fue. Ella se limitó a pedirle que la llevara a Els Roures, y por supuesto que el hombre obedeció las órdenes de la amiguita de su jefe.

Sin embargo, su alegría duró poco, pues no era día de visitas, y aunque lo rogó de mil maneras diferentes, no le dejaron ver a Abel. Frustrada, se dirigió hacia el automóvil. De pronto pensó que aprovecharía la salida. «¡Iré a ver a tía Carolina y a tío Enrique!».

El coche, un Audi de alta gama de color negro, se detuvo en la casa de sus tíos. La tía salió y se quedó en el porche, impactada por el enorme vehículo que tenía aparcado delante de su casa. ¿De quién podría tratarse? Por su parte, Lucía contemplaba con alegría la figura alta y delgada a través de la ventanilla. Respiró profundo antes de salir, y cuando la tía la vio empezó a llorar y corrió a abrazarla.

—¡Lucía, qué alegría verte!

—¡Oh, tía, cuánto os echaba de menos!

Las mujeres no reprimieron las lágrimas de felicidad. Se abrazaron como si hiciera años que no se veían.

—Anda, entremos a tomar una limonada bien fresquita, hace mucho calor aquí fuera —sugirió Carolina, temblando de la emoción.

Entraron abrazadas de la cintura, riendo y llorando a la vez.

—¿Dónde están los renacuajos? —preguntó Lucía, se sentó en la silla.

—Están durmiendo la siesta —explicó mientras sacaba dos vasos del armario de la cocina—. Espera, iré a despertarlos para que los veas. Ya verás, han crecido muchísimo.

—No, no los despiertes, antes de irme subiré al cuarto y les daré un beso. Que duerman, no quiero revolucionarlos.

—Como quieras. —Se acercó a la mesa con una jarra de limonada y llenó los dos vasos.

—¿Dónde está tío Enrique?

—Está ayudando al vecino. Una vaca se ha puesto de parto y parece que el ternero viene del revés. El veterinario ya viene de camino, pero aún tardará un buen rato.

Lucía dio un sorbo, contempló a su tía por encima del vaso. Observó cómo sus ojos castaños formulaban preguntas que no se atrevía a pronunciar en voz alta.

—Esta limonada está muy buena —afirmó, dejando su vaso medio vacío encima la mesa, entonces suspiró antes de continuar—. Tía, lo siento, lo siento con todo mi corazón.

—No tienes por qué disculparte —dijo ella, cogió las manos de su sobrina y las sostuvo cariñosamente entre las suyas—. Sé que tú no tienes culpa de nada. Hay muchas cosas por explicar, pero tú aún no estás preparada para hacerlo. Quiero que sepas que aquí tienes tu casa, tanto tú como Abel.

Lucía se levantó y abrazó a Carolina con desesperación. La tía, viendo el sufrimiento de ella en los ojos, optó por cambiar de tema.

—Tengo que ponerte al día de todos los chismes, ¡ya basta de llorar! —exigió Carolina limpiándose las lágrimas.

Y así pasaron la tarde, entre risas y más risas. Al final hasta pudo jugar con los primos y comprobar por sí misma cómo habían crecido. La hora de la despedida fue dolorosa para las dos y Lucía tuvo la tentación de quedarse y no volver a Barcelona. No obstante, la lógica prevaleció por encima del deseo y, con el corazón roto, se marchó.

Lucía, viendo que estaba oscureciendo, pidió al chófer que fuera por el camino más corto. No quería que nadie se enterara de su excursión y pronto la encontrarían a faltar en la gran casa cuando Marta y Federica regresaran. No pensó que para coger un atajo pasarían por delante mismo de Valleverde. Cuando ocurrió, el alma se le cayó a los pies, no pudo evitarlo y pidió al chófer que se detuviera. Él se mostró reacio, pero al final ella se impuso.

En la zona no había nada que recordara la hermosa localidad en donde ella había pasado toda su vida. El olor a carburante y alquitrán le llegó hasta la nariz. Oía, muy a

lo lejos, obreros gritando, los ruidos eran continuos. En el suelo ninguna flor crecía, apenas hierbajos en algunas explanadas. Lucía fue caminando de un lugar a otro, poseída por una fuerza que la empujaba para que viera por ella misma lo herida que estaban las tierras, en el pasado sembradas de cultivos y ocupadas por las masías que ya habían desaparecido. Al final, exhausta y con una fiera sensación de vacío, se arrodilló en el suelo. Escondió el rostro entre sus manos y empezó a llorar. El chófer la miraba de lejos y fue a buscarla.

—Señorita, tenemos que marcharnos —balbuceó el hombre, sin saber qué hacer.

Ella levantó el rostro y lo miró a la cara. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—No voy a regresar.

—No puedo dejarla aquí —susurró el hombre, apesadumbrado.

—Por favor, por favor, váyase...

El chófer se dirigió al coche y, desde allí, telefoneó a Iván. Como era de esperar, se puso hecho una furia, hasta tuvo que retirar el móvil de la oreja de lo mucho que gritaba.

Los últimos rayos de sol desaparecieron detrás del horizonte y una luna plateada lo sustituyó. La luz blanca se extendía, las largas sombras producidas por las máquinas se proyectaban en el suelo yermo, como fiel recordatorio de lo que había a su alrededor. Lucía las miró pensando con ironía que ni la oscuridad borraba la destrucción. Ya no oía los gritos de los obreros, en cambio el pestilente olor a alquitrán le recordaba que al día siguiente continuarían con el incesante trabajo de la construcción de la carretera. Una voz familiar atrajo su atención.

—Lucía —pronunció Iván, poniéndose en cuclillas a su lado—. Vámonos a casa.

El hombre intentó mostrarse sereno, tragarse el mal humor que lo quemaba. Una ardua misión, pero que sin embargo logró cumplir, al menos por el momento.

Ella giró el rostro hacia él, la luz nívea de la luna fue suficiente para que el hombre viera el rostro anegado de dolor. Un sufrimiento profundo marcado en cada hermoso rasgo y del cual él era culpable.

La mujer se levantó, y le provocó un mareo repentino por el largo rato que había estado arrodillada. Sin embargo, consiguió mantenerse de pie e Iván la agarró de la cintura para llevarla al coche. El hombre no dijo nada, sabía que cualquier cosa que comentara recibiría a cambio una dosis de desprecio por parte de ella.

Pero Lucía no quería que él la tocara y con brusquedad se alejó. En su precipitación, cayó de rodillas sobre la terrosa superficie, su cuerpo no la sostenía. Iván, que era aún más tenaz que ella, la agarró de nuevo por la cintura y la ayudó a alzarse del suelo. Esta vez Lucía no se apartó, consciente de que tenía la musculatura agarrotada y necesitaba de su agarre. Siguieron sin pronunciar ninguna palabra, ni él ni ella. Poco a poco, la muchacha se recuperó, y antes de llegar al Hummer se separó de él.

—No voy a volver a Barcelona —notificó Lucía sin atreverse a mirarlo—. Todo ha terminado. Volveré a casa de mis tíos, ellos me ayudarán a encontrar una manera de sacar a Abel de la prisión.

—Estás demasiado conmocionada para decidir —le rebatió—. Cuando descanses lo verás de otra manera. —La cogió del brazo y la instó a que subiera al vehículo.

—Nunca escuchas —lo acusó con firmeza—. ¡No voy a volver! Métetelo en la cabeza, porque mañana, y pasado y cualquier otro día pensaré igual. Me lo has arrebatado todo. —Rio con amargura—. Mi cuerpo, mi libertad, mis sueños... —Hizo una pausa, acompañada por un largo suspiro—. Y lo que es peor... mi futuro.

Iván le soltó el brazo. Tenía razón, pero ya era tarde para rectificar, el daño estaba hecho. Por mucho que ella gritara, pataleara y peleara hasta la saciedad, no había vuelta de hoja. Pelear y resistirse a él no era la solución, cuanto antes lo entendiera mejor.

—¿No dices nada, no me contestas? —preguntó la mujer, alejándose varios pasos de él. Extendió los brazos abarcando toda la zona con el gesto—. ¿Esto es progreso, es esta la clase de civilización de la que te sientes tan orgulloso? —Se acercó a Iván hasta estar a escasos dos palmos de distancia, bufó desesperada por su silencio—. ¡Contéstame y no me mires como si estuviera loca!

—Es tarde para arrepentirse, y mucho más para rectificar —contestó el hombre, con una calma que estaba lejos de sentir, pero su intención era tranquilizarla e intentar dominar su estallido de rabia. Sin embargo, esa tranquilidad y esa serenidad calculada enfurecieron a Lucía y provocaron en ella el efecto contrario.

—¿Cómo te atreves a contestarme como si no tuviera importancia lo que has destruido?

—Yo no he dicho eso —intentó agarrarla de los hombros, pero ella dio un paso atrás.

—¡No me toques!

Iván estaba al borde de perder la paciencia, logró sosegarlo antes de seguir hablando.

—No quiero discutir más. Por favor, sube al coche —le pidió con una tensa calma—. Las noches aún son frías y estás temblando.

Sí, era verdad, estaba temblando y ella ni siquiera se había dado cuenta. Se abrazó el cuerpo, sin embargo, no hizo ningún movimiento que indicara a Iván su intención de subir al auto. La miró preguntándole con la mirada.

—Solo subiré si me prometes llevarme a casa de mis tíos —especificó ella.

—De acuerdo, tú ganas.

Lucía no dudó de su palabra y se dio cuenta de su error demasiado tarde. Una vez subió en su flamante Hummer negro azabache, Iván cerró por dentro las puertas y las bloqueó. Ella oyó el clic y supo que la había engañado.

—¡Eres un mentiroso! —Empezó a aporrear la ventanilla con los puños—. Si no me abres romperé el cristal, ¡lo juro!

El hombre no dijo nada, tampoco prestó atención a los golpes y a los gritos. Puso el coche en marcha y emprendió camino hacia la casa. Lucía, consumida por el cansancio, dejó de golpear las lunas. No obstante, en el momento que Iván pasaba de largo por el cruce que llevaba a casa de sus tíos, empezó de nuevo.

—¡Para, para! —exigía, aporreándolas de nuevo.

—No creo que puedas romperlos, son blindados —reseñó con un acento duro apenas contenido.

Ella, fuera de sí e incapaz de pensar con lógica, aporreó los cristales con más fuerza. Él empezó a temer que se hiciera daño, giró el coche con brusquedad y lo detuvo en el arcén. Lucía perdió el equilibrio por la brusca frenada e intentó pegar a Iván con los puños. Él perdió la poca paciencia que le quedaba y explotó de la peor manera. Entonces, la agarró con fuerza por los hombros y la atrajo para hablarle de frente.

—¡No voy a dejarte marchar! —La sacudió—. ¿Me escuchas, maldita sea? ¡Así que déjalo ya!

Pero ella no se quedó atrás, también sacó un mal genio impropio de ella y que ni siquiera sabía que tenía.

—¡No puedes obligarme! —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. Te denunciaré por

secuestro. —Tenía claro que no se dejaría acobardar por él. Su frustración era demasiado grande como para reflexionar en lo que decía. Se atrevió hasta a ironizar—. Con un poco de suerte te encerrarán en la misma celda que mi hermano.

Iván la soltó, sorprendido por su actitud. No la dejó de mirar a los ojos en ningún segundo. Sin embargo, el hombre siempre guardaba un as bajo la manga, y decidió hacer uso de él.

—Te llevaré a casa de tus tíos, si quieres. —Desbloqueó las puertas. Ahora podía salir del coche, no obstante, en el momento que Lucía las abría para apearse, el hombre añadió—: Pero tu querido hermano pagará las consecuencias.

Lucía cerró la puerta. El gusto de la victoria se transformó en derrota, Iván se encargó de ello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó temerosa, mirándolo también a los ojos.

—En Els Roures tengo conocidos fieles. —Ahora fue él quien le dedicó una sonrisa maliciosa—. Puedo ordenar que le hagan la vida imposible y conviertan su encierro en un infierno.

Un coche, que circulaba por el carril contrario, alumbró con sus faros el interior del Hummer. Solo fueron unos segundos, los suficientes para que él viera cómo a Lucía se le desorbitaban los ojos de pánico. Sus labios empezaban a temblar al borde del llanto.

Iván no la dejaría marchar y por eso se había visto obligado a mentir. No tenía intención de cumplir su amenaza, sin embargo, ella no lo sabía. Perfecto, se aprovecharía de esa ventaja.

—No lo harás —se atrevió a decirle la mujer en un hilo de voz, demostrando su poca fe en las palabras que ella misma había pronunciado.

—¿No? Tú provócame y verás de lo que soy capaz, cariño —le aseguró con un tono de voz tan gélido que sería capaz de congelar el mismísimo infierno.

Lucía no añadió nada más. Se limitó a girar el rostro hacia la ventanilla para no mirarlo.

Fue entonces cuando Iván dudó de su buena decisión al amenazarla de aquella manera tan cruel, pero no le dejaba alternativa. La amaba. La necesitaba. No podía dejar que se fuera.

—Aunque te deje marchar me seguirás aborreciendo —explicó el hombre intentando convencerse de su acción—. Prefiero tenerte mil veces a mi lado, pese a que me

odios, que lejos y odiándome de igual manera.

Ella seguía sin mirarlo y no le contestó. Por su parte él se resignó y continuó con el viaje.

Llegaron a la casa, Lucía bajó del coche dando un portazo. No miró si Iván la seguía y se limitó a subir rápido los escalones. Cuando estaba casi llegando arriba, la voz profunda y carente de suavidad del hombre hicieron que se detuviera en seco. Se dio la vuelta y se quedó allí en lo alto, de pie, con la espalda erguida y la respiración agitada.

—¡Lucía! —Su nombre resonó en las altas paredes, en un eco que a ella le desgarró el alma. Marta y Federica, que estaban en el salón esperándolos, salieron atraídas por los gritos—. Ni se te ocurra volver a marcharte sin mi permiso. A partir de ahora te tendré vigilada las veinticuatro horas para que no cometas estupideces. —El silencio de ella lo enfurecía sobremanera, pues sacaba lo peor de él—. ¿Me escuchas?

Ella dio un respingo, ya que el eco daba una profundidad a las palabras casi siniestra. Asintió rápidamente con un gesto de cabeza, se dispuso a seguir su camino, pero no pudo dar ni un paso, ya que, otra vez, los gritos de él la detuvieron.

—¡Aún no he acabado! —La tía y la anciana, sobresaltadas, se miraron la una a la otra, ya que nunca habían visto a Iván tan cabreado—. ¡Haz lo que tengas que hacer y baja a cenar de inmediato!

El hombre vio cómo ella inspiraba con profundidad antes de contestarle.

—¡No! —Y salió corriendo al dormitorio.

—¡Maldita sea! —Hizo el gesto de seguirla, sin embargo, una mano que lo agarró de la muñeca detuvo su ascenso por la escalera.

—¡No! —Esta vez fue la tía que gritó—. ¿Te has vuelto loco? Tu mal genio será tu perdición.

—Iván, no sé exactamente qué ha pasado, pero déjale espacio para calmarse, ¡y por el amor de Dios, relájate! —exclamó Marta, aún angustiada por la escena—. Calmaos los dos.

Cuando Federica percibió que su sobrino parecía entrar en razón, dejó de aferrarle la muñeca. Era evidente que la mente de Iván estaba enturbiada por el rechazo, por un amor imposible, por el enfado, por la impotencia de no saber qué hacer. No obstante, la tranquilidad que exigían las dos mujeres ahondó en sus pensamientos y despejó parte de sus sentidos.

Se encaminó a su despacho y cerró la puerta con gran estrépito. Ni el buen *whisky* que bebió logró mitigar el peso que soportaba su conciencia y le sabía a lejía. Se había equivocado, «¡Estúpido!», se insultó, no la tendría que haber amenazado de esa manera. No tendría que haber impuesto su voluntad con tanta virulencia. Si alguna vez había habido una oportunidad, una pequeña luz de esperanza para conquistarla, con su comportamiento de esa tarde la había perdido.

Llegó la hora de la cena. En el comedor nadie dijo nada y los ruidos de las cucharas, tenedores, platos... fueron toda la compañía de la que se disfrutó. Iván miraba de vez en cuando la silla vacía donde Lucía se solía sentar. Se levantó de golpe, y tiró la servilleta con enfado encima la mesa.

—Buenas noches —dijo antes de salir.

Marta y Federica soltaron el aire que retenían a causa de la tensión.

—Ese sobrino mío no tiene ni idea de enamorar a una mujer.

—Querrás decir que no tiene ni idea de cómo conquistar a Lucía.

—El muy cabeza hueca no quiere escucharme. —Federica colocó el codo en la mesa y apoyó la barbilla en el dorso de la mano, como si de golpe la cabeza pesara el doble—. No entiende que Lucía no es como las demás mujeres con las que ha estado, que con poco esfuerzo las conquistó.

—Yo también he intentado que lo comprendiera —dijo con tono cansino Marta—, pero en lo que se refiere a ella, ese memo no atiende a razones.

—Y el día que lo haga será demasiado tarde.

—Sí —corroboró—, demasiado tarde.

Iván pasó por delante de la puerta del dormitorio de Lucía y se detuvo. Pegó la oreja al batiente para escuchar. Silencio. Quería pedirle disculpas, era lo mínimo después de cómo se había comportado, pero se lo pensó mejor y se fue a su propia habitación. Además, debía estar dormida porque no escuchaba nada. Mejor así. En el estado de nerviosismo en el que estaban sumidos los dos, lo único que acarrearía sería otra pelea y estaba cansado mentalmente. No quería pelear más. Mañana sería otro día.

## CAPÍTULO 7

El día amaneció caluroso. Era tarde, Lucía lo sabía por la manera en que entraba el sol por la ventana, de modo que consultó el reloj: las diez. Sin perder un segundo se levantó y se vistió. Luego bajó a desayunar y Marta le informó de que Iván se había marchado al despacho muy temprano y que Federica estaba caminando por los alrededores. Suspiró, permitiendo que su cuerpo se relajara; después de lo de ayer no tenía ni idea de cómo reaccionar ante él.

De hecho, había estado toda la noche dándole vueltas y se había preguntado varias veces si la maldad de ese empresario tenía límites. Además, no entendía su obsesión por mantenerla a su lado, pues ella no era una mujer espectacular como Gina. Tampoco tenía dinero, ni propiedades valiosas, no era una persona importante ni influyente. Entonces ¿por qué? No encontraba la respuesta y nada tenía lógica cuando se trataba de Iván. De él solo sabía que le interesaban el dinero y el poder, aunque reconocía que cuando le enseñaba su parte amable, cariñosa, tierna... ¡oh, cómo le gustaba! Su mente empezó a evocar imágenes de él sin ropa. Del sabor masculino de sus besos. El tacto de sus dedos. La necesidad imperiosa de sentir, palpar, saborear... cada porción de....

¡Basta!

Dejó sus cavilaciones para otro momento, consciente de que no podía entregarse a tanto deseo. Aunque la hora no acompañaba para desayunar, no desperdició la oportunidad de saborear un buen café y un par de magdalenas rellenas de chocolate, pues le encantaban.

De pronto, una sensación helada le recorrió el cuerpo. ¿Y si sus ganas de abandonar esa casa, de salir huyendo como una niña asustada, tuvieran mucho que ver con el deseo tan desgarrador que Iván le despertaba? Lucía se atragantó con el trozo de magdalena que tenía en la boca. No, no podía ser. Pero por mucho que se negara, la realidad era otra. Dejando a un lado todo lo demás, Iván le gustaba como hombre. Era viril, guapo, seductor con ese punto de arrogancia que atraía a las mujeres de manera irremediable. Él representaba todo lo que una mujer perteneciente a Los Hijos de la Luz no podía desear como marido. Y encima no le había pasado desapercibido, el día

que pasaron en el centro comercial, la manera en cómo él atraía las miradas de las féminas. Claro que ella había intentado ignorarlo, pero la verdad era que se moría de celos. Miró su magdalena, que rebosaba chocolate por la parte que ella había mordido. Celos. Ese día sintió celos, un sentimiento que no era bueno y no deseaba experimentar. Seguía mirando el dulce como si en él pudiera encontrar las respuestas y lo único que le vino a la cabeza fue pensar en el amor, se asustó y empezó a temblar. Definitivamente era una rematada idiota. Levantó la vista del plato porque ya había tenido suficiente de cavilaciones que no la llevaban a ninguna parte. Había oído decir que el amor convertía a las personas en estúpidas, y ella ni estaba enamorada ni era una estúpida.

Se levantó de la silla con intención de buscar algo que mantuviera la mente ocupada. Eso de mantenerse ociosa era lo que llevaba peor, ya le pidió a Iván alguna idea en la que ocupar el tiempo. Él le contestó que descansara y se relajara. Como si fuera tan sencillo. Bañarse y tomar el sol no era lo suyo, pues ella echaba de menos trabajar en su huerto, en su jardín, darle de comer a sus animalitos y preparar tartas de chocolate para su hermano. Decidió darse un baño en la piscina, la mañana era soleada y calurosa. Nadar hasta caer exhausta era mejor que darle vueltas a la cabeza y no podía hacer gran cosa más.

Lucía se encontraba en una tumbona debajo la sombra de un gran árbol. Miraba las hojas mecerse por efecto del viento. Estaba tan embriagada por la calma del momento que no oyó cuando Dic se acercó con una pelota en la boca. Quería jugar y ella, amante de los animales, se entretenía a tirarle la pelota una y otra vez. Aunque tenía un aspecto fiero era manso como un gatito. Sonrió con ironía. Iván también tenía un aspecto feroz, pero no tenía nada de manso.

La voz cariñosa de Federica la sacó de sus pensamientos.

—Hola, preciosa —saludó al tiempo que la besaba en la mejilla—, ¿descansando?

—Hola, tía, no tengo otra cosa que hacer.

Federica se sentó al lado de Lucía en otra tumbona exhalando un gran suspiro.

—¿Aburrida? —preguntó la madura mujer.

—Bastante —contestó la chica, alargando las sílabas, terminó emitiendo un suspiro de fastidio.

—Mi sobrino se cree que las mujeres nos morimos por tomar el sol todo el día, por ir de compras y por ir de fiesta en fiesta.

—Sí, ya me he dado cuenta —afirmó con pesar.

—Ten paciencia, él no sabe que no todas las mujeres somos iguales, con el tiempo lo verá.

Lucía la miró con cara triste dando a entender que ella no lo creía posible.

Federica observó la superficie cristalina de la piscina antes de continuar con la conversación. El agua se mantenía quieta y le infundió la tranquilidad que necesitaba para hablar con Lucía con el fin de suavizar la convivencia entre ellos. De modo que se cargó de valor para afrontar los temas espinosos.

—Mi sobrino me ha explicado esta mañana lo que sucedió ayer y el motivo de tu enfado. —Lucía bajó la vista—. No estuvo bien cómo te amenazó, espero que no se lo tengas en cuenta.

—No es solo eso, tía —farfulló con voz temblorosa.

—Ya lo sé, hay mucho más, estoy enterada de todo. Ha cometido un error detrás de otro y lo está pagando con tu rechazo. Seguro que ahora procedería de otra manera.

Lucía miró a Federica, sus ojos tiernos la conmovieron y lo que iba a decirle quedó atascado en su garganta. Ella amaba a su sobrino con devoción y era consciente de que estaba haciendo todo lo que estaba en su mano por que cambiara.

Un rayo de sol se filtró por entre las hojas en el momento que una suave brisa soplaba con ligereza. La cara de Lucía quedó iluminada por una luz dorada. La tía supo en ese preciso momento por qué su sobrino se había enamorado perdidamente de ella. Si la bondad tenía rostro, sin duda sería el de ella. Irradiaba serenidad, calidez y su mirada estaba exenta de cualquier maldad. Era la mujer que Iván necesitaba, ella le enseñaría a vivir, amar y perdonar.

—Quiero que sepas que está muy arrepentido. De hecho, vendrá a la hora del almuerzo para pedirte disculpas —dijo Federica, apoyando su mano sobre la de Lucía en actitud cariñosa—. Iván puede ser muchas cosas, pero jamás ha mandado amargarle la vida a nadie para salirse con la suya. Él no es como su padre, por favor, escúchale.

Ella agarró la mano de la tía, no quería decepcionarla, quería explicarle el porqué de su rechazo.

—Yo solo quiero que esta pesadilla acabe y que de una vez por todas libere a mi hermano. No entiendo la razón de su obsesión para que me quede a su lado, cuando en realidad puede disponer de un harén de mujeres. —Guardó unos segundos de silencio

—. Yo no pertenezco a este mundo, el mío es otro.

—Ya lo sé, este mundo no es perfecto. —La miró a los ojos, no quería ofenderla—. Pero tu mundo tampoco lo es.

—Lo sé, entiendo lo que quieres decirme.

—Me alegro de que también lo veas, creo que tanto el mundo en el que vive Iván y en el que vives tú son mejorables. Ni tu comunidad es perfecta, no me digas que estás de acuerdo con todas las leyes por las cuales os regís Los Hijos de la Luz. Seguro que hay muchas con las que no estás de acuerdo.

Lucía se mantuvo callada. Federica tenía razón, por ejemplo, en su comunidad había muchas normas demasiado estrictas que, si fueran suavizadas, no harían daño. Sobre todo aquellas que limitaban a las mujeres en exceso, a ella le gustaría que muchas cosas cambiaran dentro de Los Hijos de la Luz, no por ello perdería la esencia de lo que significaba.

—A veces cerramos los ojos, no queremos ver lo que nos dice el alma —comentó la tía, leyendo los pensamientos de ella—. Nadie en este mundo es perfecto, nada es perfecto, sin embargo, la vida es muy corta para desperdiciarla en cosas banales. —Le cogió un mechón del pelo—. Ahora estás aquí, de acuerdo que mi sobrino se ha portado mal, se ha equivocado, intenta entenderlo. No sabe pedir, él coge sin medir las consecuencias, pero te aseguro que está arrepentido, deja que te lo demuestre y permítete conocerlo y demostrarle que está equivocado. Además, tienes la oportunidad de vivir sin restricciones, aprovecha y disfruta un poco. Al menos, si vuelves con tu comunidad sabrás que regresas porque tu corazón así lo quiere, y no porque tu sentido de la responsabilidad te obliga.

Lucía la miró confundida al tiempo que meditaba en sus palabras.

—Métete en mi piel —afirmó ella—. Yo no puedo disfrutar de esta vida si sé que mi hermano lo está pasando mal.

—Lo sé, y yo no sé que contestarte. A Iván le da pánico liberar a tu hermano y que te marches. Pongamos el caso de que lo libera, ¿tú qué harías?

Lucía no dudo en dar su respuesta.

—Marcharme.

—Más bien es huir lo que quieres, llevo días observándote y sé de lo que hablo porque lo veo en tu mirada: te asusta lo que sientes. —Sonrió de manera cálida—. ¿Verdad?

—Yo... —No pudo continuar.

Federica, una mujer que había visto de todo a lo largo de los años supo que la muchacha sentía algo más por Iván, y no era odio. Su corazón se alegró; tal vez había esperanza para ellos dos.

—Él no te es indiferente —pronunció la tía sin dudar. Lucía, incapaz de negarlo, se avergonzó y enrojeció de arriba abajo—. Iván se parece físicamente a mi hermana... —El tono de Federica se entristeció de golpe y no pudo continuar.

—¿Cómo murió la madre de Iván?

A Federica se le llenaron los ojos de lágrimas y a Lucía se le encogió el corazón de pena.

—Otro día te lo explicaré. Es una historia muy larga. Anda, vete a cambiar que pronto almorzaremos.

Subió a su cuarto para bañarse y cambiarse pensando en la conversación, sobre todo en la muerte de la madre de Iván y en la mirada triste y compungida de Federica. Cuando murió su madre tuvo que responsabilizarse de su hermano, de su padre enfermo y de las tareas domésticas de la casa. No tenía tiempo para dedicarse a ella, siempre sacando fuerzas de un cuerpo cansado. Nunca se quejó, pero no se arrepentía porque amaba a Abel y a su padre por encima de todo. Siempre había sido consciente de que en la vida había momentos mejores que otros y era necesario conformarse y aprender de cada uno de ellos.

Se metió en la ducha y disfrutó del aroma a melocotón del gel, un aroma fresco, aterciopelado y con ligero toque acidulado. Salió revitalizada, tenía los ojos tapados porque el agua del pelo mojado caía por su cara, por lo que palpó la pared en busca de la toalla y no la encontraba. Abrió los ojos e Iván estaba apoyado en el marco de la puerta con la toalla en la mano y con una sonrisa traviesa en los labios.

—Ven a buscarla —dijo, alzando la toalla en alto.

Lucía no se movió y fue incapaz hasta de pensar. Al hombre le llegó la fragancia a melocotón.

—Hueles a néctar de melocotón —pronunció Iván con deseo—. Fresco, sensual y dulcemente afrutado, como a mí me gusta. —Su voz sonó hambrienta—. A partir de ahora será mi fruta preferida.

Iván la devoraba con la mirada. Ella estaba mojada y chorreaba. El agua resbalaba con lentitud por todo el cuerpo. En ese momento él quiso ser tan eficiente como esas

gotas, y con su cuerpo, con sus besos y con su lengua abarcar todos los rincones de su cuerpo tremendamente femenino que emanaba música sensual. No podía apartar los ojos de aquella diva, sus ojos azules eran dos bolas enormes de fuego que la recorrían de arriba abajo. Se detuvo en sus pechos, cuyas cimas, duras y excitadas, él quería saborear. Ella se cubrió la zona con las manos para taparse de su inspección, entonces un jadeo brotó de sus labios. El contacto de sus palmas en esas cimas estremecidas solo provocó un deseo más hondo en la mujer y volvió a gemir sin darse cuenta. Él quedó aturdido en el momento que vio placer en aquellas pupilas femeninas. Él quería más y ella... también.

—Sí, eso es, deja que fluya, no te reprimas y sigue tocándote —susurró Iván, tirando la toalla al suelo.

A ella le gustaba y, como si su mano tuviera conciencia propia, se acarició los senos. Su respiración se intensificó y en su cuerpo la sangre cada vez fluía con mayor intensidad, además notaba que su sexo se humedecía y aquello la asustó.

—Ya basta... —murmuró con dificultad entre jadeo y jadeo.

—Cariño, no te estoy tocando. Solo deja de mirarme y esto acabará.

Lucía intentó girar el rostro. No pudo. Trató de desviar la mirada. No pudo. No tenía fuerzas. Estaba hipnotizada por esa mirada turbulenta que la arrastraba a un lugar lleno de grandes placeres. Y ella quería ir. Anhelaba perderse en esa nube de sensualidad y experimentar hasta quedar saciada.

—No puedes porque te gusta. Yo te prometo que no me moveré de aquí —gimió Iván, poseído por una ansia irrefrenable—. Sigue tocándote, piensa que son mis manos, como el otro día. —Ella, temblorosa, obedeció—. Usa los dedos, te darán más placer.

Más gemidos llenaron el aire. Sus miradas quedaron atrapadas y enlazadas sin remedio. Iván estaba alucinado, pues era la cosa más erótica y excitante que había hecho jamás. Se fue desabrochando la camisa, botón a botón, y no dejó de contemplarla con sus ojos que prometían fuego. Ella tampoco dejaba de contemplarlo, le gustaba ver cómo, poco a poco, cada porción de su torso musculoso quedaba a la vista, avivándola mucho más.

—Ahora, cariño, desliza tu mano por tu vientre —susurró el hombre con frenesí. Ella lo entendió y obedeció mientras él seguía los perezosos movimientos de los dedos femeninos, mientras se desabrochaba el cinturón de los pantalones—. Más

abajo, un poco más... —Suspiró y jadeó de alivio cuando ella metió su mano entre las piernas—. Sí, la quiero ahí, acaríciate como yo lo hice, piensa que soy yo. —Ella empezó a mover sus dedos sobre aquella línea vertical. El contacto y la fricción de las yemas le arrancaron un fuerte gemido—. No pares, no la quites, continúa, continúa.

Ella se sometió a los susurros apasionantes de ese hombre que la volvía loca de deseo. Era demasiado. Era descaradamente demasiado. Y lo fue aún más cuando Iván desabrochó el botón de sus pantalones y la cremallera. Lucía pudo escuchar los dientes despegarse uno a uno, con un sonido que la excitó mucho más por lo que sabía que había allí dentro. El miembro de Iván de pronto saltó hacia arriba y sonrió al ver la mirada enturbiada de deseo de la mujer que amaba. Lucía se pasó la lengua por los labios en un gesto inconsciente, pues ella estaba igual de encendida que él.

—Cariño, sigue acariciándote, no pares, encuentra un ritmo y deja que fluya tu deseo —murmuró Iván, agarrándose su miembro. Estaba tan excitado que una gota brilló en la punta. Con el dedo de la otra mano extendió el líquido. Para Lucía fue demasiado y los jadeos fueron seguidos de inspiraciones entrecortadas. Iván sonrió satisfecho. Y empezó a mover su mano de arriba abajo—. Yo seguiré tu ritmo.

Y así lo hizo. Cuando la mano de ella se movía más deprisa, él incrementaba el ritmo y cuando iba más lenta, lo disminuía. Los jadeos y las respiraciones también seguían el ritmo de la pareja. Hasta que al cabo de unos cortos minutos Iván se percató de que ya estaba al borde del final.

—Cariño, estoy a punto de estallar. —Su rostro contraído y su voz susurrante demostraban que estaba en lo cierto—. Ve deprisa. —Ella obedeció—. Más... más, así... no pares. ¡Oh... no pares... no pares!

Lucía estaba al borde y él lo notó en su mirada. Aguantó y aguantó, pues quería llegar con ella.

—¡Ahora, ahora! —exclamó él.

Lucía gimió muy profundo y atrapó en el aire los jadeos de él. Notó la sangre tronar en los oídos, entonces su cuerpo se llenó de una electrizante sensación. Abrió los ojos y vio cómo Iván estaba igual que ella. No dejaba de mirarla y tenía estampada en su cara una satisfacción picarona. Pensó que ella más o menos debía estar en las mismas condiciones y se sonrojó de pies a cabeza.

Iván se arregló la ropa, menos la camisa, que dejó desabrochada. Cogió la toalla del

suelo y en ella envolvió a Lucía.

—No dejaré que te avergüences de lo que acabamos de compartir —masculló con voz firme al ver cómo su piel estaba roja de pies a cabeza.

Ella alzó la vista y vio unos maravillosos ojos azules que la contemplaban con tanta ternura que el corazón se le encogió.

—No me avergüenzo... —susurró cerca de su boca.

Iván se estremeció. Se sostuvieron la mirada con el brillo de la emoción grabado en las pupilas de ambos. No había vergüenza. Ni odio. Ni frustración. Solo la pasión de unos minutos, de unos segundos que quedarían grabados en los corazones de ambos. Entre ellos se había forjado un vínculo invisible, era un hilo delgado que los mantenía unidos, que si se estiraba con demasiada fuerza, se quebraría.

—Eres lo más hermoso de mi vida —afirmó Iván con tono tierno—, y siempre serás lo más importante.

La cogió en brazos, Lucía suspiró y rodeó con sus brazos el cuello de él, la llevó a la habitación. Ella cerró los ojos. No quería pensar. Todo estaba bien. Se sentía bien.

Iván se sentó en el sillón y la acomodó encima de sus muslos. La abrazó con desesperación, como si temiera que saliera volando y desapareciera de su alcance. Apoyó la barbilla encima de la cabeza de ella. Aún tardó un buen rato en reaccionar, pues estaba demasiado asombrado con lo que había sucedido. Ni siquiera se habían tocado, y mucho menos besado. Solo habían hecho falta las caricias de las miradas y de las palabras susurradas a media voz, para que quedaran atrapados en la espiral del deseo. Algo asombroso, nunca pensó que se podía hacer el amor de esa manera.

Poco a poco fue recuperándose, entonces habló.

—Cariño, perdóname por lo de ayer. Lo siento en el alma.

Lucía se incorporó un poco. Tenía los cabellos mojados y pegados en las mejillas. Iván los fue apartando hasta que el rostro quedó despejado.

—Nunca le haría la vida imposible a tu hermano y nunca lo haré —confesó el hombre mientras le acariciaba el rostro con los nudillos. Ella ladeó la cabeza para atrapar de pleno la caricia.

—Lo sé. —Iván arrugó el ceño—. Tu tía me ha dicho que no eras de ese tipo de hombres. —Se volvió a recostar en el pecho de él. Se estaba tan bien...—. Además, he estado reflexionando y pienso que no serías capaz de una cosa así.

—Desde que te conozco he cometido muchos errores, yo... —Se detuvo un

momento. La voz se le quebraba—. No se me da muy bien pedir disculpas. —Se sacó del bolsillo una pequeña caja con un lazo en la parte de arriba. La ayudó a que se incorporara. Se lo puso en las manos—. Este regalo pretende ser una ofrenda de paz. Ahora no puedo volver atrás, es tarde. Lo hecho, hecho está. Solo te pido que confíes en mí.

Lucía lo miró, aturdida. Cuando lo conoció jamás pensó que un hombre como él admitiría sus equivocaciones, todo lo contrario. Era el típico hombre arrogante que creía estar por encima de todos y de todo. En cambio, en aquel momento se mostraba como una persona sencilla y digna de confianza, capaz de ver sus errores.

Lucía se concentró en la cajita y sacó la tapa. En su interior había una joya con forma de lágrima. La alzó por la cadena y, como si tuviera vida propia, empezó a dar ligeras vueltas sobre sí misma, destellando en el proceso los dorados y rosas más bonitos que ella hubiera visto jamás. Lucía vio el cielo. El amanecer. El atardecer. Las montañas... ¡Eso es! Le recordaba al sol brillante del campo en un día de primavera. Era el reflejo de la vida concentrado en una hermosa joya.

—Es preciosa —murmuró, sin poder añadir nada más.

Iván no dijo nada. La miraba embelesado, pues su cara de satisfacción era un regalo que no quería perderse, y es que verla sonreír no tenía precio. Lucía giró el rostro, en sus ojos él vio el reflejo de la gema. El corazón le palpó de amor, sin embargo, de pronto, el sol dejó de brillar en sus ojos para ser sustituido por una leve oscuridad. No tardó mucho en comprender el motivo de la aflicción de Lucía

—Yo no puedo ponérmela —susurró la joven guardando el colgante en la cajita.

—Espero que mañana en la fiesta la lleves puesta.

—Pero, pero no nos está permitido.

—No digas nada —se apresuró a interrumpirla—, permítete disfrutar de las cosas a las que no estás habituada. Ahora no eres una de ellos, aprovecha la situación un poco para poder comparar los dos mundos en los que estás atrapada, de este modo llegará un día que sabrás lo que quieres y lo que no, porque así te lo diga tu corazón y no unas normas. —Ella tenía apresada la caja con la mano. Su gesto demostraba que no quería desprenderse de ella. Iván le pasó un dedo por el dorso y un cosquilleo placentero la atravesó—. Sé que es difícil para ti, pero permítete algunas concesiones.

Ella seguía con la mirada en la cajita. Era tan bonito el colgante que se lo imaginó rodeando su cuello, entonces sonrió.

—Lo intentaré —comentó ella.

—¿Me prometes llevarlo puesto para la fiesta? —preguntó.

—Sí.

Iván le pasó el dedo por el cuello. Fue descendiendo, sin embargo, se topó con la toalla que le marcaba los límites, aun así no fue obstáculo suficiente. La desplazó hacia abajo, los pechos quedaron descubiertos a la mirada ávida del hombre. Con el dedo resiguió la piel de encima de aquellas redondeces sabrosas, después continuó por los laterales hasta que, al fin, alcanzó las cimas erectas. Trazó círculos a su alrededor con caricias suaves y ella gimió.

El hombre se inclinó y atrapó a una de aquellas rosadas protuberancias en su boca, la lamió con exquisita ternura mientras ella jadeaba de placer, ya que le gustaba y la excitaba. Las risas de satisfacción de Iván provocaron bocanadas de aire que acariciaron el pezón tal como hubiera hecho la fina seda. Iván mordisqueó la tierna carne, entonces sus dedos empezaron a acariciar el otro pecho.

Ella se fundía en sus labios como una bola de delicioso helado de fresa se deshacía en contacto con la lengua. Iván lo sabía porque cada vez se atrevía a más, pues nunca imaginó que saborear la delicada piel fuera como alcanzar el cielo.

—Me vuelves loco —logró decir cuando tuvo el valor de separarse. La miró a los ojos y con la mano fue acariciando el muslo por debajo la toalla. Subía y subía...—. Quiero hacerte el amor, aquí y ahora. Dime que sí y continuaré, dime que no y me marcharé. —Los dedos se metieron por entre los muslos hasta alcanzar el pubis. Lo rozó, solo un leve toque, que fue suficiente para que ella respirara con agitación.

—Sí... —Rodeó el cuello del hombre y lo besó.

—Seré tierno contigo —musitó pasándole el índice por los labios humedecidos.

—Lo sé.

Después de soñar tantas veces en aquel momento, por fin se haría realidad. Se miraron y quedaron atrapados en la magia de un hermoso placer. Sin embargo, dicha magia no tardó en romperse, ya que el móvil de Iván se encargó de ello. Él apoyó su frente junto con la de ella.

—Atiende la llamada —sugirió Lucía—, puede ser importante.

—Nada es tan importante como hacerte el amor.

Ella rio.

—Me voy a vestir. —Se levantó de su regazo—. Si no bajamos a almorzar nos

interrumpirán Marta o tu tía. Deben estar muertas de hambre y preguntándose por qué tardamos tanto.

Lucía se metió en el vestidor. Él cogió el móvil. Era su padre.

—¿Sí, papá?

—¡Hola, hijo! Acabo de hablar con los ingenieros y la carretera estará antes de tiempo. Esta obra ha resultado ser pan comido.

Iván no dijo nada. Apretó la mandíbula y se pasó las manos por el cabello con auténtica desesperación.

—¿No dices nada? —preguntó Alberto.

Iván seguía sin decir nada.

—¿Iván?

—Me alegro —logró expresar después de un largo suspiro.

—Pues por el tono de tu voz, diría que es todo lo contrario.

«Más o menos», pensó el aludido.

—Papá, tengo que dejarte —se apresuró a decir Iván—. Tengo trabajo, luego a la tarde hablamos en mi despacho.

—De acuerdo, como quieras. Hasta luego.

—Hasta luego.

Una sombra oscura como una nube de tormenta sacudió el alma del hombre. ¿Por qué le dolía tanto? Tendría que estar subiéndose por las paredes de alegría. Pero no podía evitarlo: le dolía por todo el daño que le había provocado a Lucía. Caminó hacia la ventana y apartó las cortinas. Miró el paisaje intentando encontrar algo de sosiego, sin embargo, no halló nada de eso. Solo podía sentir la voz de la conciencia que lo atormentaba y por una vez en la vida haría caso a ese ruego que parecía salir de su alma.

Aún tenía el móvil en la mano, marcó el número de Javi.

—Hola, Javi, hace días que no sé de ti, ¿todo bien?

—Más o menos.

—He oído rumores de que estás en números rojos.

—¡Eso es mentira!

Iván separó el móvil de su oreja.

—No hace falta que grites tanto, me vas a dejar sordo.

—Perdona —se disculpó Javi, sabiendo que su amigo no tenía porque pagar su mal

humor.

—Si necesitas dinero dímelo, yo te lo prestaré.

—No lo necesito, ¿me has llamado solo para esto? —dijo intentando calmarse.

—No, te llamaba para que retires mi denuncia contra Abel, asegúrate de que lo dejen libre.

Una risa escéptica escapó de los labios de su compañero.

—¡Vaya!, ¿ya te has cansado de Lucía?

—No no me he cansado —se apresuró a contestarle.

—¿Y entonces?

Iván no tenía ganas de dar explicaciones en aquel momento, ya se lo contaría otro día.

—Haz lo que te digo, por favor, ahora no puedo explicártelo.

—Está bien —dijo el abogado—, pero no tardes, estoy impaciente por saber por qué te has vuelto tan caritativo.

—No te burles, cabrón —insultó con humor.

—No me burlo. —Hizo una pausa y soltó una carcajada—. Me sorprende mucho, no tienes por costumbre reaccionar de esta manera. De todos modos haré lo que me pides antes de que tu alma caritativa se lo piense. —Su tono ahora era burlón—. En una semana estará todo arreglado. Te dejo, que dentro de un momento tengo una reunión.

—Que te vaya bien.

—Eso espero.

Iván colgó y se puso el móvil en el bolsillo. Un suspiro de alivio brotó de su boca, pues se sentía renacer por dentro, fue entonces cuando supo que estaba haciendo lo correcto.

Lucía salió del vestidor decidida a no darle vueltas a la cabeza y disfrutar de la compañía de Iván, Marta y Federica. Hacía tiempo que no se sentía tan a gusto. Encontró a Iván mirando el paisaje por la ventana, su espalda estaba rígida. Se podía apreciar con claridad la musculatura en tensión, por lo que se acercó sigilosa. Él estaba tan absorto en las consecuencias que conllevaría la liberación de Abel que no la oyó.

En ese momento Iván parecía tan triste que Lucía sintió el impulso de reconfortarlo. No dudó y lo abrazó por la cintura, después apoyó la cabeza en la espalda. Iván notó la presión de sus pechos con cada respiración. ¡Que sensación tan maravillosa! Lucía

advirtió cómo él aguantaba la respiración.

—¿Malas noticias? —preguntó ella preocupada.

—Nada importante. No te preocupes, está todo arreglado.

Había mucho de qué preocuparse, pero en esos momentos quería disfrutar del abrazo que le estaba brindando Lucía por voluntad propia. Incluso empezaba a entregarse a él sin reservas, y consideraba que aquello era un regalo del cielo. «Un regalo que no merezco». Si ella supiera que la carretera ya estaba lista y, en consecuencia, Valleverde había desaparecido del mapa para siempre, seguro que sus abrazos, su maravillosa sonrisa, su entrega total a sus caricias, se convertirían en un espejismo en medio de un asfixiante desierto.

—¿Vamos a almorzar? —dijo Iván mientras se daba la vuelta—. Tengo un hambre que sería capaz de devorar un elefante.

—Sí, vamos.

\*\*\*

Abel estaba cenando junto a Cobra en el comedor. No había aire acondicionado y el ambiente era asfixiante y recargado. Los dos se habían apresurado a comer para poder salir del lugar y tomar un poco el aire fresco en el exterior. El sol acababa de ponerse y una agradable brisa nocturna refrescó a ambos hombres. Aunque los días eran calurosos, de momento las noches se mostraban agradables.

Estaban sentados y reclinados en una pared. Cobra miró a su amigo, ya no era el muchacho que él había conocido y se había convertido en un hombre. Su cuerpo ya no era infantil, pues la masa muscular y los rasgos de su rostro habían cambiado de una manera espectacular. Los duros entrenamientos a los que lo había sometido habían tenido recompensa. Abel nunca se había quejado de la dureza de los ejercicios y siempre había mostrado inquietud por aprender rápido, pues su deseo de venganza lo había inmunizado al dolor. Hasta su modo de ver la vida había dado un cambio brusco y parecía resentido con el mundo entero. Sus ojos ambarinos brillaban a todas horas con una violencia a duras penas contenida y no presagiaban nada bueno.

—Has cambiado, amigo —dijo Cobra. Dio una calada a su cigarro. Expulsó el humo antes de añadir—. Te he enseñado todos los secretos para defenderte solo.

Ahora es cuestión de que vayas perfeccionándote. Te las arreglarás bien.

—Parece que te estuvieras despidiendo.

Cobra guardó unos segundos de silencio antes de contestar.

—Me estoy despidiendo. —Dio otra bocanada al cigarro.

Abel distinguió la punta anaranjada, que resplandecía en medio de una noche sin luna. Por un momento la frágil luz iluminó los rasgos de Cobra, unos rasgos duros y temibles. El muchacho tragó saliva, hubiera sido terrible tenerlo como enemigo.

—No te entiendo, ¿acaso te vas a dormir? —preguntó el chico.

—No.

—¿Entonces?

—Mañana me voy. A la hora del desayuno.

Una de las cosas que sacaban de quicio a Abel era esa manera tan concisa de conversar de su amigo. Nunca daba explicaciones e iba directo a lo que tenía que expresar, sin florituras, más bien con tono frío y medido. Siempre terminaba arrancándole las palabras.

—No lo sabía. —Abel se levantó del suelo.

El muy cabrón, como de costumbre, se tomó su tiempo. Dio otra bocanada al cigarro, expulsó el humo, esta vez con lentitud.

—Mi abogado ha conseguido sacarme de este agujero —contestó al fin mientras apagaba el cigarro estrujándolo en es suelo. También se levantó.

—Creía que tenías para años.

—Sí, yo también. Los delitos que me imputaban de tráfico de drogas y armas han quedado en nada.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Amenazando y sobornando a las personas adecuadas —pronunció caminando hacia el interior.

Abel lo siguió, chocó con la espalda de Cobra cuando este se detuvo en seco.

—Te dejaré mi dirección. Si sales de aquí y tienes problemas, me buscas.

El muchacho asintió. Su amigo era un hombre que siempre traspasaba la ley, sin importarle nada, pero con un sentido de la lealtad admirable. Sabía que podía contar con él de por vida.

—Oye, antes de irte quiero saber quién te ordenó vigilarme para que no me pasara nada. —Era una de las cosas que habían mantenido a Abel en vilo. Necesitaba saber a

quién tenía que agradecer el favor.

—Chavalote, no te lo puedo decir, así que no insistas.

—¿Pero por qué no puedes decírmelo?

—Di mi palabra.

—Entiendo. —Suspiró resignado—. Entonces esto es una despedida.

—Sí, pero no se te ocurra abrazarme. No quiero perder mi reputación de hombre duro.

—¿Y un besito, aceptas un besito? —Hizo ademán de quererlo besar.

—¡Maldito hijo de puta, ni se te ocurra acercarte!

Empezó un tira y afloja y jugaron un rato como adolescentes. Abel quería acercarse y Cobra luchaba por mantenerlo lejos. Al final los dos estallaron en carcajadas, cuando cesaron esbozaron una sincera sonrisa. Se dieron la mano y enlazaron los pulgares como muestra de amistad.

—Suerte, amigo —pronunció Abel.

Cobra asintió con la cabeza. Nunca tuvo amigos, solo compañeros a los que no podía dar la espalda. Pero Abel era diferente, sabía que nunca lo traicionaría.

—Tú también, amigo, suerte —dijo este.

El día amaneció igual que la última semana: soleado y sin nubes, presagiando otra jornada calurosa. Abel se levantó temprano para los entrenamientos de cada día. No obstante, a pesar de que el clima no invitaba a ello, ese día se obligó a que fueran el doble de duros. Solo llevaba puestos unos pantalones y su cuerpo relucía de sudor, las gotas caían por la cabeza medio rapada del muchacho, ya convertido en todo un hombre. Se detuvo un instante para secarse con una toalla mientras meditaba sobre su situación. Cobra se había marchado, era su único amigo. Si bien se alegraba de que estuviera libre, los días sin nadie con quién hablar se harían maratonianos.

Por suerte aún le quedaba Lorenzo. A diferencia de Cobra, él no tenía un buen abogado, más bien no tenía ningún abogado y nadie le informaba de su situación. Sin embargo, ya hacía tiempo que estaba ligando cabos, fue fácil desde que Eli fue a verlo. Además, disponía de mucho tiempo para pensar, y las preguntas, poco a poco, encontraron respuestas. Apretó la mandíbula y retorció la toalla entre las manos. Las venas de los bíceps musculosos empezaron a crear relieves en la piel. «¡Maldito hijo

de perra!», Iván le había privado de todo. Se sentó en la cama y pensó en su hermana, el estómago se le revolvió. Ella no era una mujer sin escrúpulos y solo de pensar que Lucía estaría en su cama a la fuerza, su odio crecía desbocado. Si ese desgraciado la había maltratado de alguna manera no se conformaría con darle la paliza de su vida. Lo mataría. Ni el poder ni el dinero lo salvarían de su ira.

\*\*\*

Iván esperaba con paciencia a que Lucía bajara. Era el veintitrés de junio, verbena de Sant Joan, y estaban invitados a una suntuosa fiesta, era a la primera a la que acudían juntos, y esperaba que no fuera la última. Ella intentó convencerlo de no ir, pero al final la pudo disuadir. Él estaría a su lado en todo momento y no dejaría que nadie la perturbara o la ofendiera, pues quería que la velada resultara ser un éxito.

—Iván, Marta le está dando los últimos retoques a Lucía —informó su tía Federica—, ¿de qué querías hablarme antes de marchar?

El hombre se levantó.

—He tomado una decisión, tía, quería que la supieras antes de marcharme y pedirte un favor.

La mujer se acercó a su sobrino, estaba guapísimo vestido de etiqueta.

—Tú dirás.

—Voy a sacar al hermano de Lucía de prisión. Dentro de una semana estará fuera de Els Roures.

El rostro de la tía expresó asombro, poco después se transformó en alivio. Apoyó la palma de la mano en la mejilla de su sobrino.

—Has hecho bien, Iván. —Abrió la boca sorprendida—. ¡Lucía no me ha dicho nada!

—Ella aún no lo sabe.

La mujer lo miró mientras un tumulto de preguntas cruzaba por su mente.

—¿No se lo has dicho, pero por qué?

El hombre se sentó en el sofá.

—No puedo —susurró lleno de pena—, es muy arriesgado.

—Temes que se vaya. —La tía se sentó a su lado y apoyó la mano en la rodilla del

hombre—. ¿Me equivoco?

—No.

—Ella tiene que saberlo, sufre mucho por su hermano. —Lo miró con fijeza a los ojos—. Es un riesgo que tendrás que correr.

—Se lo diré dentro de unos días. —Acomodó la espalda en el sofá—. Esta noche dormiremos en mi casa de Llafranc y mañana nos iremos a la cabaña que tengo en Andorra a pasar un par de semanas.

—¿Es la cabaña de madera, esa que me gusta tanto?

—Sí, la misma. Tú estuviste hace unos cuatro años, ¿te acuerdas?

—¡Válgame Dios si me acuerdo! Un lugar precioso.

—Se lo diré cuando estemos allí. Quiero disfrutar de unos días a solas con ella. Intentaré empaparme de bonitos recuerdos y, quizá, entonces no me duela tanto dejarla marchar.

—No puedes obligarla a quedarse contigo. —Acogió las manos de su sobrino entre las suyas en un gesto maternal.

—No, no lo haré. Un día me dijiste que amar es dar sin esperar recibir nada a cambio. —Sus ojos azules eran lagunas de pesar—. Voy a enmendar mis errores y no pediré nada a cambio.

A Federica le brillaron los ojos de complacencia, pues había tenido tanto miedo de que él fuera igual que su padre que no cabía en sí de gozo; por suerte Iván era diferente. Sin embargo, más valía no llenarle la cabeza con falsas ilusiones, debía aceptar la realidad.

—¡Oh, Iván! Estate preparado para que se vaya. Ella está muy dolida y su hermano lo es todo en estos momentos. Si es capaz de perdonar y ver lo que hay de bueno en ti, puede que, entonces, tengas una oportunidad. Aprovecha las dos semanas. —Hizo una mueca—. ¿Ella sabe que os vais? Porque tampoco me ha dicho nada.

—No, ese es el favor que quería pedirte, pues es una sorpresa y necesito que le prepares el equipaje sin que ella sepa nada.

—¡Claro que sí!, ¿preparo el tuyo también?

—No, el mío no hace falta, lo tengo listo. Acuérdate de poner ropa de abrigo, las noches y los amaneceres son fríos. Mañana por la mañana envías la maleta a Llafranc.

—Le dio un beso en la mejilla—. Eras la mejor, tía. No sé qué haría sin ti.

—Eres un pelota, haces conmigo lo que quieres.

Iván le guiñó un ojo. Inmediatamente después se levantaron, pues las voces de Lucía y Marta se oyeron acercarse. Lucía entró por la puerta y a Iván se le cortó la respiración. Llevaba un vestido de noche de seda de color malva en corte de sirena con un tirante que le hacía resaltar el busto. Unos adornos en pedrería rodeaban la cintura de la mujer. El cabello castaño estaba recogido en un moño alto muy original. Unos bucles escapaban a ambos lados de la cara y le daban al rostro un aspecto desenfadado. Iván vio la gema Taaffeite alrededor de su cuello.

Lucía caminó hacia él, el vestido se arremolinaba alrededor de sus esbeltas piernas. El balanceo sinuoso de las caderas y el movimiento de la porción descubierta de sus jugosos pechos, excitaron al hombre. Su corazón bombeó a toda velocidad, y es que estaba deseando devorarla a besos.

—Te has puesto el colgante —manifestó Iván mirando la joya, una sonrisa brotó en sus labios.

—¿Acaso lo dudabas? —afirmó ella devolviéndole la sonrisa.

La gema en forma de lágrima caía por su cuello hasta el nacimiento de sus pechos, y los acariciaba con movimientos lentos. Él no podía quitar sus ojos azules del lugar y deseó enterrar la cara en esa tentadora parte. Cogió la joya y la sopesó entre sus dedos. Notó la tibieza, como si tuviera vida, nunca antes un collar le había fascinado tanto. La acarició con el pulgar, Lucía, que no se perdía sus movimientos, gimió. Él la miró a los ojos y descubrió brillos de deseo y anhelo. Solo hacía falta un simple roce, una mirada cargada de sensualidad, para que ella despertara a la pasión. El hombre soltó la joya y se tambaleó unos segundos, ella la tocó con las yemas de los dedos mientras el hombre miraba sus labios, a los que quería besar antes de marcharse.

—Si me besas te pintarás los labios —mencionó ella, adivinando sus intenciones.

Iván le depositó un ligero en el puente de la nariz y se conformó.

—Estás preciosa —dijo henchido de felicidad.

—Chicos, estamos aquí —farfulló Marta entre sonrisitas pícaras.

—¡Callaté, aguafiestas, ahora viene lo interesante! —le reprendió Federica con un codazo—. No le hagáis caso, seguid con lo vuestro, igual aprendemos algo.

—¡Tía! —exclamó Iván.

Marta cogió a Federica del brazo y se la llevó arrastrando.

—Déjalos solos, tú y yo nos vamos a tomar un café —sentenció la anciana—. Ya estamos demasiado viejas para estas cosas.

—¡Vieja lo serás tú! —aseveró—. Yo aún puedo dar mucha guerra.

La voz de las dos mujeres se fue fundiendo en el ambiente a medida que se alejaban cada vez más. Iván aún tenía puesta la mirada en ella, la contemplaba con una expresión que cualquiera diría que estaba embrujado. En cierto modo estaba hipnotizado, pues todo en ella le gustaba y lo volvía loco. No sabía qué haría cuando se marchara, decidió no pensar en el futuro y disfrutar del presente para que cada minuto y cada segundo quedaran grabados en su memoria.

—¿Nos vamos? —preguntó Iván, notó como el cuerpo de Lucía se tensaba—. Estaré contigo toda la noche y no me separaré de ti. No tienes por qué estar asustada.

Lucía asintió con un suave gesto de cabeza. Se fueron y cuando llegaron la fiesta ya estaba animada. El evento se celebraba en unos jardines privados, una iluminación suave daba calidez y las velas aromáticas, esparcidas aquí y allá, perfumaban el ambiente. Una fragancia floral, exótica y afrutada, llenó la nariz de ambos. Lucía distinguió el perfume a rosas y azahar, combinado con el aroma de los cítricos. Inhaló un poco más y distinguió el efluvio sensual del coriandro, y le gustaba. Las suaves notas de un pianista redondeaban lo que sería una velada encantadora y relajante.

Pero no para Lucía ni Iván.

No había pasado ni un minuto de la llegada de la pareja cuando Gina hizo su aparición. Su vestido rojo llamativo, y recargado, era un fiel reflejo de su carácter. Nada más acercarse reparó en la joya que pendía del cuello de su rival. Entonces, en la joyería, no le había prestado atención por lo insignificante de su tamaño. Sin embargo, en aquel instante, no pensaba lo mismo, pues era una pieza exquisita, además de poseer un brillo fascinante que quitaba el aliento. La envidia la corroía, una envidia desgarradora y peligrosa. Tuvo que mantener las manos pegadas al cuerpo para no ceder al impulso de arrancársela de un tirón. Su rabia aún fue mayor cuando pudo apreciar en todo su esplendor la belleza delicada y angelical de la mujer, una hermosura casi etérea. Tendría que acudir a su cirujano plástico, ya que quería una expresión igual que la de ella.

—Hola, Iván —saludó una vez terminó de inspeccionar a Lucía. Lo besó en la mejilla. Por supuesto que se tomó su tiempo, pegándose a su cuerpo todo lo que pudo. Se sintió ofendida cuando él se retiró de inmediato e hizo como que no se daba cuenta—. Necesito hablar contigo, querido, a solas —dijo mirando con desprecio a Lucía.

—Lo siento, pero no puedo —aclaró Iván. Una sonrisa escapó de sus labios, giró el

rostro para mirar a la mujer que amaba—. Estoy ocupado.

El hombre pasó su dedo por la mejilla de Lucía mientras el brillo de una complacencia total se distribuía por su apuesto rostro. Gina, ofuscada y celosa, intentó borrarle esa expresión.

—Nunca te perdonaré tu desprecio, Iván —pronunció mirando a Lucía—, ambos lo pagaréis, me encargaré de ello.

—Vigila lo que haces, Gina —amenazó Iván—, me conoces y sabes que no me quedaré de brazos cruzados, de modo que atente a las consecuencias, nadie hasta ahora me ha amenazado y ha salido indemne.

Gina era del tipo de mujer que moría matando, por lo que no le causó ningún efecto el comentario de Iván. Se dio media vuelta y se marchó con la certeza de que conseguiría separarlos.

—En el fondo me da pena —reseñó Lucía.

—Ella jamás tendría pena por ti. Si pudiera te lanzaría a los leones para que te devoraran viva. —La cogió de la cintura—. No me apetece hablar de ella, hemos venido aquí a pasarlo bien.

El empresario la cogió de la mano y le fue presentando a gente conocida y apreciada por él. Iván no tardó mucho en darse cuenta de que ella atraía todas las miradas, sobre todo las masculinas. Sintió celos, pero tenía que ser sincero y reconocía que no podía ser de otra manera, pues Lucía era un ángel en medio de un mundo cruel. Cada sonrisa y cada palabra eran sinceras y la gente se daba cuenta de ello. Además, la pequeña gema contribuía a rodear a la mujer de un aura especial, pues no era una joya ostentosa, cargada de piedras preciosas como las que lucían las demás invitadas en sus gargantas. En el cuello de Lucía el sencillo colgante parecía cobrar vida, los dorados del sol resplandecían incluso en las sombras. Era como si esa diminuta gema absorbiera la calidez y la bondad del corazón de Lucía y la reflejara al exterior para que quien la observara se recargara de vida. Si no fuera por que era imposible, juraría que había magia en el colgante.

Todo iba sobre ruedas, ya que nadie osó despreciarla, porque una vez la conocían era imposible. Pasó un buen rato y el hombre se la llevó a un rincón del jardín, lejos de las miradas curiosas para tomarse un merecido descanso.

—¿Tienes sed? —preguntó Iván.

—Un poco.

—Te traeré algo de beber. —Se acercó a la oreja para susurrarle—. ¿Has probado el cava alguna vez? —Hizo una pausa—. ¿Has experimentado el cosquilleo de las burbujas extenderse por toda la lengua? Sabes, me gustaría llenar mi boca de cava e inmediatamente lamerte los pezones para que sintieras las burbujas explosionar en esa zona tan sensible. —Lucía dio un respingo—. Luego volvería, otra vez, a llenar mi boca de tan fantástico líquido y lamería tu sexo, una y otra vez, empapándolo de burbujas traviesas hasta que estallaras en mi boca. —A ella le temblaron las piernas y un hormigueo en el bajo vientre la sacudió. Iván tuvo que agarrarla para que no se cayera.

—Ba... bas... basta. —No le salían las palabras—. Te pueden oír.

Él se acercó a su oreja un poco más.

—Y cuando acabara contigo —la atrajo a su cuerpo y la acarició por todas partes— te llenaría tu bonita boca de cava, ¿sabes para qué? —Ella negó con la cabeza al tiempo que tragaba saliva y él le lamió el lóbulo—. Para pedirte que te metieras mi polla en tu boca, ¿qué me contestarías?

Ella lo miró, los dos estaban excitados. Lucía intentó bajar la mirada, pero él no se lo permitió apoyando un dedo en la barbilla.

—¿Qué me contestarías, cariño?

Iván le cogió la mano y se la llevó a su entrepierna. Ella gimió al notar la dura erección.

—Yo estoy preparado, ¿y tú?

Iván tuvo la osadía de comprobarlo. Apoyó las manos en las caderas femeninas y fue subiendo la falda larga del vestido hasta la cintura. Mientras una mano sujetaba la falda la otra se dirigió hacia las braguitas. Introdujo un dedo y a encontró húmeda, exquisitamente húmeda.

—Sí, estás preparada, podría hacerte el amor aquí mismo. —Le besó los labios—. Tengo una idea, vámonos, no puedo esperar más, no lo soporto y te necesito, ya sabes cómo, ¿qué me dices?

Ella, antes de contestar, hundió el rostro en su cuello aspirando la fragancia masculina mientras el corazón le latía desesperado.

—Sí.

Iván la cogió de la mano y salieron de las sombras. Se acercaron a la mesa de las bebidas y cogió una botella de cava y dos copas. Lucía no pudo evitar sonrojarse,

pues harían mucho más que beber cava. En el preciso momento que subían los escalones del jardín una voz los detuvo.

—Iván, ¿ya te vas?—preguntó Alberto desde detrás de ellos.

Los dos se giraron. La mujer se estremeció e Iván, atento a todos los cambios de ella, le acarició el dorso de la mano con el pulgar. Con ese roce silencioso le prometía que no dejaría que la dañara, entonces Lucía se relajó un poco.

—Sí, estamos cansados y tengo ganas de marcharme —le contestó Iván—. Ya he saludado a las personas que me interesan.

Alberto no se molestó en mirar a Lucía, era como si ella no existiera para su padre. Si bien no le sorprendía a Iván le dolía aquella actitud.

—Hijo, te has olvidado saludar a otras personas —le informó, le dirigió una mirada de desprecio a Lucía, a ella se le puso la piel de gallina—. ¿Es porque vas con esta?

—«Esta» tiene un nombre —espetó.

Alberto apretó la mandíbula. Sus ojos negros brillaron de maldad y sus labios esbozaron una media sonrisa maligna. La mujer dio un paso atrás, se sentía atemorizada, pero Iván, que aún la tenía agarrada de la mano, no dejó que se alejara y la atrajo a su cuerpo en actitud protectora.

—¡Te has olvidado de saludar a ciertas personas! —comunicó su padre ya harto, gritando sin importarle que alguien los estuviera oyendo. Bajó el tono de voz cuando una pareja pasó por delante de ellos—. Hijo, tienes que volver a la fiesta, pues hay representantes de empresas importantes que están impresionados por el trabajo que has hecho en Valleverde. Quieren felicitarte, te admiran y están deseosos de hacer negocios contigo. Ahora es el momento de encontrar poderosos socios, que no tengan en cuenta tu disoluta vida amorosa. —Dijo las últimas palabras mirando a la mujer con odio.

Lucía se tensó bajo el abrazo protector de Iván. Este giró el rostro, consciente de la situación, y no le gustó lo que halló. La cara de ella había palidecido y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. No había rastro del deseo que, minutos antes, había inundado su mirada dorada, tampoco quedaba nada del rubor seductor que había cubierto sus mejillas.

—Papá, déjalo, por favor, otro día hablamos de ello. No estoy muy seguro de querer asociarme con nadie y este no es el lugar ni el momento para discutir de ello.

El padre se acercó a su hijo. Quería que viera su expresión de desagrado.

—Ni se te ocurra retirarte ahora, ¿me has entendido?, nada de excusas.

—Haré lo que me de la gana.

—¡Maldito idiota!

Lucía empezó a temblar.

—Iván... —murmuró ella con voz temblorosa, pero no se atrevió a continuar, pues Alberto la estaba fulminando con la mirada y se acobardó.

—¡Ella tiene la culpa! —vociferó el padre.

—Ella no tiene culpa de nada —afirmó rotundo el hijo.

Lucía seguía temblando, ese hombre parecía querer matarla. Además, estaba tratando de asimilar el hecho de que Valleverde había desaparecido para siempre bajo un mar de alquitrán. No se acostumbraba a aceptar la situación, era muy duro. A veces, tenía la esperanza de despertarse y de que todo fuera una pesadilla, que su padre todavía vivía y que estaba en la cocina de su hogar regañando a Abel por alguna de sus travesuras. Aún, si cerraba los ojos, podía contemplar el jardín florido y el huerto lleno de hortalizas. Miró a Iván. Miles de sensaciones y pensamientos luchaban entre sí, en aquel momento tenía que alejarse y recomponerse, por lo que se desasió de su abrazo protector y marchó escalones arriba.

—¡Déjala! —exclamó Alberto cogiendo el brazo de su hijo—. Ven conmigo a la fiesta. Te están esperando y es mejor que ella no te acompañe, solo nos avergonzaría.

El impulso de Iván fue dar un puñetazo a su padre. Se contuvo, en su lugar estrelló las copas y la botella de cava al suelo.

—Maldito seas, papá, yo no me avergüenzo de que Lucía me acompañe. —Respiré hondo, su control se resquebrajaba—. Nunca me avergonzaré de ella, es más, para mí es un orgullo tenerla a mi lado. ¡Déjanos en paz!

Dicho esto, salió corriendo detrás de ella. Alberto lo llamaba a gritos mientras en silencio se prometía acabar con ella. Por suerte ya tenía en mente un buen plan, un plan que haría que su hijo la odiara de por vida. Pronto... muy pronto recuperaría a su hijo.

Lucía corría a través del extenso jardín. Escuchaba a Iván llamarla, sin embargo no se detuvo. El hombre la atrapó rápido, intentó abrazarla, pero ella se resistió. La mujer erguía la espalda y lo miraba llena de furia. Iván retrocedió, la magia que minutos antes los había envuelto como una niebla invisible, había desaparecido con una brusquedad dolorosa para los dos en el momento que se habían cruzado con

Alberto.

—¡No me toques! —gritó Lucía con tono de desprecio—. Por un momento olvidé que era un juguete, tu padre me ha devuelto a la realidad.

—Cariño, yo... —No sabía qué decir o hacer.

—Vete, vete... déjame sola.

—Lo siento.

—¿De verdad lo sientes? —Sacudió la cabeza y apretó los puños a ambos lados del cuerpo—. No me hagas reír, tú no sientes nada, vas a ganar una fortuna, ¿por qué lo ibas a sentir? Que estúpida soy, estás destruyendo todo lo que amo y yo estoy aquí, entregándome como una libidinosa en agradecimiento.

—No te tortures, solo te haces daño... —Se acercó a ella.

—¡Cállate, cállate! —le interrumpió—. No quiero escucharte. —Empezó a golpearlo en el pecho con los puños al tiempo que la embargaba un torrente de lágrimas—. Vete, déjame en paz, quiero regresar a Valleverde.

Lucía estaba fuera de sí. Su paz mental se sujetaba por un débil hilo imaginario. Cualquier acto, cualquier palabra desafortunada desembocaba en reproches y lágrimas. Iván le agarró las muñecas y se las puso a la espalda.

—¡Suéltame, suéltame! —exclamó la mujer.

—¡No hasta que me escuches!

Ella pareció serenarse y su llanto, poco a poco, cesó. Iván le soltó las muñecas con lentitud y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Cariño, yo lo siento. Mírame... —Ella negó con la cabeza y él le alzó la barbilla con el dedo, se miraron—. He cambiado, Lucía, gracias a ti. —Acunó su rostro y le fue depositando besos tiernos por las mejillas—. Juro por mi vida que ahora actuaría de otra manera. Solo deseo que me perdones y me des una oportunidad de enmendar mis errores.

—De pequeña me enseñaron a perdonar y a no odiar.

—Pero yo quiero que me perdones de corazón, no por que te sientas obligada, Lucía, ¿me perdonarás algún día?

El silencio se instaló entre ellos dos, ella no le contestó y él se desesperó.

—¿Algún día podrás perdonarme? —repitió Iván. Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta.

Lucía lo miró, entonces algo se removió en el corazón de la mujer. Aunque era de

noche, con la iluminación del jardín podía percibir el dolor impreso en sus ojos y unos pozos de oscuridad se cernían en ellos; pedían en silencio su perdón. Sabía que si no se lo daba lo hundiría en la más oscura de las desesperaciones. ¿Salvarlo o hundirlo? Ella no era vengativa, no tenía un corazón vengador. ¿O, en realidad, había algo más que ella desconocía? Lucía suspiró. Sí, había algo más. Ya hacía días que su mente navegaba a la deriva por culpa de sus contradictorios pensamientos. No quería verlo sufrir, porque su dolor sería el suyo propio. No sabía ni cómo ni cuándo, pero había dejado de odiarlo, solo sabía que lo necesitaba. No lo negaría, se había enamorado de él. Se moría por que la acariciara, por recibir sus besos, pues toda la ternura que desplegaba con ella le cortaba la respiración. Además, le dolían la cosas que los distanciaban y no imaginaba la vida sin... Iván.

Lo amaba.

¿Qué haría? Su futuro no estaba junto a él, su futuro estaba lejos de él.

Lucía se dejó llevar y no se percató cuando abarcó la cara de Iván entre sus manos. Su corazón luchaba por no sentir amor por él, pero había perdido esa batalla. No entendía lo que había pasado, nada tenía lógica, sin embargo, tomó una decisión: se entregaría a ese hombre sin reservas y sin recriminaciones, pues sabía que algún día marcharía de su lado y no quería hacerlo sin amarlo, porque amar no era pecado.

—No me arrepiento de haberte conocido, Iván. —Aún tenía su rostro entre sus manos—. Me pides mi perdón, y yo te lo doy de corazón.

Se abrazaron, Iván respiraba con agitación, consciente de la puerta que se abría ante él. No le salían las palabras, pues consideraba que era más de lo que merecía. La esperanza de tenerla a su lado para siempre brotó con fuerza en su corazón; nada en el mundo le gustaría más que escribir un futuro juntos con besos e ilusiones compartidas. De todas maneras, ella aún no sabía de la liberación inminente del hermano, ¿y si se lo confesaba?, aquel era un buen momento. Pero su temor por que buscara a Abel y se marcharan juntos a casa de los tíos lo regresó a la realidad y decidió no hacerlo. Lo había perdonado, nada más, en cualquier momento la podía perder, pues el perdón no era suficiente para retenerla junto a él.

Sin más, fueron en busca del coche abrazados. No hubo palabras, él la llevaba cogida de la cintura y la guiaba. El aparcacoches se ofreció para ir a buscar el vehículo, sin embargo, Iván se negó, pues le gustaba la sensación de caminar junto a su dama. Anduvieron en silencio, solo interrumpido por el sonido de las pisadas de

ambos caminando por un sendero recubierto de gravilla. A Lucía, que esa noche se había atrevido a ponerse zapatos con un poco de tacón, le resultó imposible caminar con normalidad, con lo que perdió la estabilidad en más de una ocasión. Iván no dudó y la cogió en brazos entre risas y bromas. De pronto, una voz los hizo enmudecer.

—¿Cómo lo haces? —Era Javi que contemplaba a la pareja abrigado por las sombras—. ¿Cuál es tu secreto?

Iván reconoció la voz.

—¡Javi, no te había visto! —se sorprendió Iván. El tono de su amigo lo puso alerta, algo no iba como el debido—. ¿Acabas de llegar?

El ruido de pasos en la gravilla le advirtió de que su amigo se acercaba y salía de la oscuridad en la que estaba escondido. Dejó a Lucía en el suelo y apretó el mando de apertura del coche.

—Sube al coche, cariño —le pidió. Tenía un mal presentimiento.

—Pero...

—Sube al coche, por favor. —Ella lo miró. En su rostro masculino había una expresión de desconfianza muy marcada, por lo que se metió en el coche sin añadir nada más. Iván suspiró aliviado.

—¡Dime cómo lo haces! —exigió Javi, situándose delante del empresario en actitud agresiva.

A Iván no le pasó inadvertida la botella de ron en la mano.

—¿Qué quieres decir?

Javi se acercó al rostro de Iván, este pudo oler el aroma dulzón a caña de azúcar del licor que su amigo había ingerido, supuso que había sido una gran cantidad, porque su aliento apestaba sobremanera.

—La has apartado de su hermano, has destruido su hogar y ella se derrite en tus brazos. —Se tambaleó un poco, Iván lo cogió del brazo para que no cayera, pero Javi rechazó la ayuda—. Tus habilidades sexuales deben ser especiales para que todas las mujeres caigan rendidas a tus pies.

—Si no fuera por que eres mi amigo y vas borracho, te aseguro que estarías mordiendo la gravilla de debajo tus pies.

—¡Venga, hazlo! —intentó darle un puñetazo, pero sus movimientos fueron tan patosos debido a la ingesta de alcohol que Iván lo esquivó con suma facilidad—. ¡Defiéndete, cabronazo!

—¡Basta, Javi! —Lo cogió del cuello de la camisa y lo arrinconó en el lateral del Hummer.

—¡Pégame, dame una paliza, me la merezco!

Javi bebió directo de la botella un largo sorbo de ron. Iván se la arrebató de las manos y la tiró al suelo. Los cristales se esparcieron y el aroma dulzón quedó impreso en el ambiente un instante hasta que desapareció arrastrado por la brisa nocturna.

—Solo soy un montón de mierda —barboteó con voz pastosa—, si me matas de una paliza el mundo te lo agradecerá.

—Estás borracho, no sabes lo que dices.

—Eres el hombre más cabronazo que conozco. Siempre fuiste y serás el primero en todo. —Una risa burlona escapó de sus labios—. Las mejores mujeres siempre fueron para ti, eras el que sacabas mejores notas y el que recibía las felicitaciones de todo el mundo. —Iván lo miraba sin entender nada, ¿a qué venía tantas recriminaciones?—. Siempre eres el primero, da igual si te saltas las leyes o si traspasas la línea de la ética moral para conseguirlo, porque el mundo te felicita por ello. Esta noche, como siempre, eres el rey, todos están impresionado por la carretera tan fabulosa que has construido y les da lo mismo la manera en que lo has hecho, para ellos lo que cuenta es el resultado. —Rio—. Si no me hubieras roto la botella ahora brindaría por el gran Iván Mayer. —Volvió a reírse de manera absurda.

—¿Javi, se puede saber qué demonios te pasa?

—Estoy cansado. —Suspiró—. Estoy más que cansado de ser el hijo y el abogado perfecto y no tener ninguna recompensa. He sido y he hecho lo que siempre se ha esperado de mí y se suponía que debería ser feliz, pero no es así.

—Te llevaré a casa. —Lo cogió del brazo para que no cayera al suelo. Su estado de embriaguez era tan alto que estaba al borde de un coma etílico.

—¡Suéltame, no necesito niñera!

—¡Maldito idiota!

Iván abrió la puerta trasera del coche y lo obligó a entrar a pesar de los gritos y palabrotas de su amigo. Una vez estuvo dentro se desplomó como un saco de harina sobre los asientos y se quedó dormido. Iván lo llevó a su apartamento y con la ayuda de Lucía lo pusieron en la cama en medio de insultos y forcejeos inútiles por parte de Javi. El esfuerzo dejó a la pareja momentáneamente agotados y se sentaron en el sofá del salón a recuperar el aliento.

—Mañana tendrá una resaca de mil demonios —afirmó Iván.

—¿Lo hace a menudo?

—No, de hecho nunca lo había visto borracho. —Puso las manos detrás de la nuca mientras pensaba en tiempos pasados—. Ni cuando éramos adolescentes, siempre era el más responsable de los dos, nunca se metió en problemas. No entiendo por qué se comporta así cuando nunca lo ha hecho.

—Mientras estaba en el coche pude oír parte de la conversación. Creo que durante toda la vida estuvo sometido bajo presión y ahora ha llegado al límite de su resistencia.

Iván se giró para mirarla, reflexionando en lo que ella comentaba.

—Creo que tienes razón. Su padre era muy exigente con él y aún lo sigue siendo. Nunca quiso ser abogado, pero su padre lo obligó. Yo pensaba que le gustaba, de acuerdo que no al principio, pero después se convirtió en una obsesión ser el mejor en su oficio.

—¿Qué quería estudiar?

—Medicina, le gustaba mucho, deseaba ingresar en Médicos Sin Fronteras. —Movié la cabeza, pensativo, recordando un pasado olvidado, sonrió cuando a la mente acudieron partes de las conversaciones adolescentes entre Javi y él—. Su mayor deseo era ayudar a la gente sin suficientes recursos para acceder a un médico. A su padre le dio un ataque cuando supo de sus intenciones y lo amenazó con hacerle la vida imposible si no estudiaba derecho.

—Entonces siempre vivió sometido a los dictados paternos.

—Sí.

—Creo que tu amigo tiene graves problemas.

—Hace tiempo que me di cuenta, pero ahora veo que es más grave de lo que pensaba. Tendré que conversar largo y tendido con él, averiguar qué le pasa y ayudarlo.

Se levantó y se encaminó hacia una estantería llena de fotos. Deshizo el nudo de su corbata y se la sacó del cuello, la metió dentro del bolsillo de la americana antes de quitársela, tenía calor. El hombre miró las fotos de la repisa, en muchas de ellas salían él y Javi. Lucía lo observaba sin perderse la cara de pesar y remordimientos de Iván. Sufría. Ella, que siempre pensó en él como un hombre frío y sin sentimientos, resultaba que tenía un corazón que también padecía por las personas que amaba.

Había creído conocerle, es más, se había atrevido a juzgarlo y a sentenciarlo, en aquel instante se dio cuenta de su error. Cada día y cada momento que pasaban juntos descubría aspectos de su carácter que afianzaban su amor por él. No sabía cómo se había enamorado, pero sabía que con cada cosa que descubría de él, su amor crecía.

Iván se acercó a Lucía, le alargó la mano y ella aceptó la ayuda. Se levantó.

—Qué mal ha salido todo. Esta noche quería que fuera especial para ti y ha sido un desastre.

—Tú no tienes la culpa —afirmó ella.

Una idea cruzó por la mente del hombre.

—¿Te gustaría navegar un rato?

—Es de noche. —Lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿No te gusta mi idea? —preguntó con mueca burlona.

—Nunca he navegado y menos de noche. Me da miedo la idea de no ver por dónde vamos.

—Para eso está la tecnología. —La abrazó mientras la miraba a los ojos—. Perc tengo una idea mejor, ¿y si damos un paseo por alguna playa solitaria?

—Sí, ¿por qué no?, la noche es cálida y me apetece estar al aire libre.

## CAPÍTULO 8

Fueron a Llafranc e Iván la llevó a una de las calas que él había descubierto a lo largo de los años. Se sentaron en unas rocas y estuvieron un rato deleitándose con los fuegos artificiales tan típicos de la noche de Sant Joan. Los cohetes de colores se reflejaban en la superficie del mar, sus luces contrastaban con las aguas oscuras.

—Es precioso —logró pronunciar Lucía—. Incluso de noche el mar no deja de ser majestuoso.

La iluminación de los fuegos artificiales, sumada a la de la ciudad, daban al lugar una sensación de grandeza. La silueta del relieve de la costa y de los árboles que bordeaban el lugar, proporcionaban a la zona el mismo aire mágico que el sacado de las fantasías de los cuentos infantiles. En la superficie del mar rielaban las luces de colores, era como estar en un paisaje encantado. Ciertamente, el lugar parecía mágico y majestuoso.

El aire marítimo se tornó frío y se refugiaron en una arboleda de pinos mientras seguían contemplando los fuegos artificiales.

—Tenemos que regresar aquí en otra ocasión, me gustaría que vieras el esplendor del paisaje de otra manera. —Ella apoyó la espalda en el tronco de un pino y miró a Iván con una sonrisa cautivadora. El hombre contuvo la respiración, pues esa sonrisa siempre lo desarmaba. Carraspeó para recuperar la voz—. Es precioso contemplar el horizonte, sobre todo cuando amanece con las primeras luces del día.

—Sin duda es un lugar maravilloso.

Lucía aspiró la fragancia del mar. Cerró los ojos y escuchó el murmullo de las olas mezclado con el estruendo de cohetes y petardos.

—No todo es bonito... —especificó él con un tono risueño—. En los troncos de los árboles, como en el que estás apoyada, viven unos escarabajos, se han convertido en una plaga, hay millones.

Lucía dio un respingo y se apartó del tronco a la velocidad de un rayo.

—No tengo ninguno, ¿verdad?

El hombre con sus dedos hormigó la espalda de ella. Esta, creyendo que tenía un ejército de escarabajos, chilló.

—¡Quítamelos, quítamelos! —gritaba pegada todo lo que podía al cuerpo del hombre. Él se limitó a abrazarla mientras la tendía de espaldas sobre la hierba.

—Mi treta ha funcionado.

La mujer levantó la vista para encontrarse una cara de lo más traviesa, entonces entendió.

—¡Eres, eres...!

—Un sinvergüenza.

—Sí, un tremendo sinvergüenza.

Iván miró sus labios, que lo invitaban a que los besara. Saqueó la boca femenina y su hambre por ella creció. Entonces, las manos inquietas del hombre empezaron otro tipo de asalto. Bajó el tirante del vestido de Lucía y sus pechos quedaron descubiertos.

—Todo en ti es hermoso... —susurró mientras besaba y mordisqueaba el cuello de ella.

Lucía quiso contestarle pero de su garganta salió una palabra inaudible. Estaba hechizada por el deseo y solo podía concentrarse en lo que él le hacía. Si en ese momento le hubieran preguntado por su nombre ni se hubiera acordado. Hasta le provocaba placer la frescura de la hierba en su espalda, contrastando con las brasas de todo su cuerpo. Él sonrió, pues se sentía poderoso cuando descubría que ella también lo deseaba. En aquel instante, Iván se sintió el hombre más feliz del mundo y continuó. Fue besando el cuello, la clavícula, hasta llegar a uno de sus senos.

—Qué bien hueles —susurró él, depositando un beso en la parte superior del pecho—. Este delicioso aroma me recuerda a un jardín parisino en primavera—. Le besó el otro pecho—. Violeta, rosas y lilas... perfecto.

—Tu tía... su... perfume...

A ella seguían sin salirle las palabras y las que pronunciaba eran indescifrables. Lanzó una expresión de asombro cuando Iván atrapó una cima con sus labios. Le lamía, lo chupaba, lo mordisqueaba. Primero un pecho y luego otro. Las cúspides quedaron duras, sonrojadas e inflamadas de placer. Ella atrapó el cabello de Iván, manteniéndolo pegado a esas cumbres que no se cansaban de recibir tan exquisita atención, pues no quería que nunca terminara.

Un calor punzante invadía el interior de ambos. Él se pegó al cuerpo femenino y restregó su entrepierna en el vientre de ella. Quería que notara hasta qué punto lo

excitaba, al extremo de perder la cordura en cualquier momento. Ella, al notar la dureza anhelante, se pegó más al cuerpo masculino al tiempo que, llevada por un instinto primario, acarició la erección, entonces su cuerpo reclamó mucho más.

Un gemido profundo surgió de su garganta cuando notó que le subía la larga falda del vestido. No llevaba medias y él aprovechó para acapararlas a placer. Una de las manos llegó a la ropa interior e Iván, con manos expertas, se deshizo de la prenda para enseguida separarles las piernas y ponerse de rodillas entre ellas. La miró desde la altura, ella era hermosa y la gema relucía magnífica en el cuerpo desprovisto de ropa. Incluso de noche brillaba espléndida sobre la piel desnuda y no necesitaba de la luz para fulgurar. Sus pechos desnudos subían y bajaban armonizando con su respiración agitada. El vestido lo tenía amontonado en la cintura, sin las braguitas puestas y con todo su sexo expuesto solo para él.

Se desabrochó el botón y la cremallera de los pantalones. Lucía abrió los ojos de par en par y vio cómo Iván sacaba su miembro del interior. Su respiración se aceleró de deseo y de expectación cuando comprendió que pronto aquella parte erecta estaría dentro de ella. Él se apoyó de un antebrazo mientras con la mano libre empezó a acariciar el sexo femenino y los dedos quedaron envueltos por una tibia humedad.

Un suspiro detrás de otro salieron de la boca de Lucía cuando él toqueteó su secreto de mujer con frenesí. Iván quería aquellos pétalos abiertos y cubiertos por el rocío del placer para que lo acogiera sin dolor, de modo que se tomó su tiempo y con mimo y amor la llevó a las puertas del paraíso.

—Iván... —balbuceó medio llorosa. No podía aguantar tal excitación—. Iván... no puedo... —Un sollozo escapó.

—Pronto, cariño, pronto.

Llegó el anhelante momento, él sustituyó los dedos por su pene. Ahora era su glande el que acariciaba aquellas dobleces carnosas. A Iván el placer lo devoraba y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no introducirse dentro de ella y acabar con el deseo que lo embargaba. Sin embargo, sabía que para ella era la primera vez y no quería hacerle daño. Decidió que era el momento y guio con su mano el pene a la abertura. Primero introdujo la punta. Ella seguía jadeando y parecía no sentir ningún tipo de dolor. Un poco más. Sin dolor. Otro poco más. Tampoco hubo ningún signo de sufrimiento.

Al hombre le resultaba imposible aguantar mucho más. La desesperación lo

obligaba a respirar a bocanadas. Las gotas de sudor caían por su sien por el esfuerzo. Lucía tuvo la osadía de cogerlo de los brazos y atraer su cuerpo contra el suyo. Para él fue demasiado y la neblina del deseo se adueñó de sus buenas intenciones. La asió de las caderas y se enterró en ella con brusquedad, sin prestar atención a la leve barrera que encontró en el camino.

Ella gimió de dolor, y el placer desapareció expulsado por un relámpago que parecía atravesar su vientre. Pero Iván ya había perdido la batalla, pues entraba y salía de ella atrapado por su deseo de hombre que lo obligaba a no parar. No percibió las manos femeninas que lo intentaban apartar; tampoco oyó los sollozos de ella. Solo notaba la deliciosa sensación de su miembro apresado en la estrechez de la vagina. Por suerte tuvo el sentido común de acordarse de que no llevaba preservativo y en la última arremetida se retiró y eyaculó con un gran gemido encima del vientre de ella.

Todo había acabado y la neblina se disipó. Iván fue consciente de lo que había hecho en cuanto miró a Lucía. Tenía la cara girada a un lado y había cerrado los ojos, no lloraba, pero su rostro contraído era el fiel reflejo del dolor. Además, sus pequeñas manos agarraban la parte delantera de su camisa y lo empujaban.

—¡Oh, Dios, qué he hecho! —Agarró los puños de ella y los soltó de la camisa. Ella seguía sin mirarlo y se preocupó todavía más. Sin perder ni un segundo, se abrochó los pantalones y se sacó un pañuelo del bolsillo y limpió a la mujer. Se maldijo en cuanto quedó manchado de sangre. Después se arrodilló junto a ella.

—Lucía, mírame —le rogó él con voz quejumbrosa.

Ella parecía no escucharlo. Aún estaba con los ojos cerrados, temblaba y ni siquiera se había movido. Iván le arregló el vestido.

—Lucía, por lo que más quieras, mírame —suplicó otra vez.

Ella pareció reaccionar y se giró hacia él. Pudo apreciar la lividez del rostro y se sintió como el mayor de los criminales. Le había hecho daño. Desde que la había conocido, le había hecho el amor de pensamiento de todas las maneras posibles y por haber. Tenerla tendida en la hierba tan dispuesta había sido demasiado. Jamás había perdido el control de aquella manera, jamás. Hasta estuvo en un tris de eyacular dentro de ella con el consecuente peligro de dejarla embarazada.

—Sé que te he lastimado, ¿te encuentras bien?

Ella se acabó de colocar la ropa bien antes de contestar.

—Duele...

—Te juro que la próxima vez será mejor.

—¿La próxima vez? —Iván apreció el terror en su voz—. Me agrada lo que me provocas con tus caricias y tus besos, pero lo otro no me gusta. Sé que has intentado que me gustara, pero no tengo deseos de que suceda nunca más.

—He perdido el control. Tendría que haber tenido un poco más de paciencia, soy yo el que tiene experiencia y el que debería haberte ayudado en tu primera vez. Yo lo siento... —La abrazó—. Volveremos a probarlo y sabrás lo glorioso que es, me encargaré de ello. —Le alzó la barbilla con un dedo y le depositó un afectuoso beso en los labios—. Confía en mí.

Lucía guardó silencio durante unos segundos mientras la fragancia almizclada del cuerpo masculino le despertaba sensaciones placenteras, le gustaba cómo la hacía sentir.

—¿Sabes que en mi imaginación te he hecho el amor de mil maneras diferentes? —La besó en la sien—. Y te aseguro que las pienso probar todas.

—Iván, ya basta, a pesar de todas las intimidades que hemos compartido, me da mucha vergüenza hablar de estas cosas, no puedo evitarlo.

Una carcajada escapó de los labios masculinos. La timidez de Lucía aún lo provocaba más.

—Yo no pienso dejar de decirte lo caliente que me pones y lo que te haría a cada momento, y no tiene que darte vergüenza. Debe provocarte lo contrario.

Iván la miraba como una persona miraría un gran tesoro. Ella le devolvió la mirada y se quedó embobada, pues hasta en la semioscuridad de la noche resplandecía el azul genciana de sus ojos, con una intensidad que cortaba el aliento; relucían como dos piedras preciosas. Por un instante, Lucía se dejó llevar e imaginó que era amor lo que brillaba tan intensamente. Pero un hombre como él nunca se enamoraría de ella, ya que solo la deseaba, y una vez cumpliera sus anhelos carnales la abandonaría. Era cuestión de tiempo que se cansara de acostarse con la misma mujer, pero ¿no era eso lo que quería, que se cansara de ella y la dejara libre? Ahora ya no lo tenía tan claro.

Iván la sacó de sus pensamientos cuando la instó a levantarse del suelo. A la mujer se le escapó una exclamación de dolor, aun así intentó ocultarlo, pero a Iván no lo engañó.

—¿Te duele? —susurró Iván con voz culpable—. Soy un animal.

—No te preocupes, ya se me está pasando. —Respiró hondo y empezó a caminar,

siempre agarrada a él, que no la dejaba en ningún momento.

—¿Quieres sentarte un poco más?

—No, no hace falta. —A cada paso el dolor desaparecía—. Ya casi no me duele.

—¿No me estás engañando?

—¡Claro que no!

Iván se detuvo, la abrazó y la besó con desesperación.

—Nunca más te haré daño, lo prometo.

Y siguió besándola con pasión, sus lenguas se enredaron y pronto el deseo afloró en el cuerpo femenino.

—Iván... —El placer despertó de nuevo sus sentidos y el dolor se esfumó en toda su totalidad. Él lo percibió, y es que ella era tan transparente que podía leer cada pensamiento, cada sentimiento en sus dorados ojos.

—Te volveré a hacer el amor, cariño, de una manera tan placentera que no querrás salir de la cama en la vida —afirmó cerca de su oreja.

Un escalofrío recorrió el cuerpo femenino. Iván sabía cómo provocarla hasta hacerla caer en el abismo del placer.

Era más de medianoche cuando llegaron a la casa de Llafranc y a Lucía no la impresionó. Por supuesto que era un lugar lujoso y lleno de encanto, ideal para un hombre rico y soltero con intención de pasar noches lujuriosas. Pensar en eso la hizo entristecer. ¿A cuántas mujeres habría hecho el amor en esa casa? Seguramente que a muchas.

Iván se acercó a ella, esta miraba la espectacular vista a través de los enormes cristales enfocados a la localidad y al mar. De noche, la oscuridad permanecía latente, medio engullida por luces de todos los tamaños y colores. Pero ella no prestaba atención a la belleza de una civilización poderosa. Su mente estaba ocupada por unos celos, celos por saber cuántas mujeres había llevado a esa casa, una pregunta que necesitaba de una respuesta si no quería volverse loca.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí para hacerles el amor? —preguntó ella con un matiz irritante en la voz.

Él la miró con intensidad mientras le ofrecía una copa de cava. La mujer la aceptó, Iván se bebió el contenido de la suya de un tirón sin dejar de mirarla, sorprendido por los celos que había percibido en su tono. Una parte de él se alegró de ello, pues le daba qué pensar; tal vez detrás de aquella pregunta había escondido un sentimiento

más profundo. Sin embargo, aunque quisiera contestarle, la verdad era que en ese momento no se acordaba de los nombres de casi ninguna de sus antiguas conquistas. Solo tenía el recuerdo de que fueron polvos de una noche, y con Lucía sería, o mejor dicho, quería mucho más. Cogió la botella de cava de encima la mesa color ébano del salón y volvió a llenar su copa.

—A muchas, tantas que ni me acuerdo —contestó, después de un tenso silencio—, pero ninguna como tú —añadió.

—Lo siento —aclaró ella llena de vergüenza. No tenía derecho a preguntarle nada, simplemente no había podido evitarlo.

—Ninguna como tú —volvió a repetir Iván al tiempo que se acercaba a ella—. Ninguna mujer es como tú, eres única, Lucía, una rareza excepcional en un mundo habitado por monstruos como yo.

Lucía no esperaba tal respuesta, pues la había desconcertado. Acercó su copa y olisqueó el líquido dorado. Su aroma a frutas del bosque y a hierbas la embriagó. Dio un sorbo y arrugó la nariz, las burbujas le cosquilleaban el paladar. Un sabor fresco, afrutado y una ligera acidez se expandió por toda la lengua. El placer la recorrió al recordar las promesas que Iván le murmuró en la fiesta referente al cava. Lo miró a los ojos, él le leyó el pensamiento y, sin saber cómo, se encontró tendida en la mesa, sin ropa, con el cabello cayendo en cascada por el borde y adorada por frenéticos besos. Se incorporó por los codos cuando sintió que él se separaba de ella, lo vio despojarse de toda sus prendas mientras la recorría con una ávida la mirada.

—Te dije lo que sucedería en la fiesta —proclamó acercándose a ella desnudo—. Ambos lo deseamos.

A diferencia de otras veces, no tuvo el instinto de taparse. Al contrario, ver la mirada famélica de Iván y su prueba de deseo inflamada en toda su magnificencia, hizo que la mujer se arqueara ofreciéndole su cuerpo.

Lucía cerró los ojos, no tenía ni idea de lo que le esperaba, pero confiaba en ese hombre. Sintió un líquido frío caerle en los labios, lo saboreó con la punta de la lengua, se trataba de cava. Otro hilo de licor cayó en su boca, esta vez notó cómo Iván mordía sus labios.

—Quiero beber en tus labios —murmuró él, la besó con salvaje urgencia—. Y en tus pechos. —Dirigió su boca hacia unas de las cimas, solo la rozó, lo suficiente para que ella gimiera—. Y en tu sexo —susurró lamiendo su secreto de mujer—. Y aún así

me quedaré sediento.

—Iván...

—Shhhh... —Le vertió otro poco de cava en los labios para que no hablara. Ella se los lamió mientras la frescura del líquido calmaba su boca magullada por los besos tan frenéticos de él—. Nada de palabras, quiero que cierres los ojos y te abandones a las sensaciones que yo te despierte.

Lucía obedeció y cerró los ojos. Escuchó cómo chispeaban las burbujas al llenar la copa. ¿Le volvería a derramar cava en los labios? No, no lo hizo para su sorpresa, echó licor en una de las cumbres erectas de sus senos, primero a una y luego a otra. El frío líquido hizo que se endurecieran todavía más. La explosión de las burbujas le causó un cosquilleo muy placentero en esa zona tan sensible. De pronto notó la calidez de la boca masculina, y era tan agradable la sensación, que un fuerte jadeo salió de lo más hondo de su garganta.

Iván torturaba sus pezones de placer. Primero vertía la bebida fría para luego posar su boca, sus labios y lamía, y succionaba... un delicioso tormento que no quería que acabara nunca. Ella no podía hacer otra cosa que suplicar con frenéticos gemidos, y agarró con fuerza los cabellos negros del hombre. Oyó cómo Iván se separaba de ella y jadeó inquieta. Quería abrir los ojos para ver a dónde se había ido, pero el hombre dedujo sus intenciones.

—No, cariño, no abras los ojos —le pidió él.

El hombre se inclinó hasta situarse en los labios femeninos. Ella notó el aliento sabroso a frutas del bosque del cava y quiso degustarlo en su boca, entonces lo atrajo y lo besó, paladeando hasta el último rincón. Con sus pequeñas manos acariciaba el torso masculino acariciando el vello pectoral. Estaba tan sensible, que el cosquilleo en los dedos de ese vello intensificaba un placer ya de por sí desgarrador. Fue tal el ímpetu de Lucía que estuvieron a punto de llevar a Iván a ceder a sus impulsos masculinos, pero en el último momento la cordura prevaleció por encima de su necesidad. Se separó de ella con brusquedad.

—¿Iván? —dijo ella al tiempo que intentaba atraerlo.

—Nada de palabras. —Apoyó un dedo en la boca femenina—. No hables, solc siente y disfruta.

La voz suave cargada de deseo excitó a Lucía. Escuchó otra vez cómo llenaba la copa. El sonido de las burbujas parecía resonar con más fuerza en la mente de la

mujer, ya enturbiada por una borrachera placentera e intensa. Iván le separó los muslos y se situó entre ellos, con las manos la asió de las caderas y la atrajo hacia él, hasta que el trasero de la mujer quedó en el borde de la mesa. Entonces ella notó cómo derramaba cava por encima de su ombligo. Él se inclinó y con la lengua se bebió el líquido que iba aquí y allá en un baile sensual debido a los jadeos de ella.

Lucía gritó de puro delirio cuando notó las burbujas en su sexo. El frío líquido y el fegonazo de las burbujitas en esa zona, ya hipersensible, hicieron de ella un manojito de gemidos candentes que suplicaban alivio. Los dedos masculinos separaron los labios carnosos e inflamados de placer, vertió más bebida, que recogía con su lengua. Entonces empezó a lamer aquella línea erótica. El contraste del frío y el tibio calor de esa inquieta lengua despertaron el deseo de la mujer. Empezó a arquearse mientras una humedad caliente recorría su sexo de mujer. A esas altura él sabía cómo volverla loca, cómo tocarla, cómo tentarla hasta que se perdiera en la necesidad imperiosa de llegar a la satisfacción, por lo que no le dio tregua y la hizo suya con la boca. Iván se incorporó y contempló su rostro desbordado de deseo y la besó. Ella notó el sabor del cava mezclado con su propia esencia femenina.

—Me gusta tu sabor —afirmó el hombre, ella lo miró y sus pupilas dilatadas destilaban pasión, una pasión que removía cada fibra de su ser y empezaban a excitarla de nuevo—. Aún no he acabado contigo... —Su tono era tembloroso debido al deseo.

Y es que Iván tenía un fuego ardiendo en su interior. Ella era pura ambrosía, un deleite para el cuerpo y el alma. Ya no podía aguantar mucho más, por lo que tomó la decisión de introducirse en ella, pero esta vez lo haría con delicadeza. El hombre introdujo un dedo e imitó los movimientos del apareamiento. Luego introdujo un segundo. Poco después un tercero. Su intención era prepararla para que lo acogiera en toda su dimensión a fin de no lastimarla. Ella, anhelante y llena de desesperación, pronunciaba su nombre de manera inconsciente.

—Iván...

—Tiemblas en mis dedos. —La besó en los labios sin cesar con las caricias íntimas—. Nunca conseguiré hartarme de ti.

Lucía dejó de sentir los besos y las caricias masculinas. Abrió los ojos con desesperación. Se incorporó y se apoyó en los codos. Iván estaba desgarrando un paquetito plateado, de cuyo interior extrajo un preservativo; mientras se lo colocaba

en su dolorido pene, la miró.

—No querrás que te deje embarazada.

Lucía, de pronto, se sintió una estúpida por ni siquiera haberse preocupado de ello y agradeciendo que él no se dejara arrastrar por la pasión hasta el punto de no tomar precauciones. No pudo pensar en nada más, pues Iván se situó entre sus piernas. La agarró de las caderas y la arrastró hasta el borde de la mesa. Con la punta del pene empezó a estimular su sexo y a esparcir la humedad. Poco a poco, empezó a introducirse, en consecuencia, ella dio un respingo anticipándose al dolor que creía que vendría. Pero esta vez no hubo dolor, solo una agradable sensación de plenitud.

—Cariño, voy a ser tierno contigo, lo prometo. —Le cogió las manos y entrelazaron los dedos por encima de la cabeza de ella—. Mírame a los ojos y, si te hago daño, dímelo.

Iván empezó con movimientos lentos, intentó controlarse, pues tener su miembro enterrado en su interior reavivaba la bestia que había en él. Su hombría pedía poseerla con fuerza, pero se obligó a concentrarse en la mujer que tenía debajo. Esta vez no. No la volvería a lastimar. Siguió con embestidas lentas, lentas, lentas. Ella pronto notó un deseo feroz y empezó a retorcerse, Iván entendió e intensificó el ritmo y Lucía le rodeó las caderas con sus piernas.

Las arremetidas aumentaron de intensidad, más y más rápido. Un remolino de sensaciones creció en ambos cuerpos. La respiración de los amantes se intensificó al ritmo implacable de las embestidas. Lucía levantó las caderas para que se profundizaran, porque lo quería todo en su interior e Iván no necesitó más invitación que esa y se introdujo en toda su totalidad. Las gotas de sudor, brotadas de un placer desgarrador, cubrían el cuerpo masculino mientras entraba y salía de ella a un ritmo furioso. Los dos estaban al borde del éxtasis y Lucía, en un frenético intento por llegar a la cumbre, empezó a mover sus caderas en sentido contrario a las de él. Ya no había vuelta atrás y terminaron por naufragar en un mar de placer pegados en un abrazo sin fin. Boca contra boca. Cuerpo contra cuerpo. Piel contra piel. Entonces, el eco de los gemidos, jadeos y suspiros resonaron entre las cuatro paredes.

Cuando se recuperaron aún seguían mirándose el uno al otro. Él la cogió en brazos y la llevó al dormitorio. La metió en la cama y se acostó junto a ella después de sacarse el condón. Lucía suspiró de cansancio y se acurrucó a su lado, una sonrisa de satisfacción se curvó en los labios masculinos, pues la había dejado agotada. Y si

tenía que ser sincero, él también estaba exhausto, sin embargo, era un cansancio que le sabía a gloria. Ahora entendía la diferencia entre follar y hacer el amor. Una cosa no tenía que ver con la otra y, sin duda, después de probar lo fantástico que era hacer el amor, a partir de aquel momento le resultaría imposible mantener relaciones con cualquier otra mujer. La abrazó fuerte para que no se le escapara ni en sueños. Amaba a esa mujer, toda ella era una luz que iluminaba su vida.

Iván y Lucía se quedaron dormidos en menos de un minuto.

Lucía despertó lentamente de un sueño erótico. Notaba unas manos mimarle todo el cuerpo y unos labios en sus senos, aún sonrojados después de tanta actividad. Sin embargo, lo que acabó por despertarla fue el calor de unas manos al separarle los muslos. Unos dedos se introdujeron en su interior y un escozor se instaló en el lugar. Una lengua juguetona alivió la zona y Lucía supo que no tenía un sueño. Iván no tardó en avivar un fuego apagado durante el sueño nocturno y ella se encontró rogando para que la llevara al éxtasis. El hombre se encargó de transportarla, junto a él, al paraíso.

Se levantaron saciados y felices. No era para menos, Iván se duchó y preparó un baño para ella. Sabía que estaba dolorida y el agua caliente ayudaría a mitigar la incomodidad. Lucía no tenía nada que ponerse y cogió una bata de él. Le quedaba enorme pero eso era mejor que nada. Se dirigió a la cocina, Iván parecía estar atareado y se tomó un minuto en contemplarlo. Llevaba puestos unos pantalones de lino color camel con un jersey de pico color blanco que dejaba al descubierto un poco del torso ligeramente velludo. Él había preparado café y unos croissants calentitos estaban apilados en un plato; desprendían un aroma buenísimo y le abrieron el apetito.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Lucía, inclinándose para embargarse del rico aroma.

—He llamado para que me los trajeran —contestó cogiendo el plato para llevarlo hasta la mesa de la cocina—. No te importa desayunar en la cocina ¿verdad?

En la cocina había dos puertas. Una daba al pasillo principal y la otra, mucho más grande, al comedor. Ella, desde donde estaba, veía la mesa de ébano, la verdad era que no tenía el aspecto adecuado para desayunar. En ella aún reposaban las copas y la botella de cava casi vacía. Además, la superficie estaba manchada de restos de licor, sobre todo en la zona en donde ella había estado tendida. Después del uso que le

dieron la noche anterior necesitaba de una buena limpieza.

—A partir de ahora no podré beber cava sin pensar en lo que puedo hacer con él en tu bonito cuerpo —afirmó el hombre siguiendo la mirada de ella, los recuerdos estaban asaltando la mente de ambos.

—Yo puedo limpiarla —sugirió, tragando saliva e intentando recuperar la serenidad.

Iván la cogió del brazo para atraerla a su cuerpo y la abrazó.

—Nada de eso. Cada día vienen a limpiar. —La acercó hasta el taburete—. Anda, siéntate y desayunemos. —La besó en los labios—. Tienes que recuperar las energías perdidas.

Ella entendió y no dijo nada, solo de pensarlo enrojecía de pies a cabeza; y lo peor de todo era que deseaba que volviera a pasar. Se sentó y la incomodidad que sintió fue evidente para Iván. Se removió en el taburete intentando encontrar una postura cómoda. Al fin la encontró y suspiró de alivio.

—Estás dolorida —comentó él, sentándose a su lado.

Lucía no dijo nada, cogió un croissant y le arrancó un cuerno. Lo miró mientras lo mordía con sensualidad. Su mirada áurea era resplandeciente y llena de promesas no pronunciadas. Iván notó cómo su hombría volvía a hincharse, deseaba sumergirse en la calidez del cuerpo femenino. Pero era consciente de la incomodidad de ella, de modo que tenía que controlarse para dejar que se recuperara un poco.

—Si me miras de esa manera mis buenas intenciones se irán al traste. Saber que debajo de esa bata no llevas nada me pone duro —aclaró Iván. La cogió y la sentó en su regazo. Ella notó la dureza que se clavaba en su trasero y abrió los ojos como naranjas.

—Nunca tienes bastante —susurró Lucía.

—Cuando se trata de ti no. —La beso en el cuello—. Jamás tendré bastante, nunca será suficiente.

Tocaron el timbre e Iván profirió un gruñido de frustración. Se levantó y la dejó instalada en el taburete. Ella siguió comiendo el sabroso croissant mientras escuchaba a Iván hablar con dos hombres, estos entraron en la casa cargando un par de maletas. Una vez las dejaron en el suelo, se marcharon. Ella se levantó y se acercó a Iván.

—¿Te vas de viaje? —preguntó la mujer.

Él se apoyó en la puerta que acababa de cerrar.

—Nos vamos de viaje en coche para que disfrutes de lugares en los que nunca has estado —aclaró.

—¿Tú y yo?

—Vamos a pasar un par de semanas en una casita que tengo en Andorra. Solos, tú y yo. ¿Te apetece?

—Sí que me apetece.

—Entonces cámbiate mientras hago un par de llamadas. Mi tía te ha preparado el equipaje, en las maletas tienes todo lo necesario. Aunque tenerte vestida solo con esa fina bata y sin nada debajo me atrae mucho más.

Ella rio.

—¡No puedo ir vestida así!

—En eso estamos de acuerdo. No quiero que ningún otro hombre tenga ideas como las mías cuando te miro.

La bata se abrió con descaro cuando Lucía caminó hacia las maletas, revelando las largas piernas de la mujer y una parte del pubis. Iván sacudió la cabeza intentando serenarse; dudaba que alguna vez se saciara de ella.

—Será mejor que vaya a hacer esas llamadas antes de que mi mente idee nuevas maneras de asaltar tu cuerpo.

Lucía cogió las prendas necesarias para vestirse mientras él hablaba por el teléfono. Fue a la habitación a cambiarse, había escogido un fresco vestido blanco de tiras con adornos florales grabados en relieve en la tela. Cuando el hombre supo con certeza que ella no lo podía escuchar telefoneó a su amigo Javi. Aún dormía y su voz sonaba penosa. El abogado no se acordaba de nada, Iván le informó que estaría fuera un par de semanas y que cuando volvieran tendrían una seria conversación. Javi le informó que de aquí dos días soltaban a Abel. Como él pretendía llevar el móvil desconectado, acordaron que de aquí dos días lo conectaría para que le informara. Una vez hubieron terminado de hablar desconectó el móvil. Ya podía desaparecer el universo que él no quería interrupciones de ninguna clase.

Antes de irse, Iván la llevó a la cala que habían visitado la noche anterior. Se lo había prometido y quería que apreciara el mismo lugar siendo de día. Estuvieron paseando toda la mañana por el lugar descubriendo rincones que ni él mismo sabía. Nunca tenía tiempo de pasearse, siempre estaba encerrado en su despacho. Si una cosa no echaría en falta en esas dos semanas serían las tensiones de tener que lidiar

con todo tipo de tipejos para cerrar negocios. Cuanto más lo pensaba más le gustaba la vida que Lucía le intentaba inculcar. Saborear cada momento como si fuera el último, disfrutar de paseos, andar descalzo por la hierba del jardín, sentir el cosquilleo en las plantas de los pies, sonreír sin darse cuenta... eran cosas a las que no se daba importancia, pero que él estaba descubriendo y que lo llenaban de una sensación de bienestar que jamás había experimentado. No sabía cómo viviría cuando ella se marchara. Apartó de su mente los pensamientos oscuros, prometiéndose concentrarse en ella y en las dos semanas que tenía para enamorarla; y quién sabe, a lo mejor lo conseguía.

Iniciaron el viaje hacia las montañas de Andorra. En seis horas estarían en la cabaña, sin embargo, no tenían prisa e hicieron varias paradas por los pueblos que cruzaban. Lucía disfrutaba y reía, su rostro resplandecía vigorosidad. A Iván le complacía verla tan feliz.

Era la hora del almuerzo y ella insistió en comprar algo de comida. Sugirió detenerse en algún lugar, donde hubiera árboles que los cobijara del sol y de las miradas de otros coches que circulaban por la carretera.

Nada más encontraron el lugar adecuado, Iván extendió una manta. Ella cogió un trozo de queso para cada uno al que acompañaron con un trozo de pan. Como Iván era más versado en asuntos de vinos, él se había encargado de escoger uno y resultó ser una delicia. Él solo se sirvió un par de sorbos, pues tenía que conducir, pero fue suficiente para que el sabor del queso y el líquido rojo se fusionaran en la boca y crearan una sinfonía de sabores. Los postres constaron de unas cerezas y unas fresas. Después de degustar tan ricos manjares guardaron las sobras y descansaron un rato. Un suave aire acariciaba los rostros y los refrescaba del sofocante calor. De acuerdo que en el coche y con el aire acondicionado estaban más frescos, pero preferían disfrutar de la sensación de estar al aire libre.

Iván no tardó en quedarse dormido inducido por todas las sensaciones placenteras del lugar. Era una experiencia nueva para él y admitía que nunca en su vida se había sentido tan relajado. Lucía se apoyó en un codo para contemplarlo a voluntad. Le apartó un mechón del negro cabello que revoloteaba a sus anchas por la frente. Observó el apuesto rostro de rasgos profundos y duros. Con el dedo tocó una diminuta línea blanca que resaltaba en la piel morena, era una pequeña cicatriz resultado del bofetón que, un día, ella le dio. Por aquel entonces en su interior había arraigado un

odio hacia él casi visceral. Se negó a recordar, pues nada empañaría la felicidad que la embargaba. No podían cambiar el pasado, pero bien podía escribir un futuro mejor.

Sintiéndose traviesa, arrancó una flor de rosados colores y con los pétalos empezó a hostigar adrede las facciones masculinas. Iván dio un sobresalto y se sacudió la cara pensando que una mosca lo molestaba. Volvió a dormirse y ella le pasó con suavidad los pétalos por los labios. El hombre, cabreado, abrió los ojos con claras intenciones asesinas en la mirada.

—¡Esta maldita mosca no sobrevivirá para ver nacer otro día!

Lucía se tumbó en la manta con cara inocente. Él se incorporó maldiciendo al insecto, lo buscó nerviosamente por su alrededor con claras intenciones asesinas. Entonces la mujer no pudo aguantarse más y prorrumpió en risas. Iván la miró, arqueando las cejas, y una mueca divertida se esbozó en sus labios cuando esa dulce mujercita levantó la mano enseñando su arma de tortura.

—¡Diablilla! —exclamó, riéndose, mientras se tumbaba encima de ella—. Tu travesura merece un castigo, ¡me vengaré!

Ella no paraba de reír.

—Ha merecido la pena —manifestó entre risas—. ¡Tendrías que haberte visto la cara, pobre mosca!

Lucía siguió muriéndose de risa y él no podía dejar de contemplarla. La felicidad en su rostro era evidente, desde que la conocía nunca la había visto tan feliz. El sonido de las carcajadas era melodía para sus oídos. El hombre acarició con un dedo la gema que Lucía no se había quitado desde la noche anterior. Después besó su cuello y ella dio un ligero respingo, pues la incipiente barba le hacía cosquillas y la volvía loca de deseo. Su risa fue menguando, hasta cesar en toda su totalidad, cuando Iván empezó a desabrocharle el vestido. Él era muy hábil desvistiéndola y en segundos la despojó por completo de sus ropas.

Iván cogió la flor y con los pétalos acarició el rostro de Lucía. Primero la frente, después el puente de la nariz hasta llegar a los labios. Se detuvo en ellos y los resiguió con deliciosa lentitud; la respiración temblorosa de ella sacudía los frágiles pétalos y los hacía temblar. Siguió descendiendo por la barbilla, por el arco del cuello, Lucía tragó saliva y la flor se balanceó como si estuviera flotando en una ola. Perfiló los contornos de los hombros, los brazos, la clavícula, y a Lucía se le puso la piel de gallina. El cosquilleo de los pétalos despertaba lugares en su piel que ella no

era consciente de tener.

La flor resiguió la carne de sus pechos, sin pausa, muy lento, con una ternura abrumadora. Ella los notaba calientes y doloridos, le gustaban aquellos toques suaves y se abandonó a las sensaciones placenteras. Toda su piel le hormigueaba, Iván no se detuvo, siguió con la caricia en las cimas de sus senos mientras ella no paraba de gemir, pues cada caricia en su cuerpo prendía el calor de su interior. La flor abandonó los sensuales pechos para iniciar un descenso por la llanura del vientre. Las fricciones pausadas de ese roce hacían contraer la musculatura abdominal y la planta parecía estar abandonada en un mar de piel, se hundía y salía a la superficie una y otra vez.

Lucía notó cómo bajaba por la ingle, por el pubis... Iván le separó los muslos y con los rosados pétalos acarició todo su sexo. A Lucía la excitación la desbordaba y él se dio cuenta, por lo que dejó la flor encima de la manta. Entonces a la chica le cayó una lluvia de besos en todos los rincones que había rozado los rosados pétalos. Uno, otro, y otro, igual que una tranquila lluvia. Besos tiernos. Besos cálidos. Besos húmedos que abrasaban su carne de mujer.

Las manos masculinas no cesaban en acariciar cada curva vertiginosa y ella, como respuesta, no dudó y llevó sus manos a los pantalones de Iván. Lucía no era tan hábil pero con paciencia logró extraer el miembro masculino, con sus yemas rozó el glande y él gimió. Inmediatamente después, lo abarcó entre sus manos y empezó a moverlas de arriba abajo imitando los movimientos cuando él la penetraba. Iván se tumbó en el manta excitado y se abandonó a lo que ella quisiera hacerle. Lucía lo desvistió con una placentera lentitud, una vez sin ropas que la molestaran, ella se dedicó acariciarlo; ahora era él quien gemía y rogaba.

Ella, poco a poco, empujada por las respuestas masculinas y por la curiosidad de una mujer que empieza a descubrir un mundo de placer, lamió la hombría erecta. Iván dio un respingo y la agarró de la cabeza instigándola a que continuara. El contacto de la lengua caliente en la punta sensible de su miembro, lo desarmaron. Se sentía arder y desfallecer. Al principio fue evidente la inexperiencia de ella, pero no tardó en encontrar los puntos sensibles que ella reseguía con su lengua. Se introdujo todo su miembro en la boca y pronto encontró un ritmo constante para darle placer. La inexperiencia dejó paso a una mujer que lo torturaba con la lengua, con la boca y con las manos, con lentitud, con fuerza, con pasión... una y otra vez. Iván murmuraba su

nombre sin parar, en medio de gemidos y suspiros. Empezó a arquearse, sus caderas tenían vida propia y empezaron a moverse saliendo y entrando en esa deliciosa boca femenina, se detuvo y se separó cuando estuvo al borde de la explosión.

Sin perder un segundo, el hombre fue al coche para coger un preservativo. Las manos le temblaban y no atinaba a ponérselo, por lo que tardó más de lo normal. Una vez se lo hubo puesto, instó a Lucía a tenderse en la manta. A partir de ahí todo fue muy rápido, pues Iván estaba dominado por el placer, de modo que le separó los muslos y entró en ella de una sola embestida, rugiendo como un tigre. A Lucía le sabía a miel la plenitud que sentía, estimulada por los movimientos vigorosos de Iván, que la llevaban directo al paraíso.

El hombre entraba y salía sin clemencia alguna, jadeando con cada embate. Solo era consciente del abrasador deseo que le desgarraba las entrañas. La agarró de las caderas y se enterró en ella más profundamente, sus gemidos compitieron con el piolar de los pájaros. La embestidas tomaron un ritmo frenético, dentro, fuera... el delirio los envolvió y no los dejó libres hasta que saciaron su placer en una explosión de amor. Iván, agotado, se dejó caer en el cuerpo femenino, no salía de su asombro, pues cada vez resultaba mejor que la anterior.

—Vas a acabar conmigo a este ritmo —susurró Iván, todavía jadeando. Lucía, demasiado impresionada, no pudo contestar.

Tardaron un rato en recuperarse, pero como tenían que seguir con el viaje, se obligaron a vestirse. Volvieron a emprender la marcha, ya que aún les quedaba un buen rato. Esta vez solo se detuvieron lo necesario para estirar las piernas. Cuando pasaron por Andorra, Iván hizo un alto para comprar alimentos, no se olvidó de los quesos y de las truchas tan típicas de la zona, que degustarían en la cena.

Llegaron a la cabaña, ya era bien entrada la tarde, casi estaba anocheciendo. Empezaba a refrescar como era normal incluso en verano debido a la altitud. El lugar era espectacular; desde toda la casa se distinguía un valle enorme con unos paisajes increíbles que albergaba un pequeño lago. Entre las maravillosas vistas y un crepúsculo lleno de belleza, daba la sensación de estar en el cielo. Lucía se entretuvo mirando el cielo anaranjado veteado en rojo y añil. Un grupo de nubes se apiñaban alrededor de un sol, casi escondido en el horizonte. Unos rebeldes rayos solares traspasaron las montañas y marcaron líneas rectas por todo el cielo. Iván se dedicó a entrar el equipaje y las provisiones, pero percibió que ella temblaba. Su vestido poco

abrigaba con el frío que empezaba a nacer, de modo que entró en la casa y salió con una gruesa manta. Se la puso por encima los hombros mientras ella se arrebujaba en su interior.

—Gracias —le dijo mirando a Iván a los ojos—. Es precioso este lugar.

—Sí, es hermoso, pero no se puede comparar contigo.

Lucía le sonrió, se sentó en el suelo y abrió los brazos con la manta extendida agarrada por los puños invitando a Iván a que se acercara, él se colocó a su lado. Ella cubrió ambos cuerpos con la manta.

—Me gustaría contemplar cómo el sol se esconde contigo a mi lado —le pidió ella, apoyando la cabeza en su pecho.

Iván no dijo nada, el perfume a flores y a sexo de hacía unas horas lo volvían a excitar. Se limitó a abrazarla y pensó que ya habría tiempo de hacerle el amor de nuevo, pues tenía tanta necesidad de sentirla, tanta pasión por enseñarle, tanto amor por demostrarle, que su existencia en este mundo ya nunca sería la misma. Lo daría todo por ella, hasta su vida la sacrificaría por ella, porque ella lo había salvado de sí mismo.

Cuando el sol se escondió tras las montañas, entraron en la casa. Estaba construida de madera por el exterior y el interior. Lucía no escondió su alegría al verla, pues no era la mansión en la que ella se había obligado a vivir hasta ahora, y esa casita, sin lugar a dudas era más de su agrado. Sencilla, rústica y muy parecida a lo que estaba acostumbrada, por supuesto contaba con todas las comodidades de un hogar de ciudad con electricidad, agua caliente, calefacción, vitrocerámica, horno y una gran nevera. Una cosa que le llamó la atención era que no disponía de teléfono, televisor y conexión de internet. Iván le explicó que ese lugar estaba hecho para el relax y no para el trabajo.

Dejaron a un lado las explicaciones para concentrarse en acomodar el equipaje en el armario y en guardar las provisiones.

—Yo cocino y tú enciende la chimenea, hace frío —sugirió Lucía.

—De acuerdo.

Cada uno se dedicó a sus quehaceres. El hogar estuvo rugiendo con furia en un santiamén y su calor se expandió por el ambiente. Ella siempre fue una mujer muy buena cocinando, de hecho no tuvo más remedio que aprender. Preparó las truchas al horno y un revuelto de huevos y setas para acompañarlas. Se lo comieron delante del

calor del fuego, pues Lucía tenía frío, aunque después de la cena, fue al meterse bajo las cálidas mantas de la cama que Iván se encargó de hacerla entrar en calor... hasta casi arder.

\*\*\*

Abel acababa de desayunar cuando Lorenzo fue en su busca.

—Muchacho, hay un abogado esperándote en el despacho del director —le informó el funcionario.

—¿Sabes para qué? —preguntó Abel, receloso.

Hasta ese momento nadie se había preocupado de proporcionarle un abogado. Se dio la vuelta para que le pusieran las manillas, como siempre tenía que hacer. Después de tanto tiempo no se acostumbra al frío del metal en sus muñecas. Le recordaban, con demasiado dolor, dónde estaba y por qué estaba en ese maldito lugar. Miró de reojo a Lorenzo, parecía caminar con dificultad, como si su cuerpo pesara toneladas

—¿Te encuentras bien? —preguntó el muchacho, preocupado.

—Si tengo que serte sincero —suspiró—, no mucho.

—Ve al médico, amigo, hoy te veo muy pálido.

—Te haré caso. Creo que necesito que me echen vistazo, cuando acabe la jornada iré.

Llegaron al despacho y entraron. Abel se detuvo al instante, conocía a la persona que se erguía ante él. Era el hombre que acompañaba a Iván el día que fueron a su casa a convencerles de vender, debía ser otra alimaña.

Javi le sostuvo la mirada y lo contempló, sorprendido por el cambio tan evidente de su cuerpo. No era el muchachito alto y delgaducho que conoció y se había convertido en un hombre fibroso y musculoso. Su rostro infantil había desaparecido para dar paso a uno de facciones duras y con una mirada capaz de helar la sangre.

—No hace falta que me quites la esposas —indicó Abel, posando la mirada en Lorenzo—. Podría ser que perdiera la cabeza y decidiera emprender mi carrera asesina matando a esta cucaracha.

Lorenzo rio por lo bajo, odiaba a los abogados, la verdad era que motivos no le

faltaban, pues por un letrado sin escrúpulos su hija pasó dos años en prisión sin haber hecho nada. Fue el lugar donde se enganchó a las drogas y empezó su declive como persona, que terminó con una muerte prematura. Dejó de reír en el acto cuando Javi lo fulminó con la mirada.

—Quítaselas —ordenó el abogado, desplegando una soberbia impropia de él—. Dudo que se atreva a tocarme si quiere salir de la cárcel ahora mismo, una libertad que podría verse interrumpida bruscamente si da muerte a una —hizo una pausa mientras bosquejaba una sonrisa— cucaracha, hasta las cucarachas tienen derechos.

Abel arqueó una ceja, si no había entendido mal sus días de presidiario se habían terminado, aunque no se hizo ilusiones, porque ya no se fiaba ni de su sombra, y menos de un letrado que trabajaba para Iván, el hombre al que quería destrozar.

Lorenzo le quitó las esposas y los dejó solos. Se quedó fuera, cerca de la puerta, por lo que pudiera pasar. Javi se sentó en el escritorio del arcaico despacho. Abel hizo lo propio en una desvalijada silla de enfrente. Nada más sentarse, el asiento chirreó debido al excesivo peso. Ninguno de los dos prestó atención.

—Y mi hermana, ¿dónde está?

Un silencio absoluto llenó el lugar, solo interrumpido por el griterío que se oía detrás de la puerta.

—Repito la pregunta, ya que parece tener los oídos sucios, y mi hermana ¿dónde está?

—No soy yo quien tiene que darte esa información.

Abel respiró muy profundo. Calmó las ardorosas ganas que tenía de cogerlo de las solapas de su lujoso traje y zarandearlo hasta que escupiera todo lo que quería saber.

—He venido por otro asunto —volvió a hablar Javi.

—¿Qué asunto?

—Si firmas este papel... —Cogió su maletín y procedió a abrirlo. El clic de las aberturas emitió un sonido agudo y seco. Sacó un papel y se lo entregó—. Serás libre esta misma mañana.

Abel observó el papel con evidentes signos de enfado. Empezó a leer, seguro de que alguna argucia estaba escondida detrás de esas palabras tan técnicas, pero no parecía haber nada fuera de lo normal, aun así no podía evitar desconfiar.

—¿Y a qué debo yo tanta amabilidad? —preguntó el muchacho.

—Por supuesto que a Iván.

Abel rio con desprecio.

—Ese hombre es la reencarnación del diablo.

—Te aseguro que no hay ninguna mala intención. Fírmalo, serás libre y sin cargos.

—¿Y si no me da la gana de firmarlo?

Javi se sacó del interior de su bien planchada americana un bolígrafo de aspecto lujoso, se lo ofreció.

—Sí firmarás —aclamó el abogado, muy seguro. Abel cogió el bolígrafo—. Sabes que no tienes alternativa.

—La misma alternativa que me disteis cuando Iván hizo que me arrestaran.

—Firma y empieza de nuevo, no seas estúpido.

—Firmaré, quédate tranquilo, pero tú y tu maldito amigo pagaréis por lo que nos habéis hecho a mi hermana y a mí.

Ahora fue Javi quien rio. Sacudió la cabeza de un lado a otro al tiempo que sacaba un cigarro del bolsillo; le alargó uno al muchacho, pero se negó a aceptarlo.

—No sabes lo que estas diciendo, imbécil —espetó el abogado—. Más vale que te saques esas ideas de la cabeza. Iván es intocable, no puedes rozarle sin salir perjudicado. Es un hombre demasiado listo e implacable y poderoso, con gente muy importante que lo apoya. —Dio una bocanada al cigarro—. Y con respecto a tu hermanita no creo que esté sufriendo demasiado. Yo diría que está disfrutando... demasiado.

—¡Desgraciado! —gritó, levantándose de la silla. Le arrancó el cigarro de la boca y lo tiró al suelo—. ¡Dime dónde está mi hermana!

—¡No puedo! Iván solo me ha dado instrucciones de sacarte de la cárcel y que, de momento, no te explique nada. También me ha dicho que te dé dinero y que te enviara a casa de tus tíos. Nada más.

—¡No quiero nada de ese engendro del demonio!

Abel agarró al abogado hasta tenerlo pegado de espaldas a la pared. Con el bolígrafo, aún en su mano, lo apretó en el cuello, encima de la yugular.

—¡Si no me lo dices juro que te lo clavo en tu asqueroso cuello, sin importarme que me dejen encerrado de por vida aquí!

Javi lo miró a los ojos. Vio el destello de la resolución, sin duda ese muchacho no solo había cambiado por fuera, sino que por dentro también lo había hecho. Estaba dispuesto a pelear hasta la muerte, si era necesario.

—Está bien, te apuntaré la dirección.

Javi sabía que su amigo estaba en Andorra, después de todo tampoco era mala idea que fuera allí, pues se reencontraría con su hermana y ella lo haría entrar en razón antes de que se convirtiera en un peligro para todos. Le facilitaría la dirección y telefonaría a Iván y se lo explicaría, él ya tomaría las medidas necesarias.

El abogado cogió un folio y un lápiz de encima el escritorio, con Abel amenazándole en todo momento con el bolígrafo. El ruido de la punta escribiendo en la hoja se incrustó en los oídos del muchacho. Jamás había amenazado a un hombre con matarlo, pero era cuestión de supervivencia, su hermana lo necesitaba.

—Aquí la tienes —dijo el abogado, extendiéndole el papel—. De todos modos, te informo de que tu hermana está bien, así que deja de preocuparte, Iván no la maltrata ni la obliga a nada, te doy mi palabra.

—¡Calla, tu palabra no vale nada! —voceó Abel, retirando su mano del cuello y dejándolo libre. Javi alzó las manos en señal de rendición—. No me importa lo que pienses.

—Antes de que cometas un error habla con ella primero, no seas estúpido, si lastimas o matas a alguien te puede pesar toda la vida. Ahora ya sabes lo que es estar en prisión, que no regreses solo depende de ti. —Javi se sacó un sobre en cuyo interior había dinero—. Aquí tienes una buena cantidad de euros para que empieces de nuevo, afuera te está esperando un taxi que te llevará a casa de tus tíos.

Abel agarró el sobre y se lo tiró en la cara.

—Yo no estoy en venta, además, tengo otros planes.

El abogado hundió los hombros, no podía obligarlo, pues era mayor de edad. Por tanto, y según la ley, él era dueño de sus actos. Cogió el sobre del suelo y lo introdujo en su maletín.

—Aunque la compañía es muy agradable —declaró Javi, con un dejo de burla en la voz—, tengo otros asuntos que atender. Necesito que firmes.

Abel lo miró con cara de pocos amigos, pero no escondió sentirse satisfecho, pues tenía lo que quería: la dirección del lugar donde estaba Lucía. Dobló el papel y lo guardó en el bolsillo. Entonces, firmó rápido y sin despedirse se dirigió a la puerta, Lorenzo lo esperaba al otro lado, este no tuvo más remedio que esposarlo. En teoría era libre pero hasta que el director no firmara no lo sería con todas las de la ley.

Lorenzo se alegró muchísimo de que su amigo quedara libre, mientras se dirigían a

la celda el funcionario invitaba a Abel a su casa, este aceptó, pues había que celebrar su libertad y no conocía mejor manera que rodeado de buena gente. Iban por un gran pasillo y de pronto el funcionario se desplomó al suelo. El golpe de la caída resonó en el pasillo e hizo que Abel se girara. Se arrodilló a su lado con intención de auxiliarlo, pero con las manos ligadas en la espalda poca cosa podía hacer.

—¡Lorenzo, Lorenzo, Lorenzo!

—El corazón... Tengo las pastillas... en el bolsillo, da... me, da... me u... na.

El rostro de Lorenzo perdió color y las pupilas empezaban a dilatarse. Abel se dio la vuelta con rapidez, se agachó y hurgó como pudo dentro los bolsillos, sin embargo, las manos no le servían de nada tal como las tenía de impedidas. Intentó arrancarse las manillas en un acto de desesperación, pero lo único que consiguió fue cortarse la carne de las muñecas. Notaba la sangre caliente correrle por los dedos, no prestó atención al dolor y volvió a intentar introducir las manos en el bolsillo con el mismo resultado. Se dio la vuelta, lo intentó con la boca y tampoco consiguió sacar el maldito bote de pastillas.

La cara de Lorenzo tenía una palidez cadavérica. Respiraba con dificultad y sus ojos estaban cerrados, Abel tenía el corazón en un puño, sabía que había cámaras de vigilancia por todos lados, pero viendo que nadie acudía pensó que estaba fuera de su radio de acción.

—¡Lorenzo despierta, despierta!

Abrió un poco los ojos.

—Abel —barboteó con dificultad y en un tono de voz apenas imperceptible—. Mi... mujer está sola en este mundo.

—¡Maldita sea, no te preocupes por eso, yo salgo hoy y cuidaré de ella! —El funcionario asintió con dificultad—. Aguanta, amigo, voy a buscar ayuda.

Se levantó de un salto, debía salvar a Lorenzo y corrió por toda la galería, allí donde había una cámara de vigilancia se hizo ver. La sangre se deslizaba por sus muñecas hacia los dedos para al final gotear en el suelo, dejando tras de sí un camino de gotas rojas. Al final del pasillo había una puerta de barrotes cerrada, oyó a lo lejos el bullicio de una carrera; seguramente lo habían visto por alguna cámara y alguien acudía en su auxilio.

Abel golpeó con los pies los barrotes y gritó como un poseso con los pies. Un policía apareció tras una puerta pesada y mientras se acercaba, el muchacho le relató

lo sucedido. El funcionario abrió el batiante de barrotes y corrieron junto a Lorenzo. Le sacó el bote de las pastillas y le introdujo una en la boca. Sin embargo, era demasiado tarde.

Lorenzo se había muerto y Abel no había podido hacer nada por salvarlo. Su desesperación era tan profunda que empezó a gritar. Una vez se hubo calmado lo llevaron a la enfermería para curarle los cortes de las muñecas. No le volvieron a esposar porque era libre. Cogió las pocas pertenencias que tenía y salió al exterior sin mirar atrás y sin despedirse de nadie. El único amigo que tenía se había muerto delante de sus narices. Jamás podría olvidarlo.

Tuvo que taparse los ojos con la mano, porque un sol deslumbrante le cegaba. Hizo autostop hasta la ciudad más próxima, pues quería encontrar trabajo, ya que necesitaba dinero para un billete de autobús o para alquilar un coche e ir en busca de su hermana. También visitaría a la mujer de Lorenzo, se encargaría de que nunca le faltara de nada, aunque para ello tuviera que trabajar de sol a sol. Su amigo podía descansar en paz.

## CAPÍTULO 9

Lucía e Iván se despertaron con la intención de hacer una excursión por los alrededores y pescar truchas, Lucía se había ofrecido para iniciar al hombre en el arte de la pesca. Además, ella tenía ganas de admirar la naturaleza en todo su esplendor y riqueza, pues aquel lugar le fascinaba. Sin más, abrió las ventanas y un zorro estaba de visita frente a la casita, olisqueaba aquí y allá, pero cuando el animal olió la fragancia humana echó a correr tan deprisa que las patas casi no le tocaban al suelo; ambos estuvieron un rato riéndose. Sin embargo, tuvieron que cambiar de planes, pues llovía, una lluvia fina y continúa. Además, hacía frío. Aunque era verano, en aquella montaña el clima era muy diferente, y cuando el sol no resplandecía, el frescor en el ambiente era evidente.

Lucía acababa de ducharse y llevaba una toalla alrededor del cuerpo. Mientras se peinaba, escuchaba a Iván cantar bajo la ducha. No era de extrañar que lloviera, pues cantaba fatal. De pronto una melodía atrajo su atención, era el móvil de él. Lo había conectado diciendo que tenía que recibir una llamada de Javi. No quiso especificar más, y como ella no mostraba interés por sus negocios tampoco insistió. Decidió atender la llamada.

—Javi, soy Lucía, telefonea un poco más tarde, ya que Iván se está duchando. —Un ruido ensordecedor hizo que la mujer separara, durante un instante, el móvil de la oreja.

—Iván, ¿eres tú? Te oigo fatal, amigo.

—No... Iván está...

—Abel está fuera de Els Roures como mandaste... ¡de verdad que te oigo fatal! Sal fuera por si hay mejor cobertura...

Lucía quedó muda en el acto, ¿Abel, libre?

—¿Iván, me oyes? ¡Joder con la cobertura!

Iván salió del cuarto de baño desnudo, se estaba secando con vigorosidad el pelo con una toalla. Lucía estaba delante de la cama con el móvil en la mano, esta se lo entregó.

—Es Javi —mencionó ella a duras penas.

Las facciones contraídas de la mujer revelaban que acababa de enterarse de algo. Iván tuvo un mal presentimiento.

—¿Lo sabes? —preguntó él, temía la respuesta.

Ella asintió. El hombre se llevó el móvil a la oreja y tiró la toalla encima la cama.

—Javi, después te llamo —colgó.

—¿Mi hermano está libre?

Iván asintió con lentitud.

—Sí, desde esta mañana.

—Tengo que verle —pidió Lucía tragando saliva.

—Sí, por supuesto, no te retendré a la fuerza.

Ella intentó interpretar lo que le decía, de modo que podía irse cuando le diera la gana, que él no se opondría. Por fin era libre, libre del chantaje. Solo había una explicación.

—Has cumplido tu palabra de dejarme marchar cuando te cansaras de mí.

El hombre hizo una mueca de desagrado.

—¿De dónde has sacado esa tonta idea? —preguntó él.

—Tú me dijiste que sacarías a Abel de prisión cuando te hartaras de tenerme en tu cama.

Fue entonces cuando Iván se acordó, su mirada azul se entristeció, pues se arrepentía de tantas cosas...

—Dije muchas tonterías que no debería haber dicho. Nunca me cansaré de ti, cariño, nunca tendré bastante y nunca será suficiente.

—¿Entonces?

—No más amenazas, no más chantajes. —Se detuvo un momento para aspirar aire antes de continuar—. No quiero tenerte a mi lado a la fuerza y no quiero causarte más dolor. Eres libre para marcharte... o quedarte.

—¿Quedarme por voluntad propia? ¿Tú qué deseas, Iván?

Él no dijo nada y se mantuvo callado. Quería decirle que la amaba, confesarle su amor incondicional, pero no se atrevía a despojar su alma. Una mujer luminosa como ella jamás permanecería al lado de un hombre tan malvado como él. Su negativa lo destrozaría y no tenía fuerzas para aguantar el golpe que suponía no tenerla, no poder besarla, acariciarla, hacerle el amor día y noche, reír juntos... no, no lo aguantaría, prefería arrojarse en el silencio como si fuera un escudo.

Lucía salió corriendo de la cabaña. Corrió y corrió hacia el bosque solo con la toalla cubriendo su desnudez. No notaba la lluvia clavarse en su piel como finas agujas, ni el dolor de los guijarros al clavarse en las plantas de los pies. Solo sentía el galopar de un corazón lleno de pena. Lo correcto sería marcharse tan lejos de él que ni el recuerdo pudiera alcanzarla, entre ellos había dos mundos que los separarían siempre. Una mano la agarró de la cintura e hizo que se volviera. Era Iván, totalmente desnudo, y la miraba con lágrimas en los ojos.

El hombre contempló el rostro de la mujer que amaba, el agua resbalaba por su hermoso rostro y sus largas pestañas estaban cubiertas de diminutas gotas. La arrimó a un tronco de abeto acariciando su rostro con ternura y pegó su frente a la de ella. Las manos bajaron por sus hombros mojados y la despojaron de la toalla. Hacía frío, pero ninguno de los dos lo notaba. Sus cuerpos se pegaron buscando el calor que los mantenía alejados de las gotas heladas. Iván la alzó del suelo e hizo que le rodeara con las piernas sus caderas. Apoyó la espalda de ella en el tronco. La penetró, sin preliminares, tampoco hacían falta, pues lo único que necesitaban era sentirse unidos. Iván entraba y salía del cálido cuerpo, no hubo frenesí, ni impaciencia por llegar, solo quería sentirla, tocar su corazón y su alma de la única manera que sabía. La necesitaba más que nunca.

No llevaba preservativo y ella lo miró. Iván le devolvió la mirada y sus ojos quedaron atrapados en un lenguaje silencioso. No hacía falta pronunciar palabras para que Lucía entendiera lo que pedían aquellos ojos azules. Siempre hacían el amor con condón y si ahora eyaculaba sin protección, podía quedarse embarazada, y eso significaría que se quedaba. Él ya había decidido, la quería a su lado, pero era ella la que tenía que escoger.

Por la mente de Lucía se sucedieron imágenes de una vida pasada. Su madre peinándola. Las risas y juegos de dos hermanos. Su padre con las regañinas de costumbre. Las reuniones sociales de la comunidad llenas de tranquilidad y armonía... De pronto vio a su padre muerto en medio del barro y la lluvia, mientras que a lo lejos percibía la silueta de Iván salir de entre las sombras de una ciudad destruida. También escuchó el sonido de una puerta de barrotes cerrarse con fuerza mientras su hermano quedaba atrapado dentro. Iván salió de entre las sombras mientras una espesa niebla se extendía a su alrededor, alto e imponente, con una mirada penetrante y una dulce sonrisa en los labios; le abrió sus brazos de par en par

y la apremiaba con movimientos a que corriera a él. No podía odiarlo. Lo amaba. Le amaba hasta la desesperación y no podía evitarlo. Entonces corrió resuelta a sus brazos mientras veía la niebla disiparse para dejar paso a una casita llena de flores y mariposas. Los cantos de los pájaros llenaban el ambiente. De pronto, unos gritos de niños jugando y cantando le llegaron a sus oídos. Eran un niño moreno con ojos dorados y una niña con unas largas trenzas castañas y unos ojos azules como el profundo mar. Eran los hijos de ambos. Lucía saltó a los brazos de Iván, pues quería atrapar ese sueño y hacerlo realidad. Había tomado una decisión.

Sí, lo escogía a él y a lo que el futuro quisiera darles. De pronto supo que su amor nunca desaparecería y que llevar a sus hijos en su vientre sería lo más normal del mundo. Asintió con la mirada mientras la lluvia arreciaba. Como era de esperar, Iván entendió esa mirada limpia y pura y Lucía vio cómo los ojos azules se empañaban de felicidad.

Iván empezó a besarla, bebía sus besos con desesperación, apenas la dejaba respirar. Siguió con sus embestidas suaves y tiernas, pues no había prisa, de hecho tenían una vida entera. Poco a poco, aumentó el ritmo mientras la lluvia caía sin pausa, envolviéndolos en una manta transparente de pureza. Era como si ese agua arrastrara todas las cosas malas que habían pasado entre ellos dos y su limpieza les diera la oportunidad de empezar un amor puro y duradero. Juntos. Iván acrecentó el ritmo, sentimientos escondidos salieron a luz que los unieron todavía más. Entonces alcanzaron la cima envueltos de lluvia al tiempo que sus gemidos se perdían en la espesura del bosque.

Lucía acogió entre sus manos el rostro masculino, apartando los mechones mojados.

—Te quiero —le confesó ella, no esperaba que él le contestara, pero tenía la necesidad de vaciarse por dentro y que su amor no quedara nunca más escondido entre miedos.

Iván sintió el sol brillar en su interior, también su corazón latía de amor, tan fuerte que le provocaba dolor en las costillas. Comprendió que debía dejar libres sus sentimientos. Y eso hizo, porque dijo:

—Te quiero.

Dos palabras, dos sencillas palabras... con un significado brutal para ambos. Iván la abrazó y la llevó al interior de la cabaña, con sus largas piernas alrededor de sus caderas, y aún con su miembro erecto dentro de ella. Extendió una manta peluda y

unos cojines delante de la chimenea. La acomodó en la superficie velluda y cargó el hogar de leña. Se tumbó a su lado y la abrazó. No se movieron en todo el día, ni en toda la noche, del nido de amor que habían construido. Iván le hacía el amor con ternura y pasión, sin prisas y, mientras se derramaba libremente en su interior, una y otra vez, le murmuraba lo mucho que la amaba.

Lucía se despertó agotada de tanta actividad. Advirtió una mano que acariciaba su vientre. Abrió los ojos y contempló a un Iván sonriente.

—Me gustaría que estuvieras embarazada —afirmó, levantando la vista—. ¿Cuánto te falta para que llegue tu menstruación?

—Un poco más de dos semanas.

—Entonces hay muchas posibilidades.

—Bastantes.

—¿No te arrepientes?

—No, nunca. —Sonrió, mientras apoyaba su mano encima de la de él—. Mi amor por ti es verdadero, y tener un hijo tuyo sería lo mejor que me podría pasar.

—Yo también te quiero, entonces, ¿querrás casarte conmigo?

Lucía abrió los ojos desmesuradamente, todo estaba cambiando tan deprisa entre ellos que no podía creérselo, sin embargo, era lo que deseaba.

—Sabes que me casaré contigo, pero quiero que estés seguro. Yo he recibido una educación diferente a la tuya y, para mí, un matrimonio es un compromiso sagrado.

Iván la levantó y la atrajo a su cuerpo.

—¿Y qué crees qué significa para mí? Te llevo en mi sangre, corriendo por mis venas. Quiero pasar el resto de la vida contigo, que te cases conmigo y que seas la madre de mis hijos. —La besó en los labios, un beso profundo con sabor a felicidad—. ¿Me aceptas?

Lucía no pudo aguantar el llanto y lloró a lágrima viva, pero esta vez no era de pena, era de felicidad.

—No llores, me destrozas —murmuró Iván, inquieto.

—Son lágrimas de dicha.

Lucía rodeó el cuello masculino con sus brazos mientras lo besaba en la frente, en los ojos, en las mejillas...

—Te quiero y me casaré contigo.

—Entonces, cuando llegemos a Barcelona arreglaremos todo para casarnos.

—¿Tendremos que vivir en Barcelona? —preguntó con tono aplacado.

Una línea adusta se dibujó en la frente masculina. La observó durante un momento mientras reflexionaba en la pregunta y en el poco entusiasmo que mostraba.

—A ti no te gusta vivir en mi casa de Barcelona, ¿me equivoco?

Ella agachó la cabeza como si hubiera cometido un gran pecado y sus mejillas sonrosadas perdieron color. Sabía que para Iván ese hogar significaba mucho, pero ella no lo quería engañar.

—Mi mundo es otro, Iván.

—Lo sé, tu hogar es...

Iván se censuró, pues el universo de Lucía era Valleverde y no quería abrir heridas dolorosas de las que él era el único responsable.

—Nuestro hogar debe ser un lugar que ambos sintamos como nuestro —reflexionó él.

Él quería pasar su vida con ella, lo demás no importaba.

—Tienes razón —confirmó ella, lo importante ya lo tenemos, nos amamos, lo demás ya irá viniendo en el momento adecuado y cuando estemos preparados.

—No te preocupes, todo saldrá bien, cariño. Es hora de cerrar las heridas que nos hacen desdichados, empezaré por arreglar las cosas con tu hermano, intentaré ganarme su perdón.

Ella asintió y el silencio se instaló entre ellos. La mente de Iván trabajaba a una velocidad vertiginosa. Él sabía cómo proporcionarle el hogar de ambos y la idea le gustaba cada vez más. Cuando llegara a Barcelona trabajaría para enmendar todo el dolor causado por su avaricia. Compensaría a toda la gente de Valleverde, incluidos Lucía y Abel, y la herida cicatrizaría para siempre. Solo esperaba que esa cicatriz no dejara marca, porque había decidido cambiar de vida para siempre. A partir de ahora viviría feliz junto a ella y estarían unidos en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad... durante toda la eternidad.

—Tengo que pedirte una cosa —barboteó Lucía.

—Dime.

—Se trata de Abel, ¿puede vivir con nosotros hasta que se case?

—Contaba con ello.

Ella se arrodilló delante de él. Lo miró con cara sorprendida.

—¿De verdad?

—Cariño, es tu hermano y está solo. Ya sé que no hemos empezado la relación de buena manera, pero me ganaré su perdón. Hablando de tu hermano, mientras dormías he estado hablando con Javi.

—¿Y?

—Está libre, tiene intención de venir hasta aquí, lo esperaremos hasta que venga.

—¿Qué?

Iván le explicó lo acontecido entre Javi y su hermano en el despacho de la prisión. Lucía se quedó lívida, pues parecía que hablara de otra persona y no de su hermano, ¿tanto había cambiado?

—Abel está resentido, encerrado en esa prisión lo único que ha hecho ha sido acrecentar el odio que habita en él —pronunció ella con pena.

—Yo tengo la culpa, no sabes cuánto me arrepiento. Cuando llegue hablaremos como personas civilizadas y él tiene que entender.

—¿Tú crees?

—Yo me encargaré de ello, y tú me ayudarás. Entre los dos lo conseguiremos, ya verás, no pierdas la esperanza. Además, entre vosotros hay una relación muy estrecha, él te escuchará.

—Eso espero.

Se abrazaron un largo rato.

—¿Que te parece si me enseñas a pescar truchas tal como me prometiste? —preguntó Iván, entusiasmado con la idea—. Sabes pescar truchas ¿verdad?

—¿Acaso lo dudas? —dijo ofendida—. Mi padre nos enseñó a mi hermano y a mí de pequeños, no te mentí cuando te lo conté.

Se levantaron de un salto.

—Vamos a vestirnos. Pasaremos el día fuera, al aire libre. Hay que aprovechar el sol, hoy que se ha dignado a salir —propuso ella.

Aparcaron los problemas y se dejaron envolver por la tranquilidad y la paz del bosque, dedicaron todos sus esfuerzos a pasar un agradable día de pesca. Un mundo nuevo brotaba entre ellos donde lo importante era dar y recibir por partes iguales.

El futuro les sonreía.

\*\*\*

Alberto se paseaba por su despacho hecho una furia. Había asuntos pendientes sobre la carretera de Valleverde y el irresponsable de su hijo seguía sin aparecer. Hasta la estúpida de Federica se había negado a decirle dónde estaba; y no solo había sido eso, sino que había disfrutado echándolo de la casa de su hijo. «¡Cómo disfrutaría estrangulando a esa mujer y borrándole esa sonrisa tan impertinente que luce en mi presencia!», meditaba el anciano.

Además, Iván tenía el móvil desconectado, por lo que había sido imposible dar con su paradero para traerlo a rastras al despacho. Se sentó en su sillón y se pasó las manos nerviosamente por el rostro. «¡Esa ramera con la que está tiene la culpa, Lucía es la única culpable!», cavilaba, ofuscado. Las mujeres tenían ese poder sobre los hombres, pues una vez se caía en las redes del amor un hombre lo perdía todo; y eso era exactamente lo que sucedería con su hijo: lo perdería todo. Suerte que él había sido un hombre listo y nunca se dejó atrapar.

Respiro profundo en un intento de calmarse, ya que enfurecerse no traería de vuelta a Iván. Lo que tenía que hacer era poner su plan en marcha de una vez por todas, lo único que le faltaba era encontrar a la persona adecuada. Era preciso apresurarse antes de que la cosa fuera a más, por lo que haría una lista de los posibles candidatos y escogería uno.

Alberto dejó de pensar en ese asunto para centrarse en otro igual de importante, pues necesitaba retrasar la firma de unos contratos hasta que regresara su hijo. Cogió el teléfono para llamar a Javi, a este se le ocurriría alguna triquiñuela legal, pero no respondió. Llamó al móvil y tampoco le atendió.

—¡Maldita sea mi suerte! —gritó Alberto, ofuscado—. Debe estar en su apartamento. Iré, esto no puede esperar.

Dicho y hecho, se marchó con su Jaguar verde aceituna al apartamento de Javi y aparcó en doble fila por la imposibilidad de encontrar un hueco. Se apeó del vehículo y cuál fue su sorpresa cuando vio salir a Javi del bloque de apartamentos, tan desgarrado y sucio que no podía creérselo. De todos era conocida la formalidad que destilaba el hombre en su vestimenta y en la manera de tratar con la gente, por lo que se asombró, pues no encontraba ninguna explicación. Además, su cara estaba muy desmejorada, como si estuviera enfermo.

Alberto decidió seguirle a cierta distancia con intención de pasar desapercibido. Ya hacía tiempo que Javi tenía una conducta un tanto sospechosa. Mejor averiguar qué

sucedía, porque era el abogado de la empresa y manejaba negocios importantes y cantidades de dinero exorbitantes, y más valía tenerlo controlado.

Lo que sucedió delante de sus ojos dejó al anciano, por un momento, aturdido, dado que Javi se había detenido delante de un bar de dudosa reputación. Un hombre con muy malas pintas salió del interior, con disimulo le entregó al abogado un puñado de bolsitas a cambio de un manojo de billetes. No hacía falta ser muy listo para saber que contenían droga. Alberto hizo una mueca de desagrado, en aquel momento entendió los cambios bruscos de humor, la sudoración excesiva, las largas ausencias injustificadas... típico de un drogadicto.

El anciano se sentó en un banco de una pequeña plaza de enfrente del bar e intentó digerir el descubrimiento. Agachó el rostro para no ser reconocido cuando el abogado pasó delante de él camino a su apartamento, hasta sus andares mostraban a una persona abatida por la vida. «¡Cuando Iván se entere no sé qué pasará, lo quiere como un hermano!», se dijo a sí mismo. Sin embargo, una luz interior iluminó su plan, entonces se sacó el móvil de su americana y llamó a su investigador privado, al que dio instrucciones. Debía seguir a Javi de día y de noche, además, indagaría en sus cuentas bancarias. Había encontrado a la persona idónea para el trabajo y, si su plan no fallaba, Iván odiaría a Lucía hasta el fin de sus días.

Fue al Jaguar pensando que el día, después de todo, se había arreglado. Volvió a cambiar de opinión cuando, en vez de encontrar su flamante automóvil de color verde aceituna, encontró una nota enganchada en el suelo en que se le comunicaba que la grúa había retirado el coche.

\*\*\*

Había pasado una semana desde que a Abel lo habían dejado en libertad. Trabajó en una hamburguesería de camarero a jornada completa. Reunió algún dinero y con una parte alquiló un Seat Ibiza medio destartado. Tuvo que pararse varias veces debido al sobrecalentamiento del motor, por lo que el viaje se le hizo eterno e insoportable. Llegó a Andorra y se detuvo a comer un poco y a estirar las piernas.

No tardó en llegar a la cabaña y decidió detener el coche un poco alejado. No quería alertar de su llegada, bien sabía que el abogado lo habría avisado, aun así

ansiaba como un loco sorprender a ese desgraciado y darle su merecido. Si se había atrevido a hacerle daño a su hermana pagaría con su vida.

Anduvo un rato por un camino de tierra. Iba tan concentrado en su venganza que no prestó atención al hermoso paisaje que se desplegaba a su alrededor. El sol irradiaba con fuerza, como si quisiera cebarse en el ambiente, pero no lo conseguía, pues un aire fresco amortiguaba lo que tenía que ser un día caluroso y agobiante.

De pronto, unas risas, arrastradas por el viento, captaron su atención. No tardó en vislumbrar una pequeña pero hermosa cabaña. Alguna que otra palabra llegó a él, que no entendió; sin embargo, le sirvieron para guiarlo. Con el objetivo de no ser visto, optó por seguir avanzado por entre la espesura que circundaba la casa. Fue siguiendo las risas y las palabras y distinguió la voz dulce de su hermana; entonces el corazón le dio un vuelco. ¡Tenía tantas ganas de verla y abrazarla!

Se asomó por encima de una conífera y la sangre se le heló en las venas: su hermana centelleaba felicidad por cada poro de su ser, muy diferente a como esperaba encontrarla. Su rostro, su mirada... todo en ella delataba que era inmensamente feliz. Reía y acariciaba a Iván como si fuera la cosa más normal del mundo. Los observó en silencio sin salir de su escondite, intentando encontrar alguna pista de que ella era desdichada, pero su corazón gritaba que no encontraría nada de nada. Aturdido y con un nudo en la boca del estómago, siguió observando a la pareja entre las sombras.

Lucía e Iván estaban sentados en el porche de la cabaña. Su hermana parecía estar muy cómoda sobre los fornidos muslos de Iván. La tenía cogida por la cintura y jugaban al parchís; por la discusión trivial que mantenían, parecía que la partida tocaba a su fin.

—Bueno, bueno... —resopló Iván con satisfacción—, si saco un tres he ganado.

—¡No me lo puedo creer! —profirió ella, incrédula—. Tres partidas y las has ganado casi sin pestañear.

—La suerte del novato.

—Demasiada suerte me parece a mí. —Sus ojos miraron los del hombre con la esperanza de encontrar algún signo de su secreto—. Aquí hay gato encerrado.

Iván le brindó una de esas sonrisas que le hacían contener el aliento. Él cogió el dado entre sus dedos, los acarició y los lanzó sobre el tablero. En el proceso, el cubo giró y giró profiriendo un sonido seco y expectante. Los dos miraban el pequeño cuadrado girar sobre sí mismo, a cada segundo ralentizaba los movimientos hasta que

quedó quieto por completo. Los dos se inclinaron a la par para ver el número que había salido.

—¡Tres, he ganado! —exclamó él—. Otra vez tendrás que pagar el premio que yo quiera. —La besó en los labios—. Y el premio vuelves a ser tú.

Sin añadir nada más, se levantó con ella en brazos y, riendo traviesamente, se dirigió a la puerta.

—De verdad, Iván, yo no sé si hay tantas posturas para hacer el amor como partidas vas ganando.

—Ya me encargaré de inventar de nuevas. Mi táctica secreta en el parchís está dando resultado.

—¡Sabía que estabas haciendo trampa!

—Yo no he dicho eso.

—¡Eres un tramposo!

Iván la miró con dulzura y abrió la puerta de una patada.

—Nunca te diré mi secreto.

Lucía quería replicarle, pero él la silenció con un largo beso, al tiempo que la tendía en el sofá y la despojaba de la camiseta y los shorts.

Mientras tanto, Abel se alejaba a toda prisa del lugar. Se hincó de rodillas en el suelo, una vez los sonidos de risas desaparecieron de sus oídos. Era evidente que su hermana rebosaba felicidad. Ese maldito hombre le había arrebatado lo único que le quedaba: Lucía. Sin embargo, tenía que ser justo y reconocía que había visto amor por parte de ambos, además no recordaba haberla visto nunca tan feliz.

Abel echó la mirada atrás. Su querida hermana no había tenido un momento de dicha desde que la madre de ambos muriera. Se había tenido que encargar de la granja, casi en soledad, mientras el padre enfermaba poco a poco y él se dedicaba a hacer travesuras junto a Eli. Ella se encargaba de todo y, cuando le sobraba algo de tiempo, acudía a casa de sus amigas que recién acababan de ser madres para ayudarlas un poco. No tenía un minuto para ella, sin embargo, nunca se quejó.

Abel reflexionó, y por más que le doliera, su hermana merecía ser feliz; tal vez iba siendo hora de separar sus caminos, ya que él no podía quedarse junto a ella, olvidar lo ocurrido y perdonar a Iván. Tenía que alejarse y reconstruir su propia vida, pues su hermana había escogido la suya. De todas maneras, no quería incorporarse a la comunidad como si nada, y olvidar el pasado. Con sorpresa se dio cuenta de que

tampoco quería volver, porque un integrante de Los Hijos de la Luz tenía el alma libre de odio y venganza, no como la de él, donde tales sentimientos habían encontrado un refugio.

Se sacó del bolsillo un puñado de billetes y la tarjeta que le dio Cobra. Pasaría por la casa de Lorenzo para entregarle a su mujer el dinero que había ganado, seguro que necesitaban más, pero él se encargaría de ganar el suficiente, fuera como fuese. Eso lo tenía claro, pues su difunto amigo no merecía menos. Miró la tarjeta, había una dirección y una ciudad: Salou, un lugar tan bueno como otro para reconstruir su futuro. No podía hacer otra cosa, ya no le quedaban fuerzas, miró al cielo buscando una explicación. Abel empezaba a dudar de que existiera el Dios que tanto le inculcaron de pequeño; igual que un castillo de arena, sus creencias se habían desmoronado dentro de la prisión, para acabar de derrumbarse y ser arrastrado por las olas del mar en esos cinco minutos en los que había contemplado a su hermana.

—Uno es dueño de sí mismo y de sus acciones —afirmó, con un dolor agudo en el pecho, aún mirando el cielo, esperando que ese Dios que estaba escondido lo escuchara—. Nadie te soluciona los problemas, tampoco nadie puede decidir por ti, y yo ya he decidido.

Se levantó del suelo. El aire le acarició el rostro y, por primera vez en su vida, se sintió libre como el viento para forjarse un futuro, que por supuesto estaría rodeado de riquezas y poder. Porque si una cosa había aprendido era que el poder y el dinero te hacían invencible.

\*\*\*

Era principios de agosto. Un impecable sol de verano se cebaba en todos los rincones en los que podía llegar. El aire bochornoso y cálido acrecentaba la sensación de estar en el centro del infierno. La pareja de enamorados optó por regresar a Barcelona, se habían quedado en la cabaña mucho más días de los que Iván había decidido en un principio, porque habían esperado a que Abel apareciera, pero no había dado señales de vida. Lucía estaba muy preocupada e Iván calmó sus ansias, asegurándole que era probable que Abel hubiera recapacitado y que estaría en casa de sus tíos. Ella quería telefonarles, sin embargo, Iván le aconsejó que dejara pasar un

poco de tiempo, pues su hermano necesitaba aceptar la nueva realidad antes de reencontrarse con ella.

El tránsito en la carretera era infernal. Pronto recordaron con nostalgia los días fresquitos y llenos de paz de la montaña. Iván la miró de reojo y percibió la preocupación en el rostro de ella.

—¿Cariño, te sucede algo? —preguntó mientras reducía la velocidad de conducción.

—No.

—A mí no me engañas. —Le apoyó la mano en la rodilla y ella la cubrió con la suya—. Dime qué es lo que te preocupa.

Ella se quedó pensativa mientras acariciaba con cariño la mano de Iván.

—Me asaltan las dudas —confesó Lucía.

—¿Qué dudas? —preguntó, curioso.

—Marta y Federica estarán encantadas con nuestra boda. —Tragó saliva y lo miró—. Sin embargo, tu padre... —No pudo continuar.

Iván detuvo el coche en un área de descanso, se giró para mirarla de frente.

—No tienes por qué preocuparte. —Le acarició el brazo—. Yo lidiaré con mi padre.

Ella suspiró con pesadez antes de continuar.

—No es bueno ese odio entre vosotros, y por mi culpa se acrecentará. No me va aceptar, me odia.

—No por mucho tiempo. Cuando vea que me haces feliz y que lo haremos abuelo, todo quedará olvidado. —Reflexionó en las palabras que había dicho, ni él mismo se las creía, pues conocía a su padre muy bien y nunca aceptaría a Lucía—. Pero una cosa quiero que tengas clara, no dejaré que se interponga entre nosotros o te lastime de alguna manera.

Ella no dijo nada más y volvieron a ponerse en marcha. Por fin llegaron a la mansión, Federica y Marta salieron eufóricas a recibirles. Las dos mujeres, curiosas por naturaleza, llevaron a Lucía e Iván a rastras al salón. La tía los obligó a sentarse mientras Marta servía un té helado a cada uno. Los dos agradecieron la bebida, que los refrescó del intenso calor.

—Bueno ¿y cómo ha ido? —preguntó la tía, sentada en la butaca de enfrente.

—De maravilla, y de eso queríamos hablaros —contestó Iván. Miró a Lucía

mientras le cogía la mano—. Nos vamos a casar dentro de tres meses.

Marta y Federica chillaron encantadas. Se acercaron a la pareja y empezaron a besarlos, no cabían en sí de felicidad. Federica, consciente de lo que significaba la noticia, empezó a llorar de alivio. Iván y Lucía se preocuparon de inmediato pensando que algo iba mal.

—No, muchachitos, no os preocupéis. Son lágrimas de alegría —proclamó, secándose la cara con un pañuelo. No quiso aguar el momento, pero se acordó de su hermana María y de lo injusto que era que no pudiera disfrutar de esa dicha.

De pronto, Marta empezó también a llorar.

—¡Pero bueno! Ni se os ocurra ponerlos así el día de nuestra boda, cualquiera día que vamos a celebrar un entierro. —Iván estrechó a las dos mujeres a la vez en un fuerte abrazo—. No sé qué haría sin vosotras dos. —Las besó en la mejilla, cosa que hizo intensificar el llanto de ambas.

Las dos mujeres pronto apartaron las lágrimas y empezaron a discutir sobre los preparativos de la boda sin tener en cuenta los gustos de la pareja. Lucía e Iván se miraron, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Son imposibles —afirmó él.

—Son magníficas —afirmó ella.

—Dejemos que se peleen un buen rato. —La cogió de la mano—. Ahora que tenemos oportunidad, escapémonos a...

La frase quedó a medio terminar, pues Alberto apareció por la puerta del salón. Federica y Marta callaron de inmediato y contuvieron el aliento.

—Hola, Iván, por fin has decidido dejarte ver. —Miró a las tres mujeres de manera altiva—. Hay asuntos en la oficina importantes, has sido un irresponsable por macharte sin pensar en las consecuencias.

Su tono comedido escondía una furia sin límites, aunque logró calmarla y mantenerla a raya. Al hijo, sin embargo, no le pasó inadvertida. Federica y Marta también parecieron darse cuenta. Reaccionaron a la tensión que parecía haberse adueñado del ambiente en el momento que ese despreciable hombre había entrado por la puerta.

—Anda, Lucía, vamos a tu habitación —sugirió la tía, quería sacarla del radio de acción del asesino de su cuñado—, pronto cenaremos, pero antes descansaremos un poco.

Lucía asintió y expulsó el aire que tenía retenido en los pulmones de manera

inconsciente. Agradeció en silencio poder escapar de la visión de ese hombre, pues le asustaba de una manera que ella no entendía. En su vida una persona le causó ese efecto tan negativo, pero por Iván se acostumbraría a su presencia. Era su padre y sería su suegro de aquí a no mucho tiempo, por lo que el esfuerzo bien merecía la pena.

Iván no dejó que ella se marchara hasta que no la besó en la mejilla.

—Te veo luego —le susurró al oído mientras sostenía sus dedos entre los suyos en una caricia suave.

—Sí —afirmó la muchacha, giró el rostro en dirección a Alberto con intención de despedirse. Con todo, cambió de opinión en un segundo, cuando él la miró con un odio atroz.

Iván esperó a que las mujeres salieran del salón y cerró la puerta tras ellas.

—¡Eres un inconsciente! —gritó Alberto una vez tuvo vía libre para expulsar el veneno que retenía—. Te marchas sin más y dejas a la empresa sumida en un caos. Nunca pensé tener un hijo que primero daría rienda suelta a sus deseos sexuales antes que a su empresa y su futuro. Cada día me avergüenzo más de ti, serás el hazmerreír de todo el mundo como sigas por este camino, y me arrastras a mí también.

Iván dejó que hablara, nada ni nadie empañaría la felicidad que lo embargaba. Su padre tendría que aceptarlo, de modo que dejó que se desahogara antes de darle la noticia de su boda con Lucía. Sin duda, su rostro enrojecería de enfado y lo amenazaría, pero era su padre y con el tiempo acabaría por asumirlo; aunque en el fondo lo dudaba mucho, aun así lo intentaría, Lucía merecía el esfuerzo.

—Voy a casarme con Lucía dentro de tres meses —le informó Iván, sin más, de golpe, sin suavizar la noticia—. Estás invitado.

Alberto se sentó en el sofá intentando digerir la noticia. Su mente bullía de actividad pensando en su plan, ya del todo confeccionado. Solo tenía que ponerlo en marcha antes de la boda; de momento tendría que aceptar la noticia para no levantar sospechas, pues su hijo no era tonto.

—Si me invitas vendré, por supuesto que vendré.

Iván lo miró desconcertado y recelando de su buena aceptación. Esperaba una explosión colérica, y sin embargo estaba sentado, con una tranquilidad pasmosa, en el sofá, aceptando una boda que no reconocía como tal. Lo podía apreciar en su mirada oscurecida por el odio, y en sus facciones, que él mantenía relajadas a la fuerza.

—¿Es todo, no hay gritos ni amenazas? —preguntó Iván, contemplando a su padre con los ojos entornados de incredulidad.

—Mi opinión sobre esa mujer no ha cambiado. Continúo pensando que tendrías que casarte con Gina. —Se levantó del sofá y palmeó el hombro de su hijo—. He intentado por todos los medios que vieras a Gina como tu posible esposa, pero es evidente que he fracasado. ¿Quieres casarte con Lucía?, pues tú mismo, me siento mayor y estoy harto de pelear. —Consultó su reloj y fingió tener prisa—. Me voy, tengo negocios que atender, espero que mañana por la mañana estés a primera hora en la oficina. Hay esperándote una montaña de trabajo.

Se fue tan rápido que Iván no tuvo tiempo de despedirse. Repasó mentalmente la extraña conversación que acababa de tener con su padre, sin embargo, decidió no darle vueltas a la cabeza y subió a la habitación a ducharse y quitarse el cansancio de encima. Durante un momento dudó si ir a la habitación en donde dormía antes de ir de viaje, o en la suya de toda la vida y que ocupaba Lucía. Estaban comprometidos y después de lo que había sucedido entre ellos, ella con toda seguridad lo quería a su lado. No se equivocó, pues ella lo recibió con un efusivo beso.

Mientras tanto, Alberto salió de la casa hecho una furia, una furia que vio incrementada cuando la estúpida de su cuñada lo esperaba apoyada en su flamante Jaguar. Se atrevía a mirarlo con altanería y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te ha dicho Iván que se va a casar con Lucía? —preguntó con voz melosa y burlándose de él.

No contestó, se limitó a gruñir de frustración.

—¡Apártate, vieja bruja! —escupió Alberto al ver que no se apartaba de la puerta del coche.

—Tus insultos y tu falta de educación no me provocan. —Suspiró con profundidad—. No conseguirás ponerme de mal humor, me siento feliz por Iván y Lucía. ¿Verdad que hace un día espléndido? Mira que bonito está el jardín. —Inspiró y llenó sus fosas nasales con el aroma que flotaba en el ambiente—. Huele, cuñadito, el aroma de la brisa, huele a amor.

Alberto no pensaba aguantar ninguna burla más. La apartó de un empujón, mientras Federica se reía sin parar. ¡Oh... cómo disfrutaba provocándolo, qué a gusto dormiría esa noche!

El hombre puso el coche en marcha y arrancó con brusquedad, derrapando con

intención en la salida de la mansión.

—Maldita vieja —murmuró entre dientes Alberto.

Y se alejó a toda velocidad de la mansión, no todo estaba perdido, de hecho acababa de empezar. Mañana se reuniría con Javi, a Gina la llamaría, pero quizá un poco más adelante, cuando su plan estuviera en marcha. Seguro que estaría encantada de colaborar.

Entonces, se carcajeó con la demencia de un asesino al que le gusta hacer sufrir a sus víctimas.

\*\*\*

Estaba casi anocheciendo cuando Abel bajó en Salou del autobús. Miró la dirección de la tarjeta que le había dado su amigo y se dispuso a buscar el Casino Of The Golden Clover, propiedad de Cobra. Lo más fácil sería coger un taxi para que le llevara, pero el problema era que ya no le quedaba mucho dinero, pues el que tenía se lo había dado a la viuda de Lorenzo; solo se quedó lo justo para poderse comprar el billete de autobús y algo de comer. Su amigo no le engañó en ningún momento, porque su esposa había resultado ser la bondad personificada. La viuda había insistido, entre lágrimas, en que se quedara a pasar un par de días y no había podido negarse. Además, le apetecía dados los últimos acontecimientos, pues asimilar que Lucía amaba a Iván, el hombre que había destrozado sus vidas, lo habían impactado de una manera muy dolorosa.

Mientras estuvo en casa de Lorenzo, su viuda lo había tratado como si fuera su hijo. Lo curioso era que esa mujer lo sabía todo de él, dedujo que su amigo le debía haber contado muchas cosas. Sacudió su cabeza, ya un poco más tupida de cabello, pues se lo había pasado bien, había sido como estar en su casa de Valleverde. Antes de irse, le prometió a la buena mujer enviarle dinero con regularidad, ya que no dejaría que le faltara de nada. Por suerte, Lorenzo había sido una persona ahorradora, y con eso y la pensión de viuda tendría suficiente hasta volviera a ganar más.

Abel pensó arriesgarse y cogió un taxi, pues el dinero destinado a comida no lo había ni tocado y si no le alcanzaba seguro que Cobra le prestaría el resto. El taxista tenía puesto el aire acondicionado, cosa que agradeció, el bochorno era insoportable

y se pegaba a su piel como una capa de pegamento. Casi sin darse cuenta llegó a su destino, por suerte tuvo bastante dinero, eso sí, se quedó con los bolsillos vacíos; no le había quedado ni para una bolsa de pipas

Levantó la mirada y lo que vio lo dejó aturdido. Casino Of The Golden Clover era inmenso. Se trataba de un edificio de tres plantas y con luces puestas estratégicamente para iluminar todo el exterior, aún no era la hora de abrir y ya había cola. Abel se dirigió a la entrada y pidió al portero que avisara a Cobra, cabe decir que en un primer momento estuvieron a punto de echarlo a patadas, sin embargo, se hizo respetar, la tarjeta que enseñó ayudó a ello. Lo llevaron al interior, a la zona del bar. Cobra estaba sentando en un taburete, disfrutando de una copa. Cuando vio a Abel sonrió de oreja a oreja y lo saludó como siempre hacían, entrelazando los pulgares.

—Abel, ¿qué cojones haces tú aquí? Anda, sentémonos.

Se fueron a una mesa apartada mientras los camareros seguían con preparativos para la apertura de esa noche. La música de pronto empezó a sonar.

—Me dejaron libre, ese desgraciado se cansó de tenerme encerrado.

Cobra se sacó un puro de su americana blanca. Lo encendió. Abel lo miró de arriba abajo, con su traje blanco tenía el aspecto de un mafioso.

—Déjame adivinar —empezó a explicar Cobra—, has abandonado tu vida de granjero y de meditación con Dios y me vienes a pedir trabajo. —Llamó la atención de un camarero para que les sirviera dos cervezas—. ¿Me acerco?

—Te acercas, y mucho.

Les sirvieron las cervezas bien fresquitas. La superficie exterior de las jarras estaban empapadas de humedad, las levantaron en alto para, antes de beber, brindar con ellas. En la superficie de la mesa se distinguía los dos círculos perfectos de humedad en el lugar en donde habían reposado las bebidas. Abel bebió un largo trago, sintió el líquido fresco, y ligeramente amargo, refrescarle el interior. No era la primera vez que bebía cerveza, una de las ventajas de cumplir con el rito de vivir unos meses lejos de la comunidad era que le había permitido probar todas clases de bebidas sin cometer pecado. Y la cerveza, sin duda, le gustaba.

—Chavalote, quiero que tengas clara una cosa —especificó Cobra, acomodándose en su asiento—, mis negocios no son legales.

—¿Y a quién le importa? Necesito dinero, mucho dinero. No me voy a dejar pisar por nadie nunca más en mi vida. Además, la viuda de Lorenzo necesita mi ayuda,

llegará un momento en que los ahorros se le terminarán, y con la pensión tan ridícula que le queda no tiene ni para los gastos de la casa.

—¿La viuda de Lorenzo? —Entrecerró los ojos.

—Sí, él murió. —Su voz sonó rasgada, consciente de los recuerdos en su mente. Jamás olvidaría que no pudo hacer nada para salvarlo.

—Era un buen hombre. No lo merecía. —Chupó de su puro mientras pensaba que la vida nunca era justa—. Yo te daré dinero si lo necesitas.

Abel lo miró con cierta admiración e incredulidad. No era tan duro como aparentaba, la vida lo había hecho duro, como a él.

—Gracias, pero no. Quiero tener mi propia fortuna, de la manera que sea, ¿lo entiendes?

Cobra lo miró con esos ojos verdes, fríos y rasgados que atemorizaban a todo el mundo. Pero Abel le sostuvo la mirada sin pestañear, aquello agradó a Cobra, ese muchacho había cambiado más de lo que creía. De modo que si quería integrarse en su mundo le enseñaría todo lo necesario, y mucho más. Además, estaba encantado ante la perspectiva, pues a Abel le podía dar la espalda sin miedo. Sus labios dibujaron una sonrisa de aceptación al tiempo que su hoyuelo en la barbilla se expandía por el movimiento.

—¡Entonces, brindemos por ello! —exclamó Cobra eufórico. Levantaron las cervezas y brindaron. El vidrio resonó por encima de la música. Parte del líquido se derramó con la violencia del choque—. Tenemos que celebrarlo por todo lo alto— declaró—. Dime, ¿desde cuánto no estás con una hembra?

El muchacho se sonrojó. También era una de las cosas que había probado cuando estuvo en la ciudad para decidir si quería o no continuar en la comunidad. Había perdido la virginidad con una muchacha de su edad a la que había conocido en una fiesta. Después le habían seguido encuentros fugaces con otras chicas en discotecas, nada importante, solo había sido sexo. Un vez regresó a la comunidad había intentado robarle a Eli alguna caricia y beso, pero ella siempre se había negado, además aquello había sucedido antes de que se escapara de casa y se dedicara a la prostitución. Con una amargura punzante, admitió que le hubiera gustado ser el primero y aprender junto a ella todo sobre la sexualidad, pero eso ya era imposible.

—¿No te lo montantes con Eli? Con lo buena que está, dedicándose a lo que se dedica, seguro que ti te lo haría gratis... —Cobra se detuvo en cuanto notó que el

muchacho agarraba con fuerza su cerveza, sus nudillos habían quedado blancos.

—Eli pertenece a la comunidad —dijo con dureza—. Ha dejado esa vida.

—Eso da lo mismo. La carne es la carne, podemos ir a buscarla, ¿dónde está?

—Donde tiene que estar: con sus padres.

—A mí no me engañas. Te has enamorado de ella como un tonto.

—Sí, no lo niego. Pero no quiero mezclarla con la vida que voy a llevar a partir de ahora. Espero que encuentre un buen hombre y se case.

Cobra rio, amaba a Eli, pero no insistiría. Abel era joven y sabía que pronto la olvidaría, él lo ayudaría, de modo que chasqueó los dedos y dos espectaculares mujeres, una rubia y otra morena, se acercaron. Iban casi desnudas, enseñaban lo suficiente para provocar a un hombre hasta la desesperación. Cobra les dio instrucciones mientras Abel no paraba de mirarlas; se removió en su asiento consciente de la erección que empezaba a tener, pues aquellas hembras eran espectaculares. Entonces la morena agarró a Abel de las manos y lo instó a que se levantara. Él entornó los ojos sin saber muy bien lo que iba a suceder, aunque lo imaginaba, ¿pero las dos a la vez? La chica, ni corta ni perezosa, le puso la mano en la mismísima entrepierna y le sonrió con intención sexual. Por su parte, la rubia se pegó a sus espaldas e introdujo la mano en el interior de los pantalones y no se detuvo hasta abarcar todo su pene, lo acarició, lo masturbó ligeramente mientras le susurraba al oído lo que ambas harían con él. Su erección palpitó anhelante por las libidinosas promesas de placer y por tener esos dos enormes pechos clavados a sus espaldas.

—¡Chicas, no seáis impacientes! —las regañó con suavidad Cobra—. Lo estáis asustando.

—¡Nada de eso! —se apresuró a exclamar Abel—. No seas aguafiestas.

Cobra rio mientras bebía un largo sorbo de su cerveza.

—Chicas, llevadlo arriba y enseñadle lo que es follar de verdad —masculló—. Abel, nos veremos mañana, necesitarás toda la noche para satisfacerlas.

Las chicas cogieron cada una un brazo de Abel y lo llevaron arriba para enseñarle la diferencia que había entre el cielo y el paraíso.

\*\*\*

Alberto se levantó temprano. Empezaba a amanecer y el sol era una bola naranja en un horizonte sin nubes. Había quedado con su investigador privado en un bar para que le entregara los informes de la investigación. Mientras degustaban un buen café, el detective le informó de todo. Cuando este se fue, Alberto pidió otro café mientras repasaba los dossiers y fotos. Su sonrisa malvada se ensanchaba a medida que pasaba páginas y fotos.

Ya con toda la información leída y releída, se levantó y se dirigió al apartamento de Javi con su flamante Jaguar. Llamó al timbre, pero no le contestó, y eso le enfureció, pues sabía que estaba dentro, su detective le había informado de ello. Alberto, dispuesto a todo y con la adrenalina a tope, aporreó la puerta tan fuerte que algunos vecinos salieron a replicarle. Un Javi ojeroso, demacrado, y con un jersey de algodón gris y un pantalón de pijama de color marrón oscuro, lo recibió. El anciano no esperó a que le dejara entrar, ya que se coló sin ni siquiera mostrar cortesía alguna. Tiró los papeles que le había dado el detective en la mesa auxiliar de delante el sofá.

—Léetelos —ordenó Alberto. Se sentó en el sofá.

Javi empezó a despertarse y un bostezo salió de su boca. Se atusó el cabello rubio oscuro y, con cara de pocos amigos, se sentó delante de la mesa auxiliar. Miró a Alberto y le dedicó una mueca de hastío mientras cogía los papeles y fotos; empezó a inspeccionarlos. Abrió los ojos de par en par y su rostro se tornó lívido de la impresión. Fotos comprometidas comprando droga, informes bancarios de salidas de dinero injustificables de las cuentas de su padre, evaluaciones médicas de todas las veces que había tenido que acudir al hospital para que lo atendieran por sus excesos con el alcohol y la droga. Ya no había rastro del sueño que lo atenazaba segundos antes y las manos empezaron a temblarle. Alberto sonrió para sus adentros cuando vio los papeles agitarse entre las manos de Javi, desde luego que el impacto había sido grande.

—¿De dónde has sacado todo esto, Alberto? Me has investigado. —Era más una respuesta para él mismo que para el hombre que tenía delante—. Pero, ¿por qué?

—Necesito tu ayuda —afirmó con sarna.

Javi esbozó una sonrisa irónica, dejó de mala manera los papeles y las fotos encima la mesa. No quería ver ni leer nada más, no lo necesitaba, pues sabía que lo iba a chantajear. Si todo eso salía a la luz perdería su trabajo y su padre lo hundiría en la miseria económica y moral. No lo aguantaría, casi prefería la muerte.

—¿Qué quieres a cambio de que mantengas la boca cerrada?

—Así me gusta. Dejémonos de subterfugios y vayamos directo al grano. Quiero separar a Lucía de Iván y tú me vas a ayudar.

—No sé cómo.

—Follándotela y que mi hijo os descubra.

—Ella quiere a Iván. Nunca se fijará en mí. —Encogió los hombros y empezó a reír por lo gracioso del plan. Era incapaz de seducir a mujeres, siempre recurría a prostitutas para satisfacer sus instintos masculinos.

Alberto no prestó atención a la risa de él. Se limitó a sonreír de manera forzada y fría, entonces continuó hablando.

—Le darás un somnífero sin que ella se de cuenta y luego harás con ella lo que te dé la gana. Iván solo tiene que ver que su querida novia está desnuda montándose con su mejor amigo.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es. Yo mantendré alejado de la mansión a mi hijo con alguna excusa. Tú iras a la casa buscando a Iván, eso sí, te las tendrás que ingeniar para que se tome el somnífero mezclado con alguna bebida y luego ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si me niego? —preguntó tras un prolongado silencio.

—Iré a ver a tu padre ahora mismo. —Se incorporó para hacerse con algunos de los documentos de encima de la mesa auxiliar. Los estrujó en su puño para dar más énfasis a sus palabras—. Cuando vea que su querido y perfecto hijo le está robando y llevando a la ruina, y que se ha convertido en un asqueroso toxicómano, te echará a patadas y te repudiará. Además, puedes ir a la cárcel si él te denuncia y, conociéndolo como lo conozco, no te perdonará y te castigará.

El cuerpo de Javi se puso rígido. La luz del sol empezaba a filtrarse por las ventanas, iluminando el apartamento. Pero el hombre solo veía oscuridad y más oscuridad, porque estaba atrapado. Si fuera valiente echaría a ese desgraciado de su apartamento y acudiría a ver a su padre para explicarle en qué clase de hombre se había convertido. Asumiría las consecuencias, como la de ir a prisión, que era lo que se merecía. Sin embargo, no era valiente, sino un fracasado, y también era un cobarde. No había salida.

—Está bien, haré lo que me pides —comunicó Javi, con la angustia de la frustración arraigada en su alma.

Alberto no lo había dudado ni un momento, pues lo tenía acorralado. Le encantaba manejar las vidas de la gente a su antojo y en beneficio propio.

—Bien, has tomado la decisión correcta.

—No había más opciones, no me has dejado escoger —espetó en un tono cáustico—. Si hemos acabado me gustaría que te marcharas.

Alberto se levantó, sabiendo que Javi lo odiaba; no obstante, poco le importaba ganar un enemigo más, siempre que él fuera el ganador. De hecho, Javi siempre había sido un perdedor, no entendía cómo era amigo de su hijo.

—Faltaría más —dijo el anciano con tranquilidad—, supongo que después del disgusto necesitas, ¿cómo lo llamáis los drogadictos? Sí, ahora me acuerdo, un chute.

—¡Lárgate!

—Te mantendré informado del día.

Se fue riendo de manera cruel. Javi cerró la puerta dando un portazo y se tapó la cara con las manos, pensando que no podía caer más bajo. La verdad era que Alberto tenía razón: necesitaba un chute con urgencia y era lo que iba a hacer... como siempre.

\*\*\*

Iván se estaba duchando. Lucía permanecía aún en la cama y podía oír el ruido del agua, por lo que se desperezó y se sentó en el borde del colchón. Se levantó y puso una bata, ya que estaba desnuda y, de pronto, sintió el estómago revuelto y la cabeza empezó a darle vueltas. Se volvió a sentar pensando que, si se estaba un rato quieta, cesarían las molestias, pero nada más lejos de la realidad. Su malestar incrementó de intensidad, se tumbó, incapaz de aguantarse incluso sentada.

En aquel preciso momento, Iván salió del baño para dirigirse al vestidor, se detuvo al verla agazapada en la cama y con el rostro pálido como las alas de una paloma. Se acercó y se sentó a su lado. Lucía, al sentir el movimiento del colchón, el estómago no aguantó y unas arcadas intensas la obligaron a levantarse y a correr al baño, pero no llegó y vomitó en la entrada. Iván reaccionó y cogió a la muchacha en brazos antes de que se desplomara al suelo, pues se tambaleaba y la llevó a la cama. Después fue en busca de toallas limpias, humedeció una y se la pasó por el rostro ceniciento de

Lucía. Ella agradeció la frescura del tacto con una leve sonrisa, y la devolvió a la vida.

—Lo siento —se disculpó muy sofocada—. Lo he ensuciado todo.

—No tienes por qué disculparte, cariño. Se limpia y ya está. —Le acarició la mejilla con el nudillo del dedo—. ¿Te encuentras mejor?

—Ahora sí. No sé qué me ha pasado.

—Cariño, aún no te ha venido la menstruación, además hace un par de días que te levantas indispuesta y hoy has acabado por echar las tripas.

—Todavía es pronto para saberlo.

—No tan pronto. Esta tarde te llevaré al ginecólogo y saldremos de dudas, aunque los dos ya sabemos la respuesta.

Lucía lo miró, pues le encantaría estar embarazada. No se imaginaba con un niño en los brazos, pero tendría varios meses por delante para imaginárselo, siempre y cuando estuviera embarazada, claro.

—Me encantaría tener un hijo, tuyo y mío —afirmó Iván, con un brillo especial en los ojos y acariciando su vientre aún plano.

—Esta tarde no podemos ir al ginecólogo. Prometiste llevarme a casa de mis tíos, quiero ver a Abel.

—Sí, es verdad, primero iremos a casa de tus tíos y después al médico. No quiero esperar más, además, en caso de que estuvieras embarazada, hay que controlar que todo vaya bien.

Iván terminó de vestirse, después se sentó al lado de Lucía, que seguía pálida y mareada. Ella notó su presencia y abrió los ojos.

—Puedes marcharte al despacho —afirmó Lucía, acariciándole el brazo—. Me encuentro mejor, en serio.

—Está bien, llegaré a la hora de comer. Les diré a Marta y a mi tía que estén pendientes de ti.

—No las molestes.

—Cuando les explique que te cuiden porque a lo mejor estás embarazada no te las sacarás de encima.

—¡Iván, no se lo digas hasta que el ginecólogo nos saque de dudas!

—No son tontas, sospecharán nada más les diga que te has levantado de la cama indispuesta durante tres días seguidos. Antes de que me acribillen a preguntas prefiero

que sepan de la posibilidad.

Los dos rieron, sabiendo lo tercas que eran las dos mujeres. La besó en los labios y se marchó. Quedó adormilada y de pronto la puerta se abrió de golpe, eran Marta y Federica, con lágrimas en los ojos. Iván ya las había informado de la posibilidad de que estuviera embarazada, por lo que la cuidaron toda la mañana con mucho cariño. Cerca del mediodía, la cabeza no le daba vueltas y el estómago lo tenía bastante asentado. Marta la convenció con sus oscuros y risueños ojos para que se tomara un zumo. Ella se atrevió y le sentó de maravilla, incluso su cuerpo se llenó de vitalidad.

Se vistió y salió al exterior a dar un paseo por el extenso y precioso jardín. Fue hacia la zona de la piscina, Dic no paraba de seguirla en su paseo, cabriolaba a su alrededor llamando su atención. Bien sabía lo que quería: jugar con pelota. Lucía lo acarició y le tiró el juguete, no tardó ni medio minuto en traer en la boca la pelota. Hacía tanto calor que pronto ambos se cansaron, Dic se fue en busca de agua y a refugiarse en una sombra, Lucía se encaminó hacia el frescor del interior de la casa. Estaba subiendo los escalones para encerrarse en el silencio de su dormitorio cuando una voz chillona y conocida por ella la sobresaltó.

—¡Maldita hija de puta! —gritó Gina fuera de sí y con el rostro púrpura de rabia—. ¡Cómo te atreves a casarte con mi prometido! —exclamó la mujer subiendo los escalones, hasta situarse delante de Lucía.

—¿Tu prometido? —exclamó ella un poco molesta.

—Sí, mi prometido —puntualizó con enérgica voz—. Tú solo eres basura para él —reseñó con el dedo índice golpeando el tórax de Lucía.

Esta le apartó el dedo.

—Me das lástima, Gina, déjalo, te estás haciendo daño y humillándote innecesariamente.

Lucía siguió avanzando por las escaleras, esa mujer le estaba haciendo regresar los mareos. Sin embargo, el plantón dejó a Gina más ofuscada que cuando entró en la casa.

—¡Cómo te atreves! —voceó la rubia, la agarró del brazo e hizo que se girara—. No necesito la compasión de nadie. —Mientras hablaba los ojos azules de la mujer escupían esquirlas de hielo puro. Lucía sintió miedo y se agarró con la mano libre a la baranda.

—¡Suéltame! —gritó temiendo lo peor cuando empezó a sacudirla.

—¡Nada de eso, preciosa, me las vas a pagar! —Sus ojos eran de odio y rencor—. Si cayeras por estas escaleras sin querer —rio con crueldad—, tu bonito cuello se partiría en dos y yo estaría viva para consolar a Iván.

Gina la sacudió con violencia, provocando que los mareos de Lucía sobrevinieran. Se concentró en agarrarse en la baranda sabiendo que su vida dependía de ello. Gina intentó que se soltara.

—¡Oh, Dios mío! —gritó de pronto una oportuna Federica, subiendo los escalones tan rápido como podía—. ¡Suéltala, Gina!

—¡Tiene que morir!

Lucía oía los gritos de Federica muy a lo lejos. Notaba que la oscuridad se adueñaba de ella. Ya no tenía fuerzas para resistir las sacudidas violentas ni para aguantarse en la barandilla. Estaba a punto de desvanecerse y no podía mantenerse consciente. Notó un empujón y...

Iván vio aparcado el coche de Gina a la entrada de la casa. Ningún pensamiento bueno acudió a su mente y, teniendo en cuenta que lo más seguro era que ya se hubiera enterado de su boda, más bien, esa mujer era un peligro. Empujado por una sensación de pánico, no se entretuvo aparcando el coche y corrió hacia la puerta. Entró y la imagen de delante de sus ojos lo dejó muerto de miedo. Su tía subía los escalones con rapidez, mientras Gina empujaba a una Lucía medio inconsciente escalones abajo.

—¡No! —gritó el hombre, subiendo los escalones de tres en tres.

Llegó a tiempo de coger a Lucía entre sus brazos y la sacó de la vista de una Gina gritando como una loca. Escuchó cómo su tía la abofeteaba, consiguiendo que se callara.

—Cariño —susurraba Iván a Lucía una vez la hubo tumbado en la cama.

Ella abrió los ojos y sonrió al verle, pues tenía miedo de encontrarse con el rostro de Gina.

—Iván —susurró, emocionada, Lucía. Acarició el masculino rostro, las manos le temblaban y él se las apretó entre las suyas. Se sorprendió, pues también sus manos temblaban del miedo que había pasado y no se había dado cuenta—. Te quiero.

—Cariño... —su voz sonaba estrangulada de pavor—, yo también te quiero.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Una Marta visiblemente afectada se acercó a la pareja. Iván, a pesar de no estar solos, no pudo aguantar el impulso de besar a la mujer que amaba, ya que necesitaba sentirla viva. No le importó que la

anciana los mirara.

—Ocúpate un momento de ella —pidió Iván a Marta—. Voy a llamar al médico, ¿dónde está esa loca de Gina? —preguntó con el rostro ensombrecido de odio. Y pensar que en el pasado disfrutó con esa mujer y que ahora la encontraba repulsiva.

—Tu tía la tiene retenida en el salón. —Sacudió su cabeza—. Está para que la metan en un sanatorio de locos peligrosos.

—Esta vez, lo que ha hecho no le va a salir gratis. —Y salió de la habitación despotricando contra esa mujer.

Iván llamó al médico, que se puso de inmediato en camino. Fue hacia el salón, no sin antes beberse un buen trago de *whisky*. Necesitaba calmar las ganas de estrangular a esa mujer, y mucho más cuando cerraba los ojos: veía a Lucía caer por los escalones. Jamás podría olvidarlo, si no hubiera llegado a ella a tiempo... solo de pensarlo le temblaban todo el cuerpo.

Entró en el salón y Federica percibió al instante el humor peligroso de su sobrino.

—Iván, no hagas nada de lo que después seguro te arrepentirás.

El hombre asintió con un gesto leve de cabeza, esta respiró más tranquila. Gina, que también notó el peligro en el brillo de los ojos de Iván, fue inteligente y se mantuvo callada y quieta en el sofá. Él la miró como si fuera el ser más repulsivo que existía sobre la capa de la tierra. La rubia despampanante tragó saliva, de pronto se vio arrastrada hasta su coche por las grandes manos, que la sujetaban con dolor, de Iván.

—¡Me haces daño, animal! —se quejó Gina, caminando a pasos grandes en un intento de aguantar el ritmo que él le imponía

—Tendría que estrangularte. —Llegaron al coche de Gina. Iván la empujó y ella cayó sobre el capó. —¡Vete y no vuelvas nunca más! —Su cara era de una furia desmesurada. Solo la fuerza de voluntad, sacada a duras penas, lo mantenía quieto en su afán de asesinarla.

—Iván, estás ciego. —Se incorporó e intentó pegarse a él, pero su mirada detuvo sus intenciones—. Yo te amo...

—¡Calla, no sabes lo que es amar! —Acercó su rostro al de ella—. Me das asco y sería un placer estrangularte ahora mismo. Si sabes apreciar tu buena suerte yo de ti me largaría bien lejos. —La cogió de los hombros poniéndola de puntitas—. No te acerques a mi prometida si sabes apreciar la vida. Estás advertida.

—¿Me estás amenazando?

—No, querida, te estoy haciendo una promesa.

La soltó tan de golpe que cayó al suelo. Llegaron dos guardias de seguridad que Iván tenía contratados para la casa y se dirigió a ellos.

—Aseguraos de que esa rata marche de mi casa y que no vuelva a poner un pie en ella nunca más.

—Sí, ahora mismo, señor —dijeron al unísono los dos hombres.

—¡Esto no quedará así! —proclamó ella, se sentía humillada y eso le hizo perder el miedo.

Iván, que ya había empezado a marcharse, dio media vuelta y la fulminó con la mirada.

—Sabes que siempre cumplo mis promesas. —Una sonrisa cruel se esbozó en los labios—. Si eres lista te alejarás de mí y de Lucía.

Gina, que se había levantado del suelo, retrocedió hasta chocar con su automóvil. Era cierto, él siempre cumplía con sus promesas. Uno de los guardas abrió la puerta y la empujó de mala manera al interior. Iván oyó a sus espaldas los gritos de indignación de la mujer y sonrió satisfecho.

El médico llegó, Lucía se sentía asustada y nerviosa e Iván no se separó de ella en ningún momento. No tardó en confirmarles que estaba embarazada, por suerte ni el bebé ni ella habían sufrido ningún daño a causa de forcejeo con Gina. Le recetó tranquilidad y tila para calmar los nervios, que aún la atenazaban. También le entregó un papel con una serie de recomendaciones para los mareos y los vómitos. Marta y Federica se encargaron de acompañar al médico a la salida y avasallaron al pobre hombre con la alegría de tener un pequeño revoloteando por la casa.

—Iván, tenemos que ir a casa de mis tíos —manifestó Lucía, acurrucándose a su lado. Oyó como él suspiraba.

—No, cariño, ya has escuchado el médico.

—Necesito verle, hace tanto tiempo...

—No te voy a llevar, y no es porque no quiera, sino porque tú no estás en condiciones —argumentó, interrumpiéndola más duro de lo que pretendía. Ella lo miró desilusionada—. Subirás al coche y enseguida nos tendremos que detener.

Lucía intentó levantarse, se negaba a escucharlo. ¿Acaso no entendía la necesidad que tenía de encontrarse con su hermano? Llevaba meses sin verlo y no podía esperar más. Iván la sujetó abrazándola.

—¡Déjame levantarme! —exclamó indignada.

—No, no te voy a dejar.

—¡Ne... ne...necesito ver a Abel! —tartamudeaba al borde del llanto. Empezó a forcejear.

—¿Quieres estarte quieta? —bufó impotente. La cogió de los hombros y la miró directo a los ojos. Las bolas doradas de sus ojos brillaban a causa de lágrimas no derramadas—. Piensa en tu estado, cariño —refutó con dulzura—. A estas alturas ya da lo mismo esperarse un par de días, ¿no crees?

Lucía giró el rostro, se negó a mirarlo y a contestarle, por lo que se quedó inmóvil entre los brazos masculinos. Él la miraba impotente, pues no sabía qué hacer o decir. Por una parte entendía sus ruegos, pero por otra ella debía entender que ya no vendría de un par de días. De pronto, pensó en una solución, ¿por qué no se le había ocurrido antes?

—Iré a buscar a tu hermano —proclamó, levantándose de la cama—. Te lo traeré aquí.

Lucía se incorporó y se sentó en el cabezal de la cama. Aún estaba indispuesta y lívida, pero en sus ojos había un brillo dorado de felicidad.

—Siempre y cuando te quedes en esa cama —especificó él, acuclillándose delante de ella—. ¿De acuerdo?

Lucía le sonrió y su mirada se llenó de una euforia apenas contenida. La besó con mucha ternura, pensando que, quizá, la mejor medicina para ella sería poder abrazar a Abel, de modo que almorzó rápido y se marchó.

## CAPÍTULO 10

Iván escuchaba la música de la radio de su automóvil sumido en la penumbra de sus pensamientos. Como atraído por un imán, y sorprendido al mismo tiempo, se encontró delante del que fuera Valleverde. Abrió la puerta del coche y el aire caliente de la tarde se filtró en el interior. Se apeó con un nudo en el estómago y se quedó inmóvil bajo un sol implacable. Tendría que sentir un calor agobiante, pero solo sentía frío, frío en el cuerpo y en el alma, y por primera vez en su vida sintió asco por sus actos. Recordó al pueblo hermoso de un pasado no muy lejano y que ahora había sido substituido por destrucción. Antes, él veía belleza en el poder y el dinero, en cambio, en aquel instante, palpaba una destrucción y una miseria que iban mucho más allá de lo que abarcaban sus ojos. De pronto, el olor a alquitrán le llegó a su nariz, antes le resultaba afrodisíaco, en cambio en ese momento exacto le repugnaba. Pensó en Lucía y en su hijo por nacer, y los remordimientos le rodearon el cuello como si fueran una soga a punto de ahorcarlo.

Ya no más, nunca más. Había abierto los ojos y no era tarde para rectificar. «La riqueza y la gloria que quiero son la felicidad y el amor compartido de Lucía y de mi hijo», se dijo.

Dio media vuelta y una voz lo detuvo.

—Buenas tardes, señor. —Era el encargado de la construcción de la carretera. Iba sucio de tierra y en las botas tenía pegotes de alquitrán. Un hombre muy trabajador que Iván valoraba mucho—. Uno de los obreros me ha informado de su presencia, no lo esperaba, ¿hay algún problema?

—No. —Iván miró por encima de la cabeza del hombre, odiando el paisaje que se desplegaba delante de sus ojos—. Me viene bien encontrarlo ahora, pues quiero que ordene detener la construcción de la carretera y que empiecen a desmotarlo todo.

El encargado miró al hombre como si se hubiera vuelto loco de remate. Iván lo reprimió con la mirada, «¡qué diablos, soy el jefe!».

—Ya me ha oído —apuntó con dureza.

—Pero, señor —balbuceó—, aún no hemos acabado con la construcción de la carretera y no podemos dejarlo como está, de hecho queda muy poco.

—Me da lo mismo. Vaya con los obreros y dé la orden de desmontar y marchar. Si son rápidos y eficientes recibirán el doble de la paga.

No añadió nada más, se dio la vuelta y se marchó en el Hummer, dejando a un encargado clavado en el suelo y con la boca abierta durante un buen rato.

Sin perder más tiempo, se dirigió a casa de los tíos de su futura esposa. Se los encontró en el huerto que estaba pegado al hogar; resultaron ser personas encantadoras y lo recibieron con una cortesía tensa dadas las circunstancias. Iván no los criticaría, ya que lo entendía y consideraba que hubiera sido justo que lo hubieran echado a patadas de allí, cosa que no sucedió.

El hombre preguntó por Abel, la pareja se sorprendió, pues no sabían que había salido de la cárcel. Iván se maldijo, porque había dado por hecho que el muchacho había regresado con ellos, pero se abstuvo de comentarlo para no preocuparlos. Sin embargo, de nada sirvió, Carolina enseguida empezó a ponerse nerviosa, pensó en que algo malo le había pasado a su sobrino; no era normal en Abel desaparecer sin dar explicación alguna. Por su parte, a Iván se le cayó el alma a los pies, sabía muy bien que si el muchacho no aparecía destrozaría a Lucía. Enrique decidió ir en busca de Francisco, ya que a lo mejor el líder tenía noticias del muchacho. Mientras, Iván explicaba a la tía Carolina cómo estaba Lucía y el porqué de su ausencia en aquel momento.

—¡Está embarazada! —La mujer, impulsada por la alegría, corrió a abrazarlo. Se ruborizó por su audacia y no se atrevió a mirarlo a la cara.

Sin embargo, a él aquella muestra de afecto tan inconsciente le agradó.

—Nos vamos a casar —notificó él, con intención de romper el silencio incómodo que se había instalado en el ambiente—. Deseo que vengáis a la boda, cuando Lucía esté mejor vendrá ella misma a invitaros.

La tía levantó el rostro y sus ojos castaños se le abrieron de par en par. A Iván le agradó encontrar en esa mirada complacencia en vez de odio.

—Ande, vamos adentro, que le prepararé un café —sugirió la mujer—. Tengo cuatro hijos y le daré algunas recomendaciones sobre embarazos y bebés.

De pronto, cuatro niños de diferentes edades salieron como de la nada, riendo y jugando.

—¿Mamá, mamá, podemos bañarnos en el río?

—Ni se os ocurra meteros en el río sin que yo o papá estemos vigilándoos—

contestó la mujer con las manos en las caderas.

—Ya somos mayores —contestó el más alto de los hermanos con cierta gallardía.

—No lo suficiente —le replicó la madre.

—¿Y con la manguera podemos jugar, mami? —preguntó el más pequeño, tirando de la falda de la madre.

—Vale, con la manguera sí, pero nada de ir la río ¿vale?

—¡Vaaaaaale! —contestaron todos a la vez.

Y como aparecieron desaparecieron, de golpe.

—Me harán falta sus consejos —proclamó sonriendo Iván, emocionado, imaginando a su hijo corriendo y jugando.

Entraron en la vivienda mientras esperaban a que los dos hombres llegaran. Francisco vivía en casa de unos familiares, no muy lejos de allí. Carolina preparó un delicioso café que acompañó con un trozo de bizcocho preparado por ella misma. El hombre pronto se sintió a gusto y cómodo conservando con la mujer, y a ella le sucedió lo mismo. Acabaron tuteándose y riendo juntos sobre anécdotas y travesuras que los niños hacían casi a diario.

La ventana de la cocina estaba abierta, al igual que la puerta. Era la única manera de sosegar el intenso calor. El bullicio de los niños al jugar se oía con claridad. Hasta alguna sutil palabrota llegaba a los oídos de los dos adultos, y provocaba que Carolina carraspeara y se sonrojara. El llanto del más pequeño atrajo la atención de la madre, miró a Iván y murmuró una disculpa, salió al exterior a poner paz entre los hermanos.

El hombre, mientras esperaba su regreso, removía la cuchara dentro de la taza, navegaba en sus pensamientos y tenía una expresión perdida grabada en el rostro. El corazón le bombeaba inquieto, se sorprendió rezando en silencio para que Abel no anduviera muy lejos y que Francisco le trajera buenas noticias. Necesitaba agarrarse a la esperanza que había perdido en el momento que no lo había encontrado en casa de los tíos. ¿Cómo demonios se presentaría delante de Lucía sin Abel? ¿Cómo le diría que su hermano andaba desaparecido? No quería preocuparla, y menos ahora que estaba embarazada.

Carolina apareció un tanto agobiada por el calor que ni con el paso de las horas disminuía, incluso las noches estaban siendo inusualmente cálidas. Detrás de ella aparecieron Enrique y Francisco. A Iván le dio un vuelco el corazón. La expresión

preocupada del anciano y las arrugas delineadas con severidad en su entrecejo fruncido, le dieron las pistas suficientes de que él no sabía dónde estaba Abel. Iván hundió los hombros, aun así le sostuvo la mirada glacial, pues desde que Francisco había entrado por la puerta lo acusaba en silencio. Aunque era la mitad de alto que él, no se estaba amilanando en absoluto. Lo culpaba y no era para menos. Se lo merecía, pues era consciente de sus errores.

Iván extendió la mano para saludar al anciano mientras este se quitaba el sombrero de paja. Por su parte, Enrique se estaba limpiando el sudor de la frente con un pañuelo, los miraba impasibles, al igual que su esposa, que se acercó a él y lo agarró del brazo. Francisco, un hombre hecho a sí mismo a base de duros golpes, de problemas y de algún que otro momento feliz, alargó la mano. Ninguno de los dos dejó de mirarse, se estudiaban el uno al otro, e intentaban encontrar la manera más adecuada de empezar una conversación como personas civilizadas.

Carolina, consciente del tenso momento, entró en acción, pues su idea era suavizar la tensión que se palpaba en el ambiente. Ahora que conocía un poquito mejor a Iván, ya no lo veía como el hombre frío y sin escrúpulos de antes. Si su sobrina había decidido casarse y tener un hijo con él, era porque había visto cualidades en él a tener en cuenta.

—¿Un café, Francisco? —invitó la mujer con una sonrisa sincera en los labios.

—No, gracias —permaneció un rato en silencio—. He venido a hablar con el señor Mayer. —Su voz sonaba fría, carente de emoción.

—¿Sabe dónde está Abel? —se apresuró a preguntar Iván.

—No.

—¿Tiene idea de dónde pueda estar?

—No, usted lo encerró. —Le recriminó con bastante brusquedad—. Debería saber qué ha sido de él, ¿no cree?

Era evidente que Francisco no le pondría las cosas fáciles, ya que estaba resentido y preocupado. En aquel instante, el líder pareció tomar conciencia de la situación y censuró su comportamiento, pues él tenía que dar ejemplo. De nada servía el rencor, salvo para pudrir las almas y llevarlas a la perdición. Se pasó la mano por el rostro en un intento por expulsar los malos sentimientos de su corazón, y lo consiguió.

—Señor Mayer, no sé dónde puede estar ese muchacho. —Su tono sonaba más calmado y cálido—. Estoy preocupado por él. Es joven —resopló con desesperación

—, demasiado joven para vagar por este mundo lleno de perversión y corrupción.

—Solo le pido que piense un poco, si aparte de los tíos hay algún familiar más o algunos conocidos a los que él haya podido recurrir.

—Toda la gente que Abel conoce la veo casi a diario. Le aseguro que ya me habría enterado.

—¿Entonces nadie sabe dónde está? —repuso Carolina. Se dejó caer en la silla con pesadez, como si su cuerpo pesara el doble y no pudiera sostenerlo—. Ese muchacho solo...

Se puso a llorar y Enrique, compungido, fue a consolarla con palabras tiernas y un tono suave. Iván los observó un segundo y sintió cómo la pena lo embargaba.

—Tengo medios para dar con él —afirmó este de pronto, apartó la mirada de la pareja para dirigirse a Francisco—. Lo encontraré.

—Espero que pronto dé con él, le agradecería que me mantuviera informado.

—Cuenta con ello.

—Y Lucía, ¿está con usted, señor Mayer? —le preguntó agarrando con fuerza el sombrero con las manos—. Tengo entendido que es así, pero necesito que me lo confirme.

Iván se irguió en toda su estatura, pues era un asunto delicado y no quería dar la impresión de mezquindad ante la situación. De todas maneras, lo mejor en aquellos casos era decir la verdad.

—Sí, está conmigo, y vamos a casarnos.

Francisco se pasó la mano por su barba blanca y gris.

—Si se casa con usted... —Hizo una pausa cargada de pesar—. Ella jamás podrá volver a la comunidad. Las leyes por las cuales nos regimos así lo dicen.

—Lucía me lo contó, no es lo que desea, aunque lo acepta —le explicó sin querer herir a nadie. Pero en los ojos de Francisco vio una tristeza difícil de disimular—. Ella ha decidido casarse conmigo, nos queremos, además, estamos esperando un hijo.

Iván esperó a que el hombre asimilara toda la información que le acababa de dar. Sabía que para él era doloroso, sin embargo, ni Lucía ni él mismo se esconderían, pues habían tomado una decisión.

—Espero que lo entienda —pidió Iván.

—Y lo entiendo, pero se me hace difícil que Lucía y Abel dejen de formar parte de la comunidad. —El líder apretó los labios para luego suspirar resignado—. Llevo a

esos hermanos en el corazón, pero si es lo que ella quiere...

—Es lo que ella quiere y lo que yo más deseo.

—Entonces, os deseo felicidad y prosperidad.

—Gracias, sin embargo, ya podrá decírselo usted mismo. Viviremos bastante cerca.

Francisco entornó los ojos. Enrique, que aún estaba arrodillado delante de su mujer, se levantó. Carolina dejó de llorar y se limpió el rostro bañado en lágrimas con un pañuelo.

—Reconstruiré la masía de Lucía y Abel para vivir en ella, también pienso reconstruir todo Valleverde, quiero dejarlo todo tal como estaba.

Carolina se levantó de golpe. El silencio se instaló en la estancia, únicamente roto por los gritos de los niños jugando en el exterior. Todos parecieron entender lo que Iván había dicho: Valleverde se erguiría de nuevo. Los tres rostros, poco a poco, adquirieron la expresión de una felicidad contenida, pues les costaba creérselo.

—¿Por qué? —preguntó Francisco, un tanto escéptico.

—¿Hace falta que se lo explique? —aclaró Iván, mirando a través de la ventana abierta en dirección a la algarabía que los niños hacían—. Usted me conoció antes de destruir la localidad, ¿cree que aquel hombre reconstruiría el pueblo? He cambiado gracias a Lucía.

—Por aquel entonces obró mal, señor Mayer, rectificar es de sabios y usted lo va a hacer. Reconstruir Valleverde devolverá la felicidad perdida a los que fueron expulsados de sus hogares injustamente. —Negó con la cabeza—. Esas gentes lo perdonarán porque así se los educaron de pequeños. Olvidar... quizá, con un poco de paciencia y tiempo se consiga.

—Cometí un gran error, espero que con el tiempo me perdonen. Sé que no será fácil, pero me ganaré el perdón de la comunidad. Es lo mínimo después de todo el mal que he causado.

—Deberá tener paciencia.

—A partir de mañana enviaré profesionales para la reconstrucción. Tengo pensado dejar el pueblo de la misma manera que antes...

—No hace falta —lo interrumpió Francisco—. Usted suminístrenos el material y nosotros reconstruiremos el pueblo, masía por masía. Siempre lo hemos hecho así.

—Estoy seguro de que las gentes de otros pueblos acudirán a ayudarnos —añadió Enrique, con sus bondadosas facciones emocionadas por la reconstrucción.

Francisco asintió igual de entusiasmado. Por mucho que intentó mantenerse impassible no pudo. Sus ojos adquirieron un brillo sospechoso de lágrimas sin derramar. Miró a Iván y dijo:

—También nos encargaremos de reconstruir el hogar de Lucía y Abel. Bien merecen empezar una vida nueva en la casa donde nacieron.

Iván se sorprendió por el ofrecimiento. Los Hijos de la Luz eran gente excepcional. El hombre miró al líder, con agrado descubrió que ya no tenía esa mirada severa y acusatoria del principio. Francisco no podía volver a admitir a Lucía y Abel dentro de la comunidad por sus leyes, pero la ley de su corazón lo impulsaba a otra cosa, casi lo llevaba escrito en su bondadosa mirada. Ese hombre de estatura baja y de constitución delicada, que con un leve empujón podía tirar al suelo, era fuerte de espíritu, e Iván lo admiró y deseó ser como él cuando fuera viejo.

Ya era tarde, por lo que el empresario decidió marcharse y se despidió con afecto. Francisco y Enrique se quedaron observándolo desde la puerta.

—Con el tiempo será un gran hombre, y creo que Lucía ha tenido mucho que ver en la transformación —murmuró Enrique—. Valleverde resurgirá de entre los escombros como un ave Fénix.

—Los milagros existen —dijo el líder.

Iván estaba a punto de entrar en el coche cuando Carolina lo agarró del brazo.

—¡Espera, espera!

Él se dio la vuelta hasta quedar frente a ella.

—Dile a Lucía que la quiero mucho y que deseo... —Su voz se quebró al borde del llanto—. Deseo que sea feliz, ¿se lo dirás?

—Se lo dirás tú misma, porque cuando se encuentre un poco mejor la traeré de visita y podrás hablar con ella de lo que quieras.

La mujer sonrió con una felicidad apenas contenida.

—Tengo tantas ganas de verla...

—Además, Lucía, Abel y yo viviremos en la masía que reconstruiremos entre todos, así que no estaremos tan lejos, Lucía necesitará de tus consejos cuando nazca nuestro hijo.

—Gracias, Iván.

—Gracias, ¿por qué? No merezco las gracias, soy yo quien debería daros las gracias. —El hombre le sonrió—. Me tengo que ir, Carolina, es tarde y ella debe

estar muy preocupada.

—Cuídala... —Sus rasgos se entristecieron—. No se tomará la desaparición de Abel muy bien, y en su estado cualquier disgusto puede resultar fatal.

—Lo sé, pero soy una persona muy tenaz y daré con él muy pronto, solo es cuestión de días.

La mujer se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Se despidieron hasta la próxima vez que se vieran, y él prometió que sería pronto.

Iván ya hacía rato que había llegado a Barcelona. Estaba sentado en el sillón de su habitación contemplando a Lucía en la enorme cama. El sabor amargo de no saber qué hacer lo invadía a cada momento. Aún tenía grabada en su retina la cara de angustia y pánico de ella cuando le había informado de que nadie sabía del paradero de su hermano. Había llorado hasta la desesperación, había llorado hasta que no le habían quedado más lágrimas y, cansada, se había dormido en sus brazos. La preocupación lo mantenía en vela, porque los próximos días serían difíciles. Solo había una solución: encontrar a Abel.

\*\*\*

Eran finales de agosto. El calor agobiante de principios de mes había desaparecido y había dejado paso a tardes tormentosas. Las copas de los árboles se teñían poco a poco de verdes mustios y amarillentos, presagiaban la lenta entrada del otoño. Lucía estaba apoyada en la barandilla mirando el mar. Iván la contempló desde la distancia durante un momento, al tiempo que su cuerpo se excitaba. Desde que sabía del embarazo, y dado que ella no se encontraba bien, no le había vuelto hacer el amor. Echaba de menos el contacto de su piel desnuda en su cuerpo, pero se obligó a tener paciencia.

La brisa tibia y agradable de la tarde sacudía con elegancia el vestido verde manzana y marcaba sus esbeltas piernas. El cabello se le separaba en guedejas por efecto del suave viento. Lucía tenía el aspecto de una sirena a punto de lanzarse a las oscuras aguas marinas. Había adelgazado a causa de las náuseas, que le había provocado una pérdida de apetito y nada le apetecía. Además, la tristeza por no saber

de su hermano no ayudaba, también a eso había que sumarle la sensibilidad del propio embarazo, por lo que Lucía lloraba por las cosas más absurdas.

Iván se acercó a ella y se situó a su espalda. La rodeó con sus brazos y la besó en el hombro.

—Es hermoso el mar. Relaja y da fuerzas —habló él.

Lucía lo miró de reojo.

—Sí, incluso cuando está rabioso por efecto del viento de Levante sigue siendo hermoso —dijo ella, con un tono suave y relajante.

Iván pasó la barbilla sin afeitar en el cuello de la mujer, le produjo cosquillas y Lucía rio. Hacía días que él no la oía reír, entonces se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos aquella melodía. La mordió con suavidad en el cuello y ella giró su rostro hasta que lo miró a los ojos y se dio cuenta de que esa risa no estaba reflejada en su expresión, su corazón seguía preocupado por Abel.

—¿Me crees cuando te digo que encontraré a tu hermano? —expresó Iván, viendo que las esperanzas de ella se esfumaban a cada minuto. Los ojos de la joven mujer se empañaron de lágrimas, como siempre sucedía cuando se hablaba de Abel en su presencia. Él le dio la vuelta y la abrazó—. No llores, me destroza verte así. Yo lo encontraré, reconozco que estoy tardando más de lo habitual, pero acabaré por dar con él, he contratado a más detectives.

—No puedo evitarlo. Me salen lágrimas sin querer. Tu tía y Marta dicen que también es debido al embarazo. Es que no puedo dejar de pensar en él... —Suspiró, intentando contener las lágrimas y mirando al suelo—. Estoy tan preocupada, no dejo de pensar que tal vez le hicieron algo en prisión, o a lo mejor tuvo problemas con otros presos y está deambulando por las calles solo intentando esconderse.

—A Abel no le sucedió nada en prisión, yo me encargué de ello.

Lucía levantó la vista para mirarlo directo a los ojos.

—No te entiendo.

—Hay un hombre que me debía un favor, un tal Cobra. Mandé a tu hermano a Els Roures sabiendo que Cobra cumplía condena allí. Él se encargó de protegerlo.

La mujer tardó un rato en reaccionar. Cuando la sorpresa pasó quiso saber más.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque yo no quería que saliera malherido. Me hago una idea de cómo es la vida en una prisión. Abel no hubiera durado ni una semana sin protección. —La abrazó. No

soportaba tener su mirada acusatoria clavada y ver su tristeza grabada en sus dulces facciones—. Sé que obré mal, pero estaba desesperado por meterte en mi cama. —Le acarició la melena, que la brisa sacudía sin cesar—. No pensé con coherencia, para entonces ya estaba enamorado de ti y no me daba cuenta. Cuando vi lo que había hecho tu hermano con la maquinaria de mi empresa, me cegó mi obsesión y me aproveché. Jamás quise que tu hermano sufriera, solo fue un medio para tenerte, pero me equivoqué, como en todo.

—Iván...

El hombre posó su dedo índice en los labios de ella, los notó tibios y temblorosos.

—No digas nada, no hablemos del pasado, por favor —le rogó él, visiblemente afectado—. Espero que con el tiempo todo quede en el olvido, aunque para mí estos terribles errores me perseguirán y serán como una espina que llevaré en el alma, será un recordatorio de lo que hice y de lo que fui. —La besó en la mejilla, abrazándola por la cintura.

De pronto una idea iluminó la mente del hombre ¡Qué estúpido había sido! ¿Por qué no lo había pensado antes? Cobra era la respuesta. Según le había contado este, antes de que saliera de prisión, consideraba a Abel un buen amigo y digno de confianza. Conociendo la naturaleza solitaria y desconfiada del hombre, ese muchacho le había calado hondo, y seguro que habían mantenido contacto.

—Creo que pronto daré con tu hermano. Vamos adentro, tengo que llamar a Cobra, seguro que sabe dónde está.

A Lucía se le iluminó el rostro. El brillo de la esperanza resplandeció en sus pupilas. Se agarró a los fuertes brazos de Iván, por la debilidad que, de pronto, la embargó. Él la aferró temiendo que se desplomara, maldijo en su interior, porque los pocos alimentos que el estómago conseguía retener no eran suficientes para mantenerla fuerte.

—Cariño, ya sé que te resulta imposible comer sin sentir asco, pero tendrías que esforzarte un poco. Te estás adelgazando demasiado, además, piensa en el niño. Estás tan débil que casi no te sostienes.

—Lo sé, tienes razón, intentaré esforzarme un poco más.

—Vamos dentro. Mientras yo telefono ve a la cocina a que te preparen algo ligero.

Lucía asintió. Iván fue a telefonar a Cobra desde su despacho, ella, con algo más de esperanza en el cuerpo, se dirigió a la cocina a comer un tentempié. Encontró a

Marta dando instrucciones a la cocinera sobre la cena. La estancia era enorme y solo de entrar ya se le revolvió el estómago por la cantidad de olores que llenaban el ambiente; fue una autentica tortura. Los hedores de cebolla frita, pescado, laurel y verdura hervida se mezclaron en su nariz. Antes de estar embarazada le hubieran resultado aromas exquisitos, sin embargo, ahora le daban un asco terrible. Se llevó la mano a boca y salió corriendo, pudo llegar al baño por los pelos. Se lavó la cara con agua fría, que era lo único que calmaba sus persistentes náuseas. Marta la esperaba fuera y la acompañó al salón; la acomodó en el sofá, seguidamente le sirvió un vaso de agua bien fresquita.

—No puedo con la comida, me da asco todo, ¿nunca acabará este tormento? —se quejaba Lucía, se sentía un estorbo para todo el mundo—. Solo traigo preocupaciones.

—No digas tonterías —la reprendió la anciana. Se sentó a su lado—. Hasta el tercer mes la cosa no mejora y tú estás en el segundo. Paciencia, mujer, pronto te encontrarás mejor.

La anciana le acomodó unos cojines en la espalda. Iván entró por la puerta y nada más ver la cara pálida de ella, se imaginó lo sucedido. Se acercó a su lado, las manos femeninas le temblaban mientras bebía pequeños sorbos de agua.

—¿Has hablado con Cobra? —preguntó ella, entregando el vaso a Marta.

Iván se arrodilló y le cogió las manos.

—Sí, y traigo buenas noticias.

Lucía arqueó las cejas, su respiración se intensificó debido a la expectación.

—¿Y qué te ha dicho?

—Abel está con él y se encuentra muy bien.

Ella se llevó las manos a la cara al tiempo que lloraba, pero esta vez era de felicidad y desasosiego. Era como si la losa que le comprimía su corazón empezara a ceder. Marta llevó las manos al cielo agradeciendo en silencio la buena noticia. Iván se sentó a su lado, la rodeó con su brazo y ella apoyó la mejilla en su hombro.

—Mañana por la mañana iré a hablar con él —pronunció el hombre henchido de felicidad.

—¿Podré acompañarte? —pidió, limpiándose las lágrimas con los dedos.

—Mejor que no, pues vive en Salou. Iré en coche y lo traeré de vuelta a casa.

—No entiendo por qué no se ha dignado a dar señal de vida alguna, ¿acaso no sabe

que sufro por él?

—Supongo que vivir aquí le hubiera traído recuerdos dolorosos y a lo mejor ha decidido empezar de nuevo en otro lugar —manifestó Marta—. Seguro que cuando sepa lo mucho que lo añoras vendrá. Además, será tío y tiene una responsabilidad.

—Sí, seguro que regresa —corroboró Lucía muy animada—. ¿Sabéis qué? Estoy tan contenta que tengo hasta hambre.

—Por cierto, ¿dónde está mi tía? —preguntó Iván de pronto—. Hay tanta tranquilidad en casa que no me lo puedo creer.

—Tu tía es un terremoto. —Lucía sonrió, pues Federica los tenía a todos locos con los preparativos de la boda.

—Un huracán, diría yo —declaró la anciana, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Nunca llegué a pensar que le hiciera tanta ilusión que me casara —afirmó Iván levantándose.

—Es un sol, reconozco que su ayuda me ha venido muy bien —declaró Lucía con buen humor—. Me ha librado de los preparativos más tediosos, pero está tan nerviosa que no calla.

En aquel preciso momento apareció Federica con un hombre detrás de ella que cargaba con unos paquetes, los dejó sobre la mesa, Federica le dio una buena propina y se marchó.

—He estado de compras —manifestó la tía muy jovial—, he comprado algunas cosas para la boda, necesito vuestras opiniones.

Los tres tuvieron la tentación de ocultarse en aquel preciso momento, pues se avecinaba otra sesión de preparativos. No obstante, se mantuvieron estoicamente quietos en sus lugares mientras la tía hablaba y hablaba sin parar de la organización de la boda y enseñaba los contenidos de los paquetes. Iván y Lucía se pudieron escabullir, dejaron a Marta sola con una incombustible Federica.

Iván no dejó esa tarde a Lucía sola y estuvieron hasta la hora de cenar conversando sobre un futuro que esperaban que fuera tranquilo y feliz. A Lucía, esa noche, la cena se le asentó en el estómago, mucho había tenido que ver la noticia al saber que Abel estaba bien. La tranquilidad empezaba a adueñarse de su cuerpo y su rostro adquirió una tonalidad saludable. Iván respiró tranquilo, de todos modos aún no le había comentado que pensaba reconstruir Valleverde. Pretendía darle una sorpresa, pues

sería su regalo de bodas.

Llegó la hora de dormir y Lucía no podía conciliar el sueño, deseaba que amaneciera lo más rápido posible, pero las horas se estaban haciendo eternas. Tenía tantas cosas que hablar con su hermano, tantas, que seguro se le olvidarían la mitad. Se levantó y salió al balcón para gozar de la brisa nocturna.

Iván se despertó al notar que estaba solo en la espaciosa cama. No había ninguna luz abierta, toda la estancia estaba a oscuras, a excepción de la frágil luz que entraba por el ventanal del balcón. Pudo apreciar las cortinas que se sacudían como las olas del mar a causa del aire que entraba. Dedujo que Lucía estaba en el exterior, por lo que se levantó y se puso una bata de color granate de seda, que no se molestó en abrochar.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Iván, situándose detrás de ella.

Lucía dio un respingo.

—¡Me has asustado! —exclamó ella, dándose la vuelta. La noche era oscura, no había luna, solo un cielo salpicado de diminutos puntos blancos y brillantes. Vio en la penumbra la silueta de Iván.

—Lo siento —se disculpó, acariciándole la mejilla con los dedos—. Tienes la cara helada, entra si no quieres pillar un resfriado, las noches ya no son cálidas.

—No tengo frío, no te preocupes. Es que no podía dormir. —Se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos—. Estoy demasiado nerviosa por ver a Abel. —Como hacía un buen rato que estaba en el exterior tenía el cuerpo frío, solo llevaba una finísima bata y notó caliente el cuerpo masculino —. Qué calentito estás.

La mujer se pegó todo lo que pudo a Iván, él se excitó.

—Si supieras —le susurró al oído con voz melosa.

La mujer conocía esa voz ronca de deseo.

—No tengo ninguna duda —comentó ella con un gemido entrecortado. Todo él era dureza, excitación, apasionante calor. Llevó una de sus pequeñas manos hacia abajo, hasta que acarició la punta del miembro masculino bien erguido.

—Si continúas no me detendré —mencionó con tono excitado al tiempo que le agarraba la muñeca.

—No quiero que pares, ¿ya me deseas? Hace días que no hacemos el amor.

—Me vuelves loco, pero no te encuentras bien... —Un siseo escapó de su boca cuando los dedos femeninos resbalaron hábiles hacia abajo y hacia arriba—. Y yo no quiero agobiarte.

—Ahora me encuentro de maravilla, ¿no lo notas?

Iván no necesitó que se lo dijera dos veces. La acorraló hasta tenerla aprisionada al barandal de balaústres de mármol salmón veteados. Le desató la bata y cayó al suelo con majestuosa lentitud. Lucía llevó sus manos hasta los hombros masculinos, los introdujo en el interior de la bata y obligó a la prenda a desplomarse junto a la suya. Los dos estaban desnudos, solo rodeados por la noche y por una oscuridad seductora que los engullía sin clemencia alguna.

Él acunó la cara de ella en sus manos y abordó su boca, sus labios y su lengua. Quería ser paciente, ir a poco a poco, sin embargo, ella no le dejó alternativa, tomó la iniciativa y profundizó el beso mientras agarraba sus cabellos negros y lo mantenía pegado a su boca. ¿Quién besaba a quién?

El ardor de la pareja y la necesidad de sentirse el uno al otro eran grandes. Entonces, Iván empezó a acariciarla con pasmosa lentitud; no dejó ningún rincón por explorar y la sedujo con sus manos cálidas. Poco a poco, el cosquilleo se apoderó de ella y la invadió el frenesí del deseo; quiso que él sintiera lo mismo y con sus yemas recorrió el cuerpo masculino. Él respiraba con intensidad y de sus labios escapaban unos leves gemidos que derretían las sombras que los envolvían. Lucía podía percibir en la oscuridad la expresión del rostro de su amante, el movimiento de sus labios al gemir, la sonrisa de placer cuando sus dedos reseguían su hombría erecta hasta los mismísimos testículos.

Él sentía la sangre enfurecida del más lacerante deseo correr por sus venas, como un torrente de incesante calor, inflamándolo a cada minuto, a cada segundo. La dureza enardecida de su pene clamaba alivio e hizo que ella se diera la vuelta. La instó a que apoyara las manos al barandal del balcón, le apartó la melena a un lado y besó y lamió la piel de la nuca, un sabor dulce cubrió su húmeda lengua. Fue descendiendo por el hombro, por la espalda y saboreó cada porción de piel desnuda.

Lucía sentía esos labios que la marcaban con cada beso. La barba corta le producía una electrizante sensación de cosquilleo, y le atravesaba por todo el cuerpo como una corriente.

—El paraíso existe —se oyó decir ella con tono excitado.

Iván se pegó a su espalda mientras llevaba las manos a los senos.

—¿Acaso lo dudabas? —dijo, con un ronco gemido, acariciando las cimas endurecidas.

Iván acarició esas puntas de tal manera que ella se sintió desfallecer. Sus dedos, sus palmas, le producían un placer desgarrador y se encontró suplicando más. Ella cerró los párpados, solo quería sentir y absorber todo lo que él le ofrecía. De pronto notó cómo las manos masculinas descendían por su torso. No detuvo su avance hasta alcanzar su sexo y los dedos acariciaron y palparon entre sus pétalos carnosos.

Ella lanzó jadeos a la noche como respuesta a lo que el hombre la hacía sentir. Iván la instó a que se inclinara un poco hacia delante, le separó las piernas y se colocó entre ellas. La mujer estaba exquisitamente húmeda y acarició aquel tentador lugar con la punta de su miembro, que quedó empapado de placer. La penetró con cuidado, introdujo centímetro a centímetro al tiempo que la agarraba de las caderas. Extraía su miembro y lo volvía a introducir con lentitud, moviendo su pelvis a un ritmo lento.

Entonces, las embestidas se hicieron más profundas, pues los cuerpos necesitaban llegar al éxtasis. Ya no había vuelta atrás e Iván incrementó la velocidad de sus caderas. Ella acogía cada empujón con desesperación, su deseo de mujer era salvaje, y jadeos furiosos salieron de las gargantas de los amantes, se sentían grandes y los corazones de ambos cabalgaban unidos. Sí, un poco más, un movimiento más, un delicioso roce más... y el cielo se abrió solo para ellos entre desgarradores gemidos.

Iván salió del interior de ella, le dio la vuelta y la abrazó. La respiración de ambos era dificultosa y se sentían desfallecer. Pero poco importaba en aquellos instantes, sus sonrisas daban fe del goce recibido. El aire nocturno los devolvió a la realidad y refrescó las pieles calientes de un vigoroso deseo. Ella empezó a temblar e Iván la llevó en brazos a la cama. Durmieron un rato, el tiempo suficiente para recuperarse, porque poco después volvieron a sumergirse en las aguas ardientes del placer y hasta que los cuerpos no quedaron satisfechos de sentirse el uno al otro, no se abandonaron al descanso.

La noche terminó dando paso a un amanecer tranquilo. Iván se marchó a Salou sir despedirse de Lucía. Después de la ajetreada noche que habían pasado bien merecía dormir.

Cobra lo recibió a la hora convenida fuera del casino. Entre ellos no existía una amistad fraternal, pero sí gozaban de un respeto mutuo y sincero, más que suficiente para los dos, pues se movían en mundos diferentes. Cobra todavía conservaba esa frialdad en los ojos y en la expresión de su rostro, hasta su manera de vestir era en extremo fría, como si siempre lo rodeara un halo de dureza y destrucción. Vestía con

pantalones y un sencillo jersey negro; no es que fuera un atuendo poco común, al contrario, sino que la manera de lucirlo era lo que lo hacía diferente y letal. Iván se preguntó si por sus venas circulaba sangre o circulaba hielo del más puro.

Entraron al casino y Cobra lo llevó a su despacho. Nada más entrar, Iván percibió frialdad en la atmósfera. Tal vez fuera la decoración de estilo minimalista, o que el aire acondicionado funcionaba a una temperatura demasiado baja, pero se le erizaron los pelos de la nuca. No le dio importancia y supuso que la sensación de debía a una mezcla de ambas cosas, que creaba ese ambiente tan poco cálido. Echó un vistazo a lo que lo rodeaba. Mueble simples de gran serenidad y de mucha sobriedad. Todos de formas puras y sencillas, y con una utilidad específica para cada cosa.

Sin embargo, lo que más impactaba eran las tonalidades de colores neutros y fríos que iban del blanco luminoso, al negro brillante, hasta el azul cian. Tres colores que definían a la perfección el carácter de ese hombre: pena, luto, muerte del negro; calma tensa del blanco; tristeza y melancolía del azul. La personalidad de Cobra correspondía a la mezcla de todos esos sentimientos. Giró su rostro, atraído por el sonido burbujeante de agua, y vio que la pared que separaba la zona del despacho del bar era una gran pecera. Quién sabe si la intención de tener a todos esos peces de colores encerrados en esa gran extensión de agua radicaba en la necesidad de ese delincuente por tener la vida encerrada, con el único objetivo de observarla circular ante sus ojos y sentir que aún él también vivía. Cobra resultaba ser una persona inquietante.

—Bonitos peces —afirmó Iván, acercándose a esa peculiar pecera en cuyo interior nadaban peces de todos los colores y formas.

—A algunos ese detalle les parece excéntrico, de hombre caprichoso. —Se sentó en el borde de su escritorio—. ¿Y tú piensas lo mismo?

Iván se dio la vuelta, se guardó su opinión y se limitó a dar una respuesta que no lo comprometiera, pero que a su vez fuera verdad.

—Todo hombre puede hacer lo que le dé la gana con su dinero y no tener que dar cuentas por ello a cada momento.

Con sus ojos de serpiente clavados en Iván, Cobra sonrió de manera casi imperceptible.

—Siempre tan educado. —Habló con un deje de acusación en la voz—. Sir embargo, yo sé que en realidad piensas otra cosa.

—Y tú siempre tan intuitivo. Nunca se te escapa nada, ¿verdad?

—Si no fuera así ahora estaría muerto. Dejémonos de charlas, que supongo que no has venido para hablar de mí, llamaré a Abel.

Iván asintió mientras Cobra lo llamaba por su móvil. Solo pasaron escasos cinco minutos, el muchacho apareció por la puerta y se detuvo en seco cuando vio al culpable de todos sus males. Los recuerdos de la desgracia y el dolor acudieron en vívidas imágenes dentro de su mente. Era como si delante de sus ojos pasara una película a cámara rápida, incluso podía escuchar en sus oídos los gritos y llantos en una mezcla dolorosa.

—Ahora ya no te debo ningún favor —proclamó Cobra rompiendo el denso silencio—. Os dejaré solos para que habléis.

Abel lo miró. «Ahora no te debo ningún favor», se repetía una y otra vez en su cabeza como un eco. Tardó pocos segundos en entender: Iván era la persona, que a través de Cobra, lo protegió. ¿Protegió? Se negaba a pensar que ese desgraciado hiciese algo así, y no entender el motivo por el cual Iván había actuado de aquella manera, todavía lo enfurecía, más allá de toda lógica.

Cobra percibió primero la confusión y luego la confirmación en los ojos color avellana del muchacho. Su expresión terminó convirtiéndose en rencor, pues había entendido. Antes de salir y dejarlos solos se acercó a él y le apretó el hombro.

—Luego te explicaré —le aclaró. Abel le dirigió una mirada inexpresiva y se sacudió el hombro para zafarse de su contacto.

Cobra salió, dejando tras de él el sonido seco de la puerta al cerrarse. Ni la ausencia de esa persona fría logró que el ambiente resultara más llevadero, al contrario, se tornó explosivo.

Iván observó al muchacho, que se erguía desafiante frente a él. Llevaba puestos tejanos claros y camiseta gris claro, las prendas escondían un cuerpo fuerte y musculoso. Javi no lo había engañado cuando le advirtió que ya no quedaba nada del adolescente delgado del pasado. El silencio y el burbujeo de la pecera hicieron reaccionar a Abel.

—¿A qué has venido? —preguntó con extrema repulsión. Lo odiaba y no se molestó en ocultarlo.

Hasta su voz había cambiado, reflexionaba Iván. Dura, cruda, sin ningún signo de suavidad, sin embargo, lo más impactante era la mirada de odio y dolor que parecía

haberse adueñado de sus ojos para siempre. El muchacho que había conocido, un tanto desmadejado y alegre, no existía, había desaparecido porque así él lo dispuso cuando decidió tener a Lucía por las buenas o por las malas. Se sintió mal, la culpa lo sacudía sin tregua. Deseó retroceder en el pasado, pero no podía y tendría que resolverlo de la mejor forma. Una misión imposible por la manera en que Abel lo miraba, porque si las miradas mataran, sin duda ya estaría bajo tierra.

—Tu hermana quiere verte —alegó el empresario, sin andarse por las ramas—. Está muy mal, necesita verte y saber de ti.

El muchacho lo interrumpió.

—No voy a volver.

—Sé que me odias y tienes motivos para ello, pero Lucía no tiene ninguna culpa...

—¡Márchate! —Apretó los puños hasta que los nudillos se le quedaron blancos. No podía aguantar su presencia, le laceraba el alma, si no se iba no conseguiría contenerse y acabarían a puñetazos.

—Vamos a casarnos. —Iván ignoró sus amenazas—. Tu hermana espera un hijo mío.

Abel no reaccionó bien a la noticia. La ira, que había acumulando durante tantos meses, afloró a la superficie como lava espesa. Solo había una manera de apagar ese fuego, y era a través de la violencia.

—¡Hijo de puta!

Se abalanzó sobre Iván con intención de derribarlo de un puñetazo. Pero no pudo, porque lo esquivó. Sin embargo, el segundo sí que logró su objetivo y le dio de pleno en la mandíbula.

—¡Maldita sea! —exclamó Iván, sorprendido por la dureza y la fuerza de él, ¿quería lucha?, pues tendría lo que deseaba.

La pelea empezó. Iván, en un principio, esquivaba los golpes, ya que su intención era no lastimarlo. No obstante, su contrincante tenía una fuerza brutal y le resultaba cada vez más difícil mantenerlo a raya, por lo que pasó a la acción, viendo que no podía hacer otra cosa.

Los puñetazos se fueron repartiendo a partes iguales, los dos eran dos hombres valientes con unos músculos de hierro; se hirieron en la cara y de sus heridas la sangre salía en finos hilos. El despacho se convirtió en un caos de papeles volando, muebles volcados o, en el peor de los casos, destrozados. Todo terminó en el

momento en que los dos se abalanzaron, cogidos por el cuello de sus respectivas camisetas, contra la gran pecera. El impacto fue tan fuerte y tan brutal que acabó por romper el vidrio en mil pedazos, fue como el choque de un camión en un aparador. Los dos hombres fueron arrastrados por el agua hacia la zona del bar. Los peces empezaron su lucha particular por respirar y sobrevivir fuera del agua, se retorcían sin parar, abrían sus bocas sin cesar y movían sus agallas en un triste intento de respirar. No hubo misericordia y fueron muriendo uno tras otro.

Iván y Abel se levantaron del suelo empapados de cabeza a pies. La sangre que momentos antes circulaba por los rostros desapareció limpiada por el agua. Con todo, volvía a brotar por los labios magullados de los dos contrincantes. Se miraron, la adrenalina corría por sus venas y volvieron a su particular lucha.

Cobra apreció hecho una furia, atraído por el gran estruendo. Sus zapatos quedaron empapados y sintió el agua fría que se filtraba a través de ellos. No prestó atención a los vidrios rotos y esparcidos en el suelo que se rompían bajo su peso en pequeños trozos según avanzaba. Cuando llegó a ellos, se interpuso entre los dos hombres y los separó sin miramientos ni contemplaciones. Los miró, primero a uno y luego al otro, y no hicieron falta palabras ni gritos. Esos ojos rasgados, esas pupilas frías como cubitos de hielo, fueron suficiente incentivo para que los hombres se detuvieran.

—¿Os habéis vuelto locos? —Sus palabras las pronunció con lentitud y con una frialdad capaz de helar la sangre.

Cobra observó con tensa paciencia a su alrededor. El despacho era un caos, todo estaba lleno de agua. El suelo era un arco iris de colores compuesto de peces muertos, aunque percibió los frenéticos movimientos de dos peces agonizantes.

—Ya te pagaré los desperfectos —declaró Iván, se limpió la sangre en un pañuelo mientras evaluaba el desorden.

—Tengo para construir tantas peceras como quiera —dijo Cobra, una sonrisa sardónica se esbozó en sus labios. Pisó implacable un pez que se debatía por sobrevivir, no quería verlo sufrir más—. Ya puedes arreglar lo que tengas que arreglar con Abel y lárgate de mi casa, no tengo tiempo para más tonterías.

Iván se sorprendió por la tensa tranquilidad de Cobra, en ningún momento había perdido la calma y se había hecho respetar. Ese hombre siempre estaba rodeado por una neblina oscura y fría que inspiraba respeto. Casi parecía que era inhumano, pues no albergar emoción alguna en el interior de su gran cuerpo. Estaba seguro de que

hasta el dolor físico controlaba. ¿Qué le había sucedido en el pasado para convertir el corazón de ese individuo en piedra?

Abel e Iván miraron cómo Cobra llamaba a sus empleados y les ordenaba que empezaran con la limpieza del local. De pronto sus miradas se cruzaron. Iván sonrió con ironía, el muchacho lo examinó sin brote de humor y como si se hubiera vuelto loco.

—En el fondo tú y yo somos iguales —pronunció Iván—. Personas valientes que no tememos a nada ni a nadie y protegemos con la vida lo que más queremos.

—Yo no soy como tú —le espetó el otro, horrorizado ante la idea.

El hombre rompió en risas.

—¡Ni tú mismo te crees lo que dices! —exclamó Iván.

No quiso provocarlo más, en el fondo seguía siendo un joven rebelde, ansioso por comerse el mundo. Con el tiempo aprendería la lección de la vida, el orgullo lleva a la destrucción y no temer a sus consecuencias a la perdición. Son lecciones de la vida que Abel aprendería con el paso de los años, tal como lo había hecho él desde que había conocido a Lucía.

El muchacho hizo amago de irse, pero Iván lo detuvo cogiéndolo con fuerza del brazo.

—Ódiame si quieres —pronunció, intentando que su tono no fuera duro—. Me lo merezco. Estoy arrepentido, aunque sé que mi arrepentimiento no te dará consuelo, ni paz, lo entiendo y lo acepto. Lo único que te pido es que dejes a Lucía al margen de tu odio. Si no quieres volver, díselo tú mismo, ¿o eres tan cobarde que no te atreves? Ella está desesperada. Al menos que vea que estás vivo y luego haz lo que te dé la gana.

El rostro de Abel se suavizó al recordar a Lucía. La quería con toda el alma y reconocía que necesitaba verla y abrazarla. Por más que detestaba la relación que tenía con Iván, ella era su hermana y su hijo sería su sobrino, no podía darles la espalda. Se liberó con una sacudida de la mano que le oprimía su brazo y tragó saliva antes de contestar.

—Está bien, te acompañaré, pero no me quedaré. Lucía no se merece que la ignore. —Lo miró con rabia y lo señaló con el dedo—. ¡Lo hago por ella, no porque te tenga miedo!

Iván sonrió. El muchacho tenía agallas, solo esperaba que con el tiempo lo

perdonara y tuvieran una relación cordial.

\*\*\*

Federica subió al ascensor de Construcciones Mayer S.L. Era casi hora de almuerzo y, si quería comer tranquila, tenía que zanjar el asunto que la perturbaba cuanto antes. Ella se encargaba de todo lo relacionado con la boda, y Alberto, como padre del novio, tendría que atender a los invitados como se merecían. Pero no esperaba que lo hiciera por voluntad propia, por lo que había decidido hacerle una visita, pues no quería que aguara el día más importante de Iván y Lucía. Era consciente de que pasaría un mal trago en el despacho de Alberto; por otra parte la idea de ponerle de mal humor con su visita era un incentivo muy tentador que no dejaría pasar.

La mujer miró su reloj, quería haber llegado antes, pero el diseñador que se encargaba del vestido de novia había llegado tarde a la prueba. A Lucía no le gustaban los vestidos sofisticados con mucha pedrería, deseaba uno sencillo. Federica lo había comprendido, pues el vestido debía ser un reflejo de ella, por tanto la había ayudado a escoger uno blanco de líneas sencillas y puras, que además pudiera adaptarse con facilidad, en el caso de que tuviera que ser retocado a última hora por el embarazo. Aún se acordaba de cuando se lo había probado, Federica había creído ver un ángel, y su corazón había latido de felicidad. Se llevó la mano a esa parte de su anatomía; sin duda, amaría a Lucía tanto como a Iván.

Las puertas del ascensor se abrieron. Antes de salir respiró con profundidad, como si se prepara para que el dentista le arrancara una muela. De todos modos, la idea de arrancarse una muela le resultó más soportable que la perspectiva de tener que estar encerrada con el odioso de su cuñado en la misma estancia.

De pronto vio cruzar por el pasillo a Gina. La cara de esa víbora era de felicidad y Federica tuvo un mal presentimiento. La siguió sin que ella se diera cuenta, la rubia despampanante pasó por delante de la secretaria que no le dijo nada cuando la vio, solo se limitó a saludarla, era evidente que ya la esperaba. Gina giró por un pasillo y la perdió de vista, recordaba que aquel camino llevaba directo al despacho de Alberto. Esperó a que la secretaria estuviera despistada y se coló.

Llegó a la puerta del despacho y pegó la oreja al batiente. Oía risas y murmullos inteligibles; con sumo cuidado la abrió un par de centímetros, lo suficiente para escuchar sin ser vista. Su cuñado y la víbora rubia hablaban de un plan, Federica se llevó el puño a la boca para reprimir las ganas locas de gritar, cuando se enteró de la artimaña que querían llevar a cabo. No podía creérselo, ese hombre iba a destrozar la vida de Iván y Lucía. Cuanto más oía más asqueada estaba, por supuesto Gina se encargaría de consolar el corazón roto de su sobrino cuando este descubriera a Lucía y Javi en una situación comprometedoramente fruto de un engaño.

Federica cerró la puerta con el mismo cuidado con la que la había abierto. Se apoyó en la pared e intentó recuperar la respiración. Ya iba siendo hora de que los demonios del pasado emergieran de la oscuridad.

Salió corriendo con tan mala fortuna que la secretaria la vio, le pidió explicaciones, pero una Federica impactada se negó a hacerlo. Salió corriendo sin decir nada porque quería llegar cuanto antes al parking, subir al coche y no parar hasta llegar a casa. Cuando Iván llegara de su viaje a Salou, le explicaría todo y no omitiría nada. C mejor aún, hasta le daría la carta de su madre para que viera que no mentía.

Llegó al coche jadeando de cansancio, pues no había parado de correr durante todo el trayecto. Se puso la mano al pecho y aspiró aire a la desesperada, pero no había tiempo que perder, ya que estaba en peligro, de modo que buscó en el bolso las llaves de donde colgaba el mando de obertura del automóvil.

—¡Malditas llaves! —gritó impotente—. ¿Dónde os habéis metido? —vacío el bolso encima del capó—. ¡Por fin!

Con movimientos rápidos, cogió todo lo que había volcado en el capó y lo metió en el bolso. Estaba tan nerviosa que las manos le temblaban, las llaves tintinearán como pequeños cristales que chocaban entre sí, por lo que se cayeron al suelo. Se agachó para cogerlas sin escatimar maldiciones por su torpeza, pero entonces contuvo el aliento, pues un pie calzado con unos lustrosos zapatos negros impidieron llevar a cabo su objetivo.

Federica tragó saliva, sabía que si alzaba el rostro se encontraría con Alberto. No quería hacerlo, porque si le mostraba su cara vería el miedo que la cubría de arriba abajo. Sin embargo, tuvo que hacer de tripas corazón.

—Quita tu asqueroso pie de encima de mis llaves —ordenó ella girando el rostro para mirarlo de frente. Hubiera querido que su voz sonara firme, aunque no lo

consiguíó, más bien sonó como un susurro desesperado y tembloroso.

—¡Desde luego, faltaría más! —declaró Alberto en un tono burlón.

Federica se levantó con celeridad, sabía que en cada facción de su rostro estaría escrita la palabra miedo. Apretó el botón y el ruido inconfundible del parpadeo de los cuatro intermitentes, le indicó que el coche estaba con las puertas desbloqueadas. Sin embargo, no pudo abrirla, ya que Alberto la llevó hasta la pared y la arrinconó, su bolso y las llaves cayeron al suelo.

—¡Suéltame, maldito hijo del Demonio! —gritó ella.

—¡Si no callas ahora mismo te juro que te reviento los sesos! —amenazó Alberto llevando una pistola a la sien de la mujer—. ¿Qué es lo que sabes?

—¡Nada!

—Mi secretaria te ha visto husmeando cerca de mi despacho y no le has querido dar explicaciones. ¿Te crees que soy tonto? Te conozco, vieja bruja, ¿has estado escuchando a escondidas?

Federica se sentía acorralada y tan nerviosa que su mente no atinaba a buscar una salida. De nada servía negarlo cuando la secretaria la había visto salir de la zona del despacho como si Satanás la persiguiera; en realidad no iba mal encaminada, pues tenía ante ella la reencarnación del Diablo. Un milagro. Necesitaba un milagro.

—Alberto, no puedes hacerle eso a tu hijo. Lo vas a destrozar de por vida —habló ella, en un intento de encontrar una rendija en la mente perversa de ese hombre y hacerle ver su grave error.

—Sí, no lo niego. —Un rictus sardónico se dibujó en sus labios—. Pero Gina se encargará de devolverlo a la vida. En poco tiempo todo estará de la misma manera que antes que apareciera esa condenada mujer con la que quiere casarse.

—¡Está embarazada de tu nieto! —exclamó, furiosa. Alberto le apretó con crueldad el cañón de la pistola en la cabeza.

—¡Y qué más da! No quiero un nieto de esa mujer, ya me encargará de deshacerme de él también. Destruiré todo vínculo que tenga Iván con ella.

—¿Piensas asesinar a un bebé? —preguntó con el corazón en un puño.

—No llegará a nacer. Una caída, un accidente, algún tipo de medicamento, pueden provocar un aborto.

La risa malvada del hombre fue como una bofetada para a la mujer. Federica temblaba de miedo, pues no podía creer lo que escuchaba. Tenía que hacer algo para

evitarlo, se acordó de que tenía cierta ventaja.

—Si no me dejas ahora mismo te juro que las cartas de las que te hablé llegarán a manos de la policía.

—Eso ya lo tengo arreglado. Te mantendré encerrada en algún agujero hasta que dé con ellas. —Empezó a reír otra vez, embelesándose con el miedo que velaba la cara de su odiosa cuñada. Consciente del poder que tenía, empezó a usarlo en contra de la mujer—. Coge tu bolso del suelo y no se te ocurra hacer ningún movimiento brusco sino quieres que te dispare.

Ella hizo lo que le pedía, de momento no tenía alternativa, pues era consciente, con demasiada claridad, de la pistola que apuntaba contra su persona. No podía desafiarlo en ese momento.

—Ahora coge tu móvil, cuñadita —le ordenó con desprecio.

Federica así lo hizo, meditó en los planes de aquel anciano podrido de maldad. No tardó en descubrirlo.

—Telefona a Iván y dile que te vas una semana. Invéntate una excusa convincente, no sé... cualquier cosa. Necesito tiempo para dar con las cartas.

Ella acercó el móvil a su pecho, respiraba con dificultad, ya que empezaba a entender lo que se proponía y que la llevaría a su perdición. Negó con la cabeza mientras las lágrimas empezaban a circular por su rostro.

—¡Hazlo! —voceó Alberto un tanto harto y ofuscado.

—¡No!

Alberto se aseguró de que no hubiera nadie en el lugar, entonces un disparo resonó por el *parking*. Federica cayó al suelo al tiempo que un alarido de profundo dolor salía de su garganta, pues le había disparado en el hombro. En la caída el móvil salió despedido un par de metros.

—¡Coge el móvil! —ordenó él—. Y si no llamas ahora mismo juro que el próximo disparo será entre tus cejas.

Ella lo miró a los ojos, en sus pupilas residía la reencarnación del mal, del cruel asesino que siente en sus actos la satisfacción, casi orgásmica, del poder que tiene sobre la vida de los demás, disfrutaba de ello y se excitaba al mismo tiempo. La mujer se arrastró por el suelo antes de que ese loco le volviera a disparar. La sangre manaba de su herida y dejaba una estela roja brillante en el suelo. Sentía dolor, un dolor que la desgarraba.

—¡Llama! —ordenó Alberto.

Federica obedeció, pero en ese momento Iván estaba fuera de cobertura, Alberto lo escuchó y cambió de planes.

—¡Telefona a la casa!

—Dime primero qué harás conmigo si encuentras las cartas, ¿matarme?

—Dame las cartas por las buenas y te dejaré con vida.

—No lo harás.

—Tienes razón, no lo haré porque no quiero correr riesgos. Las mujeres cambiáis muy a menudo de opinión y yo nunca me he fiado de vosotras.

—Entonces mátame de una vez. —Utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para desafiarlo con la mirada—. No llamaré, la muerte es lo que me espera en el mejor y en el peor de los casos. Más vale acabar en este mismo momento con todo. —Se apoyó en la pared. El dolor lacerante del hombro era casi insoportable. Cerró los ojos esperando la bala que le sesgaría la vida. Sin embargo, otra vez sintió el frío de la pistola clavada en su sien.

—¡Llama ahora mismo! ¿Sabes?, conozco maneras de matar muy dolorosas. No me obligues a ponerlas en práctica.

Federica abrió los ojos. Una cosa era morir sin dolor y otra muy distinta con dolor. Ella nunca había sido fuerte, y pensar en su muerte como un proceso doloroso le puso la piel de gallina. Se levantó del suelo, arrastrando la espalda por la superficie de la pared en la que estaba apoyada. Su mente empezó a trabajar e intentó encontrar una salida y se le ocurrió una posibilidad. Más valía probarla, igual no tenía nada que perder y mucho que ganar.

Federica lanzó el móvil a la cara de Alberto, lo pilló desprevenido. La pistola se le resbaló de entre sus dedos y, debido a la inercia del movimiento, resbaló por el suelo hasta meterse debajo de un vehículo. Federica salió corriendo, sin embargo, ella no era una mujer joven y ágil, además, el hombro le dolía horrores, por lo que se tropezó y se dio de bruces contra el suelo. Intentó levantarse, pero de pronto notó que un peso caía encima de ella. Era Alberto, que le dio la vuelta y empezó a golpearla mientras la insultaba. La vida se le iba escurriendo y ella no podía hacer nada. Notaba que se perdía en el dolor y que la luz desaparecía. Entonces la oscuridad devoró a la mujer.

Alberto dejó de golpearla, su respiración era agitada y jadeante. Sacó el pañuelo del bolsillo para limpiarse el sudor de la frente. Miró el cuerpo inerte de su cuñada y

sonrió con satisfacción, pues la tenía donde siempre había querido tenerla: muerta en sus manos. De pronto se acordó de que estaba en el *parking* y había que darse prisa. Arrastró el cuerpo y lo metió en el maletero, después limpió la sangre del suelo y reptó debajo del coche para hacerse con la pistola. También cogió el móvil de Federica y las llaves de su automóvil del suelo. La muy estúpida no había querido hacer la llamada. Eso tenía fácil solución y envió un mensaje al móvil de su hijo desde el de ella, diciendo que se iba unos cuantos días por asuntos personales. Nadie sospecharía nada y tendría tiempo de encontrar las cartas.

Echó un último vistazo a su alrededor. Nada llamaba la atención, volvería más tarde para deshacerse del coche y lo tiraría al mar. Salió del *parking* y condujo hasta un terraplén lleno de matorrales y malas hierbas. Era un lugar aislado y poco frecuentado, el lugar idóneo para abandonar un cadáver.

Alberto regresó a Barcelona después con la sensación de victoria instalada en su cuerpo. Suspiró, Federica nunca más lo importunaría. Ahora tenía que concentrarse en encontrar las cartas, de modo que contrataría a alguien para que revisara la habitación de Federica. Cuando se supiera de su muerte, él ya las tendría en su poder y nadie sospecharía que era el asesino. Estaba en racha y pensaba aprovecharla.

## CAPÍTULO 11

Iván y Abel llegaron a Barcelona. Lucía, demasiado impaciente para esperarlos en el interior de la casa, salió al exterior a recibirlos. Su corazón palpitaba de impaciencia y cuando vio a su hermano se quedó momentáneamente sin palabras. Delante de ella se enderezó un hermano apenas reconocible. Lucía evocó en su memoria al muchacho que ella aún tenía grabado en la mente. Necesitó un par de segundos para salir de su sorpresa. ¿Dónde estaba el hermano de cara risueña y mirada traviesa... dónde?

Dio un paso atrás para contemplarlo mejor. Tenía los labios inflados, magulladuras en una mejilla, además de un ojo amoratado. Era evidente que acababa de salir de una pelea. Su cuerpo musculoso revelaba fuerza, una fuerza que era obvio que también le servía para golpear. Giró el rostro hacia Iván y su cara estaba, más o menos, en las mismas condiciones que la de su hermano. No hicieron falta explicaciones. Lucía alargó la mano para retirar de la frente de su hermano un mechón de cabello, igual que cuando era pequeño y entraba en la cocina exigiendo una de las galletas que ella acababa de preparar junto con su madre. De pronto Lucía dudó de que aquella época feliz hubiera existido y todo solo fuera producto de su imaginación.

—Abel... —murmuró. Su voz sonaba rasgada, al borde del llanto—. ¿Dónde está mi hermano pequeño?

El muchacho la miró y entornó los ojos.

—Aquel débil muchacho ha muerto.

Lucía sacudió la cabeza, incrédula ante todo. La voz de Abel sonaba dura, llena de resentimiento y de odios ocultos. Iván los observaba y no le gustó la desolación que vio en la mujer que amaba. Quizá no había sido buena idea propiciar aquel reencuentro.

—Vamos dentro —sugirió Iván, sacando a Lucía de su estupor.

Fueron al salón, ella se sentó, incapaz de que las rodillas la sostuvieran.

—Os dejo solos para que habléis —dijo Iván, antes de salir miró en dirección a ella para percatarse de que estuviera bien. La impresión la había dejado lívida, por lo que decidió avisar a Abel, se acercó a él y le dijo en un tono neutro—: No se te ocurra decirle nada que la lastime.

Abel lo miró con resentimiento, aun así asintió, pues su intención no era la de herir a su amada hermana. Iván los dejó solos, el muchacho se mantenía erguido, miraba a Lucía, entonces no pudo aguantar más, se sentó a su costado y la abrazó. Por un momento al muchacho le pareció regresar al pasado, imaginó que estaba en su casa, con su padre, su madre y su dulce hermana. Pero solo fue eso... un fugaz momento de paz. Por su parte, Lucía no resistió tanta emoción y terminó por llorar, él la ciñó más fuerte y ambos se empaparon del cariño que habían echado tanto de menos.

—Abel, ¿quién eres? —preguntó su hermana una vez se recompuso.

—Un hombre, un hombre propietario de su vida y de sus actos.

—¿Qué vida?

—La que he escogido. La que me permite ser libre y no dejar que nadie me pisotee.

—¿Es la que te hace feliz?

Durante un momento reinó un denso silencio.

—Abel... —suspiró Lucía, deduciendo la respuesta.

—No, hermanita, no saques conclusiones. Quiero la vida que tengo y voy a seguir así, y no se te ocurra recriminarme, porque tú te has convertido... —se detuvo enseguida. Ella no se lo merecía, tenía que dejarla al margen de su odio —. Lo siento. —Volvió a abrazarla—. No hay persona en el mundo que merezca ser más feliz que tú.

—Vente a vivir con nosotros, Abel, seamos una familia.

—No, yo no podría vivir en la misma casa que Iván.

—Él no es lo que parece, reconoce que se equivocó, además vamos a casarnos y a tener un hijo.

—Lo sé.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—Abel, dale una oportunidad, solo una. Sé que te estoy pidiendo demasiado.

—No insistas. No puedo olvidar. Son demasiadas cosas. —Sus hombros se hundieron abatidos.

Lucía acarició la mejilla de su hermano. Un gesto que Abel había echado de menos, ese calor a familia de una hermana a la que adoraba.

—Debes aprender a perdonar, Abel.

—¡Jamás!

—¿Es que no te acuerdas lo que nos enseñaron de pequeños?

—¡Nos enseñaron a ser débiles!

—¡Abel!

—No miento, nos enseñaron a ser débiles. A poner el trasero a disposición de todo el mundo para que lo pateara a placer. —Se atusó el cabello con desesperación—. Ya he tenido bastante.

—Así, según tú, la violencia hace fuertes a los hombres. —La voz de la mujer sonó con cierto tono a reprimenda—. Estás equivocado, es el sentido común que hace fuertes y grandes a los hombres.

—¡No quiero escucharte!

—¡No quieres escucharme porque la verdad duele!

Abel se levantó del sofá y empezó a marcharse, Lucía hizo lo propio y corrió detrás de él.

—¡Abel, no te vayas! —gritó, agarrándolo del brazo—. No me dejes, te necesito, quédate conmigo y empecemos una nueva vida, por favor, recapacita.

El muchacho se dio la vuelta, intentó que su voz sonara dura para que no le quedara duda de sus intenciones.

—Me voy donde soy feliz, nuestros caminos han tomado rumbos diferentes, hermanita. Quizá vuelva para conocer a mi sobrino o sobrina, pero no me pidas nada más.

Lucía, con el corazón hecho trizas, contempló la figura de su hermano alejarse por el pasillo. Sus pasos resonaban fuertes y seguros en el suelo de mármol. En ningún momento el muchacho vaciló, ni tan siquiera miró atrás, porque los recuerdos eran demasiado dolorosos y aún estaban en carne viva, y no quería sucumbir.

Sin embargo, Lucía no se daba por vencida y salió tras de él. Ya en el exterior vio a Iván y Abel, por el tono no parecía que discutieran, eso le dio esperanzas, a lo mejor Iván lo convencía de que se quedara. Dejaron de hablar y su hermano echó a andar e Iván se acercó a ella y la abrazó, fue en ese instante cuando comprendió que su hermano se marchaba para siempre. Ella intentó zafarse, pero él la mantuvo agarrada para que no saliera corriendo.

—Déjalo, no podemos hacer nada —alegó él, intentando que ella entendiera—. Es su decisión y hay que respetarla.

Ella dejó de pelear, pues tenía razón. Contempló a su hermano marcharse, su

cabello dorado brillaba bajo el sol y un suave viento ondeaba sus mechones. En la retina de Lucía quedaría grabada aquella imagen, pues se negaba a pensar en que no regresaría una vez recapacitara. Era tan joven, tan inocente... no, eso era antes, cuando vivían en Valleverde, ahora se había convertido en un hombre resentido. Con tristeza, la mujer admitió que su hermano tendría que aprender, por las buenas o por las malas, que detrás del dolor existía una vida por la cual valía la pena vivir.

Tuvieron que pasar un par de días para que Lucía aceptara la decisión de su hermano, de momento no podía hacer otra cosa. Tanto Iván como ella sabían que no era la decisión correcta, sin embargo, tenía que ser él mismo el que se diera cuenta. Y cuando sucediera, ella lo estaría esperando, lo apoyaría y lo animaría a que siguiera el rumbo adecuado. Tal vez, entonces, floreciera de nuevo algo del alma risueña de un hermano que echaba de menos.

\*\*\*

Iván decidió que era el momento para darle a Lucía la sorpresa, ya que su hermano la había dejado en un estado de tristeza más que evidente y le estaba costando recomponerse. Él, durante muchos días, había acudido a escondidas a Valleverde. Ayudaba, con sus propias manos y con sus conocimientos, en la reconstrucción del pueblo. Al principio lo recibieron con unos celos más que justificados, no obstante pronto se dieron cuenta de que no era el mismo despiadado hombre de negocios de antes, que los había obligado a abandonar sus hogares. Con el paso de los días lo aceptaron y perdonaron, se había convertido en unos más del grupo. Reía con ellos, almorzaba con ellos y trabajaba de sol a sol con ellos. Apreciaba y valoraba ese tipo de amistad, una amistad forjada a través del perdón y de la sinceridad, incluso ellos parecían estar tan sorprendidos como él. Desde luego que no era un integrante de Los Hijos de la Luz, no obstante, se sentía parte de su mundo, pues se habían formado unos lazos que lo mantenían unido a la comunidad. Tal vez fuera la manera en que percibían la vida, o las pequeñas cosas que ellos agradecían como grandes tesoros. O tal vez fuera la manera en que se apoyaban, tanto en los buenos como en los malos momentos. En definitiva, eran únicos, y eso los hacía especiales y vulnerables a la vez a ojos de una sociedad cruel. De todas maneras, nunca en su vida había albergado

tanta paz y desasosiego en su interior, y quería que siguiera de aquella manera.

Dejó a un lado sus cavilaciones, pues era hora de levantarse. El día había amanecido nublado y el cielo presagiaba lluvia. El otoño avanzaba, un remanso de paz después de un verano siempre lleno de fiestas, noches interminables y agobiante calor. El otoño era la estación de los marrones, ocres y rojizos, que se adueñaban del paisaje poco a poco, sin prisas. Era la estación perfecta para la reflexión.

¡Qué demonios! Aunque el día fuera gris, para él y Lucía sería una jornada magnífica, porque el pasado quedaría en el olvido para siempre y nacería un nuevo futuro, en el cual quería ser mejor persona.

Iván intentó despertarla con un sonoro beso.

—Va, remolona —la apremió él, y la destapó.

—Tengo sueño —se quejó ella volviéndose a tapar.

El hombre, entre risas, empezó a mordisquearle el cuello.

—¡Déjame! —Esta vez se cubrió la cabeza con el edredón.

Al hombre no le quedaba otra solución, así que la destapó de nuevo y empezó a hacerle cosquillas en los pies. Al menos dio resultado, porque se levantó de un salto riendo sin parar. No obstante, ella se tiró encima de él y le devolvió las cosquillas.

—¡Ríndete! —gritaba ella entre risas.

El hombre sabía que con un movimiento se la sacaría de encima, pero se rindió a la tentación del juego. Estuvieron un rato jugando como niños, rodando por encima del colchón, de aquí para allá, y la habitación se colmó de carcajadas y diversión.

—¡Vale, me rindo! —exclamó Iván, harto de reír.

Lucía lo besó en la boca.

—¿Crees que no sé que me has dejado ganar? —se quejó ella, sabiendo la respuesta.

—¿Tan evidente es?

—Me temo que sí.

—Bueno, otro día me esforzaré para que no se note tanto.

—Eres incorregible. —Salió de la cama de un salto, tirando un cojín a Iván. Intentó devolvérselo, pero ella se encerró tan rápido en el baño, que se estrelló contra la puerta.

Desayunaron y emprendieron el viaje. Por supuesto que no le dijo nada a Lucía y mantuvo en estricto secreto el destino. Aunque la zalamería de la mujer era tentadora

a más no poder, y amenazaba con hacerlo sucumbir, mantuvo de manera estoica la incertidumbre hasta el final.

No obstante, Lucía reconoció la zona por la cual Iván conducía y empezó a removerse inquieta en su asiento. Notaba cómo su corazón latía deprisa y se preguntaba el motivo por el cual la llevaba a un lugar que le producía dolor e impotencia. Iván cubrió con su mano la de la mujer cuando se detuvo en un cruce, entonces aprovechó para susurrarle dulces palabras en un intento por serenarla.

—Iván... —Su voz apenas era un murmullo—. No quiero ir a Valleverde, por favor.

Él le respondió con una espléndida y serena sonrisa, y dejó a la mujer aún más desconcertada.

Por fin llegaron.

—No puede ser... —balbuceó ella, arrastrando las palabras.

Se apeó del coche pensando que la vista la engañaba. Una vez tuvo los pies anclados en el suelo, alzó la mirada con lentitud y quedó impactada, no podía creérselo. Pero ni sus ojos ni los ruidos la engañaban, porque Valleverde era un hervidero de martillos golpeando superficies de madera, sierras serrando, gritos solicitando ayuda, risas, expectación y toneladas de felicidad que se palpaba en el ambiente. ¡Estaban reconstruyendo el pueblo!

Lucía reconoció a los habitantes Valleverde y a los de las poblaciones colindantes, todos unidos en un objetivo común, tal como habían hecho en el pasado. Su corazón galopaba desbocado de la emoción, a duras penas notó cómo Iván se situaba detrás de ella y la abrazaba por la cintura de lo entusiasmada que estaba. Le daba la sensación de estar viviendo en un sueño y se sentía flotar, no quería despertarse nunca.

—Este es mi regalo de bodas —le susurró al oído él.

Lucía ladeó el rostro para mirarlo directo a los ojos. Abrió la boca para hablar, sin embargo, las palabras se negaron a salir por la impresión. Respiró profundo e intentó controlar las emociones.

—Me siento tan feliz que no me salen las palabras —logró decir ella con voz trémula.

Iván la besó en la mejilla.

—Si pudiera treparía hasta el cielo y te traería la luna en una bandeja, bendita locura es amar, haces que a tu lado cualquier cosa sea posible.

La respuesta de ella fue un torrente de lágrimas. Brotaban sin cesar de unos ojos

dulces, llenos de amor y de agradecimiento. Le estaba ofreciendo el cielo ¿qué más podía pedir?

—Cariño, no llores. —Le limpió las lágrimas con el pulgar de los dedos—. No es un día para llorar. —La abrazó, estrechándola en sus brazos.

Lucía levantó la vista hacia el rostro de Iván y lo acarició con los dedos. Una caricia tierna, ligera y suave como las nubes de algodón que surcaban el cielo. El cuerpo masculino se estremeció por el calor que emanaba aquella pequeña mano. A Lucía poco le importó que estuvieran a la vista de la gente, pues ella tenía la necesidad imperiosa de tocarlo, de tomar conciencia de que su futuro no sería un sueño. Lo besó en los labios, solo fue un casto beso con un gran significado.

—Tú felicidad es la mía —dijo él, rompiendo el silencio.

—Te quiero.

—Lo sé, yo también te quiero, mucho más de lo que nunca llegarás a imaginar.

La mujer sonrió y se dio cuenta de que la vida sin Iván ya no tendría sentido para ella.

—¿Es aquí donde venías estos últimos días? —preguntó la mujer—. Ahora entiendo el estado lamentable de tu ropa cuando llegabas tarde a casa.

Iván se rio, él, que se había esforzado por entrar a escondidas en la casa.

—Así que me viste. —Alzó una ceja y una mueca burlona se dibujó en sus labios—. Subir por las escaleras a escondidas no me sirvió de nada.

—Fue por casualidad. Yo entraba de pasar un rato en el jardín y te vi subir por los escalones con el sigilo de un gato. Desde ese día no paré de vigilarte, estaba tan desconcertada que precisamente esta noche quería preguntarte por ello.

—Vengo a ayudar como uno más. Yo lo destruí, es lo menos que puedo hacer. —Con el dedo le acarició la mejilla—. Pero a partir de ahora necesitaré tu ayuda.

—¿Para qué?

—Empezaremos con la reconstrucción de la masía de tu hermano y la tuya. Será nuestro futuro hogar y necesito saber cómo era por dentro y por fuera.

—¿Lo dices en serio? —La expresión de ella era de auténtica sorpresa.

Iván contempló, embobado, ese rostro de felicidad de su prometida y pensó que era la más bonita de las mujeres, además, el embarazo la hacía aún más bella.

—Muy en serio, si a ti te parece bien, claro está.

—Te dibujaré nuestra masía, o mejor aún, te la coseré para que sepas cómo era y

con todos los detalles.

—¿Coserla? —preguntó incrédulo, frunciendo el entrecejo.

—Sí, coserla —afirmó, divertida al ver su turbación—. Sé coser muy bien. Desde pequeña me enseñaron la técnica *patchwork* y te aseguro que confecciono auténticas maravillas. Necesitaré telas de colores y estampadas, ya verás qué tapetes y que colcha más bonita tendremos en nuestra cama.

Lo abrazó tan fuerte que hasta Iván se sorprendió. Poco a poco, la gente conocida por ella se fueron acercando, Lucía saludó uno por uno con cariño. Suspiró aliviada, pues nadie la rechazaba ni le recriminaban nada. De vez en cuando observaba de reojo a Iván, que a su vez no paraba de contemplarla, eran miradas cómplices, cariñosas y repletas de amor. Aún los dos se sorprendían por esa conexión invisible, que parecía unirlos de una manera mágica, porque cuando sus ojos se cruzaban, las palabras no eran necesarias.

Enrique, Carolina y los pequeños también estaban. Se aproximaron y Lucía pensó que no podría con tanta felicidad y que acabaría estallando. Pero sin duda el momento más emotivo se produjo cuando Francisco se acercó. El anciano, menudo de cuerpo y grande de corazón, la abrazó de la misma manera que hubiera hecho su padre. Fueron momentos llenos de muchos sentimientos.

Una vez las emociones y saludos cesaron, los hombres siguieron con la reconstrucción mientras las mujeres preparaban el almuerzo. Lucía no vestía como las mujeres pertenecientes a la comunidad; a fin de cuentas ella ya no formaba parte de Los Hijos de la Luz, pero verse diferente a las demás la hizo sentirse rara. La mujer suspiró, pues siempre tendría un lugar en su corazón guardado para lo que en un pasado fue. Sin embargo, debía pasar página, porque sus sentimientos pertenecían a Iván, y su futuro estaba junto a él. Además, vivirían cerca de la gente que ella amaba y siempre podría visitarlos, o que ellos la visitaran. Se detuvo un momento, buscando con la mirada a Iván. Lo encontró colgado en la estructura de un granero y se quedó contemplando al hombre que amaba. Aunque el día era gris y fresco, sudaba debido al esfuerzo. Su camiseta añil claro y los pantalones vaqueros estaban manchados hasta decir basta. En su pelo negro como la tinta que llena libros enteros, reposaban restos de serrín. Incluso así de desaliñado su porte era atractivo.

Lucía se sentía muy orgullosa. Sin duda no podía pedir más a la vida.

\*\*\*

Iván fue hacia el despacho. Tenía que hablar con su padre sobre Federica, pues la última noticia que había tenido de ella era un mensaje de móvil donde le informaba que pasaría unos días fuera por problemas personales. Desde el primer momento le había resultado extraño el mensaje, no le encontraba sentido, pues su tía no era de desaparecer así sin más. Además, él la había llamado en innumerables ocasiones y no atendía sus llamadas. Según le había explicado Marta, la última vez que había hablado con ella le dijo que iba a visitar a su padre por asuntos referentes a la boda. Tal vez él sabía algo más.

Entró en el despacho de su progenitor, que hacía días que no visitaba, y lo embargó una sensación claustrofóbica. Ya no era su lugar y, a pesar de todo, no le dolía, al contrario, se sentía libre como nunca en su vida. Cada día se alegraba más de su elección.

—¡Hola, hijo! —exclamó mientras lo abrazaba con mucha efusividad.

A Iván le agradó la muestra de cariño, porque por algo se empezaba, y más teniendo en cuenta que, a esas alturas, ya debía saber de la reconstrucción de Valleverde. No perdía la fe de que aceptara a Lucía; tal vez deberían esperar a que el niño naciera, pues sostener a su nieto en brazos lo haría recapacitar.

No obstante, a Alberto le hervía la sangre. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no coger a su hijo por el cuello y golpearlo hasta que recuperara la cordura. ¿Qué era eso de reconstruir Valleverde? Se esforzó por mostrar la mejor de sus sonrisas, con la certeza de que solo le faltaban un par de días para recupera al hijo perdido.

—¿Y tu novia? —no supo cómo lo hizo, pero su tono sonó de lo más cordial, que le sirvió para esconder la cólera que circulaba por sus venas.

—En casa.

—¿Y por qué no la has traído contigo?

—Oye, papá, sabes bien el porqué la he dejado allí —contestó el hombre después de exhalar un largo suspiro.

—Hijo, olvidemos el pasado, ¿de acuerdo? Me hace ilusión tener un nieto, me está haciendo ver las cosas de otra manera.

Iván lo miró sorprendido y no ocultó su sorpresa. Desde que había entrado por la puerta, había esperado una explosión de ira por la reconstrucción de Valleverde y la recriminación por los millones perdidos.

—¡No puedo creer lo que oigo! —exclamó Iván, un tanto desconcertado—. Tú, un hombre perseverante en todo, ¿se supone que has recapacitado?

Alberto suspiró, su hijo era tenaz como una mala cosa, pues lo conocía más a fondo que a ninguna otra persona. Su máxima preocupación era que Lucía fuera aceptada por él, y no tenía ningún inconveniente en mentir como un bellaco para hacerle creer lo que él deseaba. Porque cuando su plan saliera bien, nadie sospecharía de él, y podría recuperar a su hijo y casarlo con Gina. Si le daba a entender que la admitía como nuera nadie sospecharía nada.

—Ya me estoy haciendo mayor, hijo, un nieto es lo que necesito.

Iván le creyó por la expresión de su rostro y Alberto sonrió para sus adentros por ser tan buen actor. Padre e hijo se miraron. A Iván verlo entusiasmado por la idea de ser abuelo, lo conmovió. Una sonrisa de satisfacción se esbozó en sus labios. Respiró tranquilo y se permitió anhelar un futuro en el cual su padre aceptara a Lucía sin reservas.

—Me alegro, papá, nada me hace más ilusión que la de formar una familia —dijo Iván, cuando se acordó del porqué estaba allí, preguntó—: Por cierto, ¿sabes algo de tía Federica?

Alberto se tensó.

—¿Y por qué iba a saber algo de ella?

—Hace unos cinco días recibí un mensaje tuyo, comentándome que estarías unos días fuera por problemas personales. He llamado a tu móvil varias veces y no contestas. Pensé que como fuiste la última persona en verla, te habría comentado alguna cosa, estoy preocupado.

—Pues no sé nada. Recuerda que es viuda, a lo mejor ha encontrado un ligue, véte tú a saber. —Se encogió los hombros—. El amor cambia a las personas —insinuó con cierta recriminación. Iván no hizo caso al comentario, bien sabía que lo decía por él.

—Lo dudo mucho, ella no es así.

—¡Y lo dices tú! —Rio—. Ya aparecerá —recordó los ojos de miedo de su cuñada y la imagen de ella muerta en el suelo del *parking*. Le produjo una sensación de poder increíble—. Sí, ya aparecerá... —dijo distraído, con la mente en otro lugar.

—Papá, ¿qué te pasa, te encuentras bien? —preguntó, contemplando la mirada perdida y con una expresión de ensoñación nada típica en él.

—¿A mí? —Se sobresaltó y volvió al presente—. ¿Qué quieres que me pase?

—Estabas perdido en la luna.

—Bueno, ahora ya he regresado a la tierra. Si no tienes nada más que decirme me voy a trabajar un rato. Ahora que no manejas los negocios de la empresa tengo el doble de faena.

Iván se marchó y Alberto se desplomó en el sillón y pensó en Federica. Hasta ahora no habían descubierto el cadáver, pero dudaba que su suerte durara muchos días más. Además, la asistente de la limpieza de la casa de su hijo, que él había sobornado, aún no había encontrado las cartas. Golpeó la mesa del escritorio con el puño. La sacudida fue tan brutal que algunos papeles se desparramaron por la superficie. No se detendría ante nadie y nada, de eso estaba seguro.

\*\*\*

Un doctor de cabellos blancos, cejas pobladas y rostro rústico miraba a la mujer que estaba tendida en la cama del hospital. La habían encontrado en unos matorrales a las afueras de Barcelona. Su rostro era irreconocible, lleno de golpes amoratados y abultados debido a la inflamación, además tenía una herida de bala en el hombro. Pero el facultativo sabía que era una mujer bella a pesar de la edad madura que aparentaba tener, su intuición así se lo decía. Estaba tan absorto en sus meditaciones que no oyó al investigador, que formaba parte del cuerpo de Mossos d'Esquadra, entrar con mucho sigilo a la habitación.

—¿Doctor Álex Roca?

El hombre se dio la vuelta de golpe.

—Ah... ¿es usted? —dijo el doctor.

Lo miró de arriba abajo, todavía le impresionaba ese policía. El día anterior, cuando lo conoció, se quedó sin palabras. Hasta había llegado a pensar que algún colega de trabajo le había gastado una broma, pues ese funcionario era la copia exacta del abogado protagonista de la serie Perry Mason. Hasta su peculiar voz, profunda y ronca, se asemejaba a la del personaje de televisión. Una vez salió de su sorpresa, el

hombre le confirmó que no era el único que había caído en el error y le explicó que se llamaba Luis, pero los compañeros de trabajo le pusieron Perry por su evidente parecido. A lo largo de los años el apodo prevaleció por encima del propio nombre y aceptó la realidad.

—¿Sigue igual, doctor?

Alex miró a la mujer tendida en la cama antes de contestar.

—Sí, sigue igual.

—¿Se despertará algún día?

—Puede ser, pero también puede ser que no. —Se concentró en el sonido que emitía la máquina conectada a los latidos de su corazón. Un pitido continuo y fuerte, el pitido de la esperanza, o el pitido del fracaso por la posibilidad de que quedara vegetativa para siempre—. Las contusiones, la herida de bala y los huesos rotos se curarán, pero los golpes en la cabeza y el daño que han causado al cerebro, no lo sabremos hasta que despierte, si es que despierta.

—Pinta mal.

—Sí, pero no hay que perder la esperanza. Ya ha sido un milagro que haya sobrevivido a semejante paliza. Por cierto, ¿ha descubierto algo sobre ella?

Negó con la cabeza antes de responder.

—Sus huellas no están en el AFIS. Eso en parte es bueno, ya que significa que no es una delincuente y no tiene antecedentes.

—Entonces tendremos que esperar a que la inflamación del rostro baje o que ella se despierte y nos diga quién es, aunque... —suspiró abatido— si se despierta y sus facultades no están intactas, no sé hasta qué punto podremos creer lo que nos diga.

El policía se acercó hasta situarse en el borde de la cama.

—Quien haya hecho esto es un salvaje sin escrúpulos.

—Estoy de acuerdo con usted. No dude es llamarme a cualquier hora si descubren algo más.

El investigador lo miró, no estaba acostumbrado a que los doctores se tomaran tantas molestias con sus pacientes. Con el tiempo aprendían a levantar un muro invisible que los mantenía apartados de las vicisitudes de la vida diaria. Lo escudriñó un largo minuto y miraba a la mujer con evidente abatimiento, como si ella fuera algo suyo. No supo qué pensar.

—Así lo haré, doctor, puede estar seguro de ello —dijo antes de irse.

—Gracias.

Álex no podía apartar la mirada de aquella enigmática mujer. Tal vez la atracción que sentía por ella fuera la manera en que se había aferrado a la vida para no caer muerta tras los golpes. Estaba tan acostumbrado a tratar con personas que se abandonaban a la derrota de una enfermedad, que experimentar la tozudez en esa mujer le fascinaba. Se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano; su tacto era suave, el de una gran señora.

—No te des por vencida, lucha, lucha y lucha... No te dejes vencer. —Cuando terminó, le besó el dorso de la mano.

\*\*\*

—¿Ves aquel tipejo de cabellos negros y una coleta?

Abel contempló con disimulo la figura que Cobra le señalaba, el individuo estaba sentado en una de las mesas del bar, en la zona vip, un lugar destinado solo para clientes excepcionales y acaudalados. Era un hombre de rostro cruel y llevaba el cuello lleno de collares, hacía una ostentación de mal gusto del dinero que poseía.

El tipejo, percibiendo la mirada escrutadora del muchacho, se giró y dejó a la vista la totalidad de su rostro. Una terrible quemadura en la mejilla derecha mantenía una piel enrojecida y arrugada de por vida. No obstante, lo que más le impresionó a Abel fue el ojo de cristal, no por el ojo en sí, sino porque donde debía estar la pupila había incrustado un diamante rojo. Por un momento, Abel se sobresaltó, pues parecía un hombre salido de una pesadilla, o el personaje de esas películas de terror a las que tanto se había aficionado últimamente. El muchacho se mantuvo quieto en su sitio, y le devolvió la mirada sin casi pestañear, sin mostrar miedo, desafiándolo. El peculiar tipejo asintió con la cabeza, como admirando la actitud del muchacho.

—¡Joder, qué pinta tiene! —exclamó Abel cuando ese hombre dejó de observarlo—. Para salir corriendo y no parar hasta perderlo de vista.

—Y eso es lo que harás si se te acerca demasiado.

El muchacho se quedó mirando a su amigo, intentaba encontrar una respuesta en sus ojos rasgados. Cobra seguía sin dar explicaciones, nunca utilizaba una palabra de más, al contrario, si podía ahorrarse alguna, mejor que mejor. Sin embargo, esta vez

le ofreció una explicación, porque la peligrosidad del trabajo que tenían entre manos le obligaba a hacerlo.

—Se llama Veneno, su nombre hace honor a su reputación. Le encanta matar y torturar con toda clase de tóxicos. Incluso tiene una persona trabajando en todo tipo de venenos.

—No creía que hubiera gente tan cruel. No sé... disfrutar con el dolor de personas no me entra en la cabeza. —Sacudió el rostro en un gesto de repulsión. No entendía la naturaleza humana de algunas personas, sobre todo de esas.

—¿Ves a ese tipo del rincón y rodeado de mujeres? Pues es su hermano, el jefe de la organización. Te presento al temible Baby. —Una risota de desprecio escapó de sus labios.

Abel giró el rostro y vio a ese tal Baby, un hombre bajito, regordete y calvo. Reía como un niño malcriado, complacido con las muñecas de carne y hueso que tenía encima y no paraba de sobar. Se dio cuenta, casi de inmediato, de que ese hombre tenía cierto retraso mental. Miró a Cobra con los ojos abiertos de par en par, sin creerse que Baby pudiese ser el jefe de tan poderosa organización dedicada al contrabando.

—¿Verdad que parece imposible? —comentó Cobra al percibir el desconcierto del muchacho.

—Sí.

—Pues ese niño grande es el jefe, pero todo el mundo sabe que es Veneno quien maneja los hilos desde la sombra. —Dio un trago a su cerveza antes de seguir hablando—. Veneno tiene una devoción por su hermano que nadie entiende.

—Una devoción enfermiza, diría yo.

—Lo malcría como si fuera un niño al que hay que complacer en todo. Le satisface todos los caprichos, tanto si se trata de dinero, de mujeres, o de torturar a la gente. No se te ocurra reírte o hacer ningún comentario sobre Baby, o sino, serás su próximo juguete de tortura.

—Está bien, me doy por advertido.

—Ante todo déjame hablar a mí. No interfieras en la conversación, además dudo que entiendas algunas cosas. Habla *spanglish*, aunque ahora ya no es tan exagerado, al principio nadie lo entendía.

—¿*Spanglish*, qué clase de idioma es ese? Nunca he oído hablar de él.

—En una mezcla de español e inglés. Se utiliza mucho en sitios donde habitan latinos y gente que habla inglés. Algunos dicen que es una prostitución del idioma. Yo creo —explicó encogiendo los hombros— que es la necesidad de las personas por expresarse, es el resultado de la adaptación de culturas.

—Es lo que pasó con el *jazz*.

En ese preciso momento, Veneno miró en dirección a los dos hombres, Cobra entendió y asintió, pues era el momento de reunirse y cerrar el trato que tenían entre manos. Baby susurró algunas palabras a su hermano, este asintió. Cobra, Abel, Veneno y dos gorilas de este se reunieron en un despacho reconstruido en tiempo récord. Nadie hubiera dicho que había sido el escenario de una violenta pelea. Todo estaba de igual manera que antes de quedar destrozado, como si nada hubiera pasado. Hasta una nueva pecera ocupaba el lugar de la que se rompió.

Cobra se sentó detrás del escritorio en un cómodo sillón. Abel permaneció de pie detrás de él. Veneno se sentó enfrente de ellos dos, en una silla habilitada para las visitas. Aunque había dos sillas más, los dos ayudantes que lo acompañaban prefirieron mantenerse de pie, cerca de su jefe. Tenían un aspecto feroz y frío, llevaban unas gafas negras, que ni siquiera se habían quitado una sola vez.

Veneno refunfuñó durante un buen rato por la dureza de la silla y su poca comodidad. Los ojos del hombre se encontraron con los de Cobra. El enfado pasó a convertirse en una fría risa, sin pizca de entusiasmo, consciente de que la silla era expresamente incómoda. Entendió que el objetivo era causar incomodidad para que la charla no fuera placentera. Veneno admiró el valor de ese hombre por atreverse a perturbar el mal carácter de un delincuente tan peligroso como él. Había matado a muchos hombres por poco menos que una silla incómoda. Lástima que a Cobra le quedaran pocas horas de vida, le hubiera gustado tenerlo en su equipo, pero era demasiado listo, y a los listos los sentenciaba a muerte.

—*Hallo*,<sup>[3]</sup> gringo, ¿*ha you*?<sup>[4]</sup> —saludó Veneno, con un tono latino muy marcado.

—Bienvenido a mi casa, Veneno —respondió Cobra con tono seco.

—*Hey* gringo, ¿ese es tu *brodel*?<sup>[5]</sup> —preguntó señalando con la cabeza a Abel.

—Sí.

El delincuente miró al muchacho con descaro, al tiempo que reía y mostraba unos dientes blancos como el merengue. Acarició sus collares con los dedos, que tintinearón recordando a miles de pequeñas campanillas. Abel no apartó en ningún

momento la vista, la visión de ese rostro estremecería a cualquiera. Se detuvo en el ojo de cristal, en cuyo interior el diamante rojo refulgía como si tuviera vida propia. Parecía estar enfadado, era evidente que el plan de Cobra de hacerlo sentir incómodo con la silla, que había comprado para la ocasión, estaba dando resultado, pues no paraba de removerse inquieto. Le vinieron ganas de reír, pero se abstuvo de hacerlo recordando la advertencia de su amigo.

—¿De que *ganga*[6] es? —preguntó Veneno poniendo las botas encima la mesa y reclinándose hacia atrás con las dos patas traseras de la silla.

—A la mía. Me es fiel —contestó, ignorando la provocación de las botas de piel de cocodrilo encima su escritorio.

—Ok, ¿no será de la *jara*[7] ?

—No. Dejémonos de charlas eh... ¿y el dinero, Veneno? —exigió.

El tono autoritario de Cobra no pasó desapercibido a nadie. Todos los presentes se tensaron.

—*Hey*, gringo, no me gusta *rasear*[8] .

—A mí tampoco me gusta ir con prisas, o *rasear* como dices tú, pero si no hay dinero no hay armas.

—*Tomoorrou*[9] haremos el *suiche*[10] , después de *chaquear*[11] las armas.

—¿No te fías?

—Gringo, un *deal*[12] es un *deal*. Nada de *feca*[13] , ¿ok?

—Dijiste que traerías la mitad del dinero hoy y la mitad mañana.

—Ahorita tengo un *trábol*[14] con el *jalope*[15] de carros.

—No quiero excusas, Veneno. —Se levantó de golpe del sillón—. ¡El dinero, ya!

Los dos acompañantes sacaron sus respectivas armas. Veneno se mantenía imperturbable con los pies encima el escritorio. Abel reaccionó a la vez sacando su pistola, Cobra hizo lo mismo, pero dos, una en cada mano y apuntando al cuerpo de Veneno.

—¡Gringo hijo de puta! —voceó este viendo su indefensión. Supo que la decisión de matar a Cobra era acertada, demasiado listo y, a la larga, le traería problemas, lo olía y su olfato nunca lo engañaba.

—¡Deja los insultos! —escupió Cobra—. No quiero excusas. ¡El dinero, ya!

—No me amenes, gringo, si quieres estar *livin*[16] *tomorrou*. Son muchos euros...

—Es lo que acordamos —le interrumpió un Cobra, sulfurado.

Veneno sacó los pies de encima de la mesa y mandó que se acercara uno de sus hombres. Le susurró unas palabras al oído. Al poco tiempo apareció con un maletín negro en las manos.

—*Frinquea*<sup>[17]</sup>, gringo —sonrió, abriendo el maletín que había traído uno de sus hombres—. Un millón de euros en *cash* ahorita y un millón *tomorrou*. Yo no soy un ladrón.

Cobra rio por la ironía del comentario, pues era el más ladrón de todos. A Veneno no le hizo ninguna gracia su risa y lo miró con rabia. Cobra supo, en aquel mismo instante, que quería verlo muerto, porque nadie se reía de Veneno y nadie lo apuntaba con un arma sin que luego pagara con la muerte. Cobra, con su peculiar fría mirada, evitó que viera en sus ojos que había adivinado sus planes.

—Ve a por el carro, *brodel* —ordenó Veneno a uno de sus hombres—. Ahorita vamos a *janguear*<sup>[18]</sup> un rato. —Miró a Cobra y cogió un fajo de billetes y los olió. Los tiró dentro del maletín con desprecio—. Hay que jugársela con calma, gringo.

—Mañana a las siete, como acordamos. Te llamaré para decirte el lugar exacto.

—Ok gringo, *ringuea*<sup>[19]</sup> al celular.

Se marcharon y Veneno, con el sonido de sus collares, marcaba una melodía de campanillas. Cobra cerró con rabia el maletín y se dispuso a guardarlo en la caja fuerte. El muchacho supo que alguna cosa sucedía por la manara tensa en que su compañero se movía.

—Abel, ve y llama a todos los hombres.

—¿Qué pasa?

—Ese desgraciado planea hacerse con las armas y matarme.

—¿Estás seguro?

—Estoy acostumbrado a tratar con las peores ratas. —Apretó los dientes antes de seguir hablando—. Desde que era un niño tuve que sobrevivir en medio de ese infecto mundo en el que se mueve ese gilipollas. Sé de lo que hablo, pero nosotros no dejaremos que se salga con la suya. Mañana será un día difícil, no tiene nada que ver con los negocios que hemos hecho hasta el momento. Entenderé que no quieras participar.

—No. Hay mucho dinero en juego y yo quiero mi parte.

—Entonces ve a buscar todos los hombres. Hemos de trazar un plan.

\*\*\*

Lucía y Javi conversaban en el salón de la casa. Iván aún no había llegado, la mujer no sabía que él estaba siendo retenido por Alberto con falsos pretextos. Esa era la noche escogida. Una noche sin luna, oscura, donde el fantasma de la traición acudiría en busca de nuevas almas. Una noche que se avecinaba larga, muy larga, y que tal vez para Iván y Lucía ya no volvería a amanecer nunca más.

—Lo siento, Javi, no entiendo cómo tarda tanto —se disculpó Lucía—. Normalmente ya está aquí a esta hora.

—No te importa que lo espere un rato, ¿verdad?

—Pues claro que no. ¿Has cenado?

—Sí, ya he cenado.

—¿Te apetece tomar algo?

Javi dudó en contestar, su mente era un torbellino de emociones contradictorias. Se agitó inquieto en el sofá, tenía unas enormes ganas de salir corriendo, pues no podía mirarla a los ojos sin que el dolor por lo que estaba a punto de hacer le removiera las entrañas.

—Un café, pero con la condición de que tú me acompañes —contestó el hombre.

—Si no te importa esperar aquí un rato iré a prepararlo. Marta no se encuentra muy bien y ya está en la cama.

—¿Marta está enferma?

—Está preocupada por Federica. —Suspiró resignada—. No aparece ni contesta al móvil, de hecho estamos todos muy preocupados. Envió un mensaje bastante raro diciendo que estaría unos días fuera. Iván sospecha que algo malo le ha sucedido y esta mañana ha ido a denunciar la desaparición. Marta y Federica son grandes amigas y ella lo está llevando mal. Solo espero que aparezca pronto. —Se levantó del sofá—. Ahora vuelvo con el café.

Javi la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta. Esa mujer derrochaba bondad, era un ángel que se había cruzado en el camino de su amigo para ofrecerle una felicidad que bien se merecía. Se levantó demasiado nervioso como para mantenerse quieto. Él no era un desalmado y no podía, no podía hacerle esa mala pasada a Iván. Además, ella estaba embarazada, ¿qué pasaría con el bebé cuando él la

echara de su vida? ¿Reconocería al niño? ¿Lucía tendría que criarlo sola? Tantas preguntas, tantos remordimientos y para qué, solo para que a partir de esa noche viviera una vida miserable, sin sentido y lleno de culpabilidad, porque dependía de las drogas y el alcohol para seguir viviendo; y Alberto se aprovechaba de ello.

Se metió las manos en el bolsillo y se sacó un diminuto bote con el contenido de un somnífero líquido. Lo puso en la palma de su mano y cerró el puño con fuerza hasta que sintió dolor. Hizo amago de arrojarlo contra la pared, para que se rompiera en mil pedazos. Entonces la mano empezó a temblarle, en su mente la cara de su padre se volvió muy real, le recordó con angustia lo que sucedería si no cumplía con los planes de Alberto. El rechazo y la soledad lo sacudirían sin piedad; un sudor frío le cubrió la frente.

«¡Cobarde!». Sí, era un cobarde, era débil y no podía remediarlo. Se volvió a meter el somnífero en el bolsillo y miró el reloj. Iván no tardaría en aparecer y tenía que apresurarse.

Lucía entró con una bandeja, Javi se la quitó de las manos.

—Siéntate. Yo te serviré —pidió Javi, con una sonrisa forzada en los labios.

—Gracias, para mí he preparado una infusión de manzanilla, el café no es bueno para el bebé.

Ella se sentó y él se alejó todo lo que pudo y depositó la bandeja en la mesa. Le dio la espalda para que Lucía no pudiera ver lo que hacía. La taza tenía un par de bolsitas de infusión, por lo que solo tuvo que llenarla de agua caliente, después vertió unas gotas de somnífero, tuvo cuidado para que la dosis resultara inocua al bebé. Observó la taza en su mano antes de entregársela, le temblaba y repiqueteaba en el plato, el líquido, que empezaba a ser dorado, ondeaba en el espacio diminuto del interior. Humeaba y a Javi le recordó a grandes olas de lava. Se imaginó zambulléndose en ellas para acabar de una vez con todo.

Meditó otra vez con la posibilidad de no llevar a cabo el plan de Alberto, sin embargo, sacudió la cabeza y desdeñó la idea. Ella cogió la taza con una sonrisa de agradecimiento, Javi tragó saliva con pesadez y retiró la mirada, se la veía tan confiada que temió sucumbir. Sin duda era el más ruin de todos los hombres, pero tenía que seguir adelante. Se sentó al lado de ella con su respectivo café y contempló con ojos de lince cómo ella retiraba las bolsitas de infusión y las dejaba en el platito. Entonces dio un sorbo, y otro, y otro... El hombre sentía palpar su corazón en los

oídos y cada latido era angustioso y un grito de su conciencia.

—«¡Basta, basta no lo hagas!» —le decía una voz en su interior.

—«¡Tienes que hacerlo o si no tu padre se enterará de que tiene un despojo de hijo!» —le rebatía otra voz.

—«¿No ves lo que estás haciendo? Tu amigo no merece que lo traiciones».

—«¡Cállate, no hay salida!».

Y era que Javi luchaba en silencio. Sin embargo, no tenía fuerzas ni para enfrentarse a sus demonios interiores.

—Cobarde hasta el final, ¿eh, Javi? —se oyó decir a sí mismo, se negaba a seguir escuchando su conciencia.

—¿Qué dices? —preguntó una Lucía aturdida.

Ella se encontraba mareada, le costaba mantener los ojos abiertos. Oyó que Javi murmuraba palabras, sin embargo, era incapaz de procesarlas y asimilarlas. Solo oía el murmullo de un eco que resonaba en su mente. El salón empezó a darle vueltas y la taza se hubiera precipitado al suelo si Javi no la hubiera cogido. De pronto, los ojos se le cerraron y cayó en un ligero sueño. Ella no sabía si soñaba o estaba despierta, solo era consciente de que no podía moverse ni abrir los párpados, porque su cuerpo parecía pesar toneladas.

Javi contempló en sus brazos el rostro semidormido de Lucía. Su cara plácida le atrajo de una manera que no logró comprender. ¿Una mujer como ella se enamoraría de él? Lo dudaba, era un perdedor y un fracasado. La abrazó queriendo probar la dicha de tenerla pegada y notó su cuerpo caliente, casi ardiendo, contrastando con el suyo helado. Sacudió su mente empañada por la duda de sus actos, pero tenía que seguir con el plan sin demora.

—Perdóname... —le susurró el hombre con auténtico pesar antes de besarla en la frente, sabiendo que era imposible que lo oyera.

La mente de Lucía estaba sumida en un estado de seminconsciencia. Notó que unas manos la alzaban y la tendían en una superficie mullida. ¿Tal vez Iván la había llevado a la cama? ¿Cuándo llegó? Ni siquiera se había dado cuenta. No, no estaba en la cama, pues el colchón era mucho más cómodo. ¿Dónde la había llevado? ¿Por qué no podía abrir los ojos? Intentó con desespero abrir la boca y hablar, pero por más que se esforzaba no podía. De pronto, el aire frío le acarició la piel. ¿Iván le había desabrochado la blusa? Unas manos le acariciaron la piel que sobresalía de la parte

posterior del sujetador. Debían ser las manos de... ¡no, no eran sus manos! Esas otras temblaban y las manos de Iván nunca temblaban cuando la tocaba.

Lucía se esforzó por apartar al hombre que se encontraba tan íntimamente cerca de ella. Resultó un esfuerzo estéril y se sintió incapaz, porque su cuerpo no atendía a los ruegos de su mente. Percibió otra ligera caricia, estaba segura de que no era Iván, esos dedos seguían temblando y notó cómo le levantaban la falda y le manoseaban los muslos. Lucía entró en pánico, no podía apartarlo y no entendía el motivo.

Quiso gritar en el momento que el desconocido se situó entre sus muslos, sin embargo, sus labios no se movían. Advirtió un peso sobre ella, porque le costaba respirar, fue entonces cuando percibió unos labios que la besaban. Lucía se debatía mentalmente, pero sus miembros no obedecían. Otra vez la besaba, un beso que sabía a nicotina. Hundida en la desesperación, concentró todas sus fuerzas en despertarse y en abrir los ojos. Tal eran sus ganas de salir de aquella pesadilla que consiguió alzar un poco los párpados. Al principio vio un rostro borroso, que poco a poco fue adquiriendo nitidez. Esos ojos gris claro, esa mirada triste y aplacada... ¡Javi! ¿Por qué Javi le estaba haciendo esto? Siempre le cayó bien, lo consideraba un buen hombre, no podía ser, y no entendía nada.

Lucía quiso empujarlo y para su sorpresa una de sus manos se movió. Pero estaba demasiado débil para responder a sus ruegos y no logró su objetivo. En aquel instante, el resto de sus miembros empezaron a despertarse, un hormiguelo los recorrió de punta a punta. Al instante, notó que Javi hurgaba dentro de su ropa interior y se le cortó la respiración.

Lucía se vio liberada del peso de Javi y oyó cómo algo se rompía al caer al suelo. Sus pies y sus brazos recuperaron la movilidad perdida muy lentamente. Aunque se sentía aturdida y débil, trató de sentarse en el sofá entre quejidos y esfuerzos, fue toda una proeza, pero acabó por lograrlo. Se restregó los ojos para sacarse de encima la neblina que parecía cubrirlos, e intentó enfocar la mirada. Descubrió a Iván encima del cuerpo de Javi enfurecido como jamás lo había visto. Lo tenía agarrado del cuello en actitud de querer estrangularlo. Javi ni siquiera se defendía, se mantenía impasible y le rogaba con la mirada a que acabara con su vida, pues quería morir.

Iván mantenía sus manos alrededor del cuello de su amigo, estaba asfixiando a Javi y a este no le importaba porque después de lo que había hecho ya no podría seguir viviendo.

—Hazlo... no te detengas... —balbuceó Javi con esfuerzo—, ayúdame a acabar con todo.

A Lucía le subió la bilis hasta la garganta, se encontraba mal, seguía aturdida e impactada, pero comprendió que Iván estaba fuera de sí y a un suspiro de estrangular a Javi.

—¡Basta, basta! —gritó por fin ella—. Lo vas a matar, no lo hagas...

En la mente de Iván las palabras se filtraron, se posaron en su mente oscura y logró recuperar la cordura perdida. Se levantó con la amarga consciencia de lo que pretendía hacer: estrangular a Javi. Era como si las arenas movedizas se lo estuvieran engullendo muy lento, y él se debatiría con frenética desesperación por salir.

—¡Sal de mi casa ahora mismo! —voceó Iván mirando al que consideraba igual que un hermano.

Javi se levantó del suelo y se limpió en el puño de la camisa la sangre que brotaba de sus labios. No se atrevió a mirar a Lucía, y dudaba que lo pudiera hacer en lo que le quedaba de vida. Salió de la casa con un único propósito, se metería en su apartamento y no saldría nunca más. Desde luego que el plan de Alberto había salido a la perfección, sin embargo, él se sentía como un desalmado, un desecho humano. Siempre quiso a Iván como el hermano que jamás tuvo y lo había traicionado.

—«¡Cobarde más qué cobarde, ¿estás satisfecho?!» —le decía una vocecilla dentro de su mente una y otra vez.

—¡Cállate! —gritaba Javi llevándose las manos a la cabeza, ya dentro del coche a punto de irse.

No obstante, el abogado sabía que las voces lo seguirían torturando, incluso cuando llegara a su apartamento y se abandonara a los efectos engañosos de las drogas y el alcohol, lo perseguían impecablemente. Su tormento solo acababa de empezar.

Iván intentaba contener la rabia. Fijó la mirada en la puerta por donde se había ido Javi mientras un remolino de oscuras sensaciones se adueñaba de su cuerpo. La traición le pesaba como si se hubiera puesto delante un tren y lo arrollara sin contemplaciones. Así se sentía, traicionado por su amigo, y lo peor de todo, traicionado por la mujer que amaba por encima de todo y de todos. Respiró con profundidad y reprimió las ansias de estrangularla también a ella. Cuando le pareció que un poco de calma le sosegaba esa sed de venganza, se dio la vuelta para enfrentarla.

Lucía estaba de pie y se abrochaba la blusa con manos temblorosas. No atinaba con los botones y le requirió un esfuerzo sobrehumano conseguirlo. Aún sentía sus miembros pesados y la mente la tenía enturbiada como el agua de la playa después de un temporal. Levantó la vista y se encontró unos ojos negros como el ébano, furiosos y que escupían un fuego capaz de incinerar a cualquiera en segundos. Se cubrió la boca con la mano para tapar el grito de terror que pugnaba por salir.

Lucía no lograba comprender el motivo por el cual Iván la miraba como si quisiera matarla, entonces, poco a poco, tomó conciencia de la situación. Él pensaba que Javi y ella estaban... estaban, no podía ni pensar en la palabra adecuada. ¿Cómo era posible que dudara de su amor? De pronto, el ambiente se espesó igual que el lodo e, impactada, dio un paso atrás. Sin embargo, aún estaba aturdida por efecto del somnífero que ella no sabía que Javi le había mezclado con la infusión, por lo que trastabilló. Por suerte, el sofá estaba detrás y cayó encima de los mullidos cojines.

Iván se acercó a ella y Lucía se tapó la cara con las manos, deseaba que ese gesto desesperado la protegiera de la rabia del hombre. Él se había convertido en un hombre ofuscado, cegado por la ira y nada la salvaría. Sintió que sus manos implacables la agarraban por los hombros y la alzaban.

—¡Mírame! —gritó el hombre como un loco, ella apartó sus manos del rostro, Iván la miró con odio—. ¡Tú... maldita seas, tú... eres peor que una... una...!

La mujer no pudo aguantar las lágrimas y se puso a llorar con desconsuelo. Iván hundió sus dedos en la carne de los hombros femeninos y ella gimió de dolor. La dejó de golpe y Lucía volvió a desplomarse en el sofá. Él se acercó a la repisa de la chimenea y apoyó las manos mientras bocanadas de rabia escapaban de su boca. Luego, se paseó de un lado a otro mientras se atusaba el cabello y despoticaba en contra de ella y en su estupidez por haber creído en su amor.

Cada insulto, cada grito, era una nueva puñalada para Lucía. Estaba asustada y se acurrucó en un rincón del sofá y se abrazó las rodillas. No sabía qué hacer, qué decir, no entendía nada e hizo memoria a la desesperada. Conversaba con Javi y de pronto el mundo se oscureció. Él la medio desvistió, la sobó, pero ella no quería ¿qué parte se había perdido y no lograba recordar? Nunca pensó en Javi como un amante. Ella jamás se insinuó y de ningún modo hubiera accedido a que él, o cualquier otro, la tocara en la vida. Miró de reojo a Iván, él sí que lo pensaba y al darse cuenta de ese hecho hizo su humillación el doble de dolorosa. Se obligó a dejar de llorar, se secó

las lágrimas con manos temblorosas y se levantó del sofá.

—No es... no es lo que estás pensando —afirmó, estremecida. Se esforzó para que sus palabras sonaran claras, sin titubeos—. Te juro que yo no hice nada de lo que estás pensando...

Iván la interrumpió, riéndose a carcajadas, aún se paseaba de un lado a otro como un animal enjaulado, herido y peligroso.

—¡Mis ojos no me engañan, te vi, os vi a los dos! —gritó, deteniéndose delante de ella en actitud intimidatoria—. Y desde luego que parecía gustarte, ¡maldita seas, no te resistías!

—Yo no...

—¡Cierra la boca! No quiero escucharte.

Ella se sobresaltó. Aunque estaba asustada, no se movió.

—¡Yo no sé qué ha pasado, no entiendo nada! —exclamó ella, atrapando el rostro masculino con sus pequeñas manos—. Nunca te he mentado, yo no me acuerdo de cómo he llegado al sofá. Créeme... créeme, por favor —pidió en un susurro entrecortado sin apartar su mirada cristalina—. Siempre me has dicho que mis pensamientos son transparentes, ¿me crees capaz de semejante cosa?

Iván le atrapó las muñecas y las separó con brusquedad de su rostro. Ese acto de desprecio, como si no soportara su contacto, acabó por destrozarla. No podía creerse que el mismo hombre que la colmaba con palabras llenas de amor la tratara de esa manera. Y lo peor de todo, que no la creyera.

—¡Lo que han visto mis ojos es real! —voceó él, negándose a mirarla. Ya no podría contemplarla nunca más sin ver reflejado la traición en sus ojos.

«Como me gustaría estrechar su hermoso y delicado cuello y apretárselo hasta ver que la vida abandonaba sus ojos ¡cómo me gustaría!», pensó, cegado por la ira. Giró el rostro y la miró mientras negaba con la cabeza. «No, no podría, la amo, la amo sin remedio. Estoy condenado».

Sin embargo, podía hierirla tanto como ella le había hecho, ojo por ojo, diente por diente. No la perdonaría y pagaría las consecuencias de sus actos para el resto de su vida, él se encargaría de ello.

—Cuando nazca el niño lo someteré a una prueba de paternidad.

—¿Qué? —Ella dio un paso atrás, tan sorprendida que por un momento pensó que no escuchaba bien—. No hace falta que me hagas pasar por esa vergüenza. Sabes que

no puede ser de otro. ¡Es imposible!

—Yo no sé nada... —Sí, sí lo sabía. Se quedó embarazada en la cabaña y habían hecho el amor como conejos sin ninguna protección, aun así necesitaba hacerla, tal vez de esa manera no le dolería tanto su traición—. En el caso de que el niño sea mío pediré la custodia total y absoluta. Tú no tendrás ni voz ni voto para nada. Yo me encargaré de que sea así.

—No puedes quitármelo...

—¿Que no puedo? —Rio amargamente—. ¡Claro que puedo!, y es lo que voy a hacer. No dejaré que te acerques a mi hijo, de eso puedes estar segura.

Iván sacó un par de billetes de su cartera y se los puso entre los senos con intención de humillarla. Ella los cogió y se los tiró a la cara.

—¡No me trates como lo que no soy!

El hombre la miró con una furia capaz de remover montañas. Su vehemencia en negar lo evidente, cuando hacía escasos minutos se comportaba como una golfa, lo sacaba de quicio. Se agachó y asió la mano de Lucía, le depositó los billetes en la palma de la mano y la obligó a cerrar los dedos.

—Necesitarás dinero para el taxi —le dijo con mirada grave, acusándola y sentenciándola—. Me voy, y cuando regrese no quiero encontrarte en mi casa.

Ella cerró los ojos, no quería ni mirarlo, pues no lo merecía. Escuchó cómo Iván telefoneaba al servicio de taxis, el eco de sus pasos alejarse, el estruendo de la puerta al cerrarse, el derrape de su coche al marcharse, mientras ella, impávida, se mantenía quieta en el mismo lugar. No lloró. No corrió tras él. No le gritó: ¡vuelve, no me dejes! Estaba tan impresionada, tan herida, que no salía de su asombro y tomó conciencia de la cruda realidad cuando la luz de un relámpago entró por la ventana, le siguió el estruendo de un ensordecedor trueno, y después el repiqueteo de las gotas golpear los vidrios. Era noche de tormenta, bien lo sabía. Abrió la palma de la mano y contempló los billetes y asimiló todo lo sucedido. Los dejó caer, y mientras descendían con lentitud al suelo, pensaba con sufrimiento que él ya no la amaba. Todo había terminado. Ella jamás olvidaría su humillación, su rechazo y el dolor que sentía por dentro. Porque si de verdad alguna vez la hubiera amado, la hubiera creído y hubiera intentado descubrir la verdad de lo sucedido. No, no podría olvidarlo. Nunca.

Lucía se llevó la mano a la gema que pendía de su cuello, desde que Iván se la había regalado nunca se la había quitado. Para ella era un símbolo, un recuerdo constante de

un amor hermoso que no existía, ni tan solo quedaban las cenizas, porque en realidad nunca la había amado. Dejó el colgante encima de la mesa, salió del salón y contempló las largas escaleras. Decidió no subir, había llegado sin nada y se iría sin nada, toda su posesión era un corazón roto. No, eso no era del todo verdad, se iba con una vida creciendo en su interior, solo para su hijo viviría a partir de ahora, Iván no se lo quitaría, ya que cuando se calmara llegarían a un acuerdo. Se llevó la mano al vientre que empezaba a endurecerse, pero el claxon del taxi la asustó. Como si fuera un robot salió de la casa, no le importó que lloviera a cántaros, que el cielo se iluminara de relámpagos y que en el ambiente resonaran truenos sin parar. Caminó con pesadez y dejó que las gotas mojaran sus ropas. No miró atrás, quería olvidar, pero cuando estaba a punto de entrar en el vehículo se acordó de Marta, supuso que Iván le explicaría la situación. Ella no tenía fuerzas para nada más.

## CAPÍTULO 12

Alex miraba a través de la ventana en la habitación de Federica. Era bien entrada la noche y una lluvia continua caía del cielo. El vidrio estaba empapado y se detuvo a contemplar cómo una gota se deslizaba hacia abajo, arrastrando a otras gotas hasta que desaparecían en la oscuridad. Se dio la vuelta, no podía dejar de pensar en esa mujer que, postrada en la cama, le fascinaba de una manera que no entendía. Ahí tendida, sin moverse, entre las sábanas inmaculadamente blancas, parecía el reflejo de una hermosa aparición.

Empujó un sillón hasta situarlo cerca de la cama. Antes de sentarse contempló el rostro femenino, mejoraba de prisa y un funcionario de la comisaría, en la tarde, le tiró una foto para poder identificarla y no tardaría en saber quién era. Él tenía razón, pues a pesar de la edad aún era hermosa. Se la veía tan desvalida, tan sola, en el fondo parecía un alma perdida, igual que él. Le acarició la mejilla con delicadeza, después se sentó en el sillón y cogió el libro que tenía en la mesita al lado de la cama.

—Te preguntarás qué hago aquí —empezó a relatar el hombre—. Pues la verdad es que ni yo mismo lo sé. Mi hogar es un lugar vacío, vacío de risas, de peleas, de calor humano. Sabes, tengo una casa hermosa y muy grande, sin embargo, no tiene vida. Me entristece vivir en ella, contemplar las paredes desnudas de fotos; y el pulcro orden me agobia. Cómo me gustaría encontrarme unas medias tiradas por el suelo, maquillaje esparcido por el tocador, un bolso en el mueble de la entrada, sentarme en el sofá encima de una revista femenina, pero no hay nada de eso... —El hombre suspiró, preso de la melancolía, al tiempo que acariciaba las tapas de un libro desgastado—. Traigo un libro y quiero leerlo contigo. Es Romeo y Julieta, de Shakespeare, es un ejemplar de coleccionista que heredé de mis padres. Siempre quise leerlo, pero cuando era joven los estudios, luego el trabajo y más trabajo, me lo impidieron. Me estoy haciendo mayor y no quiero morirme sin leerlo. Así que he venido para compartirlo contigo; sé que escucharás y, poco a poco, despertarás, porque quiero que me enseñes el color de tus ojos y que seas tú quien continúe leyendo.

Se puso las gafas y abrió el libro.

\*\*\*

Cobra y Abel navegaban por la Costa Brava en una lancha rápida. Predominaba el silencio, solo roto por el ruido que emitían la hélice y las olas al romper en las rocas. En el cielo no quedaba rastro de la tormenta y estaba teñido de color mandarina, aunque los veteados ocres en el horizonte reflejaban que el sol despuntaba y pronto emergería después de una noche un tanto ajetreada con los preparativos. Cobra, meticoloso hasta la exasperación, no quería dejar nada al azar, por lo que estuvieron en vela discutiendo sobre cómo procederían.

Abel, ante la imposibilidad de mantener durante el trayecto una conversación, se entretuvo mirando el paisaje de un amanecer tranquilo. Aunque una ligera oscuridad todavía envolvía el ambiente, los animales empezaban a despertarse del letargo nocturno. Disfrutó contemplando un número exagerado de gavilanes que, asustados por el ruido de la hélice, emprendieron el vuelo a un lugar más sosegado. De vez en cuando atisbaba algún *cormorán moñudo*<sup>1</sup> postrado en una roca, vigilando el interior del mar a que algún pez le sirviera de desayuno.

Sin embargo, lo que más le impresionaba era el paisaje en sí. Acostumbrado como estaba a contemplar bosques frondosos circundados por enormes montañas, disfrutaba sobremanera admirando ese paisaje tan cambiante. Altos pinos formaban auténticos bosques que llegaban hasta la misma costa. Esos bosques intercalaban con otros de jarales<sup>2</sup> y carrascales<sup>3</sup>. También abundaban los ambientes rocosos, que la Madre Naturaleza había esculpido caprichosamente para crear calas de gran belleza, donde se escondían grutas y cuevas.

Por fin llegaron a una de esas calas, tenía el aspecto de ser un lugar virgen, ajeno a todo el bullicio de las localidades que se expandían a unos kilómetros de distancia. Cobra había optado por aquel lugar por su aislamiento y por poseer un camino terrestre de difícil acceso. Le era más fácil controlar a Veneno, en el caso de que tramara traicionarlos, algo que ya daba por hecho.

Escondieron la lancha detrás de unas rocas. Tan pronto como tuvieron los pies en tierra, Abel percibió la atmósfera bochornosa del lugar, tan típica del clima mediterráneo a finales de verano. Durante el trayecto con la lancha, había disfrutado del aire refrescante que proporcionaba la velocidad y que, en aquel momento, echaba

en falta. Miró a Cobra y arrugó el ceño al ver que él ni tan siquiera sudaba.

—¿Eres humano, Cobra? —le preguntó Abel.

El hombre prorrumpió en risas, ni cuando reía su mirada fría se suavizaba.

—Igual que tú.

—Yo estoy sudando y tú no.

—Control, amigo mío —argumentó, al tiempo que afianzaba la cuerda que sujetaba la lancha—, el secreto es controlar el cuerpo, no que el cuerpo te controle.

—Tendrás que enseñarme.

—Cuando quieras.

El muchacho bufó desesperado cuando un batallón de mosquitos, atraídos por el aroma de la piel humana, empezaron a acribillarlo con sus dolorosas e incómodas picaduras. Con las palmas de las manos comenzó a dar manotazos cada vez que uno se posaba en su piel. Un golpe aquí, otro más allá, era un no parar. Cobra lo observaba sin perder la sonrisa y Abel lo maldijo.

—Definitivamente no eres humano —refunfuñó el muchacho, exasperado—, a mí me pican mientras a ti ni siquiera te rozan.

—Anda, ten —le dijo Cobra metiéndose la mano en el bolsillo para coger el repelente de mosquitos—. Soy tan humano como tú. —Le tiró un bote pulverizador—. Me he puesto esto antes de salir.

No obstante, Abel no pudo evitar que varios de esos repulsivos insectos le picaran y tuviera que rascarse sin parar. Se puso repelente por todo el cuerpo, desesperado por acabar con su tormento. Suspiró aliviado cuando los molestos insectos percibieron el olor del líquido. Le dejaron tranquilo, de momento, hasta que pasara el efecto.

—¿Has avisado al equipo? —preguntó el muchacho, un tanto nervioso.

—Sí, se encuentran escondidos.

Abel empezó a inspeccionar el lugar con la mirada, intentaba encontrar señales de vida.

—No te esfuerces —le reveló Cobra—. Son expertos, los mejores, no sabrás dónde se encuentran por más que mires. A estas alturas ya tendrías que saber que yo trabajo con la mejor gente.

El muchacho lo observó de soslayo. Era verdad. Un tipo como él, si no se rodeara de los mejores profesionales, sin duda ya estaría muerto.

—¿Ya has enviado el mensaje a Veneno para informarle del lugar donde se

encuentra las armas? —preguntó Abel.

—No, aún no. Primero quiero inspeccionar las cajas, y luego le enviaré el mensaje.

Empezaron a caminar por entre las rocas, siempre en dirección ascendente y saltando de una roca a otra cuando era necesario. Abel y Cobra estaban con los sentidos aguzados, atentos a cualquier ruido. Se detenían si algún sonido o movimiento les intrigaba. Caminaron un largo rato sin novedades hasta que llegaron a un lugar donde los peñascos formaban auténticas paredes, daba la sensación de que ya no se podía avanzar más. Sin embargo, Cobra se incursionó detrás de una roca y desapareció. Abel se sorprendió, pero lo siguió y enseguida entendió. Descubrió un agujero, no más grande que una puerta, y tuvo que agacharse para entrar. Se detuvo unos segundos a fin de acostumbrar la vista a tanta oscuridad. Al fondo, percibió la luz de un foco y se dispuso a seguirla. Se encontró a su amigo retirando una lona de color amarillo de encima de unas enormes cajas. El muchacho lo ayudó y entre los dos la retiraron, ahí escondidas estaban las armas.

—Dime, Cobra, ¿no tienes remordimientos por si estas armas matan a niños? —preguntó el muchacho, pues a él los remordimientos le afloraban en su interior. Solo de imaginar a niños rodeados de charcos de sangre, le venían ganas de coger todas aquellas armas y tirarlas al mar para que quedaran enterradas en lo más profundo, y que la oscuridad las envolviera siempre.

Al hombre se le tensó la mandíbula, con su característica mirada fulminó al muchacho.

—No es asunto mío lo que hagan con ellas —afirmó con dureza.

—Pues a mí sí me importa.

Cobra, que estaba revisando el contenido de las cajas, dejó de hacerlo para mirarlo a los ojos. Una sonrisa burlona se esbozó en sus labios.

—Yo aprendí a sobrevivir, nada más me importa, chavalote.

El lugar se mantenía con cierta luminosidad gracias al foco y el muchacho apreció un gesto en su amigo. Una palpitación endeble en las comisuras de su boca le sorprendió, era una señal inequívoca del nerviosismo que le producían sus preguntas. Su amigo siempre se mostraba inexpresivo, inaccesible, y en esos momentos parecía ser un hombre con sufrimientos; no cesó en su empeño por saber más.

—¿Por qué nada te importa? —preguntó Abel—. ¿Qué te sucedió?

—No preguntes —contestó Cobra, enfadado, mientras inspeccionaba otra vez las

cajas.

—Siempre he querido saber qué demonios te ocurrió en el pasado para que te hayas convertido en un hombre sin escrúpulos.

—¡No es asunto tuyo! —declaró, irritado, por insistir y no dejar el tema de una vez por todas.

—Quiero saberlo —insistió con tozudez—. Yo no soy cualquiera, soy tu amigo.

La afirmación de Abel de que lo consideraba un amigo abrió una brecha en su gélido corazón. Hacía tanto tiempo, desde la infancia, que no tenía amigos, que esa afirmación lo desarmó. Suspiró, consciente de que quebraría la primera regla de su vida: que nunca nadie supiera nada de su pasado.

—Yo tenía trece años cuando mi padre murió en un accidente. Vivíamos en Nueva York. Era rebelde y tozudo e ingresé en una banda callejera. —Se apoyó en una de las cajas—. Con el tiempo me di cuenta de que no era mi camino y quise salir de ella. No me dejaron, entonces acudí a la policía y tramamos una trampa para pescarlos. Dio resultado, sin embargo, pronto salieron de la cárcel y buscaron venganza. Estaba en casa con mi hermano de diecisiete años y mi madre, cuando entraron a la fuerza. Nos dieron una paliza a los tres, pero no tuvieron bastante. —Los ojos del hombre brillaron como si las lágrimas quisieran brotar y no pudieran—. Cogieron un revólver y una bala y jugaron con nosotros a la ruleta rusa. Fue horrible. Aún me despierto sintiendo el ruido del barrilete al rodar, el chasquido del gatillo, las risas burlonas de esos desgraciados. No me los puedo sacar de la cabeza... —Con el puño empezó a golpear una caja—. El revólver al final se disparó. —Dejó de golpear la caja y su respiración se agitó—. Mataron a mi hermano por mi culpa.

Los dos permanecieron en silencio. Abel lo miraba como si de pronto descubriera a otra persona. ¿Era posible que un hombre, que parecía inmune a todo, tuviera tanto dolor escondido? Sacudió la cabeza de un lado a otro, no sabía qué decirle, cómo ayudarlo. Cobra se recompuso y lo miró a los ojos, sonrió y de pronto el hombre frío apareció.

—Bonita historia, ehhhh —ironizó—, yo estoy vivo y es lo que importa —siguió ironizando, alzando los hombros con indiferencia.

—A mí no me engañas —afirmó el muchacho, ya había salido del impacto que le había provocado sus palabras—, te hubieras cambiado por tu hermano sin pensártelo.

Cobra desvió la mirada hacia el infinito, pues recordaba a su hermano con una

nitidez increíble. Ni los largos años de dolor habían conseguido borrar la imagen que guardaba de él. El sonido de su voz, su risa, todo se mantenía fresco en el recuerdo. Volvió a contemplar a su amigo.

—Tú te pareces a él. Bueno, para ser exactos te parecías cuando te conocí por primera vez en Els Roures. Era como tú, un muchacho indefenso, alocado y cor carácter, que primero actuaba y luego pensaba.

—Sí, yo era así, pero ahora ya no. —Se negó a pensar en el pasado, no quería recordar. La curiosidad le empujó a preguntar sin miedo—. ¿Y tu madre?

—¿Mi madre?

—Sí, ¿dónde está?

—Muerta, murió hace un par de años, sola y triste. Yo no supe consolarla, hacer que olvidara, no pude. —La culpabilidad se reflejó en su voz—. Después de la muerte de mi hermano tuvo una depresión. Nunca más volvió a ser la misma, perdió el trabajo y yo tuve que robar para mantenerla, es lo menos que podía hacer después de ser el culpable de la caída en desgracia de mi familia. —Hizo una pausa mientras recordaba a la madre tierna y afectuosa, sonrió—. Me hice mayor y mi madre cada vez estaba peor. Vinimos a vivir a Barcelona, pero no sirvió de nada y tuve que ingresarla en un sanatorio para enfermos mentales.

—Es así como comenzó tu carrera de traficante.

—Sí. No tenía otra manera de ganar dinero rápido. Aprendí deprisa, a base de palizas, traiciones y de relacionarme con la gente adecuada. Y llegó el día que me vengué de esos desgraciados. Los maté uno por uno, de la misma manera. —Hizo ademán de irse, porque los recuerdos lo destrozaban, pero Abel quería saberlo todo.

—Aún no me has explicado cómo es que le debías un favor a Iván. No entiendo la deuda que tenías con él, vivís en mundos diferentes, ¿acaso Iván fue un delincuente?

Cobra se detuvo y empezó a reír por lo gracioso del comentario. Se dio la vuelta, Iván un delincuente... no podía ni imaginárselo.

—Tu futuro cuñado nació rico, nunca tuvo necesidad de meterse en mi mundo, además es demasiado listo para dejarse atrapar. De acuerdo que es un hombre despiadado en los negocios, pero no es un delincuente.

—¿Dónde se cruzan vuestros caminos?

—Mi madre se escapó del sanatorio e Iván la encontró deambulando en medio de la calzada en una noche lluviosa. Los coches pasaban por su lado, pitándole, y

asustándola mientras ella iba de un lado a otro como si estuviera borracha. Iván detuvo el coche y se encargó de ella. Dio conmigo por lo que le explicó mi madre.

Abel no se creía lo que escuchaba. Por un momento se le descolocó la mandíbula por la sorpresa.

—¿Ese desalmado se apiadó de tu madre? —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡No me lo puedo creer! Iván carece de sentimientos piadosos, ¿cómo es posible?

—Es un hombre de negocios, Abel. Una cosa no tiene que ver con la otra.

Sin embargo, el muchacho, cuanto más lo pensaba, menos se lo creía. Iván no haría nada por nadie si no le reportaba algún beneficio. Hasta le vinieron ganas de reír, como si le hubieran explicado un chiste de lo más gracioso.

—¿Qué hiciste con tu madre? —preguntó el muchacho, una vez sus pensamientos volvieron a la normalidad.

—Compré una casita en el campo y contraté personal adecuado para cuidarla. Yo no podía mirarla a la cara sin sentirme culpable por su sufrimiento. No tuve el valor ni de acompañarla en los últimos momentos de su vida.

Abel examinó al hombre que habitaba dentro de una coraza construida con témpanos de hielo. Siempre había una explicación para todo y descubría, con sorpresa, el porqué de la frialdad que ocupaba el corazón de su amigo. Lo miró como si acabara de conocerlo pero, sobre todo, lo contempló con admiración.

—No quiero tu compasión —proclamó Cobra, malinterpretando su mirada.

—No es compasión lo que ves en mis ojos, es admiración y satisfacción por tener un amigo como tú.

Sus palabras calaron hondo, tan hondo que Abel pudo percibir una chispa de calor en aquellos helados ojos. Si bien Cobra no dijo nada, se lo quedó observando como si de pronto descubriera una sensación ajena, pero que recordaba haber sentido, la amistad sincera de un hermano cómplice de travesuras, risas, llantos, castigos... y que tanto añoraba, había regresado.

Un estruendo los puso en alerta. Parecía un tipo de proyectil que había impactado cerca. Salieron de la cueva y una humareda se extendía no muy lejos de allí. Sin embargo, no era la típica humareda provocada por un explosivo corriente, se trataba de un olor desagradable, y un humo de color ocre y anaranjado cubría una parte de las rocas.

—¡Maldito Veneno! —gritó Cobra, ofuscado—. No dará ni la cara.

Otro proyectil, y este se acercó más. Los hombres de Cobra, que se mantenían escondidos por orden suya, empezaron a salir. Se agitaban violentamente, como cucarachas que acababan de fumigar, y caían fulminados, uno detrás de otro, con evidentes signos de estar asfixiándose.

—¿Pero qué demonios está pasando? —exclamó Abel un tanto nervioso.

—Ese cerdo está haciendo servir algún tipo de proyectil con alguno de sus malditos venenos. Ya te dije que era un maestro inventando todo tipo de armas biológicas. ¿Por qué te crees que le llaman Veneno? Ese hijo de perra...

No pudo terminar de hablar. Las balas empezaron a rebotar en medio de las piedras. Los pájaros que tomaban el sol con tranquilidad en el lugar, graznaron y movieron las alas con desenfreno y se marchaban del caos tan deprisa como podían. A los hombres que no les alcanzó el veneno salieron de sus escondites empuñando todo tipo de armas. Abel y Cobra oyeron lanchas acercarse mientras la voz inconfundible de Veneno impartía órdenes por doquier. Se escondieron detrás de un peñasco y empezaron a disparar para evitar que sus enemigos lograran acercasen. Cobra, por fin, atisbó a Veneno, que se mantenía erguido en una enorme roca y miraba a su alrededor. Su porte indicaba soberbia y maldad, como si estrujara el mundo entero en su puño para saciar sus ganas de destrucción.

—Esto no es normal —declaró Cobra—, ¿cómo es posible que sepan dónde estamos con tanta exactitud cuando yo aún no había informado a ese cabrón del lugar exacto de la entrega?

—Yo tampoco lo entiendo. Lo teníamos todo muy bien planeado.

—¡No todo! —exclamó en un tono confuso después de meditar a la desesperada—. Veneno estuvo en mi despacho, es habilidoso, debió poner un micrófono.

Gritos y disparos llenaban el aire, cada vez estaban más acorralados y los dos hombres temían que no saldrían vivos de esa. Cobra inspeccionó el terreno y la situación, en otras ocasiones mucho más complicadas había salido con vida, y esta vez no iba a ser una excepción. Se arrastró por el suelo como pudo y se acercó a uno de sus hombres. Le impartió órdenes, que se apresuró a cumplir de inmediato, luego se dirigió a Abel y le susurró su plan. Con los bolsillos llenos de granadas fueron reptando por las rocas, se magullaron la piel de los brazos, pero poco importaba, la necesidad de sobrevivir era más grande que unos rasguños. Entre los dos lanzaron los explosivos contra los hombres de Veneno y las fuerzas se igualaron. Este gritaba de

rabia y su hermano Baby se reía y palmeaba las manos cada vez que veía morir a un hombre, fuera del bando que fuera. Cobra se regocijó, saboreaba la victoria porque los nervios se habían instalado en el bando rival y, por experiencia, sabía que Veneno, en ese estado, cometería errores fatales. Sin embargo, un hecho inesperado acabó con matar sus esperanzas.

Abel se levantó del suelo para esconderse detrás de unos arbustos espesos, con tan mala fortuna que Veneno lo vio. Este no dudó en apuntarle a la cabeza y Cobra, seguro en su escondite, no perdía detalle. De pronto el pasado lo asaltó y volvió a la casa donde vivía con su madre y hermano. Les estaban pegando sin piedad y su madre sollozaba en el suelo, en medio de un charco de sangre. Su hermano estaba apoyado en la pared sosteniéndose el brazo, que posiblemente tenía roto, y a él lo tenían agarrado por el cabello mientras lo obligaban a contemplar el espectáculo. Escuchó el barrilete del revólver rodar, escuchó el chasquido del gatillo en la cabeza de su madre. Un suspiro escapó de sus labios. Escuchó otra vez el barrilete y el chasquido del gatillo encima de su cabeza. Entonces, su hermano lo contempló y pudo ver el miedo reflejarse en sus ojos, una mirada que se clavó en su corazón. Aguantó la respiración mientras apretaban el gatillo...

El estruendo sonó por todo el salón. Su hermano cayó al suelo, sus ojos abiertos, sin vida e inexpresivos, nunca más se los sacaría de la cabeza. Cobra regresó al presente, creyó escuchar las risas de los asesinos de su hermano, y en un segundo tomó una decisión que las callarían para siempre. A Abel tenía que salvarlo, se equivocó aceptándolo en sus círculos, pues lo tendría que haber enviado de vuelta con su hermana. No podía dejar que fuera otra víctima producto de sus errores, como lo fueron su hermano y su madre.

Cobra salió de su escondite. La risa maliciosa de Baby y la risa burlona de Veneno se mezclaron en la atmósfera. Sin embargo, Cobra ni se inmutó, corrió y sacó fuerzas hasta de su alma y en el mismo instante que escuchaba el disparo de la muerte se tiró encima de Abel. Un dolor afilado se expandió por su espalda, sin embargo, no le prestó atención. Aún le dio tiempo de darse la vuelta y, desde el suelo, apuntó a Veneno y disparó. Pero ese hombre, con reflejos de halcón, se agachó en el último instante y la bala se incrustó en el pecho de Baby. Su risa maliciosa desapareció para dar paso a los gritos furibundos de Veneno, que se arrodilló delante del cuerpo inerte de su hermano mientras maldecía al mundo entero.

Cobra contempló con alegría el dolor de su contrincante y cómo el diamante rojo de su ojo de cristal destellaba anunciando su final. Pero no todo estaba dicho todavía, porque Veneno se levantó y lo apuntó. Otro disparo. Otro dolor seco. Su cabeza le dolía. Luego oscuridad. El infierno le esperaba... Bienvenida paz.

Abel notó una embestida que lo tiró al suelo y algo pesado cayó encima de él. En un principio quedó aturdido, pero se recuperó rápido y giró la cabeza. Era Cobra, entonces todo ocurrió en escasos segundos. Un disparo, otro, uno más, y su amigo quedaba inmóvil en el suelo. Solo necesitó un segundo para darse cuenta de todo: Cobra lo había protegido con su cuerpo de las balas. Volteó la cabeza, alarmado por los fuertes aullidos de Veneno, que estaba arrodillado delante del cuerpo de Baby. Sus collares se sacudían debido al llanto y emitían el mismo sonido de miles de campanillas juntas. Resonaban por entre las rocas como si los demonios anunciaran su presencia para llevarse las almas de los cuerpos caídos al infierno, donde deberían pagar sus pecados entre sufrimientos dantescos.

Abel se detuvo a mirar durante un instante a su alrededor. Tanta muerte, tanta sangre... y para qué. ¿En verdad quería ese futuro? Tocó a Cobra y lo sacudió, estaba boca arriba y con los ojos cerrados. Su rostro era de tranquilidad y sosiego... de paz. Su camiseta ya no era blanca, pues grandes manchas rojas la cubrían. Lo volvió a sacudir, y esta vez un poco más fuerte, pero de pronto se dio cuenta de que un hilo de sangre circulaba por la sien hasta caer, gota a gota, encima las piedras. Abel contuvo la respiración. Tal vez fuera solo un rasguño.

—¡Cobra, levántate, vamos, tenemos que marcharnos! —gritó desesperado el muchacho.

Sin embargo, no se movió, y una lágrima escapó de los ojos de Abel, su amigo se mantenía inmóvil como un... muerto. Pensar en esa palabra lo trajo a la realidad.

—¡Maldita sea, Cobra! Yo tenía que estar ahí tirado en el suelo y no tú.

De pronto un ensordecedor grito lo puso sobre alerta, era Veneno, que había perdido la razón debido a la muerte de su hermano. Estaba poseído por una locura letal, cogió una metralleta y empezó a disparar en todas las direcciones. Tanto le daba si mataba a sus hombres o a los de Cobra.

Abel sabía que tenía que marcharse si no quería ser otra víctima de ese loco. Las balas empezaron a silbar cerca de su cuerpo. Las ganas de vivir aguzaron su instinto de supervivencia. No supo ni cómo lo hizo, pero se encontró navegando en la lancha

en la que había venido y no paró hasta que se quedó sin gasolina. Por suerte estaba lo suficientemente cerca de la costa como para poder llegar a ella nadando. El sol del mediodía le quemaba, sin embargo, no le importaba. Se arrodilló en la embarcación y fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de sangre, era la sangre de Cobra, del hombre que le había salvado la vida.

Se odió, se maldijo y, abatido y desolado, aflojó los hombros. Su mente empezó a desgarrar sus actos, los del pasado y los del presente, también pensó en el futuro. Entonces, el dolor y la angustia lo acorralaron, solo regresando a sus orígenes conseguiría salvarse. De pronto oyó las campanadas de una iglesia, levantó la vista y vio que, entre las copas de unos pinos, emergía la punta de un campanario. Sí, iría hacia aquella iglesia. Tenía que agradecer el estar vivo, y sobre todo tenía que rezar por el alma de su amigo. El perdón lo conseguiría con el paso del tiempo.

\*\*\*

Iván frenó el coche. Ya no podía más, y conducir de la manera en que lo hacía lo llevaría a tener un accidente. Se detuvo en el primer lugar que encontró, no sabía si se trataba de un aparcamiento o en un descampado, pero le daba igual. Y es que todo le daba igual, nada le importaba. Había salido de la casa con el único objetivo de alejarse de Lucía. Su mente era un nido de oscuros pensamientos, y tal como se encontraba era mejor alejarse, huir. Sí, huir de ese dolor que le quemaba y lo consumía sin misericordia.

Sin embargo, de nada había servido. Con cada segundo, con cada minuto, esa angustia era más aguda, más insoportable. A partir de ahora el cielo no sería azul. Las flores no tendrían color. Los días no amanecerían con sol. Lo único que correría por sus venas sería oscuridad, tormenta y un frío invierno.

Salió del coche. La noche lo envolvió en un manto renegrido e incierto, quería respirar, volver a la vida y necesitaba aire nuevo y puro. No obstante, llenar sus pulmones con oxígeno no le sirvió de nada, al contrario, le produjo tal dolor que por un momento pensó que su pecho estallaría. Estaba tan absorto en su punzante sufrimiento que ni tan solo sentía la últimas gotas de la tormenta empapar su pelo y sus ropas y no notaba el tacto frío refrescar de alguna manera su cuerpo dolorido. Su

corazón se hacía añicos como el fino cristal y no podía evitarlo, ni adhiriendo los trozos conseguiría que volviera a latir. Para él no había futuro, ni esperanzas, ni sueños...

Amanecía, la tormenta era solo un recuerdo. El sol empezaba a lanzar sus rayos, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Luchaba por salir de entre unas nubes rebeldes que se negaban a marchar. Iván decidió volver a la casa, pues de nada servía autocondpadecerse, de modo que, con una sensación de vacío, condujo hasta su hogar. Debía enfrentarse a la realidad cuanto más pronto mejor, no le quedaba otra solución.

Iván era una sombra gris en medio de una absoluta oscuridad mental. Una vez entró en la casa se hundió más, porque ya se había acostumbrado a la presencia de ella, cualquier rincón era un recuerdo, su risa, sus ojos, su sonrisa... Pero había uno que sobresalía por encima de los demás, y que era un puñal en su corazón, pues no podía sacarse la imagen de Javi y Lucía íntimamente pegados. Se llevó las manos a la cabeza con desesperación, en un intento de borrarse aquella escena, aun así no podía, ya que había echado raíces podridas en su interior y lo sesgaba de manera cruel.

De pronto, un destello refulgió en medio de la amargura que embargaba todo su ser. Se acercó a ese brillo como si estuviera hipnotizado. Encima de la mesa reposaba la gema de Lucía, la que él le había regalado y que había marcado un antes y un después en su relación. La cogió y la contempló, por un instante le pareció ver detrás del brillo los ojos dorados de Lucía, por lo que no pudo evitar acariciarla con mimo. La notó tibia, agradable, pero la calidez y el destello tan hermoso desaparecieron al instante, para dejar paso a una joya fría y sin vida. Era como si hubiera muerto. Iván no quiso pensar en ello y dedujo que su estado mental estaba demasiado afectado como para tenerlo en cuenta. Se limitó a metérsela en el bolsillo, pues tenía que cambiarse las ropas húmedas y decidir qué hacer con su vida.

Subió los peldaños de las escaleras igual que un barco sin rumbo. Navegaba a la deriva y él no podía hacer nada. Se detuvo delante de la puerta del dormitorio. No quería entrar. No quería recordar. Quería olvidar. Sin embargo, se cargó de fuerzas y abrió la puerta por la cual aparecieron miles de pensamientos y de recuerdos que lo asaltaron sin contemplaciones. Olió a Lucía, sus fosas nasales se llenaron de ella, su aroma dulce a almendra permanecía intacto en esas cuatro paredes.

Y esa fue la gota que colmó el vaso, pues empezó a temblar convulsivamente. Su respiración se intensificó y sacudió su cabeza en un intento frustrado de olvidar. Qué

tonto por su parte pensar que podría entrar en el cuarto sin derrumbarse. Estaba al borde del precipicio, sabía que solo bastaría de un pequeño empujón para caer en el abismo y no poder salir nunca más. Casi sin darse cuenta giró el rostro a la cama y le bastó de una sola mirada para hundirse en las temidas sombras de la desesperación. Ese lecho lleno de besos, caricias, gemidos... de promesas susurradas a media luz, todo mentira y decepción.

La rabia y la impotencia se adueñaron del hombre. En un ataque de rabia entró al vestidor, cogió las ropas de Lucía, pieza por pieza, y empezó a romperlas en jirones, para después tirarlos con desprecio al suelo. En poco rato la superficie de la habitación se llenó de prendas inservibles. Iván no dejó por inspeccionar cajones y rincones, nada se salvaba de la destrucción.

Marta se estaba vistiendo cuando escuchó fuertes ruidos en el piso superior. Pensó que Iván y Lucía ya se habían despertado. Se sentó en la cama y suspiró con desfallecimiento y pena. Su amiga Federica no había aparecido y la preocupación por ella crecía a cada minuto. Era todo muy raro, sin sentido ni explicación. Ella jamás se hubiera marchado sin dar justificación a su precipitada marcha. No podía esperar más y tenía que tomar una decisión.

Y la tomó. Se levantó de la cama con pensamientos renovados y se dirigió a la estantería donde tenía sus libros de lectura. Cogió su preferido y de entre las páginas sacó dos cartas, Federica se las confió por si le sucedía algún contratiempo. Y mucho tenía que algo malo había pasado.

Miró con resignación los sobres, los dedos le temblaban a la vez que le quemaban, pues sabía lo que había escrito en ellas. El corazón se le entristeció demasiado como para aguantar el llanto; se abandonó a él, en busca de serenidad que le sirviera para recomponerse. Cuando tuvo la certeza de que no se derrumbaría delante de Iván y Lucía, se encaminó a su objetivo, que era la de dar las cartas a la pareja. Ellos sabrían qué hacer.

Pero cuando llegó a los escalones, los golpes de rabia y los gritos de Iván la pusieron sobre aviso. Llegó al dormitorio lo más deprisa que pudo, siempre sujetando las cartas sobre su pecho, como si de un gran tesoro se tratara. No obstante, cuando vio el estado de la habitación y el de Iván, el alma se le cayó a los pies. Ni es sus peores pesadillas se hubiera imaginado al hombre perdiendo el control de aquella manera. Necesitaba saber qué pasaba.

—¡Iván!, ¿qué es todo esto? —Echó un vistazo a un suelo lleno de ropas. Se percató de que la gran mayoría estaban rotas e inservibles y que, además, eran de Lucía—. ¿Y Lucía? —exigió saber cuando se percató de que ella estaba ausente.

El hombre la miró lleno de furia. Aunque Marta sabía que esa mirada rencorosa y letal no iba dirigida a ella. Algo había sucedido, algo terrible para que él hubiera reaccionado de esa manera. Apretó las cartas con fuerza en su pecho hasta que el papel crujió. Bajó la vista al papel amarillento y no supo qué hacer, volvió a mirar en dirección al hombre. Este estaba fuera de sí y seguía rompiendo las telas, poseído por una rabia que no podía controlar. Se acercó a él y le arrancó la pieza de ropa de las manos.

—¡Ya basta! —dijo la anciana—. ¿Es que te has vuelto loco? Dime qué es lo que te sucede.

Iván se sentó en el borde de la cama. Intentó calmarse, pero sin querer sus ojos se posaron en la colcha que reposaba en una silla al lado de la ventana, y que Lucía confeccionaba. Estaba a medio coser, ese edredón tenía que taparlos en las frías noches de invierno. Pero ahora ya no. El hombre ya no pudo más y se desmoronó. Se pasó las manos por la sudorosa cara, respiraba entrecortadamente y era evidente que reprimía las ganas de llorar. A Marta esa imagen le impactó. Jamás lo había visto en aquel estado. Se guardó las cartas en el bolsillo, porque no era el momento de entregárselas. Se aproximó y posó sus manos encima de los hombros, él alzó el rostro.

—¡Dios mío, Iván, dime qué pasa!

—Estoy muerto... —Una lágrima rodó por la mejilla del hombre hasta que se perdió entre la espesura de la barba sin afeitar—. Estoy muerto y enterrado, Lucía me ha traicionado.

No dijo ni añadió nada más. Se levantó de la cama y se marchó sin dar explicaciones. Dejó tras de sí a una Marta angustiada y perpleja. No entendía que apenas unos días atrás todo era felicidad, y en cambio, ahora, parecía haber entrado un huracán en sus vidas con intención de arrasarlo todo a su paso.

\*\*\*

Abel caminaba por la carretera en dirección a casa de sus tíos. Poco antes, un señor

mayor, muy amable, lo había dejado lo más cerca posible de la masía de Enrique y Carolina. No tenía dinero para coger el autobús, pues todos sus ahorros, producto de sus días de delincuente, se los transfirió a la viuda de Lorenzo para que viviera dignamente. Él era incapaz de servirse de ese dinero que le recordaba sus errores. Además, había jurado a Lorenzo cuidar de su mujer y pensaba cumplir con esa promesa.

El muchacho siguió caminando por el gris del asfalto. Aunque en el azul transparente del cielo brillaba un magnífico sol, el luminoso astro ya no tenía fuerzas para entibiar el ambiente. De pronto empezó a soplar un viento fuerte y helado. Abel sabía que esos vientos eran preludio de que el invierno pronto llegaría. Deseaba llegar a casa y calentarse delante el hogar. Se encogió dentro de su abrigo pensando que ya no quedaba mucho trayecto. Podía ver en el horizonte el contorno de la masía y cómo los árboles colindantes se mecían sin descanso debido a las embestidas del viento.

Mientras se acercaba pudo vislumbrar una figura humana sentada en un banco de piedra del exterior de la casa. No sabía quién podía ser el loco, o la loca, que se mantenía inmóvil en medio de la fuerte y helada ventisca. La silueta, poco a poco, fue adquiriendo nitidez, aunque no la suficiente para distinguir quién era. Abel se sentía inquieto y no entendía el motivo. Cuando estuvo cerca de la masía, reconoció la figura, entonces contuvo la respiración y quedó helado de la impresión. Se trataba de su hermana, de Lucía.

—Lucía...

El muchacho aumentó su paso hasta casi correr, el viento lo frenaba y sintió los pulmones arder debido al esfuerzo, pero era un hombre fuerte y no le importó. Llegó junto a Lucía y, cuando la vio apenas abrigada, con las manos y el rostro morados de frío, temió lo peor. Se acercó y la llamó por su nombre; sin embargo, ella ni tan siquiera respondió, estaba como ida.

—¡Por favor, hermanita, dime algo! —exclamó el muchacho, con el alma llena de miedo.

Lucía pareció reaccionar, levantó la vista y Abel vislumbró unos ojos dorados que se habían convertido en dos estrellas caídas del firmamento, pues no brillaban y estaban llenos de sombras y oscuridad. El muchacho contuvo el aliento; no le hacían falta muchas explicaciones para deducir, más o menos, lo que había sucedido. El

sufrimiento de ella tenía un nombre: Iván.

En un primer momento, Lucía solo apreció una cara borrosa. Pronto reconoció a su hermano, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ninguna se derramó y profirió un gemido desgarrador antes de hablar.

—Abel... —murmuró a duras penas—. Ayúdame a vivir porque sola... no puedo.

Algo dentro del muchacho se despertó. Jamás en la vida Lucía pidió ayuda a nadie, todo al contrario, porque siempre auxiliaba a los demás. Poseía un corazón tan voluntarioso y bueno como jamás había conocido. Tomó conciencia de que ella estaba sufriendo de una manera demasiado cruel por culpa de ese hombre. Pero ya no más. Ya basta. Protegería a su hermana de todo mal y la ayudaría a salir de la pesadilla en la que estaba sumida. Ahora más que nunca se quedaría a su lado, pediría que los volvieran a aceptar dentro de la comunidad Los Hijos de la Luz y empezarían de nuevo.

Abel se despojó de su abrigo y cubrió a su hermana. Ella sintió el calor de la prenda y pareció que las mejillas adquirirían un poco de color. Su hermano se sentó a su lado y la rodeó con el brazo en actitud protectora. Entonces, ella empezó a temblar de arriba abajo.

—He venido para quedarme, hermanita. Yo te ayudaré a vivir, no estás sola. —Abel la ayudó a levantarse del banco—. Vamos dentro. Vas a pillar un resfriado.

Lucía dejó que su hermano la condujera. Él la acomodó en el sofá que había delante de la chimenea, la tapó con una manta y cargó el hogar de leños. Pronto la mujer dejó de temblar y su rostro adquirió la apariencia de calor y comodidad.

—¿Dónde están los tíos y los primitos? —preguntó Abel al notar que la casa estaba en absoluto silencio.

—Han ido al supermercado a buscar víveres —contestó Lucía. Se arrebujó en la calidez de la manta y, presa de un cansancio mental, que no la abandonaba ni de día ni de noche, se quedó sumida en un sueño que pronto se transformó en una pesadilla. No podía olvidar la noche en que Iván despreció su amor y su persona.

Mientras tanto, Abel se sentó en una silla al lado de las llamas, poco a poco calentaron sus congelados pies. En ningún momento dejó de mirar a su hermana, que se removía inquieta bajo la manta, era evidente que las pesadillas la estaban asaltando. No sabía qué le había sucedido, pero cuando regresaran sus tíos pediría que le explicaran. Iván destruía todo lo que tocaba. Dominado por la impotencia,

apretó la mandíbula.

—Ya no más, Lucía, ya no más... —prometió en voz baja mirando a su hermana.

\*\*\*

Una luna perfectamente delineada brillaba en la seda negra del cielo. Iván la contempló, odiándola por su hermosura. Se sentó en el rincón más oscuro de su despacho, ahogando su tristeza con alcohol. El desorden y el caos que reinaban en la estancia daban fe de que el hombre había convertido el lugar en un apresurado hogar. Una manta en el sofá, restos de pizza en la mesa, ropa sucia tirada por el suelo... Y es que Iván vivía las veinticuatro horas en el despacho. Era incapaz de regresar a su casa. Incapaz de mirar la cama vacía del dormitorio. Incapaz de borrar los recuerdos que lo atormentaban día y noche. No tenía valor de regresar a su hogar y hacer como si nada, como si en el sofá no hubiera descubierto la traición de su amigo y su prometida. Por más que lo intentaba, no conseguía destruir los recuerdos, borrar un futuro que se presentaba feliz y que ahora ya no existiría.

Suspiró con la botella de *whisky* en la mano, deseaba que el ambarino líquido le curara unas heridas que cada día supuraban más. Pero el licor no lo estaba curando y solo le dejaba un rastro de calor en la garganta y un potente desánimo en el corazón. Aun así anesthesiaba los recuerdos, era un momentáneo alivio con el que se conformaba.

Iván oyó la puerta abrirse, había ordenado que nadie le molestara, y saber que no le obedecían lo enfureció.

—¡Fuera, déjame en paz! —gritó desde el rincón, pensando que debía ser su padre, que con habilidad había deducido lo ocurrido y no paraba de sermonearlo y regodearse en su sufrimiento diciéndole que él se lo había advertido.

La puerta se cerró con suavidad, cosa que desconcertó al hombre. No era los portazos que daba su padre.

—Iván, soy Gina —susurró ella, intentó buscarlo en la penumbra que envolvía el despacho.

—¡Lárgate!

El grito del hombre indicó a la mujer el lugar en el que encontraba. Se acercó a él

mientras los tacones altos resonaban en el suelo.

—¡Déjame en paz, Gina!

—¡No! —dijo, arrodillándose a su lado. Pretendió acariciar el rostro del hombre; sin embargo, él se la apartó con un brusco movimiento de cabeza—. Tu padre me lo ha contado todo —añadió, fingiendo inocencia.

Gina se levantó, maldiciendo en silencio, y encendió la luz del escritorio. Vio cómo Iván se tapaba los ojos, cegado por la claridad que desprendía. La mujer se sentó en el borde de la mesa y cruzó los brazos.

—Estás hecho una mierda —dijo ella, contemplando la camisa arrugada y la barba de días—. Sé lo que ha pasado y ella no se merece tu sufrimiento.

—¡Cállate! —contestó con desprecio. Bebió otro largo sorbo de la botella.

La mujer rio para sus adentros. Era la oportunidad de sembrar la duda en Iván y vengarse de Lucía.

—Vete tú a saber si el hijo que tiene en su vientre es tuyo —rio con desprecio.

Iván reaccionó mal a las palabras. Se levantó del suelo, al tiempo que tiraba la botella de licor al suelo. Por suerte no se rompió, pero fue resbalando por la superficie lisa hasta chocar con la pata de una silla. El líquido del interior se derramó con lentitud, mientras su olor característico quedaba impregnado por todo el despacho.

Gina se irguió orgullosa, con una mirada de triunfo que se reflejaba en unos ojos azules como el cielo. Iván la cogió con agresividad de los brazos.

—¡Ese niño es mío! —exclamó, con las pupilas dilatadas de rabia—. No puede ser de otro, ¿me oyes? Y juro que estrangularé a quien diga lo contrario.

—¡Suéltame, me haces daño! —gritó ella, ofuscada porque todavía la defendiera.

Iván la soltó y retrocedió hasta la pared, sorprendido por su estallido. Sabía a ciencia cierta que el niño no podía ser de nadie más, eso no tenía discusión y no permitiría que nadie insultara a su hijo todavía por nacer.

Gina lo miró a los ojos. La mujer disimuló su momentáneo enojo. Estaba demasiado pletórica con la ruptura de Iván y Lucía, pues jamás volverían a estar juntos y eso la colmaba de felicidad y esperanzas. De nada serviría discutir con él cuando su intención era seducirle, y el momento había llegado.

Gina decidió atacar, segura de su atractivo femenino. Se acercó a él con pasos sinuosos. Pasó la palma de su mano por el pecho masculino. La mujer empezó a

desabotonar los botones de la camisa, botón a botón, y mantenía su boca muy cerca de la de Iván. Cuando la prenda quedó abierta, acarició el torso del hombre de manera lenta y calculada, típica de una mujer con mucha experiencia. Él cerró los ojos y se acordó con furia de las manos de Lucía, sus caricias fingidas, sus falsos besos, porque todo en ella fue mentira.

—Cariño, deja que yo te alivie —murmuró Gina con voz melosa. Siguió acariciándolo. Pasó las manos por los hombros hasta que consiguió despojarlos de la camisa. Se inclinó y le depositó una estela de besos suaves por todo el tórax. Levantó la vista—. Ya verás que luego te sentirás mejor. Acuérdate de los momentos que pasamos juntos, esos momentos volverán y se quedarán.

Iván se la quedó mirando durante un instante. No la detuvo mientras ella empezaba a desabrocharle los pantalones. Tal vez, si le hacía el amor a Gina, ese sufrimiento tan sangrante cesaría y hallaría la tan ansiada cura. Anhelaba tanto liberarse de su tormento que se agarró con desespero a ese pensamiento.

Iván la agarró con cierta violencia para tenerla apresada entre la pared y él. Ella dio un grito de sorpresa, pues no se lo esperaba. Sonrió al ver la determinación en los ojos azules del hombre al que amaba. ¡Por fin se había rendido! Le rodeó el cuello con los brazos y buscó su boca. Lo ansiaba, quería chupar esa lengua que tanto encontraba a faltar, porque nadie le hacía el amor como él, con esa furia, con esa salvaje urgencia y que pronto volvería a sentir.

Iván, obnubilado por el alcohol, no ofreció resistencia a la boca femenina. Dejó que ella se apoderara de sus labios. Sin embargo, la mente del hombre no dejaba de pensar en la mujer que amaba. Se acordó de sus labios esponjosos y tan dulces como la nata montada. Nada que ver con los que ahora besaba. Los de Lucía eran perfectos, adictivos, esos sí que lo volvían loco de deseo.

El hombre se separó de la rubia despampanante. Retrocedió unos pasos, meditando en silencio. ¿A quién pretendía engañar? Ninguna mujer conseguiría borrar su amor por Lucía, ni tan solo lo aliviaría. Su cuerpo y su corazón solo la reconocían a ella.

—Márchate, Gina, entre nosotros no hay nada y jamás habrá nada —alegó Iván, mientras cogía la camisa del suelo, se la ponía y abotonaba, al igual que los pantalones.

Gina intentó asimilar las palabras una por una y su rostro enrojeció como el de una gamba.

—¡Idiota! —Se acercó a él y empezó a reír a carcajadas, unas carcajadas que sonaban burlonas—. ¿Te crees que ella volverá, que se arrojará a tus brazos? —La risa se transformó en furia—. Ahora entiendo..., claro, esperas que te pida perdón. ¿Dónde está tu orgullo, Iván? Dejas que una insignificante mujer te pisotee cuando delante de ti tienes a otra que lo haría todo por ti.

Iván no contestó, porque en parte tenía razón: amaba a Lucía y eso no cambiaría jamás, no obstante, nunca perdonaría su traición. Suspiró resignado.

—Me importa bien poco lo que pienses —puntualizó el hombre, recuperando parte de su temple—. Sí, la sigo amando y jamás amaré a ninguna mujer como la amo a ella. Y si algún día decidiera rehacer mi vida no sería contigo, de eso puedes estar segura. —Se dirigió a la puerta y la abrió, con un gesto de la mano la apremió a que se fuera—. Será mejor que te marches, no estoy de humor para aguantar tus arranques de niña malcriada.

La rabia de la mujer creció, amenazaba con desbordarse como el caudal de un río después de una fuerte tormenta. Sus ojos relampagueaban de manera peligrosa. Iván tuvo la audacia de reírse de su enfado. Gina supo en ese preciso instante que nada de lo que hiciera haría que él volviera con ella. Todos sus planes habían fracasado, uno detrás de otro, ni tan solo la deseaba. Sin embargo, si Iván no era para ella, no sería para ninguna otra. Prometió destruirlo, escondida entre las sombras, pues su poderoso padre la ayudaría, nunca le había negado nada. Para ella empezaba un nuevo juego, otro igual de excitante que el de la seducción, desde luego que la cacería sería apasionante.

—Tendrás noticias mías, cariño —espetó Gina con voz severa al tiempo que cruzaba la puerta—. Pronto, muy pronto.

Iván no prestó atención a las amenazas de la rubia mujer. Nada de lo que hiciera sería peor que el tormento por el que pasaba. Se dirigió al mueble bar y sacó otra botella de licor. Frustrado en lo más hondo de su corazón, se volvió a sentar en el rincón más oscuro de la estancia. Se emborracharía hasta perder la razón, era lo único que le quedaba probar para intentar, aunque solo fuera por unas horas, borrar esa desesperación.

\*\*\*

—¡Abel, qué alegría! —exclamó Francisco, alegre y sorprendido, dejando de ordeñar la vaca—. Temíamos lo peor; ven aquí, muchacho, y deja que te abrace.

Los dos se abrazaron, presos de una felicidad sincera por el reencuentro.

—Siento haberte causado tanta preocupación —argumentó Abel, con humildad.

—Tenías a toda la comunidad preocupada. Anda, ayúdame a ordeñar las vacas y luego vamos dentro de la casa a tomar un café. —La cara del hombre pasó de la alegría a la preocupación—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

El muchacho asintió. Ordeñaron los animales y entraron en el calor del hogar con las puntas de la nariz enrojecidas debido al frío que hacía en el exterior. Se sentaron en la mesa de la cocina, disfrutando de un buen café al tiempo que se calentaban los dedos en las tazas calientes. Abel no se andó con rodeos y le pidió regresar a la comunidad junto con su hermana. El líder empezó a preguntar sobre las actividades de Lucía y el muchacho en los meses que habían estado ausentes. Aunque el anciano sabía parte de la historia, necesitaba saber muchas otras cosas.

Abel pudo mentir, pudo distorsionar la verdad para que no pareciera tan horrorosa. Pero no lo hizo, dijo la verdad a todo lo que se le preguntó, sin omitir detalles. Si volvía a entrar en la comunidad sería con la verdad por delante, y no con mentiras.

—Muchacho... —murmuró Francisco arrastrando las palabras—. Habéis quebrantado muchas de nuestras leyes, de las leyes que vosotros jurasteis respetar en un sagrado ritual.

—Lo sé. —Abel apretó con fuerza la taza de porcelana en sus manos y hundió la mirada dentro del líquido—. Mi hermana y yo pedimos una oportunidad y ser perdonados por todos. Fuimos víctimas de las circunstancias y del dolor, pero a partir de ahora todo será diferente. Seremos respetuosos con la comunidad y con las normas.

—Sabes muy bien que no solo yo debo decidirlo, nos reuniremos y lo votaremos. Por supuesto que no se os impedirá vivir aquí, pues todo el mundo es libre de decidir dónde quiere tener su hogar, pero en el caso de que saliera no, sabes muy bien las consecuencias. No tendréis vínculo alguno con nadie de la comunidad, se os negará participar en sus actividades y el acceso a nuestras casas. —Suspiró con pena, sabiendo lo dura que sería la vida para ellos en el caso de que se llegara a ese extremo—. No se os prestará apoyo y estaréis marcados hasta el fin de vuestros días. —Cerró por un instante los ojos antes de continuar, ya que lo que diría a continuación era demasiado doloroso—. Y el hijo de Lucía correrá la misma suerte.

Abel se irguió en la silla como si lo hubieran apuñalado directo al corazón. Giró el rostro y miró cómo las llamas ardían en el fuego. Pensó en su hermana y en lo que pasaría si a ella se le negaba ser una más de la comunidad; seguro que acabaría por derrumbarse. Estaba al límite, solo la mantenía con vida el embarazo, saber que tenía que seguir viviendo por su hijo era su única esperanza para superar el rechazo de Iván.

En el caso de que la votación saliera no, se la llevaría lejos de allí, él se ocuparía del bienestar de su sobrino y hermana. Con el tiempo, quizá, encontraría un buen hombre que fuera digno de ella, que la amara y respetara, y juntos pudieran formar una familia feliz.

—Espero que en la reunión tengáis en cuenta todos los detalles —manifestó Abel, rompiendo el tenso silencio que se había adueñado de la cocina. Se atrevió a mirar a Francisco directo a los ojos, con una mezcla de exigencia y ruego—. Sed justos con vuestra decisión y tened en cuenta la desesperación que nos embargó a mi hermana y a mí mismo.

—De eso puedes estar seguro. —Se levantó de la silla y se acercó al fuego. Las llamas tintinearón en el rostro arrugado del hombre—. Pero recuerda que yo tendré que explicar todos los detalles de vuestra vida fuera de la comunidad, se os despojará de vuestra intimidad y todo saldrá a la luz. Vuestros pecados han sido grandes, y debemos pensar en todos los integrantes de la comunidad, no solo en vosotros dos, solo espero que lo entendáis.

Abel terminó su café y se despidió de Francisco. Por el rostro que mostraba el anciano la cosa se presentaba difícil. Pero mientras el sol brillara por las mañanas, él no perdería las esperanzas.

\*\*\*

Álex cerró el libro de Romeo y Julieta. Ya empezaba a amanecer y pronto comenzaría su jornada laboral en el hospital. Para él, esas horas que pasaba junto al lecho de esa enigmática desconocida, leyéndole una historia de amor tan hermosa y tan dramática, eran las mejores del día.

Se levantó y se acercó a la cama. Suspiró de pena, de frustración, pues no había

ninguna señal que advirtiera que salía del coma. Y las esperanzas cada día mermaban un poco más. Un milagro, solo un milagro. Daría su vida por que se produjese.

Le acarició la mejilla a modo de despedida. Sin embargo, esta vez se volvió más audaz, se inclinó y besó sus labios, un beso sedoso y ligero como la brisa. De pronto, Alex notó una mano que le sujetaba la muñeca, que aún tenía posada en la mejilla. Se separó de los labios de la mujer con el corazón desbocado.

*—Es casi de día. Dejaría que te fueses, pero no más allá que el pajarillo que, cual preso sujeto con cadenas, la niña mimada deja saltar de su mano para recobrar con hilo de seda, amante celosa de su libertad.*

El doctor no salía de su asombro. Ese era el fragmento que acababa de leerle a la mujer sin nombre. Notó el aliento de ella cerca de su boca.

*—¡Ojalá fuera yo el pajarillo!* —exclamó el hombre siguiendo con el texto de la obra.

*—Ojalá lo fueras, mi amor, pero te mataría de cariño. ¡Ah buenas noches! Partir es tan dulce pena que diré buenas noches hasta que amanezca.*

*—¡No, no!* —soltó de pronto el hombre, pensando que volvería a sumergirse en un profundo sueño—. Abre los ojos y mírame.

La mujer obedeció e intentó abrir los párpados. Conocía ese tono de voz masculina que la hacía sentir tranquila y relajada. Sin embargo, una oscuridad profunda tiraba de ella, como si una cuerda la arrastrara y se negara a soltarla, que le impedía regresar a la luz del día y la vida. Entonces, alzar los párpados se convirtió en un arduo trabajo y se quedó agotada en momentos. Respiró profundo a fin de recobrar la fuerza y lo intentó una segunda vez, solo debía romper la cuerda imaginaria que la ataba a la oscuridad. Y lo consiguió, sus ojos se abrieron con el temor de no saber qué se encontraría.

Lo primero que vio fue un rostro a pocos centímetros del suyo. Una vez enfocó la mirada quedó atrapada en la bondad que emanaban aquellos ojos color canela. Las blancas canas del hombre resplandecían bajo la luz de la lámpara. Ella dedujo que un ángel venía en busca de su alma. Nunca pensó que el cielo fuera tan dulce, una primavera constante.

*—¿Estoy muerta?* —preguntó la mujer.

Alex no pudo evitar reírse, de pronto tomó conciencia de que era el doctor y recobró en un santiamén la compostura. Se alzó cual largo era y carraspeó antes de

hablar, pues no quería que su voz sonara como la de un rematado idiota adolescente.

—No, señora, está tan viva como yo. ¡Es un mila...! —El facultativo volvió a carraspear y ordenó sus pensamientos antes de continuar. Se dio cuenta de que lo más importante era preguntarle por su identidad—. Está en un hospital después de que la encontraran malherida en unos matorrales. ¿Recuerda su nombre?

La mujer, que ya había abierto los ojos por completo, se lo quedó mirando con una mezcla de confusión y enojo. Poco a poco, los pensamientos acudieron a su aturdida mente y lo recordó todo.

—Me llamo Federica Romano... —gimió con desesperación—. Soy italiana...

No pudo continuar, ya que los nervios y la agitación se adueñaron de ella. Álex se percató e intentó calmarla.

—Federica, quédese tranquila, está segura en el hospital.

Ella le creyó y asintió. Esa voz la recordaba demasiado bien, pues la había reconfortado en la oscuridad cuando ella se ahogaba. Le había dado el aliento suficiente para seguir luchando, hasta que al fin pudo despertar. Poco a poco, Federica fue calmándose, y la tranquilidad acudió a su mente y a su cuerpo.

—Voy a llamar a una enfermera y a Perry, el policía que se ha encargado de la investigación —pronunció el doctor viendo que ella se calmaba.

—¡No! —gritó de pronto, sobresaltando al hombre—. Primero quiero hablar con mi sobrino Iván. Es de vital importancia.

—Usted no está en condiciones, antes hay que hacerle una serie de pruebas —le medio rogó con la mirada—. Tiene que entenderlo, ya tendrá tiempo de hablar con la familia.

—Por favor, se lo ruego. —Federica tomó conciencia de la situación e hizo gala de su carácter autoritario—. Me importan un pepino las pruebas. Hasta que no vea a mi sobrino me niego rotundamente a someterme a ellas. —Hizo un mohín rebelde, que causó asombro y alegría en el hombre—. ¿He sido clara?

Álex la miró, fascinado, se olvidó de las pruebas y pensó que si tuviera a su lado una mujer como ella, no habría tiempo para el aburrimiento. La verdad era que no parecía tener secuelas mentales; de todos modos eran imprescindibles tales estudios para evitar recaídas.

—Tiene carácter, eso es bueno. —Los ojos del hombre centellearon divertidos—. Pero me temo que no podrá librarse de las pruebas con tanta facilidad.

—Estoy fresca como una rosa —espetó, frenética.

—Sí, eso es cierto. Tiene el aspecto de una hermosa rosa cubierta del rocío de un amanecer —dijo el hombre con tono suave y dulce—. Y esos ojos, que yo tanto aspiraba ver, brillan como dos diamantes negros, intensos y eternos, muy anhelados por muchos por su exquisita rareza.

Federica lo miró con los ojos abiertos de emoción. Hacía años que nadie le decía cosas tan bonitas, como si fuera una adolescente enrojeció de pies a cabeza. No supo qué decir y se quedó muda, cosa rara en ella. Solo miró a ese hombre que le removía cada fibra de su corazón. Alex se dio cuenta de la turbación de la mujer y le agradó haber causado tal efecto. Algo entre ellos nació, los dos fueron conscientes de ello y no lo disimularon. Tal vez Cupido andaba cerca y les lanzó una de sus famosas flechas.

—Propongo ir a hacer esas pruebas de inmediato —empezó a sugerir el hombre, se esforzó por ignorar la magia que parecía haberlos envueltos, pero era difícil, porque le gustaba, aun así sacó el doctor que había en su interior—. Nos llevará todo el día de hoy y yo le prometo avisar a su sobrino para que sepa que está aquí y mañana podrá visitarla.

La mujer, que aún estaba impresionada, agarró la muñeca del hombre en actitud cariñosa y lo apremió a que se sentara a su lado.

—¿Estarás conmigo? —La voz se le quebró de la conmoción—. ¿Igual que todas las noches cuando me leías? —Alex estrechó la mano de ella entre las suyas con la emoción grabada en sus pupilas abiertas—. Fue tu voz la que me mantuvo a flote, la que impidió que yo me ahogara en las oscuras aguas de las tinieblas.

El silencio permaneció instalado entre ellos mientras no dejaban de mirarse a los ojos. Dos corazones solitarios y ansiosos por amar, se acababan de encontrar. Sonrisas de satisfacción curvaron ambos labios. Entonces no hubo vuelta atrás y el destino quedó sellado.

—Sí, estaré a tu lado, ya nada me separará de ti. —La besó en la frente, un beso que ella recibió con un suspiro de complacencia e ilusión.

1 ave acuática parecida al ganso de colores oscuros, pico fuerte y agudo.

2 grupos de jaras, arbusto pardo rojizo de hojas alargadas, olorosas y pegajosas.

3 grupos de carrascas, encina pequeña que no ha tomado aún forma de árbol.

## CAPÍTULO 13

Javi abrió los ojos. Parpadeó varias veces en un intento de despejar la mente. Miró a su alrededor y pudo distinguir el lugar en el que se encontraba, por suerte estaba en su apartamento. La noche anterior se había emborrachado y drogado, y no le hubiera sorprendido despertarse en medio de la calle durmiendo dentro de un contenedor. Consumió tanto alcohol y drogas que cayó en una peligrosa extenuación. ¿Y si no se hubiera despertado? ¿Y si la paz que ansiaba con tanto fervor la conseguía cerrando los ojos para siempre? Quizá, si desapareciera definitivamente, también desaparecerían todos sus pecados.

Sacudió su cabeza mientras intentaba levantarse del sofá. Tampoco recordaba haber llegado hasta él. No le gustaba estar sobrio porque su conciencia lo acusaba, y necesitaba olvidar, y de la única manera que lo conseguía era a través de la bebida y de esas malditas pastillas. Sin embargo, ya estaba cansado, había tirado su vida a la basura y se había convertido en un despojo humano, sin objetivos en la vida, porque había sido tanta su obsesión por recibir cariño de su padre que había dejado que decidiera su futuro por él, que no le gustaba y odiaba. Solo había una manera de escapar de todo ello... otra vez la idea de la muerte cruzó su mente. ¿Y por qué no? Tal vez le aguardaban la tranquilidad y el desasosiego, el vivir en paz, sin preocupaciones, sin mentiras, todo lo que había soñado.

Javi miró en dirección a la mesa, allí reposaban más botellas de licor, más drogas... más dolor, aun así lo atraían como un oso a la miel. Con pasos titubeantes, y a duras penas, se acercó a sus pecados; su vida se reducía a todo eso: alcohol y pastillas de todos los colores y formas. Qué triste existencia para un alma perdida. Se rio de sí mismo, risas que retumbaron en las paredes como gritos agónicos de tormento.

—¡Loca desesperación para un hombre sin futuro! —logró balbucear.

El abogado tomó una decisión, la única posible. Miró hacia la ventana y se fue acercando a ella como pudo. La luz, el día, la vida. Solo quería ver todo eso una última vez, un único deseo para un hombre condenado a muerte. Se acercó al cristal y descorrió del todo las cortinas. La luz lo cegó pero se negó a cerrar los ojos. Miró a

través de la vidriera y se empapó de todo lo que ocurría en el exterior. La gente iba y venía como hormigas fuera del hormiguero. Los coches seguían un camino. Las tiendas con sus aparadores llenos de productos. Ahora el semáforo verde, ahora rojo, mientras los peatones cruzaban como locos o quedaban parados en el acto según el color. La sociedad en el estado más puro, de la cual formaba parte, pero que lo asfixiaba.

—No por mucho tiempo —dijo en la soledad de su vida—. Solo me queda hacer una cosa más y mi paso por este mundo habrá concluido.

Javi cogió su móvil, y todavía mirando la vida a través del cristal, marcó el número de Iván. Se lo explicaría todo, pues no podía abandonar este mundo con un secreto que lo quemaba. Solo deseaba que él y Lucía lo perdonaran. Saltó el buzón de voz y dejó su confesión grabada. De hecho era mejor así, pues no sabía si sería capaz de explicar su miserable comportamiento sabiendo que Iván lo escuchaba. Cuando este recibiera el mensaje, él ya estaría de camino a una existencia llena de paz.

\*\*\*

—¿Para esto me has hecho venir de Nueva York? —gritó el padre de Gina con ojos desorbitados, se levantó del sofá—. ¡Como si no tuviera más cosas que hacer que estar pendiente de una malcriada!

Gina, que no se esperaba ese arranque de furia, tragó saliva. Jamás había visto a su padre enfadado de esa manera. Normalmente lo había visto ponerse furioso con sus empleados más vagos, pero con ella jamás de la vida.

La mujer se levantó del sofá con la perplejidad grabada en su rostro. Se acercó al hombre y lo acarició en el brazo.

—Pero papá...

—¡Ya basta Gina! —Se pasó la mano por su rostro lleno de arrugas con gestos desesperados y llenos de impotencia—. Hasta aquí hemos llegado, ya he tenido bastante.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes hija, que se acabó... *finito*.

Gina no sabía a qué se refería. Nunca en la vida le había negado nada y ahora esa

actitud la desconcertaba, y también la asustaba.

—¡Solo te he pedido que destruyas a Iván! —Puso las manos en las caderas er actitud prepotente—. Que conviertas su vida en un infierno, que lo arruines. Con el poder que tienes lo conseguirás en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No!

El hombre, de pronto, se sintió muy mayor, más de lo que en realidad era, y se volvió a sentar, pues estaba cansado de Gina y de sus caprichos sin sentido. Se había equivocado al educar una hija que vivía sumergida en la abundancia, en desear y tener. Y si no podía poseer su objeto de anhelo, se dedicaba a destruir. Pero esa situación tenía que cambiar, su hija debía cambiar. En el pasado había cerrado los ojos a lo evidente, porque había pensado que con la edad cambiaría y que las niñerías cesarían. No obstante, había sucedido lo contrario. Además, cada día era más exigente, más caprichosa y, con pesar, admitía que se estaba transformando en un ser despiadado. No podía tolerarlo, de modo que intentaría solucionarlo; tenía ya una idea en mente. Sería duro, pero, al fin y al cabo, era la única medida posible para que ella valorara a las personas y comprendiera que en la vida había luchar para salir adelante, y que no todo el mundo podía disfrutar de una existencia dorada como la suya.

—Gina... —El hombre suspiró antes de continuar—. Mira en qué te has convertido, mejor dicho... en que te he convertido, pero se acabó, hija. Lo que voy a hacer a continuación me va a doler en el alma, con todo, algún día me lo agradecerás.

A Gina no le gustaron las palabras ni el tono de su padre. Corrió a su lado, se arrodilló y le cogió una mano. Ella inclinó el rostro hasta que quedó acunado en la palma de su padre.

—Papi... —La mujer empezó a sollozar como una niña desamparada, con esta treta siempre conseguía ablandar a su padre.

—No, Gina —sentenció su padre acariciando con la mano libre el cabello de ella con actitud cariñosa y de pesar—. Tus lágrimas no me harán cambiar de parecer.

La joven mujer no le hizo caso y siguió llorando a lágrima viva. El hombre ya tenía los pantalones humedecidos debido al llanto. Su corazón se sentía tentado a sucumbir de nuevo al desconsuelo de su hija, pero se mantuvo firme en su decisión, debía ser fuerte, quería lo mejor para su hija y había que dar el paso.

—Voy a desactivar todas tus tarjetas y cuentas bancarias. —Ella seguía empecinada

en llorar, el hombre respiró hondo y prosiguió con la determinación de que hacía lo mejor—. Este apartamento lo pondré a la venta. Te doy un mes de plazo para que busques un lugar acorde con tus nuevas posibilidades económicas. —Sus palabras sonaban firmes y en ningún momento titubeó al pronunciarlas—. Si en un mes aún no te has marchado de aquí, se te sacará a la fuerza.

Gina dejó de llorar en el acto. Alzó la cara y miró a su padre a los ojos. Las lágrimas ya no bañaban sus pupilas, ahora eran dos enormes círculos azules que desprendía furia helada por todos costados.

—¡Tú no puedes hacerme eso! —gritó enloquecida, al borde de un ataque de nervios—. No soy una niña pequeña a la que necesitas castigar, soy una mujer y si no quieres ayudarme a destruir a Iván y a Lucía encontraré a quien quiera hacerlo, siempre gano.

Su padre ignoró sus palabras y reafirmó su sentencia.

—Ya no más Mercedes, ni Armani, ni Chanel, ni viajes... ¡se acabó! —Se levantó con brusquedad con intención de dejar la conversación por terminada—. Te buscas un trabajo decente y vives según tus posibilidades, ya he tenido bastante. No quiero ver cómo te destruyes por culpa de mi dinero.

—¡Me niego, me niego rotundamente! Eres odioso, el padre más odioso de todos. —Entornó los ojos a modo de advertencia—. Si te atreves a hacerme esto te juro que no volveré a dirigirte la palabra.

El hombre sacudió la cabeza y la miró con pena. Estaba seguro de que su hija cumpliría sus amenazas. No obstante, con el tiempo cambiaría de opinión. Cuando ella aprendiera lo bueno que tiene la vida y apreciara a valorar las cosas, entonces regresaría siendo una mujer diferente. Intentó acercarse a ella para darle un beso de despedida. Sin embargo, lo rehusó mientras lo insultaba. Entonces el hombre dio media vuelta y se marchó. Oyó cómo Gina lanzaba objetos contra la puerta que acababa de cerrar. Trozos de cristales y porcelanas caían al suelo en medio de maldiciones que la mujer dirigía a su padre.

Y el hombre se fue, con la esperanza de que su hija cambiara.

\*\*\*

Perry, el investigador que pertenecía al cuerpo de los Mossos d'Esquadra, telefonó a Iván para informarle de que su tía Federica se encontraba ingresada. Le relató en el estado en que encontraron a su tía, Iván temió lo peor, pero el susto del principio se convirtió en alivio cuando le explicó que estaba viva y recuperándose lentamente.

De hecho, hacía días que sospechaba que su desaparición no era casual. Para él, su tía era como otra madre, al igual que Marta, ambas habían sustituido tan bien a la figura materna que nunca había encontrado a faltar a la verdadera. Tan pronto le dijeron en qué hospital se encontraba, se duchó, afeitó y vistió y recuperó algo del aspecto perdido. Después de tantos días acurrucado en un rincón, bebiendo sin control, y lamiéndose las heridas, ya iba siendo hora de volver a la vida que había dejado. De nada servían las lamentaciones y los reproches de lo que podría haber sido y ya no sería. No había vuelta de hoja, si bien nunca más volvería a ser el mismo, eso ya lo daba por hecho. Pero por su hijo, aún no nacido, valía la pena intentar recuperar el control de su futuro para ofrecerle lo mejor. Porque él pensaba ejercer de padre al cien por cien, y Lucía no se lo impediría. Doliera a quien doliera, él era el padre y eso no cambiaría jamás.

Iván caminaba con premura por los pasillos del hospital. Por fin encontró la habitación donde estaba su tía y entró. Un sol apagado de otoño se colaba por la ventana, el ambiente era sereno y tranquilo, algo que Iván agradeció. Partículas diminutas suspendidas en el aire brillaban igual que pequeñas estrellas, moviéndose con lentitud en el ambiente.

A pesar de todo, Iván no tenía el cuerpo para estallidos de alegría y felicidad. Su tía dormía apaciblemente en la cama y a duras penas pudo esbozar una leve sonrisa en los labios cuando la vio. Su corazón irradiaba felicidad por tenerla allí delante, viva y dispuesta a plantarle cara a la vida, sin embargo, esa alegría interna no podía exteriorizarla; era como si las ganas de reír a carcajadas se le hubieran olvidado.

Se acercó a la cama y apretó los puños al ver las marcas y los morados de la tremenda paliza que había recibido. Ella jamás había dañado a nadie, por lo que no concebía en su mente tanta crueldad. «¿Quién puede haber sido el salvaje desalmado que se ha ensañado de esta manera, y con tanta brutalidad?», se preguntó.

Cogió una silla y la arrastró al lado de la cama. Federica, muy sensibilizada en cuerpo y alma, y dominada por un miedo atroz, se sobresaltó. Iván se apresuró a tranquilizarla cogiéndole la mano; se maldijo en silencio por no levantar la silla en

vez de arrastrarla.

—Tía... —susurró el hombre con cariño mientras le acariciaba la mano—, soy yo, Iván.

El rostro de Federica adquirió tranquilidad al oír la voz conocida de su amado sobrino. Poco a poco, fue enfocando la mirada enturbiada por el miedo. Sentir su mano, que la acariciaba con suavidad, fue como una llave que abriera la puerta, para que torrentes de lágrimas circularan mejilla abajo. Prorrumpió en sollozos incontrolables por la tensión de tantos días, por el miedo que tenía a las cosas tan ínfimas de la vida. Iván, por su parte, creyéndose culpable por el llanto, empezó a besarle el dorso de la mano.

—Tía, no llores, perdóname —suplicó con el corazón encogido—. Por favor, no llores, me duele verte así.

Federica respiró con profundidad y recuperó la calma.

—Iván... —Levantó una mano y le acarició la mejilla—. Iván, mi querido niño.— Sacudió la cabeza—. Tú no me haces llorar, no eres el culpable de estas lágrimas.

Federica se las limpió con las puntas de los dedos. Miró el rostro del hombre y quedó impactada, pues estaba demacrado y sin vida. Además, sus azules ojos eran auténticos charcos de tristeza y no brillaban como la última vez que los viera, llenos de felicidad y paz. De pronto tomó conciencia de que Lucía no lo acompañaba, y los temores de que Alberto se hubiera salido con la suya, casi la dejan sin aliento. Tragó saliva, hasta le daba miedo preguntar.

—¿Iván, y...? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta. Él se mantuvo en silencio. Escondió la mirada, no quería que viera su dolor—. ¡Mírame, Iván!

Él se negó a levantar la mirada y empezó a respirar entrecortadamente. «¡Por Dios, solo de escuchar su nombre se me llenan los ojos de lágrimas!».

Federica cogió la barbilla de Iván y lo obligó a que enfrentara su mirada. El cuerpo de la mujer se tensó, pues su sobrino estaba a un suspiro de que se le desbordaran las lágrimas. Él, que jamás había llorado por nada, ni con las regañinas y castigos que se ganaba por su increíble tozudez, cuando era niño y quería salirse con la suya, costara lo que costara. Nadie lo detenía en sus caprichos y afirmaciones infantiles. Ni en la escuela podían con él. De pequeño, no aceptaba críticas, ni un *no* de nadie, aunque desembocara en crudos enfrentamientos debido a su rebeldía. Sin embargo, nunca consiguieron que las lágrimas circularan por sus mejillas.

—¿Y Lucía? —se atrevió al fin a preguntar ella.

—No lo sé —murmuró—, supongo que en casa de sus tíos.

Hubo un silencio roto por el leve pitido de un espectrómetro digital.

—Dime qué demonios has hecho.

Hubo más segundos donde reinó el silencio. Si se aguzaba el oído se podía oír el bullicio de gente en un constante ir y venir al otro lado de la puerta.

Iván se cargó de valor, sabía que no podría esconder la verdad a su tía.

—La eché de casa —contestó al fin.

Federica suspiró abatida, su sobrino se había atrevido a cometer una injusticia. Sus ojos eran dos bolas de hielo picado, se incorporó e Iván la ayudó, le dobló la almohada para que ella se recostara con comodidad en la cabecera de la cama.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? —Miró a su sobrino en actitud de reproche—. ¡Esa chica está embarazada! —Bufó pensando en Lucía y en lo mal que lo debía estar pasando en su estado—. Eres un sinvergüenza, Iván, ¿es que los hombres no sabéis pensar con la cabeza?

Él intentó hablar, defenderse aun sabiendo que no había argumentos que pudieran sostenerse.

—¡Cállate y no me interrumpas! —le cortó su tía con la voz de la autoridad al ver que abría su boca—. Tendrías que haber confiado en ella cuando la encontraste en los brazos de Javi. Me reafirmo, eres un sinvergüenza, un rematado sinvergüenza. No sé cómo te has atrevido a echarla sin más. ¿Lo que compartiste con ella no significa nada para ti?, ¿o es que te crees que todas las mujeres son como esa caliente braguetas de Gina? Mereces el desprecio de Lucía para siempre, si yo fuera ella no dejaría que te acercaras a mí en la vida.

A Iván le iba la mente a cien por hora. No entendía nada y se levantó de la silla de un golpe. Arrugó las cejas mostrando su incredulidad. Su tía no podía saber lo que había sucedido, era imposible del todo, pues ella estaba desaparecida y en coma cuando todo ocurrió.

—¡No me mires así! —gritó la mujer con una mueca de dolor. Hasta gritar le producía un agudo malestar en toda la cabeza—. No soy adivina, de eso puedes estar seguro, pero te juro por mi vida que Lucía no es culpable de nada. Fue víctima de un vil engaño entre el demonio de tu padre y esa lagarta de Gina.

Iván la miró como si su tía estuviera loca. «Tal vez la paliza... quizá aún esté

confundida», reflexionó, intentando encontrar una explicación coherente a unas acusaciones sin sentido. Federica le leyó la mente.

—No estoy loca, Iván. Los golpes no me han dejado ninguna secuela, de eso puedes estar seguro. —Esbozó una sonrisa antes de añadir con tono autoritario—. ¡Estoy bien cuerda!

—Entonces alguien te ha informado. —Se volvió a sentar en la silla—. Marta no ha podido ser, ella no sabe toda la historia, ya que le conté lo justo. —Guardó unos segundos de silencio apoyando las manos en las rodillas. No tenía ni idea de quién se lo podía haber contado—. ¿Quién cojones te ha hablado de eso?

—Nadie... —mencionó en un hilo de voz. Cerró los ojos, le dolía tanto recordar aquel día; sin embargo, tenía que ser fuerte. Ya iba siendo hora de que se supiera la verdad, y no escondería nada—. Todo fue un plan de Alberto y de Gina. Fui al despacho de tu padre el día que desaparecí y los escuché hablar del plan. —Hizo una pausa y miró a su sobrino. Su rostro era inexpresivo, igual que el de una estatua de cera—. Javi tiene graves problemas de dinero por culpa de las drogas y el alcohol. Tu padre lo chantajeó y tu amigo le suministró a Lucía algún tipo de sedante o somnífero para tenerla dócil en sus brazos y que pareciera lo que no era. Pero tuve mala suerte y Alberto me alcanzó antes de que te avisara. —Su voz temblaba y su mano empezó a estrujar las sábanas—. El resto puedes imaginártelo... intentó matarme. Aún no le he contada nada a Perry, porque quería que fueras tú el primero de saberlo, pero tengo pensado hacer una declaración.

Iván se quedó más desvaído de lo que estaba cuando entró. Se levantó sin apartar la vista de su tía. No mentía, sus ojos tristes, su desesperación... todo encajaba. Empezó a pasearse por la habitación con las manos en la cabeza y ordenó sus confusos pensamientos. Su respiración se atascaba, quería respirar y no podía. Por su mente se sucedieron las imágenes de la noche en que encontró a Javi y a Lucía juntos. De pronto vio las cosas claras. Ella le había dicho que no sabía lo que había sucedido y era verdad, pues la habían drogado. Lucía nunca lo traicionaría, pues no encajaba con su extraordinario modo de ser. Y Javi, aquella noche, era la sombra del hombre que fue. Tan solo con evocar la cara atontada de Lucía por el efecto del somnífero, y la de Javi totalmente destrozado, tendría que haber deducido que algo no iba bien. Pero su orgullo masculino pudo con él e impidió que viera más allá y sus ojos le habían engañado.

«¿Y ahora qué?, no me perdonaré jamás, y bien me lo merecería, por imbécil. ¿Cómo me voy a presentar delante de Lucía para pedirle perdón, cuando lo más seguro es que ella esté destrozada y me odie», pensó con la respiración aún acelerada. Rio, pero fue una risa carente de humor, más bien era de impotencia por su comportamiento. «Nunca más confiaré en mí, ni en mis palabras cuando le repita hasta a la saciedad que la amo, seguro que se niega a escucharme».

Federica miraba cómo su sobrino se paseaba delante de la ventana, en medio de las partículas brillantes a causa del reflejo del sol. A la mujer se le encogió el corazón, pues era evidente, incluso a simple vista, la consternación que lo comprimía como un yugo. De poco serviría que ella lo consolara, porque las verdades, por muy crudas que resultaran, tenía que saberse y actuar en consecuencia. Dejó que sacara sus propias conclusiones, sabiendo de antemano que el dolor sería insoportable y de difícil digestión. Lucía, la mujer que él amaba, no era, ni por asomo, la traidora que creía. Y al padre que quería no le había importado destrozarlo para salirse con la suya. Y Javi, su fiel amigo, estaba demasiado derrotado para recapacitar sobre lo que hacía.

Iván se acercó al pie de la cama y agarró la baranda con fuerza. Federica no le quitaba ojo de encima, sufría por él y por ella misma. Pero no todo estaba dicho todavía, aún quedaba otra verdad; tal vez la más difícil, porque esa, por desgracia, no tenía solución. Se cargó de valor, dado que Iván ya nunca más volvería a ser el mismo y nunca más respetaría a su padre.

—Hay más, Iván —dijo en un quebradizo murmullo.

Él la miró un instante como si hubiera entendido.

—¿Más? —Abrió los ojos y negó con la cabeza—. No, no creo que pueda aguantar más.

—Me vas a tener que escuchar. Se trata de tu madre y de cómo murió. ¿Nunca te has preguntado por qué tu padre jamás quiso que supieras nada de ella? —Suspiró—. ¿De verdad nunca te lo preguntaste?

Iván apretó la mandíbula y se resignó.

—Papá nunca me hablaba de ella.

—Anda, ven y siéntate aquí a mi lado —pidió, sacudiendo el colchón con la palma de la mano.

El hombre se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de su tía. Su cuerpo

temblaba, él sabía que no era de frío, sino de miedo.

—Cuando vayas a casa quiero que le pidas a Marta que te dé dos cartas. Lo harás ¿verdad? —le preguntó, acariciando la mejilla de su sobrino.

Él asintió, derrotado.

—Sí, lo haré, pero aún no entiendo de qué va todo esto.

—Esas cartas confirmarán lo que yo te voy a contar... —Apretó los labios, intentando encontrar la mejor manera de decirlo. Pero se dio cuenta muy rápido de que ni las más dulces palabras disfrazarían una verdad amarga—. Iván, esas cartas son la prueba de que tu padre mató tu madre.

Él la miró sin pestañear, e intentó encontrar algo en los ojos de la mujer que le indicara que todo aquello era una broma, o una locura pasajera. No obstante, las pupilas de Federica eran transparentes y claras como la verdad.

—Tía, esto no me hace ninguna gracia. Sé que papá y tú no tenéis buena relación....

—No te estoy mintiendo —le interrumpió—. Ya sé que es difícil de creer, y más teniendo en cuenta la buena relación entre vosotros dos en el pasado.

—No te estoy diciendo que mientas, simplemente que estás deduciendo cosas que a lo mejor no tienen fundamento —especificó. Trató de levantarse de la cama, pues estaba demasiado nervioso como para estarse quieto en un lugar durante mucho tiempo. Pero Federica se lo impidió agarrándole con fuerza la mano.

—Escúchame, esto es muy difícil para mí. María y yo estábamos muy unidas. Ni yo misma me lo creí cuando lo descubrí. Tardé años en asumirlo. Años, Iván, unos largos y dolorosos años. —Suspiró con mucho pesar—. ¿De dónde crees que sacó el dinero tu padre para fundar la empresa?, dime, Iván, ¿de dónde?

—Siempre supuse que era suyo, él es el fundador, lo daba por hecho.

—Lo sacó de la herencia de mi hermana. Una vez se hubo gastado el capital empezó a maltratarla. Ella me escribió una carta que yo recibí demasiado tarde. —Federica alargó la mano para alcanzar el vaso de agua de encima de la mesita. Iván la ayudó. Ella miró el agua durante un rato y las lágrimas empezaron a recorrer las mejillas amoratadas de la mujer. El vaso empezó a temblar entre sus dedos.

—Tía, bebe un poco y cálmate —le sugirió; le acercó el vaso a los labios.

—María no entendía por qué yo no la iba a buscar, y una noche, llena de desesperación, huyó de la casa contigo en brazos —continuó relatando por mucho que le doliera—. Alberto la sorprendió y le dio una tremenda paliza. La amante de tu

padre estaba presente y entre los dos simularon que se había caído por las escaleras. Todo el mundo les creyó, hasta yo misma. Pero un día, revisando muebles viejos, encontré una carta, que la criada que mis padres tenían por aquel entonces, nunca me entregó. No creo que lo hiciera intencionadamente, supongo que la guardaría para dármele más tarde, pero se le debió olvidar... no encuentro otra explicación, además, está muerta y no puedo averiguarlo.

Iván se levantó y esta vez Federica no pudo impedirlo.

—¡Es tan difícil de creer! —exclamó Iván, perplejo—. ¡Esto debe ser una pesadilla, tiene que ser una pesadilla! —Empezó, otra vez, a pasearse arriba y abajo.

Federica dejó el vaso en la mesita y con mucho esfuerzo se sentó en el borde de la cama. Dejó que las lágrimas brotaran, ya que era incapaz de detenerlas. El hombre giró el rostro, su tía se encontraba sentada con los pies colgando. Los hombros se sacudían a causa del llanto. El cabello castaño oscuro de detrás de la cabeza estaba aplastado debido a las largas horas que pasaba en la cama. La imagen lo conmovió y lo entristeció. Saber que ella había sufrido en silencio lo cabreaba. Sabía que no mentía, pues su sentido común y su intuición le decían que contaba la verdad.

Iván se acercó a Federica y se sentó a su lado. La envolvió en un reconfortante abrazo, ella dejó caer la cabeza en su hombro y se abandonó al llanto; buscaba un desahogo que no había encontrado después de tantos años. Al cabo de un rato, se calmó, entonces Iván se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo entregó para que se secara el rostro anegado de lágrimas.

—No sabes lo que sentí —empezó a explicar ella, exhaló una bocanada de aire—. Se me cayó el mundo encima. Fui a hablar con un abogado, pero por desgracia el crimen había prescrito y me decía que era muy difícil de demostrar.

—Tía, lo que me dices cuesta mucho de creer, papá es muchas cosas, pero, ¿un asesino?

—Lo es, y me lo confirmó la enfermera, una tal Sofía López, que tu padre tenía para cuidar a tu madre, eran amantes. Contraté a un detective y no paré hasta localizarla. La mujer había cambiado de nombre y se había marchado lejos presa del pánico. Conseguí arrancarle una confesión, aunque sabía que no valdría nada, pensé que, tal vez, algún día la necesitaría. Marta tiene la carta de María y la declaración de la enfermera. No miento, jamás me inventaría una cosa así por mucho que odie a tu padre.

Iván tuvo la impresión de que toda su vida había sido mentira, era como si su pasado se desvaneciera delante de sus ojos y no pudiera retenerlo. Todo en lo que él creía no se sostenía; parecía tan irreal, tan de ciencia ficción, que por unos segundos creyó estar en el cuerpo de otra persona. Pero no. Era su cuerpo, su vida, su pasado, su historia... Ya no podría mirar a su padre a los ojos sin sentir repulsión; de eso estaba completamente seguro.

—Ya sé que no mientes —manifestó el hombre, apretando con cariño el hombro de su tía. Ella era demasiado honorable, incapaz de inventar unas falsedades tan crueles, pues no tenía necesidad. Además, aunque no existieran las cartas que demostraran que no mentía, él la hubiera creído porque así su corazón se lo sugería—. Anda, vuelve a tumbarte y descansa. —La ayudó a acostarse y la tapó hasta la cintura. Después le besó en la frente—. Tengo que irme, pero volveré. No quiero que te preocupes por nada. Me aseguraré de que tengas vigilantes en la puerta, mi padre no te lastimará más.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó con preocupación.

—No lo sé.

—Iván, no comentas ninguna estupidez.

—No, tía. —Le dedicó una cariñosa sonrisa—. Tengo mucho por lo que vivir.

Federica contempló cómo su sobrino desaparecía por la puerta. Si bien antes se había mostrado calmado, estaba segura de que en su interior debía estar desatándose la peor de las tormentas. Rezaría para que no se equivocara en las decisiones que tomara a partir de ese momento.

La puerta no tardó en abrirse dejando paso a un Álex radiante de felicidad. Federica lo recibió exultante, pues los dos se sentían como dos enamoradizos adolescentes, demasiados felices para esconderse de las miradas. Ya era bien sabido por todo el hospital el romance de la pareja. En ningún momento intentaron esconder sus sentimientos, conscientes de la edad avanzada que tenían. Los años corrían demasiado deprisa y no había tiempo que desperdiciar en coqueteos y flirteos.

Álex se sentó al lado de ella y le dio un ligero beso en los labios.

—¿A quién he besado, al doctor Roca o a mi querido Álex? —preguntó con un deje burlesco Federica; si una cosa hacía ese hombre era diluir todas sus tristezas.

El hombre rio antes de contestar.

—En estos momentos soy el doctor Roca. —Sonrió con picardía—. Pero pronto

esta horrible bata desaparecerá y dejará paso a un Alex muy travieso.

—¿Es así como saludas a todas tus pacientes femeninas, doctor?

—Solo a una —pronunció sin titubear.

Alex examinó el rostro de la mujer. Por mucho que se esforzara en estar contenta, sus ojos revelaban otra cosa. Era evidente que había llorado, supuso que tenía que ver con el hombre joven que había visto salir de la habitación antes de entrar él. Empezó a atar cabos, no dudó en preguntar.

—El muchacho que he visto salir debe ser Iván, tu sobrino del que tanto me has hablado, ¿me equivoco?

Federica dejó de sonreír, se incorporó y Alex la ayudó a acomodarla.

—No, no te equivocas.

—Estaba igual de desolado que tú.

—No es para menos.

El doctor suspiró. Sabía parte de la historia, ya que Federica no le había contado mucho más. Él tampoco preguntó, sabiendo que si ella quería que lo supiera todo ya se lo explicaría por iniciativa propia. Cogió sus manos entre la suyas.

—Los secretos han salido a la luz —dijo ella—. Nunca me preguntaste qué escondía cuando exigí que avisaran a mi sobrino y a nadie más.

—Ya me los explicarás en nuestro viaje de bodas.

Ella lo miró confundida, debía haber oído mal.

—¿Qué?

Álex se metió la mano en el bolsillo. Extrajo un pequeño estuche de terciopelo negro.

—Sé que este no es el momento, pero no puedo esperar más. —Abrió la cajita—. Quería invitarte a una romántica cena una vez te hubiera dado el alta, pero lo primero que quiero hacer, cuando salgas de aquí, es casarme contigo. ¿Qué me contestas?

Federica observaba el verde esplendoroso de la diminuta esmeralda de forma ovalada del anillo. Lo tocó con las puntas de los dedos, jamás había pensado en casarse, esas ideas se las dejaba a las generaciones jóvenes. Levantó la vista y se cruzó con los ojos color canela del hombre, que le suplicaban un *sí*. A pesar de que tenía la cara llena de arrugas, el cabello blanco y un rostro tremendamente rústico, ella lo encontraba guapo. Además, le despertaba sentimientos que creía muertos debido a su edad. Le sonrió y él se la devolvió.

—¿Y por qué no?, tenemos derecho a casarnos seamos jóvenes o mayores —  
sentenció Federica, dispuesta a disfrutar los años que le quedaran.

La pareja se abrazó muy fuerte, se sentían felices y estaban dispuestos a luchar por su amor. La vida les brindaba otra oportunidad, y por lo más sagrado que la iban a aprovechar.

—Me han dicho que las esmeraldas tienen el poder de ahuyentar miedos y angustias, que calman y tranquilizan. —Sacó el anillo y se lo introdujo a Federica en el dedo—. A partir de ahora mismo empiezas a vivir otra vida mucho más tranquila, de eso me encargaré yo.

Federica lloraba y reía a la vez, incapaz de aguantarse.

—¡No sé cómo me lo hago pero siempre acabo llorando!, primero de tristeza y ahora de alegría. —Abrió la palma de la mano y la alzó por encima de sus ojos para poder contemplar el anillo en la distancia, y brillaba esplendorosamente—. Es precioso, no me lo voy a quitar nunca.

—Eso espero.

Se besaron hasta que una inoportuna enfermera los interrumpió.

\*\*\*

Iván estaba apoyado en el capó del automóvil. Tenía que serenarse antes de acudir a ver a su padre. Los recuerdos aletargados durante años brotaban sin control. Avivaban el fuego que ardía en su interior, como si fuera viento alimentando un enorme fuego en las montañas que se atreve a quemar la vida a su paso. Toda reminiscencia banal, que no había creído importante, en aquel instante cobraba un sentido muy profundo en su interior. Las fotos de su madre que su padre mandó quitar. El día que su padre sorprendía a tía Federica hablar de su madre con él cuando apenas era un crío. La manera violenta en que su padre se enfadó, llegándole a prohibir que se quedara a solas con su hijo. Sin embargo, su tía, tan tozuda como él mismo, hizo oídos sordos a las amenazas. Todo eso había cobrado un sentido diferente. Las cartas que ahora tenía en el bolsillo, le estaba corroborando todo lo que su tía le había contado, sobre todo en la carta de su madre.

Se trataba de un trozo de papel insignificante y amarillento, un trozo de papel con

tan solo apenas unas líneas escritas, pero llenas de significado. Letras escritas con prisas, con trazos irregulares y temblorosos. Todo ello daba fe de la desesperación de su madre, pues no era una carta formal, típica, sino un mensaje de socorro que nadie escuchó. Solo necesitó de una lectura para que se le quedara grabado en la memoria, no lo olvidaría jamás.

Una vez se hubo calmado subió al coche. Se dirigió a la zona portuaria, y, mientras esperaba a que un semáforo se pusiera en verde, las palabras de la carta empezaron a resonar en su mente como el murmullo de un eco agonizante.

*Federica, estoy desesperada. Ven a buscarme, por favor, sácame de aquí. No creo que pueda aguantar mucho más. Alberto se ha vuelto loco, me pega, me insulta y no para de decirme lo inútil que soy cuando le ruego que no me haga más daño, pero no me escucha. Federica, ayúdame, no puedo escaparme sola, el muy desgraciado ha contratado a una enfermera alegando que estoy loca. Creo que él y Sofía López me meten medicamentos en las comidas. Estoy desesperada, Alberto me ha negado ver a mi pequeño Iván, no sé dónde está mi hijo ni con quién. Intentaré encontrar a alguien para que te envíe esta carta. No tardes, por lo que más quieras, no tardes, enseguida que la leas ven a Barcelona para sacarme de esta pesadilla.*

Iván podía sentir en carne propia la desesperación de su madre y la impotencia de su tía cuando leyó la carta. El claxon de los coches de detrás, y algún que otro insulto, lo sacaron con brusquedad de sus pensamientos. El semáforo ya estaba verde hacía rato, por lo que emprendió la marcha y se obligó a prestar toda su atención a la conducción, si no quería sufrir un accidente.

Llegó al rascacielos Construcciones Mayer y subió al despacho, pero no al suyo, sino al de su padre. Fue directo, sin entretenerse en las personas que le pedían toda su atención, pues estaba poseído por el dolor, el engaño y la mentira, y todo junto formaba un cóctel explosivo. No sabía qué pasaría cuando hablara con él, sin embargo, una cosa tenía segura: bajo ningún concepto se acercaría a Lucía y a su hijo. No podía perdonarlo, todo lo que había hecho era demasiado cruel como para dejarlo en el olvido. Solo esperaba que cuando su tía lo denunciara se pasara años en la cárcel, que era donde debería estar desde hacía años.

Entró en el despacho y cerró la puerta tan fuerte que hasta el suelo tembló bajo sus pies. Su padre alzó la vista de los papeles que estaba revisando. De pronto, otro tipo de recuerdos embargaron la mente de Iván: su padre jugando a pelota con él,

ayudándole con los deberes del colegio, enseñándole a afeitarse... uno a uno pasaron por sus pensamientos. Si bien todos quedaron ahogados por otros no tan hermosos. «¿Algún día podré perdonarte?, lo dudo». La confianza y la camaradería del pasado ya se habían evaporado. La desconfianza y el odio eran demasiado fuertes, de todos modos intentaría separar los buenos recuerdos y los atesoraría en su mente. Cuando el odio no fuera tan doloroso quizá podría evocarlos sin que el alma se le desgarrara.

Iván se apoyó en la puerta antes de hablar.

—¿Sabes de dónde vengo? —le preguntó a Alberto con una dura entonación en la voz.

Este, que no se había movido de su sillón, supo que se avecinaban problemas.

—No, no sé de dónde vienes —le contestó, apoyando las manos en el borde del escritorio, para impulsar su asiento con ruedas hacia atrás.

Iván lo contempló antes de seguir. Ahí sentado, con aspecto impecable e intimidatorio, de pronto se vio reflejado en su padre. Duro de sentimientos, capaz de recurrir a lo que hiciera falta con tal de salirse con la suya, sin importar que con ello dañara a gente buena y honrada, porque el dinero y el poder eran el centro de su existencia. Negó con la cabeza. «¿En verdad he sido así?». Sintió repulsión por él mismo, y reconoció que si Lucía no se hubiera cruzado en su camino y no hubiera actuado como su ángel de la guarda, también hubiera llegado a viejo siendo una copia de su padre. «¿Hubiera sido capaz de matar, en el caso de que lo hubiera necesitado, para ganar más poder y dinero?». Iván tembló solo de pensarlo, pero se prometió que lucharía por ser lo contrario de lo que era su progenitor y dio gracias al cielo por que hubiera gente como Lucía, ella le había dado tanto, y él en cambio...

—Vengo del hospital, de ver a tía Federica, he tenido una conversación muy interesante con ella. —En ningún momento apartó la mirada de su padre. Quería ver su reacción, tenía la esperanza de ver la chispa de arrepentimiento cruzar por sus ojos. Pero quedó en eso, en un deseo, porque lo que vio fue un brillo maligno.

—¿Ha aparecido? —preguntó, con un tono que parecía más bien burlón.

—Sí, ha aparecido. —Le costó, pero consiguió sonreír—. Y está viva, y consciente, y con muchas ganas de hablar y explicar qué es lo que pasó. Los médicos dicen que es un milagro que haya sobrevivido. Ahora entiendo tus prisas por macharte cuando te pregunté por ella la última vez que la viste.

Alberto se levantó del sillón con lentitud, como si no le importara lo que le decía su

hijo, aunque solo era apariencia, pues por dentro rabiaba desesperado. «Federica está viva, ¡no me lo puedo creer!», pensó. El anciano se acercó a Iván, no obstante, guardó una distancia prudencial, porque el tono medio socarrón y acusatorio que había empleado hasta el momento su hijo, le revelaba que lo sabía todo.

—Todo lo que hice lo hice por ti —afirmó Alberto, sabiendo que de nada serviría negarlo. Se mantuvo erguido cuan largo era sin que su expresión o tono de voz revelaran pesar por sus acciones—. Es lo único que puedo alegar en mi defensa —sentenció, encogiendo los hombros.

Esa frialdad dejó a Iván fuera de combate durante unos segundos. Su padre se había convertido en un auténtico desconocido para él, ya que parecía no tener sangre en las venas, más bien circulaba hielo por ellas. Lo miró regañándose por no darse cuenta mucho antes de cómo era en realidad. Atajó la distancia que los separaba, se quedó a dos palmos de tocarlo. A Iván no le intimidaba para nada el mal carácter de su padre, ni ahora, ni nunca.

—¡No me vengas con esas! —explotó el hombre—, lo que hiciste lo hiciste por ti —siguió hablando mientras le golpeaba en el pecho con el dedo índice para dar más énfasis a su afirmación—. Soy tu hijo, ¡por el amor de Dios!, tu hijo... —Se detuvo buscando el aire que se negaba a entrar en sus pulmones—. Y no has tenido ningún reparo de sacar de mi vida con artimañas a la gente que yo quería, ¡escucha bien, que yo quería! —Dio un paso atrás, reprimiendo el impulso de golpearlo—. A Lucía, que es la mujer con la que quiero compartir el presente y el futuro, embarazada de mi hijo, y fuiste lo suficientemente cabrón para maquinar en su contra. Y qué me dices del indefenso Javi, te aprovechaste de sus debilidades en vez de ayudarlo. ¡Por ti lo hiciste, no por mí!, así que no me vengas con tonterías de que todo lo haces por mí. Ya no creo en nada de lo que me digas, no puedo creer en ti. Tus manos están manchadas de sangre, de la sangre de mi madre.

Alberto se mantenía impassible escuchándole. De acuerdo, su hijo lo sabía todo, sin embargo, él no se arrepentía de nada, e incluso volvería a hacerlo. Se acercó a su escritorio y sacó un puro de una cajita. Lo encendió con una tranquilidad pasmosa, regocijándose con ese acto de sus decisiones que, sin duda, para él, eran las acertadas. Aspiró con fuerza el habano, la brasa anaranjada prendió con rabia e Iván sacudió la cabeza, sorprendido por la desfachatez que demostraba.

—¡Escúchame, estúpido! —exclamó Alberto mientras expulsaba el humo de los

pulmones—. Construcciones Mayer es tanto tuya como mía. Lo que hice lo hice por la empresa y a ambos beneficia. Tendrías que estar agradecido de que yo demuestre tener más sentido común que tú.

Los movimientos comedidos de su padre mientras se fumaba el puro y esas afirmaciones tan absurdas, sacaron a Iván de sus casillas. «¿No existe ni una pizca de bondad en su duro corazón?», se preguntó en el más absoluto silencio. Era evidente que no, de modo que, decepcionado en lo más hondo de su ser, se acercó a su progenitor y de un manotazo le arrancó el habano de las manos.

—¡Esta maldita empresa se sostiene sobre el cuerpo sin vida de mi madre! —le dijo, cogiéndolo de las solapas de la americana al tiempo que lo sacudía—. Una empresa que se fundó gracias a un asesinato. —Lo miró con autentica repulsión—. ¿Sabes?, puedes quedártela porque yo no la quiero. —Lo soltó tan de golpe que se tambaleó, pero logró mantenerse erguido—. No te acerques a Lucía, ni a mi hijo cuando haya nacido. Por lo que a mí me respecta no quiero saber nunca más en la vida nada sobre ti.

Alberto lo observó con furia, mucha furia. Iván pudo apreciar cómo sus pupilas negras se agrandaban, de tal manera que parecían dos auténticos agujeros negros a punto de tragarse todo a su alrededor. Cualquier persona con un poco de sentido común se alejaría corriendo, ya que temería por su vida. Pero Iván no, él nunca huía, pues plantaba cara a lo que hiciera falta. Se mantuvo quieto y erguido, todos sus sentidos estaban a flor de piel, esperaban la explosión definitiva. Las aletas de su nariz se ensancharon a causa de la respiración agitada y de la tensión.

Y entonces pasó.

Con la expresión de un auténtico demonio, Alberto se abalanzó sobre su hijo con intención de darle la paliza de su vida. Era como si otro ser hubiera emergido del rincón más oscuro de su cuerpo. Se trataba de un monstruo sediento de sangre, con hambre de muerte y destrucción.

Alberto le propinó un puñetazo a Iván. Fue lo suficiente fuerte como para tambalearlo. Este se llevó la mano a los labios, herido en lo más hondo, notaba que el respeto que le había profesado en el pasado se quebraba para siempre. Lo miró con mucho odio, incapaz de creerse que el hombre de enfrente fuera su progenitor. Ni de pequeño le había pegado, ni tan solo le había levantado la mano. Por su parte, su padre, demasiado perturbado para pensar, se volvió a lanzar sobre él. El hijo rebotó

contra la pared, aun así pudo esquivar el siguiente golpe, por lo que el puño de Alberto dio de pleno en la pared, un gemido de dolor salió de su boca. Pero eso no lo detuvo y la pelea continuó.

A Iván le daba la impresión de vivir en una película de acción. Uno golpeando y el otro esquivando, al tiempo que el despacho, poco a poco, quedaba hecho un caos. Papeles por el suelo, sillas tumbadas, ni siquiera un bonito jarrón lleno de flores, que reposaba tranquilo en un rincón, se salvó de la destrucción. Alberto, debido a su edad, no pudo aguantar el ritmo y llegó un momento en que tuvo que detenerse a coger aire. Se apoyó en el escritorio, mientras bufaba con desesperación en busca de oxígeno. Su lujoso traje evidenciaba lo mucho que se había esforzado en la pelea.

Iván no estaba en mejores condiciones. Se mantenía apoyado en la pared, inclinado hacia abajo y con las palmas de las manos en los muslos. No salía de su asombro, pues podría haber tumbado a su padre con un par de puñetazos; sin embargo era incapaz, no podía. La verdad era que tenía ganas de golpearle, de desahogarse y hacerle pagar todo el daño que había provocado. Pero Lucía se había elevado por encima de la violencia y su sonrisa angelical había calmado una agresividad que no le llevaba a ninguna parte, solo a frustrarse más de lo que estaba. Levantó la vista, dispuesto a marcharse y no volverlo a ver nunca más. Sus ganas de ver a Lucía de nuevo y pedirle perdón, eran tan fuertes que ya nada más tenía importancia para él.

Iván observó por última vez a su padre, dispuesto a olvidarse de él para siempre.

—Estás loco —expresó Iván con desprecio, irguiéndose y dirigiéndose a la puerta para irse.

Alberto reaccionó y corrió hacia los cajones del escritorio. Iván ni siquiera prestó atención a la agitación que escuchaba a su espalda, pues lo traía sin cuidado. Sin embargo, la excitación del anciano era grande, abrió los cajones del escritorio con violencia, uno, y otro, otro más, hasta que dio con su objeto de deseo. En ese momento Iván estaba a punto de abrir la puerta, pero la voz amenazadora de Alberto lo detuvo en seco.

—¡Ni se te ocurra salir de aquí, o te disparo ahora mismo!

Iván apoyó la frente en la puerta. Sintió la madera rasposa y poco agradable que se pegaba a su piel ardiente. La furia se adueñaba de él y amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Escuchó con claridad el amortiguamiento metálico de una pistola, entonces un frío electrificante, nada agradable, recorrió todo su ser. Por un momento

estuvo a punto de abrir la puerta y largarse. Sin embargo, la prudencia de la situación lo hizo reaccionar, pues su padre le había demostrado de lo que era capaz; engañar y matar formaban parte de su esencia. La crueldad poseía su mente y había empezado a provocarle una locura peligrosa más propia de un asesino perturbado, peligroso y fuera de sí.

Iván se giró con lentitud. Su padre empuñaba una pistola semiautomática. El brillo plateado que refulgía en ella lo dejó mudo.

—¡No voy a permitir que corras tras las faldas de esa mujer! —exclamó Alberto, se acercó a su hijo con lentitud—. No te vas a casar con una mujer insignificante, que no está a nuestra altura y lo único que hará será entorpecer el avance de nuestra empresa. Por su culpa la carretera no se ha construido y hemos perdido millones.

—Ella no tiene nada que ver —aclaró Iván, sin quitar ojo a la pistola—. Yo tomé la decisión de reconstruir el pueblo, no ella.

—¡Influenciado por ella! —gritó—. A mí no me engañas. Nunca olvidaré los millones perdidos y la posibilidad desperdiciada de expandirnos en todo el mundo. ¡Nunca te lo perdonaré! Me has decepcionado. ¡Eres una vergüenza para mi apellido!

—Y qué vas hacer, ¿matarme? —le preguntó.

—Si es necesario... —le amenazó su padre con tono irónico sin tan siquiera pestañear.

Miró a su padre a los ojos para después volver a fijarse en la pistola. Le sobrevino una agria sensación en la boca al ser apuntado con un arma. El cañón lo señalaba, y la espera de no saber qué pasaría en los próximos segundos no era para nada agradable. Aun así no se daría por vencido, la posibilidad de morir en breves instantes estaba provocando que su mente buscara soluciones a la desesperada.

Una sonrisa satírica cruzó el rostro de Alberto, como un relámpago que anuncia muerte. Se acercó un paso más a su hijo, solo uno, pues le gustaba verle descolocado. Ya era hora de que aprendiera quién mandaba.

A Iván le corrían las gotas de sudor por la espalda. Su padre estaba loco, loco de remate, además dudaba que ese tipo de paranoia tuviera solución. Una persona que nace con la maldad circulándole por la venas jamás podría cambiar. Los sentimientos de amor, tolerancia o bondad no existían en su alma, no las conocía, ya que era incapaz de sentirlos o de ayudar a que afloraran. De modo que tomó una decisión a la desesperada, pues no quería morir, y menos de aquella forma. ¡Tenía tanto por lo que

vivir!

—¡Entonces, mátame! —le provocó Iván, acercándose a su padre hasta que el cañón de la pistola se incrustó en su vientre, buscaba que cometiera un error—. ¡Vamos, dispara, porque nunca dejaré a Lucía, nunca! —Rio con desprecio.

Alberto lo miró a los ojos, intentando leer en ellos el juego de su hijo, pero no lo consiguió. Bajó la vista a la pistola que aguantaba con firme determinación, se dio cuenta demasiado tarde de su error.

Iván aprovechó la oportunidad para cogerle la muñeca y alzarla hacia arriba. Todo ocurrió muy deprisa, los dos forcejearon, se desplazaron de un lado a otro, hasta que cayeron encima del escritorio. El teléfono quedó descolgado en el suelo, el pitido constante y molesto del aparato sonaba con fuerza. Sin embargo, ninguno de los dos hombres prestó atención, pues se debatían como animales en una feroz lucha: Iván por mantener la pistola alejada de su cuerpo y Alberto por acercarla. Sin embargo, la naturaleza entró en acción, porque la fuerza viril y joven de uno prevaleció por encima de la fuerza ya desgastada del otro; en consecuencia, Iván en pocos segundos lo desarmó. A pesar de que entendía poco de armas, se espabiló para encontrar la manera de vaciarla de balas, que se introdujo en el bolsillo. Tiró el arma al suelo como si quemara y se pasó la mano por la cara en un intento de asimilar todo lo sucedido. Concluyó que necesitaría tiempo mientras miraba el rostro pérfido de su padre, jurándose que sería la última vez.

—Me das lástima —declaró Iván con voz dura y clara.

Y sin añadir ni una palabra más se marchó. Sabía que había dejado atrás a un Alberto herido en su orgullo, supuso que eso bastaría para marcar un punto y final. En ningún momento sospechó que un animal violento y desgarrado en lo más profundo podía reaccionar muy mal ante su derrota, pues su padre volvía a confabular mientras se lamía las heridas.

Iván se dirigió al ascensor de igual manera que entró, sin prestar atención a la gente de su alrededor. Mientras esperaba, se dio la vuelta, pues quería ver por última vez el lugar donde desperdició tantos años. La gente lo miraba, estaban quietos, como maniqués en un escaparate. Le dio la impresión de que algunos aguantaban la respiración, como esperando que estallara en gritos. Una mezcla de miedo y desconcierto se reflejaba en los ojos de cada uno de ellos, de todos modos nadie se atrevió a preguntar. Supuso que la pelea se había escuchado por toda la planta; a esas

horas los WhatsApps de los empleados estarían echando humo de cotilleos y exageraciones por lo sucedido. Respiró profundo sintiendo desasosiego y alivio, porque ya no pertenecía a aquel lugar.

Entró en el ascensor con pensamientos renovados. Cogió el móvil de su bolsillo con intención de llamar a la tía de Lucía, ella le diría dónde estaba. Y no se equivocó. Carolina, al principio, se mostró fría pero, poco a poco, cuando se percató de sus intenciones, se mostró de lo más amable. Tenía que darse prisa, ya que Lucía y Abel se marchaban esa misma tarde. Y todo por su culpa, porque ya no eran aceptados en la comunidad y solo les quedaba empezar de nuevo en otro lugar. Se sintió como el mayor de los monstruos por dejar que algo así sucediera. De pronto el móvil sonó, informándole de un mensaje de voz. Era Javi y lo escuchó, su amigo le confesaba lo que ya sabía. Sin embargo, las últimas palabras lo dejaron preocupado, el muy estúpido quería suicidarse.

—¡Bufff, Javi! —prorrumpió entretanto marcaba el número de los Mossos d'Esquadra—. ¿Pero qué estás haciendo?

Llegó al apartamento de su amigo cuando los Mossos reventaban la puerta de acceso, entró junto a ellos. Enseguida que vio a Javi en medio de botellas de licor y pastillas pensó en lo peor, sin perder un segundo corrió hacia él, mientras un Mosso llamaba a una ambulancia con urgencia. Un fuerte olor a vino le llegó a la nariz y se fijó en una botella volcada al lado de la mano de su amigo. Su contenido color granate se extendía en el suelo. Se llevó las manos a la cabeza con autentica desesperación, ya que consideraba que parte de que Javi estuviera al borde de la muerte era culpa suya. Tendría que haberse dado cuenta de que él había tocado fondo. Hacía meses que se mostraba inestable e irritado por estupideces. La noche de la verbena, en que Lucía y él se lo habían encontrado bajo los influjos del alcohol, tendría que haber tomado decisiones drásticas. Y el día fatídico en que había sorprendido a su prometida con él por una maquinación de su padre, Javi ya tenía sus pupilas exageradamente dilatadas y las líneas de su rostro evidenciaban un dolor y una derrota demasiados profundos para que pasaran desapercibidos. Pero él, cegado por los celos, vio traición, y si su amigo se moría no se lo perdonaría jamás.

—¡Maldito seas una y mil veces, Javi, maldito seas por hacerme esto! —gritaba Iván. Lo agarró de los hombros y lo sacudió para que se despertara—. ¿Cómo se te ocurre?

Javi pareció reaccionar un poco a la sacudida y a la voz de su amigo. Abrió los ojos, y cuando distinguió el rostro conocido en medio de las oscuras sombras de su mente, sonrió. Iván no reprimió un sonoro suspiro de alivio.

—¡Intente que no se duerma! —gritó un Mosso detrás de Iván—. ¡Hay que mantenerlo despierto mientras esperamos a la ambulancia!

—¡Ayúdeme, lo levantaremos! —pidió Iván desesperado.

Entre los dos levantaron a Javi en medio de palabras indescifrables y de quejidos. Al verse obligado a caminar se le revolvió el estómago, y terminó vomitando encima de Iván.

—¡Hostia, Javi! —exclamó Iván—. Te juro que cuando salgas de esta te voy a matar yo mismo.

El funcionario que le ayudaba a sostenerlo no pudo evitar sonreír.

—Lo, lo siento —logró expresar Javi al sentirse mejor después de vaciar el estómago.

—Claro que lo sentirás, yo me ocuparé de ello.

El sonido de las sirenas lo interrumpieron. No tardaron en aparecer los sanitarios, tumbaron a Javi en una camilla y lo evaluaron.

—¿Está muy mal? —preguntó impaciente Iván.

El sanitario miró la ropa de Iván. Más o menos dedujo lo que había pasado, e inconscientemente dio un paso atrás, reprimió las ganas de taparse la nariz.

—Necesita un lavado de estómago, aunque por su aspecto veo que ha vaciado la mitad en su camisa. Quédese tranquilo, porque se salvará. Necesitará pasar unos días hospitalizado para hacerle pruebas y valorar su estado psiquiátrico. Un intento de suicido no es cosa para tomarse a la ligera.

Iván se miró la camisa gris claro, ni lavándola se salvaría. Parecía que se había revolcado en las aguas de una cloaca asquerosa llena de suciedad. Sacudió la cabeza, ahora que sabía que su amigo saldría adelante le vinieron ganas de estrangularle él mismo. ¡Vaya susto le había dado! Si bien aún quedaba mucho por hacer, ya que Javi necesitaría de mucha ayuda profesional. Él estaría a su lado para apoyarlo siempre, pues no dejaría que volviera a caer en la desesperación.

Antes de que lo subieran a la ambulancia, Javi pidió unos segundos para hablar con Iván.

—Lo siento... yo no quería...

—Javi, déjalo, ya hablaremos. He escuchado tu mensaje —dijo Iván apoyando una mano en el hombro de su amigo—. Olvidemos lo que ha pasado. De nada sirven las lamentaciones, pero esto tiene que acabar, buscaremos ayuda especializada. Esta no es manera de vivir.

—Sí, ya lo sé... —Cerró los ojos. Ya había tenido bastante y quería salir de todo esto—. Quiero empezar de nuevo.

—Primero tendrás que hablar con tu padre —le sugirió sabiendo que era la raíz de todos los problemas—. Tendrás que hacerle entender que tú tienes tu vida y él la suya. Como personas adultas que sois llegaréis a entenderos, ya no eres un inseguro adolescente, Javi.

—Tengo mucho de que hablar con mi padre, es cierto. —Volvió a cerrar los ojos. ¡Tenía tanto sueño!—. Quiero vivir a mi manera, no a la suya, y tendrá que aceptarlo —logró murmurar con mucho esfuerzo.

—Yo te apoyaré en todo, ¿lo sabes, verdad?

Lo subieron a la ambulancia al tiempo que Javi miraba a su amigo con los ojos llenos de lágrimas y asentía con la cabeza.

—Busca a Lucía, Iván —gritó con esfuerzo dentro del vehículo.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo.

—Cámbiate y báñate con sales perfumadas antes de ir a verla. —Se rio un poco—. ¡Apesta!

—¡Serás cabronazo! Apesto por tu culpa —logró decir antes de que cerraran la puerta de la ambulancia.

Iván se quedó mirando el vehículo mientras desaparecía engullido por el tráfico. Sonrió pensando que, al fin, recuperaba al amigo que tanto añoraba. Lo vigilaría de cerca y lo ayudaría a salir del pozo en el que estaba sumergido. Si de una cosa había servido todo aquello, era para que abriera los ojos y tomara conciencia de su problema.

\*\*\*

Abel miraba cómo Lucía empezaba a empaquetar sus pertenencias, pues se marchaban esa misma tarde. El muchacho, convertido en todo un hombre, no podía

dejar las cosas como estaban. Era consciente de sus errores y lo único que deseaba era seguir siendo un miembro más de Los Hijos de la Luz al lado de su hermana. Aúr le quemaban las entrañas cuando Francisco Viña, el líder de la comunidad, les había dado la amarga noticia de que tanto a él como a su hermana no se los aceptaba en la comunidad. Si bien tenían libertad de vivir donde quisieran, no querían hacerlo cerca de Valleverde si no era como miembros de la comunidad, pues sería muy doloroso para ambos.

Los pecados cometidos eran graves, sobre todo los de Lucía. Convivir con un hombre sin estar casada, perder la virginidad antes del matrimonio, además de que traería al mundo un hijo fuera de los lazos sagrados de la unión entre un hombre y una mujer, no se admitía de ninguna de las maneras. Aunque en el fondo lo entendía, no lo aceptaba, pues su hermana se había dejado llevar por la desesperación y él por su impulsividad inmadura e infantil.

Sabía de las costumbres severas de la comunidad. Todos los integrantes debían abandonarla en cuanto se demostrara, y no quedaran dudas de ello, de que habían sido violentadas las leyes espirituales de la Biblia. Y Lucía había quebrantado unas cuantas. Eran tan graves a ojos de la comunidad que no cabía la posibilidad de absolución.

Sin embargo, Abel consideraba que el amor, el sentimiento principal de su existencia como comunidad, estaba ligado a la misericordia y al perdón. Ya iba siendo hora de que esas normas se flexibilizaran; y qué mejor manera que empezar con ellos. De modo que no había perdido ni un segundo y había hablado con todos los integrantes de Los hijos de la Luz. Al menos su perseverancia había conseguido que se volvieran a reunir. Todos habían decidido rebatir el tema, una vez Abel había explicado, con todo lujo de detalles, las causas que lo llevaron a cometer aquellos errores.

Abel llegó a la masía que Francisco tenía alquilada desde que tuvieron que desalojar Valleverde. Allí congregados estaban los miembros de más edad, la puerta estaba un poco abierta, de modo que con disimulo la abrió un poco más. Se quedó allí escuchando y mirando a hurtadillas, pues era una reunión privada. Por suerte nadie se había percatado de su presencia, miró en dirección al grupo de ancianos, todos hablaban entre sí, y por lo que pudo percibir Abel estaban de acuerdo en aceptarlo solo a él. Habían tenido en cuenta la ofuscación mental, que se había apoderado de su

mente a causa de la muerte de su padre. Además, se culparon por no haberle proporcionado la guía de una persona adulta, cuando estuvo en prisión, para encaminarlo por el buen camino; un detalle de gran importancia que estaba pesando en la decisión final.

Sin embargo, a Lucía no, a ella no se la admitía. Las relaciones sexuales fuera del matrimonio se las consideraba una perversión, un pecado demasiado grande como para que quedara olvidado. Además, siempre estaría la criatura cuando naciera y corriera por las calles de Valleverde, que recordaría con su presencia las faltas de su madre y crearía malestar en la comunidad. Pero Abel no podía dejar que aquello sucediera, había sido responsable de su caída en desgracia. Ella, en un principio, se había sacrificado para sacarlo de la prisión, y había dejado a un lado las consecuencias de sus actos.

—¡No! —gritó Abel, entrando de golpe a la estancia, notaba que el mundo se le venía encima.

Los presentes enmudecieron y se giraron, posando la mirada sobre la figura corpulenta de Abel.

—No —volvió a insistir en un susurro, miró directamente a los ojos de Francisco, este negó con la cabeza.

El líder se acercó a él, había crecido tanto Abel en poco tiempo que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder hablarle a la cara.

—Abel, no deberías estar aquí. Es una reunión privada. —Intentó mantenerse firme en sus palabras. Sin embargo, no pudo, el pesar se adueñó de él, porque le dolía demasiado como para mostrarse imperturbable—. Debes entenderlo, hay algunas normas sagradas y no se pueden alterar. Aceptándote a ti ya hemos quebrantado algunas de ellas. En cambio, tu hermana... —Exhaló un lamento antes de continuar—. ¿Qué clase de ejemplo daremos a las nuevas generaciones?

—¿Se trata de eso, de que mi hermana sirva de ejemplo? —preguntó, enfadado.

Francisco apretó sus delgados labios, su silencio contestó a la pregunta. Abel miró por encima de la cabeza de Francisco a los otros integrantes de la comunidad. Lo miraban esperando su reacción. De hecho, se los veía tristes y afligidos, a ellos tampoco les gustaba la decisión que habían tomado. Abel vio una oportunidad, a lo mejor si lo argumentaba desde otro punto de vista....

—No entiendo por qué no se puede hacer una excepción. Puede quedarse con

nosotros aunque no sea un miembro activo de la comunidad —expresó el hombre, impotente. No se iba a dar por vencido—. ¿Dónde están la compasión y el perdón que tanto se nos inculca de pequeños? Mi hermana ha sido una víctima de las circunstancias. —Cruzó los brazos—. ¿Se la va a marginar por una cosa que ella era incapaz de controlar?

Nadie contestó. Abel, con el ceño fruncido, miró uno a uno a los hombres, desafiando a que le contestaran. Francisco, como líder de la comunidad, habló.

—No se la margina, Abel. Tampoco nadie la culpa —le confirmó. En esos momentos odiaba ser el líder de Los Hijos de la Luz—. Ya sabes cuáles son nuestras normas para permanecer en la comunidad, y esas normas son incuestionables e inviolables. Lucía no podrá vivir entre nosotros. Está excluida.

Todos los presentes, excepto Abel, asintieron con un leve gesto de cabeza. Francisco se dio la vuelta, incapaz de seguir con la conversación. Era demasiado duro. Abel lo agarró del hombro. No podía dejarlo marchar y buscaba una solución a la desesperada.

—Yo no voy a dejarla sola —ratificó sin pestañear el muchacho—. Yo me marcharé con ella. Ahora más que nunca necesita apoyo.

El líder se dio la vuelta y sonrió con tristeza. Deseaba de todo corazón que todo fuera diferente. Pero no podía cambiar las normas, unas normas que permanecían intactas desde siglos atrás y que eran el pilar de toda la comunidad. Las excepciones solo llevarían a crear fisuras que, con lo largo de los años, se convertirían en auténticos agujeros.

—Nosotros no podemos hacer más. ¿Crees que es fácil? Estamos con las manos atadas —declaró, con los ojos opacos de lo que parecía ser el brillo de las lágrimas—. Tenemos que pensar en todos los habitantes de Valleverde, en no crear tensiones entre nosotros por favoritismos que lo único que provocarían sería enfrentamientos. Las normas están ahí, muchacho, quien las rompa tiene que asumir las consecuencias.

Abel, que estaba a punto de soltar una mordaz afirmación, se apiadó del hombre. Era evidente que sufría, esas lágrimas sin derramar así se lo decían. Contempló cómo todos se daban la vuelta para marcharse y dejarlo solo, sumido en la frustración. A pesar de todo aún no se daba por vencido, hasta el último aliento lucharía por algo que consideraba justo. Resopló con impotencia mientras su mente seguía buscando una solución a la desesperada. De pronto, una idea lo iluminó, una factible solución se

encendía como si fuera una bombilla. Hasta en su atractivo rostro se reflejó la luz de la esperanza.

—¡Esperad! —gritó Abel, acercándose con pasos rápidos a ellos. Todos se dieron la vuelta—. Creo que he encontrado la manera de que mi hermana se quede sin que rompa ninguna norma —aclamó lleno de felicidad.

Los presentes observaron a Abel llenos de curiosidad. Este paseó la mirada por cada rostro sin dejarse ninguno. Una sonrisa bien cincelada le cruzó los labios, seguro que cuando expusiera la solución estarían de acuerdo, tenían que estarlo, pues no podía ser de otra manera.

—De todos es bien sabido que la escuela de Valleverde necesita una buena profesora —comentó Abel. Dirigió su mirada al líder—. Tú, Francisco, siempre comentaste que contratar a una profesora de la ciudad, y que no perteneciera a la comunidad, no estaba dando resultado, además os preocupa que ninguna de ellas supiera nada de nuestras costumbres; lo comentaste en muchas reuniones. Vosotros queríais a alguien que supiera educar a los niños según las costumbres establecidas por la comunidad. —Abel vio sonreír a todos los hombres cuando intuyeron por dónde iba con su explicaciones. No pudo evitar suspirar y relajar el semblante tenso que tenía desde que entró—. Si Lucía cubre el puesto no hará falta que se marche del pueblo y podrá estar rodeada de todos nosotros. Quién mejor que ella para educar a los niños dentro de nuestras costumbres.

Los hombres empezaron a hablar entre ellos en un rincón, alejados del muchacho. Abel aguantaba la respiración. No podían rechazar esa solución. Era perfecta. Vio cómo todos asentían con la cabeza al tiempo que decían un claro sí uno detrás de otro.

—Bueno, muchacho —dijo Francisco acercándose a Abel—. Te has salido con la tuya. —Le palmeó la espalda y una gran sonrisa le cruzó el rostro—. Me alegro de que haya sido así. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí —añadió con tono de broma—. Bienvenido a la comunidad.

Todos los presentes, uno a uno, fueron acercándose a recibir a Abel como un miembro más de la comunidad Los Hijos de la Luz. Este estaba radiante de felicidad y pensó en el rostro de su hermanita cuando se lo contara. Seguro que se le alumbraría con su dulce sonrisa. Tal vez hasta conseguiría que esas ojeras tan feas desaparecieran de su bonita cara. Incluso la tristeza, que la embargaba un día sí y el siguiente también, se aliviaría. Abel era lo que más deseaba.

## CAPÍTULO 14

Lucía estaba sentada en cuclillas, empaquetando las últimas piezas de su escaso vestuario. El armario de madera de pino permanecía con las puertas abiertas de par en par. Ya casi nada quedaba en su interior, solo pequeñas piezas que iban desapareciendo dentro de unas cajas de cartón. La mujer cerró una de ellas y se dejó caer sobre sus talones. Se sentía cansada. Cansada de todo. Cansada de no poder borrar el rostro de Iván de su mente. Cansada de anhelar sus besos. Cansada de pensar en un futuro incierto. Ni tan solo sabía qué sería de ella dentro de unos días, o unas semanas, o unos años. De lo único que sí estaba segura era del pequeño o pequeña que llevaba en su vientre y era lo único que le daba aliento para continuar. Se llevó las manos a esa parte de su cuerpo que crecía sin parar. Pensar que una personita crecía allí dentro la emocionaba. Ya hacía días que notaba sus continuos movimientos, las pataditas hasta llegaban a despertarla por las noches. Temía que tanta actividad fuera sinónimo de continuas noches en vela cuando naciera. Un ligero golpeteo en la puerta la sacó de sus maternos pensamientos.

—Entra —anunció Lucía, aún sentada en el suelo.

Escuchó unos pasos y la puerta que se cerraba. Levantó la vista, pensando que era su tía... entonces el corazón le dio un vuelco: Iván. Ninguno dijo nada. Se limitaron a mirarse y, de pronto, la habitación se empequeñeció. En el aire se palpaban las emociones profundas de ambos, que circulaban como un huracán por las cuatro paredes y arrasaban sin piedad sus almas. Hasta podían escucharse sus corazones latiendo al unísono, las respiraciones acompasadas e intensas por la impresión. Nada escapaba a los sentidos aguzados de Iván y Lucía, solo la barrera de la decepción, por parte de ella, y el miedo a ser rechazado, por parte de él, impedía que los amantes se fundieran en el calor de un abrazo, y que los dos deseaban con desesperación.

Lucía se alzó del suelo pensando en que la última persona que creía que vendría a verla sería él. Tuvo que agarrarse a la puerta del armario, pues la emoción de tenerlo frente a ella le produjo un leve mareo. Iván, viendo que estaba a punto de perder el equilibrio, corrió a cogerla, pero el grito ahogado de ella lo detuvo.

—¡No! —exclamó Lucía, al borde del llanto. Las lágrimas ya habían mojado su

rostro demasiadas veces, ya no más—. No me toques... —Su tono adquirió un matiz de dolor más que evidente.

Iván quedó clavado en el sitio, la miró y sus ojos se emborracharon de ella. Su corazón la reclamaba y latía tan deprisa que lo sentía resonar en su pecho. Si en ese instante le hubieran concedido un deseo, sin duda escogería retroceder en el tiempo y volver a la noche en que la encontró en los brazos de Javi. Deseaba con toda su alma borrar ese momento. Las ojeras oscuras de sus ojos, la tristeza de esa maravillosa mirada dorada y la palidez de su piel, le mostraban el daño que le había causado, no tenía perdón. Quería como un loco borrarlo todo, pero no podía. Sus ojos se fijaron en el jersey gris claro de punto que llevaba y que se adhería a su figura ya redondeada, contempló con anhelo su vientre. La última vez que la vio solo tenía una pequeña ondulación, en cambio ahora era más que evidente el embarazo.

A Lucía le temblaban el cuerpo y el corazón. Se agarraba a la puerta del armario como si fuera su tabla de salvación. Una mezcla de alegría por verlo, y de tristeza por recordar el desprecio al que la sometió, se apoderó de su alma. Lo amaba. Por más que se había esforzado en olvidarlo, no podía evitarlo. Se mantuvo lo más alejada de él que pudo, pues no quería que la tocara, consciente de que, si lo hacía, perdería la poca dignidad que le quedaba. Se echaría a sus brazos buscando sus caricias, sus tiernos besos, un «te amo». Sin embargo, la herida abierta de su corazón le decía que no podía ser. De pronto, sintió la mirada azul fija en su vientre. Le entró el pánico y se llevó las manos a la zona, como protegiendo con ese acto lo que había en su interior. No permitiría que nadie se lo arrebatara. Por mucho que Iván fuera el padre no se lo podía quitar.

—No puedes... —susurró ella con voz quebrada. Su mirada cristalina le suplicó—. Yo no me negaré a que lo veas cuando quieras, pero quitármelo no, no lo permitiré.

—No vengo por eso —se apresuró a asegurarle. Las palabras que le dijo la última vez que la vio las recordaba demasiado bien. Le vinieron ganas de estampar la cabeza contra la pared y golpeársela por estúpido—. Nunca te lo quitaría.

—Tú me dijiste que me lo arrebatarias nada más nacer. —No, no le creía. Aún mantenía en la mente demasiado viva la amenaza que le soltó.

—Esa noche era mi furia la que hablaba. —Esta vez fue él quien le suplicó con la mirada—. Olvídalas, ya sé que pido mucho, pero olvídalas.

Lucía relajó el cuerpo, hasta en su rostro se reflejó cierto alivio.

—Entonces, ¿a qué has venido?, ¿qué quieres? —preguntó, sin entender la índole de su presencia.

—Te quiero a ti —pronunció de golpe—. Quiero que vuelvas conmigo.

Ella no dudó ni un segundo en contestar.

—No.

—Lucía... —suplicó, acercándose a la mujer.

—¡No! —Empujó a Iván cuando intentó abrazarla—. Te he dicho que no me toques —exigió, se apartó de él y se dirigió a la puerta con intención de marcharse.

Iván impidió que se fuera cuando ella estaba dando la vuelta al pomo. La abrazó desde atrás, rodeándole el cuerpo por debajo de los senos con sus fornidos brazos.

—Déjame marchar —barboteó con más pena que gloria.

—No. No hasta que me escuches.

La mujer, que llevaba el pelo recogido en un desenfadado moño, sintió en la nuca el tibio aliento de su voz. Cada espiración del hombre era un tormento para ella. Tenerlo tan pegado. Sentir su cuerpo adherido a su espalda. Su fragancia masculina, y que ella recordaba demasiado bien, la envolvió de deseo. No pudo evitarlo y los recuerdos de las noches de insomnio pasadas con él, aparecieron. Cada gemido. Cada lujuriosa promesa. Cada beso tentador.... No pudo más y su cuerpo despertó al deseo que no podía controlar, entonces un jadeo escapó de sus labios.

A Iván no le pasó inadvertida la reacción de la mujer. Él tampoco estaba en mejores condiciones. El ansia sexual le corría por la venas como el caudal de un río feroz. Su masculino cuerpo reconocía las curvas femeninas que lo hacían temblar de pasión. Tantas veces habían yacido desnudos y entrelazados, dando y recibiendo por igual, porque nunca tenían suficiente. Y quería que todo fuera de la misma manera que antaño. Ya hacía demasiados días que pasaba las noches en soledad. Sin embargo, cualquier mujer no le servía. La quería a ella. Solamente a ella. Si no era Lucía no sería ninguna otra.

—No quiero escucharte —logró pronunciar la mujer, intentando recuperar el control—. ¿Es que no ves que me haces daño? No quiero estar cerca de ti.

—¿Por qué no quieres estar cerca de mí? —Le besó la nuca desnuda—. ¿Porque te recuerdo la pasión que nos encendía y nos enciende a ambos? —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Tú también me provocas hasta la locura. —Otra vez volvió a la nuca. Le pasó la lengua con una lentitud abrumadora, produciendo a ambos una

excitación peligrosa—. Siente, cariño, cómo me pones. —La abrazó fuerte para que ella pudiera notar la poderosa erección pegada a su trasero. Ella, en repuesta, jadeó—. Solo es así cuando estoy contigo.

—No... pa... ra —pidieron los labios femeninos. Sin embargo, su cuerpo y su corazón ansiaban todo lo contrario.

Iván le dio la vuelta. Ella apoyó la espalda en la puerta mientras él acunaba el rostro entre sus manos. Empezó a besarla en la frente, en los párpados, en la punta de la nariz, en una mejilla, en la otra, en la comisura de sus labios... hasta que se apropió de ellos en su totalidad. No dejó rincón por saborear. Eran demasiado jugosos para dejarlos. Demasiado adictivos para soltarlos. Eran... exquisitos.

Los dos quedaron atrapados una vez las lenguas se rozaron y se enredaron. Lucía le rodeó el cuello con sus brazos. Apretaron sus bocas, sus lenguas iban y venían, casi sin respirar, compartiendo el aire, el aliento, el deseo. En esos momentos no existía nada más, solo existía el hambre que tenían el uno del otro. Sin embargo, la fuerte necesidad de oxígeno los separó. Mientras jadeaban en busca de aire se miraron a los ojos.

—Quiero volver a vivir, porque sin ti no puedo —alegó Iván, acariciando el labio inferior de ella con el pulgar—. Te amo demasiado.

Lucía le agarró de las muñecas y se las retiró de su rostro. El desengaño palpitaba muy fuerte como para ignorarlo.

—El amor no es solo sexo —pronunció con el tono más firme que pudo—. El amor es confianza, y tú no confiaste en mí. Mi palabra, que para ti tendría que haber sido sagrada, la ignoraste y despreciaste. Yo te juré y perjuré que no sabía cómo fui a parar al sofá con Javi... —Se tapó la cara con las manos, y empezó a temblar—. ¡No me acuerdo de nada!

Una amarga sensación de dolor invadió el cuerpo masculino, sentía que el corazón se rompía en pedazos. Tenía que convencerla de que la quería tanto que hasta le dolía, que ese deseo tan poderoso que sentía era fruto de su amor por ella.

Iván le apartó las manos con que se tapaba rostro. Lo que vio le horrorizó, en sus pupilas se reflejaban el miedo, el dolor, la incertidumbre de no saber qué pasó esa noche. Pensar en los días angustiosos que debía haber pasado, hundida en la impotencia por no recordar nada, le partía el alma. Y él no había estado a su lado para reconfortarla, esa realidad aún lo destrozaba más. La abrazó para que se

contagiara de su calor y, cuando dejó de temblar, Iván le alzó la cara.

—Esa noche fuiste víctima de un engaño orquestado por mi padre —argumentó con voz ronca—. Es normal que no te acuerdes de nada. Javi te drogó y casi caíste en la inconsciencia. —Hizo una pausa y le acarició la espalda—. Por eso no recuerdas aquella noche, deja de atormentarte porque ya pasó y no volverá a suceder más, nunca más, lo juro.

La mujer no pudo articular palabra debido al impacto. Hundió los hombros abatida. ¡Por eso no recordaba nada! Javi le había echado algo en la infusión. Fue después de beber el líquido cuando perdió la memoria, hasta que despertó aturdida en el sofá. «¿Cómo es posible que exista gente tan perversa?», se preguntó en el silencio de sus pensamientos. Ella, que era incapaz de causar dolor a nadie, no entendía que hubiera personas dispuestas a hacerlo; y menos comprendía que fuera el padre de Iván. El recuerdo de su propio padre emergió en su mente, pues fue cariñoso, la quiso con devoción, a ella y a Abel. Nada tenía que ver con ese otro hombre. De pronto sintió pena por Iván, no debía ser fácil tener un padre como el suyo.

—Querían separarnos —manifestó ella, asimilando todo lo que le contaba—. Pues lo han logrado —sentenció sin titubeos, al tiempo que intentaba darse la vuelta para marchar.

Iván la miró, la perdía, notaba cómo la perdía. Lucía se le escurría de entre los dedos, no podía dejarla marchar. Si salía por esa puerta, el mundo sin ella ya no tendría color y sería gris. El hombre la agarró de los hombros, impidiendo que se diera la vuelta.

—Deja que me marche... —susurró la mujer cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la puerta.

—Cariño, no puedo... —aseguró con voz quebradiza. Le cogió las manos y besó sus dedos, uno por uno, con una ternura conmovedora. Ella mantenía los párpados bajados, ya que temía abrirlos y sucumbir a su hechizo—. Antes de conocerte me miraba en el espejo y veía el reflejo de un hombre rico, poderoso y ambicioso, además de ser un ligón sin escrúpulos. En cambio ahora, cuando me miro en el espejo, veo el reflejo de un ser humano con deseos y anhelos que no tienen nada que ver con el dinero y el poder. Veo a una persona sencilla con unas enormes ganas de compartir un futuro junto a la mujer que amaré para siempre. —Iván vio cómo una lágrima se escapaba de los párpados cerrados de la mujer. La recogió con un beso y percibió en

su boca la humedad tibia y salada—. Cariño, abre los ojos, ábrelos... —Ella obedeció y, poco a poco, los abrió—. ¿Ves al hombre de antes o al de ahora? Y si ves al transformado gracias a tu amor... ¿en tu corazón hay cabida para el perdón, o el dolor es tan fuerte que no te deja espacio para nada más?

Lucía bajo los ojos a su vientre y posó allí las palmas de las manos. Iván llevó las suyas también a esa zona, las colocó encima de las de ella. Él sabía lo que pasaba por la mente de la mujer que amaba.

—Si vuelves conmigo tiene que ser porque me ames tanto como yo —le explicó Iván—. No quiero que estés a mi lado por el niño. A nuestro hijo no le faltará su padre, decidas estar conmigo o no.

El silencio se apoderó de la habitación, cada vez era más largo, más pesado, más difícil de asimilar para los nervios de Iván.

—Cuando cierro los ojos te veo —empezó a decir Lucía, rompiendo el tenso silencio y sin levantar la mirada de su vientre—. Cuando los abro, cuando como, cuando respiro profundo, te veo siempre, a todas horas, a cada minuto. Te siento tanto dentro de mí que te busco cuando me despierto llorosa, entonces alargo la mano esperando un milagro y cuando veo que no estás... —La voz se le resquebrajó. Tuvo que hacer una pausa y levantó la vista, posándola en los ojos azules de Iván—. Te quiero, sí, te quiero. —Ella le cogió la mano y se la posó encima de su corazón—. Tú eres el único que lo hace latir.

Se abrazaron. Iván le susurraba toda clase de dulces palabras mezcladas con «te quiero, te amo, te adoro», y que no se cansaba de pronunciar. Y entonces los besos masculinos y poderosos desnudaron toda capacidad de razonamiento de Lucía, pues ansiaba sentirlo, acogerlo en su interior y saborearlo como una loca. Anhelaba escuchar el canto de sus gemidos cerca de su oído y que solo le pertenecían a ella. Con él se sentía como una gran águila volando por entre las nubes, libre de todo y llena de mucho.

Él, que ya era consciente del deseo que los abrasaba a los dos, echó el cerrojo de la puerta. La arrastró hacia la cama sin dejar de besarla en ningún momento. No podían ni querían despegarse. Ambos estaban estremecidos y sorprendidos por esa excitación tan descarnada que los consumía. Iván la hizo tumbar de manera transversal en el lecho. La despojó de todas sus ropas. Una a una fueron cayendo al suelo y quedaron hechas un manojo desordenado encima del parqué de madera. Él solo se quitó su polo

color azul índigo de manga larga. La asió de las caderas y la arrastró hasta el borde de la cama mientras el hombre se arrodillaba en el suelo y se colocaba entre sus muslos. Ni siquiera la barriguita abultaba menguaba sus ganas lujuriosas de hacerle el amor. El embarazo la hacía más deseable a sus ojos.

Se quedó mirando embobado aquel cuerpo, un cuerpo precioso con la piel suave y pura como un copo de nieve, de curvas suaves y tentadoras, que desprendía una fragancia dulce a almendras. Ella lo era todo para él, no podía creerse que una mujer tan excepcional, que guardaba sentimientos hermosos en su interior, lo quisiera a su lado. No solo alimentaba su deseo carnal, sino que alimentaba su necesidad imperiosa de ser amado por ella. Para nada le importaba permanecer encerrado en el dulce cuerpo de Lucía, para nada...

—No tienes ni idea de cómo me tientas —afirmó Iván, medio jadeante y con un punzante dolor en su pene—. Si supieras las cosas que tengo en mente por culpa de estar tantos días privado de ti, saldrías corriendo...

La risa de Lucía lo interrumpió, cómo había echado en falta aquella risa.

—Estoy gorda —afirmó, apoyándose en los codos y mirando cómo todo en ella empezaba a deformarse. Zarandeó la cabeza—. Las curvas que tanto te gustan van desapareciendo...

—Chist... —censuró de golpe, interrumpiéndola—. Ni se te ocurra pensarlo. Además, ahora salen otras curvas que yo, da la casualidad, encuentro tremendamente excitantes. —Contempló fascinado sus senos—. Por ejemplo, tus pechos están para comérselos —afirmó con voz sensual y con los ojos del todo abiertos, sin dejar de mirarlos. Ella rio, divertida por el comentario. Se alegraba de que su nueva figura le resultara seductora.

Iván no podía apartar la vista de ellos. Habían crecido y sus pezones estaban más oscurecidos que de costumbre a causa del embarazo. Le daban el aspecto succulento y tentador de unos bombones rellenos que esperan a que se los zampen. Un delicioso bocado del que él no se privaría.

No se lo pensó dos veces y empezó a lamerlos, se deleitó en saborearlos, chuparlos, mientras pensaba que ni el cielo tendría tan buen sabor. Las manos traviesas tampoco se estaban quietas, habían estado demasiados días sin tocarla y pidieron revancha, por lo cual sus dedos traviesos no se privaron de tan magnífico placer y exploraron cada llanura y cada oscuro rincón, y escalaron, cuando convenía, las eróticas montañas de

su cuerpo.

Ella se derretía como la mantequilla expuesta al calor abrasador. Sus senos, más sensibles que antes, absorbían todo lo que él le daba. Notaba cómo la humedad se expandía por todo su sexo. Un grito de placer salió de lo más profundo de su garganta cuando Iván, sin previo aviso, enterró la cara en ese lugar. Iván se empapaba de la esencia y el aroma femenino marcándolo con fuego. La lengua del hombre era insaciable y a cada jadeo de ella él incrementaba el ritmo, así una y otra vez, y no paró hasta que aquellos rebordes jugosos quedaros cubiertos de miel.

Ella no pudo soportarlo más, entonces una Lucía jadeante quiso brindarle placer. Se sentó en la cama y con el pulso tembloroso introdujo la mano en su slip. Sacó su dolorido miembro y contempló las venas azuladas y violáceas que lo surcaban. Estaban increíblemente inflamadas debido a la excitación. Ella lo acarició con las puntas de los dedos, de manera suave, muy suave.

Iván aguantaba la respiración a cada roce. La mujer le apesó todo el pene con la mano. Ascendía. Descendía. Volvía a ascender. A descender. Con movimientos cada vez más rápidos, mucho más rápidos. El hombre ya no podía aguantar más, el atrevimiento de ella lo provocaba más allá de su aguante. Iván le retuvo las muñecas impidiendo que lo siguiera atormentando de manera tan sensual.

—N... no —negó con voz suplicante y el rostro tenso—. Te juro que como me vuelvas a tocar... yo... —respiró profundo, incapaz de seguir hablando.

Lucía contempló fascinada su atezado rostro. Verlo tan deseoso, tan suplicante, incrementaba su placer. Le sonrió de manera descarada al tiempo que con la punta de la uña le acariciaba el torso. Al hombre se le puso la piel de gallina; ella sabía que estaba al límite, pero le encantaba llevarlo más allá de lo soportable. Al fin tuvo piedad y se volvió a tumbar en la cama, con los brazos extendidos hacia él. Iván no necesitó que le insistiera.

Aún arrodillado en el suelo, se acomodó entre sus muslos. Agarró su ávido miembro y lo introdujo con lentitud. Poco a poco. Sin prisas pero sin ninguna pausa. La fricción de la piel desnuda, del efluvio sexual que se esparcía por el ambiente, los gritos ahogados, los placenteros susurros, las respiraciones profundas... fue demasiado para dos cuerpos en tensión y que pedían a gritos la gloriosa sensación de la unión. Tantos días privados, de no poder disfrutar del uno del otro, solo podía terminar de una manera. Y entonces el antiguo baile del apareamiento llegó. ¡Oh... y de qué manera se

rindieron los amantes al compás de las notas! Primero con suaves y ligeros pasos, al igual que un vals. Entrando y saliendo. Saliendo y entrando. Para luego danzar más deprisa. Más enérgicos. Sin detenerse. Hasta incrementar el ritmo a un vertiginoso y enloquecedor *rock and roll*. Dentro. Fuera. Más adentro. Ni siquiera se detuvieron a respirar. Y los cuerpos sudorosos y agitados surfearon por las crestas del placer a un frenético ritmo. Cada vez iban más arriba, más alto, hasta que al fin llegaron al cielo.

Aún unidos permanecieron abrazados en la cama, recuperando la respiración y las fuerzas. Estaban saciados y radiantes, pero sobre todo felices, muy felices. Él no paraba de mirarla, consciente de su buena fortuna. No se cansaba de repetirle, una vez detrás de otra, lo mucho que la quería. Lo estúpido que había sido...

Iván se separó un instante de ella. Cogió sus pantalones y sacó la gema del bolsillo. Se acercó a Lucía y, sin decir nada, se la puso alrededor del cuello. El hombre miró embelesado la joya, que brillaba como por arte de magia. Lucía la acarició.

—Esta joya me desconcierta —dijo Iván, paseando la punta del dedo en ella—. Te reconoce, sabe que ese es su lugar.

Sus labios se fusionaron, pero no por mucho tiempo, pues golpearon la puerta con insistencia. El cerrojo se sacudía a cada porrazo, el pestillo metálico castañeaba en un sonido corto y punzante.

—¡Lucía, Lucía, abre la puerta, tengo una buena noticia! —pidió Abel con voz alegre, pero amortiguada por la gruesa madera de la puerta—. ¡Estoy tan contento!, venga, abre, que no puedo esperar a explicártelo.

Los amantes se vistieron deprisa. Fue Iván quien descorrió el cerrojo y abrió la puerta mientras Lucía permanecía detrás de él. Sabía que a su hermano no le gustaría para nada lo que vería. Intentó serenarse.

La jovial alegría de Abel se esfumó en el preciso momento en que vislumbró a Iván. La impresión lo privó del habla por unos momentos. Una vez asimiló la presencia de aquel hombre, entró. Iván no se lo impidió, todo lo contrario, se hizo a un lado para que pasara. El muchacho dirigió la mirada a su hermana. Las mejillas enrojecidas, los labios inflados, el pelo revuelto, le dieron una clara idea de lo que había pasado en la habitación. Lucía dedujo sus pensamientos y se ruborizó hasta la raíz del cabello. El muchacho sacudió la cabeza, en ningún momento acusó a su hermana, ni tan solo una mirada de reproche. Esas miradas se las guardaba para Iván, el hombre que la había lastimado.

—Vete —le dijo Abel con autoridad—. ¿Es que nunca te cansas de hacer daño?

—Abel, por favor —le rogó su hermana, se acercó a este—. Está aquí porque yo se lo he permitido.

Iván se aproximó a ella y la agarró de la cintura en actitud cariñosa. No escondería su amor por ella, ni a su hermano ni a nadie.

—Tu hermana y yo nos amamos y vamos a casarnos —le confesó sin titubeos—. Te pido que lo aceptes.

Abel apretó muy fuerte la mandíbula. Otra vez miró a su hermana, no podía permitir que ese hombre se casara con ella y la hiciera desgraciada; de modo que intentó convencerla.

—Lucía, no hace falta que te cases con él por el niño —le comentó, con la furia dibujada en sus facciones—. No tengas miedo al futuro porque yo te ayudaré en todo. No estarás sola, nunca más te dejaré sola. —Sus facciones se relajaron y en la mirada se reflejó la ternura—. Además, vuelvo a ser un miembro de la comunidad Los Hijos de la Luz. A ti no te han aceptado como tal, pero es como si lo fueras, te quieren contratar como profesora de Valleverde cuando se acaben las obras de la escuela. No tendrás que marcharte, es lo que querías ¿no? Podrás estar al lado de la gente a la que quieres, desempeñarás un trabajo por el cual se te pagará, y lo mejor de todo: tienes un futuro que te espera con los brazos abiertos.

Lucía se acercó a su hermano. Había conseguido que los líderes de la comunidad lo escucharan. ¡Vaya cambio tan espectacular! Maduro, seguro de sí mismo, con la cabeza bien puesta, atrás habían quedado las travesuras y los juegos. Ahora estaba preparado para plantarle cara a la vida y forjarse un futuro donde quisiera, y ella estaría cerca para verlo. Sin embargo, su hermano debía entender que era una mujer adulta, capaz de tomar sus decisiones.

—Me encantará ser la profesora de todos los niños de Valleverde, pero eso no cambia mis otras decisiones, Abel. —Giró el rostro y enfocó la mirada en Iván. Le sonrió y esa sonrisa no pasó desapercibida a su hermano—. Pero mi vida y mi futuro están junto a él. —Volvió a mirar a su hermano—. Lo quiero, y deseo casarme con él.

Iván pensó que era hora de enterrar el pasado y mirar hacia delante, y por supuesto él lo pondría todo de su parte. Con el tiempo, Abel y él serían grandes amigos, de eso estaba completamente seguro. Y así se lo expresó.

—Solo te pido una oportunidad —le pidió—. Con el tiempo te demostraré que soy

merecedor del amor de tu hermana. Yo deseo que nos llevemos bien, al fin y al cabo seremos familia. —Hizo una pausa y suspiró—. Quién sabe... a lo mejor con el tiempo nos une una amistad sincera.

Abel arqueó una ceja, escéptico. Pero, en fin... cosas peores había visto en poco tiempo. De todos modos, él no sería quien impediría que su hermana fuera feliz. Aunque una cosa tenía clara, si las cosas se torcían, si no salían como ella quería, él estaría a su lado para consolarla y apoyarla.

—Te deseo lo mejor, hermanita. —La abrazó y la besó en la mejilla. Cuando hubo acabado alargó la mano a su futuro cuñado y se la ofreció con sinceridad. Este asintió y sellaron el compromiso de esforzarse en la convivencia con un buen apretón—. Bienvenido a la familia —le dijo con sencillez.

\*\*\*

Era una noche oscura y fría. La lluvia caía con lentitud pero sin pausa, y daba una sensación de letargo y al mismo tiempo de tranquilidad. Sin embargo, Alberto no experimentaba nada de ello, todo al contrario, por sus venas corría la más amarga de las desilusiones. Su hijo lo había repudiado, a él y a la empresa, por una mujer que no valía ni el aire que respiraba. Sin embargo, había tomado una decisión y esta vez no fracasaría; después, todo volvería a la normalidad.

Alberto sonrió mientras la luz opaca del interior del coche iluminaba la pistola, el parabrisas del coche iba y venía. Ya nada lo detendría, mataría a Lucía y todo volvería a la normalidad. Iván regresaría a la empresa y emprendería la expansión fuera de las fronteras, tenían todo un mundo por conquistar. Miró su navegador, ya no le quedaba mucho camino, y cuando amaneciera esa mujer ya no existiría, ya habría desaparecido de la vida de todos.

Río como el loco que era, contento por ser un hombre indestructible, capaz de buscar soluciones a todo y no dejarse amedrentar por nadie. La compasión no existía para él. Guardó el revólver en la guantera y emprendió el camino. Tenía ganas de llegar, entrar en la habitación envuelto en la oscuridad de la noche y matar a Lucía simulando un intento de robo. Nadie sospecharía de él, pues todo el mundo lo creía de viaje de negocios. Además, había contratado los mejores abogados y, de momento,

había podido eludir la cárcel por la denuncia de Federica por falta de pruebas. Haría falta algo más que la palabra de una vieja bruja para encerrarlo.

La lluvia había arreciado, poco a poco se convertía en copos de nieve. El vaho cubrió el interior del parabrisas y se detuvo. Maldiciendo en voz alta, puso el aire caliente a toda potencia. Empezó la marcha de nuevo, la carretera estaba repleta de curvas y tenía que ir con cuidado. De pronto un pitido sonó y vio que una luz roja parpadeaba en el salpicadero del coche. El hombre había estado tan absorto en la idea de matar a Lucía en los últimos días, que se había olvidado por completo de llevar el coche al mecánico para que le revisaran los frenos. Determinó seguir, su Jaguar verde aceituna era último modelo, el mejor, ahora no le fallaría.

Llegó a la casa de los tíos de Lucía. Se detuvo a gran distancia con los faros del automóvil apagados. Lo escondió detrás de unos arbustos, de este modo quedaba fuera de la vista de todo el que pasara por la carretera. Salió del coche, iba vestido todo de negro para fundirse en la oscuridad de la noche. Incluso llevaba pasamontañas, para no ser reconocido, y guantes, a fin de no dejar huellas.

Fue hacia la masía, siempre escondiéndose entre la vegetación del lugar. Solo lo guiaba una linterna de luz débil, la había escogido expresamente así. No le importó quedar mojado de pies a cabeza, tampoco le importó que el frío se instalara en sus huesos. Su afán por acabar con esa mujer era tan fuerte que nada más importaba.

Poco a poco, fue adentrándose en el interior del hogar. Era un hombre de grandes recursos, pues tenía experiencia en esos menesteres. Muchas veces había tenido que entrar en los despachos u hogares de sus adversarios a robar documentos e información que le sirvieran a su empresa para prosperar. Sin embargo, entonces era joven, y saltaba por las ventanas con la agilidad de un gato. En cambio, ahora, tenía la parsimonia de un koala. No obstante, aquellas limitaciones no había disuadido a un Alberto obcecado en conseguir su objetivo: matar a Lucía.

Entre pasos sigilosos y una buena intuición, encontró la habitación donde ella dormía. Entró con el sigilo de una serpiente y cerró la puerta con lentitud. Todo estaba a oscuras y poca cosa veía. Se ayudó de la linterna, teniendo especial cuidado de no alumbrar directamente a la cama. Cuál fue su sorpresa cuando descubrió que su hijo dormía a su lado. Una furia abrasadora cubrió su mente, su respiración se agitó y la rabia corrió por sus venas tan caliente que temió explotar de cólera.

Se obligó a respirar hondo y apreció el leve perfume a sexo que circulaba por la

habitación. Tenía que pensar y decidir qué hacer. Su hijo no se cansaba de hacer el ridículo, y en aquel instante lo odió como nunca hubiera creído. No entendía esa atracción que tenía por esa mujer. De pronto se dio cuenta de que si Iván también desaparecía de la faz de la tierra, no le importaría, pues en el fondo los aborrecía a los dos.

Alberto empuñó su arma con fuerza. La mano no le temblaba y su intención era matarlos a los dos, ya que verlo abrazado junto a Lucía había sido demasiado. Se acercó a la cama con cuidado, con lentitud, con pasos cortos y calculados. No quitaba la vista del lecho donde descansaban dos cuerpos íntimamente abrazados. Iván la acariciaba con su aliento y la respiración de la pareja era lenta y pausada, consecuencia de un profundo sueño. Por otra parte, la cellisca golpeaba el cristal de la ventana; sin embargo, Alberto estaba tan concentrado en su meta, tan obsesionado en asesinar, que no prestaba atención a nada de su alrededor.

Y ese fue su error, porque no reparó que en el suelo había ropa esparcida. Se tropezó y, en el esfuerzo por mantener el equilibrio, se le cayó la linterna.

Iván y Lucía despertaron atraídos por un ruido. Ambos vieron una sombra en el dormitorio y se espabilaron de golpe. Alberto echó a correr.

—¡Maldita sea! —gritó Iván, levantándose de golpe de la cama.

El hombre abrió la luz y se puso los pantalones en un santiamén. Miró a Lucía, que estaba visiblemente asustada, pero se tranquilizó al comprobar que estaba bien. Ella saltó de la cama y se puso una bata.

—No, cariño —dijo el hombre con tono autoritario y sereno mientras se calzaba a toda prisa—. Quédate aquí mientras voy a atrapar a ese intruso. Me harás caso, ¿verdad? —preguntó, acariciando su rostro.

Ella suspiró y asintió con la cabeza. De pronto aparecieron Abel, Enrique y Carolina, alertados por el escándalo.

—Abel, acompáñame, hay un landrón en la casa —informó Iván.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó aterrorizada Carolina—. Los niños... los niños, voy a buscar a los niños.

—Enrique, llama a la policía y enciérrate en el dormitorio con las mujeres y los críos —sostuvo Iván.

—¿Has visto solo a uno? —preguntó Abel.

—Sí, solo a uno, pero puede que haya más, no lo sé —respondió firme—. Venga

vamos, primero miraremos en la casa y luego fuera.

Mientras tanto, Alberto corría todo lo que su maltrecho cuerpo podía. Lo habían descubierto por no prestar atención a su entorno. Descubrir a Iván junto a esa odiosa mujer lo había sacado de quicio. Había desaprovechado una oportunidad, pero ya encontraría otra manera de matarlo a los dos.

Llegó al coche, se quitó los guantes y el pasamontañas. Los tiró sobre el asiento del acompañante con toda la rabia y frustración que sentía. Arrancó el automóvil y se marchó con mucha rapidez. Fue circulando por la carretera a una velocidad alocada, sin embargo, el anciano estaba demasiado furioso como para darse cuenta y, cuanto más avanzaba, más deprisa iba. Además, la visibilidad era muy mala, al igual que la carretera, y Alberto solo gritaba, insultaba y maldecía a Iván y a Lucía, se prometía repetidamente que acabaría con el hijo que lo había avergonzado a ojos del mundo.

De pronto, delante suya apareció una curva muy cerrada. La velocidad del coche era demasiado elevada como para reaccionar a tiempo. Por mucho que el hombre frenó, los frenos no respondieron, de modo que giró el volante, no consiguió estabilizar un automóvil fuera de sí, que derrapaba sin control por el resbaladizo asfalto. Las ruedas chasqueaban en un intento de detenerse.

No hubo ninguna oportunidad para Alberto y se desencadenó el desastre. El Jaguar, sin rumbo y sin frenos, se deslizó con toda libertad como un patinador patoso en una pista de hielo, de aquí para allá. El coche terminó despeñándose por un precipicio profundo. La noche se llenó con el chillido ensordecedor y agónico de Alberto. Pero nadie lo escuchaba, estaba solo. El vehículo fue chocando por la pared del precipicio, arrancaba grandes piedras a su paso, caía y caía, mientras el grito y la desesperación del anciano seguían silbando en medio del aguanieve y el viento.

Un fuerte impacto resonó en el ambiente, le siguió el sonido contundente de grandes pedruscos que se precipitaban sin control sobre el vehículo. Uno y otro, y otro más, hasta que, de pronto, solo se oyó el temporal. Entonces todo volvió a la normalidad, y la oscuridad y las inclemencias meteorológicas reinaron en el lugar.

Alberto había tenido un triste pero merecido final. Debajo de una montaña de piedras, dentro de su flamante y caro coche, yacía sepultado el arrogante hombre. Nadie sabría que estaba allí, descansaría solo, como merecía estar, y ninguna lágrima se derramaría por él.

Iván y Lucía reposaban con toda tranquilidad debajo de las mantas, ajenos al final

de Alberto. Ni ellos ni la policía encontraron rastro de intrusos, salvo una linterna tirada en el suelo. Todos dieron por sentado que en la casa había entrado un ladrón y que, al ser sorprendido, huyó. ¿Quién iba a imaginarse que se trataba de Alberto, que pretendía matar a dos inocentes, incluso que uno de esos inocentes era su hijo? Nadie pensaría tal cosa, porque solo los locos peligrosos tenían ideas tan malvadas rondando por sus cabezas.

—¿Tienes frío? —preguntó un preocupado Iván al percatarse de que su amada temblaba. La acurrucó a su lado para calentarla con su propio cuerpo.

—No —contestó suspirando relajada—. Es el miedo que me hace temblar, pero ahora que todo ha pasado ya me he tranquilizado.

—A mi lado no quiero que nunca tengas miedo, ¿me oyes? —La besó en la frente, en la mejilla y en los labios—. Estarás siempre segura conmigo, nunca permitiré que nadie te dañe.

Lucía acarició el rostro de Iván, se sentía la mujer más feliz del mundo.

—Te quiero —dijo ella con un sensual susurro.

—¿Ah, sí?, entonces demuéstramelo, porque yo sí tengo necesidad de demostrártelo después del susto que nos hemos llevado.

Y mientras fuera se desataba un auténtico temporal, los amantes se abandonaron a la pasión, y llenaron la habitación del calor del amor.

\*\*\*

Lucía estaba arrodillada, depositando su ramo de novia sobre el mármol frío del sepulcro de la madre de Iván. Acababan de casarse, y en ese día tan especial, las personas ausentes eran las que más se recordaban; y más cuando dichos familiares habían tenido un final tan horroroso. Toda la verdad había salido a la luz y ese acto pretendía ser un homenaje a una persona que sufrió a manos de un desalmado. De alguna forma se quería hacer justicia, aunque fuera de manera simbólica. Hasta el día puso de su parte, era invierno, sin embargo, el sol relucía con magnificencia para deleite de todos.

—Tu madre era una buena persona —le murmuró, entre sollozos, Federica a Iván. Alex la abrazaba por la cintura en un intento de consolarla—. A ella le hubiera

gustado estar presente en este día.

Iván miró el ramo de orquídeas. Tres orquídeas blancas, puras como la nieve, entrelazadas por los tallos y unidas por un lazo de seda blanco. Se le hizo un nudo en el estómago. No tenía recuerdos de su madre, pues era demasiado pequeño cuando murió, apenas un bebé que solo barboteaba y lloraba cuando tenía hambre. Él quería saber cómo ella era, sus gustos, sus aficiones, sus defectos y virtudes... todo, para algún día poder contarle a su hijo cosas de su abuela cuando le preguntara. El hombre, lleno de pena, entrelazó sus dedos con los de Lucía buscando consuelo. Ella, consciente del momento, se acercó y se agarró a su brazo, ofreciéndole paz y tranquilidad. Intercambiaron miradas, y se transmitieron mensajes silenciosos de gran simbolismo.

—Tía, cuando lleguéis de vuestro viaje de bodas me gustaría que me contaras cosas de mi madre —pidió Iván mirando a Federica. Esta se emocionó con la petición—. Lo quiero saber todo de ella.

La tía, incapaz de articular ninguna palabra, asintió con la cabeza. Guardaron silencio y se abandonaron a rezar interiormente. Fue entonces cuando el sol acarició con sus rayos el mármol del sepulcro, destelló como el reflejo de un cristal y se unió a las plegarias.

\*\*\*

Iván y Lucía iban agarrados de la mano mientras cruzaban, a paso tranquilo, la terminal del aeropuerto de Barcelona. La pareja y Marta acababan de despedir a Álex y Federica, que se dirigían rumbo al Caribe en una merecida y romántica luna de miel, pues apenas hacía unas horas que se habían casado en una boda civil e íntima. Ahora lo que ocupaba la mente de los también recién casados, Iván y Lucía, era la reconstrucción de Valleverde, de su hogar, y del pronto nacimiento del bebé.

La tranquilidad que embargaba a la pareja de pronto fue interrumpida. Unos gritos conocidos por ambos hicieron que se detuvieran. Era un alarido agudo y chillón que se elevaba por encima de los demás de la terminal. Giraron el rostro hacia el lugar de donde provenía y la imagen que se desarrollaba delante de sus mismas narices los dejó con la boca abierta. Era increíble, de ciencia ficción: Gina estaba arrodillada en

el suelo de un bar, vestida de camarera, recogiendo cristales rotos entre groseras maldiciones.

—¡Maldita mujer! —gritó un hombre mayor y que parecía ser el propietario del bar—. Acabarás por romper todos los vasos del bar, que sepas que te los descontaré de tu sueldo, a este paso llegarás a deberme dinero.

—¡No! —gritó Gina, levantándose del suelo—. Necesito el dinero para pagar el alquiler.

—Ese es tu problema, jovencita —dijo el hombre, colocándose el trapo encima el hombro. Le dio la espalda y empezó a marcharse mientras añadía—, nadie te va a regalar nada, así que aprende a trabajar y todo te irá bien.

Gina se quedó mirando el hombre mientras se alejaba. Suspiró resignada y se arrodilló para seguir recogiendo los trozos de cristal.

—Si la vista no me falla, creo que esa es Gina —dijo una sorprendida Marta.

—Es Gina —corroboró Iván.

Lucía vio cómo una solitaria lágrima circulaba por el bonito rostro de la mujer. Se compadeció de ella y quiso ayudarla; sin embargo, Iván la cogió de la mano y negó con la cabeza.

—Déjala, cariño —sugirió Iván—. Es la primera vez que veo que llora de verdad. No sé qué ha pasado para que esté aquí trabajando de camarera y con dificultades económicas, conozco a su padre y habrá tenido motivos. Estoy seguro de que, después de esta experiencia, será una mujer diferente y mucho mejor. No te compadezcas de ella, es por su bien.

—Iván tiene razón, Lucía —dijo Marta—. La vida pone a cada uno en el lugar que merece, y Gina está ahí para que aprenda una lección.

Lucía meditó en las palabras de ellos y asintió. Siguieron con su camino después de contemplar cómo el avión, que llevaba a Álex y Federica, se alzaba glorioso hacia el Caribe.

\*\*\*

Valleverde rezumaba felicidad allá por donde se mirase. Todos los habitantes se habían congregado en una gran comida colectiva para celebrar el renacimiento de la

localidad. Las risas y las conversaciones banales circulaban por el aire. Todo era alegría, hasta los cálidos rayos de un sol de primavera acariciaban el lugar de manera especial, uniéndose de alguna manera a la celebración. La desesperación y la desolación quedaron atrás, en el olvido, y ahora, un futuro consistente y feliz se abría paso para todos los congregantes de la comunidad. Y cómo no, también para Iván y Lucía.

El gran don para los negocios de Iván sirvió para aconsejar a los granjeros y ganaderos de la zona. Todos le pedían opinión y él no tenía ningún inconveniente en asesorarlos. Pronto las cosechas aumentarían, al igual que las cabezas de vacuno. Poco a poco, el hombre se hizo un hueco entre ellos y nacieron amistades sinceras, de esas que durarían toda una vida. Por su parte el hombre nunca se había sentido tan feliz y tan a gusto.

Aunque él y Lucía no pertenecían a la comunidad, el vínculo entre sus gentes y ellos era lo suficientemente estrecho como para sentirse parte de Valleverde. Lucía también se sentía feliz, pues ser la profesora del pueblo le permitía estar en permanente contacto con la gente con la que había crecido. Eso la llenaba de felicidad, además entendía por qué los líderes no la aceptaban como miembro de Los Hijos de la Luz. En cierto modo siempre pertenecería a la comunidad, y eso nadie lo cambiaría. De todas maneras tampoco la agobiaba, pues había descubierto ciertas comodidades como la lavadora, el lavavajillas, el ordenador, tener agua caliente a todas horas, luz en la casa, poder llevar pantalones... cosas de las que no podría disfrutar en el caso de que fuera miembro de Los Hijos de la Luz.

Lucía estaba sentada en una silla debajo de la sombras de un gran árbol. Miraba de un lado a otro, empapándose de las imágenes que se producían a su alrededor. Los niños jugaban, riendo unos y llorando otros. Su hermano Abel rondaba a Eli como una abeja sobrevolando a una hermosa flor buscando su néctar. Las mujeres se dedicaban a preparar la comida y arreglar una extensa mesa. Ella intentó ayudarlas un rato, pero su abultada tripa impidió la actividad, la verdad era que se sentía muy pesada y cansada. Además, esa noche apenas había podido dormir. La espalda y los riñones ya comenzaban a sentir que el día del parto se acercaba. La mujer suspiró resignada, poco podía hacer al respecto, solo esperar. Giró la cabeza y miró en otra dirección. Los hombres hablaban entre ellos. Las esposas habían prohibido a sus respectivos maridos hablar de negocios, o proyectos para la próxima cosecha. Hoy era día de

disfrutar con la familia y dejarse llevar por la alegría.

De todos modos Lucía se sentía curiosa y miró en dirección a Iván. Este conversaba alegremente con un grupo de hombres. «¿De qué debe estar hablando?», se preguntó la mujer, pero la cuestión pronto desapareció de su mente, pues se entretuvo en contemplarlo a placer. Sus cabellos negros brillaban con el reflejo del sol. La piel tenía un intenso bronceado debido a las horas que pasaba en el exterior cuidando del huerto. La camisa blanca que llevaba se adhería de manera seductora a su cuerpo. Cada movimiento quedaba grabado en la tela mostrando una musculatura fibrosa, y a la vez tentadora. Lucía notó cómo el deseo empezaba a arrollarla. Tocó la gema que rodeaba su cuello y recordó las noches en que Iván la sometía a la dulce tortura del placer. Se levantó con intención de beberse una limonada cargada de hielo y apagar el fuego que la consumía. De pronto, un grito salió de su garganta.

Iván oyó el aullido de Lucía, giró el rostro y vio que la mujer estaba con una mano apoyada en el tronco del árbol y la otra acariciaba su abultado vientre. Corrió hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el hombre con evidente preocupación.

—Creo que estoy de parto —contestó Lucía. Miró sus pantalones vaqueros empapados—. Acabo de romper aguas.

Iván miró también los pantalones. Se le hizo un nudo en el estómago mientras contemplaba con cara de miedo la prenda mojada. Ni oyó que Carolina, Enrique y otros miembros de la comunidad se acercaban a la asustada pareja.

—¿Que estás de parto? —estalló Iván como si fuera imposible—. ¿Estás segura?

—Bueno, creo que es lo normal después de nueve meses, ¿no? —mencionó Carolina, situándose al lado de Lucía y obligándola a que se sentara. No pudo evitar burlarse un poco—. ¿O qué esperabas, que se quedase así de gorda para el resto de su vida?

—Tía, lo estás poniendo nervioso —argumentó la sobrina, intentando controlar su propia inquietud.

—Bueno, no le hará daño que sufra un poco —puntualizó medio riéndose viendo la cara de espanto del hombre—. Además, es su culpa que estés así.

—¡Tía!

—¡Hay que ir rápido al hospital! —entonó Iván con voz temblorosa. La verdad era que en su vida se había sentido tan angustiado.

—¿No te acuerdas de lo que nos dijo el tocólogo? Soy primeriza y como primeriza esto nos va a llevar unas cuantas horas. Así que no me vengas con prisas.

Iván no se acordaba de nada, ni de los consejos de la comadrona en las clases de preparación del parto, ni tan solo de las recomendaciones del tocólogo. En aquellos momentos tenía la mente en blanco.

A Lucía la expresión de su rostro le cambió rápido y adquirió la del reflejo del sufrimiento. Un dolor punzante e intenso le cruzó los riñones y el bajo vientre, pensó que se partía en dos. Respiró profundo hasta que le pasó.

—Iván, he cambiado de opinión —dijo la mujer una vez se recuperó de la dolorosa contracción—. Vamos al hospital, esto será muy rápido, lo presiento.

La sangre empezó a abandonar el rostro de Iván. Se medio tambaleó y Enrique lo agarró.

—Como no te calmes va a ser a ti a quien atiendan los médicos —dijo el hombre sacudiendo la cabeza—. Es Lucía la que tiene que parir, no tú.

Todos los presentes, que ya hacía rato que contenían la risa, estallaron en carcajadas. A Iván le sirvió para relajarse un poco.

—Si salgo vivo de esta creeré en los milagros —pronunció él con humor, riéndose de sus propios miedos.

Sin embargo, a Lucía no le hacía ninguna gracia, pues otra contracción la asaltaba, y esta más fuerte que la anterior. No había tiempo que perder si no quería tener a su hijo allí mismo. Iván ayudó a su mujer a levantarse y esta notó que las manos de su marido temblaban.

—¿Cómo piensas llevarme al hospital? —preguntó la mujer.

Iván la miró como si se hubiera vuelto loca. Alzó una ceja antes de contestar.

—Pues en coche, vaya pregunta más estúpida.

—Nada de estúpida. Tú no coges el coche. Temo que no llegaríamos vivos tal como te encuentras.

—Me encuentro bien.

—Eso no te lo crees ni tú —dijo, observando el rostro ceniciento de su esposo.

Otra fuerte contracción asaltó a la mujer. Iván sintió cómo ella apretaba su mano hasta causarle dolor. Le iba a dar un ataque, no podía ver la cara de sufrimiento de ella. La verdad era que se encontraba mal, muy mal.

—Ya os llevo yo —dijo Abel, acercándose a su hermana. El muchacho miró la cara

casi sin color de Iván—. Creo que mi hermanita tiene razón. Menudo careto tienes, pareces un fantasma.

Iván lo miró con furia y agradecimiento. Estarían semanas burlándose de él. Solc deseaba poder aguantar lo que viniera a continuación.

\*\*\*

—Es precioso —afirmó Lucía, llorando de felicidad—. Mira qué manitas y qué pies más pequeños.

Y no era para menos ese llanto. La mujer estaba sentada en la cama del hospital con su hijo varón en brazos. Un niño con el cabello tan negro como el de su padre, al igual que los ojos, del azul transparente de la pureza. La pareja no se cansaba de admirar tal milagro. Iván la tenía rodeada con un brazo mientras contemplaba a ese ser diminuto.

—Es nuestro hijo —afirmó él con tono orgulloso.

Era de ambos, la prueba de lo mucho que se querían. Iván miró a su mujer, se sentía tan feliz, tan emocionado, que pensaba que el corazón le estallararía, acercó su boca a la de ella y la besó. No había podido evitarlo, pues necesitaba ese contacto para tomar conciencia de que no soñaba, de que ese momento era real.

Cuando la necesidad de ambos de sentirse vivos menguó, se separaron.

—No le digas a nadie que me desmayé —pidió Iván, con una sonrisa en los labios—. Ya tendré suficiente con los comentarios que estarán haciendo durante días por mi comportamiento asustadizo del día de la fiesta.

—¡Que te desmayaste! —exclamó Abel desde la puerta que se acababa de abrir—. ¡Qué vergüenza de cuñado!

El muchacho entró en la habitación seguido por Eli. Esta, que también había escuchado el comentario, no pudo evitar reírse.

—¿Y si te pido que me guardes el secreto? —preguntó Iván con cara inocente.

—Creo que no va a poder ser, esta tarde todo Valleverde sabrá que mi cuñado se desmayó en la sala de partos.

—Algún día tendrás hijos —declaró el hombre, con un deje de burla en la voz—, y te aseguro que te vigilaré de cerca y no tendré compasión.

—¡Buf! Para eso aún queda tiempo, te lo seguro —le contestó el muchacho observando cómo Eli se acercaba a contemplar a su sobrino.

A Abel le estaba costando errores conquistar a Eli. No lo perdonaba por haberla traicionado el día que lo fue a visitar a la prisión. Pero él era perseverante y sabía que cada día estaba más cerca de conseguir su definitiva capitulación. ¡Y qué dulce sería recibir su perdón! Ya se encargaría de ello.

—¿No te acercas a conocer a tu sobrino? —preguntó Lucía sacando a su hermano de sus pensamientos eróticos.

—Mira, Abel, qué guapo que es tu sobrino —declaró Eli, acariciando el puño del recién nacido—. Ha tenido suerte en parecerse al padre y no al tío.

A Abel no le gustó nada el comentario.

—Eso no tiene gracia —resopló el muchacho, ofendido.

—Solo digo la verdad —dijo la muchacha, encogiéndose de hombros y fulminándolo con la mirada.

Abel le devolvió la mirada mientras Iván y Lucía los observaban con interés. Vaya par se habían juntado, no podían estar juntos, pero tampoco separados. El amor entre ellos era evidente por la manera en que se miraban cuando se creían no ser visto por el otro. Pero el carácter tozudo de los dos los enzarzaba en una guerra sin cuartel.

Abel se acercó a su hermana y la besó en la frente. Cuando vio a ese pequeñín entre los brazos de su hermana, la alegría se dibujó en su rostro.

—¿Qué nombre le habéis puesto? —preguntó el muchacho después de besar la frente del sobrino.

—Se llama Pedro —declaró Iván, mirando a Lucía con amor. Giró el rostro en dirección a su cuñado—, en honor a vuestro padre.

Al muchacho se le iluminó el rostro. Las lágrimas se agolparon en sus ojos color dorado. Carraspeó para contenerlas, Lucía también se emocionó y apoyó la cabeza en el hombro de Iván.

—Gracias —pudo llegar a decir un Abel emocionado por el anuncio.

Eli, consciente del simbolismo que tenía aquel momento, se acercó a Abel, entonces le cogió la mano. Él la miró y los dos sonrieron, mostraron por un leve momento los sentimientos de amor, que mantenían escondidos debajo del orgulloso caparazón de ambos.

Los emotivos minutos pasaron, después estuvieron un rato conversando. Todo era

felicidad hasta que el pequeño empezó a llorar pidiendo su comida. Abel y Eli se marcharon.

—¿Cuándo me vas a perdonar? —le preguntó Abel una vez estuvieron solos en el ascensor.

—Nunca —respondió ella.

Abel torció los labios en una mueca traviesa.

—Ahora mismo te voy a dar motivos para que me perdones.

La muchacha abrió los ojos de par en par sin entender. Abel se acercó a ella a la velocidad de un rayo. En pocos segundos se vio atrapada entre el robusto cuerpo de él y la pared del ascensor. No le dio tiempo a quejarse, pues el muchacho atrapó sus labios con los suaves de ella. Introdujo su lengua buscando la calidez de Eli, entonces se encontraron y se dejaron llevar. Ella rodeó sus brazos en el cuello de él, se aferró de manera provocativa. El beso pronto se volvió furioso y los dos se vieron atrapados en un deseo desenfrenado, que se vio interrumpido por la voz de reproche de una anciana. Ni tan solo se habían dado cuenta de que el ascensor se había parado y que las puertas estaban abiertas de par en par. Salieron del hospital entre risas y reproches, hasta que se detuvieron detrás de un árbol y se besaron hasta que sus labios se quejaron doloridos.

\*\*\*

Iván miraba a su hijo, que dormitaba tranquilo, y suspiró aliviado. El pequeñín tenía un mes y medio, y desde que había nacido no había tenido momentos de intimidad con Lucía. Ya no podía aguantar más el deseo que lo embargaba y ella estaba recuperada del parto, y su figura estaba como antes de quedarse embarazada. Verla cada día balancear sus caderas, pasando por delante suya y dejando una estela de su dulce aroma, lo mantenía en una excitación constante; y necesitaba desahogarse. Así que esa misma noche la sometería a las más placenteras caricias.

Lucía se relajaba con el agua caliente que recorría su cuerpo aliviando sus músculos agarrotados. Ser madre estaba siendo agotador, por lo que aprovechaba cualquier momento para disfrutar de unos instantes a solas, fuera un baño, un libro en las manos, o saboreando una taza de café. Se disponía a salir de la ducha cuando se vio atrapada

entre los brazos desnudos de Iván. Sin pronunciar palabra alguna el hombre se la llevó a la cama y la tendió de espaldas al colchón.

—Estoy chorreando, deja que... —susurró ella.

Sin embargo, sus palabras se cortaron en el preciso momento que contempló a su marido gloriosamente desnudo y con su hombría bien erecta.

—Yo me encargaré de secarte —declaró con el tono excitado, aspirando el sutil aroma femenino.

Iván la contempló. Su cuerpo estaba cubierto de diminutas gotas que brillaban bajo la lámpara de la mesita. Notó la respiración jadeante de ella mientras contemplaba su miembro. Sus pechos subían y bajaba acompasados con los gemidos que escapaban de sus labios. Ella tenía la misma necesidad que él e Iván se acarició el pene. Nada impediría hacerle el amor a su esposa esa noche.

La lengua de Iván reptaba por el cuerpo desnudo de su esposa, lamiendo cada gota de agua. Absorbía aquí y allá y de un lado a otro, las pequeñas bolas cristalinas desaparecían en la calidez de los labios masculinos. Lucía gozaba de cada sensual trazo que la lengua hacía y le dio la impresión de que su piel ardía bajo las caricias húmedas de su marido, el aliento masculino era un soplo de ardoroso deseo que marcaba toda su piel hasta convertirla en una masa temblorosa bajo sus hábiles manos.

Pronto, Iván se deleitó llevando los dedos a su deseo de mujer, que ya estaba excitado y tan húmedo que temió no poder aguantar. Lucía abrió sus muslos sin ninguna vergüenza, necesitaba a Iván. Este acarició los labios vaginales, su lengua, convertida en lumbre incandescente, se encargó de darle placer. Iván percibió la esencia femenina, calentándolo sin control. Impregnó su lengua de los jugos del amor, se escurrían por su boca, lo provocaban y lo ahogaban de desesperación. Hasta que no pudo más, pues necesitaba fundirse en ella. Su miembro clamaba ser aliviado y se lo cogió en la mano, moviéndola de arriba abajo.

Lucía era una llama ardiente. Gemía descontrolada y movía las caderas mientras un impecable Iván la sometía bajo su lengua y sus dedos. Pero ella también quería su entrega, de modo que buscó su pene y lo acarició. Ahora era Iván quien jadeaba tumbado en la cama, suplicando más y más. Lucía necesitaba sentirlo en su boca y chupó el sexo del hombre, primero la punta, para enseguida pasear la lengua por todo aquel tallo erecto. Deambulando de arriba abajo, iba y venía entre los profundos

gimoteos masculinos. Siguió adrede con ese perezoso vaivén, sometiéndolo de manera impecable.

Iván se fundía de placer, necesitaba penetrarla, de modo que puso a Lucía de espaldas al colchón y se situó entre los muslos femeninos. Acarició aquellos rebordes carnosos con el glande, que quedó cubierto de humedad. Empezó a introducir su pene con lentitud, un poco más, lento, muy lento. Se retiraba y entraba en suaves movimientos, abriéndose camino hacia el interior. Sin embargo, la locura pasión los consumía a ambos en un desenfreno total, entonces, de un empujón, Iván introdujo su hombría en su totalidad dentro de ella.

—Siénteme tuyo —jadeó él, atrapando la boca de Lucía en un imperioso ir y venir de húmedas lenguas.

Los cuerpos brillaban de una transpiración erótica, en el ambiente de la habitación flotaba el aroma excitante a sexo. Iván estaba salvajemente excitado e intentó controlarse, pero ella, en ese momento, no quería ser tratada con delicadeza. Y así se lo hizo saber: lo agarró con sus bien torneadas piernas, cruzando sus tobillos en la espalda masculina, y lo encerró en una prisión de placer desenfrenado. Entonces, gemidos y jadeos llenaron el dormitorio, Iván se enterró dentro de ella sin piedad, cada embestida era más salvaje que la anterior, las caderas chocaban y arrancaban gritos de desesperación en la pareja. Ambos se ahogaban en el placer más delicioso, daban y tomaban por igual, unidos en cuerpo y alma, porque solo así se amaba de verdad.

Hasta que la liberación llegó en un torrente de jadeos, no cesaron las embestidas. Después, les llevó un largo rato recuperarse de la increíble cópula. Ni tan solo les quedaban fuerzas para apagar la lámpara de la mesita. Se abrazaron tan fuerte como pudieron, a pesar de las pocas energías de las que disponían y, poco a poco, sus respiraciones se normalizaron.

—Te quiero —confesó Iván antes de quedarse dormido.

—Yo también te quiero —le contestó ella, medio adormecida.

## EPÍLOGO

—Tú, pequeñajo, ya va siendo hora de que te vayas a dormir —declaró Lucía, cogiendo a su hijo de dos años en brazos—. Ya has jugado con papá y con los tíos. Ahora a dormir.

—¡No *quielo*... no *quielo*! —pataleó el pequeño Pedro en brazos de su madre.

El niño empezó a llorar, pensaba que así se saldría con la suya, incluso el llanto y los gritos se oían con la puerta de su dormitorio cerrada.

—¡Cállate, Javi, sé lo que vas a decir! —exclamó Iván, sentado en el sofá, viendo que su amigo abría la boca para hablar.

—¡No sabes lo que iba a decir! —se quejó este.

—¿Que es tozudo y rebelde como su padre? —soltó un burlón Abel.

—¡Os juro que no os volveré a invitar a cenar! —manifestó Iván con los ojos entornados.

—No me has invitado tú —especificó Javi, palmeando la espalda de su amigo.

—Nos ha invitado mi hermana.

—El día que tengáis hijos, os juro que me vengaré.

Los dos aludidos, que también estaban sentados en el sofá, rieron. Pronto, Iván se unió a las risas, reconocía que el pequeño Pedro daba mucha guerra. Raro el día que no cometía una travesura, era una copia de él mismo en diminuto. Ahora se daba cuenta del trabajo que le había dado a la pobre Marta y a su tía Federica.

Cuando se hartaron de reír y bromear, empezaron a conversar sobre los planes de su organización. Los tres hombres se habían asociado en un ambicioso proyecto solidario. Eran conscientes de la mala fortuna y los pocos recursos de muchas personas, así que habían montado una organización para ayudar a la gente que había perdido su hogar por catástrofes y no tuvieran medios para su reconstrucción. Iván, Javi y Abel aportaban su granito de arena y, con personal especializado, iban de un lugar a otro del mundo ayudando en lo que podían. Además, Javi había decidido estudiar medicina, el sueño de su vida, y en sus viajes auxiliaba a gente enferma o herida.

En esos momentos estaban planeando un viaje a América Central, a un desaparecido

pequeño pueblo rural. Las casas habían sido engullidas por las aguas desbordadas de un río. Sus habitantes no tenían material, ni dinero para construir nuevas casas.

Iván se levantó del sofá y fue a buscar tres cervezas.

—Entonces yo me encargaré del papeleo —concretó Javi—. Creo que en un par de semanas tendré arreglado los documentos necesarios para pasar las fronteras sin problema y podernos llevar material de aquí.

—Compra lo necesario —apuntó Iván—. La fiesta que organizó Lucía para recolectar dinero dio muy buenos resultados.

—Sí, mi hermana tuvo una gran idea.

—Yo he conseguido vender Construcciones Mayer. Después de que apareciera mi padre muerto en el barranco he heredado su parte y la he vendido entera —manifestó Iván con voz triste. Le dolía que su padre hubiera muerto, y más le dolía que no hubiera recapitado. Podría haber compartido su felicidad con él, sin embargo, no quiso—. Pero claro, ese dinero no durará eternamente, además, quiero montar una organización solidaria y se llevará una parte de la herencia.

—Qué buena idea —dijo Javi—. Lo haremos juntos, si te parece.

—Sí, ya lo daba por hecho —comentó Iván—. De todas maneras, eso de organizar fiestas benéficas ha sido muy buena idea. De ahí iremos sacando el dinero que nos haga falta para nuestros proyectos solidarios.

—Por cierto, Iván —declaró el cuñado—. Siento lo de tu padre, de verdad que lo siento mucho.

—Gracias —señaló este, mirándolo con agradecimiento—. No sé qué hacía mi padre en la carretera de Valleverde. Tampoco quiero saberlo, me dan miedo las conclusiones a las que pudiera llegar.

—Quédate con los buenos recuerdos —sugirió Abel, suspirando con tristeza. Sabía el dolor que representaba perder a un ser querido. Al fin y al cabo Iván quería a su padre, a pesar de la maldad que llevaba en el cuerpo—. Piensa que estaba en esa carretera porque decidió reconciliarse contigo y con mi hermana.

Iván bajó la vista al suelo. Su mente aún recordaba la última vez que se vieron y dudaba mucho que hubiera decidido arreglar las cosas. Abel tenía razón, se quedaría con lo bueno de su padre, en las veces que rieron juntos.

—Ya no se puede hacer nada —dijo Iván—. Pero ya basta, el pasado es pasado y ahora hay que pensar en el futuro. ¡Venga, brindemos!

—¡Sí!

—¡Sí!

Levantaron las cervezas y brindaron juntando las botellas. El sonido del vidrio sonó con alegría.

—¡Por el futuro! —dijeron los tres a la vez.

Si te ha gustado

# Sonrisas y lágrimas

te recomendamos comenzar a leer

## La Malinche: ni pacto ni esclavitud

de *Bertha M<sup>a</sup> Díaz Olmos*



## PRÓLOGO

# Milagros Salvador

Con la primera frase con que la autora inicia su obra, ya nos ofrece una pista de la importancia de la persona, la Malinche, que va a representar y que ha traspasado «tiempo y espacio», con todos los flecos culturales que se desprenden a lo largo de cinco siglos, motivo y materia de interpretación y reinterpretación que emana tanto de la consideración o complacencia de su persona histórica como de su representación arquetípica, motivada de planos tan diferentes que vieron en ella motivo de estudio o de elaboración fantástica.

La escritora Bertha María Díaz Olmos se ha introducido en el enjambre de la historia, con originalidad y rigor al mismo tiempo, y ha aceptado el compromiso de la ficción poética con valentía ante el riesgo de un camino de ida y vuelta enlazando realidad y fantasía, donde la historia se hace mito, es decir universal.

La poesía es el soporte de su pensamiento y a través de la palabra alcanza esa conquista de la literatura donde se perfuma de belleza, expresión suprema de la poesía.

Nuestra autora ha sabido compaginar realidad e ideal, para llegar al símbolo que representa la mujer, la Malinche, que tan variadas interpretaciones que a lo largo de los siglos ha mantenido. Acertadamente, Bertha María ha dado la palabra a la propia Malinche, un dato de originalidad, que quiero destacar a la obra.

Habla La Malinche:

«Mi voz y mi empeño...»

Nos dice en el primer poema, en verso tan sugestivo e iniciático.

«Me has puesto en la torre de tu sexo...

me has marcado a tu nombre y a tu rango...»

Un acto de realidad en la que Doña Marina/La Malinche se sitúa a sí misma desde donde nos habla.

Pero no es esta obra un estudio crítico de la conquista, es una opción poética de ensalzamiento de una voz y una figura, bien claro está no ajena a la propia Historia. Y sigue la palabra de nuestra protagonista

«Ni pacto ni esclavitud... soy quetzal y serpiente...»

La simbología que va enriqueciendo esta ficción tan bien formada en el lenguaje claro, rotundo y directo que nos une al personaje, porque Marina tenía «el genio del lenguaje», como destaca la autora, que por el hilo de la poesía nos va llevando hasta el propio sentimiento expresado, en que se adivina la sombra del conquistador.

«Sin madejas y sin telares urdí su aventura,  
su anhelo, su actuación,  
para custodiar en mi carne el mito»

No se puede decir mejor que en este último verso que recoge la síntesis de un recorrido y de la aceptación de una realidad personal e histórica. Poetizar un arquetipo con diferentes dimensiones simbólicas es el núcleo de un propósito que manifiesta la autora a lo largo de su obra.

Símbolo, arquetipo, protagonista, reflejo que Bertha María va poéticamente resaltando, paralelamente a referencia de autores, investigadores, historiadores, como Bernal Díaz del Castillo, Laszlo Passuth, Octavio Paz, con un enfoque unidireccional que hace escribir a nuestra autora un primer verso muy reflexivo, en la voz de la Malinche,

«Todo empezó por que faltaron las palabras...».

Para terminar el poema...

«...al tiempo y con el tiempo solo el tiempo  
la alegría y el dolor son fugaces».

Una bella llamada a nuestra meditación, que excede incluso el planteamiento histórico, y llevándolo a la órbita de la actitud vital. Siguen Carlos Pereyra, Salvador de Madariaga, que inspiran a la autora estos bellos versos. Continuando la misma estructura.

Habla la Malinche.

«Vas formando parte de mis sueños...

Mano a mano, labio a labio,  
silencio a silencio».

Uno de los nudos principales que subyace en la obra.

Y Gary Jennings, Gabriela Cortés y Elvia Franco, para no dejarla vertiente existencial de tan importante consideración a la hora de introducirse en la significación de los hechos históricos que, marcando el tiempo, no dejan de ser hijos suyos, como una cinta lanzada hasta nosotros, en estos significativos versos de la pluma de Bertha Díaz Olmos:

«Grito por este apego que desmembró la existencia...

...me convertiste en pájaro  
y me lanzaste al vuelo».

Versos de bellas imágenes que cierran el poema.

Para terminar con Carlos Fuentes y Mayra Gabriela Álvarez García.

Bertha ha arropado con bellos poemas una figura, personaje o símbolo que desde España o México ha inducido a muchos más nombres a considerar a la Malinche, persona y personaje imposible de descartar de nuestra común Historia, y que demuestra la riqueza de su figura, que sobrevive a su propia biografía.

La interesante aportación de esta versión, de esta ficción poética, nos avala y añade motivos para el estudio, el tratamiento y consideración de la fuerza con que un nombre o un mito sabe mantener viva una llama a través del tiempo.

Felicito a la autora y le deseo el reconocimiento que merecen el trabajo y la ilusión que ha puesto en esta obra.

**Él cree que el dinero lo compra todo, incluso el amor de ella. Pero entre el amor y el odio solo hay un pequeño paso... porque perdonar es difícil y alimentar el odio demasiado fácil, incluso para alguien como Lucía.**



Valleverde es un apacible pueblo donde vive en armonía una antigua comunidad, Los Hijos de la Luz. Todo cambia en el lugar cuando Iván, un empresario de la construcción, decide construir una carretera que implicará la destrucción de Valleverde.

Será Lucía, una dulce mujer perteneciente a la comunidad, quien se enfrentará al empresario para salvar a su gente y a su hogar. Pero

detener la avaricia de Iván no es tarea fácil, Lucía lo comprobará desde el primer día. Por su parte, él se sentirá atraído por la mujer y no dudará en utilizar su poder para someterla a su antojo, y la chantajeará de una manera humillante.

Ella, llevada por las circunstancias, se verá obligada a aceptar, pero se promete que Iván solo obtendrá su cuerpo, a cambio recibirá su desprecio y odio.

Una batalla de voluntades estallará entre ellos donde ambos pueden perder sus corazones.

**Encarna Magín** nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Encarna Magín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-023-3

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# Índice

SONRISAS Y LÁGRIMAS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE ENCARNA MAGÍN

CRÉDITOS

NOTAS

- [1] Animal mamífero herbívoro de gran agilidad con cuernos en forma de gancho característico de los Pirineos y la cordillera Cantábrica
- [2] Pieza femenina, parecida a la cofia, que sirve para cubrir el cabello
- [3] Hola
- [4] ¿Cómo estás?
- [5] Colega
- [6] Banda de delincuentes
- [7] Policía
- [8] Ir con prisas
- [9] Mañana
- [10] Cambio
- [11] Examinar
- [12] Examinar
- [13] Truco, falsificación
- [14] Problema
- [15] Robo
- [16] Vivir
- [17] Alucinar
- [18] Deambular por la calle
- [19] Llamar por teléfono